

HISTORIAS DE VIDA Y
VIOLENCIA DE GÉNERO EN LA PAREJA
A MUJERES MAYORES
EN SANTIAGO DE CHILE (1940-2010)

Tesis para optar al título de Doctora
de doña Paula Sepúlveda Navarrete.

Dirigido por la Dra. Gloria Espigado Tocino
y el Dr. Alberto Gullón Abao

*A las mujeres que me rodean,
cuya presencia me nutre y fortalece
en la búsqueda de la igualdad.
En especial a Otilia, Marta,
Maritere y Claudia.*

*A los hombres que generosa
y valientemente también
se han incorporado en este camino.
En especial a Manuel, Juan,
Bruno y José Joaquín.*

*Y a Renato y Margadela,
para que puedan recoger los frutos
y seguir adelante con esta
tarea en el futuro.*

1. Introducción	1
1.1. Fundamentación y objetivos	1
1.1.1. <u>Fundamentación</u>	1
1.1.2. <u>Objetivos de la investigación</u>	12
1.2. Marco teórico y estado de la cuestión	15
1.2.1. <u>Marco teórico: El modelo ecológico en el estudio de la violencia basada en el género</u>	15
1.2.2. <u>Estado de la cuestión</u>	22
1.3. Metodología	26
1.3.1 <u>Técnicas de recolección de la información y fuentes</u>	26
1.3.2 <u>Conceptos y terminología</u>	35
1.4. Breve contexto histórico y social sobre Chile	40
1.4.1. <u>Gobiernos y tendencias políticas</u>	41
1.4.2. <u>Actores y situaciones sociales relevantes</u>	59
1.4.2.1. <u>Mujeres</u>	59
1.4.2.2. <u>Influencias y rol de la Iglesia Católica en Chile</u>	69
2. “Se nos pasó rápido la vida”. De la infancia a la madurez de mujeres que experimentaron violencia de pareja en Chile	77
2.1. La infancia y juventud	78
2.1.1. <u>“De todo lo que juegan las niñas”. Los primeros años: la crianza en la familia y en la escuela</u>	79
2.1.2. <u>Con Brenda Lee en la gramola. Espacios y vivencias de relaciones sociales</u>	102
2.1.3. <u>“Se embarazó sola”. Sexo, sexualidad y maternidades</u>	116
2.1.4. <u>“Me vine solamente con lo puesto”. Migrar y establecerse en la juventud y madurez</u>	135
2.1.5. <u>“Entonces yo me casé igual”. Escapando del control: las rebeldías juveniles</u>	149
2.2. “Yo no estoy sola... he sembrado”. La vida adulta	160
2.2.1. <u>“Siempre fue atendido, siempre”. La 'mujer chilena': Esposa, madre y dueña de casa</u>	161
2.2.2. <u>“Un hombre que traía todo para la casa”. El rol masculino de proveedor</u>	191
2.2.3. <u>“¿Cómo no me iba a enamorar”. Conceptos y vivencias de la vida de pareja</u>	211
2.2.4. <u>“Toda mi vida he trabajado”. Trabajo doméstico y empleo</u>	230
2.2.5. <u>“Fui presidenta cinco años”. Participación comunitaria, social y política</u>	254
2.2.6. <u>“Porque Dios me dio una oportunidad”. Pensamientos y expresión religiosa</u>	281

3. “Hay otros maridos peores”. La violencia en la relación de pareja	299
3.1. “Es difícil hablar estas cosas a veces”. Aspectos generales de la violencia basada en el género en la pareja. Las experiencias y miradas desde las mujeres mayores	300
3.1.1. <u>“De primera fue todo bonito”. Tiempo de convivencia. Hitos que marcaron episodios de violencia</u>	301
3.1.2. <u>“Él era el hombre y mandaba”. Manifestaciones de la violencia experimentada</u>	308
3.1.2.1. <u>Violencia psicológica</u>	309
3.1.2.2. <u>Violencia física</u>	311
3.1.2.3. <u>Violencia sexual</u>	313
3.1.2.4. <u>Violencia económica</u>	315
3.1.3. <u>“Llamé a mi hija acá en Santiago”. Factores protectores</u>	317
3.1.3.1. <u>Red de apoyo e intervención de terceros – Hijos/as mayores de edad</u>	317
3.1.3.2. <u>Autonomía económica</u>	318
3.1.4. <u>“A este hombre no lo gustaban las visitas”. Factores de riesgo</u>	321
3.1.4.1. <u>Violencia, abusos y/o jerarquización patriarcal en la familia de origen</u>	321
3.1.4.2. <u>Aislamiento y control</u>	323
3.1.4.3. <u>Abuso de alcohol, drogas o fármacos</u>	324
3.1.4.4. <u>Amenazas de muerte</u>	325
3.1.5. <u>“Bueno, no soy la única”. Normalización de la violencia</u>	327
3.1.6. <u>“Yo siempre evitaba hacerlo enojar”. Formas de lidiar con la violencia</u>	339
3.1.7. <u>“Provoca un miedo... la violencia”. Efectos de la violencia en las mujeres</u>	345
3.2. “Vine acá a hacer esto, que no quería hacer, porque yo igual lo quería mucho”. La búsqueda de ayuda para superar la violencia basada en el género en las relaciones de pareja	351
3.2.1. <u>“Decía que me metían cosas en la cabeza”. Factores que dificultaron la búsqueda de ayuda</u>	352
3.2.1.1. <u>Aislamiento y falta de redes de apoyo</u>	353
3.2.1.2. <u>Dependencia económica/ vivienda</u>	356
3.2.1.3. <u>Sentimientos de ligazón hacia el hogar</u>	359
3.2.1.4. <u>Protección a la familia</u>	361
3.2.1.5. <u>Rol de cuidadora</u>	362
3.2.1.6. <u>El deterioro de la personalidad en la afectada</u>	364
3.2.1.7. <u>El “hombre bueno”</u>	367
3.2.1.8. <u>Ideas sobre el amor/matrimonio</u>	368
3.2.1.9. <u>Vergüenza</u>	369
3.2.1.10. <u>Desesperanza</u>	370

3.2.1.11. <u>Religión</u>	371
3.2.1.12. <u>Sentimientos negativos derivados de la edad</u>	373
3.2.2. <u>“No te voy a permitir que le pegues a ella”. Reconocimiento de la relación de maltrato y personas motivadoras del cambio</u>	376
3.2.3. <u>“Me acerqué a Carabineros”. Identificación de personas y/o instituciones a las que se solicitó ayuda</u>	380
3.2.4. <u>“Yo iba a poner una constancia no más”. Respuestas profesionales a la búsqueda de ayuda</u>	383
3.3. “Porque si yo le dejo... la puerta abierta para que él vuelva, no po”. Las permanencias y cambios en las mujeres y sus parejas tras la búsqueda de ayuda: auto/percepción	389
3.3.1. <u>“Yo he vivido cien años”. Cambios en estilo de vida y comportamientos</u>	390
3.3.2. <u>“Yo hago mis cosas, el aseo, qué se yo”. Cambios y permanencias en los roles de género</u>	394
3.3.3. <u>“Se me abrió una puerta después de tantos años esperando una salida”. Motivos explicativos del cambio</u>	397
3.3.4. <u>“Pero yo digo, bueno, ya asumí...”. Reinterpretación del pasado y el presente</u>	400
3.3.5. <u>“Me siento hasta más joven”. Estado emocional, mental y físico de las mujeres mayores tras la búsqueda de ayuda</u>	403
4. Conclusiones	409
5. Bibliografía y fuentes	429
5.1. Bibliografía	429
5.2. Fuentes orales	455
5.3. Fuentes editadas	462
5.4. Fuentes de hemeroteca	471
5.5. Páginas webs y contenidos	477
5.6. Otros medios	480
6. Anexos	483
6.1. Glosario	483
6.2. Listado de gráficos e imágenes utilizados	487
6.3. Mapa político de Chile	497
6.4. Imágenes tamaño natural	(en CD)
6.5. Campañas sensibilización contra la violencia intrafamiliar del SERNAM	(en CD)
7. Agradecimientos	499

“¡A cuántas mujeres podemos ver, y tú conoces algunas, querida Cristina, que por culpa de la crueldad de un marido desgastan sus vidas en la desgracia, encadenadas a un matrimonio donde reciben peor tratamiento que las esclavas de los moros! ¡Dios mío, cómo les pegan, a todas horas y sin razón! ¡Cuántas humillaciones, ataques, ofensas, injurias tienen que aguantar unas mujeres leales, sin gritar siquiera para pedir ayuda! (...) Y todavía, cuando ellos vuelven, ellas pueden recibir como cena unos buenos golpes. Dime si miento o si no es el caso de algunas vecinas tuyas.

Es cierto, señora -le contesté-, he visto y conozco a muchas que sufren así y es una gran pena.”

Cristine de Pizán, La ciudad de las damas (1405)

1. Introducción

1.1. Fundamentación y objetivos

1.1.1. Fundamentación

La cita de Cristine de Pizán, común a señoras y criadas, campesinas y mujeres de la corte, era una realidad silenciosa, que no vamos a encontrar en la mayoría de los libros de la época, y aunque en ella se refleje la idea del maltrato en un mundo ajeno como el musulmán, formaba parte de lo cotidiano de muchas mujeres de la cristiandad. Pero esta invisibilidad que la autora denuncia en el medievo no cambió realmente hasta bien entrado el siglo XX. Esto, porque poco a poco el tema de la violencia contra las mujeres se fue incorporando a nuestro día a día en diferentes formas, ya fuera por la acción denunciante y reivindicativa de movimientos feministas, ya fuera por medidas gubernamentales de sensibilización y atención, la promulgación de normas legales que la sancionan y previenen, o por los medios de comunicación, principalmente ante los casos de

feminicidios.

Así, la visibilidad de la violencia basada en el género como un problema social es reciente, solo a mediados de los años setenta del siglo pasado comenzaron a realizarse los primeros estudios e investigaciones a nivel mundial (incluido Chile). Se estima que el primer libro escrito al respecto es *Scream Quietly or The Neighbors Will Hear* (*Grita en voz baja o los vecinos oirán*), publicado en Inglaterra en 1974 por Erin Pizzey, el cual presentó la violencia desde el punto de vista de una mujer agredida, marcando un hito que tuvo repercusiones que continúan hasta nuestros días.

Sin embargo, en 1979, cuando se firmó la *Convención para la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra la Mujer* (el instrumento más amplio y detallado de carácter internacional sobre la discriminación de la mujer), en la Asamblea General de las Naciones Unidas, el tema no apareció explícitamente. Para enmendar esta situación, en el año 1992 se redactó la *Recomendación General N° 19*, que trata específicamente sobre la violencia contra las mujeres. Esta Convención fue suscrita por Chile el 17 de julio de 1980, durante la dictadura de Augusto Pinochet, siendo posteriormente ratificada por el Gobierno de Chile en el año 1989, llevado al ordenamiento jurídico nacional por medio del Decreto Supremo N° 789 del Ministerio de Relaciones Exteriores, que fue publicado el 9 de diciembre del mismo año.¹ Posteriormente, en 1993, la Asamblea General de Naciones Unidas hizo la proclamación de la *Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer*, como una forma de avanzar en la visibilización, prevención y erradicación de la problemática, y tomar una posición más decidida sobre la misma.²

El año siguiente, 1994, la Organización de Estados Americanos (OEA) convocó a la

¹ Servicio Nacional de la Mujer: *La carta magna de los derechos humanos de las mujeres. Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2004.

² Naciones Unidas: *Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer* [en línea], Nueva York, Naciones Unidas, 1993. Disponible en «http://www2.ohchr.org/spanish/law/pdf/mujer_violencia.pdf» [Consultado 11 noviembre 2011].

Convención interamericana para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra la mujer. Esta trata específicamente sobre la violencia contra las mujeres y en ella se afirma que esta incluye actos físicos, sexuales y psicológicos, tanto dentro de la familia, unidad doméstica o relación interpersonal; como aquellos que tienen lugar en la comunidad por cualquier persona (tales como secuestro, violación, trata de personas, etc.); y las que son realizadas o incluso toleradas por el Estado o sus agentes, sin importar el lugar en que esto suceda.³ La Convención se encuentra promulgada por el Decreto N° 1.640 del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, del 11 de Noviembre de 1998.

Sin embargo, y como ya hemos señalado, antes de estas ratificaciones por parte del Estado chileno, el proceso de visibilización y actuación respecto del tema de la violencia contra las mujeres comenzó en un período difícil para dar respuesta a las demandas de las mujeres: la dictadura pinochetista; lo que supuso, a pesar de las ratificaciones, una real falta de compromiso a nivel de gobierno, en tanto que promotor de una ideología tradicional respecto de las mujeres y nula preocupación por el respeto a los derechos humanos. Esto se percibe, por ejemplo, en los hallazgos del estudio *Historias de vida de mujeres en la ciudad*, realizado en el año 1984 en barrios de escasos recursos de Santiago de Chile, entre los cuales se destaca que en los casos en que se había ejercido violencia contra mujeres, estos hechos habían permanecido en el silencio, y que por lo tanto este problema era desconocido y sin defensa, quedando registrados en centros de salud o juzgados solo los sucesos más extremos, sin una mayor trascendencia. Además, según la autora, “*Callar, aguantar, creer que es un hecho aislado o individual son también las respuestas que requiere un orden sustentado en la violencia. Distintos hilos que permiten entender este silencio y el desconocimiento de las dimensiones de la agresión contra las mujeres*”.⁴ En el clima de violencia generalizada que se vivía, el haber logrado sacar este tema a la luz implicó un gran trabajo por parte

³ Organización de Estados Americanos: *Convención interamericana para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra la mujer* [en línea], Belén do Pará, Organización de Estados Americanos, 1994. Disponible en <<http://www.oas.org/juridico/spanish/tratados/a-61.html>> [Consultado 11 noviembre 2011].

⁴ MARSHALL, Teresa: “La demanda de las mujeres”, en *Proposiciones*, vol. 11, 1984, pp. 81-85.

de las mujeres activistas de la época.

Kathia Araujo, Virginia Guzmán y Amalia Mauro, por otra parte, han planteado que es posible identificar tres fases en la construcción de la violencia doméstica⁵ como una política pública en Chile. La primera, de emergencia del proceso, se referiría a la fase inicial que surge durante la dictadura militar de Pinochet (1973 – 1990), en la cual se conjugaron diversos factores para dar luz a esta problemática, tales como la participación mayoritaria de mujeres en las organizaciones vinculadas a la Vicaría de la Solidaridad⁶, quienes discutieron inicialmente sobre la violencia política y luego sobre la violencia al interior de los hogares; el impulso dado por esta misma institución y la Academia de Humanismo Cristiano a la conformación de nuevas organizaciones sociales, de profesionales y asociaciones de derechos humanos; y el trabajo de estas organizaciones, así como de las no gubernamentales en la población más vulnerable, reconstruyendo el tejido social dañado.⁷

La segunda fase, de construcción del problema y su inclusión en el debate público, comenzaría a presentarse de forma paralela a las primeras protestas sociales contra el régimen, a inicios de la década de 1980. En esta época, la labor de posicionar el tema es gestionada principalmente por actores que se encuentran en su mayor parte dentro de la sociedad civil, y entre los hechos más notorios podemos destacar la articulación del movimiento feminista chileno; la creación de diversas organizaciones sociales que apoyaban a las mujeres que experimentaban violencia de pareja con denuncias, acompañamiento psicológico y legal; el trabajo coordinado de estas organizaciones en la Red Chilena contra la Violencia Doméstica y Sexual; y, en el espectro más político-partidario a raíz del plebiscito que decidiría la permanencia o no de Pinochet en el

⁵ Si bien respetamos el uso del concepto de violencia doméstica dado por las autoras, consideramos este término restrictivo. Más adelante nos referiremos a los conceptos y sus significados dentro de esta investigación.

⁶ Organismo de la Iglesia Católica que se dedicó al auxilio de personas y grupos durante la dictadura. Más adelante se realizará un breve resumen de aspectos centrales de la historia de Chile.

⁷ ARAUJO, Kathia; GUZMÁN, Virginia y MAURO, Amalia: “El surgimiento de la violencia doméstica como problema público y objeto de políticas”, en *Revista de la CEPAL*, núm. 70, 2000, pp. 134-135.

poder, la vinculación con las coordinadoras de mujeres de los partidos políticos afines al fin de la dictadura.⁸

La tercera fase correspondería a la institucionalización de esta problemática en el aparato Estatal, formulándose como política pública en el periodo en que Chile retoma la senda democrática con acciones que comenzaron a dar respuesta a los compromisos adquiridos por el país y participando más activamente en las conferencias internacionales. Así, en el periodo de organización de la ciudadanía frente a la dictadura, un grupo de mujeres (feministas y mujeres que se acercaron al tema por motivos profesionales o políticos) debatieron diversos temas de interés para las mujeres, entre los cuales se encontraba la violencia de género y, tras el retorno de la democracia en el año 1990, presentaron al gobierno del Presidente Patricio Aylwin: “(...) *una agenda de género y propuestas precisas sobre cómo abordar los problemas derivados de las posiciones de desigualdad que comparten las mujeres*”.⁹

Posteriormente, esta petición fue recogida por el gobierno y se creó el Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM), que tenía dentro de sus prioridades el dar respuesta a la violencia basada en el género, para lo cual formuló en 1992, el “Programa nacional de prevención en violencia intrafamiliar” y una “Comisión asesora interministerial”, acciones que posteriormente continuaron con la implementación de los Centros de la Mujer (a partir de 2001) y las Casas de Acogida (2007), así como con campañas comunicacionales y la promoción de reformas legales sobre la materia. Por otra parte, también se promovió una legislación que tomó forma en la Ley 19.325, que “Establece normas sobre el procedimiento y sanciones relativos a los actos de violencia intrafamiliar”, del 29 de agosto de 1994, la cual fue sustituida nueve años después por la Ley 20.066 que “Establece ley de violencia intrafamiliar”, la cual, entre otras cosas, modificó el Código Penal, contemplando el maltrato habitual como delito.

⁸ *Ibidem*, pp. 137-141.

⁹ *Ibidem* p. 142.

Fruto de estas acciones, así como de las emprendidas por otros organismos de gobierno y de la sociedad civil¹⁰, miles de mujeres que han vivido violencia en sus relaciones de pareja han recibido algún tipo de atención psicológica, social o jurídica; y han podido realizar denuncias por este problema, principalmente en Tribunales de Familia y Carabineros¹¹. Por ejemplo, según el *Anuario Estadístico de Justicia de Familia 2009*, ese año Carabineros de Chile recibió un total de 113.817 denuncias por violencia intrafamiliar¹² (1% más que el año anterior y 5% más respecto del año 2007), de las cuales un 81,2% fueron referidas a casos de violencia ejercida contra mujeres.¹³

Junto a esto, la necesidad de dimensionar esta realidad en el país, así como comprender las interacciones y factores de riesgo de la violencia basada en el género, entre otros aspectos, hizo necesario el contar con una base teórica y empírica sobre el tema, realizando para ello investigaciones cualitativas y cuantitativas, que han arrojado importante conocimiento sobre la materia, pero que aún son insuficientes para poder abordarla en toda su complejidad. Uno de los problemas que nos encontramos al analizarlas tiene relación con las metodologías establecidas, en las cuales la población objeto de estudio ha estado compuesta principalmente por mujeres jóvenes/adultas, en especial durante su edad reproductiva. Por ejemplo, al analizar el universo muestral de las investigaciones sobre prevalencia de la violencia contra las mujeres realizadas en Chile, identificamos que el rango de edad incorporó solo a las mujeres en esta etapa del ciclo de vida. Así, el primer estudio sobre prevalencia realizado en Santiago el año 1992, entrevistó a mujeres entre 22 y 55 años.¹⁴ Posteriormente, el estudio “Detección y Análisis de la Prevalencia de la Violencia Intrafamiliar en las regiones Metropolitana y Novena” realizado el año 2002, consideró

¹⁰ Centros de apoyo a mujeres que experimentan violencia, formación de profesionales y monitores en la problemática, creación de redes entre instituciones, campañas comunicacionales, investigaciones, etc.

¹¹ Carabineros de Chile es una de las instituciones de la policía chilena, la otra es la Policía de Investigaciones (policía civil).

¹² En este caso, si bien no estamos de acuerdo con el término violencia intrafamiliar, lo utilizamos pues es el ocupado en la legislación chilena y por tanto el que más se adecúa al referirnos a denuncias.

¹³ Ministerio de Justicia: *Anuario estadístico justicia de familia 2009*, Santiago de Chile, Ministerio de Justicia, 2009, p. 55.

¹⁴ LARRAÍN, Soledad: *Violencia familiar: La situación de la mujer en Chile*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1994.

a mujeres entre 15 y 49 años.¹⁵ Similar rango utilizaron los estudios *Detección y Análisis de la Prevalencia de la Violencia Intrafamiliar en la región de Antofagasta*, estableciendo la edad entre 15 a 49 años;¹⁶ *Detección y Análisis de la Prevalencia de la Violencia Intrafamiliar en la región de Coquimbo*, que lo definió entre 15 y 45 años;¹⁷ y *Detección y Análisis de la Prevalencia de la Violencia Intrafamiliar en la región de Los Lagos*, que también lo estableció entre 15 y 49 años.¹⁸ Por su parte, la *Encuesta Nacional de Victimización por Violencia Intrafamiliar y Delitos Sexuales* del Ministerio del Interior, realizada el año 2008, definió la muestra de la población en tres rangos: hombres y mujeres entre 11 y 17 años, mujeres entre 18 y 59 años, y hombres y mujeres de 60 años y más, presentando los resultados del primer y último grupo sin una diferenciación de acuerdo al sexo.¹⁹ Estos estudios han seguido patrones internacionales, que establecen rangos similares, de forma que sus resultados puedan ser comparados entre los países.²⁰ Así, vemos que en el caso de las mujeres mayores existía un silencio implícito no muy diferente del que se entreveía en el texto de Cristina de Pizán.

Pese a esta falta de información, hay datos que dan señales de que las mujeres mayores sí experimentan violencia de parte de sus parejas. El Servicio Nacional de la Mujer contabiliza los feminicidios que se producen anualmente en el país, entregando información de la edad y relación con el homicida. De los 49 feminicidios contabilizados el año 2010, dos fueron a mujeres de la tercera edad (de 90 y 69 años), correspondiendo al 4% del total. El año 2009 también fueron dos las

¹⁵ Este estudio es el segundo realizado en el país (en el año 2002) y el primero que permitió comparación internacional siguiendo el protocolo de la Organización Mundial de la Salud. Servicio Nacional de la Mujer: *Documento de trabajo, núm. 121: Detección y análisis de la violencia intrafamiliar en la Región Metropolitana y la Araucanía*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2009, p. 38.

¹⁶ Servicio Nacional de la Mujer: *Documento de Trabajo núm. 104: Detección y análisis de la prevalencia de la violencia intrafamiliar de la región de Antofagasta*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2003, p. 64.

¹⁷ Servicio Nacional de la Mujer: *Detección y análisis de la prevalencia de la violencia intrafamiliar en la región de Coquimbo*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2004, p. 24.

¹⁸ Servicio Nacional de la Mujer: *Documento de Trabajo núm. 106: Detección y análisis de la prevalencia de la violencia intrafamiliar de la región de Los Lagos*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2008, p. 14.

¹⁹ Ministerio del Interior: *Encuesta nacional de victimización por violencia intrafamiliar y delitos sexuales 2008*, Santiago de Chile, Ministerio del Interior, 2008, p. 5.

²⁰ Por ejemplo, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) ofrece en su página web estadísticas sobre violencia a mujeres entre 15 y 49 años. Disponible en «<http://www.eclac.org/cgi-bin/getProd.asp?xml=/mujer/noticias/paginas/3/29273/P29273.xml&xsl=/mujer/tpl/p18f-st.xsl&base=/mujer/tpl/top-bottom-estadistica.xsl>» [Consultado 20 marzo 2011].

mujeres mayores que murieron a manos de sus parejas, una a los 67 años y otra a los 76 (sobre la base de 55 feminicidios), siendo el 3.6% del total. En todos los casos, quienes cometieron estos hechos fueron sus esposos o convivientes, la mayoría también de la tercera edad.²¹ Por otra parte, según información del mismo organismo, del total de mujeres que ingresaron en los Centros de la Mujer en todo el país para atención psico-socio-jurídica en los años 2009, 2010 y 2011, se mantuvo una constante de 6% anual de ingreso de mujeres mayores de 60 años. Esto a pesar del aumento considerable de atención de mujeres en los años referidos debido a la apertura de más centros de atención en el país. El año 2009 fueron ingresadas 7.599 mujeres, el 2010 fueron 21.606 y el 2011 se atendió a 24.816. En el gráfico que se muestra a continuación se observa las edades de las mujeres que acudieron a los centros el año 2011.²²



GRÁFICO 1.1.-1. Atención a mujeres en centros del Servicio Nacional de la Mujer, a nivel nacional, por violencia basada en el género, 2011. Elaboración propia en base a información en HERRERA, *op. cit.*, s/n.

Estos datos nos entregan una muestra de que la violencia en las relaciones de pareja en mujeres mayores realmente existe en Chile, especialmente teniendo en cuenta que esta es una información incompleta y sesgada, puesto que los casos de feminicidios son solo una pequeña parte de los casos de violencia basada en el género que se registran anualmente (aun cuando son los que tienen mayor impacto mediático) y que al comparar la prevalencia con la cantidad de mujeres que

²¹ Servicio Nacional de la Mujer: *Femicidios 2009* [en línea]. Disponible en «<http://portal.sernam.cl/?m=programa&i=18>» [Consultado 22 marzo 2013]; Servicio Nacional de la Mujer: *Femicidios 2010* [en línea]. Disponible en «<http://portal.sernam.cl/?m=programa&i=20>» [Consultado 22 marzo 2013].

²² HERRERA, Mónica: “Datos mujeres VIF” [en línea], 28 de noviembre de 2012. Mensaje electrónico enviado a interesada en respuesta a petición formal de información sobre la materia.

denuncian (ya sea en la policía o en juzgados especiales) o acuden a estos centros, se observa que quienes piden ayuda constituyen una cifra mucho menor.

La otra línea que nos interesa resaltar como fundamentación se refiere a los estudios sobre violencia contra personas mayores, la cual no incluye solo a mujeres, sino que está determinada por la edad de los individuos. Esta línea tuvo sus inicios a mediados de la década de los setenta del siglo XX, principalmente en Gran Bretaña y Estados Unidos. En el primer país, aparecieron artículos y cartas publicadas en revistas científicas que hablaban sobre el tema, recibiendo la denominación de *granny battering* (abuelita golpeada); sin embargo, en un primer momento no pasó de ser una preocupación médica que no tuvo una real repercusión hasta varios años después. En Estados Unidos, por su parte, se convocó en 1978 a una comisión de gobierno para investigar la violencia en la familia y luego, en el año 1986 se crea el Comité Nacional para la Prevención del Abuso al Anciano. Es durante esta época que comenzó a utilizarse el término *elder abuse*, el cual ampliaba el campo de estudio al reconocer que no solo existía un tipo de violencia (física) que implicaba el término *granny battering*. Sin embargo, con esta nueva terminología apareció un problema añadido, ya que el maltrato a personas mayores se entendía como algo neutro en relación al género. Al respecto, Aitken y Griffin plantean que en los años noventa, el utilizar los términos *abuso de menores*, *violencia doméstica* y *abuso de mayores* provocó una pérdida de visibilización del género en ellos, lo que en el caso de las personas mayores, ocultaba el hecho de que quienes lo experimentaban eran principalmente mujeres.²³

A pesar de estos primeros acercamientos al tema, es a partir de los años noventa que se comienza de forma más sistemática y extendida a realizar estudios en estos y otros países. Sin embargo, en este desarrollo la mayor parte de las investigaciones y teorizaciones siguieron el mismo tenor respecto de la violencia contra niños y niñas, las cuales se basaban en modelos de

²³ AITKEN, Linda y GRIFFIN, Gabriele: *Gender Issues in Elder Abuse*, Londres, California y Nueva Delhi, SAGE, 1996. p. 31

desajuste familiar o individualistas que prescindían del género, presentando alternativas de solución por medio de la actuación médica o de rehabilitación (modelo de salud y bienestar). Así, el problema se mantenía en un nivel privado, con intervenciones dirigidas a corregir problemas que se relacionaban, por ejemplo, con las personas agresoras (estrés, alcoholismo, drogadicción, desempleo, etc.) o en la vulnerabilidad de las víctimas, descartando el reconocimiento de la complejidad de relaciones que se pueden presentar entre personas abusadas y abusadores, así como de los factores externos en la sociedad que permiten o normalizan estas situaciones.²⁴

Otro problema derivado de la relación que se ha hecho entre el maltrato a mayores y el abuso infantil tiene que ver con la forma en que se percibe a las personas ancianas: frágiles, dependientes, vulnerables, sin iniciativa, sin capacidad para tomar decisiones. Estos estereotipos son muy similares a los empleados con menores, por lo que ha sido fácilmente asemejado a este grupo, en especial al considerarles como víctimas. Sin embargo, esto se ha demostrado inadecuado e incluso doblemente victimizador, pues infantiliza el tratamiento a las personas adultas, con el peligro de vulnerar sus derechos.

Respecto de la prevalencia de casos en Chile, esta situación es difícil de dimensionar, pues son escasos los estudios que se han llevado a cabo sobre maltrato a personas mayores, y no tienen representatividad nacional. Sin embargo, el Servicio Nacional del Adulto Mayor (SENAMA) hace referencia a estudios que la sitúan en torno al 30%. Esta cifra no presentaría grandes diferencias entre hombres y mujeres en términos absolutos, sin embargo sí aparecen diferencias respecto de los tipos de maltrato que experimentan (mujeres, más maltrato físico y psicológico al mismo tiempo, hombres más psicológico y no muestran maltrato económico).²⁵ En la citada encuesta de victimización del Ministerio del Interior, la prevalencia alcanzaba un 19,8%, sin la posibilidad de

²⁴ WHITTAKER, Terry: "Violence, Gender and Elder Abuse: Towards a Feminist Analysis and Practice", en *Journal of Gender Studies*, vol. 4, núm. 1, 1995, pp. 35, 39.

²⁵ Servicio Nacional del Adulto Mayor: *Las personas mayores en Chile. Situación, avances y desafíos del envejecimiento y la vejez*, Santiago de Chile, Servicio Nacional del Adulto Mayor, 2009, p. 67.

establecer las diferencias por sexo.²⁶ Por otra parte, el *Anuario Estadístico de Justicia de Familia 2009*, indica que un 1,3% de las denuncias por violencia intrafamiliar²⁷ son por violencia contra “el anciano”, número similar al de años anteriores.²⁸ Estas últimas cifras tienen la desventaja de no saber el porcentaje según sexo de la persona denunciante, tampoco se cuenta con el conocimiento respecto de la relación con la persona que ejerció la violencia (pareja, hijos/as, otros/as cuidadores/as), ni pueden ser asumidas como la totalidad de los casos, pues al igual que en el caso de la violencia basada en el género, las denuncias corresponden a aquellas personas que han reconocido el problema que viven y la necesidad de ayuda.

Es en base a esta información que decidimos realizar un estudio de carácter exploratorio sobre la materia en Chile, y de esta manera realizar un primer acercamiento a la problemática de mujeres mayores que experimentan violencia basada en el género en sus relaciones de pareja.²⁹

²⁶ Ministerio del Interior, *op. cit.*, p. 8.

²⁷ Nuevamente utilizamos el término “violencia intrafamiliar” porque es el usado en la legislación chilena para este tipo de denuncias.

²⁸ Ministerio de Justicia, *op. cit.*, p. 126.

²⁹ Si bien en el año 2013 se firmó en el país un acuerdo de colaboración entre el Servicio Nacional de la Mujer y el Servicio Nacional del Adulto Mayor para prevenir el maltrato en mujeres mayores, las acciones comprometidas y posiblemente llevadas a cabo tras su puesta en marcha no fueron recogidas en esta investigación, pues las fuentes orales fueron consultadas el año 2012. Además, a la fecha de la entrega de este estudio no se ha identificado la aparición de publicaciones relacionadas con el tema o algún cambio en instrumentos de medición.

1.1.2. Objetivos de la investigación

La violencia basada en el género, en especial aquella que ocurre al interior de una relación de pareja, ha generado una creciente atención en Chile. Sin embargo, como veíamos anteriormente, una parte importante de las mujeres, las que ya han pasado a ser consideradas mayores, han quedado fuera del foco de la investigación y la actuación en medidas de sensibilización, prevención y reparación. En una sociedad que se encuentra con una población de personas mayores cada vez más alta, y que se proyecta en aumento, el desconocer una problemática tan importante como esta genera daños no solo en quienes actualmente experimenta dicha situación, sino que impide generar acciones para evitar que se sigan produciendo en el futuro y en una proporción mayor.

Es por este motivo que nos hemos propuesto como objetivo general el identificar y analizar historias de vida de mujeres mayores de la zona norte de la ciudad de Santiago de Chile que hayan experimentado violencia basada en el género en relaciones de pareja durante la vejez. A diferencia de otras investigaciones en violencia basada en el género, en las cuales usualmente se estudia este fenómeno bajo un prisma psicológico, sociológico, forense, legal, histórico y/o antropológico (por nombrar algunos), nosotros hemos realizado un trabajo interdisciplinar, utilizando la metodología de las historias de vida, el enfoque de género en la Historia y el modelo ecológico como marco teórico, todo esto con el fin de identificar elementos, momentos y experiencias vitales de la vida de las mujeres y relacionarlos histórica, social y culturalmente con el Chile de la segunda mitad del siglo XX y comienzos del XXI. Todo ello nos permitirá comprender aspectos específicos relacionados con la edad y el género que se presentan en una relación de violencia de mujeres mayores; identificar y entender los factores de riesgo y los factores protectores que facilitan o dificultan el inicio y permanencia de mujeres mayores en una relación de violencia, así como las barreras para la búsqueda de ayuda; visibilizar la problemática dando voz a mujeres mayores que la han experimentado; y generar conocimiento para la prevención y reparación de la violencia basada

en el género en las relaciones de pareja en mujeres mayores.

Ante estos objetivos decidimos dividir el estudio en dos partes. En la primera realizaremos un análisis de los principales elementos de la conformación de las historias de vida de las entrevistadas y las contextualizaremos en la época y lugar en que se fueron produciendo. En la infancia y juventud nos centraremos en la educación, las relaciones sociales que se establecían en la juventud, aspectos relacionados con la sexualidad y la maternidad, las experiencias de migración, y las actitudes y comportamientos de rebeldía frente a la familia y la sociedad. En la etapa adulta comenzaremos estableciendo la imagen de la mujer chilena que se transmitía en la época y la forma en que las mujeres se adscribían a esta, después seguiremos con la imagen del hombre proveedor de acuerdo a cómo ellas lo percibían e interiorizaban, posteriormente nos centraremos en las ideas y experiencias de amor y desamor, para pasar luego a las relaciones que tuvieron en el ámbito del trabajo y el empleo, en la participación social y política, para finalizar con las creencias y expresiones religiosas de las entrevistadas.

En la segunda parte pondremos el foco en las experiencias de la violencia de pareja, partiendo de un breve recorrido por los aspectos generales de la violencia (inicio, hitos desencadenantes, manifestaciones y tipo de violencia, factores protectores y de riesgo, la normalización de la violencia, las formas en que lidiaron con esta, y los efectos en la salud física y mental de las mujeres), para posteriormente detenernos en el proceso de búsqueda de ayuda (identificando barreras, personas o situaciones que motivaron esta búsqueda, las personas e instituciones a las que recurrieron, y las respuestas que obtuvieron) y finalizaremos con un análisis de los aspectos que permanecieron más estables así como aquellos cambios más notorios que experimentaron las mujeres tras la búsqueda de ayuda.

Por otra parte, durante la investigación tendremos en cuenta el intentar responder a la

pregunta principal que ha surgido a la luz de la revisión bibliográfica previa, referida a que si la edad (ya sea como característica individual o como categoría social) junto las ideas y comportamientos asociados al género, juegan un rol importante en la interacción de los diferentes factores que facilitan o dificultan la permanencia de mujeres mayores en una relación de violencia. Por este motivo, en la primera parte de este trabajo analizaremos las historias de vida de mujeres mayores divididas en dos etapas: una que va desde los primeros recuerdos que tienen sobre su infancia hasta aquellos que se enmarcan en la época de la adolescencia y juventud, y otra que cubre el período de madurez; relacionándolas en todo momento con los aspectos de la vida familiar, social y cultural del país, cruzados a su vez por la edad, el género, la clase social, la etnia, etc., de manera que se comprendan las trayectorias individuales en interacción con el contexto histórico en el cual se desarrollaron. Para ello, además de las historias de vida, incorporaremos información estadística, legal, histórica, política, social y cultural; pero no con el mero fin de constatar los hechos, discursos o datos que se nos presenten, sino de interpretarlos en tanto son capaces de entregarnos nociones sobre las ideas y pensamientos que se manifestaban sobre los temas que trataremos.

Posteriormente, los resultados de esta primera parte nutrirán, junto al resto de la información recogida, el análisis de la violencia basada en el género que vivían o habían experimentado las mujeres mayores en sus relaciones de pareja. Al encontrarse en un momento vital tardío, pondremos el énfasis en aquellos elementos propios de una relación de violencia en pareja en la vejez, como el impacto de esta en la salud física y mental tras la gran cantidad de años en que se experimentó, la forma en que los prejuicios y estereotipos sobre la edad y el género se combinaban para la perpetuación de la relación de violencia, o los temores que las mujeres tenían sobre el presente y el futuro fruto de la etapa de vida en que se encontraban, entre otros.

1.2. Marco teórico y estado de la cuestión

1.2.1. Marco teórico: El modelo ecológico en el estudio de la violencia basada en el género

Desde que se comenzó a estudiar el problema de la violencia basada en el género, la cantidad de información (tanto cuantitativa como cualitativa) y la teorización que se ha generado al respecto a nivel internacional son muy amplias, presentando diversos modelos y enfoques para su estudio. Entre ellos, hemos escogido el que creemos que presenta mayor coherencia con nuestros objetivos de estudio, el modelo ecológico, puesto que nos permitirá incorporar en el análisis de la información tanto los aspectos personales de las historias de las mujeres entrevistadas como aquellos referidos a los valores, creencias, imágenes e ideales presentes en la sociedad chilena en la época en que ellas han vivido.

Con un enfoque multidimensional, el modelo ecológico fue desarrollado inicialmente por Urie Bronfenbrenner en su libro *The ecology of human development*, editado por primera vez en los Estados Unidos el año 1979. En este libro se concibe el ambiente ecológico como “*un conjunto de estructuras seriadas, cada una de las cuales cabe dentro de la siguiente, como las muñecas rusas*”.³⁰ El estudio de este ambiente, la forma en que se produce una acomodación entre las personas en desarrollo y las propiedades no estáticas de los entornos en que estas se mueven, proceso afectado a su vez por las relaciones producidas entre los niveles más próximos y los grandes contextos, es lo que él denominó “Ecología del Desarrollo Humano”. Además, según este autor, una persona no sería una tabla rasa sobre la cual se moldean conductas y actitudes de acuerdo al ambiente que habita, sino que es posible reconocer su crecimiento, las formas dinámicas en que ella va actuando, y cómo va reestructurando ese mismo ambiente. Se produce, entonces, una reciprocidad entre la persona y el entorno, el cual no queda limitado por lazos cercanos, sino que incluye las interconexiones más amplias con otros niveles más lejanos.

³⁰ BRONFENBRENNER, Urie: *La ecología del desarrollo humano*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1987, p. 23.

Posteriormente, finalizando el siglo pasado, este modelo comienza a ser utilizado por diversos/as teóricos/as e investigadores/as de la violencia contra las mujeres, pues se reconoció que era un enfoque que permitía comprender la interacción que se produce entre diversos factores personales, situacionales y socioculturales en diferentes niveles del sistema social, la que daba como resultado que existieran mujeres que experimentaran violencia basada en el género y hombres que la ejercieran.³¹ Así, Bonnie Carlson recurrió a este modelo en el artículo “Causes and maintenance of domestic violence: An ecological analysis”, en el cual indicaba que la llamada violencia doméstica era un problema de reciente atención en los Estados Unidos, y que aunque se estaba comenzando a conocer más aspectos relacionados a este (dimensiones, causas y modelos de intervención), aún faltaba una comprensión más amplia, la cual podía suplirse al utilizar el modelo ecológico, pues era capaz de integrar la complejidad de elementos presentes en esta problemática social.³² Jeffrey Edleson y Richard Tolman, por su parte, indagaron en las posibilidades que ofrece este modelo para el trabajo con hombres que ejercen violencia al poder intervenir en múltiples niveles de la sociedad.³³ En Latinoamérica, Jorge Corsi actúa como compilador en el libro *Violencia familiar: Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social*, y en uno de sus capítulos cuestiona las formas parciales que se habían ocupado para intentar dar respuesta al porqué de este fenómeno desde la psicopatología, la medicina o la sociología, planteando que si bien algunos de los factores que se habían analizado no estaban desvinculados de la ocurrencia de la violencia, ninguno de ellos por sí mismos era capaz de explicar la totalidad de esta. Por ese motivo propone una adaptación al modelo de Bronfenbrenner en el cual incorpora en el microsistema cuatro dimensiones: psicodinámica, conductual, cognitiva e interaccional.³⁴

³¹ HEISE, Lori: “Violence Against Women: an integrated, ecological framework”, en *Violence Against Women*, vol. 4, núm. 3, 1998, p. 264; HEISE, L.; ELLSBERG, M. y GOTTMOELLER, M.: “A global overview of gender-based violence”, en *International Journal of Gynecology and Obstetrics*, vol. 1, núm. 78, 2002, p. 7.

³² CARLSON, Bonnie: “Causes and maintenance of domestic violence: An ecological analysis”, en *Social Service Review*, vol. 58, núm. 4, diciembre 1984. Disponible en «<http://www.jstor.org/stable/30011762>» [Consultado 06 mayo 2011], pp. 569-570.

³³ EDLESON, Jeffrey y TOLMAN, Richard: *Intervention for men who batter: An ecological approach*, Newbury Park, Sage, 1992.

³⁴ CORSI, Jorge: “Una mirada abarcativa sobre el problema de la violencia familiar”, en J. Corsi (comp.), *Violencia familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social*, Buenos Aires y México, Paidós, 1994, pp. 48-49.

Ya en este siglo, algunos organismos internacionales adoptan y recomiendan este modelo para la comprensión de esta problemática, como la Organización Mundial de la Salud en el *Informe mundial sobre la violencia y la salud: Resumen* (2002) o la Asociación de Psicología Americana con “Causal models of relationship violence: mediating variables, risk factors (perpetrators) and vulnerability markers (victims)” (2002).³⁵ En Chile, ya se contemplaba su uso (aceptado ampliamente en el país en instituciones públicas y privadas relacionadas al tema) en la Política y Plan Nacional de Intervención en Violencia Intrafamiliar 2000-2006, al considerar que: “*Permite comprender como se relaciona el sistema de abuso familiar, con los contextos socioculturales del abuso al identificar niveles de sistemas y describir la interacción entre la cultura, las instituciones y organizaciones sociales, la historia individual y las dinámicas subjetivas de las personas*”,³⁶ así como en los estudios de prevalencia anteriormente citados.

En el caso del presente estudio nos basaremos en el esquema utilizado por la Organización Mundial de la Salud para el análisis explicativo de la violencia en general y el esquema ofrecido por dos autoras, Lori Heise y Soledad Larraín, para la violencia basada en el género. Según esto, el modelo ecológico indica que existen cuatro niveles en la sociedad, en los cuales podemos encontrar factores que interactúan para influir o aumentar la posibilidad de cometer o recibir violencia: el nivel individual, de relaciones, de la comunidad y de la sociedad,³⁷ tal y como vemos a continuación:

³⁵ ALENCAR-RODRIGUES, Roberta y CANTERA, Leonor: “Violencia de género en la pareja: Una revisión teórica”, en *Psico*, vol. 43, núm. 1, enero/marzo 2012, p. 121.

³⁶ Comisión interministerial de prevención de la violencia intrafamiliar: *Política y Plan Nacional de Intervención en Violencia Intrafamiliar 2000-2006*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2001, p. 26

³⁷ Organización Panamericana de la Salud: *Informe mundial sobre la violencia y la salud*, Washington D.C., Organización Panamericana de la Salud, 2003 p. 11.

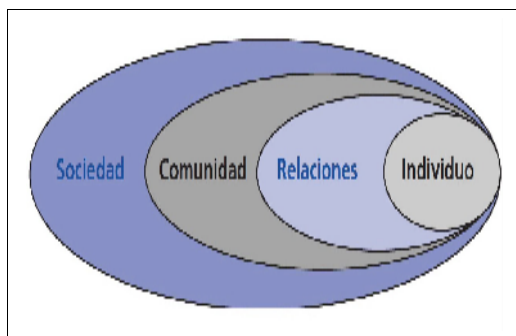


ILUSTRACIÓN 1.2.-1. Modelo Ecológico. Fuente: Organización Panamericana de la Salud, *op. cit.*, p. 11.

La imagen que se ha utilizado para graficar el modelo muestra un solapamiento entre los distintos niveles para indicar que, más que un factor aislado en cualquiera de ellos, lo importante es la interacción que se produce entre los factores presentes en cada nivel, modificándose y/o reforzándose mutuamente.³⁸

En el primer nivel se encuentran aquellos factores de la personalidad, la biología y de la historia de las mujeres y hombres involucrados en una relación de violencia, que influyen en la forma de comportarse. Este nivel es también identificado como el nivel individual. Algunos ejemplos de ello son los aspectos demográficos (edad, educación, ingresos), el haber sido testigos de violencia en relaciones cercanas (padres o familiares) durante la infancia o haber sido abusados/as cuando menores.³⁹

En el segundo nivel (también llamado microsistema), lo que destaca son las relaciones de carácter más íntimo que una persona desarrolla en su contexto más inmediato, tales como la familia, la pareja, las amistades, etc., además de los significados que le asigna a tales relaciones. Situaciones que se encuentran en este nivel pueden ser el dominio masculino sobre la familia, el control que este ejerce sobre los bienes económicos o los conflictos en una pareja.⁴⁰ Según Larraín, las familias donde se produce violencia presentan una estructura rígida y vertical, con una distribución de poder

³⁸ Organización Panamericana de la Salud, *op. cit.*, p. 11; HEISE, *op. cit.*, p. 266.

³⁹ Organización Panamericana de la Salud, *op. cit.*, p. 11; HEISE, *op. cit.*, pp. 266-267.

⁴⁰ Organización Panamericana de la Salud, *op. cit.*, p. 11; HEISE, *op. cit.*, pp. 269-271.

anclada en las asignaciones tradicionales de los roles de género.⁴¹

En el nivel siguiente (exosistema), se analizan factores vinculados con los contextos comunitarios en que se desenvuelven los individuos y donde se generan las relaciones sociales, los cuales pueden ser tanto formales como informales, así como los valores culturales que transmiten; encontrándose por ejemplo los grupos de pares, las escuelas, los centros de salud, los lugares de trabajo, de vivienda, instituciones judiciales, religiosas, etc. Así, se ha detectado que el no tener empleo o un bajo status social, y el aislamiento de la mujer de sus redes familiares y sociales, son dos situaciones que favorecen el inicio y perpetuación de una relación de violencia en la pareja. Puesto que la forma en que funcionen estas instituciones es fundamental para el mantenimiento o erradicación de la violencia basada en el género, los medios de comunicación son otro de los componentes que es necesario analizar, pues juegan un importante rol en la transmisión de un discurso que discrimine a las mujeres o que normalice el uso de la violencia como método para la resolución de conflictos.⁴²

Finalmente, el cuarto nivel (el macrosistema) posee relación con aquellos factores presentes en la estructura de la sociedad que pueden contribuir a la generación de un clima social en el cual la violencia basada en el género se reproduzca. Las creencias y valores culturales que aquí se encuentran permean el resto de los niveles, influenciando aquellos factores y estructuras presentes en el resto del sistema. Entre ellas podemos destacar la noción de masculinidad asociada a dominación, dureza y honor; los tradicionales roles de género rígidos; o la opinión de que los hombres tienen derechos sobre las mujeres. También se refiere a las políticas estatales (en salud, educación, economía, etc.) que desconocen o desestiman las discriminaciones de género, generando una mayor desigualdad.⁴³ De esta manera, “(...) *las definiciones culturales acerca de lo que*

⁴¹ LARRAÍN, Soledad: “Violencia de género: un debate pendiente”, en S. Montecino (comp.): *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia*, Santiago de Chile, Catalonia, 2009, p. 582.

⁴² Organización Panamericana de la Salud, *op. cit.*, p. 11; HEISE, *op. cit.*, pp. 273-276; LARRAÍN, 2009, *op. cit.*, p. 582.

⁴³ Organización Panamericana de la Salud, *op. cit.*, pp. 11-12; HEISE, *op. cit.*, pp. 277-280.

significa ser mujer u hombre, el concepto de familia, constituye el marco general en el cual se dan las situaciones de violencia familiar y es indispensable considerar este nivel, tanto en el análisis de la violencia, como en las políticas que se implementen para su erradicación”.⁴⁴

En la interacción de estos niveles, este modelo permite establecer tanto factores de riesgo para el comienzo y permanencia en una relación de violencia en una pareja, como factores protectores que permiten el reconocimiento de este tipo de situaciones y la búsqueda de ayuda para solucionarlas, además de contribuir a la comprensión del porqué algunas sociedades presentan mayores índices de violencia y porqué son las mujeres las que la experimentan en tan alta proporción.⁴⁵ Así, utilizar el modelo ecológico para el estudio de la violencia de pareja permite una mirada integradora y ágil de los cambios producidos en los sistemas y en el ambiente ecológico en general, posibilitando la identificación de elementos que favorecen la perpetuación de ésta o, por el contrario, de aquellos que podrían albergar posibles soluciones a nivel individual y social.

Si bien no hemos encontrado investigaciones que combinen el uso de este modelo con la disciplina histórica para el estudio de la violencia contra las mujeres, sí hemos hallado investigaciones que utilizan la historia para revelar cómo esta problemática ha estado presente en las sociedades desde mucho antes que fuera considerada un problema social. En el país, por ejemplo, Heidi Tinsman escribió sobre la violencia física y sexual hacia las esposas en el Chile rural del tercer cuarto del siglo XX, bajo la premisa de que *“La violencia en contra de la mujer es una construcción histórica y política. (...) Las definiciones de lo que constituye una agresión física inaceptable o aceptable varían con los cambios en las nociones de los roles sexuales 'adecuados' y con la transformación de la organización de la sexualidad en la familia y en la sociedad”*.⁴⁶ Para

⁴⁴ LARRAÍN, 2009, *op. cit.*, p. 582.

⁴⁵ HEISE, ELLSBERG y GOTTMOELLER, *op. cit.*, pp. 8.

⁴⁶ TINSMAN, Heidi. "Los patrones del hogar. Esposas golpeadas y control sexual en Chile rural, 1958-1988", en L. Godoy, E. Hutchison, K. Roseblatt y M. Zárate (eds.), *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, Santiago de Chile, Coedición SUR/CEDEM, 1995, p. 58. La autora reconoce la inspiración para este estudio en el trabajo de Linda Gordon: *Heroes of their own lives. The politics and history of family violence. Boston, 1880-1960*, por considerarlo pionero en la exploración de la especificidad histórica en la violencia al interior de la familia.

realizar este trabajo la autora recurrió tanto a fuentes de archivo (denuncias en Tribunales) como a la historia oral. Más adelante, René Salinas estudia las violencias sexuales e interpersonales en el Chile tradicional, principalmente aquellas ocurridas en las relaciones de pareja, ocupando al igual que Tinsman los archivos judiciales pues “(...), *da luces para entender la relación interpersonal hombre-mujer, de pareja, el trato que reciben las mujeres de los hombres (como agresores o defensores), la actuación pública y la relación de éstas con la justicia, así como el destino y el perjuicio de las víctimas*”,⁴⁷ considerándola así una fuente particularmente reveladora para la historia de las mentalidades. Por otra parte, si bien no se presenta como un estudio específico sobre violencia hacia las mujeres, Igor Goicovic se adentra en tres tópicos para investigar sobre las relaciones afectivas y la violencia en las familias en el Chile tradicional: la concepción normativa del amor, las transgresiones afectivas y la violencia en la pareja, utilizando documentos y archivos judiciales para ello.⁴⁸ Finalmente, María Paz Fernández ubica su estudio sobre la violencia en la pareja en los inicios del siglo XX, pues considera que algunas características de la época, como la consolidación de una incipiente clase media o la aparición de los movimientos feministas y obreros que abogaban por la emancipación de la mujer, la hacían particularmente interesante de investigar.⁴⁹

⁴⁷ SALINAS, René: “Violencias sexuales e interpersonales en Chile tradicional”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, núm. 4, invierno 2000. Disponible en <http://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/historiasocial/article/view/290> [Consultada 05 enero 2013], p. 14.

⁴⁸ GOICOVIC, Igor: “Relaciones afectivas y violencia intrafamiliar en el Chile tradicional”, en *Ibero Forum*, vol. 1, núm. 1, 2006. Disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=211015574009> [Consultada 05 enero 2013], p. 1.

⁴⁹ FERNÁNDEZ, María Paz: *Amor a palos. La violencia en la pareja en Santiago (1900-1920)*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2011.

1.2.2. Estado de la cuestión

Puesto que en Chile el tema que nos ocupa no ha sido objeto de estudio ni tratado en artículos monográficos, revisaremos lo que se ha escrito respecto de las mujeres mayores y la violencia de pareja en otros países. Los primeros cuestionamientos que surgieron respecto a esta problemática se refieren tanto a la invisibilidad de las mujeres mayores en los estudios e investigaciones sobre violencia doméstica, como de la falta de una perspectiva de género en aquellos que se llevaban a cabo respecto del abuso a personas mayores. En Estados Unidos, por ejemplo, Terri Whittaker presentó el año 1995 el artículo “Violence, gender and elder abuse: Towards a feminist analysis and practice” (“Violencia, género y abuso al anciano: Hacia un análisis y práctica feminista”), en el cual hizo una crítica al marco en el cual se definía la violencia contra personas mayores e invitaba a un análisis desde el feminismo para incorporar una visión que permitiera diferenciar según el sexo de las víctimas y reconocer que el abuso a mayores no era el producto de una familia disfuncional sino de una familia patriarcal.⁵⁰ El año siguiente, en Canadá, Anton Grunfeld, Diane Larsson, Kathleen Mackay y Déborah Hotch expusieron que:

“Estrategias de tratamiento, intervenciones, protocolos y estrategias de prevención hacia el maltrato a mayores en general han sido descritas [en diversos medios]. Sin embargo, prácticamente ningún estudio hace referencia a mujeres mayores que son agredidas por sus parejas, en contraposición a la mayor parte de lo escrito sobre el abuso en la pareja, que se centra en los efectos de este problema en mujeres más jóvenes y sus hijos. Muchas mujeres mayores de 60 años, sin embargo, también soportan años de abuso por parte de sus esposos o parejas”.⁵¹

Siguiendo esta senda, otras publicaciones fueron reforzando estas ideas, así como

⁵⁰ WHITTAKER, 1995, *op. cit.* p. 41.

⁵¹ GRUNFELD, Anton; LARSSON, Diane; MACKAY, Kathleen y HOTCH, Débora: “Domestic Violence Against Elderly Women” [en línea], en *Canadian Family Physician*, vol. 42, 1996. Disponible en «<http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC2146823/pdf/canfamphys00078-0055.pdf>» [Consultada 19 julio 2011], p. 1486.

incorporando nuevas críticas y resultados de investigaciones, algunas de carácter cuantitativo y otras orientadas a los aspectos cualitativos de esta problemática. El año 2000, Bonnie Brandl planteó que la violencia contra mujeres mayores no tenía que ver con problemas de estrés de los cuidadores, pues muchas de las mujeres no eran dependientes física o psicológicamente de otros, sino que era un problema de poder y control en el interior de la familia y la relación de pareja.⁵² En Australia, Jean Mears y Margaret Sargent coincidieron con lo anterior y además plantearon que el problema de la violencia contra las mujeres mayores ha permanecido oculto tanto por motivos externos a ellas (como la subestimación estadística o la creencia de que la violencia contra mujeres jóvenes es un problema más importante) como por motivos asociados a las propias mujeres que la viven (como la autculpabilización, la vergüenza y el temor a quienes ejercen la violencia).⁵³ Por otra parte, aislamiento, celos, intimidación, protección a la familia, impotencia o desesperanza son algunas de las barreras para la búsqueda de ayuda que Burton Dunlop, Richard Beaulaurier, Laura Seff, Fred Newman, Neena Malik y Melissa Fuster encontraron en su investigación sobre violencia doméstica contra mujeres mayores.⁵⁴

En cuanto a los motivos para la invisibilidad de esta situación, el tema del edadismo⁵⁵ y los falsos estereotipos que conlleva, era una de las argumentaciones recurrentes para explicar el origen de esto. Carol Seaver ya lo planteaba en el año 1996,⁵⁶ y Michael Kane, Diane Green y Robin Jacobs coincidieron con ella al exponer los resultados de su estudio, según el cual el edadismo disminuye el valor social de las personas de la tercera (y cuarta) edad, además de reducir el

⁵² BRANDL, Bonnie: "Power and Control: Understanding Domestic Abuse in Later Life" [en línea], en *Generations, the Quarterly Journal of the American Society on Aging, summer*, vol. XXIV, núm. 2, 2000. Disponible en «<http://www.ncall.us/sites/ncall.us/files/resources/Power%20and%20Control%20Understanding%20DA%20in%20Later%20Life.pdf>» [Consultado 25 febrero 2011], p. 41.

⁵³ MEARS, Jane y SARGENT, Margaret: *Older Women Speak Up. Survival it's not enough! Project Two: For Professionals*, Bundeena, Australian Domestic & Family Violence Clearinghouse, 2002, p. 6.

⁵⁴ DUNLOP, Burton; BEAULAUER, Richard; SEFF, Laura, NEWMAN, Fred; MALIK, Neena y FUSTER, Melissa: *Domestic Violence against older women: final technical report* [en línea], Florida, The Center of Aging of Florida International University, 2005. Disponible en «<http://www.ncjrs.gov/pdffiles1/nij/grants/212349.pdf>» [Consultado 28 abril 2009], pp. 10-12.

⁵⁵ Edadismo se refiere a las discriminaciones generadas por la edad. Revisaremos los conceptos un poco más adelante.

⁵⁶ SEAVER, Carol: "Muted Lives: Older Battered Women", en *Journal of Elder Abuse & Neglect*, vol. 8, núm. 2, 1996, pp. 3 – 21.

reconocimiento de su importancia en la sociedad. De esta forma, cuando se producen hechos denominados por estos/as autores/as como violencia doméstica o violencia de pareja íntima, los atributos asignados a las personas mayores pueden reducir el reconocimiento de esta forma de maltrato⁵⁷.

Con el paso del tiempo este tema se fue abriendo espacio en otros países, como Escocia, Irlanda del norte, Italia o Reino Unido, en los cuales se han presentado resultados de diversos estudios que han puesto de relieve aspectos como los tipos y duración del maltrato, los obstáculos que encuentran las mujeres mayores para acceder a servicios que se ofrecen a víctimas de violencia, los efectos en la salud de estas mujeres, las estrategias que ellas han encontrado para lidiar con el abuso en el día a día, entre otros.⁵⁸ Finalmente, en la actualidad se está llevando a cabo el proyecto europeo Daphne “Stop a la Violencia Contra las Mujeres Mayores” en seis países: España, Francia, Portugal, Italia, Bulgaria y Eslovenia. Este proyecto tiene como fin el aumentar el conocimiento de este fenómeno y sensibilizar a profesionales y agentes sociales sobre la necesidad de protección a las mujeres mayores. Anteriormente, una etapa previa se realizó en los países de Austria, Alemania, Hungría, Polonia, Portugal y Reino Unido, y en el informe general publicado se confirmaba la necesidad de enfrentar el tema de la violencia en la pareja contra mujeres mayores por el escaso conocimiento que se tiene sobre él y la falta de una atención acorde a las características particulares que presenta como problemática.⁵⁹ En este informe se presentan, además, algunas conclusiones obtenidas, como por ejemplo que:

⁵⁷ KANE, Michael; GREEN, Diane y JACOBS, Robin: “Perceptions of intimate partner violence, age, and self-enhancement Bias” [en línea], en *Journal of Elder Abuse & Neglect*, vol. 23, núm. 1, 2010. Disponible en: «<http://dx.doi.org/10.1080/08946566.2011.534710>» [Consultado 22 julio 2011], p. 93.

⁵⁸ LAZENBATT, Anne; DEVANEY, John y GILDEA, Aideen: *Older Women's Lifelong Experience of Domestic Violence in Northern Ireland*, Belfast, Changing Aging Partnership, 2010; OCKLEFORD, Elizabeth; BARNES-HOLMES, Yvonne; MORICHELLI, Roberta; MORJARIA, Aasha; SCOCCHERA, Francesca; FURNISS, Frederick; SDOGATI, Claudio y BARNES-HOLMES, Dermot: “Mistreatment of older women in three european countries: Estimated prevalence and service responses” [en línea], en *Violence Against Women*, vol. 9, núm. 12, 2003, pp. 1453-1464. Disponible en «<http://vaw.sagepub.com/content/9/12/1453>» [Consultado 10 octubre 2011]; SCOTT, Marsha; McKIE, Linda; MORTON, Sarah; SEDDON, Elizabeth y WASOFF, Fran.: *Older Women and Domestic Violence in Scotland, '... and for 39 years I got on With it*, Edinburgh, Health Scotland, 2004.

⁵⁹ NÄGELE, Barbara; BÖHM, Urte; GÖRGEN, Thomas y TÓTH, Olga: *Intimate partner violence against older women – Summary Report*. Göttingen, Daphne, 2010, p. 8.

“De acuerdo a lo respondido por nuestros expertos, la gran mayoría de la violencia [contra mujeres mayores en la pareja] era frecuente, de solo una de las partes hacia la otra, de larga duración y comenzó antes de que [las mujeres] cumplieran los 60 años. En un 81,2% de los casos el perpetrador era la pareja que cohabitaba, y en el 9,7% un exesposo o exconviviente”.⁶⁰

Apreciamos, de esta forma, que ya desde hace años existe una preocupación de algunos/as investigadores/as e instituciones por visibilizar esta problemática y develar mayores antecedentes para su prevención y tratamiento, pero aún se muestran insuficientes para motivar el estudio y la actuación de una manera más global y sistemática, existiendo países, como Chile, en los cuales recién se ha iniciado una discusión del problema.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 51.

1.3. Metodología

1.3.1 Técnicas de recolección de la información y fuentes

Dados los objetivos de la investigación, decidimos que esta sería de carácter cualitativo y que utilizaríamos las historias de vida como una forma de dar voz a un grupo invisibilizado en los estudios de violencia basada en el género en el país.⁶¹ Como plantean algunas/os autoras/es, el uso de las fuentes orales es especialmente indicado en el caso de la historia de las mujeres, pues permite centrar la mirada en aspectos previamente ignorados, tales como sus actividades y sentimientos.⁶² Para Pilar Folguera, por ejemplo, la historia oral posibilita un mayor acercamiento a los grupos sociales que comúnmente han estado fuera de las esferas de poder y que por ese motivo no habían dejado testimonio escrito de sus experiencias.⁶³

Por otra parte, su utilización en el estudio de la violencia de género se presenta como una oportunidad de comprender aspectos que superan la mera constatación de que esta es una problemática real y de larga data en la historia del país, así como la sola estadística de su ocurrencia, pues como plantean Kathryn Anderson *et al.*: “*Cuando las mujeres hablan por ellas mismas, cuestionan las 'verdades' de las cifras oficiales y siembran dudas sobre teorías establecidas*”.⁶⁴ De este modo, la historia oral ofrece una visión sobre las vivencias de las mujeres, su impacto en las trayectorias vitales y las emociones generadas, así como una comprensión de diversos factores individuales y sociales que complejizan la superación de la violencia al interior de una relación de pareja. Así, siguiendo a Paul Thompson, reconocemos la potencialidad de la historia oral para sacar a la luz las voces escondidas, pues las historias de vida de estas mujeres son

⁶¹ Destacamos que en el único estudio sobre violencia contra mujeres mayores en relaciones de pareja que encontramos en que se utilizara esta metodología, se plantea el uso de la historia oral en tanto esta establecería un marco para apoyar a las mujeres para que compartieran sus historias. GRUNFELD *et al.*, *op. cit.*, p. 1486.

⁶² FOLGUERA, Pilar: *Cómo se hace historia oral*, Madrid, Edeuma, 1994, p. 14; BERGER, Sherna y PATAI, Daphne (eds.): *Women's Words. The feminist practice of Oral History*, Nueva York y Londres, Routledge, 1991, p. 3; ANDERSON, Kathryn; ARMITAGE, Susan; JACK, Dana y WITTNER, Judith: “Beginning where we are. Feminist methodology in Oral History”, en J. Nielsen (ed.). *Feminist research methods: Exemplary readings in the Social Sciences*, San Francisco y Londres, University of Colorado-Boulder Westview Press Boulder, 1990, p. 95.

⁶³ FOLGUERA, *op. cit.*, p. 7.

⁶⁴ ANDERSON *et al. op. cit.*, p. 95.

“*histórica y socialmente interesantes de contar*”,⁶⁵ y al mismo tiempo recurrimos a ella para hablar de las “*esferas escondidas*”,⁶⁶ esos aspectos que comúnmente quedan fuera de los registros históricos, y en el caso de la violencia contra las mujeres, fuera de registros legales, estadísticos, médicos, etc.

Sumado a lo anterior, la opción por las historias de vida también se ve fundamentada por el grupo particular que hemos escogido, las mujeres mayores. La vejez ha sido constantemente obviada en la investigación histórica, siendo una experiencia que usualmente queda oculta entre los prejuicios y estereotipos que se construyen sobre quienes van entrando en ella.⁶⁷ Sin embargo, desde la historia oral podemos descubrir lo que hay detrás de esos pensamientos edadistas, analizando no solo la forma en que las personas mayores han actuado, las decisiones y elecciones realizadas en el pasado, y cómo estas han afectado su presente, sino que también cómo han sido influenciadas tanto por los acontecimientos ocurridos en la propia vida como por los acaecidos a nivel histórico, político, social, cultural, etc. En este sentido, al utilizar las historias de vida, Glen Elder propone que “*Para poder analizar la relación entre cambio histórico y experiencia vital debemos conocer la posición del individuo en la historia (1930-1934, etc.) y su momento vital (infancia, madurez o tercera edad). Las consecuencias de los sucesos históricos en la vida personal dependen de la fase en la que el individuo se encuentre*”.⁶⁸ En este sentido, interés especial tiene en nuestro estudio la forma en que las experiencias de violencia se cruzaban con las de la edad y con los sucesos que ocurrían en el país, por ejemplo, con la promulgación de las Leyes de prevención y sanción de la violencia intrafamiliar.

Así, nuestro interés es indagar en las memorias de las mujeres mayores sobre sus historias

⁶⁵ THOMPSON, Paul: “Historia oral y contemporaneidad”, en *Anuario N° 20 Historia, Memoria y pasado reciente (2003-2004)*, Rosario (Argentina), Universidad Nacional de Rosario, 2005, p. 22.

⁶⁶ *Ibidem*.

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 22-23.

⁶⁸ ELDER, Glen: “Historia y trayectoria vital”, en J. Marinas y C. Santamaría (eds.), *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Ed. Debate, 1993 pp. 199-230.

vividas, sobre lo que las fue marcando e hizo distinguir un periodo de otro,⁶⁹ así como sus cambios y sus permanencias al nivel de las ideas y comportamientos, especialmente aquellos relacionados con los roles de género y la superación o no de la violencia.

Con ese fin, en este trabajo se accedió a un universo muestral de 85 mujeres entre 60 y 92 años que habían solicitado algún tipo de ayuda (sicológica, social o jurídica) en el Centro de la Mujer de Conchalí durante los años 2009, 2010 y 2011, provenientes de cuatro municipios de la zona norte de Santiago de Chile (principalmente de clase socioeconómica baja y media). De ellas se tomó contacto con 35 mujeres, y finalmente fueron entrevistadas 21, las que tenían entre 60 y 76 años. Esta forma de elección de las participantes se escogió para dar veracidad y validez a las fuentes,⁷⁰ pues al haber sido atendidas en un centro de atención especializado confirmaba que la información entregada por las entrevistadas era veraz, y que eran casos representativos de la problemática y al mismo tiempo generalizable. Además de ello, nos preocupamos de alcanzar un punto de saturación de la información, de forma tal que, si bien existían elementos de la vida narrada que eran particulares a cada informante, aquellos relacionados con las experiencias de violencia basada en el género en la pareja fueron similares y, por lo general, constantes.

Con el fin de evitar nuevas victimizaciones solo se realizó una entrevista a cada mujer (a cargo de la investigadora),⁷¹ procurando un ambiente protegido, íntimo y seguro. Las entrevistas fueron de tipo semidirigido, llevándose a cabo en las viviendas de las mujeres o, en aquellos casos

⁶⁹ En esto seguimos lo planteado por Maurice Halbwachs de que nuestra memoria no se basa en la historia que aprendemos sino que en la que vivimos, entendiendo la historia no como una sucesión de fechas y sucesos, sino de todo lo que distinga un periodo de otro. HALBWACHS, Maurice: *La Memoria Colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, p. 60.

⁷⁰ FOLGUERA, *op. cit.*, pp. 18-20.

⁷¹ Planteamos que buscamos evitar nuevas o constantes victimizaciones porque todas las mujeres ya habían estado en algún centro de atención y/o habían denunciado su situación a la policía o en Tribunales especializados, lugares en los cuales se les realizaron entrevistas sobre el problema, las cuales, si bien no tenían las mismas características ni envergadura de las realizadas en este estudio, ya habían implicado un recuerdo de los hechos, con posibles repercusiones en la salud física y mental. Por otra parte, la investigadora trabajó durante tres años en un centro de atención a mujeres que habían vivido violencia, durante los cuales desarrolló conocimientos y habilidades que evitan al máximo perjudicar a las entrevistadas.

en los que no tenían privacidad y/o seguridad, en una sede social de una agrupación que contaba con los requerimientos necesarios para ello. Además de la grabación de las entrevistas, se procedió a anotar en un cuaderno de campo aquellas notas y observaciones respecto de aspectos como la comunicación no verbal percibida, información entregada antes o después de cada entrevista que no fue grabada, etc. Posteriormente se procedió a la transcripción textual, indicando las pausas, estados emocionales (risas, llanto, etc.) y habla particular de cada entrevistada.

Para tratar la información obtenida mediante las entrevistas, utilizamos el método de análisis de contenido, cuyo “*objetivo consiste en efectuar una 'segunda lectura' del documento a estudiar, sustituyendo esta última a la lectura espontánea, intuitiva y fácil del profano*”.⁷² De esta forma, al realizar una segunda lectura de los textos que contienen los relatos, intentamos ir más allá de lo superficial y desentrañar lo que había detrás de ellos, teniendo siempre como referencia el punto de vista de las entrevistadas. Para ello establecimos categorías basadas en los focos de interés que definimos en base a los objetivos de la investigación, pero al realizar el análisis, estos focos fueron superados por la riqueza de la información entregada, por lo que procedimos a ampliarlos de acuerdo a ello. Además, hemos tenido presente lo que Marie-Françoise Chanfrault-Duchet plantea respecto que la historia oral, y es que los relatos de vida con los que trabajamos no son solo hechos y eventos de la vida de las entrevistadas, sino que estos también están inscritos en pautas que tienen un vínculo con el universo sociosimbólico y que por lo tanto reflejan, si bien es cierto que por medio de un proceso complejo, la forma de ver el mundo de las mujeres.⁷³

En todo este proceso utilizaremos la perspectiva de género de manera transversal, de forma de contextualizar la información y el análisis de las discriminaciones, las relaciones de poder y desigualdad que existen entre mujeres y hombres y las diferencias de género, teniendo en cuenta,

⁷² POURTOIS, Jean Pierre y DESMET, Huguette: *Epistemología e instrumentación en ciencias humanas*, Barcelona, Herder, 1992, p. 217.

⁷³ CHANFRAULT-DUCHET, Marie-Françoise: “Narrative structure, social models and symbolic representation in the life story”, en S. Berger y D. Patai (eds.): *Women's Words. The feminist practice of Oral History*. Nueva York y Londres, Routledge, 1991, p. 90.

además, que estas están cruzadas por factores de clase, ideología, origen étnico, ruralidad/provincialidad versus ciudad/centralidad, de religión, entre otras. Esta perspectiva la aplicaremos desde la propuesta de género en la historia que realiza Joan Scott,⁷⁴ en el sentido de que no hablaremos desde un punto de vista universalista, antes al contrario, ahondaremos en los discursos y sus contradicciones, los símbolos de género utilizados por el poder y por el pueblo, y también prestaremos atención a lo subjetivo, es decir, cómo personas concretas interpretan desde su experiencia qué significa ser mujeres (y la idea de lo ellas consideran que es ser un hombre, pues solamente se entrevistó a mujeres).

En el caso de la edad, esta la incorporaremos en tanto categoría social, pues en términos del análisis no nos interesa la edad cronológica (aunque se haya utilizado con fines prácticos para escoger la muestra), sino que la forma en que la edad, como construcción social, juega un papel en la manera en que las personas se perciben unas a otras y las interacciones que se producen,⁷⁵ así como los prejuicios y/o estereotipos que se construyen en torno a ella. Además, la cruzaremos con la otra categoría fundamental en el estudio, pues todo el ciclo de vida está estructurado por las relaciones entre los géneros, las que influyen sobre el acceso a oportunidades y recursos (por ejemplo, la educación, la vida laboral, etc.) y las elecciones que mujeres y hombres realizan en cada etapa de vida.⁷⁶ De esta forma, tendremos en consideración cómo las transiciones que se producen en el ciclo vital difieren en unas y otros (por ejemplo, la forma en que la vida laboral se ajusta de diferente manera en las mujeres a raíz de sus funciones reproductoras), haciendo que el envejecimiento social esté marcado por el género.⁷⁷

⁷⁴ Ver SCOTT, Joan: “El género: Una categoría útil para el análisis histórico”, en J. S. Amelang y M. Nash (eds.), *Historia y género*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990, pp. 23-56; ARESTI, Nerea: “La categoría de género en la obra de Joan Scott”, en C. Borderías (ed.), *Joan Scott y las políticas de la historia*, Barcelona, Icaria, 2006, pp. 223-232.

⁷⁵ LEMUS, Soledad y EXPÓSITO, Francisca: “Nuevos retos para la Psicología Social: Edadismo y perspectiva de género” [en línea], en *Pensamiento psicológico*, núm. 5, 2005. Disponible en «<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2792929>» [Consultado 7 septiembre 2011], p. 37.

⁷⁶ Naciones Unidas: *La Mujer 2000: Dimensiones del envejecimiento relacionadas con el género*, marzo 2002, Nueva York, Naciones Unidas, p. 2.

⁷⁷ ARBER, Sara y GINN, Jay: “Mera conexión!. Relaciones de género y envejecimiento”, en S. Arber y J. Ginn, *Relación entre Género y Envejecimiento*, Madrid: Nancea S. A. de Ediciones, 1996, p. 25. Para más información sobre la relación entre el género y el envejecimiento ver: AITKEN y GRIFFIN, *op. cit.*

En lo que respecta a criticar estas fuentes, hemos puesto especial atención en su tratamiento con el fin de evitar actitudes positivistas que las consideren como evidencias que confirmen planteamientos previos sobre el pasado. Por este motivo, hemos trabajado con los relatos de las mujeres desde el planteamiento de Miren Llona, al respecto de que la memoria y la construcción de la identidad personal están íntimamente ligadas, en tanto la primera no se limita a conservar y transmitir, sino que realiza un proceso de síntesis de lo vivido, por tanto, la segunda pasa a ser un producto de este proceso. Además, las emociones experimentadas en relación a los hechos vividos juegan un papel fundamental en términos del lugar en el que se ubica ese episodio en la memoria y el rol que jugará en la definición de la identidad.⁷⁸

Respecto de la fiabilidad de las fuentes orales, ya ha sido superado el temor que presentaban ciertos condicionamientos a los que podían estar sometidos/as los/as informantes (en nuestro caso, la edad de las entrevistadas), reconociendo la forma en que los recuerdos van recuperando precisión a medida que se va entrando en la vejez,⁷⁹ compensándose el mayor intervalo de tiempo entre los hechos de la infancia, juventud y madurez con “(...) *una mayor voluntad de recordar y, generalmente, también por una menor preocupación por adecuar la historia a las normas sociales de la audiencia*”.⁸⁰

Por otra parte, junto a las fuentes orales hemos recurrido también a fuentes escritas (diarios, revistas, leyes, documentos, memorias de la nación, discursos, etc.) y audiovisuales (canciones, telenovelas, series, películas, etc.) producidas o difundidas en Chile, que aporten elementos del contexto histórico, social y cultural de la época investigada.

En lo referido a las fuentes escritas, los diarios y revistas fueron consultados en tres

⁷⁸ LLONA, Miren: “Memoria e identidades. Balance y perspectivas de un nuevo enfoque historiográfico”, en C. Borderías, *La Historia de las Mujeres: Perspectivas Actuales*, Barcelona, Icaria Editorial, 2009, pp. 379-380.

⁷⁹ FOLGUERA, *op. cit.*, p. 18.

⁸⁰ THOMPSON, Paul: *La voz del pasado. La historia oral*, Valencia, IVEI, 1988, p. 134.

formatos: en papel y diapositivas disponibles en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Chile y digitalizados, principalmente a través de una página web especializada en publicaciones chilenas (www.revisteros.cl), y de las propias web de los periódicos. Los diarios a los que accedimos son *El Mercurio*, *La Tercera*, y *El siglo*, que tenían circulación nacional y congregaban un alto porcentaje del mercado.⁸¹ El primero de ellos, cuya primera edición a nivel nacional se realizó el año 1900, es de tendencia conservadora, propiedad de la familia Edward. El segundo, nacido en 1950, estuvo en sus inicios ligado al partido Radical, posteriormente pasó a otras manos, declarándose independiente, pero junto a *EL Mercurio*, apoyó el golpe y la dictadura militar de 1973, siendo dos de los medios que no sufrieron la censura y cierre obligatorio ordenado por el régimen. El Siglo, perteneciente al partido Comunista, por el contrario, ha debido cerrar en dos ocasiones (desde su nacimiento en 1940) debido a la censura: en 1948 por la Ley de Defensa de la Democracia, y en 1973 por el Bando N° 1 de la Junta Militar.⁸²

Por otra parte, entre las revistas utilizadas como fuentes destacamos las dirigidas a mujeres: *Eva*, *Margarita/ Confidencias* y *Paula*. La primera, que estuvo en el mercado entre 1942 y 1974, pertenecía a la Editorial Zig-Zag, de origen conservador (su primer dueño había sido Agustín Edward, el mismo del diario *El Mercurio*), y estaba enfocada principalmente hacia las dueñas de casa de clase media y alta.⁸³ De época similar es la revista *Margarita/ Confidencias* (de 1934 a 1953 se llamó *Margarita*; de 1953 a 1954, *Confidencias de Margarita*; y de 1954 a 1971, solo *Confidencias*), de la misma editorial que *Eva*, y su contenido también era de corte tradicional, con una importante presencia entre los medios dedicados mujeres.⁸⁴ Finalmente, en 1967 la revista

⁸¹ Teniendo como referencia el año 1973. ROJAS, Jorge y ROJAS, Gonzalo: “Auditores, lectores, televidentes y espectadores. Chile mediatizado. 1973-1990, en R. Sagredo y C. Gazmuri (dirs.), *Historia de la vida privada en Chile. El Chile contemporáneo, de 1925 a nuestros días*, Santiago de Chile, Aguilar Chilena de Eds., 2005, p. 385.

⁸² Biblioteca Nacional de Chile: “Periodismo de oposición (1976-1989)” [en línea], en *Memoria Chilena*. Disponible en «<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-773.html#presentacion>» [Consultada 02 junio 2013] s/n.; URIBE, Hernán: *Prensa y periodismo político en los años 1960/70* [en línea], Centro de Estudios Miguel Enríquez – Archivo Chile, s/a. Disponible en «http://www.archivochile.com/Medios_de_Comunicacion/html/text_gen/comutextgen0003.pdf» [Consultado 06 junio 2012], pp. 1-2.

⁸³ AMAR, Mauricio: *Cuerpos ideales. La producción de la dueña de casa en las revistas de mujeres entre 1910 y 1950*. Tesis para optar al grado de magíster en Estudios de Género y Cultura. Universidad de Chile, 2009, pp. 21, 63.

⁸⁴ ROJAS y ROJAS, *op. cit.*, pp. 385, 422.

Paula llegó a los puestos de venta marcando una diferencia con sus predecesoras pues presentaba un estilo más moderno, aunque no dejaba de lado secciones con temas asociados a los roles de género como cocina, modas, tejido, etc. Actualmente sigue en circulación editada por Paula Ediciones S.A., perteneciente al grupo Consorcio Periodístico S.A. (COPESA), el mismo del diario *La Tercera*.⁸⁵

Otros documentos utilizados, como leyes, censos, discursos, memorias de la nación, estadísticas, etc., se consultaron en su forma impresa o digital, esta última por medio de webs oficiales de: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, «www.bcn.cl»; Historia Política Legislativa del Congreso Nacional de Chile, «<http://historiapolitica.bcn.cl>»; Conferencia Episcopal de Chile, «www.iglesia.cl»; Servicio Nacional de la Mujer, «www.sernam.cl»; Ministerio del Interior y Seguridad Pública, «www.interior.gob.cl»; Ministerio de Desarrollo Social, «www.ministeriodesarrollosocial.gob.cl».

Finalmente, las fuentes audiovisuales, como fotografías, imágenes y vídeos, han sido consultadas tanto en los medios en que aparecían originalmente (diarios, revistas, etc.) como en dos repositorios virtuales pertenecientes al Ministerio de Educación de Chile, a través de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos: Memorias del siglo XX «www.memoriasdelsigloxx.cl» y Memoria Chilena «www.memoriachilena.cl»; y un repositorio privado abierto al público: «www.revisteros.cl». Las imágenes utilizadas a lo largo del documento se han compilado, a tamaño original, en un anexo que se puede consultar en el CD que se adjunta.

Además del uso de estas fuentes, nuestra investigación se apoyó en resultados de estudios realizados previamente, tanto de Chile como de otros países, textos teóricos y documentos de análisis. Los temas sobre los que se consultó fueron variados, pero se pueden clasificar en: violencia

⁸⁵ *Ibidem*, p. 385.

basada en el género (especialmente aquella en relaciones de pareja y en mujeres mayores), historia de Chile e historia de las mujeres en Chile.

1.3.2. Conceptos y terminología

En este apartado explicitaremos los conceptos y terminología que ocuparemos en el presente estudio, pues en lo referido a violencia basada en el género hay diversos términos que se han ocupado a lo largo de los años de denuncia e investigación, algunos de los cuales han sido ocupados indistintamente y otros dependen del uso común en el país en que se haya realizado el estudio y/o escrito sobre el tema.

En primer lugar, entenderemos que se habla de “violencia doméstica” para referirse a aquella que viven las mujeres al interior del hogar, siendo uno de los primeros términos utilizados cuando se comenzó a denunciar estas situaciones en Chile,⁸⁶ pero tiene la desventaja de no reconocer quién ejerce la violencia ni quién la recibe, además de excluir a las exparejas con quienes ya no se convive o no se ha convivido nunca.

Por otra parte, “violencia intrafamiliar” es un término mucho más amplio, en el que la víctima puede ser cualquier miembro de una familia (menores, mujeres, personas mayores, etc.), lo que dificulta el reconocimiento de las particularidades de cada relación de violencia y del ejercicio del poder dentro de ellas. Este es el término que se ocupa en los organismos gubernamentales, legislativos y judiciales en Chile desde que en 1994, en el proceso de la tramitación en el congreso de la Ley 19.325, se impusiera desde el sector conservador el marco interpretativo de la familia como el bien público a proteger, pasando las mujeres a quedar invisibles como sujetos de derecho.⁸⁷ Esta ley fue reemplazada en 2005 por la Ley 20.066 (modificada el 2010), indicando en su artículo 5º que:

“Será constitutivo de violencia intrafamiliar todo maltrato que afecte la vida o la integridad física o psíquica de quien tenga o haya tenido la calidad de cónyuge del

⁸⁶ ARAUJO, GUZMÁN y MAURO, *op. cit.*, p. 137.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 144.

ofensor o una relación de convivencia con él; o sea pariente por consanguinidad o por afinidad en toda la línea recta o en la colateral hasta el tercer grado inclusive, del ofensor o de su cónyuge o de su actual conviviente.

También habrá violencia intrafamiliar cuando la conducta referida en el inciso precedente ocurra entre los padres de un hijo común, o recaiga sobre persona menor de edad, adulto mayor o discapacitada que se encuentre bajo el cuidado o dependencia de cualquiera de los integrantes del grupo familiar”.⁸⁸

En el caso de la “violencia sexista o machista”, lo que se pone de relieve son las situaciones de desigualdad en que se encuentran las mujeres respecto de los hombres, y alude directamente al patriarcado como origen de la violencia.

Por otra parte, las Naciones Unidas, utilizaron el término “violencia contra la mujer”, definiéndola en el artículo 1 de la *Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer* como:

“(…) todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la vida privada”.⁸⁹

Posteriormente, con el desarrollo de la perspectiva de género, se ha pasado a utilizar el concepto “violencia de género” o “violencia basada en el género” (del inglés *gender-based violence*), que reconoce todos los tipos de violencia contra las mujeres, pero que incluye el componente de la cultura (comportamientos y actitudes asociados a los roles de género), ya sea en una relación de pareja, el abuso en los medios de comunicación, las situaciones de guerra, etc.

⁸⁸ Ley 20.066 que “Establece ley de violencia intrafamiliar”, Diario Oficial de Chile, 7 de octubre de 2005. s/n.

⁸⁹ Naciones Unidas, 1993, *op. cit.*, s/n.

Heise, Ellsberg y Gottmoeller plantean que:

“La violencia basada en el género incluye una gran cantidad de comportamientos dañinos que son dirigidos directamente a mujeres y niñas por causa de su sexo, incluyendo el abuso marital, atentado al pudor (violación, abuso, etc.) homicidios relacionados con herencias, violación marital, malnutrición selectiva de niñas, prostitución forzada, mutilación genital femenina y abuso sexual de niñas”.⁹⁰

Este último es el concepto que utilizaremos en el presente texto, pero lo enmarcaremos dentro de las relaciones de pareja, por lo tanto, cuando hablemos de violencia, violencia en la pareja o relación violenta nos estaremos refiriendo a aquellas situaciones de violencia basada en el género que se dan o han dado en una relación de pareja (esposo, conviviente, padre de hijo en común, etc.), o de parte de una expareja.

Dentro de esta reconoceremos cuatro tipos de violencia: psicológica, física, sexual y económica. La primera de ellas se refiere a “*cuando una persona adopta una serie de actitudes y palabras destinadas a denigrar o negar la manera de ser de otra persona. Estas palabras o gestos tienen por objetivo desestabilizar o herir al otro*”.⁹¹ Las manifestaciones de este tipo de agresión abarcan un amplio espectro, pero hay ciertas consistencias que es posible detectar, a pesar de presentar de formas muy sutiles: criticar (forma de ser, físico y capacidad intelectual), atacar la autoestima (‘no sirves para nada’), denigrarla (‘estás loca’), humillarla (hacer que recoja cosas del suelo a propósito), ignorarla (ley del hielo), impedir las tareas cotidianas, disminuirla emocionalmente (‘no sabes amar’), desconocer sus decisiones, privar de dormir o comer, aislarla (de la familia ‘tu familia solo quiere tu dinero’, de amistades ‘esa amiga tuya es una tonta’, etc.), celarla (vigilar llamadas, sospechar de cualquier hombre), acosarla (aparecer inesperadamente en el

⁹⁰ HEISE, ELLSBERG y GOTTMOELLER, *op. cit.*, p. 6. Sobre las citas que aparecen en el texto cuyos originales estaban en inglés o portugués, las traducciones, salvo que se explicita lo contrario, han sido realizadas por la investigadora.

⁹¹ HIRIGOYEN, Marie-France: *Mujeres Maltratadas. Mecanismos de la violencia en la pareja*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2006, p. 25.

trabajo), intimidarla (romper objetos), etc.

La violencia física va desde empujones, golpes, zamarreos, quemaduras, estrangulamientos, a utilización de armas blancas o de fuego.⁹² Su máxima expresión son los llamados feminicidios íntimos (perpetrados por parejas o exparejas) dado que demuestran que algunos hombres no tienen límites en sus intentos de control, sin importarles las consecuencias (legales, familiares, personales, etc.) deciden poner fin a la vida de las mujeres.

Las formas en que se manifiesta la violencia sexual es amplia y variada: desde obligar a realizar actos que la mujer considere indignos o contrarios a su moral, a tener encuentros sexuales con otras personas o ser testigo de encuentros del hombre con otras mujeres; embarazos, esterilizaciones o abortos forzados, obligar a prostituirse, a ver pornografía, a utilizar objetos no deseados, etc. Pero la forma más común tiene que ver con el obligar a mantener relaciones sexuales ya sea por la fuerza (violación), amenazas o manipulaciones.⁹³

La violencia económica, por otra parte, se enmarca dentro del intento de mantener la dependencia de la mujer hacia el hombre, de forma tal que la búsqueda de alternativas para salir de la relación de maltrato se torne mucho más difícil. Se manifiesta en impedir a la mujer que reciba ingresos (que no pueda trabajar, que no reciba apoyo de parte de familia o amistades), si los recibe que no pueda disponer de ellos (invertir la dependencia, el hombre no trabaja o recibe un menor salario pero decide respecto de los ingresos de la mujer), que se endeude constantemente o por altos montos (para satisfacer necesidades del hombre) o que abandone el empleo (bajo la presión de que la casa está descuidada, o que los hijos e hijas requieren a la madre presente, etc.). En el caso de que ella no tenga trabajo remunerado se manifiesta dejando solo lo mínimo para el consumo diario, o que el hombre realice todas las compras (sin que ella disponga de dinero para sí), etc.

⁹² Organización Mundial de la Salud: *Estudio multipaís de la OMS sobre la salud de la mujer y violencia doméstica*, Organización Mundial de la Salud, Ginebra, 2005, p. 6.

⁹³ *Ibidem*.

Respecto del uso del término feminicidio por sobre el concepto que se utiliza en Chile a nivel estatal y judicial, femicidio,⁹⁴ hemos optado por el primero porque su propuesta incluye el reconocimiento de la construcción social de la violencia en los hechos de asesinato de mujeres, y aunque puede utilizarse para todos aquellos casos en que la muerte está relacionada con en la propia condición de ser mujer, en este estudio lo ocupamos para referirnos a los ocurridos por parejas o exparejas.

Respecto de las personas mayores, se ha utilizado el término “maltrato al mayor” (o al adulto mayor) y una de las definiciones más ampliamente aceptadas es la de que *“El maltrato a la persona mayor es una acción única o repetida, o la falta de respuesta apropiada, que causa daño o angustia a una persona mayor y que ocurre en cualquier relación donde exista una expectativa de confianza”*.⁹⁵

⁹⁴ Ley 20.480 que “Modifica el Código Penal y la Ley N° 20.066 sobre Violencia Intrafamiliar, estableciendo el “Femicidio”, aumentando las penas aplicables a este delito y reforma las normas sobre parricidio”. Diario Oficial de Chile, 18 diciembre 2010.

⁹⁵ Servicio Nacional del Adulto Mayor, *op. cit.*, p. 67.

1.4. Breve contexto histórico y social sobre Chile

Puesto que este estudio se realiza sobre historias de vida ocurridas en Chile, hemos considerado necesario presentar un breve contexto histórico y social sobre el país, con el fin de quienes no estén familiarizados con este puedan tener información suficiente que permita una mayor comprensión de la investigación.

En este apartado hemos incluido, en primer lugar, la historia política desde mediados de la década de 1940 a finales de la del 2000, revisando los principales partidos políticos, presidentes/a y características de sus mandatos. A continuación nos centramos en dos actores sociales del país, los cuales consideramos relevantes para la comprensión de la problemática que analizaremos posteriormente: Las mujeres y la Iglesia Católica.

1.4.1. Gobiernos y tendencias políticas

Antes de comenzar a adentrarnos en la situación de Chile durante la segunda mitad del siglo XX, debemos hacer la precisión de que su política interna, decisiones de estado e incluso la promulgación de leyes no respondía solo a los grupos de poder dentro del país, sino también a la influencia de otros actores, tanto de América Latina como de los Estados Unidos. Los *lobbys* de poder estadounidense, si bien habían iniciado una expansión de sus intereses económicos a Chile (y otros países de Latinoamérica) desde comienzos del 1900,⁹⁶ tras la Segunda Guerra Mundial habían procurado ampliar su ámbito de influencias; situación que en Chile se mantuvo en mayor o menor grado en la totalidad de la época estudiada.⁹⁷

Esto se puede ejemplificar en el caso del gobierno del presidente Gabriel González Videla (1946-1952). Perteneciente al ala de izquierda del Partido Radical⁹⁸, llegó a la presidencia como abanderado de la Alianza Democrática, formada por su propio partido, los comunistas y los demócratas⁹⁹, aunque para lograrlo debió sumar al Partido Liberal en la votación realizada en el Congreso Nacional para dirimir entre él y Eduardo Cruz Coke (conservador, partido que tradicionalmente representaba a los terratenientes y fuertemente ligado a la Iglesia Católica), pues cuando ningún candidato lograba una mayoría absoluta en las urnas se debía dirimir por votación en el Congreso, debiendo pactar con otros partidos o coaliciones para obtener el poder.¹⁰⁰

Luego de haber prometido que ningún poder rompería los lazos que había generado con el

⁹⁶ VILLABLANCA, Hernán: “Chile y Estados Unidos: Tres décadas decisivas en sus relaciones comerciales y políticas, 1900-1930”, en *Revista de Sociología*, núm. 14, 2000, p. 125.

⁹⁷ Biblioteca Nacional de Chile: “El impacto de la Guerra Fría en Chile” [en línea], en *Memoria Chilena*. Disponible en «<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3460.html>» [Consultada 02 junio 2013], s/n.

⁹⁸ Partido que se constituye como tal a principios de la década de 1860 en Chile, influido por la ideología de la Ilustración, cuyos primeros planteamientos se refirieron a la oposición al autoritarismo presidencial, la democratización de la constitución y la separación entre de la religión del Estado. Para mayor información ver: LASTRA, Alfredo: *Esbozo histórico del Partido Radical Socialdemócrata* [en línea]. Disponible en «<http://www.partidoradical.cl/v1/wp-content/uploads/2011/06/Esbozo-historico.pdf>» [Consultado 19 febrero 2014].

⁹⁹ Pertenecientes al Partido Democrático del Pueblo, originado en 1932 luego de una división del Partido Democrático. Se autodefinían de la izquierda democrática y rechazaban el anticomunismo. Ver: FERNÁNDEZ, Joaquín: *El Ibañismo (1937-1952). Un caso de populismo en la política chilena*, Santiago de Chile, Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007, pp. 147-148.

¹⁰⁰ RECTOR, John: *History of Chile*, Gordonsville, Palgrave Macmillan, 2005, p. 152.

Partido Comunista y de haber nombrado por primera vez en la historia de Chile a tres de sus militantes como ministros (en las carteras de Trabajo, Agricultura y Tierras y Colonización), en septiembre de 1948, alentado por los Estados Unidos, promulgó la denominada “Ley Maldita” (Ley de Defensa Permanente de la Democracia)¹⁰¹, que declaró ilegal al Partido Comunista “pese a que había obtenido 18% de los votos en las elecciones municipales de 1947”.¹⁰²

Entre los afectados por esta ley se encontraba Ricardo Reyes Basoalto, más conocido por su seudónimo, Pablo Neruda. Miembro del Partido Comunista, senador y precandidato presidencial, había sido nombrado jefe de propaganda de la campaña de González Videla, en quien había depositado su confianza. Por este motivo, tras la citada ley, Neruda expresó su rabia y descontento contra el presidente, siendo acusado por ello de infringir la Ley de Seguridad Interior del Estado y de injurias, debiendo pasar a la clandestinidad y posterior huida del país. De la siguiente forma se refiere Neruda sobre González Videla en sus memorias:

“El hombre fue un equilibrista, un acróbata de asamblea. Logró situarse en un espectacular izquierdismo. En esta 'comedia de mentiras' fue un redomado campeón (...). En un país en que, por lo general, los políticos son o parecen ser demasiado serios, la gente agradeció la llegada de la frivolidad, pero cuando este bailarín de conga se salió de madre ya era demasiado tarde: los presidios estaban llenos de perseguidos políticos y hasta se abrieron campos de concentración como del de Pisagua. El estado policial se instaló, entonces, como una novedad nacional. No había otro camino que aguantarse y luchar en forma clandestina por el retorno a la decencia”.¹⁰³

¹⁰¹ En su artículo nº1 indica que: “*Se prohíbe la existencia, organización, acción y propaganda, de palabra, por escrito o por cualquier otro medio, del Partido Comunista, y, en general, de toda asociación, entidad, partido, facción o movimiento, que persiga la implantación en la República de un régimen opuesto a la democracia o que atente contra la soberanía del país*”. Ley 8.987 “Ley Permanente de Defensa de la Democracia” [en línea], Diario Oficial de Chile, 3 de septiembre de 1948. Disponible en <<http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=1036719&buscar=defensa+permanente+de+la+democracia>> [Consultada 29 septiembre 2013], s/n.

¹⁰² DABÈNE, Olivier: *América Latina en el siglo XX*, Madrid, Ed. Síntesis, 1999, p. 112.

¹⁰³ NERUDA, Pablo: *Confieso que he vivido. Memorias*. Barcelona, Seix Barral, 1984, p. 79.

En lo que respecta a otras áreas del gobierno, pese a que el ministro de Hacienda, Jorge Alessandri Rodríguez, logró frenar el alza del costo de la vida en el país, su política restrictiva en materia fiscal generó grandes repercusiones, produciéndose en 1950 una serie de huelgas y manifestaciones que no solo consiguieron que cayera el gabinete completo, sino que fueron parte del principio del fin del gobierno de González Videla y del Partido Radical en el poder.

El descontento acumulado hacia el fin de su mandato también significó el abandono de muchos de sus votantes hacia otras candidaturas, especialmente dentro de la creciente clase media, pues muchos de los que habían apoyado a los radicales se habían ido desilusionando de su gestión ante las urgencias económicas y sociales que se experimentaban. Frente a este escenario, la imagen de un expresidente y general del ejército se elevó de entre sus rivales con la promesa de una mano dura para barrer lo que consideraba las malas prácticas de la clase política.¹⁰⁴ Así se expresa Carlos Ibáñez del Campo (1952 – 1958) respecto de su propia candidatura:

“Desaparecida la confianza del pueblo en su Gobierno; la población fué (sic) víctima de la escasez y el hambre; por norma el derroche y la manía de grandezas superficiales; la huelga como único medio de obtener un precario mejoramiento económico; con hombres fuera de la Ley y de la vida cívica, para hacerse la ilusión de que han desaparecido ciertas ideas, en vez de suprimir las causas que originan su difusión; agotada la capacidad tributaria para cubrir gastos inútiles; desaparecida la grandeza espiritual de los núcleos dirigentes, mis conciudadanos han vuelto sus miras al gobernante que durante su pasada administración hizo del trabajo y la honestidad, de la austeridad y disciplina, y de una bien aplicada justicia social, la base de su Gobierno.

Pues bien, como yo lo he manifestado, estoy a las órdenes de ese pueblo sufrido y tantas veces engañado, dispuesto a entregarle mi experiencia y la firme voluntad de

¹⁰⁴ SILVA, Osvaldo: *Breve Historia Contemporánea de Chile*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 307.

levantarlo del hondo abismo en que lo han sumido la politiquería y el desgobierno”.¹⁰⁵

Como populista que era, para el logro de su objetivo, Ibáñez utilizó la estrategia de congregar una amplia base de partidos, lo que le permitió tener una plataforma que lo sustentara en su campaña, a pesar de que al mismo tiempo enfatizaba la suya era una candidatura independiente.¹⁰⁶ De esta forma, fue apoyado por partidos tan disímiles como el Partido Democrático del Pueblo, sectores del Partido Socialista¹⁰⁷, el Partido Agrario Laborista¹⁰⁸ y el Partido Femenino de Chile¹⁰⁹, entre otros; todos unidos por la antipatía que compartían por la forma tradicional de hacer política, salvo los socialistas, que esperaban conducir a las masas que seguían a Ibáñez.¹¹⁰

Esta misma heterogeneidad se trasladó al primer gabinete ministerial que formó, con representantes de la burguesía nacional, exsocialistas, del Partido Unión Nacional y un militante del Partido Socialista Popular. El apoyo prestado por el Partido Femenino no quedó sin recompensa, siéndole asignado el ministerio de Educación, así como los agrariolaboristas, que ocuparon Obras Públicas y Agricultura, entre otros.¹¹¹ Sin embargo, esta situación no se mantuvo en el tiempo, y poco a poco fueron ganando primacía el Partido Agrariolaborista y el ala conservadora dentro del

¹⁰⁵ IBÁÑEZ DEL CAMPO, Carlos: *Carta Programa de don Carlos Ibáñez del Campo* [en línea]. Congreso Nacional de Chile. Disponible en [«http://historiapolitica.bcn.cl/obtienearchivo?id=documentos/10221.1/23819/1/carta_programa_de_don_Carlos_Iba%C3%B1ez_del_campo.pdf»](http://historiapolitica.bcn.cl/obtienearchivo?id=documentos/10221.1/23819/1/carta_programa_de_don_Carlos_Iba%C3%B1ez_del_campo.pdf) [Consultada 02 diciembre 2012], s/n.

¹⁰⁶ FERNÁNDEZ, 2007, *op. cit.*, p. 147.

¹⁰⁷ Partido fundado en 1933, uniendo a distintos movimientos que se identificaban con las ideas socialistas (Orden Socialista, Partido Socialista Marxista, Acción Revolucionaria Socialista, Nueva Acción Pública, etc.). Ver: WITKER, Alejandro: *Historia documental del PSCH, 1933-1993. Forjadores – Signos de renovación*, Concepción, IELCO-Chile, 1993, p. 16.

¹⁰⁸ Partido nacido en 1945, cuyo origen se encontraba en los centros agrícolas del sur con gente relacionada con el trabajo de la tierra, a los que se sumaron luego jóvenes y profesionales. Ver: RODRÍGUEZ, Aniceto: *Entre el miedo y la esperanza. Historia social de Chile*, Venezuela, Universidad Central de Venezuela. 1995, pp. 243-244.

¹⁰⁹ Partido fundado en 1946, orientado a la formación cívica y e intelectual de las mujeres, siendo uno de sus propósitos en materia política el voto femenino. Ver: FERNÁNDEZ, 2007, *op. cit.*, pp. 174-175.

¹¹⁰ AYLWIN, Mariana; BASCUÑÁN Carlos; CORREA, Sofía, GAZMURI, Cristián; SERRANO, Sol y TAGLE, Matías: *Chile en el siglo XX*, Santiago de Chile, Ed. Planeta Chilena S.A., 1999, pp. 191-192.

¹¹¹ MOULIÁN, Tomás: *Material Docente sobre Historia de Chile núm. 2: El gobierno de Ibáñez. 1952-1958*, Santiago de Chile, FLACSO, 1986, p. 22.

gabinete, siendo el Partido Socialista Popular uno de los grandes perjudicados.

Pese a las promesas de barrer la corrupción y superar la ineficiencia de los partidos, hacia el final de su gobierno Ibáñez se encontró con una situación económica insostenible, con una imagen de que no había cumplido su labor de forma eficiente y con una base partidista fragmentada, lo que se transformó en un caldo de cultivo para el descontento social, especialmente el estudiantil, que contaba con el apoyo del recientemente formado Partido Demócrata Cristiano.¹¹² Este último, una fusión de la Falange Nacional y el Partido Conservador Social Cristiano, había ido desplazando del centro político al Partido Radical y a diferencia de este, que era fundamentalmente pragmático, se perfiló como un partido doctrinario.¹¹³

A pesar de este nuevo actor político, un personaje independiente, reconocido empresario y dirigente del gremio de dueños e inversores, Jorge Alessandri Rodríguez (1958 – 1964), fue quien consiguió aglutinar las fuerzas de la derecha chilena tras la derrota sufrida frente a Ibáñez en 1952 y posesionarse como el candidato del Partido Conservador y el Partido Liberal para las elecciones de 1958. En estas votaciones obtuvo poco más del 30% de los votos, pero con el apoyo del Partido Radical consiguió que se ratificara su triunfo en el Congreso Nacional.

El hecho de que su padre fuera presidente de Chile en dos períodos (1920-1925 y 1932-1938), sus estudios en dos destacados establecimientos del país (el Instituto Nacional y la Universidad de Chile) y su larga trayectoria empresarial fueron las cartas de las que se valió para validarse frente a su electorado:

“Al momento de ser candidato presidencial, hacía 20 años que era presidente de la Compañía de Papeles y Cartones, la Papelera. Pero, además, ya en 1943 había sido

¹¹² *Ibidem*, pp. 49-50. El partido se formó el año 1957, un año antes del fin del gobierno de Ibáñez.

¹¹³ Si bien este partido se definió como no confesional, sus integrantes y postulados reflejaban los cambios que se estaban produciendo en la Iglesia Católica de Chile tras el Concilio Vaticano II. Con una base social amplia, lo integraban desde empresarios a obreros y campesinos, pasando por un importante sector de la clase media y mujeres. Ver: AYLWIN, BASCUÑÁN, CORREA *et al.*, *op. cit.*, p. 197.

elegido presidente de la Confederación de la Producción y del Comercio, máxima organización del empresariado chileno, y desde hacía dos años, además, consejero de la Sociedad de Fomento Fabril. Al momento de las elecciones de 1958 era miembro del directorio de varias sociedades industriales y financieras, presidente de la empresa Pizarreño y vicepresidente del Banco Sud Americano”.¹¹⁴

Luego de veinte años de gobiernos de centro y de izquierda, la derecha ganaba el poder en las urnas, y si bien en un comienzo algunos programas implementados (como la construcción de viviendas, el aumento de la matrícula escolar y la alimentación para estudiantes) habían tenido éxito, la batalla contra la inflación no logró ganarse, generando nuevamente descontento entre la población.¹¹⁵ Por otra parte, su compromiso con los Estados Unidos se hizo evidente luego de la Revolución Cubana de 1959, tras la cual el presidente puso en marcha reformas impulsadas por la Alianza por el Progreso, aunque algunas con tibios resultados (como la reforma agraria).¹¹⁶

Ante este panorama, en 1963 los partidos se encontraban perfilando a sus candidatos. La derecha, formada por los partidos Conservador y Liberal se habían unido a los radicales en el llamado Frente Democrático, levantando la candidatura de Julio Durán; la Democracia Cristiana llevaba a Eduardo Frei Montalva y el Frente de Acción Popular (FRAP, que aglutinaba al Partido Comunista, Partido Socialista y Partido Radical Doctrinario, entre los más importantes) postulaba a Salvador Allende, el cual iba por su tercera candidatura (lo había sido en 1952 y 1958). Sin embargo, una elección a diputado en una zona del sur de Chile, en la que se daba por ganador al candidato de la derecha, tuvo un resultado completamente diferente, obteniendo la mayoría de votos el candidato del FRAP, lo que reorganizó el panorama, quedando Frei Montalva con el apoyo de su

¹¹⁴ ARANCIBIA, Patricia: “La elección presidencial de 1958. Jorge Alessandri y la derecha a La Moneda”, en A. San Francisco y A. Soto (eds.), *Camino a La Moneda: las elecciones presidenciales en la Historia de Chile 1920-2000*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, pp. 292-293.

¹¹⁵ GÓNGORA, Álvaro y GAZMURI, Cristián: “La elección presidencial de 1964. El triunfo de la Revolución en Libertad”, en A. San Francisco y A. Soto (eds.), *Camino a La Moneda: las elecciones presidenciales en la Historia de Chile 1920-2000*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, p. 319.

¹¹⁶ Biblioteca Nacional de Chile: “Jorge Alessandri Rodríguez (1896-1986)” [en línea], en *Memoria Chilena*. Disponible en «<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3470.html>» [Consultada 02 junio 2013], s/n.

propio partido, de los conservadores y los liberales, quienes lo veían como el “mal menor”.¹¹⁷

La de Frei Montalva fue una de las campañas más polémicas en la segunda mitad del siglo XX. Según la investigadora Lisa Baldez, los medios de comunicación conservadores, partidos políticos, la Iglesia Católica y el gobierno de los Estados Unidos¹¹⁸ jugaron un importante papel a la hora de desacreditar a la izquierda revolucionaria. En el caso específico de las mujeres, se formó una organización llamada Acción de Mujeres de Chile con el fin de motivar a otras mujeres a que se movilizaran contra la izquierda. Anuncios en radio y televisión, así como insertos en diarios y revistas fueron parte de esta estrategia a nivel nacional.¹¹⁹

Pero aparte de esta campaña, el lema que levantaron desde la Democracia Cristiana –“Revolución en Libertad”– iba acompañado de una serie de propuestas para la modernización del país, incluyendo en primer término una reforma agraria más amplia; su programa estrella destinado a la participación ciudadana, la “promoción popular”; un ambicioso programa en obras públicas, cuya punta de lanza sería la construcción del Metro de Santiago; una reforma educativa y la nacionalización del cobre (que el Estado adquiriera el 51% de las acciones de la gran minería), entre otros.¹²⁰

El resultado fue abrumador, recibiendo un 56,1% de los votos, con un aumento considerable respecto de su votación anterior, en la cual habían obtenido el 9,4% (1958).¹²¹ Sus electores/as resultaron ser heterogéneos, desde católicos pertenecientes a todos los sectores sociales, a gran parte de la clase media urbana y otro tanto de sectores trabajadores obreros. Sin embargo, en relación al sexo de sus votantes, el apoyo de las mujeres fue crucial en la victoria, pues con 744.423 votos

¹¹⁷ GÓNGORA y GAZMURI, *op. cit.*, pp. 318-319.

¹¹⁸ Se estima que la aportación de los Estados Unidos fue de 144 millones de dólares al año. DABÈNE, *op. cit.*, p. 135.

¹¹⁹ BALDEZ, Lisa: *Why women protest. Women's movements in Chile*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002, p. 36.

¹²⁰ GÓNGORA y GAZMURI, *op. cit.*, p. 323; SILVA, *op. cit.*, pp. 310-311.

¹²¹ SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio: *Historia contemporánea de Chile I*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 1999a, p. 239.

femeninos a su favor,¹²² marcó una abismal diferencia con su más cercano competidor, Salvador Allende, quien recibió casi la mitad de los votos de estas (375.776).¹²³

La puesta en marcha de esta “Revolución en Libertad”, sin embargo, no fue tan sencilla. Si bien algunas de las propuestas programáticas fueron llevadas a cabo, la situación social en el país había evolucionado, algunos consideraban que esta revolución dentro del marco institucional tradicional no estaba logrando los avances esperados, provocando impaciencia en parte de la población. Además, la derecha política, que en un principio parecía derrotada tras su breve paso por el poder ejecutivo (con Alessandri Rodríguez), retomó fuerzas ante el apoyo recibido por parte de la clase media, la cual se había identificado con este espectro político que se izaba como el defensor de la propiedad privada. Los motivos para ello los encontramos en la insatisfacción con las reformas que se realizaron, con la sensación de verse amenazados por las revueltas y movilizaciones, así como con el sentimiento de haber sido postergados por el Estado en favor de los sectores marginales.¹²⁴ Finalmente, la fuerza que iba adquiriendo la izquierda y la acuciante alza de la inflación fueron los elementos que terminaron por hacer caer la popularidad con la que había iniciado Frei Montalva su mandato.

La opinión del presidente ante estos hechos, especialmente ante el temor de una revolución armada, se identifica en las palabras con las que cierra su último año de mandato, en 1970:

“Yo sé que la revolución con sangre, dramática y totalitaria, ejerce fascinante atracción sobre algunos. Yo sé que hay quienes no son capaces de concebir su Patria sino como una copia de otras experiencias, porque no saben mirarla, porque no la entienden. Pero ellos están de espaldas a nuestra Historia y no comprenden el carácter esencial de nuestro pueblo que los mira con desapego, como a extraños”.¹²⁵

¹²² En Chile las mesas de votación están separadas por sexo, lo que permite tener los datos exactos de resultados de los/as candidatos según votación de mujeres y hombres.

¹²³ GÓNGORA y GAZMURI, *op. cit.*, p. 331.

¹²⁴ AYLWIN, BASCUÑÁN, CORREA, *et al.*, *op. cit.*, p. 217-218.

¹²⁵ FREI MONTALVA, Eduardo: “Último Mensaje Presidencial ante el Congreso Pleno, 21 de mayo de 1970”, en O.

Este temor no era infundado, pues se había instalado un debate en la izquierda chilena que iba desde el extremo de quienes sostenían la vía armada hasta los que se oponían a ella y buscaban una vía pacífica, debate que más que adentrarse en la teoría sobre el tipo de Estado y sociedad buscados para sustituir al capitalismo, se quedaba en los medios para ello. A pesar de esto, en 1969 los partidos que integran la Unidad Popular –Comunista, Socialista, Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU)¹²⁶, Radical, Social Demócrata, Izquierda Cristiana¹²⁷, y algunos más de menor significancia– comenzaron a constituir comités de coordinación y de programación para establecer los acuerdos mínimos para enfrentar la campaña presidencial, proclamando el 20 de enero de 1970 a Salvador Allende Gossens (1970 – 1973) como el candidato de la Unidad Popular.¹²⁸

Este conglomerado presentó un programa de 40 medidas para ser implementadas durante su gobierno. La nacionalización era uno de los ejes principales al proponer que tanto los productos de la gran minería (cobre, salitre y hierro) como la banca y los servicios de utilidad pública pertenecieran a todos los chilenos. Otras propuestas se relacionaban con la ampliación de la reforma agraria, la reforma al Poder Judicial y al Parlamento o la planificación económica e industrialización.¹²⁹ Por otra parte, viendo la gran importancia que estaba adquiriendo la votación femenina,¹³⁰ los partidos de la Unidad Popular prometieron, entre otras cosas, un Ministerio de la Familia, igual pago por igual trabajo y la modificación de leyes civiles que implicaran beneficios para las mujeres y las familias (temas que iban siempre juntos), como la ampliación de los derechos

Pinochet de la Barra: *Eduardo Frei M. 1911 – 1982. Obras escogidas 1931 – 1982*, Santiago de Chile, Ediciones del Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1993, p.400.

¹²⁶ Movimiento que se forma dentro de la Democracia Cristiana que estaba formado principalmente por jóvenes estudiantes universitarios más radicales y que se separa del partido a finales del gobierno de Frei Montalva, apoyando a Salvador Allende en los siguientes comicios. Ver: RECTOR, *op. cit.*, p. 168.

¹²⁷ Partido fundado en 1971, también escindido de la Democracia Cristiana, que se declara cristiano, humanista, pero compatible con el marxismo-leninismo. Ver: FUENTES, Jordi; CASTILLO, Fernando y CORTÉS, Lía: *Diccionario histórico y biográfico de Chile*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1996, p. 374.

¹²⁸ CANCINO, Hugo: *Chile. La problemática del poder popular en el proceso de la Vía Chilena al Socialismo. 1970-1973*, Aarhus, Aarhus University Press, 1988, pp. 92-93.

¹²⁹ SILVA, *op. cit.*, pp. 312-313; SAN FRANCISCO, Alejandro: “La elección presidencial de 1970. Sesenta días que conmovieron a Chile (y al mundo)”, en A. San Francisco y A. Soto (eds.), *Camino a La Moneda: las elecciones presidenciales en la Historia de Chile 1920-2000*. Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, p. 350.

¹³⁰ Si bien era levemente inferior el número de mujeres inscritas en los registros electorales que el de los hombres, su menor abstención en las votaciones implicaba que el candidato por el cual se inclinaban tenía mayores posibilidades de ganar.

de las mujeres en el matrimonio y de los/as hijos/as ilegítimos.¹³¹

Si bien los resultados electorales confirmaron la tendencia del voto femenino hacia sectores más conservadores (el abanderado de la UP recibió solo el 30% de los votos sobre el total de mujeres versus el 41,6% de los votos masculinos), también es importante destacar que esta situación no era estática, pues si se compara con la votación de las mujeres en 1952 se aprecia un aumento de un 26% hacia la candidatura de Allende.¹³² Sin embargo, a pesar de la victoria en las urnas (con un 36,6%), Allende no logró la mayoría necesaria para ser designado presidente directamente, por lo que debía pasar por la ratificación del Congreso (tal como lo habían hecho otros presidentes anteriores). Este trámite, sin embargo, se mostró mucho más difícil que en el pasado, pues a pesar de que era lo que la tradición republicana mandaba, la derecha chilena¹³³, apoyada por los Estados Unidos, intentaron diversas vías para impedir este paso. Estas incluyeron acciones dentro del margen constitucional, como el conseguir el apoyo de la Democracia Cristiana para elegir como presidente a Jorge Alessandri (quien había obtenido la segunda mayoría), el que luego renunciaría y ante un nuevo llamado a elecciones la derecha votaría por Eduardo Frei, plan que fue desestimado por los demócratacristianos. También existieron otras acciones más histriónicas, como mujeres vestidas de negro paseando frente al Palacio de La Moneda y extremas, como el asesinato del comandante en jefe del ejército René Schneider en manos de un grupo ultraderechista,¹³⁴ a pesar de las cuales, el 4 de noviembre de 1970 Salvador Allende se convirtió en el nuevo presidente de Chile.

Es posible que los tres años de gobierno de la Unidad Popular (UP) sean sobre los que más

¹³¹ PIEPER, Jadwiga: *The politic of motherhood: maternity and women's rights in twentieth-century Chile*, Pittsburg, University of Pittsburg Press, 2009, p. 106.

¹³² BALDEZ, *op. cit.* p. 52.

¹³³ La derecha de la época estaba compuesta principalmente por el Partido Nacional, fundado en 1966 congregando los partidos Conservador, Liberal y Acción Nacional. Sus fundamentos eran, entre otros, los valores cristianos occidentales, el rechazo al marxismo, y la defensa de la nacionalidad y el trabajo. Ver: Partido Nacional: *Partido Nacional. Fundamentos doctrinarios y programáticos*, Santiago de Chile, El Imparcial, 1966, s/n.

¹³⁴ DE RAMÓN, Fernando: *Breve Historia de Chile. Desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500 – 2000)*, Buenos Aires, Biblos, 2001, pp. 185-186; SAN FRANCISCO, *op. cit.*, pp. 357-358; RECTOR, *op. cit.*, p. 172.

se ha escrito en la historia reciente de Chile, así como los más controvertidos, pero existe cierto consenso en las opiniones respecto de los problemas existentes dentro de esta coalición de gobierno, así como de los factores que desencadenaron el golpe de estado que lo derrocó. En lo referido al primer punto, Allende se vio en la dificultad de tratar de equilibrar las fuerzas presentes en el gobierno, las cuales representaban ampliamente el espectro de la izquierda política de Chile, con puntos divergentes sobre la rapidez y la vía correcta con la cual se debería implementar el socialismo en el país. Con sucesivos cambios de gabinete (en los cuales incluso se incluyeron a militares), la situación se fue volviendo cada vez más extrema y hacia octubre de 1972 la polarización alcanzaba su máximo dentro de la UP, en la cual los sectores más radicales llevaban la ventaja. Sobre el segundo punto, hacia fines de 1971 la Democracia Cristiana se había acercado al sector de la derecha y junto a las protestas del sector privado, las huelgas, las movilizaciones sociales (incluyendo las que buscaban presionar a las fuerzas armadas para que actuaran), el clima de inseguridad en que se sumergió parte de la población (especialmente de la clase media y alta ante actos como tomas de fábricas y predios agrícolas) y la cada vez menos discreta actuación de los Estados Unidos, entre las principales, se conjugaron para que miembros de las fuerzas armadas decidieran romper la institucionalidad y provocar el golpe de estado y la dictadura que lo sucedió.¹³⁵ A pesar de estas explicaciones y más allá de las posibles razones que se han argumentado tras años de debates y análisis desde diferentes posiciones políticas, históricas, filosóficas, etc., lo central es que quienes actuaron en el golpe de estado tomaron la decisión de cometer un acto que era inconstitucional. Allende había sido elegido en el mismo sistema que se había utilizado anteriormente y era heredero de una larga tradición democrática en el país, la cual fue violenta y largamente erradicada por quienes decidieron tomar el poder de forma ilegítima.

De esta forma, el 11 de septiembre de 1973, Augusto Pinochet Ugarte, comandante en jefe del Ejército; Gustavo Leigh Guzmán, comandante en jefe de la Fuerza Aérea de Chile; Santiago

¹³⁵ CANCINO, *op. cit.*, pp. 288-289; DABÈNE, *op. cit.*, pp. 147-148.

Merino Castro, almirante y comandante en jefe de la Armada y César Mendoza Durán, general director de Carabineros lideraron la junta de gobierno que proclamó la intervención al gobierno y la toma del poder. El golpe fue definitivo y apenas se produjeron escaramuzas para repelerlo por parte de los adherentes a Allende y la UP. Por el contrario, la población se encontró con una acción perfectamente orquestada, en la cual se disolvió inmediatamente el Congreso, se suspendió la Constitución, se declaró el estado de sitio, se prohibieron los partidos políticos, y se censuró y puso bajo vigilancia a los medios de comunicación, entre otras acciones. Los derechos humanos fueron persistente y constantemente violados, comenzando con las detenciones, torturas y ejecuciones de miles de chilenos, muchos de los cuales desaparecieron (once mil personas), y otras tantas fueron exiliadas (cerca de 250 000).¹³⁶ Salvador Allende, por su parte, no aceptó rendirse ante los golpistas, y murió en el Palacio de la Moneda después de dirigir su último mensaje al país.

Si bien en un primer momento se intentó mostrar el golpe como algo puntual y breve, el discurso se modificó al poco tiempo. En marzo de 1974 la Junta dejó en claro que el régimen no sería un paréntesis, pues según las intenciones manifestadas, lo que el país requería era una democracia limpia de vicios. En junio del mismo año Pinochet era nombrado jefe supremo de la nación, lo que le permitía ejercer el poder ejecutivo, y en diciembre asumió como presidente de la república, cargo que fue ratificado con la Constitución de 1980.¹³⁷ Durante este proceso, a pesar de que los partidos políticos estaban prohibidos, personalidades de la derecha chilena se vieron beneficiadas, siendo nombrados en cargos de confianza y acompañando de cerca a la Junta y en especial a Pinochet. Según Gabriel Salazar y Julio Pinto, ya a partir de 1970 “*el liderazgo de la lucha ideológica contra la izquierda marxista queda en manos del Movimiento Gremialista*”,¹³⁸ lo cual no implicaba solamente el aspecto político, conservador y autoritario, sino que también el

¹³⁶ DABÈNE, *op. cit.*, p. 160; BALDEZ, *op. cit.*, p. 125.

¹³⁷ DABÈNE, *op. cit.*, p. 161.

¹³⁸ Este movimiento apareció en la segunda mitad de la década de 1960, inspirado en la Doctrina social de la Iglesia Católica y con ideas conservadoras y antipartidos en lo político, y neoliberales en lo económico. De este emergieron figuras relevantes en el apoyo civil a la dictadura, como Jaime Guzmán, uno de los principales ideólogos de la Constitución de 1980. Ver: SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio: *Historia contemporánea de Chile II*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 1999b, pp. 44-45.

económico (neoliberal) y un importante discurso antipartidos.¹³⁹

En los años siguientes, la implantación del modelo neoliberal pareció dar frutos, pero a inicios de la década de 1980, la situación se invirtió y una fuerte crisis económica fue el detonante para el inicio de la época de las protestas de la población. Si bien los métodos represivos nunca habían desaparecido por completo, estas movilizaciones, que ganaron fuerza e intensidad, hicieron que Pinochet volviera a decretar en 1984 el estado de sitio, lo cual no evitó que la población demostrara que el miedo inicial estaba quedando atrás y que las fuerzas políticas opositoras fueran rearmándose, hasta el punto que en 1986 se formara la Alianza Democrática, el antecedente de la Concertación de Partidos por el No, el cual se organizó para vencer a Pinochet en las urnas.¹⁴⁰

El espectro político de esta alianza de partidos fue amplio, incluyendo, entre otros, a la Democracia Cristiana, el Partido Socialista (las cuatro vertientes que existían en ese momento), el Partido Radical (dos vertientes), el MAPU, la Izquierda Cristiana y el Partido Humanista¹⁴¹. Por su parte, la derecha chilena también se reorganizó y lo que en un principio fue una miríada de partidos (algunos más cercanos al régimen militar que otros), hacia 1985 se fue perfilando en dos grandes bloques, Movimiento de Unión Nacional¹⁴² y la Unión Demócrata Independiente.¹⁴³

Luego de una campaña que no dejó a ningún sector indiferente, ya fuera a favor o en contra

¹³⁹ *Ibidem*.

¹⁴⁰ SAN FRANCISCO, *op. cit.*, pp. 376-378; DABÈNE, *op. cit.*, p. 186.

¹⁴¹ Partido que se funda en 1984 para llevar a la práctica los fundamentos del Movimiento Humanista nacido en 1969, especialmente la transformación de la sociedad de forma no-violenta. Ver: ACEVEDO, José Luis: *El futuro ha llegado: (una mirada humanista)*, Santiago de Chile, Ediciones Chile América, 1991, pp. 36, 41-42.

¹⁴² Este movimiento se crea a principios de la década de 1980, con el fin de intervenir en la vida política del país. En 1988 se une a la Unión Democrática Independiente y al Frente Nacional del Trabajo para fundar el partido de Renovación Nacional, cuya postura ideológica busca preservar la tradición, la unidad nacional y el rol subsidiario del Estado. Ver: ETCHEPARE, Jaime: *Surgimiento y evolución de los partidos políticos en Chile, 1857-2003*, Concepción, Editorial Universidad Católica de la Santísima Concepción, 2006, p. 294.

¹⁴³ SAN FRANCISCO, *op. cit.*, pp. 381. El partido Unión Demócrata Independiente tiene su origen en el movimiento gremialista y se funda en 1983, aunque en 1988 se unió brevemente a Renovación Nacional, del cual se separa en 1988 por diferencias políticas entre los miembros. Apoyó abiertamente la opción del Sí en el plebiscito y en años posteriores se definió como un partido popular, libertario y de orientación cristiana sin ser confesional. Ver: FRIEDMANN, Reinhard: *La Política Chilena de la A a la Z*. Santiago de Chile, Melquíades Servicio Editorial, 1988, p. 161.

de la opción de que Pinochet continuara en el mando por ocho años más, el 5 de octubre de 1988 se llevó a cabo el referéndum, en el cual la opción “No” ganó con un 54,7% de los votos.¹⁴⁴ La brecha de género que tradicionalmente se había dado en el país también se manifestó en esta ocasión, pues si bien la opción ganadora tuvo más votos entre las mujeres (un 52,5%), esta fue más baja que la votación general; y entre quienes se definieron por el “Sí”, las mujeres fueron mayoría (un 47% versus el 40% de votación masculina).¹⁴⁵

Al año siguiente, la alianza de centro-izquierda continuó unida, pasando a llamarse Concertación de Partidos por la Democracia y presentó un único candidato: Patricio Aylwin Azócar (presidencia entre 1990-1994) –democratacristiano, abogado, presidente de su partido al momento del golpe militar y que en el principio lo había apoyado– quien venció con el 55,8% de los votos.¹⁴⁶ Las palabras del Presidente ante las personas congregadas en el Estadio Nacional al día siguiente de la toma de mando (12 de marzo de 1990) revela el ánimo con que parte de la nación enfrentaba el retorno a la democracia:

“Nos reunimos esta tarde con esperanza y alegría. Con esperanza, porque iniciamos, por fin, con espíritu fraterno y anhelantes de libertad y de justicia, una nueva etapa en la vida nacional. Con alegría, porque -por primera vez al cabo de veinte años- emprendemos una ruta que ha sido elegida consciente y voluntariamente por nosotros mismos; no nos ha sido impuesta, sino que corresponde a la decisión libre y soberana del pueblo de Chile”.¹⁴⁷

El gobierno de transición que encabezó Aylwin logró superar los escollos que significaron las llamadas “leyes de amarre” (permanencia de funcionarios públicos en sus cargos, inamovilidad

¹⁴⁴ DABÈNE, *op. cit.*, p. 187; DE RAMÓN, *op. cit.*, pp. 280-281.

¹⁴⁵ BALDEZ, *op. cit.*, p. 174; SAN FRANCISCO, *op. cit.*, p. 397

¹⁴⁶ Ministerio del Interior: “Elección de Presidente 1989” [en línea], en *Información histórica electoral*. Disponible en «http://historico.servel.cl/SitioHistorico/index1989_pres.htm» [Consultada 10 noviembre 2012], s/n.

¹⁴⁷ AYLWIN, Patricio: “Discurso de s.e. el Presidente de la República, don Patricio Aylwin Azócar, en Estadio Nacional. 12 de marzo de 1990”, en E. Ortega y C. Moreno (comps.) *¿La Concertación desconcertada? Reflexiones sobre su historia y su futuro*, Santiago de Chile, Ediciones LOM, 2002, p. 226.

de comandantes en jefe, privatizaciones realizadas finalizando el régimen militar, el sistema de elección binominal, entre otras) y la presencia de Pinochet, quien había fijado su propia inamovilidad como comandante en jefe del ejército hasta 1998.¹⁴⁸ Terminado su mandato, el presidente entregó el cargo a un camarada del Partido de la Democracia Cristiana, Eduardo Frei Ruiz-Tagle (presidente entre 1994-2000) –ingeniero, elegido senador en 1989 con la votación más alta del país y presidente de su partido entre 1991 y 1993–, quien supo aprovechar la figura de estadista de su padre, Eduardo Frei Montalva, para imponer su candidatura al interior de la coalición y ganar las elecciones de 1993 con un holgado 57,98% de las votaciones.¹⁴⁹ En esa ocasión, la derecha chilena había presentado como candidato a Arturo Alessandri Besa, sobrino del expresidente Jorge Alessandri Rodríguez, quien a pesar de la derrota, mostró la constante de que una parte importante del electorado femenino continuaba inclinándose por los partidos conservadores. En su caso, la votación de las mujeres fue de un 26%, poco más de tres puntos que sus votantes masculinos. De hecho, fue el único candidato (de los seis en competencia) que recibió una cantidad de votos mayor de mujeres que de hombres.¹⁵⁰

A pesar de haber impulsado dos grandes reformas (educación y justicia), el gobierno de Frei Ruiz-Tagle no estuvo exento de problemas, entre la cuales se encontraron las dificultades de comunicación para dar a conocer a la población los logros del gobierno y la aparente falta de conducción de una alianza que, si bien se había unido por una causa común (la lucha contra la dictadura de Pinochet), ya comenzaba a presentar las diferencias entre los partidos que la componían, tanto que “... *A las pocas semanas de asumir, el entonces ministro secretario de la Presidencia –Genaro Arriagada– lanza su tesis de las dos agendas de la Concertación (la de la transición y la modernizadora), que avanzan por carriles diferentes*”.¹⁵¹ Además, la denominada

¹⁴⁸ COLLIER, Simon y SATER, William: *Historia de Chile: 1808 – 1994*, Madrid, Cambridge University Press, 1998, p. 325.

¹⁴⁹ Ministerio del Interior: “Elección de Presidente 1993” [en línea], en *Información histórica electoral*. Disponible en «http://historico.servel.cl/SitioHistorico/index1993_pres.htm» [Consultada 10 noviembre 2012], s/n.

¹⁵⁰ NAVIA, Patricio: “La elección presidencial de 1993. Una elección sin incertidumbre”, en A. San Francisco y A. Soto (eds.), *Camino a La Moneda: las elecciones presidenciales en la Historia de Chile 1920-2000*. Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, p. 457.

¹⁵¹ ESPAÑA, Sergio: “Una evaluación a las evaluaciones del Gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle”, en O. Muñoz y C.

“Crisis Asiática” tuvo un alto impacto en el país, el cual de haber estado creciendo a un ritmo del 7,1% entre 1985 y 1997, pasa a un 3,1% entre 1998 y 2003.¹⁵²

Este es uno de los factores que explican la elección presidencial siguiente, donde el candidato de la derecha, Joaquín Lavín Infante (representante de la Unión Demócrata Independiente), consiguió los votos suficientes para tener que realizarse una segunda vuelta, recibiendo el 47,51%, apenas un 0,45% menos que el aspirante nombrado por la Concertación, Ricardo Lagos Escobar.¹⁵³ Nuevamente el voto femenino había predominado en el resultado del candidato de derecha, especialmente entre las mujeres de estratos socioeconómicos bajos. Esto se explicó en términos de la campaña realizada por Lavín, enfocada principalmente en la lucha contra la delincuencia, por la imagen de familia tradicional que proyectaba y su sabida condición de católico.¹⁵⁴

En la segunda vuelta realizada entre ambos candidatos, Ricardo Lagos (presidente entre 2000-2006) –abogado y economista, uno de los más destacados políticos opositores a Pinochet durante la dictadura, miembro del Partido Socialista y fundador del Partido por la Democracia–, logró imponerse y pasó a ser el tercer presidente de la Concertación, algo que él resalta en su discurso ante la ciudadanía congregada en un parque de la ciudad, en la fiesta organizada al día siguiente de su toma del mando:

“No venimos de la nada. Hemos venido trabajando tanto tiempo. Somos parte de una herencia y de una historia. Ayer recibí las insignias de Jefe del Estado de manos de

Stefoni (coords.), *El período del Presidente Frei Ruiz-Tagle*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria – FLACSO – Chile, 2003, p. 31.

¹⁵² CRUZ, Alma: “Chile: Crecimiento económico con desigualdad social” [en línea], en revista *Comercio Exterior*, vol. 59, núm. 11, noviembre 2009. Disponible en «http://revistas.bancomext.gob.mx/rce/magazines/132/3/886_crecimiento_Chile.pdf» [Consultado 27 mayo 2013], p. 890.

¹⁵³ Ministerio del Interior: “Elección de Presidente 1999” [en línea], en *Información histórica electoral*. Disponible en «http://historico.servei.cl/SitioHistorico/index1999_pres.htm» [Consultada 10 noviembre 2012], s/n.

¹⁵⁴ DUSSAILLANT, Patricio: “La elección presidencial de 1999-2000. El siglo terminó en empate”, en A. San Francisco y A. Soto (eds.), *Camino a La Moneda: las elecciones presidenciales en la Historia de Chile 1920-2000*. Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, pp. 463-490.

Eduardo Frei, y antes él las recibió de Patricio Aylwin. Siento un profundo orgullo de haber sido precedido por esos dos ilustres chilenos. Pero cada Presidente tiene su impronta. El destino quiso que sea el primer Presidente del siglo XXI”.¹⁵⁵

Esta situación es importante de destacar pues pese a que fue el primer presidente socialista tras el derrocamiento de Allende y los años de dictadura, el haber llegado al poder como candidato de la Concertación significó una diferencia importante de su correligionario. Un ejemplo de ello se encuentra en la relación que estableció con los Estados Unidos, pues si bien durante su mandato Chile se negó a dar el apoyo a la guerra contra Irak, se firmó un acuerdo de libre comercio con este país (además de China y la Unión Europea, entre otros países).

Finalmente, el 2005 el curso que habían tenido las elecciones desde el retorno a la democracia cambia bruscamente. En primer lugar, la Concertación tuvo a dos mujeres como precandidatas presidenciales, María Soledad Alvear Valenzuela, de la Democracia Cristiana y Michelle Bachelet Jeria, del Partido Socialista, siendo esta última la que finalmente se presentó como la abanderada de la centro izquierda. En segundo lugar, los dos partidos de la derecha, Renovación Nacional (RN) y la UDI, llegaron con sus candidatos hasta la elección, por lo que la votación de ese sector se dividió casi en partes iguales entre ellos. En términos de la votación por sexos, la primera vuelta electoral fue la primera ocasión, desde el regreso a la democracia en los años noventa, en que la Concertación recibió más votos femeninos (47%) que masculinos (44,77%),¹⁵⁶ lo que se repitió casi un mes después.¹⁵⁷ Puesto que nadie consiguió la primera mayoría, al igual que en la elección de 1999 se procedió a una segunda vuelta, en la cual fue elegida por

¹⁵⁵ LAGOS, Ricardo: “Discurso del Presidente de la República Ricardo Lagos en el Parque Forestal. 12 de marzo de 2000”, en E. Ortega y C. Moreno (comps.), *¿La Concertación desconcertada? Reflexiones sobre su historia y su futuro*, Santiago de Chile, Ediciones LOM, 2002, p. 272.

¹⁵⁶ Ministerio del Interior: “Elección de Presidente 2005. Primera vuelta” [en línea], en *Información histórica electoral*. Disponible en «http://historico.servel.cl/SitioHistorico/index2005_pres.htm» [Consultada 10 noviembre 2012], s/n.

¹⁵⁷ Según Marcela Ríos, esto significó que muchas mujeres habían votado basándose en su identificación de género por sobre sus convicciones ideológicas. RÍOS, Marcela: “¡Más político que cultural! o ¿Cómo llegó en Chile una mujer a la Presidencia?” [en línea], en *Latin American Studies Association. FORUM*, vol. XXXVII, núm. 2, primavera 2006. Disponible en «<https://lasa.international.pitt.edu/forum/files/vol37/LASAForum-Vol37-Issue2.pdf>» [Consultado 03 abril 2014], pp. 33.

primera vez una mujer, Michelle Bachelet –médica; hija de un general del ejército leal a Allende fallecido en prisión tras el golpe militar; ella misma perseguida, detenida, torturada y luego exiliada durante la dictadura; y fue la primera mujer en la historia del país en ser nombrada Ministra de Defensa, durante el gobierno de Lagos–, como Presidenta de la República (entre 2006-2010).¹⁵⁸

Para explicar este hecho sin precedentes en la historia del país, se ha planteado que en la elección de Michelle Bachelet se habrían conjugado tanto factores políticos como culturales.¹⁵⁹ Respecto de estos últimos, a pesar del aumento (pausado) en el nivel de la participación femenina en diversos ámbitos públicos, especialmente aquellos referidos al poder y el liderazgo, diferentes autoras coinciden en señalar que fueron las ideas tradicionales asociadas a la actuación de las mujeres en política (menor corrupción, mayor contacto con la ciudadanía, poca ambición de poder, entre otras) las que pueden haber estado presentes en el apoyo popular a la candidata.¹⁶⁰ Entre los aspectos políticos se destaca el alto apoyo de la ciudadanía al gobierno saliente del Presidente Lagos, el cual se basaba en éxitos a nivel de crecimiento económico, baja inflación, disminución en niveles de paro, entre otros.¹⁶¹

¹⁵⁸ Ministerio del Interior: “Elección de Presidente 2005” [en línea], en *Información histórica electoral*. Disponible en «http://historico.servel.cl/SitioHistorico/index2005_pres.htm» [Consultada 10 noviembre 2012], s/n.; GAMBOA, Ricardo y SEGOVIA, Carolina: “Las elecciones presidenciales y parlamentarias en Chile. Diciembre 2005 – Enero 2006” [en línea], en *Revista de Ciencia Política*, vol. 26, núm. 1, 2006. Disponible en «http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-090X2006000100005&script=sci_arttext» [Consultada 11 enero 2012], pp. 84-113.

¹⁵⁹ MORALES, Mauricio: “La primera mujer presidenta de Chile: ¿Qué explicó el triunfo de Michelle Bachelet en las elecciones de 2005-2006?” [en línea], en *Latin American Research Review*, vol. 43, núm. 1, 2008. Disponible en «http://muse.jhu.edu/journals/latin_american_research_review/v043/43.1quirolga.pdf» [Consultado 03 abril 2014], p. 10. Ríos plantea que el peso de los factores políticos eran más fuertes que los culturales. RÍOS, *op. cit.*, p. 31.

¹⁶⁰ FRANCESCHET, Susan: “El triunfo de Bachelet y el ascenso político de las mujeres”, en *Nueva Sociedad*, núm. 202, 2006, pp. 16-17

¹⁶¹ MORALES, *op. cit.*, p. 12; RÍOS, *op. cit.*, p. 32

1.4.2. Actores y situaciones sociales relevantes

En este apartado expondremos algunos de los principales actores (personales e institucionales) y situaciones sociales experimentadas en el país durante la segunda parte del siglo XX y comienzos del XXI que facilitarán la comprensión del trabajo de análisis de la información que realizaremos más adelante. En el primer caso (el más extenso por ser parte importante para entender el proceso de configurar el tema de la violencia contra las mujeres en la opinión pública y el quehacer gubernamental) veremos la formación y acciones del movimiento de mujeres en Chile y algunas de las políticas gubernamentales dirigidas hacia ellas. En el segundo caso presentaremos algunos elementos de la presencia y la influencia de la Iglesia Católica en el país, por la importancia que una gran parte de la población le asigna a los valores cristianos y por la participación de personajes pertenecientes o ligados a ella en las esferas de poder (social, cultural, política, etc.).

1.4.2.1. Mujeres

“Deseo decirles que el objetivo final del feminismo es proyectar, a futuro, una tercera identidad femenina: de madre-esposa a **persona**”.¹⁶²

En la época en que la destacada socióloga y feminista chilena Julieta Kirkwood expresaba estas palabras, los años ochenta del siglo pasado, parecía que el movimiento de mujeres recién había comenzado, pero en realidad correspondía a lo que se considera la continuación o la “segunda ola” de luchas de las mujeres. Al igual que en otros países de América Latina, ya desde finales del siglo XIX y principios del XX se pueden encontrar acciones de mujeres que fueron las predecesoras de este proceso. Esto sucedía tanto en la clase media y alta, donde el impulso dado por el Decreto Amunátegui de 1877 (que permitía el acceso de las mujeres a la Universidad) motivó que abogadas,

¹⁶² KIRKWOOD, Julieta: *Feminarios*, Santiago de Chile, Documentas, 1987, p. 19. Destacado en el original.

educadoras y otras profesionales se interesaran en el mejoramiento de la situación de las mujeres; pero también en la clase baja, donde organizaciones de mujeres obreras lucharon por las condiciones de trabajo, el salario y la salud.¹⁶³

Posteriormente, a finales de los años treinta del siglo pasado, la lucha por el sufragio femenino se convirtió en una de las metas prioritarias de las mujeres, apareciendo en esa época organizaciones que buscaron movilizar al resto de compatriotas y a la sociedad en general con esta causa.¹⁶⁴ Pero a pesar de alcanzar este objetivo con la promulgación de la Ley N° 9.292 del 8 de enero de 1949 (siendo presidente González Videla),¹⁶⁵ la sociedad chilena estaba lejos de haber dejado atrás los aspectos tradicionales y patriarcales que moldeaban la vida y el estatus de las mujeres en el país. En las décadas de 1960 y 1970 se dirigieron esfuerzos para una mayor participación y democratización del país, pero aquellas necesidades y demandas específicas de las mujeres quedaron bajo las que se planteaban para la sociedad en general (especialmente las referidas al bienestar familiar), pues se consideraba que si era bueno para esta, era bueno para las mujeres.¹⁶⁶

Esta etapa en la historia política de las mujeres en Chile ha sido denominada “el silencio de 1955”. Según Salazar y Pinto, este se produjo por la crisis de la clase media chilena, en la cual las mujeres se habrían visto inmersas (al igual que sus pares masculinos), lo que hizo que dejaran de expresarse sobre el feminismo, “*ni como madres, ni como profesionales, ni como mujeres, ni como políticas*”.¹⁶⁷ Kirkwood, en cambio, diferencia entre las mujeres que se enmarcaban dentro de los

¹⁶³ FROHMANN, Alicia y VALDÉS, Teresa: *Serie Estudios Sociales, núm. 55: Democracy in the country and in the home. The women's movement in Chile*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, 1993, pp. 3-4; HELLMANN, Michaela: “Sin nosotras no hay democracia”. Perspectivas y limitaciones de los movimientos de mujeres en Chile y México”, en I. Bultmann, M. Hellmann, K. Meshkat y J. Rojas (eds.): *¿Democracia sin movimiento social? Sindicatos, organizaciones vecinales y movimientos de mujeres en Chile y México*, Venezuela, Ed. Nueva Sociedad, 1995, p. 246.

¹⁶⁴ FROHMANN y VALDÉS, *op. cit.*, p. 5.

¹⁶⁵ DE RAMÓN, *op. cit.*, p. 119; GARAY, Cristian: “La elección presidencial de 1952. La candidatura de Carlos Ibáñez del Campo y su retorno a La Moneda”, en A. San Francisco y A. Soto (eds.), *Camino a La Moneda: las elecciones presidenciales en la Historia de Chile 1920-2000*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, p. 245.

¹⁶⁶ FROHMANN y VALDÉS, *op. cit.*, pp. 1-2.

¹⁶⁷ SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio: *Historia contemporánea de Chile IV. Hombres y feminidad*, Santiago de Chile, 60

idearios de la derecha y aquellas ligadas a los de la izquierda. En las primeras el silencio se explicaba por el logro de la igualdad política y los avances en la superación de las diferencias más significativas a nivel social, cultural y civil, tras lo cual su papel se relegó a ser guardianas de la patria, la familia y la sociedad. Para entender a las segundas la clave estriba en lo que la autora denomina como proceso de liberación global de la sociedad, el cual plantea se encontraba en marcha y al que las mujeres debían incorporarse mediante el autoreconocimiento de pertenencia a una clase social. La liberación necesitaba de la “unidad” para no enfrentarse a acciones que debilitaran la lucha ideológica, por lo tanto los nuevos temas o reivindicaciones, como los de las mujeres, quedaban fuera de ella.¹⁶⁸

Esto no significó que diversos sectores políticos no acudieran a las mujeres para ampliar su base electoral, muy por el contrario. En el caso del demócratacristiano Frei Montalva, por ejemplo, este buscó movilizar directamente a las mujeres por medio de la “Promoción Popular”¹⁶⁹ con la creación y apoyo a organizaciones denominadas centros de madres.¹⁷⁰ Por su parte, durante el gobierno de la Unidad Popular, se propusieron diversas políticas que iban en beneficio de las mujeres y las familias (como el nombrado Ministerio de la Familia), y se creó la Secretaría Nacional de la Mujer,¹⁷¹ aunque finalmente tanto unas como otras fueran planteadas desde una visión paternalista y fundamentalmente tradicional.

El golpe de estado de 1973, sin embargo, trajo consigo motivos diferentes para la organización de las mujeres. Poco después de comenzadas las detenciones, desapariciones y asesinatos, fueron ellas las que se movilizaron, primero para preguntar por los destinos de sus

LOM Ediciones, 2002a, pp. 176-177.

¹⁶⁸ KIRKWOOD, Julieta: *Documento de trabajo, núm. 159: Feminismo y participación política en Chile*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, 1982, pp. 32-34.

¹⁶⁹ Programa destinado a aumentar la participación ciudadana de sectores antes excluidos de la vida social y política, y mejorar sus condiciones de vida. ARANCIBIA, *op. cit.*, p. 323; COLLIER y SATER, *op. cit.*, p. 269; VALDÉS, Teresa; WEINSTEIN, Marisa; TOLEDO, M^a Isabel y LETELIER, Lilian: *Documento de Trabajo FLACSO, núm. 416: Centros de Madres 1973 – 1989 ¿Sólo disciplinamiento?*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, 1989, p. 19.

¹⁷⁰ BALDEZ, *op. cit.*, p. 39.

¹⁷¹ PIEPER, *op. cit.*, pp. 113-114.

familiares y luego para denunciar estos hechos públicamente.¹⁷² Al año siguiente, en las poblaciones con más carencias socioeconómicas, las mujeres jugaron un rol importante en la formación y mantenimiento de las llamadas Organizaciones Económicas Populares, las cuales comprendían experiencias de autorganización al margen de la legalidad y tenían por objetivo la supervivencia. “Ollas comunes”, “comprando juntos” y talleres de diversa índole fueron incrementándose en número a medida que pasaba el tiempo, pues el régimen militar continuaba y la crisis económica se hacía más acuciante, especialmente en el período de 1983-1986.¹⁷³ Muchas de estas organizaciones comenzaron y/o fueron apoyadas por la Iglesia Católica, por medio de las Comunidades Cristianas de Base (que tenían una alta proporción de mujeres) o instituciones como la Vicaría de la Solidaridad.¹⁷⁴

Mientras tanto, desde el ámbito de la academia y la investigación, un grupo de mujeres pertenecientes al ala izquierda de la política, se unieron en 1978 para formar lo que primero sería la Asociación para la Unidad de las Mujeres y luego el conocido Círculo de Estudios de la Mujer. Este es considerado el primer grupo feminista formado en el Chile contemporáneo, y su propósito era debatir sobre la condición de las mujeres y el significado de la pérdida de la democracia para ellas.¹⁷⁵ Para el año 1983, sin embargo, este grupo se había dividido en dos, La Casa de la Mujer Morada, de carácter más activista y generador de autoconciencia, y el Centro de Estudios de la Mujer, dedicado principalmente a la generación de pensamiento con enfoque feminista, realizando investigaciones y publicaciones sobre la temática de las mujeres.¹⁷⁶ Por estos motivos, Frohmann y Valdés plantean que:

¹⁷² HELLMANN, *op. cit.*, p. 229.

¹⁷³ TUÑÓN, Esperanza: “A veces el silencio grita. Movimiento amplio de mujeres en Chile y México 1982-1992”, en I. Bultmann, M. Hellmann, K. Meshkat y J. Rojas (eds.), *¿Democracia sin movimiento social? Sindicatos, organizaciones vecinales y movimientos de mujeres en Chile y México*, Venezuela, Ed. Nueva Sociedad, 1995, p. 214.

¹⁷⁴ BULTMANN, Ingo: “Movimientos populares vecinales y transformaciones del sistema político en México y Chile”, en I. Bultmann, M. Hellmann, K. Meshkat, y J. Rojas (eds.), *¿Democracia sin movimiento social? Sindicatos, organizaciones vecinales y movimientos de mujeres en Chile y México*, Venezuela, Ed. Nueva Sociedad, 1995, p. 148.

¹⁷⁵ BALDEZ, *op. cit.*, pp.135-136; FROHMANN y VALDÉS, *op. cit.*, p. 10; HELLMANN, *op. cit.*, pp. 253-254; PIEPER, *op. cit.*, p.154.

¹⁷⁶ BALDEZ, *op. cit.*, p. 151.

“Las bases del actual movimiento de mujeres pueden ser encontradas en los primeros años de la dictadura militar, (...). El movimiento chileno es prácticamente un caso de manual respecto de los tres tipos de grupos que han contribuido a la formación del presente movimiento de mujeres en América Latina –i.e. mujeres de organizaciones de derechos humanos, mujeres pobres de las ciudades y feministas”.¹⁷⁷

Este movimiento también tenía una inspiración clara en las predecesoras en la lucha por los derechos de las mujeres, especialmente aquellas que se habían manifestado activamente por la ampliación del voto a todas las mujeres. En este punto se diferenciaban claramente de las mujeres de la derecha chilena que habían actuado en contra del gobierno de Allende, quienes se comparaban a aquellos escasos personajes femeninos que tuvieron un rol importante en las épocas del Chile colonial y la independencia, tales como Inés de Suárez y Paula Jaraquemada.¹⁷⁸

Parte importante de este proceso también estuvo marcado por los acontecimientos internacionales. La Primera Conferencia Mundial de Mujeres que se celebró en México el año 1975 y la década de la Mujer impulsada por las Naciones Unidas tuvieron un alto impacto en las organizaciones de mujeres en Chile, formando alianzas entre grupos de diferentes orígenes, desde las profesionales de clase media a las pobladoras de barrios marginales. Además, el exilio experimentado por muchas mujeres durante la dictadura las llevó a tomar contacto en persona con feministas de países de Europa, Estados Unidos y del resto de América Latina, y una vez fueron retornando a Chile, a comienzos de la década del ochenta, llevaron consigo las ideas compartidas en encuentros o congresos a los que asistieron.¹⁷⁹ Un ejemplo de ello fue el encuentro feminista realizado en Colombia el año 1981, el cual tuvo un importante rol en el reconocimiento de las

¹⁷⁷ FROHMANN y VALDÉS, *op. cit.*, pp. 8-9.

¹⁷⁸ La primera fue una española que acompañó al fundador de Santiago de Chile y otras ciudades del país. La segunda fue una chilena que apoyó con personal, alimentos y refugio a las tropas de San Martín, durante la Independencia de Chile. BALDEZ, *op. cit.*, p. 164.

¹⁷⁹ HELLMANN, *op. cit.*, pp. 254-255; BALDEZ, *op. cit.*, pp. 140-141; FROHMANN y VALDÉS, *op. cit.*, p. 12; TUÑÓN, *op. cit.*, p. 219; PIEPER, *op. cit.*, p. 174.

discriminaciones de las mujeres y las violaciones a los derechos humanos estableciendo el 25 de noviembre como el Día por la No Violencia contra las Mujeres.¹⁸⁰

A nivel político y social, el año 1983 marcó el inicio de una etapa dentro de la dictadura en la cual mujeres de diversos partidos, grupos organizados y feministas que se oponían al régimen reaccionaron ante las divisiones y falta de unidad que se percibía en este espectro, creando una organización suprapartidaria denominada Mujeres por la Vida.¹⁸¹ En un hecho inédito hasta esa fecha, alrededor de 10.000 mujeres se reunieron en diciembre del mismo año en un teatro de la capital para dar muestra de la fuerza de la unidad y exigir el retorno a la democracia. Posteriormente, en la serie de protestas y movilizaciones convocadas para derrocar el régimen, las mujeres tuvieron una activa participación, y se hizo cada vez más frecuente ver carteles que llamaban a la “democracia en el país y en la casa”, aunando tanto la lucha por la liberación de la dictadura como de las propias mujeres.¹⁸²

Este mismo movimiento fue el que en 1986 dio los primeros pasos para formar la Asamblea de la Civilidad, un frente amplio opositor al régimen, donde partidos y organizaciones de todo tipo se unieron para expresar su búsqueda del término de la dictadura. En un documento elaborado por esta Asamblea se incluyó una serie de demandas realizadas por las mujeres, llamado “Pliego de las Mujeres”, entre los cuales encontramos:

“IGUALDAD ANTE LA LEY: Modificación del Código Civil, principalmente en el estatuto jurídico de la mujer casada. Modificación del Código Penal, referente a todas las penas discriminatorias contra la mujer. Suprimir la clasificación de hijos naturales y legítimos respecto de la madre. Sanción pronta y eficaz para la violencia sexual y violencia doméstica.

¹⁸⁰ PIEPER, *op. cit.*, p. 178.

¹⁸¹ HELLMANN, *op. cit.*, p. 270; BALDEZ, *op. cit.*, p. 154, 158.

¹⁸² PIEPER, *op. cit.*, pp. 158-159; HELLMANN, *op. cit.*, p. 229.

FAMILIA: Proteger los derechos de las mujeres en todas las formas de constitución de la familia. Democratizar las normas legales que regulan la familia: fin de la potestad marital y patria potestad compartida. Generar una ley de divorcio que termine con el escándalo de las nulidades matrimoniales y proteja los derechos de las mujeres y los niños. Educar a ambos sexos para la práctica de relaciones igualitarias, llevando la democracia al seno de la familia, eliminando así toda forma de violencia doméstica, sexual y malos tratos a las mujeres”.¹⁸³

Dos años después, en julio de 1988 y en pleno período previo al referéndum para decidir si Pinochet continuaba en el cargo por ocho años más, veintidós organizaciones de mujeres dieron a conocer el documento llamado “Demandas de las Mujeres a la Democracia”, el cual llamaba, entre otras cosas, a valorar a las mujeres no solo como madres-esposas o amas de casa, sino que también como ciudadanas con igual acceso a los derechos políticos, tal como lo hacían los hombres. La preocupación por exponer los temas que implicaban a las mujeres en la campaña de la oposición que buscaba ganar con la opción “No”, eran fruto tanto del reconocimiento que se les dio ante el importante papel jugado en la lucha contra la dictadura como del temor que las mujeres se pudieran abstener de concurrir a las urnas (sumado a la tradicional inclinación por la votación a partidos de derecha). Estos temores, sin embargo, se vieron infundados, como veíamos anteriormente, pues una mayoría votó a favor del “No” (aunque en menor medida que los hombres).¹⁸⁴

¹⁸³ “Pliego de las Mujeres”, documento anexo en VALDÉS, Teresa: *Material de Discusión, núm. 94: Las mujeres y la dictadura militar en Chile*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, 1987, pp. 41-42.

¹⁸⁴ TUÑÓN, *op. cit.*, p. 226; PIEPER, *op. cit.*, p. 167



ILUSTRACIÓN 1.4.-1. ¡NO! Voto de mujer, 1988. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memoria Chilena. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-77901.html>» [Consultada 21 noviembre 2013].

Una vez que se aprobó el “No”, las mujeres de la centro-izquierda política continuaron movilizándose, esta vez para ganar las primeras elecciones que se convocaban luego de 17 años de dictadura. En diciembre de 1988, apenas dos meses después del plebiscito, se formó la Concertación Nacional de Mujeres por la Democracia, a partir de mujeres de diferentes partidos políticos, grupos feministas y de otras organizaciones. Este grupo preparó y presentó una agenda de gobierno con un enfoque de género, planteando recomendaciones en áreas como salud, familia, educación, trabajo, etc. Este proceso no estuvo exento de dificultades tanto dentro de las propias mujeres organizadas como con las cúpulas partidarias involucradas, pues los planteamientos más “extremos” (como el divorcio o el aborto, principalmente a instancias de la Iglesia Católica) no fueron bien recibidos por los grupos más moderados.¹⁸⁵ Según Michaela Hellmann, en general no hubo una gran modificación en lo que los miembros de los partidos consideraban como normal para la participación de las mujeres, por lo que continuaron ocupando las mismas fórmulas anteriores y aferrados a sus mismos valores tradicionales. En resumen, según estas creencias, las mujeres debían apoyar las demandas hechas por los hombres para el total de la población, pero no impulsar

¹⁸⁵ BALDEZ, *op. cit.*, pp. 176-177; PIEPER, *op. cit.*, pp. 168-169; FROHMANN y VALDÉS, *op. cit.*, p. 23

demandas independientes.¹⁸⁶

Una vez que el demócratacristiano Patricio Aylwin llegó al poder, cumplió el compromiso de crear un organismo de gobierno para las mujeres cuya existencia no dependiera de la decisión del gobierno de turno. Tras la aprobación de la propuesta en el Congreso Nacional (no sin dificultades ante la resistencia de representantes de partidos de la derecha, quienes temían que se transformara en un espacio para la lucha feminista con la irrupción de temas valóricos contrarios a su ideología, otorgándosele un carácter técnico bajo el Ministerio de Planificación), se promulgó el 26 de diciembre de 1990, el Servicio Nacional de la Mujer, cuya directora tiene rango ministerial.¹⁸⁷

Soledad Alvear Valenzuela –de la Democracia Cristiana, abogada egresada de la Universidad de Chile, donde también fue docente– fue la primera ministra que asumió el cargo de este organismo, y su subdirectora fue Soledad Larraín Heiremans –psicóloga de la Universidad Católica de Chile, experta en violencia contra las mujeres y maltrato infantil–; ambas tomaron posesión el 3 de enero de 1991. Entre los temas instalados por el servicio, en una primera etapa, estuvieron los referidos a las mujeres trabajadoras temporeras (del sector agroexportador), las mujeres jefas de hogar y la violencia contra las mujeres, entre otros.¹⁸⁸

La opinión pública celebró, en buena parte, esta iniciativa; sin embargo esto no significaba que el pensamiento sobre el rol de las mujeres hubiera cambiado radicalmente, pues se la continuaba ligando a la familia y las tareas domésticas y de cuidado:

“El reconocimiento del rol decisivo que juega la mujer en la sociedad y, por ende, en

¹⁸⁶ HELLMANN, *op. cit.*, pp. 273-274.

¹⁸⁷ Ley 19.023 que “Crea el Servicio Nacional de la Mujer”. Diario Oficial de Chile, 3 de enero de 1991, s/n.; BALDEZ, *op. cit.*, p. 182; CARRASCO, Ana María: “Espacios conquistados. Un panorama de las organizaciones de las mujeres chilenas”, en S. Montecino (comp.): *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia*, Santiago de Chile, Catalonia, 2009, p. 149.

¹⁸⁸ BRITO, Eugenia: “Roles sexuales: Diversas escenas”, en O. Grau, R. Delsing, E. Brito y A. Farías, *Discurso, género, poder. Discursos públicos: Chile 1978 – 1993*. Santiago de Chile, LOM – ARCIS, 1997, p. 87; DELSING, Riet: “La familia: el poder del discurso”, en O. Grau, R. Delsing, E. Brito y A. Farías, *Discurso, género, poder. Discursos públicos: Chile 1978 – 1993*. Santiago de Chile, LOM – ARCIS, 1997a, p. 123; FROHMANN y VALDÉS, *op. cit.*, p. 20.

este período de redemocratización del país, ha sido por fin reconocido al elevarse a la categoría de Ministerio el Servicio Nacional de la Mujer.

El hecho es, en consecuencia, altamente positivo, ya que en el marco administrativo creado se podrá prestar una mayor atención a las necesidades de la mujer, tanto como madre como ante la innegable realidad social existente en nuestro país que, expresa o tácitamente, discrimina a la mujer (...).

Nuestro retraso en este aspecto era en verdad paradójico, ya que la mujer ha asumido desde hace ya mucho tiempo un papel fundamental, como sostenedora del hogar. Compartiendo su trabajo con el cuidado y la atención de los hijos, ha podido sacar adelante a la familia, en aquellos casos en que los maridos eran irresponsables o se hallaban cesantes”.¹⁸⁹

A pesar de que, en general, se consideró la creación de esta institución como un logro, sus políticas y planteamientos también han sido fuente de críticas, especialmente por parte del movimiento feminista en Chile. Entre los motivos para ello podemos encontrar que se lo ha considerado demasiado cauteloso y conservador; que se ha transformado en un instrumento que le ha servido a los gobiernos para tomar la voz pública respecto de las demandas de las mujeres, dejando de lado a los movimientos; y a una falta de fluidez en la comunicación entre las organizaciones de mujeres y el SERNAM.¹⁹⁰

En términos generales, la situación continuó bajo estas condiciones (por un lado un organismo público que fue realizando diversos planes, programas y proyectos de ley a favor de las mujeres y, por otro, diferentes organizaciones de mujeres de la sociedad civil levantando demandas) durante los siguientes gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia, marcando solamente un punto de inflexión la llegada al poder de la primera Presidenta de Chile, Michelle

¹⁸⁹ Redacción: “Editorial. Rol de la Mujer”, en *La Tercera*, 5 de enero de 1991, p. 3.

¹⁹⁰ FROHMANN y VALDÉS, *op. cit.*, p. 27; HELLMANN, *op. cit.*, pp. 275-276; BALDEZ *op. cit.*, p. 191

Bachelet Jeria, en 2006. Así, podemos ver algunos hechos relevantes de este gobierno, como la primera conformación de un gabinete ministerial paritario, la definición de una Agenda de Género para todos los ministerios, la realización por primera vez del Consejo de Ministros por la Igualdad de Oportunidades, el aumento de la cobertura pública en atención infantil, el aumento de centros para las mujeres que experimentaban violencia de género, entre otros.¹⁹¹

A pesar de los avances que se han experimentado en el país desde el inicio del movimiento de las mujeres a fines del siglo XIX hasta la fecha, hay todavía situaciones de desigualdad y discriminación para las mujeres, desde los ámbitos como la salud sexual y reproductiva, el aumento de la participación laboral y la equiparación de los salarios respecto de los hombres, las dificultades para acceder a cargos de representación popular, la distribución del trabajo doméstico y de cuidados, y la violencia ejercida contra ellas, entre otros temas.¹⁹²

1.4.2.2. Influencias y rol de la Iglesia Católica en Chile

En la etapa que reseñamos, al igual que en el resto de la Historia de Chile, la Iglesia Católica ha jugado un rol muy importante en el desarrollo del acontecer del país.

El mismo año en que el Papa Juan XXIII anunciaba el Concilio Vaticano II, en Santiago de Chile se recibía las noticias sobre las designaciones provisionales para suceder al cardenal José María Caro, quien había fallecido el año anterior. Dos años más tarde, en 1961, la Santa Sede confirmó definitivamente a Raúl Silva Henríquez como el Arzobispo de Santiago, nombramiento que tendría importantes repercusiones desde el momento de su consagración, especialmente al

¹⁹¹ Servicio Nacional de la Mujer: *Igualdad. La profundidad de un proceso*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2010, s/n.

¹⁹² Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo: *Desarrollo humano en Chile. Género: Los desafíos de la igualdad*, Santiago de Chile, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2010, pp. 39-40.

producirse el golpe de estado en 1973.¹⁹³

Pero esta designación no fue lo único relevante en esa época. Comenzando la década de 1960 encontramos el apoyo que algunos obispos habían comenzado a manifestar a favor de una reforma agraria. Estas opiniones quedaron patentes en el documento pastoral enviado a los católicos en 1962, “La Iglesia y el problema del campesinado chileno”, que establecía cuáles deberían ser los principios de una reforma al campo con un sentido cristiano, sugiriendo un mejoramiento de la educación de la población rural, proteger a la familia campesina, incentivar la pequeña propiedad agrícola, que el Estado expropiara predios¹⁹⁴ que no estaban siendo bien utilizados, entre otras propuestas.¹⁹⁵ Es más, como ejemplo de ello el Obispo de Talca, Manuel Larraín, inició en 1962 la entrega del fundo “Los Silos”, de propiedad del obispado, a los trabajadores, a lo que siguieron otras entregas de fundos del Arzobispado de Santiago y otros obispados. Estos sucesos tuvieron fecha antes de que en el Congreso de la Nación se terminara de discutir la propuesta de reforma agraria enviada por el presidente Jorge Alessandri.¹⁹⁶

Pero el campo no era la única preocupación que expresaban los obispos. Durante 1962 también dieron a conocer otra carta pastoral, esta vez referida a los problemas sociales y políticos del país, con un análisis de la situación nacional en ese momento y con sugerencias para enfrentarlos.¹⁹⁷ Uno de los puntos de “El deber social y político en la hora presente” era el referido al comunismo, respecto del cual se debatía e indicaban los errores que a su juicio este cometía contra la Iglesia y los peligros que significaba para ella (incluyendo sus fieles):

“El comunismo, además, despoja al hombre de su libertad, suprime en la persona humana toda dignidad y todo freno moral; niega al individuo, para atribuírselos a la

¹⁹³ AYLWIN, BASCUÑÁN, CORREA *et al.*, *op. cit.*, p. 201.

¹⁹⁴ Forma habitual de referirse a posesiones agrícolas en Chile.

¹⁹⁵ Conferencia Episcopal de Chile: *La Iglesia y el problema del campesinado chileno* [en línea], Santiago de Chile, Conferencia Episcopal de Chile, 1962. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=968» [Consultada 16 diciembre 2012], s/n.

¹⁹⁶ DE RAMÓN, *op. cit.*, p. 160; AYLWIN, BASCUÑÁN, CORREA *et al.*, *op. cit.*, pp. 201-202.

¹⁹⁷ AYLWIN, BASCUÑÁN, CORREA *et al.*, *op. cit.*, p. 202.

colectividad, todos los derechos naturales propios de la persona humana (...). La familia para el comunista no tiene razón de ser; es una creación burguesa sobre la cual se funda la sociedad actual, que hay que debilitar y destruir. El comunismo suprime todo vínculo que ligue a la mujer con su familia y con su casa; niega a los padres el derecho a la educación de los hijos; y pone en manos de la colectividad el cuidado del hogar y de la prole; la mujer es lanzada a la vida pública y al trabajo, por pesado que sea, lo mismo que el hombre”.¹⁹⁸

Por otra parte, así como en el resto del mundo católico, los resultados del Concilio Vaticano II tuvieron una importante trascendencia en Chile, aunque no todos los sectores reaccionaron de igual forma ante sus postulados: los más tradicionales (principalmente de la oligarquía chilena) lo criticaron fuertemente por acabar con lo que estos consideraban casi dogmas rituales (como por ejemplo la misa en latín). En el extremo opuesto, las clases bajas populares tampoco recibieron de buena manera que se quisiera imponer ciertas formas a sus manifestaciones religiosas. Sin embargo, la clase media, que manifestaba una mayor inquietud social, fue la que apoyó el Concilio con la esperanza de una renovación litúrgica y pastoral.¹⁹⁹

Todo este proceso tuvo repercusiones en parte de la juventud católica de la época, la que en 1968 formó un movimiento cristiano llamado Iglesia Joven, que se mantuvo activo hasta 1970. Una de las acciones más controvertidas y connotadas fue la toma de la Catedral de Santiago por alrededor de 200 jóvenes (principalmente laicos/as, con la participación de algunos sacerdotes y religiosas), con el lema “Por una Iglesia junto al pueblo y su lucha”.²⁰⁰

¹⁹⁸ S.S. Pío XI: *Encíclica Divini Redemptoris*. pp. 84-85, en Conferencia Episcopal de Chile: *El deber social y político en la hora presente* [en línea], Santiago de Chile, Conferencia Episcopal de Chile, 1962. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=970» [Consultada 16 diciembre 2012], s/n.

¹⁹⁹ FERNÁNDEZ, David: *Historia oral de la Iglesia Católica en Santiago de Chile desde el Concilio Vaticano II hasta el golpe militar de 1973*, Cádiz, Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz, 1996, p. 172.

²⁰⁰ SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio: *Historia Contemporánea de Chile V. Niñez y Juventud*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2002b, pp. 144-145; FERNÁNDEZ, 1996, *op. cit.*, pp. 210-211.

Esta doctrina social tuvo un impacto también en lo político, por cuanto sus postulados sirvieron de inspiración para sentar las bases del programa de la Democracia Cristiana, especialmente el de Eduardo Frei Montalva, destacando sus propuestas por reducir las desigualdades. El objetivo era ser una alternativa a la izquierda chilena, haciendo reformas dentro de su “Revolución en libertad”.²⁰¹

Finalmente, contrario a lo sucedido en otros países, la Iglesia Católica en Chile jugó un papel fundamental en los hechos que precedieron y sucedieron al golpe militar de 1973. Antes de que se produjeran el violento quebrantamiento de la institucionalidad, en julio de ese año, el Comité Permanente del Episcopado de Chile emitió, con ocasión de la festividad de la Virgen del Carmen, una declaración llamada “La paz de Chile tiene un precio”, en la cual se anticipa un enfrentamiento armado y propone “una tregua. Los políticos saben cómo realizar este anhelo de tregua; no es una solución pero da tiempo para encontrarla”.²⁰² Este llamado fue escuchado por la Democracia Cristiana, pero a pesar de que se reunieron el representante de esta (Patricio Aylwin) y Allende en la residencia del Cardenal Silva Henríquez, las negociaciones finalmente no dieron fruto, ocurriendo dos meses más tarde el golpe de estado.²⁰³

Producidos estos hechos, la reacción del Cardenal Silva Henríquez no se hizo esperar. Menos de un mes después del levantamiento militar, junto a las iglesias Luterana, Evangélica Luterana, Evangélica Metodista, Metodistas Pentecostales, Bautistas, Ortodoxa y la comunidad Judía, formaron el Comité Ecuménico de Cooperación para la Paz en Chile, más conocido como el Comité Pro Paz.²⁰⁴ Además, si bien en un principio la Conferencia Episcopal Chilena hizo declaraciones de “buena fe” respecto de la Junta de Gobierno, al cumplirse un año del golpe

²⁰¹ DABÈNE, *op. cit.*, p. 135.

²⁰² Comité Permanente del Episcopado de Chile: *La paz de Chile tiene un precio* [en línea], Santiago de Chile, Comité Permanente del Episcopado de Chile, 1973. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=145» [Consultada 16 diciembre 2012], s/n.

²⁰³ LEGINA, Joaquín: *El Chile de la Unidad Popular (1970-1973)*, Córdoba, Ateneo de Córdoba, 1999, p. 51

²⁰⁴ DE RAMÓN, *op. cit.*, p. 247.

publican una carta y un petitorio sobre la vulneración de los derechos humanos en Chile:

“Creemos que, al cumplirse un año del pronunciamiento militar, el cese del estado de guerra y la concesión por la Autoridad, según su propia prudencia, de un indulto «que sirva de testimonio de clemencia y equidad, en favor de todos aquellos encarcelados que han sido víctimas de las situaciones de desorden político y social» por las que ha atravesado nuestra Patria y que manifiestamente «han sido demasiado graves como para que se les pueda imputar a ellos totalmente» facilitaría la reconciliación y concordia de la familia chilena y prestigiaría ostensiblemente a nuestra Patria ante todos los países democráticos del mundo.

Igualmente nos parece que la revisión, por la justicia ordinaria, de los procesos que han tenido lugar en este período, allanaría considerablemente el camino para esta solución”.²⁰⁵

Luego de que este comité fuera disuelto el 31 de diciembre de 1975, por orden escrita de Pinochet (además de ejercer presiones como impedir la entrada al país de algunos miembros del comité o detenciones de trabajadores del mismo), en 1976 el Cardenal estableció un organismo permanente en la Iglesia Católica para apoyar la defensa de los derechos humanos: la Vicaría de la Solidaridad. Esta contaba con profesionales de distintas ramas (como abogados/as, trabajadores/as sociales, etc.) y realizó una labor, por una parte, de apoyo jurídico a personas que sufrían detenciones ilegales, tortura, desapariciones, etc. (presentaron más de cuatro mil recursos de amparo) y, por otra, de formación y mantenimiento de comedores infantiles, bolsas de trabajo, talleres de subsistencia, entre otras.²⁰⁶

Puesto que este organismo continuó realizando su labor a pesar de las dificultades que se

²⁰⁵ Comité Permanente del Episcopado de Chile: *Declaración y petitorio adjunto a S.E. El Jefe de Estado* [en línea], Santiago de Chile, Comité Permanente del Episcopado de Chile, 1974. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=155» [Consultada 16 diciembre 2012], s/n.

²⁰⁶ DE RAMÓN, *op. cit.*, p. 249.

encontraban, la respuesta del régimen no se hizo esperar, con denuncias contra la Iglesia Católica en medios de comunicación y acciones represivas a sus trabajadores/as. Comenzando la década de 1980, sin embargo, la Conferencia Episcopal pasó de denunciar los hechos de violación a los derechos humanos a exigir explícitamente el regreso a la democracia, como aparece, por ejemplo, en la carta pastoral “El renacer de Chile”, de 1982.

Con la renuncia en 1983, por motivos de edad, del Cardenal Silva Henríquez, y la designación como nuevo Arzobispo de Santiago de Juan Francisco Fresno Larraín, se pensó en un comienzo que la labor de la Vicaría de la Solidaridad y el apoyo de la Iglesia Católica a los derechos humanos se terminaría (por haber sido este uno de los pocos obispos que había felicitado a Pinochet cuando asumió el poder), pero a pesar de tener una posición más conservadora, mantuvo la senda de su predecesor en ese aspecto, aunque también realizó acercamientos al régimen militar y jugó un rol en la rearticulación política de la oposición para reclamar la vuelta a la democracia.²⁰⁷

Una vez recuperada la senda democrática, la Iglesia Católica volvió a retomar con fuerza algunos discursos que habían quedado en un segundo lugar durante la época de la lucha contra el régimen (aunque nunca fueron relegados del todo, especialmente desde el sector más conservador dentro de la institución). Así, nos encontramos a partir de los años noventa con una renovada campaña contra los métodos artificiales de regulación de la natalidad, contra el divorcio, contra una educación sexual abierta y transparente, en defensa de la maternidad como deber de las mujeres y de la familia como comunidad básica de la humanidad.²⁰⁸ Los documentos pastorales: “No separe el

²⁰⁷ VEIT STRASSNER, M.: “La Iglesia chilena desde 1973 a 1993: De buenos samaritanos, antiguos contrahentes y nuevos aliados. Un análisis politológico” [en línea], en *Teología y Vida*, vol. XLVII, 2006. Disponible en <http://www.scielo.cl/pdf/tv/v47n1/art04.pdf> [Consultada 17 octubre 2013], pp. 84-85.

²⁰⁸ PIEPER, *op. cit.*, p. 198.

hombre lo que Dios ha unido”,²⁰⁹ “Familia camino de amor”,²¹⁰ “Acerca de la educación sexual”²¹¹, y “En defensa de la vida humana”,²¹² son algunos ejemplos de ello.

²⁰⁹ Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Chile: *No separe el hombre lo que Dios ha unido* [en línea], Santiago de Chile, Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Chile, 1990. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=108» [Consultada 16 diciembre 2012], s/n.

²¹⁰ Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Chile: *Familia, camino de amor* [en línea], Punta de Tralca, Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Chile, 1994. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=107» [Consultada 16 diciembre 2012], s/n.

²¹¹ Comité Permanente del Episcopado de Chile: *Acerca de la educación sexual* [en línea], Santiago de Chile, Comité Permanente del Episcopado de Chile, 1996. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=541» [Consultada 16 diciembre 2012], s/n.

²¹² Comité Permanente del Episcopado de Chile: *En defensa de la vida humana* [en línea], Santiago de Chile, Comité Permanente del Episcopado de Chile, 2001. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=2033» [Consultada 16 diciembre 2012], s/n.

2. “Se nos pasó rápido la vida”. De la infancia a la madurez de mujeres que experimentaron violencia de pareja en Chile

En el recorrido de sesenta años o más años de vida, día a día las mujeres entrevistadas vivieron innumerables experiencias, pensamientos, decisiones, etc., sin embargo, solamente una pequeña parte se quedó plasmada en los recuerdos conscientes, dada la trascendencia que tuvieron y las emociones y sentimientos que generaron. El traer esos recuerdos al presente no fue un proceso lineal, partiendo desde la niñez hasta el momento actual que vivían, sino que fue una serie de saltos que iban y venían desde el pasado más remoto al más cercano, pero todas pasaron por la mayor parte de las etapas de vida en algún momento de la entrevista. Frente a esto, en este capítulo hemos optado por seguir un camino cronológico, comenzando en la infancia y terminando en el período inmediatamente anterior a la entrada en la vejez, pero además lo hemos hecho en base a los principales temas surgidos en el análisis y, siguiendo el modelo ecológico, los hemos puesto en relación con el contexto histórico, social y cultural de la época en la que se desarrollaron, con el fin de apreciar las influencias, las continuidades y las rupturas entre el nivel individual y el nivel de lo social, así como las retroalimentaciones producidas entre estos distintos planos.

2.1. La infancia y juventud

Los primeros años de vida están marcados por muchos acontecimientos y aprendizajes, gran parte de los cuales se producen en el entorno cercano de una persona: el hogar familiar, el barrio donde se vive, la escuela, los parques, etc. Estos lugares se van transformando en el paisaje común donde transitar, jugar, experimentar, aprender y para muchas niñas y niños, también trabajar. Pero ya fuera en el campo o ciudad, las mujeres que hoy son mayores crecieron en un país que iba experimentando profundos cambios, pasando de una nación eminentemente agrícola y rural a una orientada hacia la modernidad y con una población centralizada principalmente en las grandes ciudades.¹

Por otra parte, los medios de comunicación iban ganando preponderancia en la vida de las familias, mostrando las nuevas corrientes que se generaban en diversas partes del globo y que invadían con modas que trasgredían las calmadas costumbres de la población. Desde el rock and roll al hippismo, las viejas generaciones se enfrentaban a jóvenes calcetineras² o motoqueros³, temiendo una pérdida de las tradiciones y una decadencia moral. Frente a ello se levantaban los sectores conservadores y religiosos que, sin embargo, no pudieron frenar los nuevos estilos de vida que se iban imponiendo.

¹ AYLWIN, Mariana; BASCUÑÁN Carlos; CORREA, Sofia, GAZMURI, Cristián; SERRANO, Sol y TAGLE, Matías: *Chile en el siglo XX*, Santiago de Chile, Ed. Planeta Chilena S.A., 1999, p. 245. Para ejemplificar, la población urbana del país había pasado del 43,2% comenzando el siglo XX (1907) al 60,2% a mediados del mismo (1952), mientras que la población total se había casi duplicado entre ambos años, aumentando de 3.220.531 a 5.932.995 habitantes. Ver: Servicio Nacional de Estadística y Censos: *XII Censo general de población y I de vivienda. 1952. Tomo I, Resumen país* [en línea], Santiago de Chile, Servicio Nacional de Estadística y Censos, s/a. Disponible en «http://www.inec.cl/canales/usuarios/cedoc_online/censos/pdf/censo_1952.pdf» [Consultado 13 febrero 2013], p. 44.

² Las “calcetineras” era el nombre dado a las jóvenes que eran fans de algún artista, principalmente usado en la década de 1960.

³ Jóvenes amantes de las motos, usualmente se vestían con indumentarias similares a las de James Dean en la película *Rebelde sin Causa* (1955).

2.1.1. “De todo lo que juegan las niñas”. Los primeros años: la crianza en la familia y en la escuela

[Jazmín] “A veces coincidía y celebrábamos los cumpleaños de la mamá, él era bueno [mi padre]. Después seguimos celebrando los cumpleaños de la mamá, era cuando estábamos todos juntos, incluso más grandes tratamos de seguir, no siempre se podía”.

Al recordar los primeros años de vida, las mujeres entrevistadas se remontan a un pasado en el que conviven las reuniones familiares; los juegos con hermanas/os, primas/os y amistades; los trabajos que hacían en casa; las caminatas a la escuela y los aprendizajes que en ella tenían, entre otros. Y aunque es un tópico decir que todo tiempo pasado fue mejor, lo cierto es que en estos recuerdos también aparecen las dificultades económicas que experimentaron, los problemas familiares, el abandono y los abusos; penas que, a pesar de las décadas que las separan de aquella época, siguen vigentes en sus historias. De entre estas vivencias, en este apartado nos centraremos en dos: la crianza en la familia y la escuela.

Las familias del Chile de los años 40 y 50 del siglo pasado (época en la que la mayoría de las entrevistadas nació y vivió su infancia) distaban mucho de ser iguales las unas a las otras. A pesar de la insistencia de los gobiernos por imponer un único modelo de familia,⁴ lo cierto es que tanto la clase social como la vida urbana o rural, entre otros factores, hacían que convivieran en el país una diversidad de estructuras familiares, desde aquella compuesta por el matrimonio, los/as hijos/as y abuelos/as (y otros parientes), a la que formaban una mujer soltera o separada con sus

⁴ Según Karin Rosemblatt, los gobiernos del Frente Popular (1936-1941) intentaron imponer normas de comportamiento, impulsar el matrimonio civil, potenciar el rol de proveedor en los hombres y de madre-esposa-dueña de casa en las mujeres, el control de la sexualidad fuera del matrimonio, entre otras. ROSEMBLATT, Karin: “Por un hogar bien constituido. El Estado y su política familiar en los Frentes Populares”, en L. Godoy, E. Hutchison, K. Rosemblatt y M. Zárate (eds.), *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, Santiago de Chile, Coedición SUR/CEDEM, 1995, pp. 91-92.

hijos/as. En el medio rural, por ejemplo, era usual que las mujeres de las familias pobres tuvieran muchos hijos/as, pero no todos/as alcanzaban a cumplir un año de vida, y que su vida diaria trascurriera entre el cuidado de dichos/as niños/as, el ocuparse del campo (cosechas y animales) y las tareas domésticas, además de encargarse de otras labores, como por ejemplo las solicitudes (principalmente de carácter sexual) de los patrones hacendados.⁵

En cambio, en el extremo opuesto de la vida rural, aquella vivida por las familias dueñas de amplios latifundios, las mujeres no solo dejaban las tareas domésticas de sus grandes casas a cargo de sus criadas, sino que solían, además, delegar a estas el cuidado y crianza de sus hijos/as, incluyendo los castigos. La excepción la constituía la educación formal de los/as menores, para quienes solían contratar a profesoras de diversas áreas para su educación. Así describe a una rica familia del campo la escritora Marta Brunet en su libro *Raíz del sueño*:

“Había allí un fondo de salón de casona provinciana, abierta la puerta al corredor aromado de jazmines. Había un sofá de jacarandá de alto respaldo y dos sillones a sus costados y una piel de guanaco sobre el piso de losetas rojas y negras. Y había un piano. Y una mesa redonda y dos consolas, de noble traza colonial, como todo el conjunto. Y había allí una señora de rostro blanco, con los ojos verdes y el pelo en trenzas rodeándole la cabeza como una tiara. Y otra señora miserable de carnes, vestida también de negro, servil y untuosa, indefinible de edad. Y una niñita alta, con dulces ojos gris-azules y una boca de amargor y sumisión (...). –La señorita es tu profesora de piano”.⁶

Entre nuestras entrevistadas que se criaron en el campo, sus historias son mucho más parecidas al primer ejemplo. Familias numerosas, con madres que se dedicaban tanto al cuidado y

⁵ VALDÉS, Ximena: “Construyendo un lugar, traspasando fronteras. Trayectoria social de las mujeres rurales durante un siglo”, en S. Montecino (comp.): *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia*, Santiago de Chile, Catalonia, 2009, p. 434.

⁶ BRUNET, Marta: *Raíz del sueño*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1948, p. 12.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

trabajos en el hogar como a cuidar de la huerta familiar y de los animales domésticos, padres que eran empleados de los latifundistas o campesinos de pequeños predios, hermanos y hermanas que desde pequeños/as ayudaban en la casa o en el campo. En sus relatos se palpa, en no pocas ocasiones, que son familias donde predominaban la pobreza y el sacrificio. Lo que aprendieron las mujeres con estos modelos era que la vida requería de los esfuerzos propios desde muy temprano para poder salir adelante, que no tenían la vida hecha, muy por el contrario, que sus padres, madres y otros familiares les podrían dar lo básico, cubrir las necesidades apremiantes, pero que sobrevivir era una tarea colectiva. Así nos cuentan sobre sus familias dos entrevistadas:

[Sonia] “Yo nací en el campo. Éramos pobres, diez hermanos. Mi papá vivía de un sueldo mísero”.

[Inés] “Yo nací en el sur, ehhe fui la mayor de siete hermanos. Mi padre trabajaba... en esos años era mucho más... no sé si... ahora o más difícil antes, porque uno siempre dice que los años anteriores fueron mejores que los de ahora”.

Sin embargo, pese a las dificultades enfrentadas, la vida en pequeñas localidades rurales también permitía espacios de convivencia, donde se percibe la existencia en muchas ocasiones de una familia extensa. Ya fuera la misa dominical, las fiestas de la patria, la celebración de un cumpleaños o una boda, e incluso los funerales, eran momentos para compartir, divertirse, conocer a nuevos miembros, o algo tan sencillo como romper con la dinámica diaria. Para Rosario, eran la oportunidad para encontrarse con niñas y niños de su misma edad, y para Eva, un momento para escapar de la estricta vigilancia paterna:

[Rosario] “Los cumpleaños de mis abuelos sí que me gustaban, porque se juntaba toda la familia con los primos, venían todos los primos, nos juntábamos como treinta, de diferentes edades eso sí, pero yo tenía algunos de mi edad”.

[Eva] “Había tanta gente que mi papá se ponía a conversar y tomar con otros tíos... y nosotros hacíamos lo que de otra forma no podíamos (rie)”.

Estas actividades también eran ocasión de aprendizaje, y los ejemplos de comportamiento se traspasaban de generación en generación. Así era, por ejemplo, con las creencias religiosas y las expresiones de fe, pues las niñas eran integradas rápidamente en los ritos y celebraciones de la religión compartida en la familia, por ejemplo, en el rezo del rosario, una actividad que comúnmente era realizada por mujeres y que más adelante veremos cómo quedó fuertemente arraigada en algunas entrevistadas. También lo era con las tradiciones familiares, que también estaban marcadas por los roles de género, como por ejemplo, que la preparación de los alimentos y la ornamentación del lugar en que se iba a realizar una fiesta estuvieran a cargo de las mujeres.

Por otra parte, la vida en las ciudades tenía sus propias dinámicas, cruzadas también por las clases sociales o los orígenes étnicos, entre otras, entregando experiencias muy diferentes a sus habitantes respecto de la vida en el campo en algunos ámbitos, si bien en lo que se refiere a los modelos familiares encontramos menos diferencias, pues la mayoría de las mujeres seguían en esa época priorizando la maternidad y la vida doméstica,⁷ e incluso cuando tenían un empleo o trabajo remunerado en el hogar, de igual forma continuaban realizando las tareas que esos roles demandaban, entregando el ejemplo a las nuevas generaciones de niñas (y niños). Igualmente, el padre era el que tradicionalmente salía a buscar el sustento en la fábrica, la construcción, el comercio o la oficina. El Censo de 1940 nos ofrece un panorama de las ocupaciones que tenían los hombres de esa época en la ciudad de Santiago, de las cuales hemos escogido las diez principales (exceptuando estudiantes, jubilados y sin ocupación conocida):

⁷ Según el Censo de 1940, en el país la población femenina económicamente activa era de 295.071, versus la inactiva, de 2.238.552, dando un estimado de 11,6% de mujeres activas. Cálculos propios en base a información aparecida en Centro Latinoamericano de Demografía: *Chile, XI Censo de población (1940)*, Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía, 1969, p. 138.

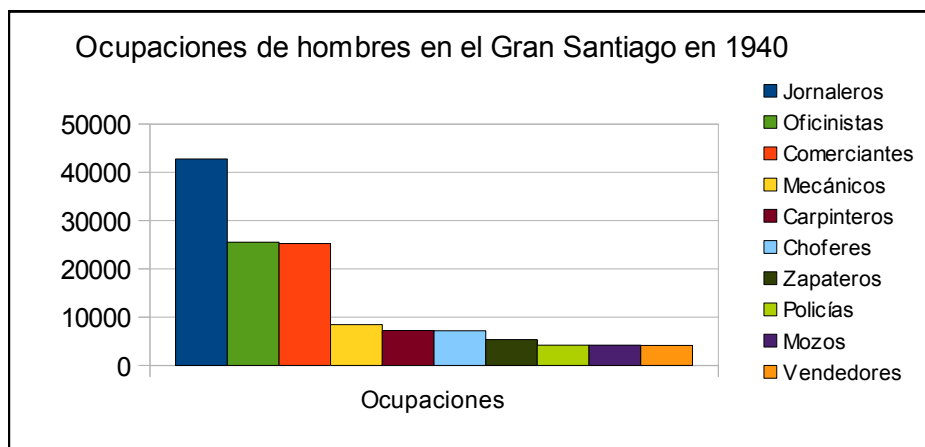


GRÁFICO 2.1.-1. Ocupaciones de hombres en el Gran Santiago, 1940. Elaboración propia en base a información en Centro Latinoamericano de Demografía, *op. cit.*, pp. 232-234.

Esta dedicación al trabajo es una de las escasas características que la mayoría de las mujeres recordaban de sus padres (entre quienes vivieron con ellos en ciudades). Esto tenía como consecuencia que usualmente no compartieran con ellos grandes cantidades de tiempo entre semana y, en ocasiones, tampoco los fines de semana, pues ya fuera porque estos se dedicaran a actividades propias o porque descansaran, no existían muchas oportunidades para el contacto. También solía existir la costumbre de imponer un respeto estricto hacia la figura paterna, quien era presentado como el cabeza de familia y, por lo tanto, la relación podía ser más formal, aunque existían excepciones. Veamos lo que dice Ana sobre la relación con su padre:

[Ana] “Yo, veamos, a mi papá... con mi papá, eh, yo le agradezco mucho, él se preocupó de que no me faltara nada... trabajaba en una oficina, eh, era oficinista, pero no hablábamos mucho, eh, él era, eh, como decirle, muy correcto, muy serio, pero como le digo, muy preocupado que siempre tuviéramos de todo”.

Otra de las diferencias entre la vida rural y urbana eran las oportunidades que tenían niñas y niños en la ciudad para participar en organizaciones infantiles (como los scouts, la asociación de carácter religioso llamada los cruzados o la Cruz Roja juvenil, esta última compuesta principalmente por niñas de escuelas públicas), o en actividades organizadas por instituciones de

carácter benéfico. La Semana del Niño, por ejemplo, era organizada por el Rotary Club, y tenía por objetivo llamar la atención de la sociedad sobre los niños. Con actividades organizadas tanto para padres y profesorado, como destinadas a los/as propios/as menores, estas se fueron convirtiendo en un importante referente a la hora de aumentar la valoración social de la infancia.⁸ Los medios de comunicación se interesaron por estas iniciativas, por lo que usualmente aparecían noticias vinculadas a estas en revistas femeninas. Siendo actividades orientadas hacia la infancia, no es de extrañar que se buscara involucrar a las mujeres en ella, pues, como veremos más adelante, en la misma época se iniciaron campañas para relevar el rol materno y orientar a las madres en los cuidados necesarios para los/as recién nacidos/as y menores con el fin de disminuir la mortalidad infantil.

“La SEMANA DEL NIÑO.— Auspiciada por el Rotary Club, abarca este año un programa sumamente interesante por su gran amplitud humanitaria y por los diversos aspectos que serán tratados referentes al niño. De acuerdo con sus finalidades, procurará destacar ante la opinión pública la importancia de las fuerzas sociales, como la Religión, el Maestro, la Escuela, la Madre y el Hogar. Procurará enaltecer el valor de la paz y la solidaridad sociales, base de la armonía de las naciones”.⁹

Este interés por las necesidades de niños y niñas tiene su origen en la pobreza que se extendía por las ciudades. Aquí, a diferencia del campo, estaba caracterizada por el hacinamiento de familias en espacios reducidos, viviendas de construcción ligera¹⁰, y usualmente sin servicios básicos de luz y agua. Sin embargo, a pesar de que para muchos la falta de alimentos y vestimenta adecuada para las inclemencias del clima era apremiante,¹¹ quienes crecían en esos espacios

⁸ ROJAS, Jorge: *Historia de la infancia en el Chile republicano. 1810-2010*, Santiago de Chile, Junta Nacional de Jardines Infantiles, 2010, pp. 378 y 404.

⁹ Redacción: “La ‘Semana del niño’” [en línea], en revista *Margarita*, año V, núm. 232, octubre de 1938. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=742>» [Consultada 26 enero 2013], p. 16.

¹⁰ Término que se utiliza normalmente para referirse a construcciones poco resistentes y de materiales variopintos, como los empleados en las chabolas.

¹¹ Gabriela Mistral, poetisa chilena de gran renombre, escribió uno de sus poemas más recordados respecto de la pobreza y la infancia: *Piececitos*, que comenzaba diciendo: “*Piececitos de niño,/ azulosos de frío,/ ¡como os ven y no os cubren,/ Dios mío!*”. MISTRAL, Gabriela: *Ternura*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2004 [1924], p.

aprovechaban la infancia al igual que el resto, jugando y compartiendo con sus amistades, aunque algunos/as debieran trabajar o ir a la escuela. Para mantener esta ilusión infantil, a finales de los años 30 del siglo pasado se inició una campaña para recolectar juguetes y llevarlos a todos/as los/as niños/as en Navidad, sin importar su condición, aunque se tiene constancia que su distribución a través de las escuelas se llevó a cabo principalmente en las ciudades y pueblos. Ya en esa época los juguetes tenían una clara diferenciación por sexo, recibiendo ellos tambores, aviones o soldaditos de plomo, entre otros; y ellas servicios de para jugar a tomar el té, escobas, tablas de amasar y muñecas, por poner solo algunos ejemplos, aprendiendo desde pequeños/as los oficios y labores que de grandes deberían asumir (aunque algunos/as ya lo hicieran desde esa etapa).¹² Así nos cuenta María:

[María] “Mi hermana del medio no molestaba nada, parecía que ni estuviera en la casa, se ponía con su muñeca..., bueno era mi muñeca primero, pero cuando crecí se la regalaron a ella, mi papá no tenía pa' andar comprando muñecas a cada rato...”.

Quienes tenían una mejor situación socioeconómica podían disfrutar de otras actividades, como pasear por parques, asistir a funciones de cine (que en un principio había sido un entretenimiento de las clases populares), escuchar programas de radio creados específicamente para menores¹³ o disfrutar de la lectura de libros, en su mayor parte adaptaciones de clásicos extranjeros como *Sandokán* (1938) o *La isla del tesoro* (1941), los cuales incluían dibujos en sus portadas e interior, así como algunas obras nacionales, como *Cuentos para Marisol* (1938) de Marta Brunet o *Cuentos a Pelusa* (1943) de Esther Cosani; también se comercializaban con gran éxito revistas infantiles, como *El Peneca* (1908-1960), o *El Cabrito* (1942-1948).¹⁴ En el campo, en cambio, la oportunidad para disfrutar este tipo de actividades lúdicas y de ocio era prácticamente imposible de

177.

¹² ROJAS, *op. cit.*, pp. 441-443.

¹³ Hacia mediados de siglo XX existían 92 receptores de radio cada 1.000 habitantes en el país. UNESCO: *Statistics on radio and television 1950-1960*, Paris, UNESCO, 1963, p. 52.

¹⁴ ROJAS, *op. cit.*, pp. 447-448.

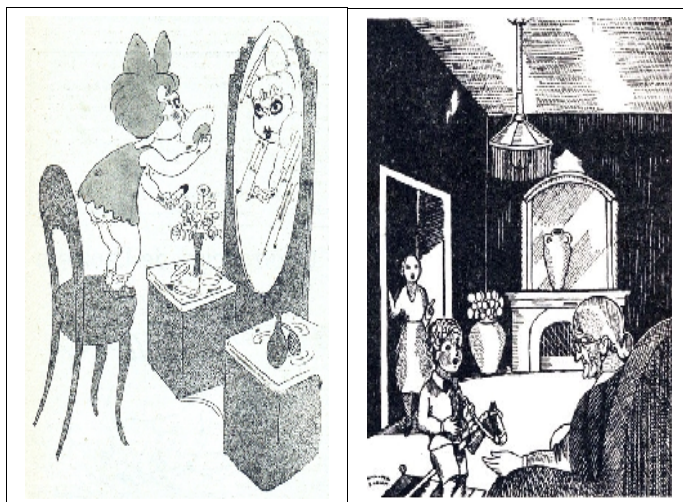
encontrar, debiendo conformarse con excursiones a montes, baños en riachuelos o visitas al pueblo más cercano.¹⁵

Como cabe esperar, las creaciones que se transmitían por los diferentes medios antes mencionados (radio, cine, revistas, etc.) también llevaban en sus contenidos mensajes que buscaban orientar hacia el “normal” desarrollo de las niñas y niños, enmarcándolos en los roles de género que se consideraban apropiados para ellas y ellos. Desde los juegos que se proponían para unas y otros, actividades para realizar, los espacios en los cuales pasaban parte de su tiempo libre (niños en calles y parques, niñas dentro del hogar) o los modelos de comportamiento que seguir eran algunos de los tópicos que se repetían en textos, imágenes, publicidad, etc. Por ejemplo, a continuación veremos dos imágenes que acompañaban textos en revistas infantiles. La primera corresponde al artículo “Charla con las niñas”, aparecido en la revista *Topazín*, en 1935, y en él se daban indicaciones como “*Las niñas deben desde chiquititas ser lo más femeninas posible; nada de juegos de los hombres, ni de las brusquedades de los muchachos*”, o “*La niña que tiene el alma y el talento para ver en una muñeca de trapo a un hijito, será, seguramente, cuando grande una gran madre, una experta dueña de casa*”¹⁶. La segunda imagen era parte de un teatrillo publicado en la revista *El Cabrito*, de 1941, el cual giraba en torno a un travieso niño que quería ser militar cuando grande, al igual que su abuelo.¹⁷

¹⁵ *Ibidem*, pp. 456-460; ROJAS, Jorge y ROJAS, Gonzalo: “Auditores, lectores, televidentes y espectadores. Chile mediatizado. 1973-1990, en R. Sagredo y C. Gazmuri (dirs.), *Historia de la vida privada en Chile. El Chile contemporáneo, de 1925 a nuestros días*, Santiago de Chile, Aguilar Chilena de Eds., 2005, p. 388.

¹⁶ Redacción: “Charla con las niñas” [en línea], en *Topazín*, año I, núm. 19, septiembre de 1935, Santiago de Chile. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=757>» [Consultada 05 julio 2013], p. 4.

¹⁷ BUNSTER, Cesar: “La Abuelita” [en línea], en *El Cabrito*, año 1, núm. 1, 1941, Santiago de Chile, ed. Zig-Zag. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=1593>» [Consultada 05 julio 2013], p. 20.



ILUSTRACIONES 2.1.-1 y 2. Izquierda: “Charla con las niñas”, *op. cit.* Derecha: “La abuelita”, *op. cit.*

Las campañas a las que nos referíamos anteriormente no solo se orientaban a necesidades tangibles, como los regalos, sino que en la época también se intentaba avanzar en la consolidación de los derechos de los/as niños/as, lo que se había iniciado con la firma de la Declaración de Ginebra de 1924, y la Ley de Menores de 1928,¹⁸ que buscaba reglar el tratamiento de estos tanto a nivel público como privado. A nivel de instituciones, todo establecimiento educacional debía enseñar moral e higiene; y a nivel familiar, se autorizaba al padre a corregir y castigar moderadamente a los hijos.¹⁹ El regular el castigo al interior del hogar buscaba disminuir las graves consecuencias que tenían las conductas violentas hacia los/as menores, pero a pesar de ello, el avance al respecto no fue notorio. En su libro *Hijuna*, Carlos Sepúlveda retrata la infancia de un niño en un sector popular de Santiago, en el que la pobreza se vivía a diario y el maltrato también, normalizado como costumbre en los hogares:

“Alta y robusta mi buena madre, emprendedora y dadivosa, gustadora del mejor comer posible, todo su cariño lo dejaba caer enérgicamente en mis espaldas: en cada azote ponía todo su carácter enérgico”.²⁰

¹⁸ ROJAS, *op. cit.*, pp. 359-361.

¹⁹ Ley 4.447 “Ley de Menores” [en línea], Diario Oficial de Chile, 23 de octubre de 1928. Disponible en «<http://www.leychile.cl/N?i=24742&f=1929-01-01&p=»> [Consultada 24 noviembre 2013].

²⁰ SEPÚLVEDA, Carlos: *Hijuna...*, Linares, Editorial Ciencias y Artes, 1934, p. 2.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

Durante su infancia, la mayor parte de las mujeres entrevistadas no escaparon a estas prácticas, relatando maltrato y abuso por parte de padres, madres y/o cuidadores (abuelos/as, tíos/as, etc.), y exponen que también sus parejas se vieron expuestas a esta clase de situaciones. Esto es relevante en cuanto se considera que tanto la violencia recibida por niñas y niños como la presenciada entre los adultos de la familia (especialmente la recibida por la madre) son factores de riesgo para la ocurrencia de violencia basada en el género en las relaciones de pareja futuras –tal como veremos en el segundo capítulo–, pues al comenzar desde muy temprano el contacto con este tipo de prácticas lo que aprendían era que la violencia era algo natural o inherente a las relaciones familiares. De esta forma lo recuerda Raquel:

[Raquel] “De niña, bueno, cuando chica algunas veces me daban con la vara, cuando me portaba mal..., me dolía, pucha, a veces harto..., pero ya sabe cómo es uno cuando chica, ¡traviesa po'!, y los papás eran estrictos con eso del respeto y a nadie le extrañaba que uno anduviera con una marca en la pierna”.

Por otra parte, la escuela era otro gran agente socializador, una institución que había ido ganando importancia en la vida del país como una herramienta para el cambio social y para la búsqueda del tan apreciado desarrollo. El Frente Popular había comenzado a abordar el tema, y durante su campaña presidencial, Pedro Aguirre Cerda²¹ utilizó un eslogan por el cual se le recuerda hasta nuestros días en el país: “Gobernar es educar”, destinando recursos pecuniarios y culturales para ampliar la labor de la educación del Estado en favor de los/as menores y enfrentarse a la problemática del analfabetismo.²² Esta preocupación estaba fundamentada en las estadísticas de la población, las cuales indicaban que para 1930 (diez años después de dictada la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria) el porcentaje de alfabetización era de 56,1%, escasos 5,8 puntos más respecto de 1920. Para 1940 la situación no era mucho mejor, con una cifra no mucho mayor, de 58,3%, la

²¹ Presidente durante 1938 a 1941, primer gobierno del Partido Radical en conjunto con el Partido Comunista y el Partido Socialista, los que formaban el Frente Popular.

²² ILLANES, María Angélica: *'Ausente, Señorita'. El niño chileno, la escuela para pobres y el auxilio. 1890-1990*, Santiago de Chile, Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas, 1991, p. 156.

cual se inclinaba en dos puntos hacia la alfabetización masculina (59,3%) sobre la femenina (57,3%). En el Censo de ese mismo año, se apreciaba que las provincias con mayor porcentaje de población escolar sin instrucción eran aquellas de carácter agrícola, en cambio Santiago o Valparaíso (con grandes concentración de habitantes) quedaban bajo el promedio nacional.²³ Sin embargo, para el Censo de 1952 la situación había mejorado sustancialmente respecto de la alfabetización, siendo esta del 75% (considerando la población mayor de 6 años), aunque variaba de forma importante entre las zonas urbanas (86%) y las rurales (58%). Dentro de la población que no sabía leer ni escribir (analfabetismo), en el área urbana las mujeres (60%) superaban considerablemente a los hombres (40%), situación que casi se equilibraba en el área rural donde, del total, un 50,4% correspondía a varones, y un 49,6% a mujeres.

Esta preocupación por la educación formal de la población del país continuó siendo expresada por todos los gobernantes y autoridades en los periodos posteriores, y pasó a constituirse en una de las necesidades consideradas fundamentales para el desarrollo del país, con una visión marcada por la meritocracia, como lo expresó el propio Aguirre Cerda en su discurso a la nación al cumplir un año de mandato:

“Democracia es todo éso (sic), pero también es más que éso (sic). Es la posibilidad del ascenso en la vida en virtud del propio esfuerzo y de los merecimientos personales. Es la aptitud y la oportunidad que todos tienen para progresar y mejorar de condición y de cultura. Es la amplia facilidad que se ofrece, incluso al más humilde, de llegar a la posición más digna y elevada”.²⁴

Sin embargo, pese al aumento de las cifras globales, la realidad era que para poder realizarse educacional y laboralmente los/as habitantes debían disponer de los medios para terminar la

²³ Centro Latinoamericano de Demografía, *op. cit.*, pp. 12-16.

²⁴ AGUIRRE CERDA, Pedro: *Mensaje de S. E. el Presidente de la República en la apertura de las sesiones ordinarias del Congreso Nacional. 21 de mayo de 1940*, Santiago de Chile, Congreso de Chile, 1940, p. 8.

educación completa, algo que para la población de menores recursos era prácticamente imposible. Comparando entre 1940 y 1953, por ejemplo, el aumento del sistema educacional se basó en el sector privado, el cual tuvo una expansión del 155,9%, mucho más que el 20,6% de la educación primaria pública. Además, de cada 100 niños/as, 68 no terminaban los estudios primarios (seis años), de los cuales 50 pertenecían a familias en situación de pobreza, 10 a familias de clase media y solo 2 a sectores socioeconómicos altos.²⁵ Ante esta realidad se fueron tomando diferentes iniciativas desde los gobiernos nacionales, como la creación de la Junta Nacional de Auxilio Escolar, institución que tenía por objetivo “*Proteger el capital humano de la Nación a través de la atención escolar*”,²⁶ para lo cual se preocuparía de la asistencia al alumnado escolar primario por medio de la promoción y organización de servicios de alimentación escolar, vestuario, y asistencia médica y dental.²⁷

Las historias de nuestras entrevistadas nos trasladan de las cifras a las experiencias concretas de baja escolaridad. Salvo una mujer que pudo terminar la educación secundaria e incluso estudiar una carrera, el resto abandonó tempranamente los estudios, la mayoría durante la primaria. Ya fuera que vivieran en el campo como en la ciudad, el principal motivo que tuvieron para dejar la escuela fue el comenzar a trabajar. La pobreza, la gran cantidad de hermanos/as, la enfermedad o muerte del padre o la madre, entre otros, fueron los problemas de raíz que las llevaron a ese camino, muchas veces sin alternativa, pues en ocasiones la decisión recayó en las personas a cargo de ellas en la familia. En el caso de Angélica apenas comenzó a estudiar cuando tuvo que dejarlo, y Amelia logró terminar la primaria y comenzar la secundaria, pero debió comenzar a trabajar:

[Angélica] “No pude seguir, perdimos todo, nos fuimos de casa y no me quedó más que trabajar... apenas sabía leer y escribir, ni las tablas aprendí...”.

²⁵ ILLANES, *op. cit.*, p. 236.

²⁶ DFL 191 que “Organiza servicios de auxilio escolar” [en línea], Diario Oficial de Chile, 05 de agosto de 1953. Disponible en «<http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=4989>» [Consultada 24 noviembre 2013].

²⁷ Este organismo era una reformulación de otros existentes anteriormente, las Juntas de Auxilio Escolar comunales, creadas en 1929, durante el primer gobierno de Carlos Ibáñez del Campo. ILLANES, *op. cit.*, pp. 208-209.

[Amelia] “[Mi padre] nos hacía trabajar, ehh no terminamos los estudios, yo llegué a primero medio²⁸, me puse a trabajar porque ya, ya había que ganarse la vida así que me fui de la casa a buscar trabajo...”.

El trabajo no necesariamente debía ser fuera de casa y remunerado, también estaba el doméstico y de cuidados, especialmente cuando la familia estaba compuesta por muchos miembros y las mujeres eran las hermanas mayores. Puesto que desde pequeñas habían ido aprendiendo los roles asignados a las mujeres, el asumir estas tareas se percibía como algo natural, incluso como una obligación moral, por lo que dedicar tiempo a los estudios era considerado, en algunos casos, como un acto egoísta, pues los beneficios de tal actuación eran solo para ellas mismas. Sin embargo, en otras historias, el hacerse cargo de las labores en el hogar fue algo que se recuerda con sentimientos negativos, especialmente hacia las madres, de quienes se opinaba que no realizaban correctamente su rol.

Dentro de los denominadores comunes, la pobreza en que vivían las entonces niñas y sus familias era una situación que dificultaba el continuar los estudios tanto para quienes vivían en zonas rurales como urbanas, presentando algunas características comunes como la malnutrición, y falta de abrigo y materiales, pero también existían diferencias. En las primeras, las dificultades eran tanto de tipo geográfico como social, pues, por una parte, dada la baja densidad y amplia dispersión de la población, la posibilidad de acceder a las escuelas estaba limitada por las distancias e inclemencias del tiempo; y por otra parte, al no tener proyecciones de cambio, muchas familias consideraban la escolarización completa como una pérdida de tiempo y recursos, pues hijas e hijos eran requeridas/os en las labores agrícolas o ganaderas. Caminar once kilómetros, como en la historia de Sonia, no era algo inusual:

[Sonia] “A mi me costó un poco estudiar porque yo tenía que caminar once

²⁸ Corresponde al primer año de secundaria.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

kilómetros. Me costó mucho estudiar, no, es que no terminé la básica. Me ofrecieron unos cursos en el campo para estudiar, estudié un año y después me salí, estaba con mi mamá enferma, mis compañeras me traían las materias y yo seguía estudiando para avanzar, me ponía en la posta a estudiar y cuando ingresé de nuevo al año siguiente di el examen correspondiente y pasé de curso. Estudié cuatro años, y mis hermanas me ayudaban...”.

En las ciudades, en cambio, si bien las limitaciones geográficas estaban superadas, no lo era el enfrentar el clima con prendas inadecuadas o asistir a escuelas que carecían de los mínimos de operatividad, higiene y seguridad. En estos entornos, además, tanto las entrevistadas como sus familias podían apreciar más claramente las diferencias con lo que sucedía en otras clases sociales, con niñas y niños de colegios públicos y privados ubicados en zonas de clases medias y altas, a quienes no les faltaba ni la ropa ni los útiles necesarios. La autora del libro “*Ausente, Señorita*”. *El niño chileno, la escuela para pobres y el auxilio. 1890-1990*, María Angélica Illanes, expone, por ejemplo, que hacia 1950 muchas escuelas ubicadas en barrios pobres continuaban en una situación deplorable, con menores sentados en cajones, jugando durante el recreo en la calle o con un único baño improvisado en el fondo del patio.²⁹



ILUSTRACIONES 2.1.-3 y 4. Izquierda: Alumnos de la Escuela de Hombres N° 10 de Andacollo, localidad rural, 1945. En ella se aprecia la pobreza tanto en los alumnos (algunos van descalzos y con ropa gastada) como en las dependencias. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/601/w3-article-1428.html>» [Consultada 12 noviembre 2014]. Derecha: Alumnas y alumnos

²⁹ ILLANES, *op. cit.*, p. 186.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

Escuela Superior N° 39 del Barrio Yungay, Santiago de Chile, 1951. Perteneciente a una clase media acomodada. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/601/w3-article-586.html>» [Consultada 12 noviembre 2014].

Para intentar modificar esta situación, durante la década de 1940, los gobiernos de Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla iniciaron programas destinados a los sectores populares. El primero creó el Instituto del Inquilino, con el cual se construyeron escuelas rurales y se elaboró un plan de alfabetización, y el segundo realizó una campaña de alfabetización. El objetivo de estas medidas era, por una parte, aumentar el nivel de instrucción de la población campesina, con lo cual se esperaba mejorar la producción agrícola y sus condiciones de vida, asumiendo además que con una educación más elevada podrían incorporarse al proceso cívico del país. Por otra parte, se buscó también mejorar otras áreas de interés para el desarrollo de la nación, con la creación de escuelas de artesanos e industriales, así como escuelas destinadas exclusivamente a la enseñanza femenina.³⁰

Respecto de otros motivos para dejar la enseñanza formal, por una parte nos encontramos con las situaciones problemáticas que vivían las menores dentro de la familia, en especial cuando las personas adultas a cargo no se preocupaban de que asistieran a clase, cuando las maltrataban y abusaban, o cuando las abandonaban. Por otra parte, las relaciones sociales y familiares de la época también eran un motivo para no seguir estudiando. La imagen de la mujer chilena (que veremos más adelante) se relacionaba, entre otras cosas, con la imagen de la familia modelo, constituida por el padre, la madre y los/as hijos/as;³¹ y aunque esto distara bastante de la realidad, los preceptos morales y religiosos llevaban a sancionar socialmente a quienes no cumplían con este ideal, en especial si era una mujer soltera quien estaba a cargo de la familia; y los/as hijos/as no escapaban a esta sanción, viviéndola con vergüenza y dolor. Este fue el caso de Nancy:

[Nancy] “Mire, mi vida es bastante trágica, yo estudié solamente hasta séptimo año [de primaria] porque en ese tiempo, bueno yo creo que en todos... porque ahora se ve

³⁰ AYLWIN, BASCUÑÁN, CORREA *et. al.*, pp. 184-185.

³¹ Un ideal principalmente burgués y urbano.

y los niños se, tienen derechos, pero en ese tiempo, eh, los niños me hacían burla a mí porque yo no tenía papá... y se reían de mí porque ellos sabían que... que el caballero que estaba con mi mamá no era mi papá y ellos me hacían burla, y fue tanto lo que a mí me dolía, era una pena tan grande que de repente terminó el año y yo al año siguiente no quise volver a clase”.

Con el paso del tiempo, sin embargo, la mayoría de las mujeres mostró algún tipo de arrepentimiento ante el abandono de los estudios. En sus relatos, algunas cuentan cómo, cuando ya eran jóvenes/adultas, continuaron la enseñanza con el fin de poder acceder a trabajos que exigían una cualificación mayor o por un deseo personal. Para quienes se habían trasladado a grandes ciudades, el retomar los estudios no solo les abrió mayores posibilidades de empleo, sino que también les dio la oportunidad de conocer gente, incorporándose a la vida social. Las facilidades que encontraban en estos entornos para asistir a clase distaban ampliamente de las que habían tenido en las zonas rurales, pues disponían de mejores facilidades de acceso (con institutos más cerca de la vivienda o de fácil llegada) y de oferta ya que podían optar incluso por cursos de rápido avance (aprobar dos años en uno), clases nocturnas y/o exámenes libres. Inés, por ejemplo, fue motivada desde el propio empleo a terminar su enseñanza secundaria, aunque ella hubiera deseado continuar más allá con una carrera profesional:

[Inés] “Pero depende, en el trabajo nos mandaban a hacer esos cursos rápidos así como dos años en uno, fue una cosa como más bien dicho de... a ver, como para decir que no tenía todo el cuarto medio³² en esos años, pero en el fondo no era tan así., (...) pero en el fondo lo que me hubiera gustado realmente era haber estudiado para asistente social”.

Además de finalizar su enseñanza formal, algunas mujeres aprovecharon los años de la

³² Cuarto medio equivale al último año de instituto en España.

juventud tardía, por lo general mientras estaban solteras, para realizar cursos de formación profesional, como peluquería, asistente dental o secretariado, por ejemplo. Los sentimientos asociados a estos logros eran positivos, pues consideraban que habían conseguido algo por ellas mismas, aunque en algunos casos no pudieron continuar ejerciendo estas carreras por el control que ejercieron sus parejas.

Respecto de lo que se enseñaba en la escuela muy pocas mujeres nos hablaron de ello, pero sus testimonios coinciden en señalar las asignaturas especiales que se enseñaban a las niñas y jóvenes en virtud de su género. Además de las clases de matemáticas, historia o lengua, la economía doméstica, las manualidades y la puericultura eran áreas que solo se impartían en las escuelas e institutos femeninos. Esta elección de temas a enseñar a las niñas tenía su origen en los primeros programas que se pensaron para la educación femenina en el siglo XIX. Mercedes Marín del Solar, por ejemplo, quien luchó por la enseñanza igualitaria y colaboró con la Sociedad de Instrucción Primaria para ello, elaboró en 1840 un plan de estudio para niñas en el que figuraba la literatura, dibujo, historia, religión, bordados y quehaceres domésticos, entre otras. La inclusión de estos dos últimos se basaba en la supuesta esencia de la mujer: *“En todo tiempo, las damas se han dedicado a la costura, i ésta (sic) entra en parte del destino a que las llama la naturaleza”*.³³ Posteriormente, esta idea fue reforzada durante los gobiernos del Frente Popular, lo cuales se habían impuesto la tarea de asegurar la “constitución adecuada” de las familias, especialmente en los sectores de escasos recursos, y para esto era necesario que mujeres y hombres se comportaran fielmente de acuerdo a los roles de género tradicionales. De esta forma, *“para reforzar la noción de que una vida familiar adecuada demandaba la atención irrestricta de las mujeres a los asuntos del hogar, los reformadores comenzaron a enseñarles economía doméstica, en la que se incluía el cuidado de los hijos. Los hombres, se suponía, se sentirían más atraídos a hogares limpios y bien tenidos”*.³⁴ Así,

³³ AMUNÁTEGUI, Miguel Luis: *La alborada poética en Chile después del 18 de septiembre de 1810*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1892, p. 514.

³⁴ ROSEMBLATT, *op. cit.*, pp. 92.

por ejemplo, recuerda Lourdes las diferentes clases y actividades que tenía en el colegio:

[Lourdes] “O sea, lo de ahora, o sea: matemáticas, castellano, en ese tiempo había ciencias naturales, era ciencias sociales, teníamos' clases de literatura, teníamos' clase de economía doméstica, labores, educación física (...). Si te iba'i a economía doméstica te dividían en grupos (...), y ahí se dividían en comisiones: tres niñas que salían a las compras, otras tres que iban a hacer el postre, otras que iban a aprender a hacer el almuerzo, las que lavaban la loza, las de la comisión de limpiar la cocina, todo eso. Y ahí, bueno, todas aprendíamos a hacer en ese tiempo los bavarois, y hacíamos esa cu'stión de enguinda'os que se ponían las guindas en agua ardiente, todo eso nos enseñaban... o labores, si te tocaba labores el deshilado, la cu'stión y hacer ojales... eran como clases mejores que ahora”.



ILUSTRACIÓN 2.1.-5. Clases de cocina, Liceo N° 1 de Niñas 'Javier Carrera', Santiago de Chile, 1940. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0023813» [Consultada 12 mayo 2014].

Pero el que una mujer estudiara siempre creó resquemores en parte importante de la sociedad. La profesora, escritora, exembajadora y feminista chilena de la primera mitad del siglo XX, Amanda Labarca, hace alusión en uno de sus escritos al tema de la preocupación que existía por la posible pérdida de la femineidad a raíz de los estudios, una vieja discusión que en el siglo XIX se había retomado cuando se decretó la posibilidad de enseñanza a mujeres en las

universidades chilenas,³⁵ con el pensamiento de que “*las gracias y virtudes de la mujer se prostituirían en la educación superior y en el trabajo extradoméstico*”.³⁶ Como representante del feminismo de la época en Chile,³⁷ la autora, en otro documento, hace el intento de equilibrar las posiciones a favor de una educación para las niñas que incorporara tanto las materias básicas que les permitieran un desarrollo laboral y profesional, como aquellas que las prepararían para sus responsabilidades familiares:

“Sin duda, conviene que la niña aprenda en los colegios economía doméstica, artes hogareños, puericultura, psicología infantil; todo ello es necesario; mas puede saber todas esas cosas y ser una perfecta desgraciada en el matrimonio, o permanecer soltera y entonces ninguna de esas disciplinas son primordiales para ganarse decorosamente el subsistir. Precisa reconocer que hogar y escuela poseen funciones educadoras complementarias, que ninguno de los dos es capaz de dar lo que el otro, ni substituirlo. En los colegios, los conocimientos básicos de las ciencias y las artes hogareñas, el aprendizaje del trabajo y del servicio a la colectividad; en el hogar la inculcación de ideales y hábitos de responsabilidad familiar.”³⁸

Esta apertura a los estudios secundarios a las mujeres, si bien usualmente aprovechada solo por aquellas de clases media y alta, dio paso a la formación de una importante cantidad de profesionales. Según los historiadores Simón Collier y William Sater, en el Chile de mediados del siglo pasado, la presencia de mujeres en las profesiones, artes y vida pública era algo que llamaba la atención a quienes visitaban desde el extranjero el país; y si bien las profesiones de carácter social,

³⁵ Otorgado por el llamado Decreto Amunátegui. DECRETO S/N (AMUNÁTEGUI), sin título (que declara que las mujeres deben ser admitidas a rendir exámenes válidos para obtener títulos profesionales) [en línea], Diario Oficial de Chile, 04 de marzo de 1877. Disponible en «<http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=1022876&buscar=1877+amun%C3%A1tegui>» [Consultado 24 noviembre 2013].

³⁶ LABARCA, Amanda: *Feminismo contemporáneo*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1950, p. 138.

³⁷ En aquellos años, en el país, tanto el feminismo liberal como el feminismo socialista rechazaban el antagonismo entre hombres y mujeres, y negaban la “masculinización” de estas al estudiar o trabajar. LAVRIN, Asunción: *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, Santiago de Chile, Dirección de bibliotecas, archivos y museos, 2005, pp. 52-54.

³⁸ LABARCA, *op. cit.*, pp. 156-157.

como maestras de escuela o asistentes sociales, eran las que congregaban una mayor cantidad de egresadas, entre 1920 y 1960 también se podían encontrar mujeres en medicina, leyes, odontología, farmacia o arquitectura.³⁹ Sin embargo, estos avances no eran fáciles de lograr, pues la decisión de continuar los estudios universitarios tenía que atravesar una serie de obstáculos contruidos y transmitidos por los diferentes actores involucrados en ello: los deseos y necesidades familiares, el control masculino, y las ideas sobre los roles femeninos compartidos tanto por las jóvenes que debían decidir como por el resto de sus pares y de la sociedad en su conjunto. Como veremos en el siguiente artículo aparecido en una revista para mujeres del año 1934, es difícil definir si la idea que plantea la joven que escribe se debe a las dificultades para romper con los estereotipos femeninos y el tener que enfrentar los prejuicios que recaían sobre las mujeres que optaban por carreras que no estaban enfocadas a la enseñanza, la asistencia o el cuidado, o al control masculino que sutilmente se deja entrever, o a una mezcla de ambos:

“Tú sabes que las del 6° que piensan terminar en el Liceo son todas, aunque yo tengo muchas ganas de quedarme pegada para no ir a la Universidad, porque tú sabes que a mi pololo no le gustan las 'letradas' y a mí no me gusta estudiar leyes, como quiere mi papá. Me parece que las que estudian para abogado resultan muy alegaderas”.⁴⁰

Finalmente, un tema muy relevante que surgió al analizar las entrevistas fue la importancia que tenía para las mujeres la educación de sus propias/os hijas/os. Fruto tanto de sus experiencias de abandono escolar y posterior arrepentimiento de ello, como de la valoración que se otorgaba en el país a la educación como herramienta fundamental de movilidad social,⁴¹ las entrevistadas plantearon como uno de sus logros más importantes el que sus hijas/os hubieran podido terminar su

³⁹ COLLIER, Simon y SATER, William: *Historia de Chile: 1808 – 1994*, Madrid, Cambridge University Press, 1998, p. 184.

⁴⁰ (Sin apellido), Lucy: “En el Liceo N° 1” [en línea], en revista *La novela rosa*, año I, núm. 1, noviembre 1934. Disponible en <<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=1415>> [Consultada 26 enero 2013], pp. 66-67.

⁴¹ Los historiadores Gabriel Salazar y Julio Pinto plantean que, durante gran parte del siglo XX, la educación formal era una de las tareas fundamentales que se suponía debían lograr los/as jóvenes de clases bajas para poder ascender e integrarse a la modernidad. SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio: *Historia Contemporánea de Chile V. Niñez y Juventud*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2002b, pp. 105-106.

enseñanza secundaria e incluso, en algunos casos, obtener profesiones técnicas o universitarias. Este éxito estudiantil no era visto solo como una realización de las/os hijas/os gracias al esfuerzo que estas/os pudieron haber puesto en ello, sino que también como un premio a la dedicación y preocupación que ellas mantuvieron durante toda la etapa escolar, cumpliendo con ello su rol materno. Ese era el sentimiento de Vanesa:

[Vanesa] “Y le decía que a pesar de esta historia de que mis hijos crecieron, sobre todo los mayores, eh, se graduaron ya mis hijos, todos con su cartón, y los del segundo matrimonio ya están casi a punto de terminar también”.

El que las mujeres entrevistadas consideraran que era su deber el preocuparse de la educación de sus hijas/os (no así los padres, que según los relatos, eran los encargados de velar por los requerimientos materiales y económicos de la familia, como veremos más adelante), no fue producto del azar. Desde el inicio de la discusión sobre la educación de la población, pero en especial desde que los gobiernos tomaron la enseñanza formal de toda la población (no solo de la de clases medias y altas) como un tema relevante en el desarrollo del país,⁴² las mujeres fueron las llamadas a ocuparse de la tarea de velar por el seguimiento de la educación de las/os menores en el día a día, dejando usualmente las grandes decisiones al respecto en manos de los hombres. Se consideraba que era su deber en tanto, supuestamente, eran ellas las que pasaban más tiempo con sus hijas/os y se encargaban del resto de los aprendizajes cotidianos en el hogar.⁴³

Este mensaje era transmitido por diferentes medios, los cuales, ya fuera de forma explícita o mediante alocuciones indirectas, se preocupaban de dejar en claro la responsabilidad de las mujeres en la tarea de educar a las niñas y niños. Las revistas para mujeres, por ejemplo, apelaban de forma directa al papel maternal para designarles esta labor. Así, la revista *Margarita*, tenía una página

⁴² Principalmente a partir de la década de 1920, con la dictación de la Ley 3.654 sobre Educación primaria obligatoria, publicada el 26 de agosto de 1920.

⁴³ En el plan de estudios para niñas citado anteriormente, la autora se dirige específicamente a las madres durante todo su escrito. AMUNÁTEGUI, *op. cit.*, pp. 508-514.

dedicada a las madres, con consejos de higiene, salud, alimentación y enseñanza, y también incorporaba pequeños artículos sobre formas de crianza, castigos, amistades apropiadas, entre otros temas.⁴⁴ Veinte años más tarde los mensajes se seguían reproduciendo, como vemos en el discurso dirigido por presidente Eduardo Frei Montalva a la nación respecto de la Reforma Educacional que proponía su gobierno, en el cual hizo una clara distinción entre padres y madres al referirse a la autoridad que unos y otras tenían sobre este tema: “*A los padres de familia y especialmente a la sacrificada y heroica madre chilena les puedo decir, con legítimo orgullo, que nunca tanto como hoy, comprendo y valoro su autoridad, opinión y su preocupación constante por su máxima riqueza y herencia: la inteligencia y el valor de sus hijos*”.⁴⁵ De esta forma, el vincular la tarea de velar por la educación de la juventud a la función materna se inscribía en los comportamientos esperados de una buena mujer, como lo veremos más adelante.

XXX

En este apartado hemos comenzado a presentar y analizar los primeros años de las vidas de las mujeres que hoy son mayores. En ellos, los temas que surgieron se refirieron a las experiencias y aprendizajes que vivieron tanto en la familia como en la escuela, y la importancia que tuvieron los roles de género, inculcados tanto por los modelos presentados como por los mensajes transmitidos en una sociedad que se transformaba en la búsqueda del desarrollo. ¿Pero cómo se desarrollaron sus vidas durante la adolescencia? ¿Qué marcó las relaciones sociales que establecieron en aquellos

⁴⁴ Redacción: “Menos severidad” [en línea], en revista *Margarita*, año V, núm. 232, octubre de 1938. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=742>» [Consultada 26 enero 2013], p. 21; Redacción: “La importancia de la higiene del niño”, en revista *Margarita*, núm. 268, junio de 1939. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=743>» [Consultada 26 enero 2013], p. 21; Redacción: “Donde hay una fila de zapatitos”, en revista *Margarita*, núm. 811, noviembre de 1949. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=745>» [Consultada 26 enero 2013], pp. 14-15; Redacción: “Enseñe a su niño”, en revista *Margarita*, núm. 811, noviembre de 1949. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=745>» [Consultada 26 enero 2013], p. 41; Redacción: “Cuídame, mamá”, en revista *Margarita*, núm. 936, abril de 1952. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=746>» [Consultada 26 enero 2013], p. 39; Redacción: “Cuídame, mamá”, en revista *Margarita*, núm. 939, abril de 1952. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=747>» [Consultada 26 enero 2013], p. 41.

⁴⁵ FREI Montalva, Eduardo: “Discurso de S. E. el Presidente de la República, Don Eduardo Frei Montalva”, en Subsecretaría de Educación, *Reforma Educacional en Chile*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1966, p. 11

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

años decisivos de sus vidas? Esas son algunas de las preguntas que intentaremos responder a continuación.

2.1.2. Con Brenda Lee en la gramola. Espacios y vivencias de relaciones sociales

[Jazmín] “Una sola amiga tuvimos, dos chiquillas que eran hermanas y que vivían bien cerquita de nosotros, una era amiga de una hermana mía y yo me juntaba con la otra. Ellas venían a la casa cuando la mamá las dejaba, ahí jugábamos a las muñecas, hasta que crecimos, fuimos más grandes y jugábamos a otras cosas, hasta que una se fue y yo me vine a Santiago. La única amiga que tuve”.

Ser joven y disfrutar de largas conversaciones con amistades, paseos, fiestas, salidas al cine y un largo etcétera, nos parece algo normal de la juventud de hoy. Las definiciones nos hablan de que en esta etapa se privilegia la interacción social y la formación de redes sociales, se desarrollan competencias para adaptarse a diferentes ambientes, se produce una búsqueda y definición de la propia identidad, así como el reconocimiento de la necesidad de la toma de decisiones.⁴⁶ Sin embargo, Jazmín y el resto de las entrevistadas nos entregan una visión diferente de lo que vivieron como jóvenes, pues para la mayoría fue una transición, un paso rápido entre la infancia y la madurez, marcado por las dificultades para establecer relaciones sociales, con responsabilidades tempranas y escasas oportunidades para el estudio, el ocio y el esparcimiento.

Si bien una parte de sus experiencias se debieron a factores de la personalidad (por ejemplo, la timidez dificulta el establecer amistades), para entender los relatos también deberemos acercarnos a aquellos factores que se presentan en otros sistemas, tales como la historia familiar, las oportunidades de acceso a estudio y divertimento, o los valores que en una sociedad determinada se asocian a los comportamientos juveniles, por nombrar algunos.

⁴⁶ MORLACHETTI, Alejandro: *Obligaciones de Latinoamérica y el Caribe ante el derecho internacional de adolescentes y jóvenes*, Washington D.C., Organización Panamericana de la Salud, 1999, p. 4; Organización Mundial de la Salud: *La salud de los jóvenes: Un desafío para la sociedad*, Ginebra, Organización Mundial de la Salud, 1986, pp. 10 y sgtes.

En este último sentido, debemos ubicar la época en que las mujeres experimentaron su juventud, la cual va de fines de los años cuarenta del siglo XX (para las mayores) a mediados de los setenta (para las menores), un período de poco más de veinte años, los cuales coinciden con la masificación de las culturas juveniles⁴⁷ en Chile. Hablamos de masificación, pues en el país desde bastante tiempo antes se reconocía la existencia de una etapa de juventud, pero estaba ligada principalmente al ámbito estudiantil, a movimientos dentro de las fuerzas militares, o por la movilización de jóvenes en partidos políticos,⁴⁸ limitada por lo tanto a ciertas esferas sociales y culturales, además de aquellas referidas al género. Por ejemplo, un artículo del año 1934 nos muestra la experiencia de una joven de liceo⁴⁹, que finalizando sus estudios se le programa la fiesta de despedida, en la cual se aprecia que las actividades sociales estaban altamente segmentadas por el género, pues aparte de padres y madres, profesoras y alumnas de cursos menores, solo podrían asistir jóvenes hombres si eran hermanos o primos de las festejadas:

“Has de saber que este año habrá otra fiesta a la que asistiremos de traje largo y blanco, para recibir nuestros diplomas con toda solemnidad; esta novedad ha causado muchos comentarios que resultan muy simpáticos, porque habrá baile y va a ser de noche. Asistirán la directora y las profesoras, los papás y las mamás y las chiquillas del quinto y nosotras, y se invitará a los hermanos de las chiquillas y pueden ir los primos también... Estoy averiguando a quién se le ocurrió tan buena idea para felicitarla”.⁵⁰

⁴⁷ Si bien se suele hablar de una “cultura juvenil”, las diferencias de clases, intereses, modas, íconos modélicos, espacios y dinámicas de interacción, etc., han hecho que se comience a utilizar el término “culturas juveniles”. Ver: FEIXA, Carles y PORCIO, Laura: “Los estudios sobre culturas juveniles en España (1960-2003)”, en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 64, marzo 2004, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 9-28; BERNETE, Francisco: “Culturas Juveniles como aperturas de espacios, tiempos y expresividades”, en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 78, septiembre 2007, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 45-61.

⁴⁸ Por ejemplo la denominada “Bohemia estudiantil” de principios del siglo XX, que giraba en torno a las actividades realizadas por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile; el “movimiento de la juventud militar” de los años veinte; y la Generación del 38, que se adscribió a partidos como el Socialista de Chile o el Conservador, jugando importantes roles. GONZÁLEZ, Yanko: *Óxidos de identidad: Memoria y juventud rural en el sur de Chile (1935-2003)* [en línea], Tesis de Doctorado en Antropología Social y Cultural, Universidad Autónoma de Barcelona, 2004. Disponible en «<http://hdl.handle.net/10803/5508>» [Consultado 30 octubre 2012], pp. 81 y sgtes.

⁴⁹ El Liceo en Chile equivale más o menos (en términos de las edades a las que se accede a ellos) a los Institutos en España. Hay que tener en cuenta que para poder acceder al Liceo en esa época, usualmente la joven al menos debía pertenecer a una clase media, o media/alta.

⁵⁰ (Sin apellido), Lucy: “En el Liceo N° 1”, *op. cit.*, pp. 66-67.

Sin embargo, algunos factores se conjugaron para esta expansión juvenil. Por una parte, en la década del cincuenta, los Estados Unidos emprenden una modernización desarrollista enfocada a gran parte de la región latinoamericana, lo que lleva a que en Chile, en lo referido a aspectos concretos, se construyan caminos, se extiendan las redes eléctricas y se amplíe la matrícula educativa, entre otros; y, en los aspectos más intangibles, se transformen de manera radical las pautas culturales, las formas de sociabilidad y los estilos de vida.⁵¹ Ya en la década del sesenta esta empresa desarrollista tiene su máxima expresión en la Alianza por el Progreso impulsada por el gobierno de J.F. Kennedy. El impulso al desarrollo era notorio en las orientaciones que tenían tanto el sistema político, como las instituciones académicas y las organizaciones sociales para la definición de sus programas y proyectos. La ansiada modernización se lograría por medio de la “sustitución de importaciones y la industrialización” o la “promoción popular”, todas bajo diversas teorías que se propugnaban, como por ejemplo las de la “dependencia” o de la “marginalidad”.⁵²

Por otra parte, el grupo de jóvenes de barrios populares se encontraban hasta fines de los cincuenta, según Igor Goicovic, integrado en el mundo adulto, pero a mediados de los sesenta la invisibilidad del mundo juvenil comienza a desvanecerse ante los cambios en situaciones estructurales que les afectaban, como la expansión de la escolarización, el nuevo y amplio entorno urbano producto de las migraciones del campo a las ciudades y la radicalización de procesos políticos y sociales, en los cuales el estudiantado, especialmente el universitario, jugó un rol fundamental.⁵³

⁵¹ GONZÁLEZ, *op. cit.*, p. 135.

⁵² COTTET, Pablo: “Los cambiantes discursos sobre la juventud”, en *Proposiciones*, vol. 24, agosto 1994, Santiago de Chile, Ed. Sur, p. 306. La sustitución de importaciones y la industrialización se enmarcan dentro del proceso modernizador del país como acciones para el mejoramiento de la economía nacional, especialmente durante los años 1940 y 1950. Ver: COLLIER y SATER, *op. cit.*, p. 237. La promoción popular fue uno de los ejes del gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970) consistente en el fomento a la formación de redes de organización locales y de autoayuda. Ver: *Ibidem*, p. 269. Los estudios sobre la dependencia señalaban la “necesidad de nacionalizar las empresas extranjeras y reducir la influencia financiera de los EE.UU”. Ver: LEGINA, Joaquín: *El Chile de la Unidad Popular (1970-1973)*, Córdoba, Ateneo de Córdoba, 1999, p. 16. La teoría de la marginalidad “representa el intento de constituir teóricamente como un actor social, a un sector que se venía reconociendo empíricamente en los llamados 'cinturones de miseria' en diversas ciudades latinoamericanas”. Ver: ESPINOZA, Vicente: *Para una historia de los pobres de la ciudad*, Santiago de Chile, Ediciones Sur, 1988, p. 330.

⁵³ GOICOVIC, Igor: “Del control social a la política social. La conflictiva relación entre los jóvenes populares y el Estado en la historia de Chile”, en *Última Década*, núm. 12, marzo 2000, Valparaíso, Centro de Estudios Sociales,

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

Respecto de la educación, durante este período se van notando los resultados de los esfuerzos previos por ampliar su alcance a la mayor parte de la ciudadanía, algo que, como vimos, se venía impulsando desde fines de los años treinta del siglo XX. De esta forma, Cottet plantea la centralidad social que la educación, en especial la universitaria, tenía en los intentos por lograr el desarrollo en Chile. Además, continúa, tanto en el país como en Latinoamérica se estaban fortaleciendo las identidades sociales asociadas a estamentos, proceso en el cual la universidad se fue constituyendo en un espacio significativo tanto en la expansión de la clase media, como en la irrupción en la sociedad de una “cultura popular”.⁵⁴ Un ejemplo de ello lo muestra el aumento de la matrícula universitaria: hacia el año 1956 esta había crecido un 145,2% respecto de 1940.⁵⁵

Sobre estos años, Salazar y Pinto destacan que quienes era jóvenes universitarios/as vivieron de forma intensa la experiencia de salir a la calle con el fin de exponer sus críticas y sus alternativas. *“La calle, como 'espacio ciudadano', único lugar donde cabe anunciar el advenimiento de una nueva etapa de la historia. Ser libre para ser soberano desde fuera del Estado. Ser joven para sentir y anunciar los nuevos tiempos”*.⁵⁶ Ya no era solo la educación dentro de las aulas, era salir, involucrarse en la sociedad, en la propia historia.

Como vemos, el momento se mostraba propicio para la juventud de ciertos sectores: la elite que venía disfrutando de las ventajas que su posición les permitía y una clase media que aumentaba y conquistaba parte de esas ventajas. Sin embargo, todavía quedaban fuera de este esquema aquellos/as jóvenes pobres que, sin la posibilidad de terminar sus estudios e iniciando tempranamente una vida laboral, difícilmente podían alcanzar los beneficios a los que accedía el resto de la sociedad. Así, Amelia y Raquel nos recuerdan las obligaciones que tenían que enfrentar y

pp. 111, 113.

⁵⁴ COTTET, *op. cit.*, pp. 306-307

⁵⁵ GARRETÓN, Manuel y MARTÍNEZ, Javier: *Universidades chilenas: Historia, reforma e intervención*, Tomo I, Santiago de Chile, Ediciones Sur, 1985, p. 33.

⁵⁶ SALAZAR Gabriel y PINTO, Julio: *Historia Contemporánea de Chile V. Niñez y Juventud*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2002b, p. 211.

las dificultades que estas generaban para el mantener relaciones de amistad:

[Amelia] “[No tuve amigas] No, siempre trabajando (baja la voz)... andar con mi hija para todos lados... nunca salía, con ella no más... no tenía amigas...”.

[Raquel] “¿Amistades? No, no tenía tiempo para eso, si como me salí ligerito del colegio y luego la pura fábrica no más... ¿a qué hora iba a tener amigas? En el trabajo no, que no nos dejaban ni hablar. Ya después me casé y menos iba a poder salir...”.

Estas experiencias contrastan con las imágenes de chicas de amplias faldas de los cincuenta o los chicos con patas de elefante de los setenta, quienes disfrutaban de fiestas, malones, música, conciertos, etc. Desde comienzos de la década de los cincuenta y hasta inicios de la década siguiente, los medios de comunicación llevaron al país, desde los Estados Unidos e Inglaterra, los elementos que caracterizaron la irrupción de una cultura juvenil que cruzaba fronteras, una rebeldía que se manifestaba en: el uso de los vaqueros, escuchar y bailar el rock and roll, el pelo largo, etc., con un mensaje esencialmente cultural.⁵⁷

Esta apertura a los productos extranjeros tiene sus bases en los cambios que se experimentaron en el país en esa época sobre las posibilidades de entretenimiento popular. Según Collier y Sater, en el país existían más o menos trescientos cines, los cuales exhibían en su mayoría filmes de Estados Unidos y Europa, aunque también estaba la alternativa del cine argentino o mexicano para quienes no pudieran leer los subtítulos.⁵⁸ De hecho, en los años sesenta del siglo XX, el concurrir al menos una vez por semana al cine era una de las actividades más extendidas de la población. Este hábito había comenzado en los años veinte del mismo siglo, en los grupos más privilegiados, pero se fue extendiendo a todas las clases sociales, lo cual era posible (especialmente en las grandes ciudades) con la apertura de cines que eran más exclusivos y otros populares,

⁵⁷ *Ibidem*, p. 151.

⁵⁸ COLLIER y SATER, *op. cit.*, p. 256.

diferenciando claramente según la clase social. Sin embargo, este hábito se fue convirtiendo en un ritual, formando parte de la socialización familiar, de la pareja, de jóvenes y niños/as, pues el material provenía principalmente de mercados extranjeros.⁵⁹

Otro medio que influyó de manera importante en el desarrollo de la cultura juvenil en la época fue la radio. Hacia 1960 en el país existían alrededor de un millón de equipos de radio en los hogares y en la década que siguió el número aumentó de manera explosiva, lo que significó que tres de cada cuatro hogares tuviera un dispositivo. En ese entonces, cerca de cien estaciones de radio lanzaban por sus ondas diversidad de programas, siendo la mitad del tiempo dedicado a la música popular.⁶⁰ El mercado de la música se había convertido en una poderosa industria, a la vez que en un espacio de socialización, especialmente para los/as jóvenes. Además, varias radioemisoras tenían estudios que eran ocupados por solistas y grupos musicales para promocionar sus creaciones.⁶¹

La moda que llegó al país, con Elvis Presley y Brenda Lee a la cabeza, fue seguida de cerca por los/as jóvenes. Prontamente, a comienzos de los sesenta, surgió una respuesta que tendió a la imitación de esta corriente, denominada la Nueva Ola; con exponentes como Buddy Richard, Luis Dimas, José Alfredo Fuentes, The Ramblers, Cecilia, entre otros/as, quienes se transformaron en ídolos juveniles y aparecían frecuentemente en revistas que se dirigían a este grupo etario, como por ejemplo *Ritmo de la Juventud*, que estuvo en circulación entre 1965 y 1975. Un poco más tarde es la beatlemania y otros grupos ingleses (como The Who o The Rolling Stones) lo que entra con fuerza en el país, surgiendo también grupos que se influenciaban por sus ritmos y letras (The Sonnys, The Beat 4, The Beat Combo, entre otros).⁶² De esta forma, la presencia de los ídolos extranjeros y criollos en los medios de comunicación fue desarrollando una situación similar a la experimentada en otros países del primer mundo desde los años 50: “una proliferación de

⁵⁹ ROJAS y ROJAS, *op. cit.*, p. 383.

⁶⁰ COLLIER y SATER, *op. cit.*, pp. 256-257.

⁶¹ ROJAS y ROJAS, *op. cit.*, p. 384.

⁶² *Ibidem*; SALAZAR y PINTO, 2002b, *op. cit.*, pp. 151-152.

*seguidores de clases medias (muchos de ellos agrupados en Clubs de Fans o gruppies), que hacen germinar verdaderas culturas juveniles en torno a la estética, la moda, la música y la filmografía”.*⁶³



ILUSTRACIONES 2.1.-6 y 7. Izquierda: la beatlemania se toma el país. Fuente: Redacción: “Los Beatles le dan color a una nueva película” [en línea], en *Ritmo*, año I núm. 1, septiembre 1965. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=759>» [Consultada 23 junio 2013], p. 20. Derecha: Un ídolo juvenil criollo, José Alfredo Fuentes. FIORI, Alex: “Un día con el Pollo Fuentes” [en línea], en *Ritmo de la Juventud*, año I núm. 53, septiembre 1966. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=760>» [Consultada 23 junio 2013], p. 20.

Estos medios (junto a la televisión, que poco a poco fue ganando espacio en la sociedad), fueron aprovechados por la juventud y complementaban perfectamente el desarrollo de sus ritmos y dinámicas, así como la definición de sus espacios de interacción. Las primeras manifestaciones de culturas juveniles se llevaban a cabo por las tardes y los fines de semana, y el espacio de encuentro eran las plazas del vecindario, en las cuales muchachos y muchachas compartían, planificaban sus actividades (“malones”⁶⁴, paseos a la playa, a las boites⁶⁵ y, especialmente, a las primeras funciones de cine, que se daban por la tarde). Estas dinámicas abrieron las puertas a las jóvenes, quienes hasta el momento habían estado bajo una vigilancia moral y sexual mucho más estrecha, con espacios mucho más restringidos de interacción, y también a jóvenes de provincias (aunque los de sectores populares solo lo aprovecharon en menor medida). Estos espacios propios les permitieron poder

⁶³ GONZÁLEZ, *op. cit.*, p. 155.

⁶⁴ Un malón era una fiesta en la casa de algún/a amigo/a o sede social en la cual todos los participantes aportaban algo para comer, beber, música, etc. En España sería similar al término guateque.

⁶⁵ Lugares públicos para compartir y bailar, que progresivamente fueron siendo copados por la juventud.

expresar su identidad juvenil y relacionarse con otros/as de su misma generación.⁶⁶ Marcela recuerda esa etapa como de diversión hasta que conoció al que sería su esposo:

[Marcela] “Ah, amigas tuve de joven..., sí, del colegio principalmente, lo pasábamos bien, leíamos revistas, escuchábamos música, nos hacíamos peinados como los que veíamos en las fotos, bailábamos entre nosotras practicando pa' los bailes (ríe)..., fuimos a varios malones..., en el de la (nombre de amiga) fue donde conocí al (nombre de esposo)... bueno, y hasta ahí no más me llegó el bailoteo...”.

Sin embargo, que la vigilancia moral y sexual fuera algo más relajada no significaba que hubiera desaparecido, especialmente respecto a las jóvenes. Mientras los chicos disfrutaban de una mayor independencia, algunas muchachas debían recurrir a artimañas para evitar el control parental y vivir, al menos en parte, lo que sus contrapartidas masculinas hacían. Lourdes, a pesar de su corta edad, encontraba la forma de escapar a este control:

[Lourdes] “Y bueno, mi infancia hasta los once años bien, de los once pa'rriba no porque mi mamá no me dejaba salir, no me dejaba tener amigas. Yo tenía una sola amiga cuando tenía doce años, y si mi mamá me veía con ella... [me castigaba] (...) [Con mi amiga] íbamos y echábamos una moneda al wurlitzer y bailábamos con la Brenda Lee rock and roll, la pasábamos bien...”.



⁶⁶ GONZÁLEZ, Yanko: “Primeras culturas juveniles en Chile: Pánico, malones, pololeo y matiné” [en línea], en *Atenea*, núm. 503, 2011. Disponible en «http://www.scielo.cl/pdf/atenea/n503/art_02.pdf» [Consultada 27 febrero 2013], p. 28, 30.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

ILUSTRACIÓN 2.1.-8. Jóvenes de un sector de Santiago participan en un malón. Año 1962. Fuente: Dirección de Archivos y Museos [en línea], programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=2782&formato=JPG>» [Consultada 26 junio 2013].

Este “desenfreno juvenil”, esa falta de autoridad de las personas mayores para controlar efectivamente a los chicos y, especialmente, a las chicas, no era bien visto en ciertos sectores de la sociedad. La Iglesia Católica, por ejemplo, advertía a la comunidad sobre los supuestos peligros que acarreaban estas conductas juveniles, no solo para quienes las siguieran, sino que a la población en general:

“Pide la dignidad de toda persona cristiana que se abstenga de tomar parte en bailes indecorosos y de vestir en las fiestas sociales en forma que pueda excitar en otros las pasiones, exponiéndolos a pecados en que sería difícil eludir la propia responsabilidad. (...). Muy grave responsabilidad tienen ante Dios los padres y madres de familia que permiten a sus hijos asistir a biógrafos y espectáculos indecentes: que conceden a sus hijas libertades desmedidas para salir solas del hogar o acompañadas por hombres; que las dejan asistir a teatros, fiestas y bailes sin la vigilancia de personas que constituyan una verdadera garantía o que compren y admiten en sus casas libros, o revistas inmorales”.⁶⁷

Sin embargo, los propios espacios religiosos servían para el encuentro entre jóvenes de distinto sexo. Las parroquias y otros lugares regidos por religiosos/as (colegios, movimientos, etc.) tenían la ventaja de mostrarse a las familias y a la sociedad en general como escenarios seguros para la convivencia juvenil, con actividades acordes al pensamiento moral de los progenitores y una adecuada vigilancia. Tanto para las jóvenes que compartían las creencias religiosas como para aquellas que simplemente veían en estos espacios la única alternativa para disfrutar de la presencia de sus congéneres masculinos, esta era una oportunidad que no dejaban de aprovechar. En este caso,

⁶⁷ Obispos de la Conferencia Episcopal de Chile: *Declaración del Episcopado sobre las buenas costumbres* [en línea], Santiago de Chile, Conferencia Episcopal de Chile, 1952. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=842» [Consultado 24 noviembre 2013], p. 2.

Regina no desaprovechó las oportunidades que le daba el participar en una iglesia:

[Regina] “Para ser voluntarias en la iglesia nos pedían hacer la catequesis, así que todas las semanas iba para allá, mi mamá feliz, porque me decía que ese era un lugar seguro y santo, un lugar adecuado para una jovencita. Yo lo pasaba bien, porque además de aprender conocía a amigas, e incluso en alguna ocasión nos juntaban con los muchachos... bueno, además de las misas, donde iban todos,... pero ahí no se conversaba”.

Las directrices religiosas, por otra parte, se unían a las tradicionales restricciones patriarcales para que las experiencias de las muchachas fueran diferentes a las de los varones. La vida juvenil de las jóvenes era más restringida en comparación a la de los muchachos, pues sobre ellas había una mayor dependencia, vigilancia y control por parte de los padres y madres, y se establecían mayores limitaciones a los ritmos, espacios y dinámicas juveniles.⁶⁸ Antes veíamos que Lourdes buscaba la forma de escapar el control materno, lo cual le parecía lógico frente a las opciones para disfrutar que sí tenían sus hermanos:

[Lourdes] “[Mi vida de joven era] ¡Penca!⁶⁹, penca porque mi hermano, uno me lleva por ocho años y el otro por seis... Entonces, yo en todas partes estorbaba... porque ellos tenían sus amistades... y yo todo el tiempo la andaba puro embarrando⁷⁰ no más. Que los chiquillos iban a salir a alguna parte y yo quería que me llevaran y no podían llevarme porque era chica y era mujer... y porque igual estamos en un país machista... Y mi mamá también, ella decía «ellos van a salir, son hombres, son grandes y tú te tienes que quedar aquí, que no sé qué...»”.

Pero no solo los padres y madres tenían derecho a decidir la vida de las jóvenes, en los casos

⁶⁸ GONZÁLEZ, 2011, *op. cit.*, p. 34

⁶⁹ “Penca” es una expresión que se asocia a algo negativo o aburrido, según el contexto.

⁷⁰ “Puro embarrando” es una expresión que similar a “la liaba” en España.

en que no lo hicieran por algún motivo, generalmente eran los hermanos (hombres) los que se convertían en la autoridad patriarcal y se encargaban de la tarea de velar por la “dignidad” de una hermana, y eso podía incluir el uso de la violencia. Así lo vivió Jessica:

[Jessica] “Entonces llegué a mi casa de nuevo y empezaron los problemas, cuando trabajaba en la peluquería, problemas con mis hermanos... que si me veían con tal hombre, que si yo conversaba, eran muy celosos, que si cerraba temprano que era una suelta que me quería ir por ahí, que si llegaba tarde porque estaba trabajando, que me andaba juntando con hombres por ahí, no se podían imaginar que una estuviera trabajando hasta esa hora, y vengan los problemas...”.

Así, vemos que el ser mujer condicionaba la experiencia juvenil, pero a ello se le podía sumar el pertenecer a la clase media o baja, o encontrarse alejadas de los principales lugares donde se concentraban los bienes y servicios culturales (altamente segmentados), provocando que esta etapa pudiera aparecer como un privilegio o como una breve fase, asociada a la época de los estudios formales. Esto último también se aplicaba a los hombres jóvenes de estos sectores.⁷¹ A continuación, en un artículo aparecido en una famosa revista para mujeres de esos años, se aprecia cuán diferente podía ser la vida de quienes tenían recursos económicos y pertenecían a familias tradicionales de Chile:

“La semana se nos va en el monótono repetirse de los pequeños hechos. Golf, Crillón⁷², almuerzo familiar con los mismos temas, tarde lánguida de té en el centro o en casa de una amiga, cuando no en propia casa, cine, Crillón de nuevo, comida donde sea y sueño; punto final de estos días vacíos. Lo imprevisto son fiestas..., con las cuales contamos con una quincena antes. Idas por las tiendas de modas, mirando, eligiendo, discutiendo (...). Y así llegamos al domingo, después de la semana, sin

⁷¹ GONZÁLEZ, 2011, *op. cit.*, p. 34.

⁷² El Hotel Crillón fue un lugar tradicional de encuentro en Santiago durante la primera mitad del siglo XX, pues además de las habitaciones, contaba con restaurantes y salón de té, en los cuales se reunía lo más selecto de la ciudad.

nada adentro, y la cosa se pone aguda de vaciedad. ¿Qué se hace un domingo en Santiago? ¿Estrenar un traje e irse a pasear por la Alameda después de la misa en San Francisco, lo mismo que una niñita provinciana? (...) ¿El cine? ¿El club? Pero, señor..., si eso es lo que hacemos día a día. ¿No habrá algo que diferencie el domingo del resto de la semana?”⁷³

Con todas las comodidades y necesidades cubiertas, la vida de una parte de la población era mostrada como aburrida y monótona, pero el artículo dejaba en claro las diferencias con las jóvenes pertenecientes a otras clases sociales, especialmente con aquellas que habían migrado a la ciudad desde zonas rurales. Sin embargo, quienes disponían de una mesada⁷⁴ podían comprar los productos que se fueron transformando en emblemas de la cultura juvenil (los vaqueros, las motocicletas, las chaquetas de cuero, discos y toca discos, entre otros⁷⁵), así como realizar viajes en grupos a la playa, asistir a conciertos, boites o cines con asiduidad. En cambio, aquellos/as jóvenes que no contaban con los recursos para ir adquiriendo estos y otros productos debían recurrir a su propio esfuerzo y trabajo. Era el caso de Orieta, que buscó la forma de conseguir lo que deseaba, pero que recibió a cambio la censura materna:

[Orieta] “(...), yo me peleé con mi mamá porque yo me gasté... la ropa en una, en esa, en esa, eh, una ropa bonita, decente, porque iba a ir a presentarme a una parte [para trabajar] y con esa misma iba a bailar, entonces en ese tiempo se usaban los pantalones pata de elefante y cosas así, entonces mi mamá me trató de lo peor, que era una prostituta, en otro nombre, (...)”.

Pero algo en común que compartieron los y las jóvenes de distintos orígenes, clases sociales o sexos, fue el encontrarse con una sociedad que les miraba con desconfianza y desconcierto. No

⁷³ (Sin apellido), Bárbara: “Mi página” [en línea], en revista *Margarita*, núm. 792, junio de 1949. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=744>» [Consultada 27 enero 2013], p. 18.

⁷⁴ Dinero entregado por los padres semanal o mensualmente a hijos/as, especialmente en clase media y alta.

⁷⁵ GONZÁLEZ, 2011, *op. cit.*, pp. 24-25.

importaba si fueran jóvenes “coléricos”⁷⁶, “calcetineras”, hippies, seguidores de la “Nueva Ola”⁷⁷ o de la “Nueva Canción Chilena”⁷⁸, muchos debieron enfrentar la incompreensión de sus más cercanos y de parte de la sociedad, la cual veía a través de los medios de comunicación los supuestos peligros o desmanes que provocaban, y el quiebre con las normas tradicionales que existían.

Estas diferentes culturas y expresiones juveniles, sin embargo, no impactaban de la misma manera a toda la población; había quienes miraban de lejos estos fenómenos y no se involucraban en ellos. Esto puede haber estado motivado por factores como la personalidad, las experiencias de vida previas o las condiciones de vida que tenían, lo que fue modelando gustos y conductas acordes a ellos. A Inés, por ejemplo, no le gustaba salir, pero se veía presionada a ello:

[Inés] “[No era buena para salir] No. Siempre en la casa, con mis hermanos, ayudándolos a ellos a salir adelante, pero... de que ande en fiestas o cosas así no, porque no me gustaba tampoco (....). [Cuando llegué a Santiago] Viví primero en la casa de mi cuñada, ya, después me aburrió porque ellos vivían en fiestas. ¡Siempre en fiestas! Todos los sábados, si no había que salir con ellos a otras, salían a hacer visitas. No me dejaban en la casa, porque yo por mí que ellos hubieran salido y yo me quedaba en la casa, pero «no, que ponte este vestido, yo te presto zapatos», y salíamos. A veces yo creo que hasta hacía el loco con lo que me prestaba, pero tenía que ir, o sea, me sentía como obligada”.

De este modo, las excepciones buscaban formas alternativas para establecer relaciones sociales o para abstraerse de participar de ellas, aunque la presión de familiares y/o grupos de pares intentaran lo contrario.

⁷⁶ “Coléricos” es como se nombró en Chile, hacia mediados de la década de 1950, a jóvenes “rebeldes” que buscaban asemejarse a la estética y comportamientos de modelos como James Dean en *Rebelde sin causa* (1955).

⁷⁷ Movimiento musical de la década de 1960, imitativo del rock and roll internacional.

⁷⁸ Movimiento musical iniciado en la década de 1960, que se mostraba a contracorriente del rock and roll, con raíces populares y folclóricas, y que tuvo su mayor relevancia durante el gobierno de Allende.

Juventud rockera, hippie, alternativa, romántica, cristiana, rica, de clase media o baja, etc.; la diversidad juvenil que se empezó a mostrar con fuerza a partir de los años 50 del siglo pasado influyó en las formas de relacionarse de chicas y chicos, que veían en sus ídolos del cine, la música y la televisión modelos a seguir e imitar. Los espacios para la convivencia entre jóvenes de distinto sexo se multiplicaron y las dinámicas para compartir también, pero los roles de género siguieron marcando las pautas de comportamiento y las normas morales continuaron siendo más estrictas con las muchachas.

Las formas de relacionarse, además, se veían influenciadas por otros factores como la personalidad, las habilidades sociales desarrolladas, los gustos, los modelos cercanos (familiares, de grupos de pares, etc.), la propia historia de vida que tenían al momento de llegar a la juventud, las experiencias de ruralidad o la pertenencia a pueblos originarios, entre otras, conjugándose para generar un amplio espectro de posibles interacciones entre ellas. ¿Pero qué ocurría cuando algunas amistades se transformaban en novios? ¿Cómo se enfrentaba la vida sexual en esas relaciones? Es lo que veremos a continuación.

2.1.3. “Se embarazó sola”. Sexo, sexualidad y maternidades

[Amelia] “(...), como huasita⁷⁹, me engañaron, me mintieron, ehh quedé embarazada, me tuve que quedar sola con mi hija que tenía como seis meses, trabajé como hasta los... bueno, estuve como cinco o seis años sola”.

Como veíamos en el apartado anterior, a partir de 1950 se fue instalando en el país una cultura juvenil, con sus propias dinámicas, ritos, modas, etc., pero también vimos que esto no fue la norma para toda la juventud, pues muchos/as quedaron fuera de estas experiencias por factores como la temprana deserción escolar, el inicio de una vida laboral o de cuidado, el lugar donde se residía, etc. En el caso de las jóvenes, a estas condiciones debemos sumar una que solía significar un paso inmediato a la vida adulta: la maternidad; la cual en ocasiones significaba enfrentarse con la carga social de ser una madre soltera, en otras era el motivo para un matrimonio obligado o la necesidad de tomar la decisión sobre un aborto, entre otras opciones.

Para una mujer el ser madre se consideraba uno de los hechos más importantes de su vida, sobre el cual giraban sus esfuerzos, penas y alegrías, pero este paso estaba socialmente asociado al matrimonio. En este sentido, los medios no dudaban en presentar modelos de madres perfectas, y qué mejor si era una Primera Dama la escogida para representar a todas las madres bien casadas y preocupadas del prójimo en una nota de 1952:

“Evidentemente es un orgullo para Chile el hecho de que nuestra Primera Dama, señora Rosa Marckmann de González Videla, haya sido designada 'La Madre N.º del Mundo' por el Comité Internacional de Madres Americanas de los Estados Unidos. Integran esa institución millones de mujeres del gran país del norte y postularon al

⁷⁹ “Huasita” es el diminutivo de “Huasa”, el que se utiliza para referirse a las mujeres provenientes de zonas rurales, usualmente con connotación negativa por la inocencia, escasos conocimientos, etc. (también el masculino Huaso es usado de forma similar).

honroso título 46 damas de todos los países del globo. Dicho premio le fue otorgado «por sus virtudes maternas sobresalientes y su entera dedicación a obras de bienestar social, protección a la infancia y habitaciones baratas». Entrevistada por nuestra revista, la señora Mitty nos respondió: –Créanme que si viajaré el 5 de mayo a Nueva York para recibir este galardón, lo haré, única y exclusivamente pensando en cuánto significa de honorífico para las mujeres chilenas, que, en todo momento, han dado pruebas de abnegación y desinterés”.⁸⁰

Sin embargo, a pesar de ello, no fueron pocas las mujeres, muchas de ellas adolescentes y jóvenes, que tuvieron hijos/as ilegítimos/as, marcados/as por la sociedad, como se constataba en los sellos de las partidas de nacimiento hasta 1998 o recurrieron a diferentes métodos para evitar los nacimientos no deseados, situaciones fuertemente condicionadas a la clase económica.⁸¹

El Censo de 1960 nos muestra, por ejemplo, datos respecto de las mujeres con hijos nacidos vivos. Según la información que entrega, de un total de 2.552.524 mujeres mayores de 12 años, 1.323.344 tenían hijos, y de estas 109.875 eran solteras, correspondiendo al 8,3 por ciento de las mujeres con hijos. Además, entre las adolescentes de 12 a 14 años (245.615), 684 habían tenido entre 1 y 5 hijos, de las cuales 540 estaban solteras, correspondiendo al 78,9%; y entre las jóvenes de 15 a 19 años (370.253), 32.076 habían tenido entre 1 y 8 hijos, de las cuales 10.193 no estaban casadas ni convivían (31,8%). Esto nos refleja que a mayor edad era menor el porcentaje de mujeres con hijos que estaban solteras. Cabe hacer notar que, puesto que el Censo es una fotografía del momento, es posible que algunas mujeres que comenzaron a ser madres muy tempranamente se hayan casado después, por lo que aparezcan como casadas o convivientes cuando en un inicio

⁸⁰ Redacción: “Una estadista: Doña Rosa Markmann de González Videla, Madre N°1 del mundo”, en revista *Margarita*, núm. 939, abril de 1952. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=747>» [Consultada 26 enero 2013], p. 11.

⁸¹ Hasta 1998 la legislación chilena contemplaba una diferencia entre hijos nacidos dentro del matrimonio (legítimos) e hijos nacidos fuera del matrimonio (ilegítimos).

podrían haber sido madres solteras. Respecto de las diferencias entre el campo y la ciudad, en la población urbana, de 1.055.332 mujeres mayores de 12 años que tenían hijos, 416 correspondían a adolescentes entre 12 y 14 años (0,04%) y 20.539 a jóvenes entre 15 y 19 años (1,9%); en la población rural, de 568.033 mujeres mayores de 12 años con hijos, 268 tenían entre 12 y 14 años (0,04%) y 11.537 se encontraban entre los 15 y los 19 años (2,3%)⁸², por lo que no se apreciaba una gran diferencia respecto de la proporción de adolescentes y jóvenes solteras con hijos/as entre el campo y la ciudad. De esta forma apreciamos que a pesar de los convencionalismos de la época y de las restricciones a las relaciones sociales que se imponían sobre las jóvenes, un porcentaje de ellas mantuvo relaciones sexuales y quedó embarazada.

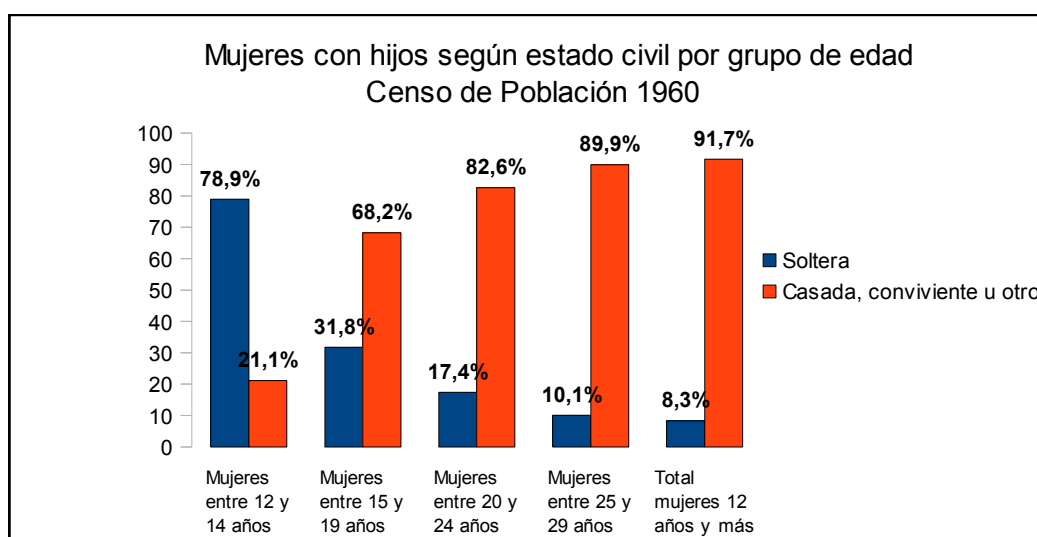


GRÁFICO 2.1.-2. Mujeres con hijos según estado civil por grupo de edad. Elaboración propia en base a información aparecida en Dirección de Estadística y Censos, 1960, *op. cit.*, pp. 187 y sgtes.

Respecto del total de niños/as nacidos de madres adolescentes, en 1960 se produjeron 27.000 nacimientos, los cuales aumentaron a casi 30.000 en 1987, a diferencia de la tasa de fecundidad, que disminuyó de 5,1 en el quinquenio 1960-1965 a 2,9 en 1985-1990.⁸³ A comienzos de los años 80, diversos encargados de salud se refirieron a este tema, mostrando que muchas

⁸² Dirección de Estadística y Censos: *Censo Población 1960. Resumen país* [en línea], Santiago de Chile, Dirección de Estadística y Censos, s/a. Disponible en «http://www.ine.cl/canales/usuarios/cedoc_online/censos/pdf/1960_corregido.pdf» [Consultada 11 febrero 2013], pp. 187 y sgtes.

⁸³ FROHMANN, Alicia y VALDÉS, Teresa: *Serie Estudios Sociales, núm. 55: Democracy in the country and in the home. The women's movement in Chile*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, 1993, p. 6.

jóvenes llegaban a ser madres antes de cumplir 15 años, abandonando la escuela y enfrentando mayores dificultades para vivir, tanto ellas como sus hijos. Además, el embarazo adolescente se producía de manera más frecuente en la clase baja de la sociedad, limitando las opciones de las jóvenes (y en algunos casos de los jóvenes) para salir de la pobreza.

Es posible reconocer la moral patriarcal y religiosa aplicada sobre este tema en la década de 1980 en Chile, pues Jadwiga Pieper recoge en su libro las declaraciones de ciertos médicos⁸⁴ que consideraban que las nuevas maneras de entender la moral femenina habían cambiado para peor, con chicas que no otorgaban el mismo valor a mantener la virginidad hasta el matrimonio como se hacía anteriormente. Sin embargo, también expone que otros profesionales sanitarios⁸⁵ eran capaces de establecer una relación respecto del doble estándar que existía en el país respecto del sexo, pues lamentaban que se promoviera en la sociedad que los hombres fueran los que debían tener conquistas sexuales, pero al mismo tiempo se les absolvía de posibles responsabilidades surgidas de ello. De esta forma, eran las mujeres en quienes la sociedad depositaba la responsabilidad por un embarazo no deseado.⁸⁶

En todo caso, el aumento de hijos/as nacidos/as fuera del matrimonio no solo ocurría en las adolescentes y jóvenes, sino que en todos los tramos de edad y su proporción fue aumentando conforme el paso de las décadas, lo que además se conjugaba con una disminución de la tasa de natalidad mencionada anteriormente.⁸⁷ Hacia 1960 la tasa de hijos/as nacidos/as fuera del matrimonio era de 15,9%; en 1970 de 18,6% y en 1980 de 27,6%. En el año 2000 esta cifra había

⁸⁴ Como, por ejemplo, Benjamín Viel, con el artículo “La planificación familiar en Chile y su efecto sobre los índices de salud”, aparecido en el *Boletín APROFA* núm. 24 del año 1988.

⁸⁵ Como, por ejemplo, Arnaldo Gomensoro, en su libro del año 1984, *Embarazo de adolescentes*.

⁸⁶ PIEPER, Jadwiga: *The politic of motherhood: maternity and women's rights in twentieth-century Chile*, Pittsburg, University of Pittsburg Press, 2009, p. 149; Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía: *Estimaciones y proyecciones de población a largo plazo 1950-2100* [en línea], Santiago de Chile, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía, disponible en «http://www.eclac.cl/celade/proyecciones/basedatos_BD.htm» [Consultado 11 febrero 2013].

⁸⁷ Entregamos datos de décadas posteriores para mostrar el cambio en las mentalidades pues, aunque el inicio de la edad fértil de las entrevistadas de mayor edad se inició en la década de 1950, esta etapa se alarga por al menos 30 años.

aumentado a un 48,9%. Si bien la mayor proporción se mantuvo en la clase baja, es destacable que el aumento más rápido fue en la clase media y, a partir de 1980, en la clase alta.⁸⁸

Estos temas no sólo despertaron el interés de los médicos, sino que también de los medios de comunicación. En este caso, una de las revistas femeninas nos da cuenta en 1970 de un estudio sobre la edad del inicio sexual en las chilenas:

“Dos médicos chilenos, Rolando Armijo y Tegualda Monreal, ambos dedicados al estudio de la salud pública a nivel nacional, realizaron en 1964 un minucioso estudio relacionado con el aborto e iniciación de relaciones sexuales en la mujer. Y a través de él llegaron a sorprendentes resultados. Entrevistaron a 1.890 mujeres de Santiago, distribuidas en las diferentes capas socioeconómicas y llegaron a las siguientes conclusiones: «El 85% de las mujeres declararon haber tenido experiencia sexual. De aquellas sexualmente activas, el 51% habían tenido su relación antes de los 20 años. El análisis retrospectivo revela una tendencia por la cual la iniciación sexual se ha desplazado hacia edades más jóvenes»”.⁸⁹

Por otra parte, respecto de las cifras anteriormente mencionadas, debemos considerar además que estas solo dan cuenta de los hijos nacidos vivos y reconocidos al menos por la madre, por lo cual no podemos tener conocimiento de la cantidad de embarazos que no llegaron a término (ya fuera de forma natural o no), así como de los/as hijos/as que se hicieron pasar por otros familiares (hermanos/as, primos/as etc.) o que fueron “regalados”, (dar en adopción de forma legal o ilegal), lo cual era bastante común que ocurriera en las familias para evitar escándalos. Jazmín, por ejemplo, recibió la hija de una joven soltera y la adoptó:

[Jazmín] “La mamá de esta niña se embarazó sola, no tenía marido, y entonces me la mandaron a Santiago, la mamá la andaba trayendo escondida en el embarazo porque

⁸⁸ ROJAS y ROJAS, *op. cit.*, p. 421.

⁸⁹ Redacción: “¿Un 'sí' sólo para casados?”, en revista *Eva*, julio de 1970, p. 29.

no quería que la gente supiera, entonces hablaron conmigo y como yo no podía tener hijos me la dieron. La mamá tenía diecinueve años, pobrecita, no se podía en esa época, menos allá en el sur, que ella era de la misma ciudad que yo, era conocida mía, un poco más joven que yo, y yo la recibí y la cuidé mucho, pero ahora he pasado muchos problemas con ella, tiene algo en la cabeza. Es que yo creo que la vida que tuvo, me refiero, la mamá, que no se cuidó en el embarazo, yo creo que no se cuidó bien, entonces la niña ahora está así, con tantos problemas”.

Este tipo de actitudes (de rechazo a las madres solteras, de esconder, obligar al matrimonio o “regalar” hijos/as, entre otras) que se manifestaban en familias de todo el país estaban fuertemente influenciadas por las enseñanzas religiosas. La Iglesia Católica de mediados del siglo XX, por ejemplo, no cejaba en la promoción de una moral sexual restringida al matrimonio, intentando modelar la conducta de los/as chilenos/as al respecto:

“Como defensa de la pureza, Dios puso en el corazón el digno sentimiento del pudor, que huye de todo lo vergonzoso e inspira el recato y la modestia en el trato con los demás. Todo lo que tiende a destruir el pudor es contrario a la moralidad”.⁹⁰

Estas orientaciones, transmitidas usualmente por los sacerdotes en sus homilías, llegaban a la feligresía más creyente y practicante, y para las mujeres se transformaban principalmente en la obligación de mantener la virginidad hasta el matrimonio. Para lograr esto eran ayudadas por sus familiares, quienes velaban por el buen nombre de la chica y la propia familia. Regina intentaba guiar sus actos por estos preceptos:

[Regina] “No, yo creía... y creo en Dios, Jesucristo, la Virgen y todos los santos, así que si el cura decía que había que esperar hasta casarse, así había que hacerlo... Me siento orgullosa de ello, si nosotros pololeamos como dos años... y no le voy a mentir y decir

⁹⁰ Obispos de la Conferencia Episcopal de Chile, 1952, *op. cit.*, p. 1.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

que fue fácil, pero mi mamá era muy precavida y siempre me vigilaban mis hermanos, incluso una vez uno se enojó mucho porque estaba conversando hasta tarde en la esquina con el (nombre esposo) y me dio una cacheta', que me dolió más el alma que otra cosa... pero además de eso igual yo estaba dispuesta a esperar, no quería ninguna habladuría por casarme de blanco, como Dios manda”.

Si esta conducta no era la seguida y, además, tenía como consecuencia un embarazo, la única alternativa que podían tomar para remediar la situación era casándose. Así, el matrimonio religioso era la única salida para retomar la vida social y convertirse nuevamente en una mujer “decente”. Si esto no era lo deseado o si no se estaba segura de ello, no importaba, la familia imponía su criterio tanto a la joven como al padre de la criatura. Inés y Lourdes vivieron esta situación:

[Inés] “Pero ya después cuando..., yo quedé embarazada porque... o sea, me casé después... quedé embarazada y luego me casé. Fue a los seis meses así de que lo conocí. (...) A lo mejor no se casó enamorado tampoco, porque mi suegra le dijo que se tenía que casar, entonces como ya él, el hecho de embarazarme, su familia lo presionó y no era a lo mejor... no era lo que él quería, o sea, la mujer que él quería para él...”.

[Lourdes] “Eso, viví allá hasta los diez y seis años. A los quince años me embaracé y tuve mi hijo a los dieciséis, soltera (...) de ahí nació mi hijo, a los dieciséis años me vine a (----) con mi mamá... me obligaron a casarme... en agosto del '65... en noviembre mi mamá me obligó a casarme, yo no me quería casar”.

Pero no solo el temor de Dios era lo que motivaba estos actos, pues el evitar los comentarios del resto de la familia, de los vecinos y de los conocidos, podía ser un motivo tan poderoso como las creencias religiosas. Si el matrimonio no se llegaba a realizar a tiempo (antes de

que se notara el embarazo), se buscaban otras opciones, como enviar a la joven lejos del lugar de residencia o recurrir a soluciones más prácticas:

[Lourdes] “¡No! Olvídate, si mi mamá lo trató de ocultar. Mi mamá lo primero que me compró fue un poncho, bien grande, para que no se me notara [el embarazo]”.

Pero, como veíamos, a medida que avanzaban los años las conductas sexuales se transformaban, y las protestas de la Iglesia Católica se volvían más regulares ante hechos que consideraban un problema grave en el país: divorcios, relaciones pre y extramatrimoniales, métodos contraceptivos y aprobación de conductas homosexuales, entre otros. A finales de la década de 1970, la actitud censuradora ante la forma en que estos temas eran abordados se dirigía tanto a las familias, los grupos sociales o los medios de comunicación, entre otros:

“Se dan también con frecuencia las madres solteras y los hijos ilegítimos, y el hecho tiende a ser aceptado como normal. (...) Muchos ignoran la sana doctrina sobre el sexo, el amor, el matrimonio y la familia. Se basan en lo que oyen: radio, tele, conversaciones; en lo que ven en torno a sí; a veces en lo que leen en revistas o libros de baja calidad. Predomina la superficialidad, la indiferencia, a veces la malicia, al tratar estos temas”.⁹¹

En lo referido a los medios de comunicación, estas acusaciones no lograron revertir la tendencia de emitir o editar, cada vez con mayor frecuencia, historias, imágenes y sucesos relacionados con el sexo o la sexualidad. Telenovelas como *Simplemente María*, emitida en Chile en 1971 y con un argumento en torno a una empleada doméstica que queda embarazada estando soltera;⁹² portadas de revistas con desnudos femeninos (ver imagen 2.2.2.-1); o reportajes aparecidos

⁹¹ Obispos de la Conferencia Episcopal de Chile: *La conducta humana. Orientaciones para 1978, 1979 y 1980* [en línea], Santiago de Chile, Conferencia Episcopal Chilena, 1978. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=208» [Consultada 21 marzo 2013], pp. 5-6.

⁹² ROJAS y ROJAS, *op. cit.*, pp. 387-388.

en revistas juveniles y femeninas como “Madres adolescentes. Pañales en el bolsón”⁹³ o “Sexo sentido. Sexo o sexualidad, la gran confusión”⁹⁴, son algunos ejemplos de ello.

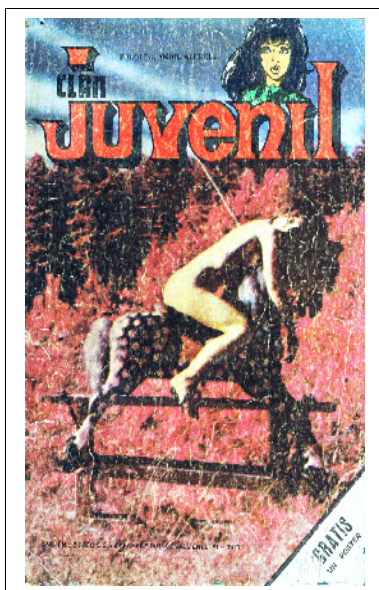


ILUSTRACIÓN 2.1.-9. Portada de la revista para jóvenes *Clan Juvenil*, del año 1971, con una fotografía de una mujer desnuda, mientras que su subtítulo dice “Pololeo, amor, alegría”. Fuente: Redacción: “Portada” [en línea], en *Clan Juvenil*, año 1, núm. 2, noviembre 1971. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/edicion.php?cid=795>» [Consultada 08 agosto 2012], portada.

Sin embargo, esta apertura en los medios no fue acompañada de una educación sexual ni al interior de las familias ni en la mayoría de las escuelas. Ya desde los años 30 del siglo XX se venía discutiendo la posibilidad de dar educación sexual a profesionales de la medicina, y a padres y madres, pero estos debates se mostraron improductivos y confirmaron a la maternidad como un aspecto central en la vida de las mujeres, lo cual continuaría durante las décadas posteriores.⁹⁵ En 1965, un artículo aparecido en la revista *Punto Final* (asociada a la extrema izquierda) se hablaba de la sexualidad humana como “el gran tabú” que enfrentaban las (y los) jóvenes en el proceso de convertirse en adultos. Con un punto de vista patriarcal, el periodista pone en las madres la tarea de educar a sus hijas en sexualidad, maternidad y métodos de planificación familiar, lamentándose de que esta labor no se haya llevado a cabo en el pasado, ni se haga en el presente. El temor que él consideraba que tenían las madres era que si ellas hablaban con sus hijas de estos temas abierta y

⁹³ Redacción: “Madres adolescentes. Pañales en el bolsón”, en revista *Paula*, núm. 482, julio 1986, pp. 33-35.

⁹⁴ Redacción: “Sexo sentido. Sexo o sexualidad, la gran confusión” [en línea], en revista *Miss 17*, año 1, núm. 3, agosto 1989. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=1446>» [Consultado 20 mayo 2013], p. 24.

⁹⁵ PIEPER, *op. cit.*, pp. 27-28.

honestamente, las jóvenes podrían convertirse en promiscuas y libertinas. En el lado opuesto, muchas jóvenes no se atrevían a preguntar cosas relativas al sexo.⁹⁶ María, por ejemplo, no contaba con la información que necesitaba:

[María] “(...), yo me embaracé porque no sabía, es que una no sabía mucho de nada, pa' qué le voy a mentir, yo era bien ignorante en esas cosas. Pero claro, si el (nombre esposo) me pedía cada vez más, me prometía el cielo y la tierra, que nos casaríamos igual,... y caí pueh, ni huasa que hubiera sido, pero igual no más caí... pero al menos tengo a mis hijos...”.

Esta falta de educación sexual y reproductiva no se daban solo en aquellas jóvenes y mujeres que estaban solteras, también las casadas y convivientes se enfrentaban a una vida sexual con escasas nociones sobre cómo controlar el número de hijos y tampoco contaban con las herramientas necesarias para hacerlo. Por ejemplo, el año 1960, entre las mujeres mayores de 12 años, 87.945 tenían más de 10 hijos/as y 272.902 tenían entre 6 y 9 hijos/as, correspondiendo al 6,64% y 20,6% del total de mujeres con hijos, respectivamente.⁹⁷ A esto se debe agregar la alta tasa de mortalidad infantil de la época (120 por mil nacidos vivos en el año 1960⁹⁸), por lo que debemos considerar que el número de hijos/as por mujer podría haber sido mayor. Pero también se deben tener en cuenta otros factores para explicar esta situación, como la idea preponderante del rol materno de la mujer, la aceptación de los/as hijos/as como una bendición de Dios, la idea de algunos padres y madres de la necesidad de una familia numerosa para apoyar en labores del campo o para trabajar en la ciudad y/o la imposición de la voluntad del hombre respecto del número de hijos, entre otras. Inés y Nancy recuerdan los efectos de esta situación en sus vidas:

⁹⁶ *Ibidem*, pp. 91-92.

⁹⁷ Además, proporcionalmente, es mayor la cantidad de mujeres con más de 6 hijos en el campo que en la ciudad, correspondiendo al 24,9% y 18,8% respectivamente. Dirección de Estadística y Censos, *op. cit.*, pp. 187-192.

⁹⁸ ROMERO, María Inés; BEDREGAL, Paula y BASTÍAS, Gabriel: “Situación de la salud materno infantil en Chile” [en línea], en *Boletín de la Escuela de Medicina Pontificia Universidad Católica de Chile*, vol. 23 núm. 1, 1994, s/n. Disponible en «<http://escuela.med.puc.cl/publ/Boletin/SaludPublica/SituacionSalud.html>» [Consultada 07 junio 2013], s/n.

[Inés] “Bueno yo, ehh..., yo no alcancé a terminar mis estudios porque me dediqué a cuidar a mis hermanos, porque mi mamá en esos años la pastilla anticonceptiva no existía”.

[Nancy] “(...), yo me embaracé porque en esos tiempos no se sabía de na', era tan ignorante en todo, aparte que yo siempre fui una niña de casa, nunca fui salidera...”.

Respecto de la planificación familiar y el control de la natalidad, diferentes circunstancias políticas y sociales se dieron a lo largo del siglo pasado en Chile, especialmente a partir de la década del 40, que hicieron que diversos actores fueran configurando las acciones y el pensamiento asociado a esta materia, los cuales llegaron a ser, en ocasiones, contradictorios. En la época que siguió a la II Guerra Mundial, las opiniones de reputados médicos se alzaron para defender el control de la natalidad con la intención de disminuir los altos índices de mortalidad materna que asolaban al país. Por otra parte, los profesionales de la salud ligados al gobierno consideraban necesaria la planificación familiar en virtud de la crisis global que veían ante el aumento de la población. En ninguno de los dos casos se tomaron en cuenta, e incluso se rechazaron, los paradigmas de una maternidad voluntaria y de los derechos reproductivos de las mujeres.⁹⁹

Un poco más adelante, bajo el gobierno de Frei Montalva (1964-1970), la planificación familiar fue colocada en manos de las mujeres, como una responsabilidad más dentro de sus tareas maternas. Los argumentos para el control de la natalidad nuevamente se enarbolaron en favor de la protección de la vida de las mujeres, pero se esgrimieron nuevos argumentos que se relacionaban con el desarrollo y modernización de la nación. El apoyo e información sobre el control de la natalidad había estado presente desde la campaña Demócrata Cristiana, vista la importancia que suponía el voto femenino.¹⁰⁰

⁹⁹ PIEPER, *op. cit.*, pp. 45-46.

¹⁰⁰ *Ibidem*, pp. 73, 75.



ILUSTRACIÓN 2.1.-10. Mujeres saliendo del Hospital San José (zona norte de Santiago de Chile), 1964. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memoria Chilena. Imagen escaneada del original, disponible en «http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle2.asp?id=MC0023795» [Consultada 03 julio 2013].

Este pensamiento cambió radicalmente con la llegada Pinochet y su dictadura. Los médicos que la apoyaron tenían una doctrina natalista, por lo que se empeñaron en prevenir que las mujeres pudieran ejercer el control de la natalidad, pues interfería con la propia naturaleza. Además, quienes se posicionaban desde un punto de vista geopolítico, argumentaban que una gran población era fundamental para un país fuerte y desarrollado, permitiendo así una economía y un ejército en las condiciones necesarias. Estas ideas se vieron puestas en práctica a partir de 1973, con el traspaso del sistema público de salud al control de los ayuntamientos, y con regulaciones que priorizaron el trabajo de los centros de salud hacia el cuidado materno-infantil, dificultando el acceso a la planificación familiar.¹⁰¹

Sin embargo, muchas mujeres fueron aprovechando las instancias que se les ofrecieron para definir la cantidad de hijos/as que tenían. Motivos no faltaban para ello, pues la necesidad económica, la incorporación al mundo laboral o las imposiciones masculinas (especialmente en las relaciones en la que desde sus inicios se manifestó algún tipo de violencia de género) eran alicientes suficientes para hacerlo, tal como comentaron Raquel y Elena:

[Raquel] “[Tengo] tres hijos, dos niños y una niña, ya después fui al consultorio, no

¹⁰¹ *Ibidem*, pp. 143-143.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

fue fácil, yo no sabía qué decirle a la doctora, pero ella me ayudó y por eso no tuve más ¿se imagina? Si con tres la vida era difícil...”.

[Elena] “Yo ahí no tenía ayuda de nadie, si no tenía a nadie, más que mis hijos chicos y todos seguiditos, (...) No, no. No porque después ya me puse en tratamiento, después de mi hija más chica me lo hice, así que... me puse tratamiento porque mi marido tanto lo que hablaba que me quedaba preña' por na', entonces no po', no. Y es que me descuidé también porque de la (primera hija) al (primer hijo) hay una buena diferencia de edad, porque yo le daba de amamantar y no me embaracé po', entonces a la vez siguiente, del (segundo hijo) me confié y me di cuenta cuando tenía cuatro meses, amamantaba a los dos, yo le di pecho a mi hija hasta grande, a la mayor le di hasta como los seis años, entonces con la otra yo pensé que pasaba lo mismo... Cuando me vine a dar cuenta, no sentía ningún malestar, nada, pero me empecé a ver la guata y tenía como cuatro o cinco meses...”.

Debemos tener en cuenta, además, que las mujeres que hoy son mayores estaban en su juventud y madurez viviendo un cambio importante respecto de la generación anterior respecto de la experiencia de ser madres. No solo la aparición de métodos contraceptivos o la aceptación del saber médico jugaron un papel importante, sino que las modificaciones en la composición familiar (de extendida a nuclear), la soledad y lejanía de redes familiares y sociales debido a las migraciones a las grandes ciudades y, en el caso quienes vivían violencia en sus relaciones de pareja, el aislamiento que podían experimentar, entre otras situaciones, significó que saberes antes manejados y compartidos por muchas mujeres al interior de sus redes estaban quedando atrás, por lo que debían enfrentarse solas a la planificación familiar, la maternidad y la crianza.

Finalmente, un elemento importante en las experiencias relativas a la maternidad es el de la

atención médica y el enfoque que este ha tenido hacia las mujeres. Si bien este se ha centrado en considerar a las mujeres principalmente como madres, el factor de clase cobra vital importancia, pues ya a partir de los inicios de las acciones de salud destinadas a las madres y sus hijos/as, el ser pobre o de clase alta significaba una diferencia tanto en la atención como en la concepción que se tenía de ellas.

En los comienzos del siglo XX se vieron los primeros cambios respecto de la atención de las mujeres en el momento del parto. De ser un evento que ocurría en casa, acompañadas por otras mujeres (usualmente una de ellas una partera), se fue transformando en un hecho médico, llevado a cabo en hospitales o, si esto no era posible, en casas, pero acompañadas por matronas. Pero para mujeres pobres, la presencia de un médico en el parto era un hecho excepcional. En los años 20, además del interés médico en el tema, el Estado se hizo parte promulgando en 1924 la Ley de la Caja del Seguro Obrero Obligatorio, que contemplaba para las aseguradas la obligación de la atención profesional y un auxilio del 50% y 25% de su salario (durante dos semanas posterior al parto el primero y hasta los ocho meses si amamantaban en el segundo). Y para aquellas mujeres que no tenían seguro (indigentes y niños/as abandonados/as) se crearon durante los años treinta centros preventivos como “Madre y Niño”, y en el año 1940 se formó el Departamento Central de Madre y Niño.¹⁰²



¹⁰² ZÁRATE, María Soledad: “Parto, crianza y pobreza en Chile”, en R. Sagredo y C. Gazmuri (dirs.), *Historia de la vida privada en Chile. El Chile contemporáneo, de 1925 a nuestros días*, Santiago de Chile, Aguilar Chilena de Eds., 2005, pp. 15-19.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

ILUSTRACIÓN 2.1.-11. Enfermera sanitaria controla salud de una mujer embarazada en su hogar. Fuente: Redacción: “La enfermera sanitaria”, en *Eva*, núm. 174, diciembre 1948, p. 39.

En la época del desarrollismo, el controlar el embarazo, el parto y a los recién nacidos tenía un claro propósito: el garantizar al país el nacimiento de nuevos ciudadanos, que en el futuro se convirtieran en trabajadores sanos y que pudieran producir, de forma tal que se asegurara el desarrollo industrial que se estaba experimentando en el país, esto es, un plan con objetivos político-demográficos para el Chile moderno que se estaba creando.¹⁰³

Como ejemplo de ello tenemos el siguiente artículo aparecido en una revista para mujeres en el año 1950, escrito por una médica (firma Dra. G.V.). El tratamiento hacia las mujeres en el texto es por una parte condescendiente y por otra recriminador, respondiendo al valor que la sociedad patriarcal les asignaba, dejando en claro el interés de que ellas proveyeran a la sociedad de hombres de provecho, cumpliendo adecuadamente su rol, el cual no se consideraba como impuesto socialmente sino que nacía de la propia naturaleza de las mujeres:

“La mortalidad es más alta entre las madres y las criaturas que cuentan con mala habitación y alimentación escasa o inadecuada; pero no son estos factores los únicos responsables de ella. Existe otra causa tan poderosa, pero menos disculpable, que afecta a pobres y ricos y es la ignorancia de cómo se desarrolla la criatura y de cómo se la debe proteger a ella y a la madre antes del nacimiento y después de él; ignorancia del valor de la alimentación con pecho materno; ignorancia del cuidado que necesita durante el periodo de su adaptación a un mundo extraño y nuevo. Tanto es así, que los médicos calculan que dos tercios de la mortalidad de las madres y un tercio de la de los niños podrían ser evitados proporcionando a éstos el debido cuidado.

El Estado está interesado en que su hijo sea sano y que llegue a ser un hombre de

¹⁰³ *Ibidem.*

provecho, su médico la ayuda y la aconseja para obtener este resultado, la sociedad entera la protege y le facilita por medio de consultorios médicos, permisos legales a la mujer que trabaja, etc., los medios para que su preciosa tarea llegue a feliz término. Pero la responsabilidad suya es la mayor de todas y su delicado trabajo no lo puede hacer otro que usted, que es en sí misma el maravilloso laboratorio donde la naturaleza ejecuta su más perfecto experimento”.¹⁰⁴

De esta manera, los diferentes gobiernos continuaron ejecutando políticas y dictando leyes dirigidas al cuidado de las mujeres embarazadas y sus hijos/as, tales como un subsidio de pre y postnatal para las mujeres trabajadoras, la obligatoriedad de controles pre y postnatales, obligatoriedad del control del niño sano (asociado, por ejemplo, a la matrícula en instituciones de cuidado y educación), entre otras. En este proceso terminó de validarse la diada madre-hijo como el foco central de la atención, dejando la figura paterna completamente aparte, además de configurar el saber médico/profesional como el único responsable de otorgar las directrices y llevar a cabo los cuidados y tratamientos de madres e hijos/as. En el mensaje presidencial de Pinochet del año 1976, por ejemplo, se da cuenta de lo realizado en el bienio 1975-1976 por el gobierno dictatorial, y entre las acciones del Ministerio de Salud Pública se informa sobre el programa de Salud de la madre:

“Por otra parte, se está promoviendo la destinación del recurso médico para atender la morbilidad obstétrico-ginecológica, mediante la contratación y distribución de médicos y matronas en aquellas localidades que presentan mayor daño.

En este mismo campo el Ministerio está auspiciando la organización de hogares para embarazadas y puerperas en las localidades rurales de difícil acceso, en que, junto con recibir la atención adecuada, se proporcionan

¹⁰⁴ V., G. (Doctora): “Prepárele el camino a la criatura que nace a la vida” [en línea], en revista *Cenicienta*, núm. 1, enero 1950. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=701>» [Consultada 10 febrero 2012], p. 6.

contenidos educativos sobre higiene y alimentación del recién nacido”.¹⁰⁵

Más o menos de forma paralela a este proceso se fue gestando una serie de debates en la comunidad médica respecto de la capacidad de las mujeres pobres para ser madres. Las altas tasas de mortalidad infantil fueron asociadas a los supuestos malos cuidados por parte de la madre, motivo por el cual médicos de la época se propusieron la tarea de convertir a estas mujeres en seres dedicados, modelos de madre que lo dan todo por sus hijos. Esto lo realizaban sin tener en cuenta aspectos materiales y sociales que pudieran afectar la consecución de ese objetivo, puesto que consideraban que existían otras mujeres que eran capaces de lograrlo: “*Las madres-modelo alimentaban bien a sus hijos, los atendían a todas horas y les brindaban apropiados cuidado en salud e higiene*”.¹⁰⁶ ¿Quiénes eran estos modelos a seguir? Mujeres de clases media y alta, quienes no solo contaban con el apoyo económico, social y médico necesario para ello, sino que incluso podían acceder a lo que diferentes medios de comunicación divulgaban sobre métodos, indicaciones y sugerencias para lo que se consideraba una correcta atención a los/as hijos. A mediados de siglo, algunas revistas dirigidas a mujeres de clase media y alta tenían incluso secciones permanentes en las cuales entregaban sus contenidos:

“Varios son los períodos en que el niño necesita el máximo de cuidados y atenciones, pero el correspondiente al primer año de vida es quizás de los más delicados, porque el organismo aún no se halla preparado y no resiste las perturbaciones que a lo mejor luego soporta sin mayor esfuerzo. Comienza la higiene del bebé por un punto que a muchas madres tal vez pueda parecer antojadizo y es el de no besarlo en la boca como medida de precaución que evita contagios (...). La ropa limpia, cambiada varias veces al día, el baño cotidiano, una camita blanda, ubicada en un aposento donde penetren a raudales la luz y el sol, bien ventilado, completan lo fundamental

¹⁰⁵ PINOCHET, Augusto: *Mensaje presidencial. 11 de septiembre 1975 – 11 de septiembre 1976*, Santiago de Chile, Presidencia de la República, 1976, p. 495.

¹⁰⁶ PIEPER, *op. cit.*, p. 22.

en la higiene del niño (...)).¹⁰⁷

El análisis de este conjunto de situaciones (baja educación sexual, valoración exclusiva de opinión profesional en el control de la natalidad y la maternidad, escasas de redes de apoyo, etc.) explica también la poca capacidad de decisión de muchas mujeres, especialmente de clase baja, respecto de su vida sexual y reproductiva, lo que unido a situaciones de violencia en la pareja significaba prácticamente una anulación de su voluntad. De esa forma lo vivieron Rosario y Marcela:

[Rosario] “Así pasaron los años, señorita, así sin más, y yo que no lograba quedarme embarazada, perdí dos niños apenas casarnos, las penas más grandes de mi vida, (...) y yo que no entendía mucho de eso, los médicos no explicaban nada, me decían que era normal no más, me preguntaban lo que hacía, y después me decían que era normal, que no era mi culpa, pero yo sentía que era mi culpa, y mi mari'o me lo repetía todo el tiempo”.

[Marcela] “Y fueron llegando los hijos, así, como quien dice, por voluntad de Dios..., él se ponía feliz, parecía que quería siempre más, yo pasaba todo el tiempo cansada, a veces sin ganas de nada, pero los niños había que atenderlos bien o él se ponía furia... hasta que, hasta que un día me dijo que ya estaba bueno, que me fuera a buscar algo al consultorio para no tener más, que la cosa se estaba poniendo cuesta arriba... y mire, yo amo a mis hijos, pero si hubiera podido escoger me habría queda'o con dos no más..., sobre todo porque los dos últimos son los más pegados a él, los dos hombres...”

Y aunque esto no haya sido el caso de todas las mujeres entrevistadas, ninguna mencionó la

¹⁰⁷ Redacción: “Cuídame, mamá” [en línea], en revista *Margarita*, núm. 792, junio 1949. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=744>» [Consultada 10 febrero 2012], p. 44.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

posibilidad de no tener nunca hijas/os, pues aparentemente esta era una opción que se ni siquiera merecía reflexión alguna, lo cual puede estar influenciado por el rol materno que la sociedad esperaba que todas las mujeres cumplieran, como veremos más adelante.

XXX

En este apartado hemos visto que el sexo y la sexualidad (principalmente la reproductiva) son dos temas en los que, generalmente, las mujeres tenían escasas opciones de decisión. Los tabúes impuestos, la ausencia de una educación sexual, las restricciones religiosas y familiares, los requerimientos e imposiciones de sus parejas o la preponderancia del saber médico que se fue validando a lo largo del período revisado se conjugaban para ello. Sin embargo, también encontramos brechas que eran aprovechadas por aquellas mujeres que, por deseo o necesidad, eran capaces de actuar al respecto. A ello favoreció la aparición de métodos de control de la natalidad, una mayor apertura en los medios de comunicación, y programas de ayuda a mujeres sin pareja y con hijos/as, entre otras.

2.1.4. “Me vine solamente con lo puesto”. Migrar y establecerse en la juventud y madurez

[Inés] “[Me vine sola a Santiago] Sí. Y me vine solamente con lo puesto. De maleta tenía yo un papel café, de ese papel kraft grande y en eso envolvía mi ropa y me iba al sur. Y... y cuando me volvía lo mismo, esa era mi maleta. Y llegaba con todo desarmado aquí a Santiago, (...)”.

Migrar, dejar atrás familia, amistades, un entorno conocido, costumbres y recuerdos en busca de un presente y un futuro mejor. Dos tercios de las entrevistadas pasaron por esta experiencia en dos diferentes etapas de su vida: muy jóvenes y solteras o un poco mayores ya casadas. Las perspectivas para una joven en sectores rurales o ciudades de provincia eran limitadas, con una baja educación y formando parte de familias extensas, las oportunidades escaseaban y el trasladarse a los grandes centros urbanos –especialmente la capital del país, Santiago–, se mostraba como la salida que les permitiría una vida con más comodidades y más desarrollo.

Aunque el proceso de migración del campo a la ciudad había comenzado a principios del siglo XIX, en la década de 1940 esta situación se acentuó con las políticas de industrialización que se llevaban a cabo desde los gobiernos y con las escasas condiciones en el sector agrícola, y para el inicio de la década el país ya tenía una mayor población urbana que rural. El censo de ese año indica que 2.633.479 personas habitaban en las ciudades, mientras que en el campo lo hacían 2.398.026; sin embargo, estas cifras se distribuían de manera desigual entre las diferentes zonas geográficas. De las 25 provincias en las que se encontraba dividido Chile para esa fecha, solo 5 eran las que mostraban esa tendencia, pero la presencia en ellas de las principales ciudades (Santiago, Valparaíso, Concepción) lograba marcar la diferencia con las otras regiones. Es más, solo en la provincia de Santiago, donde se ubica la capital del mismo nombre, se congregaba aproximadamente un quinto de la población total del país. A nivel de cantidad de hogares, esta

situación variaba levemente, pues eran seis las provincias en las que existía una mayor concentración de estos en zonas urbanas que rurales.¹⁰⁸

Y esta tendencia no tuvo vuelta atrás en las décadas siguientes; la ciudad de Santiago, por ejemplo, pasó de casi medio millón de habitantes en los años veinte a más de dos millones en la de los sesenta. Para esa década, con un solo 28% de la industria manufacturera radicada en la ciudad, casi la mitad de los/as trabajadores/as de la industria a nivel país se encontraban allí, al igual que profesionales, personal técnico y ejecutivo (cuatro de cada diez) y la mitad de las secretarías y los/as empleados/as públicos/as. Específicamente, entre 1952 y 1960, el aumento de la cantidad de habitantes de Santiago se debió en más del 50% a la migración desde otras zonas del país, cifra que se redujo a la mitad durante la década de 1960-1970.¹⁰⁹

La situación de la falta de viviendas en la población, en especial en la más vulnerable, su precariedad y el hacinamiento eran comunes tanto en ciudades como en el campo. En Santiago de Chile, por ejemplo, un 47,6% de las habitaciones se hallaban en muy mal estado, sin contar con los servicios mínimos, haciéndolas insalubres, y de estas, la mayor parte correspondía a viviendas colectivas, como conventillos o cités¹¹⁰. El hacinamiento en estos lugares podía llegar a 3,4 personas por cuarto.¹¹¹ Doce años después, este panorama no había mejorado, por el contrario, de cada diez familias que vivían en la capital, dos lo hacían en barrios chaboleros, tres en conventillos insalubres, dos en casas más o menos adecuadas y solamente tres habitaban en hogares adecuados.¹¹²

¹⁰⁸ Centro Latinoamericano de Demografía, *op. cit.*, pp. 76-115.

¹⁰⁹ COLLIER y SATER, *op. cit.*, pp. 252-253; ESPINOZA, *op. cit.*, p. 245; AYLWIN, BASCUÑÁN, CORREA *et al.*, *op. cit.*, p. 245.

¹¹⁰ Conventillos y cités son una serie de habitaciones en las que vive una familia, compartiendo con otras un patio central, baños, lavaderos y/o cocina.

¹¹¹ ESPINOZA, *op. cit.*, p. 197.

¹¹² SALAZAR y PINTO, 2002b, *op. cit.*, p. 167.

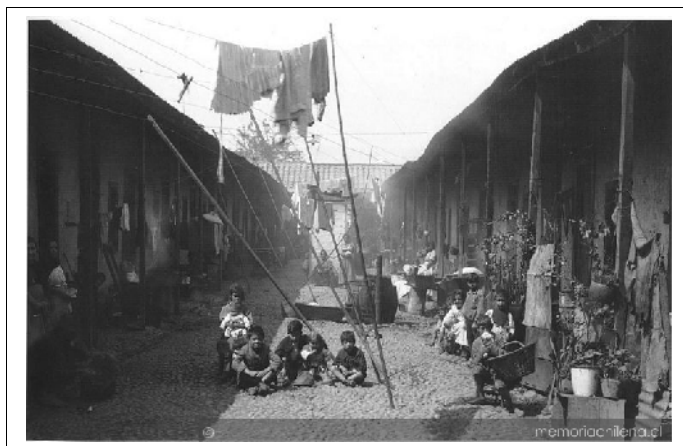


ILUSTRACIÓN 2.1.-12. La vida al interior de un conventillo en Santiago de Chile, 1920. Fuente: Gerencia Corporativa de Comunicación Enersis S.A.: *Luces de modernidad: archivo fotográfico CHILECTRA* [en línea], Santiago de Chile, Gerencia Corporativa de Comunicación Enersis S.A., 2001, p. 79. Disponible en «<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-74973.html>» [Consultada 05 junio 2013].

Se vivía así un aumento en los cinturones de pobreza de las ciudades, en los cuales se levantaban precarias viviendas,¹¹³ sin embargo, también se aprovechaban terrenos baldíos ubicados en el centro de la ciudad, ya fueran privados o públicos, aunque usualmente los escogidos eran los denominados “sin dueño”, como bordes de ríos y canales o cerca de basurales, lejos del centro urbano. Finalizando los años cincuenta del siglo XX se contabilizaron 41 barrios chaboleros en Santiago, los cuales no contaban con la mínima infraestructura para vivir: 26 no disponían de luz eléctrica, 17 no tenían alcantarillado y a 18 les faltaba el agua potable. A los problemas que esto generaba se debían agregar las inundaciones y el frío en la época invernal, los incendios debido al tipo de material con que se construían las habitaciones y las epidemias.¹¹⁴

Entre quienes migraban en esa época, la mayoría eran mujeres, las cuales se incorporaban al servicio doméstico, a pequeñas industrias o talleres (en condiciones mínimas), o en la industria de alimentos y vestimenta.¹¹⁵ En el sector rural, la alarma ante la cada vez menor presencia femenina en las haciendas había sido dada a fines del siglo XIX, argumentando la falta de mujeres para la reproducción de mano de obra en el campo y el peligro que ello implicaba para el desarrollo de la

¹¹³ DE RAMÓN, Fernando: *Breve Historia de Chile. Desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500 – 2000)*, Buenos Aires, Biblos, 2001, p. 156.

¹¹⁴ ESPINOZA, *op. cit.*, p. 248.

¹¹⁵ PIEPER, *op. cit.*, p. 16.

agricultura. Al contrario de los hombres, que tenían en el sector minero y de construcción de líneas de ferrocarril una alternativa al trabajo rural, las mujeres se movían hacia las aldeas, pueblos y ciudades.¹¹⁶

El Censo de 1952 indicaba que la provincia de Santiago alcanzaba un saldo activo¹¹⁷ de 450.001 personas. Otras grandes ciudades, como Valparaíso y Concepción, también se nutrían de migrantes “*en parte por la industrialización, en parte a los focos de irradiación de la explotación minera y al crecimiento de los servicios en las grandes aglomeraciones urbanas*”.¹¹⁸ En relación a la razón de masculinidad según áreas urbanas o rurales, el Censo de 1960 arrojó que de las 25 provincias en las que estaba dividido el país, cinco se presentaban bajo el promedio nacional (Coquimbo, Valparaíso, Santiago, Concepción y Chiloé), lo que significaba que la proporción de hombres era bastante menor que la de mujeres. En el caso de Santiago, la atracción que ejercía hacia las mujeres por las mejores posibilidades de empleo (especialmente en servicios), el índice reflejaba la presencia de 89 hombres por cada 100 mujeres (con un índice de 86,4 en el sector urbano de la provincia y 117 en el sector rural).¹¹⁹

Por eso no es de extrañar que los cambios que este proceso estaba generando fueran plasmados en medios de cultura de masas, y que tuvieran un gran éxito, como por ejemplo la obra musical *La pérgola de las flores*, escrita por Isidora Aguirre en 1960. El argumento, datado en el Santiago de 1929, trata del enfrentamiento entre dos grupos sociales y muestra las dificultades de adaptación a la gran ciudad de uno de los personajes principales, Carmela, quien proviene de una pequeña localidad al sur de Chile. Sus sueños de una mejor vida en la ciudad son expresados en la siguiente canción:

¹¹⁶ VALDÉS, *op. cit.*, pp. 432-433.

¹¹⁷ Diferencia entre naturales de otras provincias presentes en Santiago y los naturales de esta presentes en otras provincias

¹¹⁸ Servicio Nacional de Estadística y Censos, *op. cit.*, p. 121.

¹¹⁹ Dirección de Estadística y Censos, *op. cit.*, pp. 35-36.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

“Carmela: Yo vengo de San Rosendo/ a vivir a la ciudad;/ allá la vida es bien sana,/ pero nunca para ná.// Se trabaja todo el día,/ se duerme al anochecer/ y apenas clarea el alba/ trabajamos otra vez... ¡ay!/ (...)// Me han dicho que aquí en Santiago/ se trabaja poco y ná,/ y que dicen cosas lindas/ si una va emperifollá./ Allá cuando te acicalas/ para llamar la atención,/ llega un huaso bien ladino/ y te planta un empujón... ¡ay!/ (...)// El campo en noche de luna/ no tiene comparación,/ pero un besito al oído/ ¡ay, mamita, qué emoción! .../ De allá vengo bien gordita/ y quemadita de sol; / aunque quede transparente, / quiero que me hablen de amor... ¡ay!”¹²⁰

Además de la vida dura del campo, la agricultura tenía serias dificultades para ofrecer empleo y a mediados de siglo continuaba estancada, con formas de producción casi obsoletas y estructuras sociales tradicionales, en las cuales unos pocos tenían en su poder los medios de producción y los beneficios del trabajo campesino.¹²¹ Junto a ello, los elementos de atracción a la ciudad eran variados, no solo la esperanza de un amor romántico como plantea la obra citada, sino también la promesa de una tierra desarrollada, de acceso a bienes y servicios, calles y edificios modernos, comercio, industrias y talleres donde encontrar trabajo, etc. Incluso la perspectiva de una mayor independencia motivaba a jóvenes mujeres, dejando un trabajo doméstico gratuito en la casa familiar (junto con la obediencia al padre y hermanos) por un trabajo remunerado en el que podían aprovechar los mismos conocimientos (como empleadas domésticas en casas de familias acomodadas) o por un empleo en industrias y servicios.¹²² Esa era la esperanza de Eva y Rosario:

[Eva] “Yo no estaba segura, pero es que tal y como estábamos la cosa no daba para más... Así que me vine”.

¹²⁰ AGUIRRE, Isidora (letras): “Yo vengo de San Rosendo”, en *La pérgola de las flores*, estrenada en Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, 1960.

¹²¹ AYLWIN, BASCUÑÁN, CORREA *et al.*, *op. cit.*, p. 245.

¹²² VALDÉS, *op. cit.*, p. 433.

[Rosario] “Me vine [a Santiago] después de estar con la señora que le dije. Tenía como diecinueve años creo..., o veinte, por ahí. Me vine a trabajar con otra señora, con la que vivía me mandó para acá, me dijo que acá iba a estar bien, que iba a ganar mejor, pero no me gustó tanto... no era tan amable como la señora de (ciudad al sur), esta era más mandona, como patrona ella, (...)”.

Los medios de comunicación ejercían un papel importante en difundir las supuestas bondades de vivir en una gran ciudad. Ejemplo de ello lo tenemos en los radioteatros *Radiotanda*¹²³, un programa de humor que duró más de cuarenta años y en el cual se contaban anécdotas y situaciones graciosas que sucedían a una familia de la capital, sus vecinos/as y amistades; y *Hogar dulce hogar*¹²⁴, con casi cuarenta años al aire, trataba del día a día en una pensión. Siendo la radio uno de los medios más extendidos en los hogares chilenos,¹²⁵ la presencia en estos programas de personajes que habían migrado del campo y llegado a la ciudad para trabajar, (especialmente porque en ambos programas aparecían empleadas domésticas), mostraban las posibilidades que ofrecían las grandes urbes, aunque en ocasiones también se transmitían, de forma humorística, las dificultades que enfrentaban.

En los diarios y revistas, la publicidad también se encargaba de llamar la atención del público, presentando bienes y servicios que eran de difícil adquisición o uso en el mundo rural: neveras, planchas eléctricas, cocinas a gas o centros comerciales, entre otras, se multiplicaban en las páginas con anuncios y descripciones de los supuestos beneficios de la compra y uso de estos productos o las ventajas de acceder a la variedad de tiendas y precios existentes en las ciudades:

“La mejor manera de economizar es acostumbrarse a comprar donde venden más barato, especialmente en las fábricas o depósitos, o en lugares alejados del centro.

¹²³ MONTENEGRO, Ricardo: *Radiotanda*, Santiago de Chile, radio Cooperativa Vitalicia, 1939.

¹²⁴ DE CALIXTO, Eduardo: *Hogar dulce hogar*, Santiago de Chile, radio Pacífico, 1938.

¹²⁵ ROJAS y ROJAS, *op. cit.*, pp. 383-384.

(...) Cada semana publicaremos en esta página los nombres y direcciones de aquellos negocios que realmente vendan más barato, para ayudar a nuestras lectoras a economizar”.¹²⁶



ILUSTRACIONES 2.1.-13 y 14. Productos que requerían instalaciones sólo disponibles en ciudades y/o que anunciaban beneficios similares a los entregados en tiendas de grandes superficies. Izquierda: Cocina a gas licuado o cañería. Fuente: *Eva*, núm. 1054, junio 1965, p. 71. Derecha: El supermercado es el nuevo Refrigerador (nevera) PHILCO. Fuente: *Eva*, núm. 931, febrero 1963, p. 37.

En el caso de las revistas femeninas, las imágenes y fotografías que se publicaban solían mostrar una vida de glamour y sofisticación, mujeres modernas que se desenvolvían por las ciudades, ya fueran dueñas de casa o trabajadoras, pero siempre a la moda, bellas y felices. Además de la promoción de artículos de belleza, vestimentas y tiendas, las revistas entregaban patrones para que las mujeres se hicieran los trajes y vestidos que veían en sus páginas, pero el coste de las telas y la mano de obra (en caso de no tener una máquina de coser) no permitían que esto estuviese al alcance de todas. Frente a este panorama, las jóvenes que migraban desde el campo usualmente no disponían de los recursos ni la ocasión para ese tipo de vestimenta, ni sus maneras se asemejaban a las desenvueltas muchachas urbanas de clases más acomodadas. Y aún más, muchas de ellas ni

¹²⁶ Redacción: “El bolsón de compras” [en línea], en revista *Cenicienta*, año I, núm. 1, 1950. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=701>» [Consultada 16 diciembre 2012], p. 5.

siquiera se parecían físicamente a los modelos que salían en las revistas, pues buena parte de las fotografías provenían de Europa, y las que se producían en el país buscaban jóvenes que tuvieran rasgos caucásicos,¹²⁷ obviando de esa forma a la mayoría del país, que tenía rasgos mestizos, y a la población de origen indígena.

La ausencia de personas de este origen no solo se daba en los medios de comunicación sino también en las estadísticas nacionales. El Censo de 1940 solamente contabilizó la población indígena presente en las reducciones que se ubicaban en el sur de Chile, principalmente en las provincias de Cautín, Malleco y Valdivia, la cual alcanzó al 2,2% del total de habitantes del país (2.23% de hombres y 2,17% de mujeres);¹²⁸ en los siguientes Censos no aparecen datos hasta el de 1992, que consulta a nivel nacional por la identificación con alguna de las etnias presentes, reducidas en ese momento a mapuche, aymará y rapa nui, alcanzando un 10,3% de la población.¹²⁹ Este aumento no se debe, obviamente, a un incremento radical de la población con raíces indígenas, sino a la contabilización a nivel nacional (no solo en las reducciones) y probablemente a un cambio tanto en la percepción de la identidad como en la modalidad de consulta. Este dato es importante de destacar puesto que, aunque la mayor parte de las mujeres que migraron a Santiago lo hicieron de las zonas de alta concentración indígena, ninguna mencionó tener algún origen o vínculo con estas comunidades, cosa que sí hicieron, por ejemplo, con su origen rural, lo cual dice mucho de la autopercepción que tenían, restando importancia a los orígenes étnicos en favor de otros aspectos, como el geográfico.

¿Acaso no podría estar esto vinculado con los estereotipos y prejuicios asignados a ciertos

¹²⁷ Por ejemplo, la revista *Eva* utilizó exclusivamente, desde su comienzo hasta 1967, fotografías llevadas desde Francia. SUBERCASEAUX, Javiera: *Eva. Modelos exclusivos. Rescate patrimonial de la fotografía de moda de la revista femenina Eva entre 1967 y 1969*. Proyecto para optar al título de Diseñadora Gráfica. Universidad de Chile, 2006, p. 33.

¹²⁸ Centro Latinoamericano de Demografía, *op. cit.*, pp. 320-329.

¹²⁹ Instituto Nacional de Estadísticas: *Censo de población y vivienda Chile 1992. Resultados generales*, Santiago de Chile, Instituto Nacional de Estadísticas, 1995, p. 420.

orígenes étnicos? Puesto que muchas habían debido soportar el estigma de ser llamadas “huasas” o “huasitas” o el considerarse a sí mismas como tales, sumar otra etiqueta podía deteriorar tanto su autoestima como su posición social. Este apelativo se refería a las mujeres provenientes de sectores rurales y denotaba humildad, timidez e incluso se usaba como sustituto de “tonta”, con la intención de humillar a quien lo recibía. Aunque los rasgos físicos podían ser un indicador de que alguien provenía de zonas rurales pobres (en los casos de origen étnico, por ejemplo), estos no eran los únicos, pues quienes no los presentaban también podían ser llamadas de esa forma al presentar otras características como el vestir (más tradicional y de pobre factura), la forma de hablar, e incluso en la forma de moverse (usualmente demostrando humildad). En la obra *La pérgola de las flores* citada anteriormente, estos elementos se utilizan para dar vida al personaje principal, pues son claramente reconocidos por la población chilena. Para las mujeres que recibieron ese mote, dejarlo atrás podía tomar años, pero difícilmente lo olvidaban:

[Amelia] “(...) y bueno, me fui a trabajar y como a los 25 años ehheh empecé a pololear, me enamoré (risas avergonzada), como huasita, me engañaron, me mintieron, (...)”.

Pero llegar a la ciudad era solo el primer paso. Si no se contaba desde antes con un empleo debía buscarse uno, así como un lugar donde vivir. Las tradiciones respecto de los roles de género indicaban que no estaba bien visto que una joven viviera sola, por lo que era común que quienes viajaban a las ciudades con una oferta de empleo como empleadas domésticas vivieran en la casa en la cual iban a trabajar, con un día de “salida” para descansar. Por lo general se trataba de viviendas de familias de clases media-alta y alta, y la experiencia podía ir de un extremo a otro: ser consideradas casi de la familia a recibir toda clase de abusos de parte de los/as patrones. Rosario, por ejemplo, quien vivía en la misma casa en la que trabajaba, solo disfrutaba de un día de descanso a la semana:

[Rosario] “Me dejaban salir un día a la semana y yo me iba donde una prima que

también estaba en Santiago. Con ella aprendí a conocer Santiago... no ve que antes yo me perdía no más”.

En otros casos, la presencia en la ciudad de algún otro familiar, como por ejemplo hermanos/as mayores, permitía que las jóvenes pudieran trasladarse y vivir con ellos/as de forma “decente”. Además de ello, tener a una persona cercana permitía evitar la soledad y el temor de enfrentarse a un ambiente desconocido, que si bien podía presentar novedades y mejores alternativas laborales, también podía ser un lugar en el cual era difícil ubicarse, con mucha gente desconocida y posibles peligros. Para las jóvenes, dejar el hogar familiar, en especial si este tenía un ambiente acogedor y seguro, era todo un desafío, un paso a la adultez, aprender a vivir de forma independiente luego de años en los que se les había enseñado a depender de las decisiones de otras personas, especialmente del padre, la figura de autoridad en la familias. En otros casos, cuando existían situaciones de maltrato y abuso en la familia, también era una liberación, aunque terminara siendo momentánea una vez que comenzaran la relación de pareja en la que experimentaron violencia. Así lo recuerdan Jessica y Elena:

[Jessica] “(...) y cuando fui adolescente me fui con mi hermana, de la casa de mis padres, me fui a (ciudad costa central), dejé los estudios y me fui a esa ciudad a trabajar”.

[Elena] “Hasta que llegué a (ciudad del sur), (...). Después allá estuve muy sola y no le deseo a nadie estar sola a esa edad, nadie, una mamá que dé un beso, un abrazo. Entonces qué pasó, que después tenía que hacer lo que yo creyera más adecuado y no era fácil de darse cuenta, y no era fácil”.

Para quienes se fueron del campo a la ciudad ya mayores, casadas o querían independizarse de los familiares con los que habitaban, la posibilidad de encontrar un lugar para vivir podía

complicarse. En Santiago, por ejemplo, hacia mediados de la pasada centuria la migración interna del país había cambiado la pauta de crecimiento de una densificación alta en el área céntrica de la ciudad (con la existencia de conventillos) hacia la habitación en municipios adyacentes. La subdivisión de terrenos agrícolas y su venta o alquiler para construcción urbana, o las ocupaciones ilegales que iban conformando las zonas “callampas”¹³⁰ habían hecho crecer el área residencial de Santiago en alrededor de un 40% entre 1940 y 1952.¹³¹ Estas poblaciones no contaban con los servicios mínimos de electricidad, agua potable o alcantarillado, ni disponían de servicios sanitarios, escolares o sociales cercanos, conformando lo que se conoce habitualmente como un “cinturón de miseria”. Las oportunidades de un trabajo digno escaseaban para sus habitantes, debiendo desempeñarse en la venta callejera, los trabajos esporádicos y el servicio doméstico.¹³²

[Nancy] “Y resulta que él [mi esposo] se compró una casa en (área lejana al centro de Santiago), claro, ahora es maravilloso para allá, pero en esos tiempos era un sitio con una mejora¹³³, dijo «Ya, tengo la casa y todo» y cuando yo fui a conocer la casa «No, yo no me vengo acá», y me encontré con una..., yo venía de una tremenda casa, mi papá también tenía una tremenda casa, entonces... me encuentro con una casita así chiquitita... y le dije «No, lo siento, pero aquí yo no...», y nos fuimos a vivir con un hermano de él en una pieza como de tres por tres, ahí teníamos todo (...).”

¹³⁰ La palabra callampas o poblaciones callampas equivale a chabolas en España.

¹³¹ ESPINOZA, *op. cit.*, p. 245.

¹³² COLLIER y SATER, *op. cit.*, pp. 253-254.

¹³³ Un “sitio” es un lote de tierra usualmente sin urbanización y una “mejora” es una pequeña vivienda de material ligero ubicada en este.



ILUSTRACIONES 2.1.-15 y 16. El contraste entre un poblado rural y una zona céntrica de gran ciudad. La realidad de quienes llegaban a Santiago y otras ciudades principales, sin embargo, no era la vida idílica que se muestra en la segunda fotografía, sino que usualmente se radicaban en municipios en los radios exteriores y/o en condiciones de pobreza y hacinamiento. Izquierda: Río Bueno, pequeña localidad al sur del país, 1948. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=2205&formato=JPG>» [Consultada 26 junio 2013]. Derecha: Familia posa en el centro de Santiago, con jardines y edificios de fondo, 1960. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=2123&formato=JPG>» [Consultada 26 junio 2013].

El vivir en los municipios más alejados del centro de las grandes ciudades tenía, además de las distancias a centros de servicios, otros inconvenientes para quienes se asentaban en ellos provenientes de poblados o sectores rurales del resto del país: el temor a perderse en una gran ciudad, el enfrentarse a masas de personas congregadas en centros neurálgicos y a un sistema de transporte caótico. En el caso de muchas mujeres, esta situación podía ser doblemente angustiante. Acostumbradas a una vida principalmente restringida a la casa familiar; a caminos largos, pero tranquilos y conocidos (por ejemplo cuando iban al colegio); y a relacionarse con un grupo reducido de personas, la vida citadina podía generar intranquilidad y miedo a una serie de situaciones aparentemente (y, en algunos casos, realmente) peligrosas para ellas. Si, además, ya se encontraban viviendo una relación en la que la pareja ejerciera violencia, el control y aislamiento no hacían más que intensificar esa sensación. Por ejemplo, Amelia, a pesar de llevar varios años viviendo en la ciudad, solo conocía bien los alrededores de donde vivía y trabajaba:

[Amelia] “Yo después de vieja..., mire, yo le voy a decir algo, no sé... hace como

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

unos 4 o 5 años vine como a... a andar en el centro (de la ciudad)... Yo llegaba a Mapocho y me desorientaba, yo no podía salir de..., yo tenía una ruta para ir y venir todos los días de mi trabajo, y si yo llegaba a andar, por ejemplo, salirme del camino y andar una cuadra¹³⁴ más allá me desorientaba totalmente. Igual me cuesta encontrar las calles en el centro, pero ya me arriesgo a ir sola. ¡Uh, si antes yo nunca salía sola!’’.

Sin embargo, siempre habían excepciones a la regla, mujeres que con una personalidad diferente se enfrentaban a las adversidades y tomaban la iniciativa de salir y recorrer las ciudades en busca de mejores lugares para vivir, trabajar, realizar trámites o disfrutar de esparcimiento; al menos mientras permanecían solteras y/o sus parejas no ejercían violencia hacia ellas. Esa vida era la que buscaba Jessica:

[Jessica] “Sí po', era muy diferente [la vida en la ciudad]. A mí me gustaba mucho, porque era mi porvenir el que tenía ahí, si me ofrecían contrato y todo... y ahí ya estaba asegurada con el trabajo (...)”.

Así, en esos casos, el llegar a una gran ciudad era motivo de emoción, de experimentar en carne propia lo que habían visto u oído en medios de comunicación, de tener oportunidades de empleo que no habrían podido acceder en sus lugares de origen. Poco a poco iban familiarizándose con el nuevo entorno, recurrían a redes cercanas (familiares, si es que vivían en la misma ciudad, o vecinos/as, empleadores/as, etc.) para aprender a movilizarse de un lugar a otro, las horas y días libres los dedicaban a explorar las nuevas posibilidades que les abría la vida citadina y disfrutar de su independencia.

XXX

¹³⁴ La palabra “cuadra” se utiliza para describir el segmento de una calle comprendido entre dos esquinas (un lado de una manzana de casas o edificios).

Partir lejos del hogar tuvo diferentes repercusiones en la vida de miles de mujeres a lo largo del siglo XX. Las historias de vida de las entrevistadas muestran que, a pesar de los roles tradicionales de género que estaban presentes en la sociedad —especialmente en las zonas rurales—, la falta de recursos económicos y de oportunidades laborales y la atracción que ejercían las grandes ciudades, permitió que muchas mujeres dejaran sus hogares y partieran en busca de una vida diferente. Sin embargo, romper con el patriarcado no era tan sencillo y, por ejemplo, en el caso de aquellas que buscaron una alternativa de empleo como trabajadoras domésticas, tanto las normas de género como la situación de clase obligaba a cambiar la casa y la autoridad del padre (u otros familiares varones) por la casa y la autoridad de los empleadores y posteriormente de sus parejas. En otros casos, la presencia de algún/a familiar en la ciudad era lo que permitía el traslado bajo su cargo, velando estas personas por el buen nombre de la joven y la familia. El paso del tiempo, sin embargo, y la relajación de algunas tradiciones morales, permitieron cierta libertad e independencia mientras estaban solteras, lo que usualmente cambiaba una vez que comenzaban una relación de violencia en la pareja.

Aquellas que migraron en compañía de sus esposos vivieron el proceso de una forma diferente. Tenían asegurado su estatus de mujer “decente” por la presencia del varón en el hogar, pero junto a ello tenían las obligaciones que el estar casadas les imponía; y, en algunas ocasiones, seguir a la pareja dejando atrás la familia y el mundo conocido no era una elección, era un deber.

Para todas ellas, sin embargo, el cambio a una gran ciudad fue un hito que las marcó, en ocasiones con temor ante los desafíos y vergüenza por su origen, en otras con expectativas y agrado por la nueva vida que enfrentaban.

2.1.5. “Entonces yo me casé igual”. Escapando del control: las rebeldías juveniles

[Cándida] “Yo me fui de mi casa cuando tenía como dieciocho o diecinueve años, yo sabía que no era lo correcto, pero hice lo que pude no más”.

Ser joven y ser rebelde parecen ser dos caras de una misma moneda. En un período de la vida en el cual se comienza a vivir un proceso de definición de la propia identidad, la toma de decisiones se hace más autónoma, muchas veces marcando una distancia de las autoridades que hasta ese momento ejercían fuerte influencia. Ser joven en el Chile de mediados del siglo XX tenía, además, la marca de una sociedad cambiante, de avances en la modernización del país, de la educación o de las comunicaciones; con nuevas formas de relacionamiento y nuevas culturas juveniles que surgían de la copia de modas extranjeras y la mixtura con las propias tradiciones y folclore.

Mucho se ha hablado de la juventud de esos años en torno a las grandes demostraciones de rebeldía: desde la formación de pandillas y estilo de vida sacados de *Rebelde sin causa*, al hippismo del amor libre y la búsqueda de la paz.¹³⁵ Chaquetas de cuero y motocicletas, pelo largo y ponchos, pantalones anchos y brillos, eran los símbolos externos de esa rebeldía, las cuales en la mayoría de las ocasiones desconcertaban a los adultos, causando desde temor hasta repulsa, pues veían cómo las costumbres y tradiciones se transformaban ante sus ojos. Instituciones como la Iglesia Católica se hacían eco de estos cambios en la juventud y de las dificultades que se producían entre las generaciones, y daban a conocer sus propuestas para evitar los supuestos peligros que esto conllevaba.

“La familia, como centro educador, se ha visto alterada por un proceso acelerado de maduración de las generaciones jóvenes, que ha puesto en crisis la autoridad paterna.

¹³⁵ Ver: SALAZAR y PINTO, *op. cit.*, p. 130; COLLIER y SATER, *op. cit.*, p. 277.

El conflicto generacional ha dejado, en vastos sectores, a los hijos desvinculados de la influencia paterna”.¹³⁶

Puesto que solo una parte de la juventud era la que protagonizaba los actos más extremos y notorios de rebeldía, eran los medios de comunicación los que se encargaban de darlos a conocer a toda la población, creando la sensación de que eran situaciones corrientes y que alcanzaban a toda la generación.¹³⁷ Sin embargo, cuando las noticias escaseaban al respecto, siempre se podía recurrir a aspectos cotidianos, pequeñas actuaciones y comportamientos que rompían con las normas sociales que hasta ese momento eran respetadas. Para ello no eran necesarios argumentos, estudios o estadísticas, bastaban unos cuantos hechos y declaraciones que hicieran hincapié en las bondades de la juventud del pasado y marcar las diferencias con lo que acontecía en el presente.

“La muchedumbre –porque es tal– cubre las seis cuadras de la Avenida, pero alrededor de las 8 se estaciona frente al Chez Gerald, en la esquina con 4 Poniente. El lujoso restaurant-bar es punto de reunión del lolerío¹³⁸. (...) –Llevo 17 años trabajando en la 'victoria'¹³⁹ y siempre los cabros¹⁴⁰ se han reunido aquí, claro que antes eran más tranquilos..., había más respeto por los mayores. Ahora cualquier cabro chico anda fumando delante de su mamá”.¹⁴¹

Esto era algo que no solo los medios de comunicación asociados a sectores tradicionales y con un público adulto hacían, sino que incluso aparecían en revistas dirigidas a los propios jóvenes. Esto puede haber tenido la intención de transmitirles mensajes moralizantes o de alertar a los padres que leyeran dichos medios, puesto quienes escribían o editaban probablemente fueran adultos, pero

¹³⁶ Asamblea Plenaria Conferencia Episcopal de Chile: *Orientaciones pastorales V. 1973-1974*, Santiago, Asamblea Plenaria Conferencia Episcopal de Chile, 1973, p. 2.

¹³⁷ Para mayor profundidad en el tema ver: GONZÁLEZ, 2011, *op. cit.*, pp. 15-17.

¹³⁸ La palabra “lolerío” equivale a juventud.

¹³⁹ Una “victoria” es un carro tirado por caballos usado para pasear a turistas.

¹⁴⁰ La palabra “cabros” se utiliza para hablar de un jovencito (“cabra” para jovencita).

¹⁴¹ VARGAS, Jaime: “La difícil fauna de la Avenida Perú” [en línea], en revista *Onda*, núm. 37, febrero de 1973. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=1123>» [Consultada 28 junio 2013], p. 21.

al mismo tiempo se contradecían con la promoción de artistas, modas y comportamientos “rebeldes” en sus páginas.



ILUSTRACIONES 2.1.-17 y 18. Izquierda: Cantantes y otros personajes del espectáculo llenaban las páginas de revistas juveniles y de espectáculos, imponiendo modas a seguir entre la población joven. Fuente: M.I.S.: “El 'new look' de Luz Eliana”, en *Teleguía*, núm. 9, junio 1967. Imagen escaneada del original, disponible en <http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=714> [Consultada 22 de junio de 2013], p. 10. Derecha: El movimiento *hippie* llega a Chile causando revuelo y sus actos son seguidos de cerca por los medios de comunicación. Fuente: Redacción: “Festival de música progresiva”, en *Clan Juvenil*, año I, núm. 2, noviembre 1971. Imagen escaneada del original, disponible en <http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=796> [Consultada 22 junio 2013], p. 13.

Por otra parte, como hemos señalado anteriormente, la juventud distaba mucho de ser una etapa que se vivenciara de igual forma por quienes entraban en ella, y no todos/as tenían la alternativa de actuar con la libertad que se reflejaba en los medios. Ya fuera por motivos de índole personal, social o cultural, era posible trazar un continuo de las actuaciones de los y las jóvenes: desde el respeto y acatamiento de las normas al quiebre de los modelos establecidos.

En el caso de las jóvenes, la elección entre actuar y comportarse de acuerdo a lo que se esperaba de ellas o el ir tras los sueños y necesidades era una dura tarea. Además de la edad y la condición socioeconómica que tuvieran, el romper los roles de género, aunque fuera por breves intervalos, podía acarrear importantes consecuencias. Las sanciones familiares y sociales recaían más fuertemente sobre ellas, pues no solo rompían con pautas de comportamiento que eran tradicionales en la sociedad, sino que también quebraban aquellas indicadas por el patriarcado. Por este motivo, las jóvenes se encontraban con que se les abrían espacios para el estudio, el trabajo y la vida social, pero siempre con restricciones para no perder la esencia femenina que se esperaba

mantuvieran.

“A las jóvenes que comienzan a vivir les diría que se liberen, sí, pero sin volverse agresivas con el hombre. Una mujer debe seguir siendo frágil, sencilla, femenina y, sobre todo, decente. La chica de hoy debe procurarse una cultura general. Y para ello no es necesario que vaya a una Universidad: ¡tiene tantas maneras de aprender fácilmente! En cuanto al amor, creo que las jóvenes no tienen que declararlo al hombre y, menos aún, aparentar que son fáciles. Dejen que sean ellos quienes den el primer paso: siempre han detestado que los conquisten”.¹⁴²

Pese a ello, muchas mujeres decidieron que en algunos aspectos de la vida valía la pena pagar el coste y rebelarse, una opción que las acompañaría hasta ser mayores, unas veces con satisfacción y en otras con arrepentimiento. La primera actitud se refleja en el haber enfrentado el miedo y actuar de acuerdo a los propios deseos, por ejemplo, teniendo novios a escondidas, sabiendo que no era lo que los convencionalismos indicaban. En otras ocasiones, se relacionaba con el haber elegido migrar para tener mejores posibilidades de empleo, esto a pesar de que sus familias requerían la presencia de las jóvenes para apoyar en trabajos domésticos o de cuidado. Inés, por ejemplo, a pesar de las peticiones familiares, siguió viviendo en Santiago:

[Inés] “[Me vine a Santiago] A los 19 años... Pero siempre me las arreglé sola, y mi papá me decía que me fuera, que volviera, que me necesitaban. Claro, porque mis hermanos estaban chicos, (...)”.

Los modelos para basar y/o fortalecer estas decisiones podían encontrarse en la propia familia –con hermanas, primas, tías u otras mujeres que habían actuado de acuerdo a sus creencias y necesidades–, en los grupos e instituciones más cercanas –como profesoras, médicas, dirigentes

¹⁴² Entrevista a Celia Cruz, cantante. NORVIND, Eva: “¿Qué le aconsejaría usted a una muchacha que está empezando a vivir?” [en línea], en revista *Vanidades*, año XVI, núm. 1, enero 1976. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=927>» [Consultado 21 mayo 2013], p. 38.

vecinales—, y los medios de comunicación. Además, las jóvenes de esos años tenían fresca la memoria de mujeres que habían luchado para la obtención de derechos ciudadanos y sociales: La conquista del voto femenino había dado frutos apenas unos años antes, finalizando la década de los cuarenta; las organizaciones de mujeres se empezaban a multiplicar avanzando hacia los años sesenta; y cada vez más mujeres comenzaban a hacer notar su presencia en diferentes ámbitos, como la enseñanza superior, la política, las ciencias, etc.



ILUSTRACIONES 2.1.-19 y 20. Izquierda: La lucha por el derecho al voto se mostraba como un ejemplo de rebeldía de las mujeres enfocada hacia el bien de la nación. Voto mujeres elecciones municipales, 1945. Fuente: ELTIT, Diamela: *Crónica del sufragio femenino en Chile*, Santiago de Chile, SERNAM, 1994, p. 8. Derecha: Participantes del Seminario de la Mujer en la ciudad de Coquimbo el año 1969. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=371&formato=JPG>» [Consultada 30 junio 2013].

Esto no significaba, sin embargo, de que todas las mujeres tuvieran una conciencia de estar actuando en contra de los roles y comportamientos indicados por el patriarcado, ni que lo hicieran en todos los ámbitos de sus vidas o durante períodos extensos de ella. El feminismo, si bien ya tenía en Chile una larga trayectoria hasta esos años, no era extendido y quienes se atrevían a denominarse feministas eran constantemente criticadas e incluso ridiculizadas,¹⁴³ por lo que muchas mujeres o no conocían de su existencia y sus postulados o no querían verse involucradas en ello. Pero ni siquiera era necesario declararse feminista para recibir juicios negativos, pues los medios de comunicación más tradicionales, especialmente aquellos dirigidos a las mujeres, se encargaban de censurar aquellas acciones que no eran acordes a lo que se esperaba de una mujer “decente”. Así, luego de vivir la presión familiar y/o social algunas jóvenes “volvieron al redil” y aceptaron continuar bajo

¹⁴³ LABARCA, *op. cit.*, pp. 131-132, 138-139.

los mandatos a los que estaban acostumbradas.

“¿No murmuran tus amigos? ¡Oh, naturalmente, es una muchacha encantadora! Pero... ¡Qué lástima que no sepa contenerse a tiempo!... Odia perder en el juego... No me deja nunca solo... Si no hiciera ese derroche de vivacidad... ¿Por qué no se vestirá con un poco más de discreción?... Se muestra siempre aburrida, a menos que uno le haga la corte... No es del tipo de mujer con la cual uno pueda pensar en casarse...”.¹⁴⁴

Por otra parte, en ocasiones las actuaciones partían de situaciones negativas extremas, como por ejemplo violencia en la familia de origen, en las que la opción, aunque significara en sí misma una rebeldía contra la autoridad de padres o madres, se mostraba como la única alternativa válida para enfrentar la vida, crecer y desarrollarse adecuadamente. Y, finalmente, encontramos aquellos casos en los que las acciones se basaban en el deseo de poder disfrutar de las diversiones, relaciones y modas que se suponía debían de vivirse en la juventud, y que los medios de comunicación difundían constantemente. Así lo vivió Lourdes, pese a las imposiciones maternas:

[Lourdes] “Yo me acuerdo que después que falleció mi papá yo tenía once años, como a los doce me puse muy mentirosa, porque... no sé, yo le decía a mi mamá que yo tenía clases en la tarde –yo estudiaba en las mañanas– pero que tenía que ir al colegio en la tarde, eso era mentira, porque yo salía, me juntaba con mi amiga, salíamos al centro a caminar y todo ese cuento..., eh, pedía permiso para ir al Mes de María, pero yo no iba al Mes de María, me iba a un lugar que era como un café y ahí poníamos música en el wurlitzer, bailábamos rock and roll, todo eso, pero todo a escondida”.

Pero esta etapa de desacatos usualmente terminaba con el inicio de una relación de pareja estable y una vez que la violencia se comenzaba a manifestar. A pesar de haber disfrutado de ciertos

¹⁴⁴ Redacción: “A tus espaldas... ¿Te conoces a ti misma como los demás te conocen?”, en revista *Eva*, núm. 259, 3 de marzo de 1950, p. 59.

espacios de independencia, las restricciones y controles ejercidos por esposos o convivientes se iban multiplicando y la sumisión se iba sumando al temor, quedando escasas brechas para la negociación y la autodeterminación. Dejar empleos para ser dueñas de casa, abandonar estudios, seguir a la pareja donde fuera que ésta fuese destinada, olvidar amistades o vestirse recatadamente son algunos de los ejemplos de las restricciones que aceptaron quienes antes habían mostrado iniciativa y capacidades para emprender sus proyectos.

Por este mismo motivo, un ejemplo de actitud rebelde que luego produjo arrepentimiento es uno relacionado con el ámbito del amor y la vida en pareja. La historia de Romeo y Julieta, en la que los jóvenes vencen las oposiciones familiares para poder estar juntos, ha sido fuente de inspiración para miles de personas a lo largo de las épocas y es uno de los mejores ejemplos del mito del amor romántico. En múltiples formatos se había transmitido esta obra en el país, pero a principios de la década de los sesenta se da a conocer en una versión actualizada que cuenta la vida una pareja de distinto origen y de bandas opuestas en los Estados Unidos: *West side story*¹⁴⁵ (Amor sin barreras), la cual tuvo un alto impacto en la población joven. Pese a que el final es trágico, el encanto del amor a primera vista, la lucha por concretarlo y la pasión que se mostraba entre los protagonistas invitaba a la idealización de la historia. Otros medios, como canciones, novelas rosa, radioteatros, telenovelas, etc., algunas de ellas con un final mucho más feliz, reforzaban esta idea y la presentaban como un bello logro a alcanzar.

¹⁴⁵ WISE, Robert y ROBBINS, Jerome: *West side story*, Estados Unidos, United Artists, 1961.



ILUSTRACIONES 2.1.-21 y 22. Izquierda: *El peñón de las ánimas*, película mexicana promocionada en una revista de espectáculos chilena. La trama va sobre dos familias que se enfrentan por una tierra y el amor entre dos jóvenes pertenecientes a cada una de ellas. Fuente: Redacción: “El peñón de las ánimas”, en *Radiomanía*, año I, núm. 11, enero 1944. Imagen escaneada del original, disponible en <http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=1264> [Consultada 15 noviembre 2013], p. 34. Derecha: *Amor sin barreras*. Una historia de amor entre jóvenes de orígenes diferentes y bandas opuestas en los Estados Unidos que luchan por concretar su relación pese a las dificultades en medio de bailes y canciones, una fuente de inspiración para muchas parejas. *West side story*, 1961, cartel original de la película para público hispanoparlante. Fuente: Alamo drfathouse Cinema. Disponible en http://drafthouse.com/movies/broadway_brunch_west_side_story/austin [Consultada 02 noviembre 2013].

De esta manera, teniendo estos modelos de relaciones para imitar, el optar por iniciar una relación o casarse contra la voluntad de los padres/madres podía parecer en un principio una perfecta historia de amor; sin embargo, enfrentarse posteriormente a situaciones de violencia ejercida por la pareja generaba sentimientos de culpabilidad y dificultades para la búsqueda de ayuda para romper con ella. Así, Nancy estuvo dispuesta a todo con el fin de seguir con el matrimonio que deseaba:

[Nancy] “Entonces como mi papá tenía muy buena situación, mi marido era, él trabajaba en hotelería, entonces mi papá me dijo «Hija, tu pololo es muy bien parecido», porque él vino a conocerlo, me dijo «muy bien parecido pero no se case con él», me dijo «usted merece algo mejor, no se case con él»... Entonces yo me casé igual, en contra de mi madre, en contra de mi papá”.

En el otro extremo encontramos a aquellas mujeres que no manifiestan haberse arriesgado a lanzarse tras desafíos que pudieran implicar alejarse de las opciones convencionales. Para ellas, la

obediencia era algo normal, algo que había aprendido desde pequeñas, con modelos cercanos que ejercían una fuerte influencia, mucho mayor que la que podían haber tenido de parte de otras jóvenes o mujeres a través de otros medios, o con autoridades masculinas que no dejaban alternativa a la rebeldía, coartando con violencia todo posible signo de rebelión. Esta actitud sumisa podía haberles deparado penas, pero también seguridades, pues si bien no dieron rienda suelta a sus deseos, tampoco debieron enfrentarse a la incertidumbre de lo desconocido.

Además de esos modelos, este grupo de mujeres tenían otro elemento en común: una creencia y práctica religiosa arraigada. Si bien más adelante dedicaremos un apartado a este tema, es importante señalar aquí cómo las enseñanzas transmitidas por las instituciones religiosas tenían una repercusión en los comportamientos de las jóvenes, quienes aprendían que el ser sumisas, entregadas, humildes o fieles, entre otras características, era esencial para ser mujeres decentes y dignas de ser llamadas “hijas de Dios”. En este sentido, la Iglesia Católica proponía a María como ejemplo a seguir y era a ella a quien se prometía la dedicación y empeño en cumplir los mandamientos que dictaban las autoridades eclesásticas (en nombre de Dios) respecto de las conductas que debían seguir los/as fieles:

“Que los sacerdotes y fieles den a este Mes de María el sentido de un gran movimiento de oración y penitencia por la conversión de los pecadores, renovación cristiana de las conciencias y seguimiento fiel de los preceptos de Cristo. En este espíritu pedimos se realicen dentro del Mes de María peregrinaciones para alcanzar del Señor, por intercesión de la Madre Santísima, la purificación de las costumbres.

(...). Durante el Mes de María, en el día que en cada Diócesis se fije se exhortará a los fieles a que hagan en forma solemne la promesa de la Legión de la Decencia de no asistir a ningún espectáculo o tener lecturas que sean contrarias a la moral”.¹⁴⁶

¹⁴⁶ Conferencia Episcopal de Chile: *Exhortación que el Episcopado envía a los fieles al comenzar el Mes de María* [en línea], Chile, Conferencia Episcopal de Chile, 1952. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=841» [Consultada 18 octubre 2012], p. 2

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

Así, criadas en un ambiente mucho más restringido y con una vigilancia constante, las jóvenes pasaron de respetar la autoridad de su familia (usualmente a través del padre) a respetar la autoridad de la pareja, con el convencimiento de estar haciendo lo correcto, a pesar de la violencia que se ejerciera contra ellas. Regina optó por ese camino:

[Regina] “Tranquila, ya sabe... mi vida fue tranquila, hacer las cosas que tenía que hacer, le hacía caso a mi papá y mi mamá, a mis hermanos mayores... no era como esas cabras que le gritaban a la mamá, que se iban por ahí a bailar, que fumaban..., no, yo era tranquila y me sentía bien así... igual fue cuando me casé, con mi mari'o pa' todas partes... lo que él dijera se hacía..., y así era mejor, así no se enojaba tanto, así yo estaba más tranquila”.

Aunque es posible que algunas de las mujeres que no manifestaron haber emprendido acciones rebeldes (con conciencia de ello o no) haya sido porque no las consideraron de importancia como para recordarlas o porque no las marcaron específicamente, la coherencia con el resto de sus relatos indica que lo más probable es que no las hayan realizado, pues en esos casos la obediencia y sumisión aparecen constantemente en las historias.

XXX

En este capítulo hemos revisado algunos aspectos claves en la vida de las mujeres en su etapa de infancia y juventud. En un momento en que los cambios individuales se conjugaban con los cambios en las costumbres, la educación, las relaciones con sus pares, las oportunidades de migrar y enfrentar la vida en solitario, las experiencias sexuales y las maternidades tempranas se mezclaban con comportamientos y actitudes que denotaban rebeldía o sumisión.

Además, en el Chile de las décadas cercanas a la mitad del siglo XX, la juventud era

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

usualmente mirada con sospecha, asombro y, en ocasiones, rechazo por las generaciones anteriores, temiendo las manifestaciones culturales que no comprendían, la “invasión” de modas y el abandono de las tradiciones. Para las jóvenes, la situación se volvía mucho más complicada, pues si por una parte veían los avances que las mujeres estaban ganando en estudios, empleo y vida social, y querían ser partícipes de ello, por otro lado se les conminaba a continuar siendo femeninas, hacendosas, hogareñas y preocupadas del cuidado a otros, viviendo la vida en una estrecha franja entre cumplir los logros que se proponían de acuerdo a sus posibilidades y continuar siendo consideradas decentes.

Es con estos aprendizajes y experiencias que se adentraron en la etapa adulta, con temores, creencias, deseos y expectativas, las cuales se desarrollaron de diversa forma, pero con un aspecto en común: el hacer frente a la violencia en sus relaciones de pareja.

2.2. “Yo no estoy sola... he sembrado”. La vida adulta

Hasta ahora hemos conocido algunos aspectos relevantes de la infancia y la juventud de nuestras entrevistadas. En este capítulo nos adentraremos en su etapa de madurez, aquella que recorre la mayor parte de sus vidas, y en la cual vivieron experiencias que dejaron huellas en la memoria tanto por las dificultades enfrentadas, las emociones sentidas o los logros alcanzados en las vivencias sobre noviazgos y relaciones de pareja; en la vida de trabajo que enfrentaron, tanto el remunerado como el doméstico; en la participación en diversas instancias políticas, sociales, comunitarias y religiosas; así como en la expresión de la fe y de sus creencias. También continuaron internalizando diversos conceptos e ideas sobre el género, por ejemplo, la imagen de la “mujer chilena”, y los roles de padre y proveedor asignados a los hombres; o los conceptos sobre el amor y matrimonio. Estos constituyen algunos de los temas que revisaremos, acompañados, como lo hemos hecho anteriormente, del contexto histórico, social y cultural en que ellas se desarrollaron.

2.2.1. “Siempre fue atendido, siempre”. La “mujer chilena”: Esposa, madre y dueña de casa

[Nancy] “Cualquier hombre se sentiría orgulloso de tener una mujer como yo, una mujer que, que, que lo cuida, que le da su plato de comida aunque está enojado... o sea, yo me considero una buena, una buena mujer, pero sí, también de repente me reto, me digo «¿Cómo soy tan tonta que sigo aguantando?»”.

[Elena] “O sea, yo digo hasta la fecha, por mis hijos valió... y gracias, ellos siempre me dicen que gracias a mí salieron adelante, porque todos son profesionales, porque yo me levantaba a las cinco de la mañana, a las seis a comprar leche, ahí había una lechería y partía a comprar leche porque era más barata, leche de vaca y hacía pancito amasado, entonces uno de mis hijos me dijo «En esta casa nunca faltó el pan», yo hacía pancito amasado en la mañana, cuando ellos se iban a, pa' la escuela, que eso era las siete y media de la mañana, yo me preocupaba de que todo estuviera listo, que tomaran teciito, entonces, por eso le digo, mis hijos son lo más valioso para mí...”.

Cuando Nancy y Elena entraron en la madurez ya habían comenzado a interiorizar lo que se esperaba de ellas: que fueran buenas esposas, buenas madres y buenas dueñas de casa¹⁴⁷. Lo habían ido aprendiendo desde pequeñas, en su juventud fueron confirmando este destino y al llegar a la vejez estaba tan arraigado en ellas que surgió espontáneamente en las conversaciones. No son las únicas, en los relatos de todas las entrevistadas, de una u otra manera, quedó manifestada la imagen de la mujer tradicional, ya fuera como el papel que con certeza lograron interpretar, como algo que esperan haber logrado o como aquella mujer que no pudieron ser por diversos motivos.

¹⁴⁷ El concepto “dueña de casa” equivale a lo que en España se conoce como “ama de casa”.

Para comprender este pensamiento tan profundamente enraizado debemos adentrarnos en cómo se fue construyendo social y culturalmente la imagen de “la mujer chilena”, especialmente a partir de los años cincuenta del siglo pasado, época en la que las mujeres entrevistadas crecieron y se desarrollaron, y en la cual la sociedad tenía un discurso claro y preciso al respecto:

“Para ti, mujercita recién casada. Dios ha dicho: «No es bueno que el hombre esté solo». No olvides que esta es la única y sola razón por la cual, mujer, tú existes. Si quieres conservar la felicidad de tu hogar, no te será difícil gracias a tu instinto natural y gracias, también, a tus cualidades”.¹⁴⁸

Los modelos familiares y del entorno cercano, las ideas que transmitían la escuela y los medios de comunicación, los discursos políticos y las acciones públicas implementadas, el pensamiento de la iglesia (especialmente la católica) entre otros factores, se fueron entrecruzando para que en la sociedad la mujer no pareciera tener más que una obligación: ser esposa, madre y dueña de casa. Aludiendo a las supuestas capacidades e instintos naturales, se inculcaba que la “mujer chilena” tenía todo lo necesario para ejercer sus roles a la perfección. Poco importaban las diferencias de clase o que vivieran en la ciudad o el campo, una buena mujer era la que procuraba el bienestar y la supervivencia de su grupo familiar, a cualquier costo personal. Las aspiraciones personales no eran relevantes frente al “deber ser”, y si bien existieron mujeres que escaparon a este molde, la sociedad chilena se encargaba de que pasaran desapercibidas, sepultadas bajo una avalancha de imágenes y mensajes que ensalzaban las bondades de la vida hogareña y las alegrías que generaban en “la mujer” el estar a disposición de otros (esposo, hijo, padres, etc.).

Salazar y Pinto nos aseguran que hacia 1950, la identidad de dueña de casa en la sociedad chilena estaba en proceso de consolidación.¹⁴⁹ En estos tiempos ya se iba conformando la idea de la mujer urbana como la principal representante del país. El campo y la costa iban quedando atrás en

¹⁴⁸ Redacción: “Para ti, jovencita recién casada”, en revista *Eva*, núm. 267, abril 1950, p. 11.

¹⁴⁹ SALAZAR y PINTO, 2002b, p. 178.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

el imaginario, y el paisaje de las ciudades iba modificándose rápidamente. En este nuevo contexto ella era llamada por diversos medios a transformarse en la “reina del hogar”, para lo cual se le otorgaban todo tipo de facilidades que le permitieran ejercer su rol a la perfección. Así, los anuncios publicitaban desde alimentos a artículos de limpieza, pasando por decoración, moda y belleza, pues una buena dueña de casa debía además lucir bella para mantener contento a su esposo. Nada sobraba para ayudarla a que pudiera estar confiada en sus capacidades y habilidades a la hora de cumplir su rol de forma eficiente y efectiva:



ILUSTRACIONES 2.2.-1 y 2. Izquierda: Anuncio publicitario marca Glucena. La imagen de la buena madre, cocinera, que se preocupa en dar a sus hijas un alimento que les ayudará en su desarrollo físico e intelectual. Fuente: *Eva*, núm. 259, 3 marzo 1950, p. 67. Derecha: Anuncio publicitario marca Sapolio. La imagen de mujer-dueña de casa que puede “descansar” en el artículo para el aseo del hogar, la alusión a la modernidad está presente explícitamente en este caso en las propiedades del producto. Fuente: *Eva*, núm. 276, 30 junio 1950, p. 3.

Pero no solo por medio de la publicidad los medios de comunicación se encargaban de transmitir esta idea. La revista *Eva*, orientada principalmente a la clase media y alta, entregaba constantemente, tanto en sus editoriales como en los artículos que publicaba, la noción de una mujer chilena perfecta y compañera ideal del hombre:

“No hay ninguna necesidad de repetir que la mujer chilena tiene fama en toda América de elegante, femenina, simpática, alegre, rápida e ingeniosa. (...) Pero no es

solo eso. La mujer chilena es la mejor compañera del hombre. Se da entera. No le importan el sacrificio y la lucha, y es ella la que coloca, escalón tras escalón, el camino victorioso que recorre su marido”.¹⁵⁰

Estas ideas de sacrificio y lucha se unían a las de abnegación, voluntarismo y caridad, las cuales también se promovían desde los púlpitos de las iglesias, especialmente de la religión católica, con la Virgen María siempre como ejemplo.¹⁵¹ Ella es la madre abnegada y sacrificada que sigue a su hijo hasta la cruz, pero también es la madre de todos/as, la vía por la cual presentar las necesidades ante Dios (Padre-hombre). Por ejemplo, en una de las oraciones utilizadas diariamente en Chile durante el llamado “Mes de María” (del 8 de noviembre al 8 de diciembre) se dice: “*Nos amaremos, pues, los unos a los otros, como hijos de una misma familia, cuya Madre eres, viviendo todos en la dulzura de una concordia fraternal*”.¹⁵² Entre las mujeres de clase alta, esto se llevaba a la práctica por medio tanto del apoyo a los maridos en los encuentros sociales, como por la labor caritativa que realizaban. Según Norbert Lechner y Susana Levi, ya en la primera mitad del siglo XX, las mujeres “de bien” realizaban una tarea que mezclaba la formación doctrinaria y la beneficencia material. Las jóvenes de clase alta visitaban a las “mujercitas” (de clase baja) y les entregaban lana, no sin dejar pasar la oportunidad para hablarles de Dios, de lo que era ser buena cristiana, y cómo cumplir bien con sus deberes de esposas y madres. Para asegurar este momento de evangelización, se obligaba a las mujeres pobres que deseaban recibir su cuota de lana a asistir a misa el domingo, lugar en el que recibían un cupón para canjear al día siguiente.¹⁵³

Pero como estos mismos hechos mostraban, no todas las mujeres tenían la oportunidad de

¹⁵⁰ LUPIN, Arsene: “Doña Mitty”, en revista *Eva*, núm. 269, mayo 1950, p. 36.

¹⁵¹ Ver SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio: *Historia contemporánea de Chile IV. Hombres y feminidad*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2002a, p. 79; MONTECINO, Sonia: “Símbolo Mariano y constitución de la identidad femenina en Chile”, en *Estudios Públicos*, núm. 39, 1990, pp. 283 – 290.

¹⁵² Conferencia Episcopal de Chile: *Oraciones Marianas* [en línea], Conferencia Episcopal de Chile. Disponible en «<http://iglesia.cl/especiales/mesmaria2012/oraciones/oraciones1.php>» [Consultada 16 octubre 2013], s/n.

¹⁵³ AGUAYO, Carmen: *Des Chiliens*, París, Ed. des Femmes, 1982. Citado en LECHNER, Norbert y LEVY, Susana: *Material de Discusión FLACSO núm. 57 Notas sobre la vida cotidiana III: El disciplinamiento de la mujer*, Santiago de Chile, FLACSO, 1984, p. 35.

ser elegantes, dulces y serviciales amas de casa con jardín, niños sanos y rosaditos, ni tenían esposos que llegaban del trabajo a los cuales atender con preocupación por cada detalle. Muchas mujeres debían lidiar con situaciones muy diferentes para poder acercarse a cumplir ese rol, especialmente si debían luchar por un espacio donde construir un rancho¹⁵⁴ en alguna de las poblaciones que componían los cinturones de pobreza en las grandes ciudades. Según Salazar y Pinto, entre 1932 y 1957 estos lugares se extendieron ampliamente en el Gran Santiago¹⁵⁵, correspondiendo al 31,2% de la población total de la ciudad. A pesar de vivir en estas condiciones de pobreza, en el año 1950 solo un 2,7% de los hombres que habitaban estos lugares estaban en paro, pero con empleos de baja cualificación y salario. De esta forma, en un ambiente de miseria, las familias que allí habitaban se podían definir como nucleares, encabezadas por un jefe de hogar que tenía algún tipo de empleo y con una mujer que a esas alturas tenía un claro papel de dueña de casa:

“En realidad, a medida que el desarrollo industrial consolidaba la situación del proveedor masculino, y a medida que la situación del 'hogar' (...) cobraba más y más relevancia en la consideración de las autoridades y del Estado, mayor relevancia alcanzaba la figura de la 'dueña de casa'. A lo que se agregaba el antiguo discurso eclesiástico, que 'legitimaba' ese perfil”.¹⁵⁶

Sin embargo, aclaran estos autores, para llegar a ese rol de dueña de casa que exigía la sociedad, durante la primera mitad del siglo XX muchas mujeres pobladoras habían tenido que luchar por una vivienda y un hogar organizando asambleas de conventillos, huelgas de arrendatarios y federaciones de mujeres, ocupando terrenos fiscales o en desuso para la construcción de ranchos, resistiendo a los desalojos policiales, entre otras acciones¹⁵⁷. Así, “*para ser dueñas de casa,*

¹⁵⁴ Un rancho es el equivalente a una chabola en España.

¹⁵⁵ El Gran Santiago corresponde al área metropolitana que se compone de la ciudad de Santiago de Chile y algunas poblaciones satélites adyacentes, generalmente utilizadas como ciudades dormitorio.

¹⁵⁶ SALAZAR y PINTO, 2002a, p. 249.

¹⁵⁷ Según vimos en el apartado sobre migraciones y vivienda.

tuvieron que convertirse primero en las principales activistas y promotoras de la 'conquista' de una casa propia”,¹⁵⁸ acciones que poco tenían que ver con ser pacientes y sumisas.

Por otra parte, desde la formulación y ejecución de políticas sociales también se fue reforzando esta imagen de mujer. Como veíamos en el apartado de sexualidad y maternidades, hacia mitad del siglo ya se había iniciado un proceso para que la maternidad y cuidado del recién nacido fueran responsabilidades médicas, apelando a los altos índices de mortalidad materno-infantil. Médicos y políticos iniciaron una reforma de la salud y seguridad social, consiguiendo el Ministro de Salud Dr. Jorge Mardones Restat la creación del Servicio Nacional de Salud (1952), organismo importante en el ordenamiento y apoyo a la labor de los médicos, generando programas específicos hacia la unidad madre-hijo, así como hacia las madres que requerían una atención más cercana por su situación de pobreza. Estas acciones, junto a las políticas de salud pública que vimos anteriormente, lograron que la maternidad se mantuviera como el signo más importante de la femineidad desde la perspectiva de las elites médicas y políticas.¹⁵⁹

En los años siguientes de la década, cuando las mujeres ya habían obtenido el derecho a voto y estaban comenzando a ingresar en la actividad laboral, la segunda presidencia de Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958) no hizo más que continuar la senda de colocar a la maternidad y el rol de esposa como uno de los ejes de la vida femenina. Esto se ejemplifica en un documento realizado para su campaña presidencial, en la cual, a pesar de contar con el apoyo de partidos feministas, se dirigió específicamente a los hombres, poniendo en sus manos la defensa de hijos/as, madres y esposas: “*Debéis reflexionar un momento en lo que puede significar vuestro voto para el país. Pensad en el porvenir de vuestros hijos, de vuestras esposas y madres..., (...)*”.¹⁶⁰ De esta forma, a pesar de los avances, la imagen de “la mujer chilena” continuaba siendo utilizada para mantener el

¹⁵⁸ Según estos autores, estas acciones no eran sinónimo de sometimiento sino de desarrollo cívico. *Ibidem*, p. 251.

¹⁵⁹ PIEPER, *op. cit.*, p. 42.

¹⁶⁰ VÁSQUEZ, Luis: *Ibáñez. Candidato Nacional. 1952-1958*, Santiago de Chile, Imp. Casa Nacional del Niño, 1952, p. 3.

statu quo en término de las relaciones de género.

Estas transformaciones fueron haciendo que las mujeres comenzaran a experimentar las contradicciones de una vida “moderna”. Por una parte, tanto en los discursos de los políticos, como de las elites y de los medios de comunicación se las naturalizaba en sus roles, pero al mismo tiempo se comenzaba a hablar de aquellas que participaban en la sociedad con un rol más activo social y laboralmente. Esto generaba tensiones en las mujeres, y entre ellas y los hombres, por lo que algunos medios entregaban consejos y orientaciones para resolver este dilema:

“No hace mucho tiempo que los hombres eran los únicos que proveían todas las necesidades del hogar. (...). Era otra época, otras costumbres. La sociedad ha evolucionado y las necesidades actuales han obligado a muchas mujeres a contribuir con su trabajo a la mantención de la casa (...). Decir que una mujer es mucho más paciente, más perseverante que un hombre es repetir un slogan. Y por eso no estamos absolutamente de acuerdo con estas arbitrarias opiniones masculinas. Creemos que, en realidad, el problema depende de la personalidad de cada cual y no del sexo. Nos parece que por sus inclinaciones naturales y su naturaleza, una mujer tiene mucho más mérito cuando afronta el trabajo exterior, que fue por tanto tiempo un terreno exclusivo del hombre (...). Esto no significa que sea de desear que la esposa ejerza una actividad que la aleje de su hogar cuando el cuidado de sus hijos y la administración de su interior bastan para completar la vida. Pero de ahí a otra cosa... es sencillamente no querer reconocer el valor de la mujer moderna”.¹⁶¹

En este artículo, las contradicciones se presentan desde un principio. Primero deja en claro que la exclusividad masculina de tener un empleo era cosa del pasado; luego opta por dejar de lado el componente del sexo de la persona para valorar su eficiencia en un empleo, apelando a una

¹⁶¹ Redacción: “Editorial”, en revista *Eva*, núm. 797, 8 julio 1960, p. 3.

supuesta neutralidad objetiva dada por la personalidad; pero al mismo tiempo otorga un valor mayor a la presencia femenina en un “terreno exclusivo del hombre”. Finalmente, pone en una balanza la modernidad y el rol tradicional de la mujer, siendo este último el que gana la batalla, al plantear que no debería hacerle falta nada más que su vida hogareña para tener una vida completa. A los hombres, en cambio, les basta con su vida laboral, ni siquiera es tema de discusión que puedan ser felices haciéndose cargo solo de la casa y la familia. Por lo tanto, más parece una declaración de buenas intenciones que la expresión de un real pensamiento igualitario.

Estos discursos calaron especialmente en las mujeres de clase media, quienes se vieron en la necesidad de realizar ajustes en los roles que tradicionalmente ejercían de esposa y madre. Según Salazar y Pinto, lo que se produjo fue una fuerte identificación hacia las profesiones que venían desarrollando desde décadas anteriores (por ejemplo, ser maestras) y hacia su “función social institucionalizada”. Este ajuste no significó, bajo ningún caso, el romper ni abandonar sus identidades de madre y esposa, más bien lo que debieron hacer fue recurrir a estrategias para cuidar de sus hijos/as (como por ejemplo a través de intermediarias: empleadas, abuelas, guarderías y jardines de infancia) y dedicar el tiempo de supuesto descanso al esposo, los hijos y la casa.¹⁶²

Más adelante, en 1963, mientras en los Estados Unidos Betty Friedan denunciaba la construcción de la “Mística de la femineidad” y hablaba de la imagen del ángel del hogar, en Chile, María Elena Valdés Cruz, Elena Larraín Valdés, Graciela Ibáñez Ojeda, Dora Sierra Espinoza y Olga Irrázaval Larraín, un grupo mujeres de la elite conservadora, formaban Acción Mujeres de Chile, una organización que tuvo un importante papel en la política del país y que se fundaba en el convencimiento que tenían, tanto Elena Larraín como muchas de sus compañeras, de la superioridad moral que supuestamente tendrían en la política las mujeres frente a los hombres y de que la falta de ambición política les permitía lograr la unidad en el sector de la derecha

¹⁶² SALAZAR y PINTO, 2002a, *op. cit.*, pp. 191-192.

conservadora y conseguir los logros propuestos.¹⁶³ Es más:

“Larraín invierte el estereotipo de la mujer chilena pasiva y dominada e identifica a las mujeres como actores políticos importantes, incluso claves. Ella rechaza la idea de que los hombres son naturalmente mejores practicando la política y llevando a cabo sus funciones públicas, mientras que las mujeres están biológicamente aptas para una vida pacífica en el hogar, una idea ampliamente difundida en Chile”.¹⁶⁴

Este grupo llevó a cabo acciones en la “Campaña del terror” orquestada para impedir que Allende asumiera la presidencia en el año 1964, y si bien Acción Mujeres de Chile planteaba un discurso diferente al tradicional para justificar su ingreso a la política, lo cierto es que para la campaña no dudaron en apelar a las emociones, especialmente el temor, utilizando imágenes y estereotipos de género para comunicar su mensaje.¹⁶⁵ Y fueron los roles de madre y esposa, aquellos inculcados en el pensamiento mayoritario femenino, los protagonistas para promover en las mujeres la decisión del voto.



ILUSTRACIONES 2.2.-3 y 4. Izquierda: “Chile en la Encrucijada”. La llamada a la mujer chilena se hace en sus roles de madre, esposa e hija. Fuente: *El Mercurio*, 05 agosto 1964, p. 22. Derecha: La campaña de Frei Montalva también apelaba a la imagen de la madre al referirse a la mujer chilena. Fuente: *El Mercurio*, 02 agosto 1964, p. 2.

¹⁶³ POWER, Margaret: *Right-wing women in Chile. Feminine power and the struggle against Allende. 1964-1973*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, 2002, p. 77.

¹⁶⁴ *Ibidem*, p. 78.

¹⁶⁵ Este grupo no fue el único que participó en la “Campaña del terror”, sin embargo jugó un importante papel en ella.

La existencia de este grupo, sin embargo, no significó un cambio sustantivo para la mayor parte de las mujeres respecto de sus roles tradicionales de esposa-madre-dueña de casa, ni en la forma en la que la sociedad continuaba presentándolos como los centrales en la vida de una mujer. Por el contrario, los medios de comunicación se encargaban de mostrar modelos que reforzaban la imagen de unas habilidades y comportamientos naturales en la mujer que la hacían dedicarse al hogar y los hombres, avalados por supuestos científicos/médicos (en este caso psicológicos) para dar más credibilidad al mensaje:

“Las mujeres toman muy en serio su papel de agradar al extremo de lo que han incorporado como una de las características visibles de su personalidad. Aunque ser bella, elegante y distinguida es un anhelo innato en la mujer, lo es mucho más, según los sicólogos, en cuanto tiene un objetivo focal: él. Esto determina que, de cada cinco cosas que hacen las mujeres, cuatro estén dirigidas a complacer a los hombres”.¹⁶⁶

Ni siquiera las políticas de planificación familiar que tuvieron un gran impulso durante el gobierno de Frei Montalva modificaron esta visión sobre las mujeres. Muy por el contrario, tanto la Asociación Chilena de Protección a la Familia (APROFA) como otros organismos y médicos dedicados a la planificación familiar, confiaron para la realización de su trabajo en el rol dependiente de la mujer, y al mismo tiempo procuraron controlar la maternidad y la familia en su interés por hacer de Chile un país moderno, dentro de sus propias concepciones. De esta forma, las mujeres que limitaban el número de hijos eran mostradas al mundo como las salvadoras de la nación.¹⁶⁷ Esta paradoja entre un discurso maternalista pero no pronatalista nace tanto de la preocupación existente por la alta mortalidad materna como de considerar a la planificación familiar una vía para el desarrollo de la nación. Esta no fue la única vez que se las elevó a tal “honor”, puesto que era común que se hiciera alusión a las “patriotas” mujeres que la historia chilena destaca ya sea en un proceso de autoidentificación o como asignación de otros.

¹⁶⁶ Redacción: “Lo que no les gusta a ellos de ellas”, en revista *Vanidades*, núm. 17, septiembre 1968, p. 22.

¹⁶⁷ PIEPER, *op. cit.*, pp. 73-74.

Más tarde, durante la campaña presidencial de 1970, los candidatos fueron conscientes de que la participación y votación femenina sería crucial para ganar la presidencia del país, puesto que a pesar de que la cantidad de votantes masculinos era superior a la femenina, la menor abstención de las mujeres influía fuertemente en la balanza electoral. Todos los candidatos incluyeron a las mujeres en sus programas, lo que nos permite analizar el papel que se les otorgaba. En el caso de Jorge Alessandri Rodríguez (apoyado por la derecha política), se propuso la creación de un Servicio de Acción Social, el cual estaría enfocado especialmente en la mujer, propendiendo a la solución de problemas de salud, educación, vivienda y constitución de la familia; también promovería el trabajo en el hogar y la construcción de espacios comunitarios. La finalidad de este servicio sería muy importante: la de formar a la joven mujer para que en el futuro pudiera cumplir de buena manera su responsabilidad de esposa y madre, motivo por el cual se planteaba la asistencia obligatoria a cursos y la prestación de servicios a la comunidad al cumplir los 18 años (siendo voluntaria para las mayores). Tan importante como esto eran las capacidades y habilidades que el programa suponía que toda mujer poseía: abnegación, sensibilidad y comprensión; y su principal responsabilidad quedaba enmarcada dentro de la obra trascendente que pretendía acometer el candidato en el país: *“Tiene una alta responsabilidad en el hogar: educar y formar a sus hijos, para que éstos puedan cumplir debidamente su misión en la vida”*.¹⁶⁸

En el caso de Radomiro Tomic Romero (de la Democracia Cristiana), a pesar de que en su programa se proponían ideas que se pueden calificar de un carácter igualitario, como el velar que a igual trabajo correspondiera igual salario entre hombres y mujeres, revisar la legislación para otorgar plena igualdad jurídica a las mujeres en Chile (especialmente en lo referido a las discriminaciones de las mujeres casadas) o crear oportunidades de estudio y empleo a las dueñas de casa; la idea del rol tradicional de la mujer no quedó atrás, pues al referirse a la mujer campesina exponía la importancia que este papel tenía: *“pues sobre ella recae la responsabilidad de mantener*

¹⁶⁸ Redacción: “El programa de la integración nacional”, en revista *Eva*, núm. 1316, julio 1970, pp. 53-55.

unida y de llevar adelante a su familia, en medio del profundo cambio que está experimentando el campo chileno”.¹⁶⁹ Así, las mujeres eran las encargadas de que una institución que era considerada fundamental dentro del pensamiento compartido en el conglomerado de la Democracia Cristiana, la familia, siguiera los parámetros considerados adecuados a pesar de los cambios en la sociedad.

Sobre el candidato que finalmente resultó ganador, Salvador Allende Gossens, su programa también proponía algunas ideas similares a las de Tomic, tales como la plena capacidad civil de la mujer casada y la igualdad jurídica para los hijos que hayan nacido dentro o fuera del matrimonio; aunque agregaba otros como una legislación sobre ley de divorcio con disolución del vínculo para resguardar los derechos de la mujer y los hijos, o la extensión del sistema de guarderías y jardines de infancia (especialmente en sectores pobres).¹⁷⁰ Sin embargo, a pesar de este discurso igualitario, en la práctica durante su gobierno los roles de género y la imagen de la “mujer chilena” tampoco fueron completamente cuestionados, sino que por el contrario siguieron siendo utilizados para el logro de los objetivos y acciones. Michaela Hellmann, al referirse a las Juntas de abastecimiento y control de precios (JAP), plantea que la Unidad Popular¹⁷¹ basó la movilización de vastos sectores de la población en los supuestos instintos naturales de la mujer: el ser madre y dueña de casa.¹⁷²

En el otro lado del espectro político, la derecha conservadora supo apelar al discurso de la imagen tradicional de la mujer para que jugara a su favor en la búsqueda de la desestabilización del gobierno de Allende. El análisis que se ha hecho de este período indica que desde el momento en que comenzaron a escasear los alimentos y algunos artículos para el hogar, muchas mujeres, movidas por la propia identidad de madres, comenzaron a reaccionar negativamente hacia el

¹⁶⁹ Redacción: “Su programa: Chile, tarea del pueblo”, en revista *Eva*, núm. 1317, julio 1970, p. 52.

¹⁷⁰ Redacción: “Su programa: el pacto de la Unidad Popular”, en revista *Eva*, núm. 1318, julio 1970, p. 55.

¹⁷¹ Unidad Popular, la coalición de gobierno compuesta por diferentes partidos de izquierda que llevó a Allende de candidato y gobernó con él.

¹⁷² HELLMANN, Michaela: “‘Sin nosotras no hay democracia’. Perspectivas y limitaciones de los movimientos de mujeres en Chile y México”, en I. Bultman, M. Hellmann, K. Meshkat y J. Rojas (eds.), *¿Democracia sin movimiento social? Sindicatos, organizaciones vecinales y movimientos de mujeres en Chile y México*, Venezuela, Ed. Nueva Sociedad, 1995, p. 247.

gobierno y a unirse a las manifestaciones que las mujeres de derecha realizaron contra este.¹⁷³

También se aprovecharon ciertas iniciativas legislativas, como la propuesta de la Escuela Nacional Unificada, para continuar recordando a las mujeres su rol materno, llamándolas a actuar en defensa de sus hijos/as.

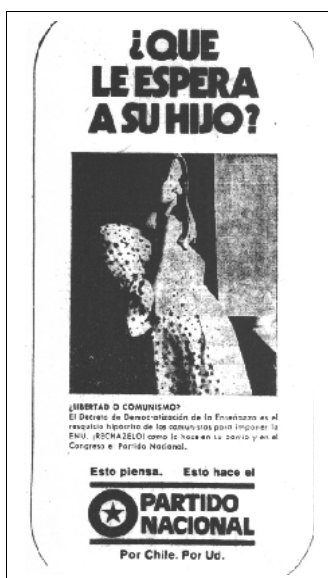


ILUSTRACIÓN 2.2.-5. “¿Qué le espera a su hijo?” El uso del miedo al comunismo nos recuerda la Campaña del Terror del año 1964 y la utilización de la imagen de una mujer embarazada deja en claro a quién va dirigido el mensaje. Fuente: *El Mercurio*, 11 mayo 1973, p. 22.

Tras el derrocamiento de Allende en el golpe militar de 1973, Pinochet aprovechó la imagen de la mujer tradicional en sus discursos, llegando de esta manera a la masa de mujeres que se habían manifestado descontentas con el gobierno de Allende, ensalzando las acciones que realizaron y sus supuestas cualidades naturales. Meses después del golpe militar, este se reunió con varios miles de mujeres dirigentes, tanto para agradecerles su colaboración como para exponer el pensamiento que tenía respecto del papel de la mujer en su gobierno:

“No podría este Gobierno intentar la ambiciosa empresa de crear un nuevo Estado, sin la participación activa y enérgica de la mujer. La formación de nuevas generaciones, que lo integrarán mañana, está en las manos de las madres de hoy. (...) Chile necesita y agradece el aporte técnico de sus profesionales femeninas, y lo aprecia en el alcance de su brillante capacidad. Pero no subestima por eso la labor

¹⁷³ Ver POWER, *op. cit.*, p. 5.

anónima de las mujeres que trabajan en el laboratorio silencioso del hogar, velando por resguardar el más precioso capital de la nación: el cuidado de sus hijos, esperanza futura de la Patria. Por el contrario, creemos que es necesario hacer mayor conciencia, en la propia mujer y en la sociedad entera, del valor de la tarea que a ésta le corresponde, y también de la dignidad inherente a su condición de tal”.¹⁷⁴

Vemos como este discurso se asemeja fuertemente al mostrado anteriormente en la editorial de una revista para mujeres del año 1960. El otorgar un sitio aparentemente privilegiado a la mujer en el hogar se contraponen a la idea de modernidad y avance que supone el ingreso de las mujeres al trabajo. Esto continuó durante toda la dictadura de Pinochet, tanto por él mismo como por su esposa, Lucía Hiriart y por sus colaboradores. En el caso de Lucía Hiriart, como presidenta de CEMA Chile, la entidad que aglutinaba los centros de madres, en repetidas ocasiones aludió a las responsabilidades naturales de las mujeres, exhortándolas al servicio desinteresado y sin claudicar hacia otras personas.¹⁷⁵ Según Eugenia Brito, para la derecha que apoyaba la dictadura, la mujer era la gran protagonista, su función de reproducción era fundamental para aumentar la población del país, y la nueva generación sería la gestora del gobierno militar. Por este motivo, continúa la autora, era tan necesaria la acción de la Secretaría Nacional de la Mujer creada durante este periodo.¹⁷⁶

Todos los medios puestos a disposición del régimen dictatorial fueron utilizados para reforzar la imagen de la “mujer chilena”, en especial el sistema educacional, los medios de comunicación social (recordemos que fuertemente censurados y en algunos casos pautados por el régimen) y toda la red de organizaciones sociales y comunitarias que le eran afines (juntas de

¹⁷⁴ “La Junta de Gobierno se dirige a las mujeres de Chile”, discurso pronunciado por Augusto Pinochet en el edificio Diego Portales, ante varios miles de dirigentes femeninas, el día 24 de abril de 1974. Tomado de “República de Chile. Primer año de la Reconstrucción Nacional”, Santiago, Editorial Gabriela Mistral, 1974. En VALDÉS, Teresa: *Material de Discusión, núm. 94: Las mujeres y la dictadura militar en Chile*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, 1987, p. 23.

¹⁷⁵ PIEPER, *op. cit.*, p. 135.

¹⁷⁶ BRITO, Eugenia: “Roles sexuales: Diversas escenas”, en O. Grau, R. Deltsin, E. Brito y A. Fariás, *Discurso, género, poder. Discursos públicos: Chile 1978 – 1993*, Santiago de Chile, LOM – ARCIS, 1997, p. 66.

vecinos, centros de madres, grupos juveniles, asociaciones deportivas, etc.).¹⁷⁷ Veamos por ejemplo las palabras que dirigió un exdiputado de derecha, Maximiano Errázuriz, que asistió a principios de los años ochenta a una reunión de centros de madres para dar una charla sobre *Libertad y moral*. En esta participaban principalmente dirigentes de una zona de clase alta de Santiago:

“(...); fui varias veces candidato a diputado, todas esas veces, cuando fracasé, mi mujer estaba a mi lado; en cada fracaso que yo tuve, cuando llegaba a mi casa triste y abatido, mi mujer estaba a mi lado apoyándome y ayudándome; pero cuando me iba bien, cuando ganaba una elección, cuando estaba contento, cuando mi casa se llenaba de gente, mi mujer se iba a la cocina, silenciosa y calladita a preparar todo lo necesario para que las visitas fueran bien atendidas; ella no se aparecía; trabajaba para que yo estuviera feliz con mis amigos; con esa mujer voy a ir a comer yo esta noche”.¹⁷⁸

Además de difundir las ideas tradicionales sobre la mujer, los centros de madres organizados en CEMA Chile y las actividades llevadas a cabo por el Servicio Nacional de la Mujer también se encargaban de adoctrinar a las participantes sobre el resto de la ideología de la dictadura.

Respecto de los medios de comunicación, durante esta época nos encontramos con la expansión de la televisión, en la cual las telenovelas, especialmente las chilenas, combinaban las imágenes de la nueva mujer (moderna, trabajadora) y aquella que luchaba incansablemente por el amor, sus hijos y su familia. Un claro ejemplo de esto es la telenovela *La madrastra*, que en 1981 alcanzó gran éxito en el país.¹⁷⁹ Esta historia, bajo las tramas de intrigas, venganza, celos, búsqueda del éxito económico, amores juveniles y divisiones familiares, tenía un trasfondo muy claro: la lucha de una madre, que había sido injustamente culpada de un asesinato y condenada a pasar 20

¹⁷⁷ VALDÉS, Teresa, 1987, *op. cit.*, pp. 6-7.

¹⁷⁸ Maximiano Errázuriz, charla sobre “Libertad y moral” a dirigentes de CEMA Chile en Las Condes, en LECHNER y LEVI, *op. cit.*, p. 29.

¹⁷⁹ MOYA, Arturo (guionista): *La madrastra*, Santiago de Chile, Canal 13, 1981; ROJAS y ROJAS, *op. cit.*, p. 402.

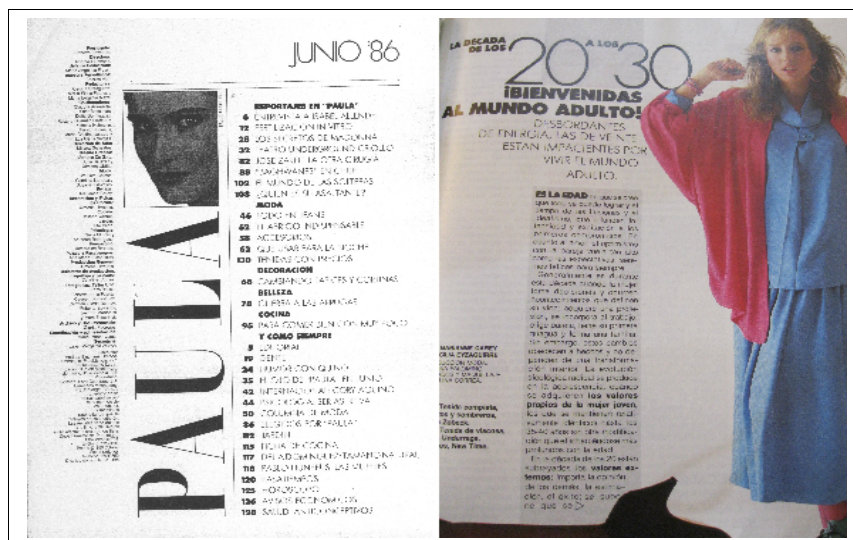
años de su vida en una cárcel en los Estados Unidos, por recuperar el amor de sus hijos/as y de su esposo, cosa que obviamente consigue, luego de vencer muchos obstáculos, en el último capítulo. En esta historia, al igual que en otras series y telenovelas, también es posible descubrir el mensaje de lo que le ocurre a las otras mujeres, a aquellas que se escapan de la norma de ser bondadosa, entregada a los demás, sumisa y abnegada: acaban solas, enfermas, con adicciones o muertas. La imagen de la antagonista sola, abandonada, alcoholizada y trastornada quedó en la retina de los/as televidentes durante muchos años.

Las revistas de mujeres, por su parte, también presentan este doble discurso de tradición conviviendo con la modernidad. En la revista *Paula*, por ejemplo, en la presentación del número 480 de junio de 1986, plantea que las editoras han tomado la decisión de replantar su línea editorial ante los cambios generados en la participación de las mujeres en la sociedad de esos años. ¿A qué mujeres querían llegar como público?:

“A ellas queremos llegar: modernas, audaces, creativas, innovadoras, oportunas, cultas e informadas. Seguras de sí mismas, idealistas en sus ambiciones y prácticas en su modo de afrontar conflictos. Mujeres valientes y responsables para pelear por lo que consideran justo. Sensatas y criteriosas para buscar soluciones... Por ello, PAULA es una revista hecha por mujeres, con mujeres y para mujeres”.¹⁸⁰

Sin embargo, las secciones y los contenidos de la revista nos siguen mostrando aquellas áreas en las que las mujeres desplegaban sus supuestas habilidades y responsabilidades naturales, así como las preocupaciones que deben tener para el bienestar de la familia y el hogar. Aunque es posible que esto haya sido parte de una estrategia de mercado para ampliar los nichos de lectoras, la mantención de las estructuras en conjunto con el discurso innovador sigue transmitiendo el mismo mensaje de avanzar pero sin dejar de lado las señas identitarias del género femenino.

¹⁸⁰ ELUCHANS, Andrea: “Editorial”, en revista *Paula*, núm. 480, junio 1986, p. 5.



ILUSTRACIONES 2.2.-6 y 7. Izquierda: Índice de secciones y contenidos revista *Paula*. Moda, decoración, belleza, cocina, salud y jardinería se mezclan con secciones de entrevistas a personalidades, análisis de política internacional o diversas artes (plásticas, escénicas, etc.). Fuente: Redacción: “Índice”, en *Paula*, núm. 480, junio 1986, p. 3. Derecha: Belleza, moda, actitudes, valores y experiencias que deberían tener las mujeres según su edad, en este caso, entre los 20 y los 30: adquirir profesión, incorporarse al trabajo, tener su primer hijo y formar una familia. Fuente: CAREY, Marianne y EYZAGUIRRE, Cecilia: “¡Sáquele partido a su edad!”, en *Paula*, núm. 484, julio 1986, p. 53.

Esta imagen de la “mujer chilena”, ensalzada por la dictadura, se contrastó con la realidad que vivieron miles de mujeres al ver cómo el propio régimen violaba estos roles al dejarlas sin esposos, sin hijos/as, sin familiares, por medio de las muertes y desapariciones que llevó a cabo, así como las dificultades para mantener su rol de dueñas de casa en las crisis económicas que se sucedieron. En los primeros años del régimen, muchas fueron las mujeres que actuaron, movidas por su identidad de madres o esposas, siendo capaces de salir y exigir el paradero de seres queridos y justicia por los actos cometidos en su contra, así como participar en organizaciones populares, de iglesias, de apoyo a la sobrevivencia, etc.¹⁸¹ Según Salazar y Pinto, durante el período más activo de las protestas nacionales (años 1983 al 1987) las mujeres fueron parte fundamental en la resistencia activa al régimen, tanto por medio de organizaciones propiamente femeninas como otras de derechos humanos, de subsistencia o incluso la lucha armada:

“La movilización de la mujer durante este período respondió a la cuádruple condición de ser humano, ciudadana, mujer y, sobre todo, madre-esposa-hermana-

¹⁸¹ Ver PIEPER, *op. cit.*, p. 153; HEVIA, Solange y RODÓ, Andrea: “Consideraciones en torno a la participación de la mujer popular en los espacios locales: ¿Protagonismo o una nueva forma de subordinación?” [en línea], en *Cuaderno de Desarrollo Social*, II época, núm. 9, 1991. Disponible en «http://pdf.usaid.gov/pdf_docs/PNABM194.pdf» [Consultada 22 junio 2011], pp. 138-139.

amiga de los/as caídos/as. Es decir, respondió a la electricidad **solidaria** que recorrió, en transversal, todos los sectores sociales más golpeados por la dictadura”.¹⁸²

Finalmente, ya en los años noventa y retomada la democracia, en el espectro político del centro izquierda que estaba en el gobierno la imagen de la mujer era principalmente transmitida por el Servicio Nacional de la Mujer. Las palabras de la primera ministra que asume tras su creación, Soledad Alvear, son recogidas por un periódico al día siguiente de su juramento y entregan parte de la visión sobre las mujeres, en las cuales, si bien nuevamente se realza la importancia de su rol en el hogar, también se alude a la situación de desigualdad tanto en los cuerpos legales como en la vida cotidiana:

“«La integración social, que es la base del equilibrio de una sociedad democrática, requiere de la incorporación plena de todos los sectores que la componen. Las mujeres conforman más de la mitad de la población, y aunque nuestra Constitución les asigne igualdad ante la Ley, ésta no está realmente contemplada en numerosos cuerpos legales. La vida diaria nos revela una preocupante situación de desventaja, en especial en los sectores más pobres. Nuestro Gobierno ha puesto especial énfasis en su política social, en la búsqueda de un crecimiento con equidad. En tal contexto, la situación de la mujer reclama un lugar prioritario» (...). La Ministra Alvear hizo presente que las mujeres conforman más del 30% de la fuerza laboral chilena, pero no tienen, salvo excepciones, los trabajos mejor remunerados, y son discriminadas en cuanto a las oportunidades de acceso a las ocupaciones. Realzó la importancia del valor de la mujer al interior del hogar y fuera de él, como asimismo en todos los campos del desarrollo”.¹⁸³

En el otro extremo político, la derecha no creía que hombres y mujeres pudieran ser iguales,

¹⁸² SALAZAR y PINTO, 2002a, *op. cit.*, p. 198.

¹⁸³ Redacción: “Primera Ministra juró en el Gabinete de Aylwin”, en *La Tercera*, 4 enero 1991, p. 7.

pues seguían considerando que el principal papel de la mujer era el ser madre y dueña de casa, ejerciendo un rol irremplazable tanto en el hogar como en la familia.¹⁸⁴ Esta imagen está muy relacionada con lo expresado por la jerarquía de la Iglesia Católica quienes, luego del paréntesis que significó el rol jugado durante la dictadura, volvieron a renovar los discursos conservadores, especialmente en lo que a la familia y los roles de género se refiere. Un ejemplo de ello lo da Orozimbo Fuenzalida, Obispo de San Bernardo¹⁸⁵ entre 1987 y 2003, citado por Riet Delsing:

“La mujer necesita protección y busca un hombre para ser protegida. Necesita también, porque es un ser humano, realizar los actos sexuales que son hechos en forma normal dentro de un hombre y una mujer, y necesita el aporte económico para sustentación de los hijos, porque ella, entre criar al hijo o amamantarlo y trabajar... no puede hacer, muchas veces, las dos cosas; son pocas las veces en que alguien contrata a una mujer criando. Entonces ahí hay unas razones, y si ustedes eso lo llaman poder, yo diría más bien que poder, necesidad, como una presión social, física y moral, porque de otra manera no puede subsistir. La mujer, aunque sea una prostituta no le gusta estar a merced del hombre que pasa, le gusta, a veces, depender de un hombre”.¹⁸⁶

A través de este breve recorrido hemos podido observar la forma en que el ideal de la “mujer chilena” como esposa, madre y dueña de casa se ha ido construyendo y manteniendo por medio de los discursos y mensajes de diferentes actores e instituciones a lo largo de la segunda mitad del siglo veinte. El impacto que esto ha tenido en los diferentes niveles de la sociedad es amplio y al mismo tiempo ha servido para retroalimentar la imagen de la mujer tradicional, a pesar de los cambios que se fueron produciendo tanto por el proceso modernizador del país como por la

¹⁸⁴ BRITO, 1997, *op. cit.*, pp. 84-86.

¹⁸⁵ Un ayuntamiento del Gran Santiago.

¹⁸⁶ DELSING, Riet: “Sobre mitos y relatos: el discurso chileno sobre la familia”, O. Grau, R. Delsing, E. Brito y A. Fariás, *Discurso, género, poder. Discursos públicos: Chile 1978 – 1993*, Santiago de Chile, LOM – ARCIS, 1997b, p. 158.

experiencia de diecisiete años de dictadura y el posterior retorno a la democracia. Quienes han estudiado este tema en la sociedad por medio de investigaciones empíricas (cualitativas y cuantitativas) nos dan cuenta del impacto que esta idea tenía en la vida de las mujeres (y también de los hombres). Por ejemplo, Teresa Valdés realizó los años 1983 y 1984 una serie de entrevistas a mujeres pobladoras de Santiago, y obtuvo como conclusiones que ellas se movían en tres espacios culturales: ser madre, esposa y dueña de casa; donde el ser madre “... *constituye el espacio de mayor legitimidad social de la mujer. La 'madre' es la figura cultural donde se ensalzan sus virtudes, principalmente su abnegación y sacrificio*”.¹⁸⁷ La forma en que una mujer cumplía este rol sería esencial para la forma en que se la juzgara, por lo cual quedaba expuesta a aceptar todo tipo de sacrificios para representarlo de la mejor forma posible; y quien no podía ser madre vería que le faltaba el principal propósito a su vida, quedando condenada a la soledad y a no ser una mujer en el pleno sentido de la palabra, pues los hijos eran lo mejor que podía ocurrirle y eran quienes entregarían las mayores felicidades y gratificaciones.¹⁸⁸

Es con estos conocimientos sobre una imagen aparentemente única de mujer que podemos reconocer y comprender lo que nos transmitieron las entrevistadas respecto de sus pensamientos y experiencias de la vida de adultas. El ser madre es lo primero que surgió de manera espontánea, estaba siempre presente en los relatos. Tal como veíamos anteriormente, la maternidad era para ellas un destino, incluso para las que no pudieron tener hijos, pues lo vivían como una carencia. En algunos casos, el ser madres había sido lo que les había permitido salir adelante a pesar de los años de violencia. Sus hijas/os se transformaban en su orgullo, en la demostración que habían realizado bien su tarea a pesar de todas las dificultades que habían experimentado. En sus relatos se observa

¹⁸⁷ VALDÉS, Teresa: *Documento de Trabajo FLACSO núm. 269: Ser mujer en sectores populares urbanos*, Santiago de Chile, FLACSO, 1985, pp. 5-6. Un hallazgo similar aparece en la investigación realizada con historias de vida de mujeres de poblaciones de escasos recursos en Santiago un año antes, en las que se concluyó que la maternidad se transformaba en un soporte fundamental en la construcción de identidad de las mujeres, y que los dolores y sacrificios asociados a este rol eran visto como algo natural o propio a la condición de madres. MARSHALL, Teresa: “La demanda de las mujeres”, en *Proposiciones*, vol. 11, 1984, p. 70

¹⁸⁸ *Ibidem*, pp. 6-7.

la creencia de que el cariño y dedicación que las mujeres habían entregado eran lo que había permitido que las/os hijas/os hubieran podido salir adelante y no caer en acciones contraproducentes (por ejemplo, consumiendo alcohol o drogas), superando con ello el haber sido testigos de la violencia del padre hacia la madre (y en ocasiones hacia ellas/os mismas/os). También vemos que se tiene en alta consideración la educación de sus hijas/os, y en esta las mujeres jugaban un doble papel: por una parte realizaban una tarea educativa en el hogar, entregando valores y ejemplos positivos, y por otra parte, se preocupaban de que sus hijas/os aprovecharan la educación formal, vigilando la asistencia al colegio y el cumplimiento de las tareas que desde este se encomendaban. Es importante hacer notar que las características propias de las/os hijas/os no parecen tener tanta importancia como el rol ejercido por las madres.

Los resultados de lo que ellas consideraban un trabajo bien hecho, lo expresaban por medio de las acciones positivas que realizaban las/os hijas/os en la actualidad: quienes trabajaban apoyaban a la madre ya fuera económicamente y/o con un espacio para vivir, quienes continuaban sus estudios lo hacían con buenas calificaciones y/o demostrando esfuerzo, quienes tenían menos recursos económicos entregaban apoyo emocional, entre otras. De esa manera lo sentía Nancy:

[Nancy] “(...), pero mi recompensa es cuando el año pasado mi hijo salió el mejor trabajador del año y nos llamaron a la familia para que le entregaran el premio... sabe el orgullo que sentí, yo dije «Dios mío, a lo mejor todas mis penas valieron la pena», porque yo en estos momentos soy feliz porque veo a mis hijos triunfadores...”.

Estos logros servían a las mujeres para justificar el haber permanecido en la relación en la que se ejercía violencia contra ellas. Todos los esfuerzos y sacrificios parecían haber valido la pena, cumpliendo así con lo que se esperaba de ellas. Pero esto no era lo único. También las/os hijas/os eran algo propio, algo que les pertenecía de alguna manera, y que les daba felicidad. Las emociones que manifestaban quienes hablaban así de sus hijas/os eran de alegría, de confianza y de esperanza,

pues no se sentían solas; el control que había ejercido la pareja podía haber alejado a familiares y amistades, pero sus hijas/os estaban ahí, como en el caso de María:

[María] “Mire, yo le voy a decir una cosa, yo ya pasé mucha cosa en la vida, aguanté lo que no debí haber aguantado..., pero una cosa hice bien... mis hijos, ellos son míos, no de él, él ni los miraba, pero yo les di todo, todo mi amor y ahora ellos me devuelven ese amor, en cambio él está solo, ahí tengo mi tesoro...”.

Sin embargo, en otras ocasiones surgió la preocupación de haber cumplido bien con el rol, pues no estaban seguras si lo que hicieron estuvo bien, especialmente cuando alguna/o de sus hijas/os no había mostrado los resultados que ellas esperaban. En esos casos se manifestaba en ellas un temor a ser juzgadas como madres, por lo que recurrían a justificaciones (“nadie me enseñó”) o autoafirmaciones (“traté de ser buena madre”). En ocasiones es posible apreciar el daño que la violencia psicológica dejó,¹⁸⁹ pues algunas entrevistadas dudaban de sus propias cualidades como madres, mostrando una baja autoestima que se extendía al resto de sus capacidades. A Regina, por ejemplo, le daba temor no haber sido una buena madre:

[Regina] “Dios quiera que haya hecho las cosas bien, uno nunca sabe..., yo hice lo que pude, pero él siempre me dijo que yo no valía pa' na'... ¿cómo sé si lo hice bien con los cabros? Uno los ve bien, pero yo a mi mari'o también lo veía bien cuando me casé... Dios quiera, Dios quiera”.

Enfrentarse a esta realidad no era fácil, pero en la etapa en la que la mayoría de las entrevistadas se encontraban (de reelaboración de su pasado tras un proceso reparatorio), algunas eran capaces de identificar las dificultades que la violencia de parte de sus parejas había generado en la crianza. Estas mujeres planteaban las restricciones que sus parejas les habían impuesto para con algunas/os hijas/os (especialmente con hombres), a quienes no podían regañar, ordenar hacer

¹⁸⁹ Un recurso constantemente utilizado por las parejas para agredir a las mujeres era cuestionar su habilidad como madres.

cosas o castigar, por poner algunos ejemplos. De esta forma, consideraban que no habían podido ser la madre que hubieran querido, y hacían referencia a otras/os hijas/os con comportamientos positivos, con quienes sí habían podido ejercer este rol acorde a sus propias ideas, de modo de demostrar su teoría. Hacemos notar, sin embargo, que tampoco en estas reflexiones tenían cabida las personalidades y experiencias de las/os hijas/os, pues lo relevante era el trabajo de la mujer con ellas/os.

Frente a este compromiso con el rol materno que mostraban las entrevistadas, encontramos que se consideraba que el peor error que una mujer podía cometer era el no hacerse cargo de este papel. Abandonar a las/os hijas/os para escapar de la violencia que se ejercía contra ellas era prácticamente impensado, pero hacerlo para iniciar una vida con otra pareja era algo completamente censurable, era una afrenta y un comportamiento que no se podía aceptar, especialmente en una sociedad como la chilena. Sin embargo, una de las entrevistadas lo hizo, pagando un alto costo por ello. Lo primero que observamos en su relato es el sentimiento de una profunda culpa ante este hecho; luego, el deseo de resarcirse, de demostrar que a pesar de considerarlo un error imperdonable, el imponerse un castigo y una vida de sacrificio podía conseguir que ella recuperara el amor y la confianza de sus hijas/os, y también de poder dar la cara frente al resto de la familia y conocidos, pues la sanción social no se había hecho esperar:

[Vanesa] “Después, eh... recuperaré a mis hijos, los recuperaré y... sobre todo a mi niña que era tan chica, me quedó claro que era... la visión acá en nuestro país es terrible si dejas a tus hijos, entonces recuperaré a todos mis hijos. Pero como yo había sido la que fallé, y le reitero que yo estaba casada con un hombre muy bueno, yo me fui al sacrificio y llevaba dos casas”.

La experiencia de criar a los/as hijos/as también se reflejaba en los relatos como algo que la mayoría de las mujeres debió enfrentar en solitario. En los casos en que la familia vivía junta,

algunos hombres no ejercían el rol paterno, dejando la crianza en manos exclusivamente de las mujeres. Así, por ejemplo, no asistían a reuniones de padres en el colegio, no acompañaban a hijas/os a revisiones de salud ni las/os cuidaban cuando enfermaban, no las/os aconsejaban, educaban o preocupaban del desarrollo emocional, entre otras situaciones. Si, además, los hombres vivían algunas temporadas en otras casas o ciudades (ya fuera por trabajo u otras situaciones), las mujeres podían incluso verse enfrentadas a velar económicamente por su bienestar y el de sus hijas/os. Los sentimientos que emanaban de este esfuerzo se mezclaban entre la pena, la rabia y el asumir que era algo “natural” que las mujeres se preocuparan más por la familia que los hombres. Jessica lo recuerda de la siguiente manera:

[Jessica] “Él ha salido de la casa a vivir con otras mujeres y no se ha preocupado de la niña, de sus estudios, de la crianza ¡nada! Él se fue, «me voy, me voy, arréglatelas como tú querai'», así me dijo cuando se fue una vez... en el año 1980... En ese año la niña tenía tres años cuando se fue, así que ahí seguí luchando por la casa, pagando contribuciones, pagando luz y agua y..., y criando la niña”.

Por otra parte, en los relatos también es posible encontrar críticas a las propias madres, quienes en algunos casos se consideró que no actuaron según los parámetros de lo que exigía ese rol. Ante esto, los sentimientos que surgían hacia las madres eran negativos, de cuestionamiento por sentir que no habían sido cuidadas, que no habían sido queridas, que no les habían transmitido buenas enseñanzas, que, a pesar de estar presentes físicamente, no lo estaban al momento de necesitar apoyo y acompañamiento, en fin, de no haber sido “buenas madres”. Según Lourdes, el tener a su madre cerca no le significó ningún provecho:

[Lourdes] “Te puedo decir que aparte de todo lo que me ha pasado, sabís que a una no le pasa por bruta, le pasa porque... nadie te enseña... Hay cabras que o tuvieron a sus papás, o que tuvieron otro tipo de vida, porque a lo mejor tuvieron otro tipo de mamá, depende todo de la familia. Yo tuve una mamá ausente, presente pero ausente

¿cachai¹⁹⁰? Mi mamá vivió todos los días conmigo pero mi mamá nunca estuvo conmigo, no era de esas mamás que te aconsejan, no era de esas mamás que te guiaba... ella... ella vivía su vida no más, casá', viuda, era la misma cosa no más (baja la voz)".

Como consecuencia de haber experimentado estos sentimientos, las mujeres manifestaban que había sido su deseo actuar de forma opuesta a como lo hicieron sus madres, estando presente para sus hijas/os, entregándoles apoyo, cariño, cuidándolas/os, enseñando, etc.

Por el contrario, el no haber podido ser madres se vivía con dolor, con la sensación de un vacío que no se podía llenar con nada más, y con el convencimiento que no eran mujeres completas, pues no habían podido cumplir el rol más importante de todos. Este hecho, y los sentimientos de vergüenza y tristeza que generaba en las mujeres, era aprovechado por sus parejas, quienes lo utilizaban como argumento al momento de ejercer violencia psicológica. Podemos inferir que esto se debía a que ellos compartían la idea de que el principal papel de la mujer era ser madre, o por saber que haciendo alusión a ello lograban rápidamente el efecto que deseaban: dañar emocionalmente a la pareja. La historia de Rosario es un ejemplo de ello:

[Rosario] "Así pasaron los años, señorita, así sin más, y yo que no lograba quedarme embarazada, perdí dos niños apenas casarnos, las penas más grandes de mi vida, él estaba, estaba como una fiera, me echaba la culpa de todo, que no le daba un hijo, que no era capaz de retenerlos dentro mío, y así mismito me sentía yo, una inútil, sentía que no era una mujer de verdad, y yo que no entendía mucho de eso, los médicos no explicaban nada, me decían que era normal no más, me preguntaban lo que hacía, y después me decían que era normal, que no era mi culpa, pero yo sentía que era mi culpa, y mi mari'o me lo repetía todo el tiempo".

¹⁹⁰ "Chachai" es una expresión que busca saber si quien escucha ha entendido una situación narrada por su interlocutor/a.

De esta forma, vemos la importancia que las mujeres otorgaban a este rol, aunque también es relevante destacar las excepciones, en este caso una mujer que había ido realizando cambios en su vida (antes y después de acudir a terapia psico-social-jurídica en un centro especializado en violencia de género) y que estaba modificando el discurso de la madre que lo entrega todo por sus hijas/os. A pesar de que expresaba gran cariño por ellas/os y preocupación por su bienestar, también consideraba que una vez mayores eran seres independientes y que por lo tanto ella debía velar por su propia persona:

[Inés] “Entonces al final llegué y... ah, cuando jubilé tenía casi siete millones, porque empecé a juntar también después la... ya mis hijos crecieron y yo dije «No, ahora es para mí, porque mis hijos crecieron y ya tendrán que arreglárselas de alguna manera», y empecé a juntar, a juntar y de repente «ay mamá que... no hay mantequilla» – «la margarina es más barata y es igual».”

Sin embargo, por sobre todo, del análisis podemos inferir que los/as hijos/as les habían dado felicidad. La pobreza, los problemas familiares en la niñez o juventud, la violencia una vez adultas, el trabajo, todo ello y mucho más quedaba en un segundo plano frente a lo que manifestaban las entrevistadas sobre el significado de haber tenido sus hijas/os. Aun en aquellos casos en que no sentían que el amor fuese recíproco, igualmente era una experiencia que en la madurez era valorada y apreciada. Así recuerda Regina las emociones que sintió con su primer hijo:

[Regina] “Feliz, Dios mío, qué feliz me sentí cuando lo tuve en mis brazos, nada nunca me lo borrará de la memoria, el momento más feliz... Con el segundo también, pero el primero... el primero no se puede describir...”.

El segundo rol que se manifestaba ampliamente en los relatos era el de dueña de casa. Ya fuera como el sueño que tuvieron cuando jóvenes para superar la pobreza o como la forma de trabajo que habían comenzado tempranamente. El ser ama de casa era una tarea que consideraban

que debían llevar a cabo les gustara o no, tuvieran un empleo o no, estuvieran sanas, enfermas, cansadas, tristes, nada de ello cambiaba el hecho de que cumplir con ese rol era parte intrínseca de lo que conllevaba el ser mujer:

[Rosario] “Fui tan feliz cuando la dejé [a mi patrona], pensé que toda mi vida se había resuelto, que ya no iba a tener más problemas, que iba a tener muchos hijos y vivir en mi casita, el sueño de toda joven yo creo”.

En los relatos las entrevistadas también entregaron opiniones sobre lo que era ser buena dueña de casa: preocuparse del cuidado de los/as hijos/as, de sus estudios, de su salud, de economizar y ahorrar en las compras para el hogar, hacer el aseo, entre otros. Además, no se consideraba el ser dueña de casa como un trabajo, era una obligación, por lo que no era una labor que se valorara de igual forma que se hacía con un empleo. En el caso de Vanesa, ella no sentía que su trabajo se tomara en cuenta:

[Vanesa] “Yo entregué la otra parte, pero está bien, así tiene que ser uno como dueña de casa, ir a reuniones y preocuparse del estudio, y enseñar y todo eso. (...), si bien es cierto yo no he trabajado nunca, pero uno como dueña de casa siempre anda economizando, para que él hubiese pagado la casa, para que vivamos en la mejor forma, eso no, no lo toman en cuenta”.

En algunos casos, la vida de dueñas de casa la tuvieron que compaginar con empleos formales, pero eso no significaba que pudieran dejar el trabajo del hogar a un lado. La doble jornada es el término que hoy se utiliza para describir esta situación, pero para ellas era algo que experimentaban diariamente:

[María] “Cansada, siempre andaba cansada... ¿sabe lo que es limpiar una casa, preparar la comida, cuidar a niños ajenos y después llegar a la suya y empezar todo otra vez? Ahora, recién ahora algo de descanso tengo..., una sola casa se me hace

nada, a pesar de que ya no tengo la fuerza de antes”.

El ser dueñas de casa también era un motivo de preocupación cuando los esposos o parejas ejercían violencia psicológica y se referían en forma despectiva o con reclamos a la labor que supuestamente era responsabilidad femenina. Esta estrategia dejaba en claro quién era el que tenía el poder en la relación de pareja y en el interior del hogar, y frente a la imagen de reina o ángel del hogar que se difundía por diferentes medios, las mujeres se enfrentaban a una realidad en la que la desvaloración constante les hacía imposible sentirse iguales a las otras mujeres:

[Marcela] “No me gusta recordar, es triste, uno siempre tratando de hacer lo mejor y él puro reclamando, daba miedo, si pasaba como haciendo revista, ni una mota de polvo podía encontrar que yo me ponía a temblar... su mirada lo decía todo... iban a comenzar los gritos otra vez (baja la voz)”.

Finalmente, el rol de esposa es el que más escasa y amargamente aparece en los relatos. Quienes tenían ilusiones durante el noviazgo, rápidamente fueron olvidándolas producto de las experiencias de violencia que fueron viviendo. Quedó el deber ser: tenían que ser serviciales, sumisas, preocupadas por el bienestar del esposo, entre otras obligaciones. No debían esperar a cambio una palabra amable o un reconocimiento, más bien lo contrario, silencio o reclamos eran las respuestas que recibían (y algunas todavía reciben) de los esposos:

[Lourdes] “Claro que fue muy machista siempre, él era de los que, bueno, todavía, él se sienta y yo tengo que ir a servirlo... porque soy bruta... (...) Y ahora cargar con, con lo que tengo... un mari'o machista... un marido servido porque él no mueve un de'o pa'na”.

[Jessica] “Si mi hija me traía una empana' para mí, entonces «Si mi papá tiene plata, que compre él», no, yo la calentaba en el microondas y la mitad para él y la mitad

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

para mí, si me traía un pedazo de queque igual, la mitad para él, yo jamás fui de las de andar comiendo la comida a escondidas, sola, ¡todo lo repartía con él!... Pero él no agradecía na'...”.

De esa forma, ser esposa era más una carga que una experiencia que les entregara momentos de felicidad. Prácticamente no había espacio en ese rol para el disfrute, para compartir y crecer en pareja, eso quedaba fuera de su alcance por más que pusieran empeño en ello.

XXX

En resumen, podemos ver cómo en Chile se buscó formar una imagen única de mujer, en la cual no cabían distinciones por clase social, origen rural, pertenencias a pueblos originarios, inmigrantes, etc. La mujer chilena era, según este estereotipo, blanca, de clase media-alta, urbana, heterosexual, casada, con hijos, esforzada, abnegada y feliz, una imagen imposible de cumplir por la mayoría de las mujeres del país. Eso no impedía que se intentara seguir las normas de comportamiento establecidas, y en el caso de las entrevistadas, a pesar de enfrentarse al dolor y el temor producidos por la violencia experimentada en sus relaciones de pareja, se sintieran en la obligación de hacer lo que se esperaba de ellas: ser buenas madres, buenas esposas y buenas dueñas de casa.

Sin embargo, esto también significó para la mayoría una oportunidad para la felicidad, especialmente en lo referido a la maternidad, la cual se manifestó como el rol más importante y el que más recompensas les generó. En el otro extremo, el rol de esposa es el que menos satisfacciones parece haber entregado, el escaso número de menciones al respecto y el tono amargo que tenían las que hablaron de este papel nos hablan de los efectos de la violencia y de las dificultades para identificarse con las imágenes de la esposa feliz de los finales de cuentos y

telenovelas.

2.2.2. “Un hombre que traía todo para la casa”. El rol masculino de proveedor

[Jazmín] “Él no era malo, es que se enojaba mucho no más, pero igual me daba pena, yo lo quería mucho, si era buen marido, trabajador, preocupado de tener de todo, incluso en los tiempos más difíciles, que acá la cosa no estuvo fácil en un tiempo, pero él se las arreglaba y yo con el negocito aquí podía tener algo extra, fue algo que me sirvió”.

Jazmín, en su relato, nos habla claramente de lo que se esperaba de un hombre en Chile, sobre cuáles debían ser sus comportamientos y los roles que debían ejercer para recibir la etiqueta de “buen hombre” o “buen marido”. Al igual como vimos en los apartados anteriores para el caso de las mujeres, esta imagen no es algo casual, sino que se ha ido formando a través de los años, y en la ella confluyen los modelos familiares, las clases sociales, los diferentes periodos históricos, el pensamiento y los valores de la sociedad, la influencia de los medios de comunicación de masas, entre otros.

Desde los primeros tiempos de la nación hasta el presente, diversos son los aspectos positivos que social y culturalmente se han resaltado respecto de la masculinidad en los hombres chilenos: desde el carácter de sus militares como héroes vencedores, nunca vencidos; la astucia y la picardía del “roto chileno”; la autoridad y fortaleza del dueño de fundo o la imaginación y talento de sus poetas y escritores, entre muchos otros. También se han evidenciado sus debilidades, pero de forma tal que nunca llegan a opacar sus fortalezas y sus logros, los cuales no solo los habrían beneficiado a ellos, sino supuestamente a toda la nación. Veamos un ejemplo sobre el llamado “roto chileno”:

“Fatalista, pendenciero, enamorado, aventurero, ladino, dicharachero, con la talla¹⁹¹

¹⁹¹ La palabra “talla” equivale a “broma” en España.

a flor de labios, viajero incansable en su ruta sin puertos; he aquí algunos rasgos distintivos en la original psicología de nuestro 'Roto' (...). El día 20 de enero ha sido consagrado como el 'día' tradicional del 'roto' chileno. Más que recuerdo de una pasada epopeya es el homenaje permanente a la fortaleza de la raza, con un destino heroico y ejemplar (...). Ara la tierra con paciencia como supo ganar batallas con singular heroísmo. Va por el mar, como un Nelson, porque lo estima suyo y se encarama en cuarenta y cinco minutos en un morro defendido por mil bombas traidoras, porque le gusta ver su bandera en el más alto pináculo. Se esconde en el seno de la tierra, para volver negro del calor de sus entrañas, trayendo en las manos fuerza, calor y luz. Aprende a manejar una industria, una máquina, un motor, una herramienta, con rapidez que asombra a los que vienen a enseñarle su manejo. Se echa al hombro una montaña de trigo con la misma facilidad con que recoge un huérfano para llevarlo a vivir junto al semillero de sus hijos, en el rancho humilde. Tiene la inteligencia a flor de piel, y la gracia ancestral le fluye como la miel de una palmera. De espíritu travieso, como el de un niño, se echa a la espalda las penas de la vida, y se va cantando por sus amplios y terrosos caminos”.¹⁹²

Como vemos en esta descripción, el hombre, en este caso el “roto chileno”, no solo es un héroe por sus gestas, también lo es por su trabajo, pues este le otorga una dignidad y una razón de ser en los tiempos de paz. El hombre es quien labra la tierra, quien enfrenta la mar como pescador, quien se adentra en la tierra para extraer el carbón y otros metales, y quien trabaja en la fábrica o el taller. Sus méritos no son solo el esfuerzo, sino su rápido aprendizaje, su solidaridad, su inteligencia y su alegría de vivir. En el caso de la mujer (la “rota chilena”), el autor hace una expresa alusión a su invisibilidad, pero de ella, coincidiendo con el apartado anterior, lo que destaca es la vida en el hogar, el mantenerlo cuando el hombre se desentiende, el trabajo como necesidad frente a la

¹⁹² VILLALOBOS, Arturo: “El roto y la rota”, en revista *Cauce*, núm. 24-25, marzo-abril 1966, p. 10.

ausencia masculina y la importancia que tienen sus hijos.¹⁹³

Sin embargo, no son solo las características que antes mencionábamos las que se asumen naturales al hombre¹⁹⁴. Estas se conjugan con el papel que tradicionalmente se le ha asignado dentro de la familia: ser el padre, la cabeza, quien da las órdenes, quien toma las decisiones, quien vela por su bienestar económico, cultural y social. Así lo recordaban en 1970, al analizar los cambios que experimentaba la familia chilena:

“En el medio rural, la vida lleva un paso más acompasado, las tensiones no se dejan sentir con la misma intensidad, aunque son frecuentes las miradas nostálgicas al pasado, cuando toda la familia, padres, hijos, nietos, se juntaban en kilométrica mesa a compartir las comidas. Los rezos, el trabajo, las fiestas, la enseñanza, se hacían bajo la rectoría del **paterfamilias**”.¹⁹⁵

Pero para llegar desde estos elementos a lo que las mujeres entrevistadas nos planteaban como el rol fundamental en el hombre, el ser proveedor, algunos autores concuerdan en que los cambios y políticas implementadas durante el siglo XX fueron fundamentales para este proceso. Por una parte, en lo referido a la clase media del país, el investigador José Olavarría plantea el importante papel jugado por el Estado, desde el inicio de ese siglo, en el fortalecimiento en los sectores medios de la población de un tipo de familia: la nuclear patriarcal. En esta se reafirmaba la autoridad del hombre/padre a la par que se le imponían ciertas responsabilidades, cada vez más específicas, hacia la pareja/esposa y los/as hijos/as. El proceso migratorio hacia las ciudades tuvo un efecto importante en la constitución de este tipo de familia, pues fue en este entorno en el cual el núcleo compuesto por el padre, la madre y los/as hijos/as se distanciaba de aquella familia

¹⁹³ *Ibidem*.

¹⁹⁴ Hablamos de hombre en singular, al igual como lo hicimos con “la mujer chilena” para indicar que nos referimos a la imagen, no a la diversidad de hombres que encontramos en la sociedad del país.

¹⁹⁵ ZAJER, Mary: “La familia: ¿Crisis o nuevo estilo?”, en revista *Eva*, núm. 88, julio 1970, p. 46. Destacado en el original.

extendida, de mesa kilométrica como nos describía en el artículo, característica de las zonas rurales. Al encontrarse en una situación de aislamiento mayor, sin las redes familiares que les habían acompañado tradicionalmente, esta nueva familia comenzó a depender del empleo paterno, así como del trabajo doméstico y de cuidado materno.¹⁹⁶

En el caso de los hombres de clase baja, Salazar y Pinto nos describen la promoción de una “hombria populista” impulsada por los diferentes gobiernos que se sucedieron desde 1938 a 1973. Este proceso consistió, principalmente, en que desde el Estado, por medio de instrumentos sindicales, de leyes adecuadas y de la ejecución de políticas, se otorgaran facilidades al trabajador (predominantemente masculino) que le permitieran mejorar la condición de proveedor principal (y habitualmente único) de su familia, todo bajo la concepción de que la mujer que lo acompañaba era una dueña de casa y sus hijos estaban insertos dentro de la educación formal. Dentro de las acciones presentadas en los programas electorales (de los sectores políticos de centro e izquierda), los autores destacan la asignación familiar, el seguro obrero, la política habitacional, la educacional y de salud, entre otras, como prueba de que se buscaba mejorar la situación de la vida de las familias de clase baja pues: *“La política social del populismo trabajó consistentemente en la idea de que la clase popular también podía y debía desarrollar un tipo de familia similar a la que las clases medias y altas proponían como ideal”*.¹⁹⁷

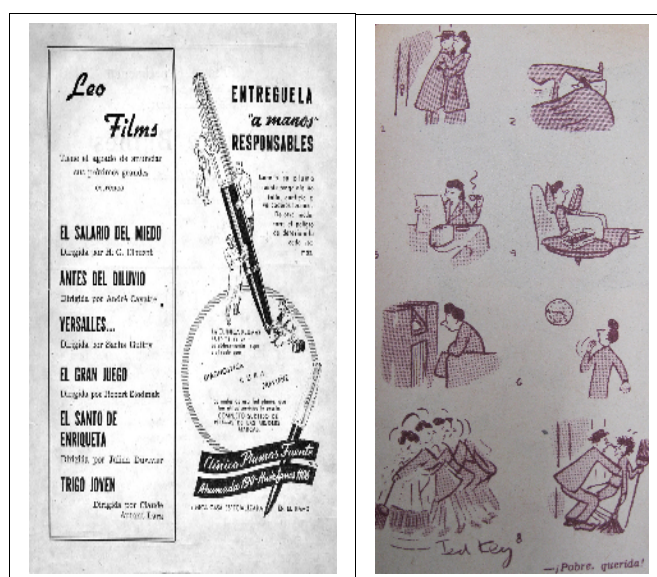
Por otra parte, dos factores más habrían estado en la base de la necesidad de los gobiernos por promover una familia nuclear patriarcal. En primer lugar, al constituirse las ciudades como grandes polos de atracción (especialmente la capital del país), comenzaron a llegar a estas todo tipo de personas, entre las cuales, los trabajadores temporeros (“gañanes”), generaron temor entre las

¹⁹⁶ OLAVARRÍA, José: “De la identidad a la política: Masculinidades y políticas públicas. Auge y ocaso de la familia nuclear patriarcal en el siglo XX”, en J. Olavarría y R. Parrini, *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile/Universidad Academia de Humanismo Cristiano/ Red de Masculinidad, 2000, pp. 14-15.

¹⁹⁷ SALAZAR y PINTO, 2002a, *op. cit.*, p. 86.

autoridades por la miseria en que habitaban, los problemas sanitarios que experimentaban y por la creencia de que las graves carencias que vivían les llevarían a cometer actos de delincuencia contra la población. En segundo lugar, el sector industrial naciente y el sector minero que aumentaba sus explotaciones comenzaron a demandar una mano de obra que tuviera ciertas características: que estuviera en buenas condiciones de salud e higiene, que se comportara de forma responsable y estable, y para la cual el trabajo tuviera una importancia tal que se motivara a mantenerlo. Hombres a cargo de una familia dependiente y demandante de cuidado y protección, se convertirían así en esta mano de obra requerida.¹⁹⁸

Junto al impulso dado por los gobiernos de la época, los medios de comunicación reforzaron esta imagen del hombre proveedor. Programas infantiles, series de televisión para adultos, anuncios publicitarios, chistes o editoriales, en cualquiera de estos medios se pueden encontrar modelos estereotipados que hacían alusión al papel que le cabía representar al varón al interior del hogar. Es importante destacar que algunos de estos medios no solo iban dirigidos a los hombres, sino a toda la población, por lo que también las mujeres se iban formando la misma idea respecto de la familia y las responsabilidades de cada uno/a dentro de ella. Veamos por ejemplo las siguientes imágenes:



¹⁹⁸ OLAVARRÍA, *op. cit.*, p. 15.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

ILUSTRACIONES 2.2.-8 y 9. Izquierda: Hombres realizando un trabajo técnico y de precisión. Fuente: *Séptimo Arte*, núm. 1, 1954. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=826>» [Consultada 19 marzo 2013], p. 19. Derecha: Chiste sobre la vida de una pareja moderna. Él es quien sale a trabajar fuera y ella “descansa” en el hogar. Fuente: *Eva*, núm. 260, marzo 1950, p. 49.

En ellas apreciamos dos aspectos del rol de proveedor masculino: En la primera, la publicidad remarca el carácter técnico del trabajo realizado, el cual queda en manos de hombres cuya característica es ser “responsables”, la cual recordemos que era una de las exigencias que se le pide al nuevo hombre trabajador. En la segunda, un chiste nos entrega información sobre la pareja de la época y los roles que les competen: El hombre es quien sale del hogar a trabajar y la mujer se queda en casa. Sin embargo, si miramos con detenimiento, el mensaje que se nos entrega además es el de que el trabajo doméstico es algo sencillo, que puede hacerse en cinco minutos; que la familia mostrada es de clase media, pues tienen electrodomésticos, come chocolates; y que la mujer es astuta, pues logra llevar una vida de tranquilidad y relax al interior del hogar (“su santuario”), mientras que el hombre debe enfrentarse diariamente a un trabajo para mantenerla.

Los/as más pequeños/as tampoco quedaron fuera de esta tendencia. La aparición y expansión de la televisión fue fundamental en este proceso: “*Aunque el auge de la televisión tomaría fuerza en la década del setenta, a fines de los años sesenta ya se puede observar el impacto que provocaban algunas series*”.¹⁹⁹ Algunos de los dibujos animados más famosos realizados en los Estados Unidos (que ejercieron una fuerte influencia cultural en Chile) dan muestra de los roles al interior de la familia. Es el caso de dos series producidas durante la década de 1960, que llegaron a Chile pocos años después:²⁰⁰ *Los Picapiedra*²⁰¹ y *Los Supersónicos*²⁰², producciones de Hanna Barbera que ubican a dos familias con cientos de años de diferencia en el mundo, pero con la misma estructura: un padre proveedor, una madre dueña de casa, e hijos/as

¹⁹⁹ ROJAS y ROJAS, *op. cit.*, p. 387.

²⁰⁰ En una edición de la revista *Mampato*, de 1968, ya aparecía una imagen de Los Picapiedra dentro de los dibujos animados vistos en Chile. Ver *Mampato* [en línea], núm. 1, octubre 1968. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/edicion.php?cid=1454>» [Consultada 20 mayo 2013], p. 53.

²⁰¹ HANNA, William y BARBERA, Joseph (dirs.): *The Flintstones*, Hanna-Barbera Productions, Estados Unidos, septiembre 1960 – abril 1966.

²⁰² HANNA, William y BARBERA, Joseph (directores): *The Jetsons*, Hanna-Barbera Productions, Estados Unidos, septiembre 1962 – marzo 1963.

pequeños/as que estudian. En el caso de *Los Supersónicos*, por ejemplo, durante la apertura de la serie se aprecia cómo el hombre va dejando a cada miembro de la familia en un lugar específico mientras va camino a su lugar de trabajo: los/as hijos/as en sus lugares de estudio y la esposa/madre en un centro comercial, momento en el que él saca un billete para entregárselo y ella le quita la cartera, mostrando no sólo el rol de proveedor sino reforzando los estereotipos de mujer que gasta mucho dinero en cosas superfluas (ropa, accesorios, etc.) y como una eterna menor de edad que no entiende la complejidad del mundo adulto.

Otras dos series de la época nos reafirman estos estereotipos. *La pequeña casa en la pradera*²⁰³, protagonizada por Michael Landon, tuvo un gran éxito en Chile durante los años setenta del siglo pasado.²⁰⁴ A pesar de ambientarse la historia en una etapa temprana de la vida del país del norte, en un ambiente rural, en su primer capítulo se puede observar cómo el padre, tras construir la casa, trabajar en el campo y perder la cosecha, debe partir a otros poblados en busca de empleo para sustentar a la familia, manteniéndose la tónica del esforzado padre trabajador a lo largo de las temporadas. Otra serie de éxito en el país, *Embrujada*, nos muestra cómo la vida de esta extraña pareja formada por un hombre normal y una bruja busca por todos los medios ser igual a la típica familia de clase media norteamericana: él un empleado de oficina, creativo y padre de familia, ella una dueña de casa y madre²⁰⁵. En el inicio del segundo capítulo emitido se explica muy bien esta situación:

(Voz en off) “Aquí tenemos a una ama de casa normal y trabajadora cumpliendo con una de las funciones cotidianas, prepararle el desayuno a su esposo. Con una cocina moderna y todas las facilidades al alcance de la mano, la capaz ama de casa puede hacer sus labores eficientemente... Claro que a veces hay problemas, especialmente si

²⁰³ HANALIS, Blanche (creadora): *Little house on the prairie*, Ed. Friendly Productions & NBC Productions, Estados Unidos, septiembre 1974 – marzo 1983.

²⁰⁴ ROJAS y ROJAS, *op. cit.*, p. 397.

²⁰⁵ SAKS, Sol (creadora): *Bewitched*, Screen Gems & Ashmont Productions, Estados Unidos, septiembre 1964 – marzo 1972.

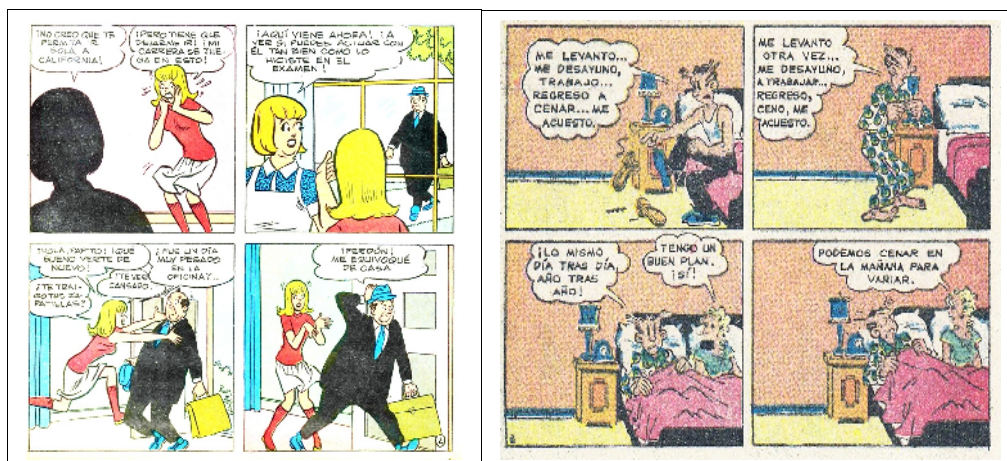
su esposo espera encontrar listo el desayuno antes de salir a su trabajo”.²⁰⁶

Muchos otros ejemplos similares podríamos analizar, pero lo importante es el reconocer la influencia de este medio en las formas de pensar de la población. No olvidemos que las producciones mencionadas también fueron realizadas en una época de los Estados Unidos en la que se promovía como ideal la familia nuclear y la imagen de la mujer como dueña de casa, madre y esposa, y el hombre como padre y proveedor, como lo expone Betty Friedan en su libro “La mística de la feminidad”.²⁰⁷ Tal como hemos visto anteriormente, la televisión estuvo en un inicio restringida a las clases con mayor acceso a recursos económicos, pero rápidamente este electrodoméstico se expandió al resto de los hogares chilenos, traspasando las fronteras de las clases sociales al momento de mostrar imágenes de familias ideales, no importando su origen nacional o internacional.

Respecto de los medios escritos, aun con la disminución que experimentaron en sus tiradas a nivel nacional a partir de la década de 1970, expondremos dos imágenes de cómics, aparecidas en diferentes revistas para niños/as y adultos/as, que nuevamente ilustran los roles diferenciados de hombres y mujeres en el hogar. En ambos casos son historias hechas en los Estados Unidos, pero distribuidas en Chile y que, al igual que en las series de televisión, sirven para normalizar y socializar esta idea de familia. En la primera se dan dos situaciones, por una parte se exponen los cambios que traía la vida moderna, en la cual las mujeres comenzaban a preocuparse por sus estudios y carrera; por otra parte, se muestran claramente los roles femeninos y masculinos en la pareja, tanto en lo que dicen como en la indumentaria: delantal en la madre, traje y maletín del padre. En la segunda historia, el hombre se queja de la rutina a la cual tiene que someterse por ser el soporte económico familiar:

²⁰⁶ AVEDON, Barbara (guionista): “Be It Ever So Mortgaged” en *Bewitched*, primera temporada, EE UU, Screen Gems y Ashmont Productions, 1964.

²⁰⁷ Ver FRIEDAN, Betty: *La mística de la feminidad*, Madrid, Cátedra, 2009. (Primera edición en inglés en 1963).



ILUSTRACIONES 2.2.-10 y 11. Izquierda: La vida de una joven estudiante y sus padres. Fuente: S/A: “Tippy. Fiebre de estrella” [en línea], en *Mampato*, núm. 1, octubre 1968. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/edicion.php?cid=1454>» [Consultada 20 mayo 2013], p. 32 Derecha: La rutina en una pareja de clase media. Fuente: YOUNG, Chic: *Lorenzo y Pepita* [en línea], núm. 305, septiembre 1969, México D.F. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=1554>» [Consultada 20 mayo 2013], p. 8.

Finalmente, respecto de los medios de comunicación, esta idea del hombre proveedor se refuerza con otros estereotipos que caracterizan el pensamiento sobre la masculinidad. La sexualidad activa y la conquista femenina son dos elementos presentes en la conformación de la imagen masculina, por lo que un hombre que es capaz de atraer a una joven y guapa mujer es apreciado como exitoso entre sus pares, aunque esto venga aparejado con los gastos que se suponen asociados a este tipo de relación de pareja. El primer texto corresponde a un chiste publicado en una revista para hombres, el segundo, a un artículo en una revista para mujeres:

“Después de muchos meses de cobrar y cobrar a su cliente, un comerciante envía una foto de sus hijos pequeños al deudor con la siguiente leyenda: «Por esto necesito mi dinero». A la vuelta de correo el comerciante recibe la foto de una hermosa joven rubia con el siguiente texto: «Por esto no le puedo pagar»”.²⁰⁸

“Quizá el punto de vista más sensato y práctico sea el de Victor Lownes, de 57 años, ex ejecutivo de Play-boy, casado con la ex Chica del Año, Marilyn Cole, una escultural rubia de 34 años: «El resultado de la investigación es totalmente verdadero

²⁰⁸ S/A: “Na’ que ver” [en línea], en revista *Viejo Verde*, núm. 1, enero 1970. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/edicion.php?cid=1430>» [Consultada 21 mayo 2013], p. 4.

—afirma Lownes—. Una esposa joven mantiene a un hombre más joven. Lo obliga a trabajar más, porque cuesta mucho más vestirla»²⁰⁹.

Por otra parte, los pensamientos de líderes políticos también nos permiten distinguir la forma en que la idea del hombre como el trabajador remunerado y proveedor principal de la familia se fue instalando en la sociedad. En los discursos que veremos a continuación las categorías diferenciadas que se utilizan para nombrar a los hombres y las mujeres queda en evidencia. De ellos se habla en su papel de trabajadores (del campo, de las industrias, etc.) y de ellas se habla como un grupo en sí mismo (una unidad, un todo) o como madres:

“Por eso tengo el derecho y el deber de pedir a las auténticas bases populares; a los trabajadores, a los mineros, a los campesinos, a los pobladores, a la mujer chilena, a la juventud, que así como lucharon por triunfar, me acompañen ahora para que no se cumpla en mí el viejo proverbio: «Me alzas en lo alto y me abandonas al viento»²¹⁰.

“Se me dijo: No van a poder llenar el estadio. Se sostuvo que las galerías iban a estar desiertas, que no había carne, que la gente no iba a venir. Yo quisiera que nuestros adversarios y nuestros enemigos vieran este maravilloso espectáculo: un estadio colmado de gente, repleto de obreros, empleados, campesinos, mujeres, jóvenes y estudiantes”²¹¹.

“Rindo homenaje a las madres chilenas, mujeres inspiradas con esa claridad divina que Dios les alberga en su corazón; ellas lucharon por el futuro de sus hijos, y por ello la historia les reconocerá en el tiempo, cuando se estudien las páginas tristes de

²⁰⁹ Redacción: “Mujeres jóvenes para hombres de larga vida”, en revista *Paula*, núm. 476, mayo 1986, p. 40.

²¹⁰ FREI MONTALVA, Eduardo: *Discurso pronunciado por el presidente Eduardo Frei Montalva el 3 de noviembre 1964* [en línea], Secretaría de Prensa Presidencia de la República. s/a. Disponible en «http://www.archivochile.com/Gobiernos/gob_edo_freim/de/GOBdefreim0004.pdf» [Consultada 21 abril 2013], p. 5.

²¹¹ ALLENDE, Salvador: *Un año de gobierno popular* [en línea]. Santiago de Chile, 4 de noviembre de 1971. Disponible en «<http://www.abacq.net/imagineria/discur4.htm>» [Consultada 21 abril 2013], 1971, s/n.

este pasado.

En cuanto a los trabajadores, buscaremos una mayor participación plasmada en realismo y sin teorizaciones abstractas. Las fórmulas admitirán toda la variedad que exige la distinta naturaleza de las miles de empresas industriales, agrícolas y mineras del país, pero ellas deberán asegurar el respeto a las jerarquías técnicas y la disciplina laboral, sin lo cual se termina por destruir la unidad productiva como tal. Lo importante es mirar a la empresa, como una comunidad de seres humanos, donde todos son y deben ser considerados como sujetos, y no objetos, de su propio destino”.²¹²

Estos discursos y mensajes calan en la población y, para la época en que transcurre la dictadura, no extraña el que se considerara la imagen del hombre proveedor como algo natural. Esto a pesar de que la tasa de participación laboral de las mujeres para el año 1986 era del 29,1 por ciento.²¹³ Según Valdés, esto se genera tanto por la tradición patriarcal compartida con otros países de Latinoamérica como a la instauración del modelo neoliberal en Chile:

“La organización de la sociedad chilena se inscribe en la tradición patriarcal latinoamericana. En esta tradición, y de acuerdo al modelo de familia funcional al desarrollo capitalista vigente, la mujer es encargada, bajo la 'autoridad' marital, de la reproducción cotidiana y generacional de la fuerza de trabajo y de su socialización (...). El hombre, genéricamente, es responsable tanto de la producción de bienes y servicios y de su organización, como de proveer los recursos económicos necesarios para la reproducción de su grupo familiar, actividades que se desarrollan en el

²¹² PINOCHET, Augusto: *A un mes de la constitución de la Junta de Gobierno* [en línea]. Santiago de Chile, octubre de 1973. Disponible en «<http://beersandpolitics.com/discursos/augusto-pinochet/a-un-mes-de-la-constitucion-de-la-junta-de-gobierno/1000>» [Consultada 21 abril 2013], 1973, s/n.

²¹³ Instituto Nacional de Estadísticas: *Situación laboral de las mujeres ocupadas y las brechas salariales que inciden en la estructura ocupacional chilena. Análisis de género y mercado de trabajo*, Santiago de Chile, Instituto Nacional de Estadísticas, 2011, p. 50.

llamado 'ámbito público'".²¹⁴

Si bien nuestro estudio solamente recoge el punto de vista de las mujeres entrevistadas sobre la idea de los roles masculinos, es importante revisar otras investigaciones que abordan la mirada de los hombres. Ya retornada la democracia, la misma autora citada anteriormente, junto a José Olavarría, indagan sobre la masculinidad, realizando en Santiago de Chile entrevistas a hombres en tres etapas diferentes de vida y de dos sectores sociales (medio alto y bajo). Entre sus hallazgos destacan el sentimiento que estos tenían de ser quien proveía a la familia y por lo tanto, ser el jefe de hogar que tenía por deber obtener recursos para que su núcleo subsistiera. Esto estaba fuertemente incorporado al pensamiento de quienes entrevistaron, más allá de su edad y condición social, aunque se presentaba de manera más importante en aquellos pertenecientes a sectores bajos y cuyas parejas no tenían un empleo. Según manifestaron los varones, esto fue aprendido de sus padres, y el ser proveedor era algo de importancia y que, por lo tanto, debía ser motivo de orgullo.²¹⁵

El mismo Olavarría plantea en un documento posterior que muy ligado al rol de proveedor estaba la paternidad, la cual era un hecho central en el paso hacia la vida adulta en los varones y que otorgaba una nueva mirada a los mandatos entregados por la masculinidad hegemónica:

“Con ella se consagra su relación con su mujer e hijo/s: es el jefe del hogar y tiene la autoridad en el grupo familiar. Este ordenamiento de la familia cuenta con respaldo legal. En tanto padre se vuelve 'responsable', debe asumir a su familia, hacerse cargo de ella y protegerla”.²¹⁶

De esta forma, podemos apreciar que las acciones, leyes, programas, mensajes, y discursos

²¹⁴ VALDÉS, 1987, *op. cit.*, pp. 5-6.

²¹⁵ VALDÉS, Teresa y OLAVARRÍA, José: “Ser hombre en Santiago de Chile: A pesar de todo un mismo modelo”, en T. Valdés. y J. Olavarría. (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO- Chile, 1998, p. 33.

²¹⁶ OLAVARRÍA, *op. cit.*, p. 14.

del siglo XX fueron fortaleciendo la imagen del hombre proveedor y responsable de la familia, extendiéndola desde las clases altas y medias a todo el resto de la población, siendo internalizada tanto por hombres como por mujeres, más allá de las contradicciones que se pudieran presentar en las experiencias concretas de unos y otras.

En el caso de nuestras entrevistadas, a pesar de la violencia basada en el género que han ejercido sus parejas a lo largo de sus relaciones, esta imagen masculina aparece fuertemente ligada a lo que ellas consideraban como un buen o mal esposo, sirviendo de parámetro e incluso como justificación para mantenerse junto a ellos a pesar del resto de situaciones negativas que vivían. Esto podría deberse a que las mujeres priorizaban el bienestar familiar por encima de sus propias necesidades, actuando de acuerdo a lo que se esperaba de su rol materno; a que ellas temían perder la fuente de ingresos familiar y no creían ser capaces de generar los recursos necesarios solas; o que frente a ejemplos de hombres que no se responsabilizaban de la familia, (conocidos a través de otros familiares o en la comunidad), el que sus parejas sí lo hicieran les hacía pensar que eran “buenos hombres”. Así, por ejemplo, lo pensaba Orieta:

[Orieta] “Ya, con el tiempo después yo quedé esperando un niño (se aclara la garganta), y lo tuve, y en ese sentido él era bien bueno porque me, me hizo que lo tuviera en la Católica²¹⁷, mi primer marido era amoroso, era bien, bueno, no tengo nada que decir, pero cuando yo iba a los partos a parir a mis hijas como que él me iba a dejar y después chao... y no me iba ni a buscar, en cambio el segundo no, él se preocupaba y yo como tenía treinta y uno cuando estaba esperando a mi hijo... eh, tenía problemas de presión, entonces por cualquier cosa me hospitalizaba en la Católica, y él se preocupaba mucho porque él quería tener un hijo conmigo...”.

Del análisis de los relatos podemos observar que para las mujeres existían diversas formas

²¹⁷ Un hospital privado de Santiago de Chile.

de que un hombre fuera un “buen proveedor”. Lo primero era que no importando las circunstancias se preocupara de aportar los recursos necesarios para los/as hijos/as. Así, aunque la pareja estuviera distanciada (por ejemplo, porque el hombre estuviera trabajando fuera de la ciudad), estuviera en paro²¹⁸ o enfermo, o hubiera ocurrido una crisis de violencia recientemente, este procuraba por cualquier medio lo necesario para la familia. También era un buen proveedor quien trabajaba arduamente, quien buscaba ascender en los empleos para ganar más dinero “para la familia” o quien fuera ingenioso y ahorrativo con los recursos. En este reconocimiento favorable a lo realizado por algunos hombres, incluso caben acciones que son consideradas como violencia económica por quienes estudian esta problemática, pues a pesar de que estos ejercían un control absoluto sobre los ingresos y gastos de la familia, como se preocupaban de que nada hiciese falta eso compensaba la actitud dominante y era agradecido por las mujeres..., mal que mal “es el hombre de la casa”. Si, además, estas acciones eran sabidas por familiares y conocidos, y las alababan, las mujeres veían reforzada la imagen de “buen hombre”, como en el caso de Nancy:

[Nancy] “Él nunca fue cariñoso ni conmigo ni con sus hijos, pero sí un hombre que traía todo para la casa, no puedo decir que fue malo porque nunca me faltó nada (voz entrecortada), nunca me faltó nada. Él iba a la feria²¹⁹, traía de todo, traía por saco todo, el azúcar, el arroz, entonces toda mi familia veía eso... «Qué bueno tu mari'o», «¡Ay! qué bueno el hombre, qué bueno»... Pero nadie sabía la verdad... y así aguanté muchos años (...). Porque ella [mi mamá] lo quiere mucho a él, por lo bueno que ha..., es que sabe que este hombre ha sido muy bueno en el sentido de que yo en mi casa he tenido de todo y mi mamá nunca ha dicho nada, a él lo quiere como a un hijo... entonces mi mamá está muy agradecida de eso... y yo también, y yo también...”.

²¹⁸ En Chile el seguro de desempleo es de reciente data, y no tiene las características que en España, por lo que no suele ser una alternativa para la subsistencia de una familia durante mucho tiempo (cuando se cumplen los requisitos para obtenerlo).

²¹⁹ En Chile, una feria es un mercado al aire libre, donde se venden, frutas, verduras, artículos de aseo, alimentos no perecibles, etc.

A pesar de esta evaluación positiva a la figura del proveedor, algunas mujeres también dejaron ver una crítica a quienes no se preocupaban más que de ejercer ese rol. Aunque un poco más adelante veremos las experiencias e ideas asociadas al amor en las relaciones de pareja, en lo que respecta a las expectativas del comportamiento masculino, algunas entrevistadas manifestaron su disconformidad con la falta de atención de los hombres hacia ellas, esperando mucho más que tener una pareja que solo se preocupara de “llevar el pan”, aun considerando que esto era la norma en el país. Esa era la forma en que pensaba Vanesa:

[Vanesa] “(...), tuve, tuve, como muchos hombres de este país que son los proveedores pero nada más”.

Pero si se criticaba a quienes solo eran proveedores, todavía más se hacía a quienes no se preocupaban de cumplir con ese rol. Las mujeres esperaban que, según la imagen predominante, ellos respondieran acorde al papel asignado, por lo tanto, quienes no lo hacían eran valorados muy negativamente. Si, fruto de ello, habían sido las mujeres las que asumieran el papel, entonces la imagen de los hombres quedaba fuertemente deteriorada, pues a su modo de ver, ellas podían trabajar para aportar (“ayudar”) a la familia, también porque fuera algo que les gustara como desarrollo individual o, en último caso, como forma de sustento cuando no se tenía pareja, pero tener que hacerse cargo completamente de los gastos familiares teniendo un hombre al lado no cabía dentro de lo que ellas suponían eran sus obligaciones. Por ejemplo, Inés se quejó de las faltas que cometía su pareja al respecto:

[Inés] “Pero siempre era... era yo como la piedra de tope para la parte económica, porque por ejemplo: «ya, tú le pagas... yo le pago a mi hija y tú le pagas a mi hijo»... y tampoco fue tan así, o sea, «oye, sabís que hay que pagar tal cosa» –«ya, mañana», al otro día «¿te acordaste?» –«Sí, sí, mañana, mañana», al final yo tenía que [poner el dinero]...”

En los relatos también encontramos las formas de identificar a quienes no encajaban con la imagen de hombre proveedor. Así, los hombres que no tenían un empleo (por no buscarlo), los que teniendo no aportaban a la familia, los que gastaban los ingresos en adicciones (alcohol, apuestas, etc.), los que se jubilaban tempranamente pudiendo seguir trabajando,²²⁰ o los que gastaban el dinero en personas ajenas al núcleo familiar (familia extendida, amistades), eran considerados malos padres y esposos. Elena y Rosario catalogaban a sus parejas de esa forma:

[Elena] “Porque lo más bien podía haber hecho algo, ayudar, pero no, no, porque él ya tenía un cartel aquí de que él estaba jubilado, entonces no podía, porque él pidió la jubilación anticipada. Yo le decía «En vez de poner un cartel de jubilado deberías de poner un cartel de vago ahí». Si era con cincuenta y tres años, si él podría haber vivido, haber trabajado, si le estaban ofreciendo trabajo aquí mismo. No, como «Yo ya trabajé, yo trabajé treinta años, así que yo tenía derecho a no buscar trabajo»”.

[Rosario] “Se puso a tomar²²¹, y como se vio con plata invitaba a los amigos, no ganaba mucho, pero lo poco que tenía en vez de usarlo pa' la casa salía con los amigos...”.

En otro aspecto, el del ejercicio del rol paterno (con hijos/as propios o no), las mujeres nos presentan un punto de vista, en general, bastante negativo. Más allá de su responsabilidad económica, no suelen aparecer en los relatos situaciones en las que se identifiquen formas de relación en las que exista un apoyo y soporte emocional de parte de los hombres. Esto no quiere decir que no pudieran existir, pues lo que se expone es la visión que las entrevistadas tenían, la cual puede estar cruzada tanto por las experiencias de violencia al interior de la pareja como por la propia imagen de ser ellas las encargadas de las tareas de cuidado y protección de los/as hijos/as.

²²⁰ Cabe hacer notar que en Chile las jubilaciones suelen ser mucho más bajas que los ingresos previos por trabajo, por lo que no es común que en una situación socioeconómica media o baja las personas se jubilen antes de tiempo, muy por el contrario.

²²¹ “Ponerse a tomar” significa beber alcohol, emborracharse.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

En aquellos casos en que a los ojos de las mujeres los hombres cumplían como proveedores pero no como padres, esto habría tenido como consecuencia que algunas/os hijas/os habrían generado vínculos con los padres solo por medio del interés económico y/o el temor a perder los recursos que estos le proveían, especialmente cuando estaban estudiando. Esto generaba sentimientos negativos en las mujeres, pues consideraban que con ello las/os hijas/os se veían perjudicados emocionalmente, o que con ello aprendían a establecer relaciones interpersonales basadas en el interés económico más que en el cariño. Si, además, los hombres actuaban de forma diferenciada entre las/os hijas/os, recompensando económicamente a quienes les mostraran afecto o respeto, este comportamiento era censurado en forma velada por las mujeres, pero usualmente no lo manifestaban a sus parejas por el temor a las represalias hacia ellas o hacia las/os hijas/os que no eran las/os favoritas/os.

Esta falta de demostraciones de afecto por parte de los hombres tendría diversos orígenes según lo planteado por las mujeres. En primer lugar encontramos las que tienen relación con las familias en que los hombres fueron criados, en las cuales algunos habían experimentado la misma falta de afecto, y otros habrían sido víctimas de violencia de parte de algún familiar (padre, madre, tíos, etc.) y/o sido testigos de violencia del padre hacia la madre. En ambos casos se hace referencia a que estos hechos habrían marcado a los hombres, aprendiendo de esos modelos los comportamientos que ahora replicaban. Por ejemplo, Cándida recordó lo que su pareja le había dicho sobre su infancia:

[Cándida] “Es una pena enorme, que mi hijo no pueda vivir en su casa, que su propio padre no lo deje..., no se imagina... no se imagina. Pero es como le digo, si él mismo fue tan golpeado, si no le mostraban cariño, una preocupación...”.

Por otra parte, según los relatos de las mujeres, los hombres también habían interiorizado las ideas tradicionales sobre los comportamientos permitidos a un género y otro, por lo que, por

ejemplo, el no mostrar afecto se debía a que lo consideraban algo femenino. Al mismo tiempo, si creían que algún hijo o alguna hija no cumplía con estas normas de género, esto les daba pie para corregirlos/as y mostrar favoritismos hacia quienes sí actuaban de acuerdo a estos parámetros. Esto era especialmente importante con los hijos varones, de quienes esperaban que siguieran los ejemplos dados por ellos, por lo que cuando no lo hacían algunos padres recurrían incluso a la descalificación, utilizando para ello el cuestionar su “hombría” y su apego a la madre. En este sentido vemos que se muestra de manera importante la masculinidad hegemónica, puesto que el observar cualquier desviación de sus postulados implicaba cuestionar estos comportamientos y sancionarlos recurriendo a la sexualidad para ello.

Pero no siempre las mujeres encontraron explicaciones para el actuar de sus parejas para con sus hijas/os. En ocasiones lo constatan como un hecho, por lo que podemos considerar que para parte de las entrevistadas esta situación cabía dentro de la normalidad, es decir, que lo esperable era que cumplieran con el rol de proveedor, pero lo demás era un “añadido”, se aceptaba de buena gana si existía, pero si no, no era algo que llamara la atención. Para otras, en cambio, era algo incomprensible, especialmente si la pareja actuaba de forma diferente con personas ajenas a la familia:

[Marcela] “Sí, con ellos se portaba bien, la cosa era conmigo..., con ellos los sacaba hasta a pasear, en el colegio se admiraban, decían que era un padre envidiable..., siempre me dijeron eso, que me envidiaban por tenerlo conmigo... no tenían idea de lo que eso significaba”.

[Nancy] “Él hasta el día de hoy es un hombre con todos los niños pero excelente, es como los niños, él atrae a los niños porque él es tremendamente cariñoso con los niños, pero nunca fue cariñoso con los hijos de él (llora nuevamente)... cosa rara...”.

Finalmente, algunas mujeres también se refirieron a la experiencia con sus padres, a quienes evaluaron tanto en el rol de proveedores como en el de cuidadores. Esta evaluación no se compara con la realizada hacia las madres, pues a ellas se les exigió mucho más en lo referido al cuidado, protección y cariño. Entre quienes manifestaron no haber contado con un padre que les proveyera económicamente, esta situación se criticaba, pero también era expresada en términos de algo que hubieran deseado tener, generando en ellas frustración por lo vivido, a pesar de la gran cantidad de años que separaban de la época que se recordaba.

Por otro lado, quienes tuvieron buenas experiencias con sus padres, incluso los adoptivos, valoraban muy positivamente la relación que establecieron con ellos, tanto porque les habían procurado lo necesario para vivir como porque habían entablado alguna relación afectiva con ellas. Un ámbito relevante que aparece en los relatos, es que en esta valoración positiva se incluía el hecho de que los padres no hayan ejercido violencia de ningún tipo (físico, sexual, etc.) hacia las entrevistadas. Era el caso de Elena, que ocupó la ausencia de maltrato por parte de su padre como parámetro para evaluarlo:

[Elena] “No po', no veía mucho a mi papá, a mi papá, bueno, a mi papá yo lo adoraba, jamás me levantó la mano cuando era niña... Entonces hasta la fecha yo creo que él era un santo, decía yo”.

Con esto podemos inferir que las mujeres consideraban que la norma era que los hombres en general ejercieran violencia, y por lo tanto era destacable que alguno no lo hubiera hecho. Sin embargo, esto no se reflejó en las opiniones respecto de las actuaciones de sus esposos hacia sus propios hijos/as, pues en los casos en que sus parejas no habían ejercido violencia hacia ellos/as ninguna lo destacó como positivo. Esto quizá se debe a que como la violencia había estado presente en la relación, reconocían que de alguna u otra manera esto también había afectado a sus hijas/os.

XXX

En este apartado hemos visto que no solo la imagen de “la mujer chilena” ha influido en el pensamiento de la sociedad y de las propias entrevistadas al momento de definir las conductas y responsabilidades que corresponden a cada miembro en una relación de pareja y en la formación de una familia. Los mandatos hegemónicos sobre la construcción de la masculinidad en Chile también fueron integrando de manera importante durante el siglo XX el rol de proveedor, y en menor medida el de la paternidad. La evaluación sobre el papel del hombre es medido en los relatos que nos entregan las mujeres en primer lugar sobre lo bien o mal que cumplan con el deber de procurar los recursos para la subsistencia familiar y en segundo lugar con las formas de relación que establezcan con los/as hijos/as, quienes en ocasiones no son propios sino de relaciones anteriores de las mujeres o incluso adopciones.

También hemos visto la opinión de algunas entrevistadas respecto de sus padres, y los conceptos que tenían sobre ellos, los cuales también se cruzan por lo bien o mal que cumplieron como proveedores y por las relaciones afectivas (o no) que pudieron establecer. En todo caso, apreciamos una menor exigencia hacia ellos en términos del cuidado y protección que debieron haberles brindado, de lo que expresaron respecto de las madres.

Estas ideas sobre el papel del hombre, junto a las planteadas en el apartado anterior, también nos darán pistas sobre el tema que veremos a continuación, en el cual nos adentraremos en sus relaciones de pareja, el concepto sobre el amor y el matrimonio, y las experiencias positivas y negativas que han vivido al respecto.

2.2.3. “¿Cómo no me iba a enamorar”. Conceptos y vivencias de la vida de pareja

[Cándida] “Lo conocí de forma casual, era amigo de un primo... ya ve, de la nada, se me apareció el amor de la nada...”.

“Todo lo que necesitas es amor”²²² es el título de una canción que el grupo The Beatles popularizó en los años sesenta del siglo pasado y, quizá, también sea la mejor forma de resumir la idea que existe sobre el amor, al menos en la actual cultura occidental, de la que Chile también es partícipe. El protagonismo del amor también se puede identificar en cientos de títulos y contenidos de canciones, novelas, obras de teatro, pinturas, filmes, telenovelas, cuentos, teleseries, anuncios... pareciera que nadie tiene dudas de que para ser feliz es suficiente con amar y ser amado o amada. Pero al parecer no basta con el amor filial, tampoco el amor divino, sino que se requeriría el llamado amor pasional o amor romántico, que es al que nos vamos a referir a lo largo de este apartado.

En Chile, a mediados del siglo XX, este amor ya formaba parte del imaginario social y se consideraba una parte importante, si no fundamental, tanto para el inicio de una relación sentimental como para el matrimonio. Esto se puede apreciar en canciones y películas de la época, incluso las provenientes del mercado estadounidense y mexicano, de amplia influencia en el país.²²³ Por ejemplo, según la revista *Ecrán* la canción más popular del mes de agosto de 1951 era “Contigo”, del compositor mexicano Claudio Estrada,²²⁴ escrita el año 1949 y popularizada por conocidos artistas de la época como Los Panchos, Los Ángeles del Infierno y Lucho Gatica, que invitaban a los oyentes a dejarse llevar por los placeres del “amor auténtico”, aquel que se declaraba frente a un altar:

²²² LENNON, John y McCARTNEY, Paul (compositores): “All you need is love”, en *All you need is love*, Inglaterra, Parlophone, 1967.

²²³ ROJAS y ROJAS, *op. cit.*, p. 383.

²²⁴ Editor: “Discomanía”, en revista *Ecrán*, núm. 1076, noviembre 1951, p. 23.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

“Tus besos se llegaron a recrear aquí en mi boca / llenando de ilusión y de pasión mi vida loca. Las horas más felices de mi amor fueron contigo, / por eso es que mi alma siempre extraña el dulce alivio. Te puedo yo jurar ante un altar mi amor sincero, / a todo el mundo le puedes contar que sí te quiero. Tus labios me enseñaron a sentir lo que es ternura / y no me cansaré de bendecir tanta dulzura”.²²⁵

La idealización de este amor atravesaba toda la sociedad, pero para las mujeres se constituía en el principal objetivo a conseguir. Se añoraba aunque nunca se hubiera experimentado en carne propia, pues incluso cuando no existían experiencias en sus círculos cercanos que sirvieran como modelo, las historias que se presentaban por diferentes medios servían para saber qué era lo que se soñaba y deseaba profundamente. De esta manera lo expone la escritora Marta Brunet en su libro *Raíz del sueño*, de 1949, al contar la historia de dos hermanas, una soltera y la otra casada:

“Mari Fernán, la hermana, mi hermana y ella, María Ernesta, sin orillas en la niebla de la monotonía, lavando los días y repasándolos prolijamente, uno y otro y otros, todos idénticos. Mari Fernán que vivía con un hombre, joven como ella, apoyada en su costado, apoyada en su boca cuando el amor los alzaba y fundía, conociendo el hueco de un brazo por almohada y pudiendo cautelar el abandono, lo inerme del dormido y apartar con limpio gesto de ternura el pelo caído sobre una frente”.²²⁶

Por otra parte, al mismo tiempo que se ensalzaba al amor, la posibilidad de que toda la población quisiera disfrutar de los placeres que originaba preocupaban a una parte de la sociedad, pues los sectores más conservadores intentaban marcar límites y objetivos a dichos sentimientos, límites especialmente diseñados para las jóvenes, quienes podían caer presa de unos instintos que podían marcarlas negativamente en el futuro. Así, los consultorios sentimentales de las revistas femeninas, a los que las lectoras (sobre todo aquellas en etapa “casadera”) enviaban sus cartas

²²⁵ ESTRADA, Claudio (compositor): “Contigo”, en *Época de Oro*, Columbia, Estados Unidos, 1962.

²²⁶ BRUNET, *op. cit.*, p. 76.

expresando las dudas y sinsabores que les provocaba el amor, siempre respondían con un trasfondo moralizante y tradicional: podían seguir el amor, pero solo cuando este condujera al matrimonio, y era mejor no tener demasiados novios, pues era mal visto en ellas y dificultaba sus posibilidades de encontrar un “buen partido”:

“MARGOLINA: (...) Entiendo tu problema y querría ayudarte. Pero, tal como he dicho, la verdad es dura y mi misión no está en prodigar engañosos halagos. Dudo mucho del cariño de R. Su proceder me parece equívoco y hasta temo que sus intenciones no sean muy nobles. Olvida tu pasado. Margolina, continúa llevando esa misma vida intachable que sigues. Será la única manera de que conozcas el amor puro, al hombre que te ofrece un hogar y el apoyo que mereces”.²²⁷

“ACOMPLEJADA: En vez de envidiar a tus amigas, pequeña, debías tenerles un poquitín de lástima. Mi abuela –que era un poco severa para este siglo– trataba de 'alfajores mosqueados' a las jovencitas que pasaban de un idilio a otro. El hecho de que ningún hombre te haya cortejado, pese a tus hermosas dieciséis primaveras, habla bien de ti. Nadie quiere mirarte como un 'pololeo'²²⁸ más y seguramente, no vas a conocer el amor hasta cuando un hombre te quiera realmente y se atreva a ofrecerte su cariño por lo mismo que es firme y respetuoso... Haces bien en dedicarte a tus estudios (...). Así no sólo van a amarte por tu bonita cara o por tu brillante juventud sino también por los muchos tesoros que, como prudente hormiguita, has atesorado”.²²⁹

Para algunas de las entrevistadas, este tipo de mensajes reflejaba claramente las normas que sus familias les impusieron en su juventud, cuando tuvieron la oportunidad de conocer hombres

²²⁷ SOREL, Julián: “Latidos del corazón”, en revista *Eva*, núm. 259, marzo 1950, p. 66.

²²⁸ La expresión “pololo” equivale a “novio” en España, y “pololear” sería lo que en España sería mantener una relación de noviazgo. En Chile novio solamente se usa cuando una pareja está comprometida para casarse y durante un breve tiempo luego del matrimonio.

²²⁹ *Ibidem*.

jóvenes que pudieran convertirse en pretendientes o novios. En algunos casos, como Amelia y Elena, las mujeres siguieron estrictamente las reglas de conducta, aunque eso significó postergar sus contactos con el sexo opuesto hasta un momento tardío de la juventud, una vez que migraron desde pueblos a grandes ciudades (especialmente la capital del país) y alcanzaron cierta independencia:

[Amelia] “Los papás de antes eran más estrictos, yo vine a pololear cuando salí de mi casa, recién a los 25, con el papá de mi hija mayor y después con el que estuve 33 años... Una vida muy dura”.

[Elena] “Entonces, por eso yo no tuve más pololos, no, y algunos pretendientes, de antes, si como le digo yo, antes era..., si una quería pololear se tenía que casar...”.

Sin embargo, también existió el espacio para la rebeldía y osadía, pues en su juventud algunas mujeres fueron capaces de ir en contra de estas normas, oponiéndose a las imposiciones familiares, aunque fuera en secreto, con el fin de lograr establecer relaciones amorosas. En el recuerdo de esas acciones se percibe una sensación de logro y un sentimiento de que cualquier castigo al que pudieron haberse enfrentado por ello había valido la pena, como le ocurrió a Jazmín:

[Jazmín] “No nos dejaban pololear. Que la gente del sur era otra vida para vivir. Uno igual pololeaba a escondidas, pero el castigo cuando se daban cuenta ¡no se lo imagina! (ríe). Por eso yo creo que después las cosas terminan así, porque una se casaba con lo primero que dejaban, por amor, o algo, yo creo. Una era bien tonta, bien huasa que se dice, me costaba mucho hablar con los chiquillos cuando me vine pa'cá, y ya luego me casé y mi vida era para mi esposo, ya no se podía mirar pa'l la'o (ríe)”.

Estas normas, pero también la rebeldía con que algunas mujeres las enfrentaron, dan testimonio del espíritu de la época y los temores que las personas adultas (madres, padres,

profesoras, medios de comunicación, etc.) empezaron a expresar frente a una cultura juvenil que poco a poco se iba conformando como tal.²³⁰ Los cambios que se empezaban a experimentar en el país, la imagen de modernidad y las influencias extranjeras no provocaban en todos sus habitantes las mismas reacciones, y no faltaban quienes se aferraban a las tradiciones, incluyendo con ello el orden patriarcal que había permitido mantener bajo estricta vigilancia la vida romántica de las jóvenes. Esta preocupación por la forma de actuar de la juventud no solo se encontraba dentro de los hogares, sino que se transmitía a través de los medios de comunicación, como las revistas:

“En todos los tiempos las jovencitas han sido románticas. Pero antaño, aquello no iba más allá de la imaginación. Se soñaba con el príncipe encantador, sin adelantarse al tiempo, soñando con un 'flirt', 'una invitación', desde los bancos de la escuela. Por lo demás, aunque hubiesen querido, no era fácil realizarlo. Solamente las chicas desfachatadas eran capaces de hacerlo. Hoy día esto parece normal a muchas jovencitas; normal, y al mismo tiempo agradable y halagador. Y... la culpa es de los grandes... ¿Por qué presentar cualquier película ante los ojos cándidos de la niñez? ¿Por qué proporcionar a las colegialas novelas malsanas o por lo menos demasiado apasionadas? ¿Por qué dejar entre sus manos ilustraciones provocativas? ¿Y POR QUÉ (sic) la juventud, hombres y mujeres, respeta tan poco la adolescencia?”²³¹

Pero a pesar de estas quejas, los y las jóvenes tenían experiencias amorosas e iban generando una serie de ritos que les permitía reconocerse como iguales y establecer las pautas por las cuales regirían sus acercamientos al otro sexo.²³² Tras la primera fase de cortejo y seducción (que podía iniciarse en un “malón”, una salida al cine, etc.), se pasaba a la formalización de la relación mediante la solicitud del chico a la muchacha, seguida posteriormente por la presentación a los

²³⁰ Ver las reacciones y los estereotipos de jóvenes en GONZÁLEZ, 2011, *op. cit.*, pp. 11-38.

²³¹ Redacción: “Entre nosotras. Ocupémonos de las adolescentes”, en revista *Eva*, núm. 261, marzo 1950, p. 11.

²³² Puesto que las relaciones de pareja que investigamos son todas heterosexuales, las referencias a las experiencias de otro tipo de relaciones no serán incluidas en este apartado, ni en el resto de la investigación, pero reconocemos su existencia y las probables diferencias con lo aquí descrito.

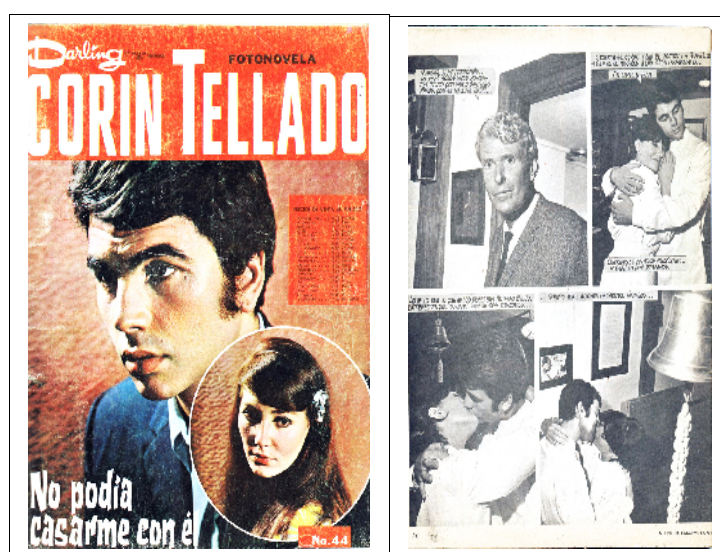
padres para que diesen su permiso y, finalmente, a la participación en las actividades juveniles permitidas ya en su calidad de pareja.²³³ Cabe señalar que estas experiencias y pautas culturales también estaban influidas por factores como la clase social (estas pautas se daban mayormente de la clase media – media alta) o el lugar de residencia, no siendo la misma experiencia la que tendría una pareja del campo que una de la ciudad.

Para las entrevistadas, los lugares y ocasiones para conocer a sus posibles pretendientes eran escasos, pues algunas estaban dedicadas a la realización de tareas domésticas para apoyar a la madre; otras trabajaban en las mismas casas donde residían, con permisos restringidos para salir; y muchas habían abandonado tempranamente la escuela, lugar en el que había mayor contacto con jóvenes. Pese a ello, o quizá justamente por ello, supieron aprovechar todas las instancias que tuvieron disponibles, desde la participación en centros juveniles y religiosos, los días de permiso laboral, reuniones vecinales o familiares, hasta las visitas a amistades de sus padres. Entre quienes fruto de estos encuentros establecieron un vínculo amoroso, cumplieron fielmente el rito de presentación del joven enamorado al padre o la madre y la solicitud de autorización para el inicio de la relación. Para algunas, como Regina, sus primeros novios fueron los únicos, casándose poco tiempo después con ellos:

[Regina]”Todas las semanas iba a una reunión de jóvenes en la parroquia, ahí conocí a mi marido, estaba en otro grupo y un día nos juntaron a todos..., me preguntó el nombre y apenas me salió la voz... no sé qué me vio pero conversamos y después comenzamos a vernos antes de entrar a las reuniones y cuando me pidió ser su polola le dije «primero tienes que ir con mi papá, que yo lo conozco muy bien y no me va a dejar si no vas tú primero»..., y así fue como comenzamos, yo era jovencita y un par de años después nos casamos como Dios manda”.

²³³ GONZÁLEZ, 2011, *op. cit.*, pp. 31-32.

Por otra parte, el amor romántico ya se revestía en esta época de una serie de mitos que exacerbaban sus cualidades y beneficios, y que también daban una idea de las pruebas que habrían que superarse para lograrlo. Así, la búsqueda de la media naranja, el flechazo a primera vista y el poder del amor, entre otros, iban impregnando la relación amorosa con una serie de ideales a cumplir y situaciones a superar para el logro de la felicidad. Estos mitos se han transmitido por diferentes canales, y en el caso de las chicas no solo contaban con las novelas tradicionales, las canciones y las películas románticas, que en general eran consumidas por toda la población, sino que también tenían a su disposición otros medios dirigidos especialmente hacia ellas, como las novelas rosa y las fotonovelas. Rojas y Rojas señalan que estas últimas alcanzaron gran desarrollo durante los años sesenta, con un formato en el que se ponían unas secuencias de tomas fotográficas, reproduciendo un guión que por lo general se basaba en una historia romántica.²³⁴ Un ejemplo de la unión de estos dos medios (la novela rosa y la fotonovela) en el país fue la fotonovela de Corín Tellado. En el título de la portada (“No podía casarme con él”) y en la página que aparecen a continuación podemos apreciar el mito del amor poderoso que debe enfrentarse a duras dificultades para vencer:



ILUSTRACIONES 2.2.-12 y 13. Izquierda: Portada de la revista de fotonovela *Corín Tellado*. Fuente: Redacción: “Portada” [en línea], en *Darling, Corín Tellado*, núm. 44, 1971. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?id=940>» [Consultada 28 marzo 2013], portada. Derecha: Escenas de un amor que se enfrenta a obstáculos. Fuente: TELLADO, Corín: “No podía casarme con él” [en línea], en *Darling, Corín Tellado*, núm. 44, 1971. Imagen

²³⁴ ROJAS y ROJAS, *op. cit.*, pp. 385-386.

escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=940>» [Consultada 28 marzo 2013], p. 58.

Al analizar los relatos podemos descubrir cómo se reflejaban estos mitos en los pensamientos de las mujeres sobre los inicios de sus relaciones, donde, por ejemplo, el amor a primera vista surge como uno de los más reiterados. La sensación más recurrente asociada a la primera vez que se encontraron con sus parejas es la de haber quedado encantadas ya fuera por el físico o la forma de ser de los jóvenes, pero ninguna manifiesta haber tomado la iniciativa para entablar algún tipo de relación, actuando así de acuerdo a lo que se esperaba de una jovencita “respetable”: que tuviera una actitud pasiva y paciente. Pero si los jóvenes habían demostrado interés en ellas, esa sensación se transformaba en felicidad y orgullo por “haber sido escogidas”, pues frente a otras posibles candidatas, ellas habían sido las “ganadoras”. Otro ejemplo lo constituyen las luchas que debieron emprender tanto las mujeres como sus parejas para que la relación pudiera seguir adelante, pues en estas supuestas batallas se observa cómo los obstáculos que se les fueron presentando eran tomados como una prueba que demostraba la calidad del amor que se decían tener. Marcela y María nos dan ejemplos de ello:

[Marcela] “Me encantaba leer fotonovelas, era mi pasatiempo favorito, yo siempre me imaginaba la protagonista de una de ellas... ¡Qué vergüenza me da contarle esto! (ríe)... Las intercambiábamos con unas compañeras, así no gastábamos mucho dinero en ellas... y luego releerlas, que siempre daba una cosa aquí (señala pecho)... una especie de angustia de querer vivir algo así... Entonces, cuando conocí a [mi marido] en un malón... tan encacha'o²³⁵, tan bueno pa'l baile, si era todo un hombre y yo una chiquilla... ¿cómo no me iba a enamorar?”

[María] “Las cosas que sucede pueh', sin quererlo, como de coincidencia..., será el destino, no sé... Yo no había pololeado nunca, ¡a qué hora! Si mi mamá no nos quitaba la vista de encima, y yo la tenía que estar ayudando siempre... Así que bien

²³⁵ La palabra “encacha'o” (encachado) equivale a “guapo” en España.

tarde vine a conocer el amor, eso sí, cuando lo vi... ah! Yo me dije «Con este voy ser feliz»..., no sabía cuánto me iba a arrepentir (baja el rostro mezcla de pena y rabia) (...). Fue bien difícil la cosa, mi papá ni soñando me quería dejar pololear, pero parecía que mientras más problemas me ponía, más me enamoraba del (nombre esposo)... al final me embaracé y no le quedó otra a mi papá que dejarnos casar, claro que no me las llevé pelá²³⁶... no pude salir en días de los moretones que me dejó..., pero igual me salí con la mía... y pa' qué, pa' saltar de la sartén al fuego...”.

Pese a esto, no todas las mujeres acataban las normas sobre el amor y las relaciones de pareja, especialmente las normas sociales y religiosas sobre el matrimonio como única vía para conformar una familia. Algunas tomaron caminos alternativos, lo que significaba postergar el matrimonio hasta una edad más avanzada (avanzada para las convenciones de la época), otras veces significaba no casarse y convivir con la pareja. Un motivo para ello podía ser la realización personal, el deseo de emprender algún tipo de proyecto propio, ya fuera trabajo, estudios, u otros propósitos, a sabiendas que para ello era necesario mantener cierta independencia, una que no tendrían estando casadas. Otro motivo podía ser el anteponer las necesidades de su familia de origen antes que las propias, por lo que, por ejemplo, preferían tener o mantener un empleo con el que obtener ingresos para la familia, para lo cual era necesario permanecer solteras. Finalmente, también estaban las que no manifestaron haber tenido un motivo especial y, a pesar de mantener convicciones religiosas, optaron por seguir sus propias normas, siendo estas últimas las que más sanciones sociales recibieron. Así fue con Inés:

[Inés] “Tuve unos pololos, pero..., bueno uno me marcó... estuve tres años y yo me vine a Santiago. Él quería que yo me quedara allá, pero tampoco tenía trabajo, entonces (tose), yo me quedé, me vine aquí a Santiago y me quedé porque empecé a ganar, o sea, había mucho trabajo en ese tiempo”.

²³⁶ “No me las llevé pelá” es una expresión que significa que se debió pagar un precio por una acción, generalmente un castigo o una mala experiencia.

Estas ideas sobre el amor se mantuvieron sin mayores variaciones durante algún tiempo, si bien comenzaron a producirse algunos cambios a finales de la década de los sesenta, cuando una sucesión de factores afectó a parte de la juventud chilena y acabó transformando su forma de ver el mundo, incluyendo entre otras cosas las relaciones de pareja. Algunos chilenos, que habían visto a través de los medios de comunicación cómo se desarrollaba el movimiento hippie en otros países, comenzaron a imitar aquel estilo, a vivir en comunidades y a ofrecer nuevos patrones de conducta, hasta el punto de que Salazar y Pinto consideran que estos/as jóvenes también marcaron una diferencia con generaciones anteriores al conquistar “*el amor en tanto categoría histórica*”,²³⁷ generando resquemores en la sociedad. Estos cambios en los modelos de comportamiento fueron posibles, según estos autores, en buena medida por la aparición de la píldora anticonceptiva, la homogenización de ciertos símbolos externos que habían diferenciado a los géneros (como el uso del pelo largo, vaqueros, el consumo de tabaco y marihuana, entre otros) y la definición de objetivos históricos y los medios comunes para el logro de estos (la lucha por la “liberación de los pueblos”), lo que creó un contexto en el que “*el amor 'de a dos' tendió a construirse, vivirse y realizarse dentro de una 'comunidad de sentido', de un 'grupo en movimiento', de un 'colectivo' lanzado en pos de un mismo gran proyecto histórico*”.²³⁸

Sin embargo, la experiencia de algunas de las entrevistadas distó tanto del modelo romántico clásico que veíamos en un principio, como de este nuevo concepto de “*nueva pareja*”²³⁹. Y es que no fue el amor lo que las conquistó, ni siquiera un enamoramiento pasajero, sino el deseo de escapar de una situación que les era dolorosa e insostenible en sus familias de origen. Abusos sexuales, maltrato físico o psicológico, o abuso en términos económicos de parte de familiares hacían que la vida que llevaban fuera demasiado dura para soportar y, por lo tanto, buscaban una salida a ella, siendo el matrimonio una alternativa que parecía cubrir las necesidades que se les planteaban, pues

²³⁷ SALAZAR y PINTO, 2002b, *op. cit.*, pp. 164-165.

²³⁸ *Ibidem*, p. 165.

²³⁹ *Ibidem*.

pensaban que el tener un hombre al lado ofrecía protección, recursos para la sobrevivencia y la posibilidad de empezar “de nuevo”, esta vez creando una familia propia, una en la que no vivieran los problemas y peligros del pasado. Eso es lo que les ocurrió a Vanesa y Mónica:

[Vanesa] “Ya después me casé muy joven [tenía veintiún años], yo creo que para salir de esa casa y escapar de mi padrastro (...). Ahí la pasé bien, tuve un hogar por primera vez. Lo dirigía, yo, yo hacía lo que quería”.

[Mónica] “Cuando comencé con él no me importó que no fuera cariñoso..., cuando me casé tampoco..., no sé, yo tampoco era cariñosa con él, pero era la oportunidad que esperaba, era lo que me parecía mejor en ese momento... y no pensaba en encontrar nadie mejor que él”.

Tampoco tenía un ideal romántico el casarse por seguir las conductas tradicionales, actuando acorde a lo que se esperaba de ellas. Usualmente, la vida de una mujer estaba definida ya desde la infancia y, siguiendo la imagen de la “mujer chilena”, uno de los pasos más importantes que debían realizar para ajustarse a estas ideas era el casarse luego de un tiempo prudente de relación.²⁴⁰ Así, para algunas no importaba tanto el estar enamorada como el haber encontrado a una pareja con la cual casarse y tener hijos, justo como lo hacía el resto de las mujeres (al menos las “respetables”). Si esto no ocurría, corrían el riesgo de quedarse “para vestir Santos” y recibir el apelativo de solterona (el cual era, y continúa siendo, sinónimo de una mujer amargada e incompleta), algo que infundía gran temor entre las jóvenes. Nancy y Sonia nos hablaron de sus experiencias al respecto:

[Nancy] “(...), yo lo conocí en el sur, porque somos de (ciudad del sur de Chile), eh, yo vivía allá con mi mamá y él trabajaba acá en Santiago y se quedó sin trabajo y se

²⁴⁰ Estos hallazgos se asemejan a lo concluido en una investigación cualitativa realizada en 1985 con pobladoras de clase baja de Santiago de Chile, en la cual las mujeres informaban de cuatro motivos para concretar la primera unión (matrimonio o convivencia): embarazo, escapar a una situación negativa, formar una pareja o por exigencia de los padres. Valdés, 1985, *op. cit.*, p. 27.

fue donde la mamá... a pasear un poco, a descansar según él, y de ahí lo conocí yo, y de ahí nos conocimos y él nunca más se vino... estaba ya sin trabajo, por eso mi mamá no lo quería, no tenía trabajo. Entonces después comenzamos a pololear y de ahí se vino a Santiago a buscar trabajo y ahí le dijo a mi mamá que cuando él encontrara un trabajo me iba a buscar y al año me fue a buscar... [teníamos] yo, diecinueve años y él veintidós, éramos jovencitos (...).”.

[Sonia] “Yo pololié a los veintiún años, yo anteriormente había sido ¿cómo se podría decir cuando una mujer...? Muy tímida, muy pa' entro, muy tonta... pensé que nunca iba a encontrar un hombre que me quisiera”.

En otras ocasiones, algunos familiares (padres, madres, hermanos) detentaban un poder tal al interior de la familia que les permitía tomar decisiones que afectaban la vida de otras personas, como sucedió en varias de las historias de las entrevistadas, quienes debieron casarse a pesar de estar en contra de ello. Los argumentos que esgrimían los familiares eran variados, pero todos tenían en común el considerar a las jóvenes como menores sin capacidad de decisión sobre sus vidas, aun cuando ya hubieran superado la veintena, reflejando con ello las ideas patriarcales sobre la autonomía de las mujeres. Esto fue aún más notorio en aquellos casos en los que las jóvenes habían demostrado algún tipo de iniciativa de independencia o habían cruzado los límites de las normas sociales impuestas, por ejemplo, al quedar embarazadas estando solteras. Jessica, por ejemplo, no tuvo elección:

[Jessica] “En una peluquería trabajé... y tiempo después, después que viví en Santiago también, mi mari'o llegó al frente de donde vivíamos, a trabajar, y a mi mamá le gustó mucho, mi papá había fallecido, así que prácticamente me obligaron, a mí no me gustaba nada... y, éramos novios, no sé po'... ellos decidieron todo, mi mamá y mis hermanos... (...).”.

Finalmente, al analizar los inicios de las relaciones de pareja, también observamos que algunas mujeres escaparon a la norma que dictaba que un matrimonio era para toda la vida. A este respecto los censos nos entregan algunos datos sobre el estado civil de la población del país, y aunque sabemos que es una información que muestra la realidad en un momento preciso, nos ayudan a comprender este aspecto de la vida familiar y su evolución a través de las décadas. Así, para el año 1952 de cada 1.000 habitantes mayores de 15 años 399 se encontraban solteros, 476 casados, 1 había anulado el matrimonio,²⁴¹ 12 eran separados legalmente o de hecho, 34 convivían, 74 estaban viudos y no se tenía información sobre 4 uniones. Como vemos la proporción de separados y anulados era muy baja, aunque en el caso de los primeros, 4 correspondían a hombres y 8 a mujeres.²⁴² Esta panorámica prácticamente no tuvo cambios en lo referido a anulados/as y separados/as en el Censo de 1960, en el cual de la población de 12 años y más un 44,4% estaba soltera, un 45,1% casada, un 3% era conviviente, 5,9% viuda (siendo el cambio más significativo), 1,5% se había separado y un 0,1% anulado.²⁴³ En cambio, para el Censo de 2002, de la población mayor de 15 años, el porcentaje de personas que habían anulado el matrimonio había subido a un 0,5% y el de personas separadas a un 4,7%, mostrando las transformaciones de la sociedad en 50 años.²⁴⁴

Estos datos no son los únicos que nos hablan de lo que se pensaba a mediados del siglo XX sobre las separaciones. El matrimonio era algo sagrado, un vínculo que valía la pena conservar incluso frente a los propios deseos de terminarlo y eran las mujeres las llamadas a mantener por medio de la renovación del amor, puesto que eran ellas las responsables de un fracaso matrimonial si no eran capaces de cultivar el sentimiento en que se habría fundado la relación:

²⁴¹ Puesto que no existía una ley de divorcio vincular, la alternativa a la que se recurría en el país era la anulación del matrimonio, la cual generalmente se basaba en vacíos legales para argumentar que no existían los requisitos necesarios al momento de casarse (por ejemplo que las direcciones de los contrayentes no eran las indicadas). Recién en el año 2004 se promulga la Ley 19.947 que “Establece nueva ley de Matrimonio Civil”, en la cual se incorpora el divorcio vincular.

²⁴² Servicio Nacional de Estadística y Censos, *op. cit.*, pp. 134-135.

²⁴³ Dirección de Estadística y Censos, *op. cit.*, p. 38.

²⁴⁴ Calculado sobre datos en: Instituto Nacional de Estadísticas: *Censo 2002. Resultados. Volumen I. Población. País, Región*, Santiago de Chile, Instituto Nacional de Estadísticas, 2003, p.102.

“Pero resulta que ahora mi amiga Blanca me tiene perpleja con su fracaso sentimental. Lleva cinco años de casada y ya no sabe cómo atraer al su marido, que se aleja cada día más. ¡Tarde reacciona mi pobre amiga! Ahora quiere hacer algo grande y heroico y olvida que es amor se compone de cosas pequeñas e insignificantes (...). Fue la pequeña rutina que logró introducirse y convertir en ingratitud aquello que fuera tan hermoso y brillante, aquello que colmaba las horas y que hoy es algo opaco y sin vida, casi muerto. Pero tal vez, amiga lectora, tú estés a punto de recuperar ese cariño; acaso no esté todo perdido. Y vale la pena renovarlo, recuperar ese amor dignificado por un sacramento, bajo cuyo amparo han nacido los hijos y se han soportado tantos sacrificios y alegrías. Vale la pena, porque no se debe dejar secarse el corazón, ni amustarse algo tan grande y hermoso, simplemente por dejación, por rutina, por necesidad (...).”²⁴⁵

Por otra parte, puesto que el amor se consideraba como la base sobre la cual se forjaban las relaciones de pareja, las explicaciones para los rompimientos matrimoniales también se volcaban a que estas eran producto de una idea equivocada del amor. Más que una emoción pasajera, debía ser un sentimiento profundo que permitiera superar el paso del tiempo y las situaciones conflictivas que se presentaran:

“¿Trataremos de dilucidar el problema de los matrimonios modernos? Seamos valientes, pero no temerarios. ¿Cuál de estas contradicciones puestas juntas: amor + matrimonio + autonomía, escogeremos para comenzar? Veamos la más sencilla: ¿amor y autonomía? ¿O amor y matrimonio? Creo que es mejor darle la preferencia a esto último. Tienen más probabilidades de llegar a un fracaso total. Todo depende de la idea que se formen del amor; hay tantas variedades en esta palabra mágica: pasión, deseo, romance, posesión, don, sacrificio, ¿no es acaso lo mismo? Cuando se dice

²⁴⁵ C.R.I.: “Hablemos un poco de amor” [en línea], en revista *Margarita*, núm. 792, junio 1949. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=744>» [Consultada 31 febrero 2013], p. 5

ahora que es un matrimonio de amor, ¿no habrán edificado sus ilusiones sobre la pasión, el deseo o el idilio, que por intensos que sean no pueden perdurar? (...). ¿Cuándo sucederá esto? No importa que sea a los seis meses o a los seis años: lo que verdaderamente vale es que tienen toda la vida ante sí para aprender el arte de vivir “a dos”. Si el amor solo fuera una muy pequeña parte de felicidad en esa esclavitud que les depara el destino al unirlos sin el sentimiento profundo y completo que suaviza las asperezas de la vida, ¿qué fin podrá tener este matrimonio?”²⁴⁶

Teniendo en cuenta este contexto, el que mujeres hayan tomado la decisión de separarse (nos referimos especialmente a hechos ocurridos cuando eran jóvenes o adultas, no a los que sucedieron en la vejez) nos muestra que a pesar de las tradiciones y límites que buscaba imponer la sociedad a su autonomía, ellas eran sujetos activos que podían enfrentarse a las consecuencias que esas opciones traían consigo. Por este mismo motivo, es relevante ver la contradicción entre estos actos y la aparente pasividad con que enfrentaron las nuevas relaciones, en las cuales sus parejas ejercieron violencia hacia ellas. Esto nos permite ver las consecuencias de la violencia en sus vidas, pues aunque en el pasado habían conseguido separarse de parejas previas, los efectos de los malos tratos en sus estados físicos y emocionales les habían impedido volver a tomar una decisión de ese calibre con las parejas actuales que ejercían violencia, teniendo en consideración, además, que en el último caso existía riesgo de vida para ellas. En el siguiente capítulo analizaremos, entre otras cosas, las barreras que enfrentaron las mujeres para la búsqueda de ayuda, incluyendo aspectos relacionados con las dificultades para separarse.

Sin embargo, la violencia no solo tuvo efectos negativos que afectaron la capacidad de toma de decisión de las mujeres. Ya fuera que ellas hubieran iniciado la relación de pareja por estar enamoradas o por los otros motivos expuestos, con el paso del tiempo la violencia fue minando en

²⁴⁶ Redacción: “Matrimonios modernos”, en revista *Eva*, núm. 801, agosto 1960, p. 3.

algunas los sentimientos positivos que tenían hacia los hombres, relatando incluso que habían perdido todo el amor que sentían hacia ellos; en otras fue formando sentimientos negativos (tanto hacia sus esposos como hacia sí mismas y la vida en general) que reflejaban incompreensión ante lo que sucedía, rabia y pena por no sentirse valoradas y queridas, resentimiento ante la forma en que eran tratadas, entre otros. En el caso de Inés, ella manifestó los cambios que había experimentado de la siguiente manera:

[Inés] “Ahora las cosas han cambiado, lo quiero sí, pero como... a ver, como... como con resentimiento... una cosa que sí, pero no... y... siempre digo yo «pensar que lo quise tanto, tanto que»... bueno, no hubiera dado la vida por él, pero yo lo quise mucho. Ahora lo quiero, pero así más simple, no tan... con esa cosa que... que sentí la primera vez que lo vi...”.

En otros casos, sumado al maltrato, se encuentran las infidelidades que algunos hombres cometieron, las cuales generaron en las entrevistadas diferentes sentimientos. En primer lugar estaba la resignación, asumiendo que los hombres “por naturaleza” eran infieles, algo que formaba parte de la concepción de la idea de masculinidad. Por otro lado, esta actitud de parte de las mujeres también podía estar relacionada con lo que hemos visto sobre la imagen que debían seguir las mujeres en Chile, y la promoción de valores cristianos en la sociedad chilena (como el perdón y el asumir situaciones negativas como pruebas de Dios).

“—Mi viejita... La he engañado muchas veces... ¡Ah!, eso sí. —¿Y entonces? —indagó mi amiga atónita. Triunfante nos expuso: —¿Y eso qué tiene que ver? Me sirvió para darme cuenta de que no había otra igual. Ahora, todo eso terminó, ya sé que el tesoro lo tengo a mi lado... En realidad siempre lo supe, pero los hombres somos volubles por naturaleza... Vean señoras; sólo cuando se ha recorrido un buen trecho de la vida se sabe lo que es bueno y lo que es malo, entonces se aprecia lo que se tiene, y nos apegamos a nuestra esposa. —Pero —objetó agresiva mi amiga— en la época en que

usted se 'apegaba' a las otras, ¿qué decía su mujer? (...). –¡Bah!... experiencias sin importancia. Esto no nos impide amarnos. Mi viejita comprendió que nada de esto contaba y desde el momento que me perdonó, somos muy felices”.²⁴⁷

También encontramos otros sentimientos expresados ante estos hechos cometidos por sus parejas, tales como sentirse humilladas y menospreciadas como mujeres, dolor por la traición, incomprensión y rabia por haberse mantenido con los esposos a pesar de la violencia que estos ejercían y luego enterarse que habían tenido o tenían otras parejas (a las cuales, según relatan las entrevistadas, no ejercían violencia), así como temor a haber sido contagiadas de enfermedades de transmisión sexual. Así lo relató Rosario, por ejemplo:

[Rosario] “Después entendí por qué me decía que me diera un niño a mí y no a nosotros, porque él tenía otra familia, por eso andaba tan contento pa'l golpe, porque en esa fecha más o menos tuvo un hijo, eso yo lo vine a saber hace poco no más, cuando se murió, porque vinieron a verlo a la iglesia... ¡Imagínese! Yo llorando, muerta de pena y vengo y me entero que tenía otra mujer, y un hijo, reconocí'o y todo (llora) (...). Pero lo que nunca entendí es por qué no me dejó, siempre me tuvo acá, encerrá', ¿pa' qué? Yo no lo entiendo, ¿pa' tenerle todo? ¿Cómo castigo por no darle un hijo? Eso sí, que pa' cuando se jubiló ya no estaban juntos, habían peleado hace tiempo, claro, ahí entonces menos se iba a separar, pa' quedarse solo no po'... Yo creo que por eso no me dejó, siempre me tuvo de reserva, pa' no quedarse solo”.

Frente a todas estas experiencias y a las ideas que sobre el matrimonio se transmitían en la sociedad, las entrevistadas se vieron enfrentadas a la realidad de que sus propias relaciones no cuadraban dentro de los parámetros que suponían una feliz vida en pareja. La violencia que durante años debieron enfrentar las obligó a buscar estrategias para ajustar estos supuestos a las

²⁴⁷ Redacción: “Editorial”, en revista *Eva*, núm. 802, agosto 1960, p.3.

experiencias que vivían, siendo la resignación un aspecto que destaca en los relatos, como los de Regina y Raquel:

[Regina] “Lo que Dios une no se puede separar, así es y así será mientras siga teniendo fe... Lo pasado pasó y hay que mirar al futuro, seguir pa'lante y confiar en su misericordia”.

[Raquel] “Veamos, cómo se lo explico... Yo sé que no debe ser fácil de entender para una joven como usted..., pero es que a mí me criaron a la antigua... El mari'o era el mari'o y uno no está pa' andar poniendo pelas”.

Así, además de la dependencia emocional,²⁴⁸ otros aspectos relacionados a los vínculos amorosos que pueden cruzarse para la mantención de las relaciones de pareja a pesar de que se experimente violencia en ellas pueden ser la formación recibida por las mujeres en valores asociados al matrimonio, las creencias religiosas o las normas sociales que sancionaban o cuestionaban la separación.

XXX

De esta forma, hemos podido ver tanto cómo las ideas del amor y el matrimonio se fueron instalando en la sociedad de la época que analizamos y cómo en los diferentes niveles de la vida de las mujeres mayores se fueron internalizando. En algunos casos el amor se vivió como algo importante, como el motivador para el inicio de una relación, aun cuando este pudiera estar basado

²⁴⁸ La dependencia emocional es un concepto comúnmente usado en psicología y psiquiatría y que alude al vínculo emocional generado entre las mujeres y quienes las agreden, siendo uno de los factores que actuarían en la mantención de la relación de pareja a pesar de la violencia. ECHEBURÚA, Enrique; DE CORRAL, Paz; AMOR, Pedro; SARASUA, Belén y ZUBIZARRETA, Irene: “Repercusiones psicopatológicas de la violencia doméstica en la mujer: Un estudio descriptivo”, en *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, vol. 2, núm. 1, 1997, p. 16; ESCUDERO, Antonio; POLO, Cristina; LÓPEZ, Marisa y AGUILAR, Lola: “La persuasión coercitiva, modelo explicativo del mantenimiento de las mujeres en una situación de violencia de género. II: Las emociones y las estrategias de la violencia”, en *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, vol. XXV, núm. 96, 2005, pp. 66-67.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

en alguno de los mitos que suponen un romance. En otros, las acciones de las mujeres fueron la respuesta a situaciones difíciles o ni siquiera tuvieron la oportunidad de tomar la decisión de casarse o no. Pero haya sido de una u otra manera, el amor (o la falta de este) y la vida matrimonial se transformaron en experiencias vitales en sus vidas, influyendo además en otros aspectos como el trabajo, lo que veremos en el siguiente apartado.

2.2.4. “Toda mi vida he trabajado”. Trabajo doméstico y empleo

[Sonia] “[De niña mi responsabilidad era,] eh, bueno, lavarle a todos mis hermanos, a los mayores y a los menores, y luego a los sobrinos que vivían con nosotros, los hijos de mis hermanos mayores, que se los llevaron a vivir con mi mamá... yo también tenía que cuidarlos... lavar mucho a mano, era mucho trabajo, por eso me enfermé después, exceso de trabajo, mucha fuerza...”.

Para gran parte de las mujeres entrevistadas su vida de trabajo comenzó muy tempranamente, en la infancia o a más tardar en la adolescencia, con tareas domésticas y de cuidado. Sin embargo, no todas tienen la misma claridad de Sonia de reconocer que las labores que les asignaban sus padres, madres o cuidadores/as iban más allá de sencillas responsabilidades, constituían un trabajo en sí mismo. La casa propia no fue el único espacio en el que las mujeres debieron enfrentar la vida laboral en la infancia y la adolescencia. Algunas fueron entregadas a otras familias para servicio doméstico; otras, las que vivían en el campo, debían ayudar en labores propias del ámbito rural; y quienes crecieron en una ciudad también se encontraron como empleadas en fábricas e incluso en espacios tan específicos y diferentes como un estudio de televisión.

Tener que enfrentarse a un trabajo desde muy pequeñas no era algo extraño para aquellas menores que crecieron en familias de clase baja, a pesar, como hemos visto, de los esfuerzos realizados por los gobiernos de entonces para aumentar los años de estudio obligatorio. Este esquema se venía repitiendo desde mucho antes, y la vida que se les presentó no distó demasiado de la experimentada por una niña pobre del siglo anterior, sobre las cuales nos habla René:

“Especialmente las niñas, sobre todo las de familias modestas, desde muy pequeñas prestaban importantes servicios en la casa, encargándoseles compras, llevar y traer

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

recados, cuidar de los hermanos menores y, en fin, liberando a la madre de responsabilidades, lo que le permitía a ésta dedicarse a otros trabajos dentro del hogar o fuera de él”.²⁴⁹

Para cuando ya eran lo suficientemente grandes para hacerse cargo de ciertas tareas, niños y niñas ya tenían interiorizadas aquellas que correspondían a su género, pues lo habían aprendido de sus madres, padres, hermanos/as mayores (en el caso de que tuvieran), otros familiares, en la escuela y también en los medios de comunicación. Por ejemplo, en la imagen a continuación vemos cómo se promociona un producto de aseo por medio de la reproducción de roles, donde una niña pequeña lava al que se supone es su hermano/a menor. Lo que se intenta mostrar como una tierna imagen era una realidad para miles de menores que debían hacerse cargo de tareas domésticas y de cuidado desde pequeñas:



ILUSTRACIÓN 2.2.-14. Los modelos de roles para niñas y niños también eran presentados en la publicidad. “Jabón Dermal”, 1960. Fuente: *Eva*, núm. 802, agosto 1960, p. 131.

De esta forma, las entrevistadas nos describen cómo en el propio hogar les delegaron

²⁴⁹ SALINAS, René: “La historia de la infancia, una historia por hacer” [en línea], en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, núm. 5, invierno 2001. Disponible en <http://rhistoria.usach.cl/articulo_b.php?artid=94> [Consultada 05 enero 2013], p. 23.

responsabilidades domésticas, que les impedían o dificultaban otros espacios de crecimiento como los estudios, los juegos o el compartir con amistades. En algunos casos eran asumidas como una obligación y existía una real preocupación por cumplir adecuadamente con lo encomendado, especialmente cuando la madre tenía muchos hijos/as o se encontraba enferma. En otros, los recuerdos surgen con una carga negativa, de molestia por haber tenido que dejar de hacer cosas que les gustaban para asumir esas labores, llegando incluso a considerar, al mirar retrospectivamente, que no tuvieron infancia, como en la historia de Lourdes:

[Lourdes] “Ahhh... mira, mi papá, cuando murió mi papá yo tenía once años y a mi mamá... se enfermó, supuestamente. Le daban ataques de nervios a mi mamá, caía a la cama y yo tenía que hacer todo... Yo a los once años, yo lavaba, cocinaba, todo... Me subía en un tarro y lavaba en la artesa²⁵⁰, porque mis hermanos trabajaban, entonces ellos necesitaban ropa limpia. Cocinaba, no sé, no te puedo decir cómo aprendí a cocinar, bueno, es que antes de que muriera mi papá, mi papá cocinaba porque mi mamá era como gatito de chalet²⁵¹”.

Para realizar estos trabajos se enfrentaron a frías mañanas, escasos bienes muebles y aparatos electrodomésticos que facilitaran las labores, o acciones repetitivas y que no acababan nunca. También vivieron diferentes riesgos, algunos vinculados a su crecimiento físico y su desarrollo por tener que cargar mucho peso y realizar tareas para las cuales no estaban todavía capacitadas físicamente. Otros riesgos tenían que ver con los instrumentos y aparatos que manejaban (por ejemplo, en la cocina). Finalmente, también se vieron expuestas a abusos (físicos y sexuales), por tener que salir solas a realizar compras o por ayudar en casas de familiares donde estaban al cuidado de los propios abusadores, tal como le sucedió a Cándida:

[Cándida] “Yo, yo iba a ayudar a mi hermana mayor..., mi mamá me mandaba,

²⁵⁰ Una “artesa” es un lavadero, antiguamente era hecho de madera.

²⁵¹ “Gatito/a de chalet” es una expresión que significa que alguien es muy mimado/a y no trabaja ni dentro ni fuera del hogar.

porque ella estaba muy enferma..., pero su mario' siempre andaba borracho, y una vez me tiró a la cama, me levantó la falda y... yo le pegué un empujón, como estaba curao' se cayó pa'trás y salí corriendo, pasando por encima de él..., creo que se pegó en la cabeza, pero cuando mi mamá me preguntó qué había pasado que había vuelto tan temprano no le dije nada”.

Además del trabajo en el interior del hogar, las niñas y jóvenes que vivían en zonas rurales también debían ayudar en tareas relacionadas con la agricultura, cuidado de animales y todo aquello relativo al campo. Esta situación no era algo inusual, como nos plantea Jorge Rojas sobre el trabajo de los/as niños/as: *“En el campo, las responsabilidades y labores comenzaban desde temprano, tanto en las grandes propiedades como en los pequeños predios...”*²⁵². Así, en el mundo rural, tener hijas/os era tener mano de obra, pero la diferencia estaba marcada por el género, especialmente a partir de la adolescencia, realizando diferentes actividades productivas:

[Amelia] “(...), nosotros vivíamos en el campo, mi papá tenía hectáreas de viñas, de establos para los animales, entonces nosotros trabajábamos con mi papá en la quinta²⁵³: nosotros cortábamos la uva, le hacíamos todo el trabajo de la quinta. A medida que íbamos creciendo mi papá nos iba enviando a trabajar... a los 7 hermanos... (baja la voz)”.

[Raquel] “Yo era muy pequeñita, eso fue antes de venirnos a Santiago..., me tocaba ayudar con lo que fuera, si recoger huevos, si alimentar las gallinas, si cuidar la fruta que se secaba para que no llegaran los pájaros a comerla... pero no todo era tan malo, por ejemplo me encantaba subirme a los árboles y sacar fruta, me sentaba a la sombra y me quedaba toda chorrea' de durazno²⁵⁴... eso lo perdimos cuando nos

²⁵² ROJAS, *op. cit.*, p. 351.

²⁵³ La “quinta” se refiere a un espacio dentro de los límites de una propiedad (en el campo o en la ciudad) en la cual se solían cultivar árboles de todo tipo (frutales y ornamentales) y/o huertas.

²⁵⁴ Durazno es como se llama a un melocotón en Chile.

vinimos pa'ca”.

Pero no todas tuvieron la oportunidad de crecer en el ambiente familiar, realizando tareas para su propio núcleo. El servicio en otras casas, ya fueran latifundios, pequeños propietarios o familias de clase media rural, muchas veces implicaba que la niña/adolescente debía trasladarse y vivir en esos lugares, recibiendo sus familias un pago por sus servicios. Según Rojas, esto también tenía raíces más antiguas, en las cuales la socialización de los/as menores se realizaba por medio de la crianza en manos de personas ajenas a la familia más cercana (por quedar huérfanos/as, por problemas económicos, necesidad de empleo de la madre, posibilidad de acceso a estudios, etc.) combinada con la realización de ciertas tareas. Así, de acuerdo a un estudio realizado en 1953 a mujeres que trabajaban en el sector de servicios domésticos (aseguradas en una Caja), el 13% había iniciado su vida laboral antes de los 11 años, casi la mitad (un 49%) lo había hecho entre los 11 y los 15 años, un 32% entre los 16 y los 20, y apenas un 6% después de los 21 años de edad. De estas mujeres, un 90% había migrado desde pueblos de provincia a la capital del país, y de ellas un 35% provenía de zonas rurales.²⁵⁵

En el caso de las mujeres, además, al momento de enviarlas fuera de la familia pesaba el que en ocasiones fueran consideradas una carga, ya fuera por ganar menos que los hermanos, por tener menor fuerza para realizar labores pesadas, el riesgo de un embarazo al llegar a la adolescencia, o el hacerse cargo de las costas del matrimonio de la hija, entre otros motivos. Por ejemplo, Elena y María tuvieron una infancia trabajada arduamente:

[Elena] “(...), entonces qué pasaba, que los papás a uno antes la mandaban a... ganarse la vida, o sea, como que la pasaban a otras personas con más plata, entonces a mí me pasaban para que fuera a jugar con otros niños, a cuidar niños más bien dicho, pero esas personas que eran gente de plata y no trataban bien. Esa fue mi

²⁵⁵ ROJAS, *op. cit.* pp. 353-354.

niñez (...). Entonces esa fue mi vida y de ahí yo ya no volvimos a mi casa, y sin salir, eso sería, y a mí me pagaban un saco de trigo en un año (...). Pero como le digo estuve hasta los, no estuve más de dieciocho años, que fue cuando me pasaron para allá, pa' donde esta señora «Allá te vai' a quedar», «Anda donde la otra que también te vai' a quedar allá» y a ellos les pasaban plata seguro. De lo único que me acuerdo era de un gallo²⁵⁶ que tenía mucha plata, un fundo, y ese me daba un saco de trigo y ellos lo venían a buscar a fin de año, eso era todo...Entonces yo, prácticamente yo viví un buen tiempo en esa casa po', cuidando a los otros niños, ayudando a pelar papas, a hacer comida porque eran, porque era un fundo grande y tenían muchos trabajadores que darles qué comer...”.

[María] “Me pusieron en una casa de una señora, tenía que hacer los mandados... eh..., limpiar, cocinar no, la señora cocinaba, pero yo le tenía que pelar las cosas... eh... ese tipo de cosas tenía que hacer... Con ella aprendí a cocinar, de tanto mirarla y ayudarla, me sirvió pa' cuando me fui pa' otra casa, que ahí la señora no podía pagar mucho y mi papá me dijo que me tenía que buscar otra casa... eh... me dio pena, esa señora era buena, pagaba poco pero no tenía mari'o, quedó viuda, con tres hijos... eh... y conmigo no era mala, no como otros lugares, de todo me ha tocado en esta vida”.

La vida en la ciudad podía ofrecer otras alternativas al trabajo doméstico, y si bien no era extraño que existieran grandes casas con amplios espacios de plantaciones de árboles frutales y huertas (conocidos como quintas) en los cuales las niñas y jóvenes debían realizar tareas similares a las que vivían en el campo, también se podían enfrentar a la posibilidad de trabajar en fábricas, llevando recados, vendiendo (en la calle o en negocios familiares), o incluso tener la oportunidad de

²⁵⁶ “Un gallo” o “una galla” es una expresión que se utiliza para decir un hombre o una mujer.

entrar a un empleo tan diferente como bailar en un set de televisión, como le ocurrió a Orieta:

[Orieta] “[quería comprar ropa para dejar la fábrica], porque yo bailaba en una esta, de la radio, que pusieron un aviso «Se necesita», lolas²⁵⁷ que en ese tiempo se decía, «Se necesitan lolas para que vengan a bailar y después les hacen contratos», entonces yo me compré una, una, yo quería comprarme una teni'a bonita para ir, y allá nos enseñaron a bailar e incluso nos contrataron de la tele, había una persona, porque antes no habían ballet como ahora estables sino que, eh, pongámosle una vez salió en Sábados Gigantes²⁵⁸ el Pollo Fuentes²⁵⁹ y nosotros salíamos bailando detrás de él, y así nos contrataban para diferentes partes pero no era nada malo...”.

Como podemos apreciar, una parte importante de las entrevistadas ya había comenzado una vida de trabajo antes de llegar a los veinte años.²⁶⁰ Esto trajo un alto costo en diversos aspectos, por ejemplo, las que tuvieron que abandonar el hogar vieron resentido su estado emocional, aquellas que debieron dejar los estudios vieron mermado su desarrollo educativo, e incluso la salud se vio a largo plazo perjudicada por los esfuerzos que desde pequeñas tuvieron que hacer.

A medida que fueron creciendo, la vida laboral de quienes continuaron trabajando remuneradamente refleja lo que fue sucediendo en el país en lo referido a la incorporación de las mujeres dentro de la población económicamente activa. Para el año 1952, de cada mil personas activas mayores de 12 años en el país, 750 eran hombres y 250 mujeres. Dentro de la población inactiva mayor de 12 años, de cada mil personas, 196 eran hombres y 807 mujeres, de las cuales 653 informaban estar dedicadas a quehaceres del hogar, en cambio ningún hombre se encontraba en

²⁵⁷ La palabra “lolas” equivale a “chavalas” en España.

²⁵⁸ Un famoso programa de la televisión chilena, emitido desde el año 1962 hasta la actualidad.

²⁵⁹ Apodo del famoso cantante chileno José Alfredo Fuentes (1947-).

²⁶⁰ A una conclusión similar se llegó en el estudio *Historias de vida de mujeres de la ciudad*, en el cual se plantea que muchas de las mujeres de barrios de escasos recursos debían comenzar a trabajar mientras aún estaban en la escuela porque las necesidades de sus familias de origen requerían que aportaran ingresos desde muy temprano. MARSHALL, *op. cit.*, p. 76.

esta categoría. Otro dato importante a considerar es que de las 250 mujeres activas señaladas anteriormente, casi la mitad (106) lo hacían en la Provincia de Santiago, seguida muy de lejos por otros polos urbanos del país como Valparaíso (24) y Concepción (17).²⁶¹

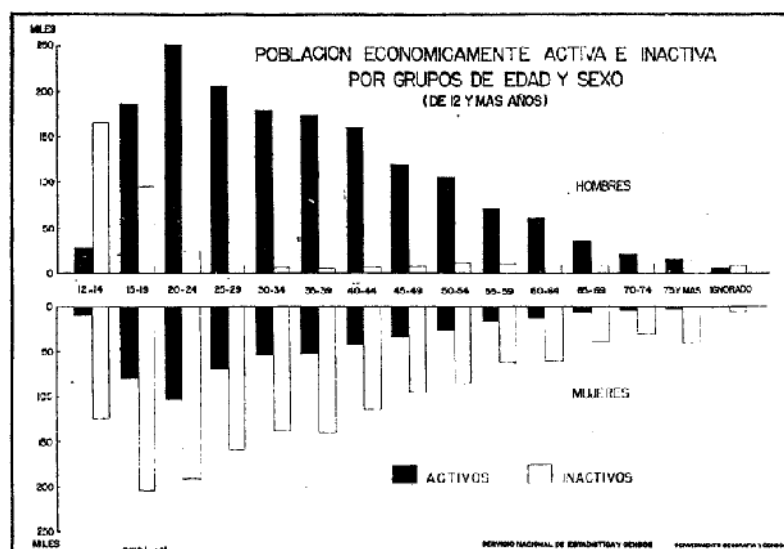


GRÁFICO 2.2.-1. Población económicamente activa e inactiva por grupos de edad y sexo, 1952. Se puede apreciar la baja participación de las mujeres en la población activa, y su distribución de acuerdo a la edad. Fuente: Servicio Nacional de Estadística y Censos, *op. cit.*, p. 206.

Por otra parte, durante los años cincuenta se produjo en Chile una serie de modificaciones en la estructura del empleo en las industrias, mostrando una tendencia hacia la masculinización de quienes estaban contratados con empleos fijos. La alternativa que les quedó a la mayoría de las mujeres fue el trabajar en sectores que de forma tradicional se asociaban a ellas, como las industrias textil y del vestido, las de procesar alimentos y las de confección de zapatos. Esto traía asociadas dos situaciones: por un lado eran empleos con bajos salarios, trabajo no cualificado y escasas posibilidades de ascender; y por otro, los sueldos que obtenían eran en promedio un 60 por ciento más bajos que los pagados a los hombres con igual nivel de capacitación.²⁶² Según lo indicado por el Censo del año 1952, de cada mil habitantes activos, la proporción según rama de actividad y sexo se distribuía de la siguiente manera:

²⁶¹ Servicio Nacional de Estadística y Censos, *op. cit.*, p. 206 y ss.

²⁶² HELLMANN, *op. cit.*, p. 236.

RAMA DE ACTIVIDAD	POBLACIÓN ACTIVA DEL PAÍS (DE CADA 1.000 ACTIVOS)					
	TOTAL		HOMBRES		MUJERES	
	Habitantes	%	Habitantes	%	Habitantes	%
Totales	2 155 292	1.000	1 616 152	750	539 141	250
Agricultura, silvicultura, caza y pesca	648 054	301	605 970	281	42 084	20
Explotación de minas y canteras	101 368	47	99 011	46	2 357	1
Industrias Manufactureras	408 713	190	276 853	129	131 850	61
Construcción	102 317	48	101 132	47	1 185	1
Electricidad, gas, agua y servicio sanitario ..	20 464	9	19 782	9	682	—
Comercio	222 820	103	166 905	77	55 914	25
Transportes, almacenaje, comunicaciones ..	95 274	44	89 658	42	5 616	2
Servicios	478 913	222	192 757	89	286 156	133
Otras no especificadas	77 310	36	64 053	30	13 247	6

ILUSTRACIÓN 2.2.-15. Población económicamente activa por sexo, 1952. Se puede apreciar que más de la mitad de las mujeres activas participaban en la rama de servicios, siendo la única en la que superan a los hombres, seguida por las industrias manufactureras y el comercio. Fuente: Servicio Nacional de Estadística y Censos, *op. cit.*, p. 230.

Para el año 1952, dentro del sector servicios, es importante destacar que al especificar la ocupación habitual dentro de esta rama los datos muestran que el principal tipo de empleo femenino se encontraba dentro de la categoría de “Trabajadores del servicio doméstico”, con un 57% sobre el total de población en esta rama y un 78,3% sobre el total de mujeres; en cambio los hombres eran solo el 3,6% sobre la totalidad de trabajadores/as y un 13,4% sobre el total de ocupados de su mismo sexo.²⁶³ La situación no varió sustancialmente en el decenio siguiente, pues según el Censo de 1960, el grupo de “Servicios personales” tiene la mayor proporción de mujeres activas, con un 42,5%, versus un 5,1% de los hombres²⁶⁴. ¿Quiénes eran estas mujeres? Hellmann nos plantea que pese al crecimiento de la población económicamente activa (PEA) femenina durante los años sesenta, muchas se vieron excluidas del acceso a mejores empleos por factores de clase social y educación, llevando a que “... una proporción sustancial de las mujeres con poca escolaridad y mayor edad contribuyó al crecimiento de los servicios terciarios, inestables, informales (servicios domésticos, comercio callejero), donde a menudo sólo se requieren pocos conocimientos”.²⁶⁵

Al trasladar estos datos a las experiencias de las mujeres entrevistadas, podemos reconocer

²⁶³ Cálculos basados en información aparecida en: Servicio Nacional de Estadística y Censos, *op. cit.*, p. 269.

²⁶⁴ Cálculos basados en información aparecida en: Dirección de Estadística y Censos, *op. cit.*, p. 371.

²⁶⁵ HELLMANN, *op. cit.* p. 237

que ellas fueron protagonistas de los cambios en la estructura laboral del país. Por una parte, las estadísticas nos ofrecen una visión general y estática, pero los relatos nos muestran una visión más detallada y en ellos podemos apreciar las dificultades que muchas debieron enfrentar para poder realizar una vida laboral, como por ejemplo el traslado del campo a la ciudad (principalmente Santiago), el cual en ocasiones implicaba ponerse en manos de desconocidos/as y enfrentar una migración interna con escasos recursos y redes sociales; o los malos tratos y negligencias recibidos por parte de sus empleadores/as, como relató Jazmín:

[Jazmín] “No, yo me vine, cuando yo me vine fue una familia fue a veranear al sur y que ahí... que necesitaban, necesitaban una niña para trabajar, y tuve bien mala experiencia porque cuando llegué a trabajar, aquí a trabajar a Santiago, eh... yo pensaba que ella, que era pa'l servicio de ella y no, a ella le encargaban niñas pa' que vinieran a trabajar, dijo que ella no conocía bien, que conocía a las personas pero al final me mandaron pa' una casa pa'lla pa' (calle en otra zona de la ciudad), donde una profesora, y resulta que la profesora era más pobre que nosotros, y sabe, me había dormir debajo de una escalera, ahí me tenía una cama. Era bien exigente, había que hacer de todo... Yo, yo lloraba todas las noches hasta que un día ya me, un día ya empecé ahí, ahí a tener amistades y ahí me decían «A esa señora no le dura ni una emplea'»”.

Por otra parte, también nos hablan de la vida de esfuerzo que llevaron, muchas veces con jornadas extenuantes. Por ejemplo, en el caso de las mujeres que trabajaron de empleadas domésticas “puestas adentro” (viviendo en la misma casa donde laboraban), una jornada podía durar más de 12 horas, con breves períodos de descanso, y disponer solo de un día libre cada dos semanas. En otros empleos las condiciones también podían ser duras, con espacios que no reunían los mínimos de higiene y seguridad, a lo que debían sumar el trabajo doméstico y de cuidado al llegar a sus casas. Así, no es extraño que muchas intentaran cambiar de empleos, aun cuando en

algunas ocasiones pudieran formar buenos vínculos con sus empleadores/as:

[Inés] “En eso yo trabajé en una panadería, ese fue mi primer trabajo. Después trabajé en un hospital, en un hospital de la ciudad [donde vivía]. [Después] Yo empecé a trabajar ahí [en Santiago], y empecé a ayudar a mi mamá, a mi familia, a mis hermanos (...). Yo, de cajera en un supermercado, luego trabajé en una peluquería, también sabía algo de costura porque también estudié algo, todo diferente, porque siempre quería algo y no sabía lo que quería, (...). La cosa es que no tuve mucha educación y en mi trabajo tampoco lo necesité porque lo que hacía yo... bueno tampoco entraba cualquier persona, trabajé en atención al público y... mi trabajo era así de mucho... responsabilidad, honradez, tenía que estar siempre... o sea, no cometer ningún error, o casi ningún error, por mí, conmigo misma y con lo que estaba haciendo. Entonces gané (tose) buena plata...”.

[Sonia] “En una casa particular estuve trabajando, por dos años, vivía ahí mismo..., no me puedo quejar, me trataron muy bien, yo creo que mejor que mi propia familia... Una vez mi papá tuvo un accidente y yo tuve que ir al campo porque mis hermanos mayores me dijeron que estaba muy mal y en la casa donde trabajaba no me pusieron ningún problema. Menos mal que fui, porque mi papá al final murió de ese accidente...”.

En otro aspecto, entre quienes habían iniciado tempranamente una vida laboral, al ser un poco mayores la vieron interrumpida por diversos motivos. Esto es coincidente con lo indicado en el Censo de 1952, en el cual dentro de la población económicamente activa femenina, el tramo de edad de mayor actividad era el de los 20 a 29 años. En comparación con los hombres, las mujeres

presentaban una vida laboral mucho más activa en la etapa más joven.²⁶⁶ Estas cifras son similares a las del año 1960, aunque se presenta un leve descenso en la tasa de mujeres activas. También se presentan características similares respecto de la distribución por sexo y edad, y dentro de las explicaciones que se daban para ello estaba el asociar el descenso en la actividad laboral conforme aumentaba la edad de las mujeres a las responsabilidades y restricciones que les imponía el casarse (o tener pareja estable) y tener hijos/as.²⁶⁷ Jessica, por ejemplo, a pesar de querer seguir trabajando, lo debió dejar para casarse:

[Jessica] “Con ella [mi hermana] me fui después a la costa, ahí estudié y trabajaba en una peluquería, en el cerro (---)... ahí trabajé un año... cuando me iban a contratar justo mi mamá se enteró y me mandó a buscar... ahí podría haber trabajado, así que me tuve que devolver no más [para casarme] (ríe como a quien descubrieron haciendo algo indebido)...”.

Sin embargo, como en el caso de Lidia, también se produjeron situaciones al contrario, es decir, que algunas mujeres, tanto las que nunca habían laborado como las que lo dejaron, no trabajaron al iniciar su vida de pareja (algunas por exigencia de los esposos), pero una vez que sus hijos/as crecieron, comenzaron a trabajar o retomaron lo que habían dejado:

[Lidia] “Yo empecé a trabajar de grande ya, si antes no podía, con veinticinco años más o menos, si es que no menos porque primero empecé a trabajar en una casa y de ahí después me fui a una fábrica, pero era muy duro, era de esas fábricas de embalaje de pescado y pasaba horas de pie y mucho frío... De ahí, como yo tenía una hermana que conocía a una señora que trabajaba acá en Santiago nos vinimos mejor. Justo después yo conocí a una vecina que trabajaba bien y me llevó con ella y estuve haciendo costuras, eso duró como veintidós años, porque en el 2001 mi marido se enfermó...”.

²⁶⁶ Servicio Nacional de Estadística y Censos, *op. cit.*, p. 206.

²⁶⁷ Dirección de Estadística y Censos, *op. cit.*, pp. 109-110.

En extremo opuesto de su vida laboral, es decir, cuando dejan los trabajos remunerados, los motivos que surgen para esta decisión se basan especialmente en la prioridad que las mujeres entregaron a su rol de cuidadoras, pues ya fuera porque sus esposos estaban enfermos, sus padres o madres muy mayores, o sus nietos/as requerían atención, ellas optaron por atenderlos. En algunos casos se trasmite que esta decisión fue muy dura, pues debieron renunciar a unos ingresos que les eran necesarios, aunque en aquellos casos en los que se cuidaba a nietos/as, eso era compensado por el cariño que estos les entregaban. Además, puesto que muy pocas se jubilaron, la mayoría quedó dependiente de los ingresos familiares (en su mayoría de los esposos) para la subsistencia:

[Amelia] “[Trabajaba], pero me tuve que retirar por ayudar a mi hija, con mi nieto”.

Por otra parte, ya hemos visto en el apartado sobre la imagen de la “mujer chilena”, las contradicciones que se presentaron en la sociedad durante gran parte del periodo estudiado, mostrando por un lado un doble discurso en que se argumentaba la modernidad y la necesidad de incorporar a las mujeres a la fuerza laboral del país, y por el otro, los supuestos deberes como madre, esposa y dueña de casa. A principios de los años 70 esta discusión llegó a un periódico reconocidamente conservador, *El Mercurio*, el cual en una edición de su revista dominical incorpora un amplio artículo denominado “La mujer que trabaja”, que presenta los resultados de un estudio llevado a cabo por tres investigadoras (a petición del Ministerio del Trabajo), con 300 mujeres madres entre 14 y 65 años de edad en el Gran Santiago. Entre los aspectos más relevantes planteados en el artículo podemos mencionar el escaso aumento (poco más de un 2%) de las mujeres que trabajaban en relación a la fuerza de trabajo total del país en el período de casi 20 años que iba entre 1952 y 1970, y el descenso en un 3% en relación con la población femenina en edad de trabajar en el mismo período; la comparación con la fuerza de trabajo femenina de 12 años y más para el año 1970 respecto de otros países, las falta de aliciente y monotonía que presentaban los quehaceres del hogar (y las discusiones al interior de las parejas que esto conllevaba, indicado como un factor de separación) y el machismo como un factor cultural limitante para que esposas y madres

buscaran un empleo, entre otros. Las conclusiones de las investigadoras, presentadas al final del artículo, reflejan claramente las tensiones que las mujeres experimentaban en este campo, entre las que destacamos:

“1° No se aprovecha en toda su magnitud la fuerza de trabajo de la mujer madre (...).

2° La condición de madre, esposa y dueña de casa obstaculiza su acceso al trabajo.

Los deberes que derivan de esa triple condición no encuentran alivio en la estructura actual de la sociedad (...).

6° Factores culturales tienden a establecer tercas diferencias entre las pautas de conducta de ambos sexos, como también entre sus habilidades y destrezas.

7° Ello se traduce en prejuicios familiares y sociales profundamente reticentes a que la mujer se aleje del núcleo familiar (...).”²⁶⁸

En muchos de las historias analizadas, encontramos que estas mismas ideas sobre la función femenina (que provocaban tensiones entre el deseo o necesidad de trabajar y su rol de esposa y madre) fueron utilizadas como justificación por las parejas de las entrevistadas para no permitir su incorporación a empleos, siendo esta una estrategia común utilizada en casos de violencia de género para controlar y aislar a las mujeres. Al mismo tiempo, la interiorización de esta imagen de mujer llevó a algunas de las entrevistadas a optar por realizar trabajos que tuvieran remuneración desde su propia casa, con lo que podían distribuir sus tiempo de acuerdo a lo que consideraran más apropiado, usualmente priorizando las tareas domésticas y de cuidado, y trabajando hasta altas horas de la noche. Así fue en los casos de Rosario y Jessica:

[Rosario] “Yo quise, cuando estábamos cortos de dinero le dije muchas veces que yo podía trabajar..., pero él nunca quiso, «tu deber es estar en la casa y tenerme las cosas», me decía,... que si no estaba, la casa iba a estar patas pa'riba²⁶⁹, que me iba a andar exponiendo por ahí, que si lo que quería era andarme juntando con hombres...

²⁶⁸ Redacción: “La mujer que trabaja”, en *Revista del Domingo, El Mercurio*, 4 de junio de 1972, pp. 14-15.

²⁶⁹ La expresión “patas pa'arriba” significa que algún lugar esté desordenado (una casa, un cuarto, una oficina, etc.).

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

De todo me decía para que yo no trabajara, que pa'lgo él era el hombre de la casa, que qué me creía yo, que si yo no era buena para nada. A mí me daba mucha pena, yo sabía que habían (sic) mujeres que se las arreglaban pa' trabajar, por último hacer algo en la casa, pero ni hablar señorita, él no quería no más”.

[Jessica] “Yo trabajé aquí en la casa. Tenía una máquina de tejer, después me compré otra máquina de tejer y con eso salí adelante... Criaba gallinas, cortaba el pelo,... o sea yo me defendí como gato de espaldas, como se dice (...), y puro trabajar, día y noche, yo creo que por eso ahora veo tan poco, porque yo no dormía por la noche, había que bordar los chalecos, había que coserlos, en el día tejía y hacía las cosas de la casa, entonces... tuve que arreglármelas sola...”.

En ocasiones, lo que las mujeres callan en sus relatos es tan importante como lo que nos cuentan. Puesto que las entrevistas fueron semidirigidas, no se les consultó específicamente sobre sus experiencias durante la dictadura y la mayoría de las entrevistadas, a pesar de haber vivido una parte importante de sus vidas bajo aquel régimen, no hicieron alusión a estas. En el tema laboral esto tiene especial relevancia pues tanto las políticas económicas y laborales como las acciones llevadas a cabo durante la dictadura tuvieron un gran impacto en la población del país, por lo que su omisión puede deberse a que no se vieron afectadas (lo que es más improbable), que la experiencia de violencia haya dejado marcas psicológicas tan profundas que se superpongan a otros recuerdos o a que exista en el país todavía cierta reticencia a hablar sobre temas políticos, especialmente con personas desconocidas, siendo además el ser reservadas una característica típica del comportamiento esperado en las mujeres.

Esto lo planteamos porque durante los 17 años de dictadura, la situación económica del país varió considerablemente. A medida que el régimen militar llevaba a la práctica medidas

estructurales para abrir la economía del país al mercado mundial, quienes se vieron más resentidas con esta situación fueron las mujeres, pues un número proporcionalmente mayor de estas fue despedido de sus empleos en todas las áreas laborales. A pesar de que los datos estadísticos muestran que la PEA femenina aumentó durante esos años, aquellas que efectivamente tenían un empleo bajaron en un 17 por ciento. Los motivos se encuentran tanto en un mayor paro como en el aumento proporcional del número de mujeres versus hombres que se encontraban en la categoría de “Busca trabajo por primera vez”.²⁷⁰

Para instalar un modelo neoliberal en Chile, Pinochet y sus colaboradores tuvieron que emplear una serie de estrategias que repercutieron en la cantidad y tipo de empleos disponibles para la población. Según Salazar y Pinto, esto también impactó en las proporciones relativas en las que participaban hombres y mujeres en la estructura de empleo chilena:

“En efecto: en todas las áreas donde se concentró la expansión económica estratégica del modelo surgió una abundante oferta de empleos que se caracterizó, primero, por tener uno u otro rasgo de 'precariedad' y, segundo, porque la nueva oferta laboral se orientó predominantemente a 'trabajadores femeninos’”.²⁷¹

Un ejemplo de ello fue el aumento de la participación de las mujeres en los sectores salariado agrícola, salariado industrial tardío, comercial y doméstico.²⁷² En el caso de las trabajadoras temporeras del sector frutícola, en 1955 constituían el 5,6% del total de la fuerza de trabajo temporal, pasando en el año 1991 a ser el 52% de quienes tenían empleo temporales en el sector agroexportador de la fruta.²⁷³

²⁷⁰ HELLMANN, *op. cit.*, p. 238

²⁷¹ SALAZAR y PINTO, 2002a, *op. cit.*, p. 207.

²⁷² *Ibidem*, p. 219.

²⁷³ VALDÉS, Ximena: “Al son de la modernidad. Cambios en los bordes del campo y la ciudad: las temporeras”, en *Proposiciones*, vol. 21, 1992, p. 171.

Por otra parte, el desempleo también afectó en forma importante la posibilidad de obtener ingresos y alteró en consecuencia la vida familiar. Finalizando la década de 1980, entre un 30% y un 40% de la población activa recurrió a los empleos informales, tales como la venta en las calles y el servicio doméstico.²⁷⁴ Según un estudio realizado en 28 poblaciones de clase baja de Santiago en 1985, la incorporación de mujeres al mercado de trabajo urbano se debía a los efectos de la crisis económica en las familias. Del total de hogares encuestados, un 37% de ellos informaba de que las mujeres (cónyuges) de la familia habían buscado y encontrado algún tipo de trabajo en los cinco años previos a la investigación. Entre quienes habían iniciado algún tipo de empleo, estos eran principalmente ocupaciones de tipo marginal (45%) y de servicios domésticos (29%). Los hallados en el sector asalariado eran apenas una cuarta parte del total (18% asalariado no doméstico y un 8% en otros trabajos).²⁷⁵

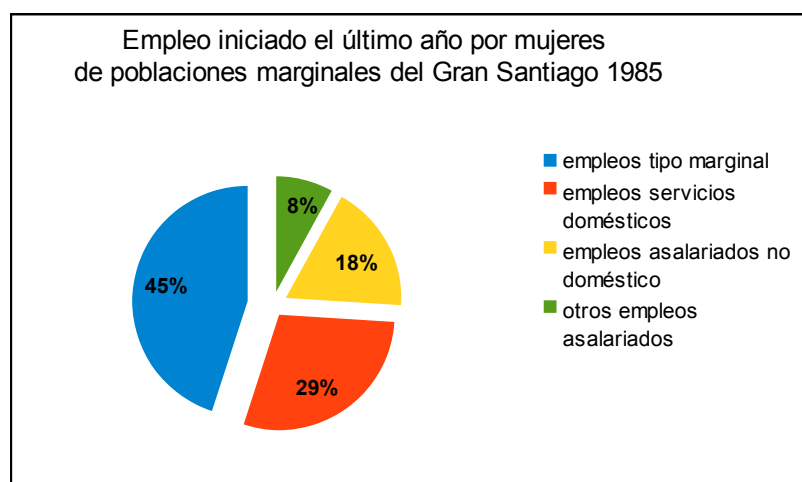


GRÁFICO 2.2.-2. Empleo iniciado por mujeres de poblaciones marginales del Gran Santiago, 1985. Elaboración propia basada en: RODRÍGUEZ, Alfredo: “Veinte años de las poblaciones de Santiago”, en *Proposiciones, Marginalidad, Movimientos Sociales y Democracia*, vol. 14, agosto 1987, Santiago de Chile, Ediciones SUR, p. 29.

Sin embargo, otras opciones también estuvieron presentes en las zonas de mayor vulnerabilidad. En muchas poblaciones, la vida comunitaria tomó fuerza y fue el espacio para el apoyo y la solidaridad. Contando en ocasiones con el apoyo recibido por la Iglesia Católica, los grupos que se constituyeron (en su mayoría por mujeres) comenzaron a buscar alternativas de

²⁷⁴ COLLIER y SATER, *op. cit.*, pp. 318-319.

²⁷⁵ RODRÍGUEZ, Alfredo: “Veinte años de las poblaciones de Santiago”, en *Proposiciones, Marginalidad, Movimientos Sociales y Democracia*, vol. 14, agosto 1987. Santiago de Chile, Ediciones SUR, p. 29.

subsistencia, entre las cuales se encontraba la producción y venta de artesanías, una de las cuales, las arpilleras²⁷⁶, se convirtieron no sólo en un medio de obtener ingresos sino que también en la expresión de las acciones de represión llevadas a cabo en esa época, y se han realizado exhibiciones que han recorrido diversos países mostrando estas creaciones.²⁷⁷

La única referencia que una de las entrevistadas hace a esta época no está relacionada con ninguno de los puntos aquí tratados, sino con las experiencias que vivió en el período de la dictadura en el que la sociedad comenzó a realizar movilizaciones de protesta contra el régimen y las complicaciones que esto trajo a su rutina laboral:

[Orieta] “(...), entonces como todo era mucho gasto yo me iba a trabajar en bicicleta (...). Entonces un día decidí «ahorro la micro²⁷⁸ y aparte llego más luego», porque entraba a las seis de la mañana y entonces... el turno de noche era de once a siete de la mañana también, y de siete a tres de la tarde. Entonces pasé muchas cosas cuando iba a trabajar en bicicleta... y, y, pero le pedía al Señor que me ayudara porque, eh, en las protestas me tiraban piedras a veces, una vez me abolló, (...)”.

En otro aspecto diferente, la mayor parte de las mujeres que hablaron de sus empleos lo hicieron desde el orgullo. Quienes estaban en el servicio doméstico reconocen, por una parte, que les era muy difícil encontrar un trabajo en otra cosa, pues era lo que habían aprendido desde pequeñas y no habían tenido la oportunidad de realizar otros estudios; y por otra parte, hablaban de ello resaltando la dignificación que esta labor tenía. Además, en general las entrevistadas hablaban de la satisfacción que sentían por hacer una buena labor, cumplir con sus compromisos y generar ingresos que “ayudaban” al presupuesto familiar. Así lo expresaban Amelia y María:

²⁷⁶ Las “arpilleras” a las que nos referimos son tapices hechos de retazos de tela, y que reflejan los dolores, temores, rabias y otros sentimientos experimentados por quienes las creaban (principalmente mujeres) frente a los hechos de terror instaurados durante la dictadura. Para mayor información consultar: AGOSÍN, Marjorie: *Tapestries of hope, threads of love. The Arpillera movement in Chile*, Maryland, Rowman & Littlefield publishers, 2008.

²⁷⁷ COLLIER y SATER, *op. cit.*, pp. 318-319.

²⁷⁸ “Micro” es la palabra que usualmente se utiliza para referirse a los autobuses urbanos.

[Amelia] “[Yo empecé como nana²⁷⁹] Porque no sabía trabajar en otro oficio... Como nana, porque mi necesidad, porque yo salí de mi casa y mi papá me mandó (...). No porque trabajara de nana ellas [hijas] tenían que avergonzarse de lo que yo hacía, era un trabajo normal, (...). O sea yo soy de esas personas que... por ejemplo, si yo tengo un trabajo me gusta estar ahí, responder lo mejor que puedo”.

[María] “No era nada fácil andarle haciendo las cosas a gente extraña, yo aprendí en mi casa, pero en la casa de uno son su familia, no gente extraña... pero pese a todo siempre me sentí bien, porque no le andaba mendigando a nadie, cuando me miraban con cara de la 'pobre nana' más empinaba la nariz²⁸⁰...”.

Por el contrario, a quienes realizaban un trabajo doméstico en el propio hogar les costaba mucho reconocer el esfuerzo que eso significaba, es más, decían claramente “no haber trabajado”, por lo que no se presenta el mismo nivel de orgullo ni la dignificación que encontrábamos antes. Esto no es de extrañar en cuanto en la sociedad no se ha reconocido y valorado el trabajo doméstico y de cuidado. A pesar de ello, sí consideraban que si habían realizado una buena labor en este ámbito deberían haber tenido como recompensa, al menos, una pareja que lo reconociera, por lo que la violencia que sus esposos ejercían era a sus ojos incomprensible y provocaba mucho dolor, como podemos ver en los relatos de Nancy y Vanesa:

[Nancy] “(...) yo no he trabajado nunca... nunca trabajé, siempre fui una dueña de casa, no sé hacer nada y tenía tantas ganas de poner una peluquería pero tengo mis manos enfermas de tanto hacer fuerza con ese hombre [mi esposo] (voz que expresa rabia) porque en la casa no es tanto lo que uno hace, o sea, para enfermarme así tanto, pero las fuerzas que yo he hecho con ese hombre me han enfermado mis

²⁷⁹ La expresión “nana” equivale a “chacha” en España.

²⁸⁰ En este contexto la expresión “empinar la nariz” se refiere al orgullo con que la mujer enfrentaba una mirada o comentario condescendiente.

manos...”.

[Vanesa] “Entonces en este punto yo me siento tranquila por esa parte, porque saqué a mis hijos adelante, los saqué entre comillas porque nunca he trabajado, pero yo fui la... a ver, tuve, tuve, como muchos hombres de este país que son los proveedores pero nada más (...). Es triste para uno que se dedicó a la, en la vida, a criar, a sacar los hijos adelante, que no pude trabajar, cosa que lamento, nunca tuve una independencia económica”.

Pero el tener un empleo o trabajos esporádicos no solo les permitió a las mujeres tener ingresos propios, sino que también se convirtió en un refugio, en un espacio privado en el cual la violencia no llegaba, un lugar donde ellas podían olvidar por un tiempo los malos tratos de sus parejas o simplemente alejar la mente de los problemas. Tal como veremos en el capítulo siguiente, estos espacios de autonomía permitían rebajar los efectos de la violencia en la vida de las mujeres, dándoles la oportunidad para un desarrollo de sus habilidades y capacidades:

[Inés] “Yo el salir de la casa me hacía sentir... eh... ya, pasaba mal, por decir hoy día en la noche, porque llegaba curado²⁸¹ «ah, si total no importa, mañana voy a trabajar», no importaba... pero sí el fin de semana como que no me gustaba estar en la casa, por eso a veces iba a trabajar los días sábado hasta las cuatro de la tarde... Entonces era como un refugio mi trabajo...”.

[Elena] “(...), es que yo agarraba un azadón, un chuzo o una pala, cualquier cosa y me ponía a trabajar y sacaba plata en cualquier lado, cerca de mi casa, entonces ella [amiga] me decía que yo lo hacía para olvidarme de los problemas que yo tenía (...).

Pero ella me decía que yo me embrutecía trabajando para, para olvidarme de todos

²⁸¹ La palabra “curado”, en este contexto, se utiliza cuando alguien se encuentra ebrio por haber consumido demasiado alcohol.

mis problemas...”.

Finalmente, una de las entrevistadas rompe con la tendencia del resto, pues ella trabajó como funcionaria pública. En este caso, el mayor tiempo de escolarización y el acceso a la educación superior por parte de la clase media permitió que las mujeres que se encontraban en este nivel socioeconómico pudieran integrarse a sectores diferentes a los mencionados anteriormente y que habían crecido al tiempo que se ampliaba el aparato del Estado²⁸². Según Salazar y Pinto:

“Tres fueron las especializaciones laborales principales de ese estrato: la propia de las 'profesiones liberales' (abogados, dentistas, matronas, asistentes sociales y médicos, sobre todo), la de 'empleada pública', y, particularmente, la de 'profesora'. Las fuentes señalan que el grueso del estrato se formó entre 1920 y 1960. Y que la constitución del mismo no disminuyó significativamente ni eliminó el enorme peso demográfico del peonaje y proletariado femeninos”.²⁸³

Hacia 1960, las mujeres que podían acceder a un empleo formal con garantías sociales usualmente eran aquellas de las capas medias, en sus años de juventud, solteras y con una buena formación, pues tanto la edad como la educación y el status de la familia eran factores que influían en sus oportunidades de trabajo.²⁸⁴

El acceder a estos empleos no era, en todo caso, un motivo para dejar de lado la feminidad. Por el contrario, una vez que el mercado vio una oportunidad para sus productos comenzó a presentar en anuncios en prensa y posteriormente en televisión estereotipos de “mujer oficinista” o “mujer profesional”, que no descuidaban su apariencia ni dejaban de utilizar sus “artimañas femeninas”. Veamos dos ejemplos de ello, en el primero se aprecia la forma femenina de vestir (casi

²⁸² En 1940, en el “sector centralizado” estaba compuesto por 47.668 empleados públicos, pasando en 1970 a 147.477 funcionarios. Ver SALAZAR y PINTO, 2002a, *op. cit.*, p. 185.

²⁸³ *Ibidem*, p. 166.

²⁸⁴ HELLMANN, *op. cit.*, p. 237.

provocativa, a pesar de ser la moda de la época) de las mujeres que se dibujan, y la historia transmite la astucia que supuestamente tienen las mujeres al apoyarse en sus conocimientos sobre aspectos domésticos (comida) para obtener sus propósitos. En la segunda imagen, un reportaje sobre la primera enfermera de origen rapa nui (de la Isla de Pascua), se destacan las vicisitudes que tuvo que enfrentar en una gran ciudad para poder estudiar y los problemas que tuvo que superar para obtener su título. Acompañando el artículo hay una foto de ella estudiando un libro y otra en la que aparece empolvándose la nariz:



ILUSTRACIONES 2.2.-16 y 17.- Izquierda: Las oficinistas visten provocativamente y usan estrategias basadas en sus conocimientos sobre aspectos domésticos (cocinar) para obtener lo que desean. “La conquista de mandamás” Fuente: *Eva*, núm. 1315, julio 1970, p. 8. Derecha: La primera enfermera de la Isla de Pascua, posando con su polvera, signo de que no ha perdido su feminidad. ROMERO, Graciela: “La primera enfermera pascuense”, en *Eva*, núm. 931, marzo 1963, p. 21.

En el caso antes mencionado, en la historia relatada se mezclan varios factores que permitieron el desarrollo de una vida profesional: haber crecido en la ciudad, que su familia fuera parte de la clase media y que pudiera acceder a estudios superiores. Luego de ello, el seguir una carrera en una institución pública era algo común, pues existía una cierta estabilidad laboral que lo permitía.

[Ana] “Mi familia me pagó los estudios, gracias a Dios, y de ahí hablaron con un compadre y pudo meterme en el (institución del Estado), así que fui funcionaria casi

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

toda mi vida... fui ascendiendo hasta quedar bien posesionada, ahora tengo una buena pensión, gracias a Dios. (...) Pero no era fácil..., siempre que veía las parejas que se iban a casar, y... y sobre todo cuando me tocaba darles alguna palabra... yo pensaba «¿Será que ella pasará [por] algo como lo mío?».

Como vemos, a pesar de expresar satisfacción respecto de los logros laborales, la entrevistada también mostró los efectos de la violencia que vivía de parte de su pareja, pues al trabajar en una función relacionada con la celebración de bodas, hacía que tuviera pensamientos recurrentes sobre su propia experiencia y el cuestionamiento sobre cuántas de las parejas que conocía pasarían por lo mismo.

XXX

Hemos querido incluir en este apartado toda la vida de trabajo de las entrevistadas, desde la infancia hasta la madurez, pues no es algo que se haya dado en forma parcelada en sus ciclos vitales, sino que más bien ha sido un continuo en toda su trayectoria. De las tareas y obligaciones que se les imponían desde pequeñas hasta los empleos y el trabajo doméstico que desempeñaron, todas las mujeres nos entregaron relatos de vidas activas, más allá de las consideraciones económicas que establecen las estadísticas.

Los pensamientos e ideas expresados son muestra también de los cambios experimentados en la época analizada en materia de la incorporación de las mujeres al mercado laboral, exhibiendo las tensiones que la llamada vida moderna imponía sobre la imagen de las mujeres y los roles que debían cumplir versus su necesidad de conseguir recursos económicos o desear una independencia por medio del empleo. La escasa valoración que plantearon del trabajo doméstico también es prueba de ello: dicen no haber trabajado sino que haber sido “simplemente dueñas de casa”.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

Finalmente, también hemos visto cómo sus parejas se apropiaban del discurso tradicional para impedir que algunas entrevistadas pudieran acceder a un empleo, ejerciendo de esta manera control por medio de la violencia, y cómo, en otros casos, este se torna un espacio de escape y refugio frente al maltrato vivido en sus hogares. Pero a pesar de todo ello, también destacamos el orgullo y la dignidad que las mujeres nos expresan en sus relatos. El empleo, fuera como empleada doméstica, fuera de otra índole, era considerado como un elemento importante en sus vidas y entregaban lo mejor de sí mismas en él, no solo por la oportunidad de generar ingresos propios, sino por las retribuciones en su autoestima y valoración personal.

2.2.5. “Fui presidenta cinco años”. Participación comunitaria, social y política

[Lourdes] “[Una mujer en la política] Ah, pero si es lo mejor ¿quién más sabe las necesidades, las cosas?”.

La visión de que las mujeres han estado confinadas a un espacio interno, exclusivamente del hogar, y que los hombres dominan el espacio público tiene, a nuestro parecer, una rigidez que impide reconocer cómo las fronteras que se establecen entre uno y otro son más flexibles de lo que se supone y que, además, están cruzadas por las experiencias de clase social, etnias, orígenes, opciones religiosas, entre otras. Salazar y Pinto, por ejemplo, nos plantean que desde los inicios de la construcción de la nación, la mujer de lo que ellos denominan “bajo pueblo”: “... *ejerció un liderazgo espontáneo sobre un espacio que no era ni exclusivamente público, ni exclusivamente privado, sino comunitario*”.²⁸⁵ Pulperas²⁸⁶, chinganeras²⁸⁷ y participantes de mutuales femeninas²⁸⁸ pudieron escapar al confinamiento que otras miles sufrieron durante años.²⁸⁹ Sin embargo, gracias a mujeres que abrieron paso a la posibilidad de acceder a mayores estudios, a quienes lucharon por el derecho al voto femenino, y todas aquellas que de una u otra forma fueron resistiendo las imposiciones patriarcales (ya fuera por necesidad o por rebeldía), la oportunidad de ejercer un rol en la comunidad, de participación social o de actuar en política, se fue presentando como una alternativa posible, a la que muchas fueron adhiriendo a lo largo del siglo XX.

Como veremos, esta participación no ha estado exenta de controversias, de intentos de manejos políticos y de adoctrinamientos, de ocupar ciertos espacios para apoyar y mantener el rol

²⁸⁵ SALAZAR y PINTO, 2002a, *op. cit.*, p. 119.

²⁸⁶ Pulperas: Época colonial y posterior, mujeres encargadas o trabajadoras de pulperías (establecimientos comerciales y de ocio, especialmente de las clases bajas de la sociedad).

²⁸⁷ Chinganeras: Época colonial y posterior, mujeres encargadas o trabajadoras de las chinganas (establecimientos para comer, bailar, jugar entretenimiento, especialmente de las clases bajas de la sociedad).

²⁸⁸ Las mutuales eran organizaciones donde trabajadoras (de baja cualificación) se inscribían y pagaban una cuota para poder participar en las actividades y beneficios que otorgaban.

²⁸⁹ *Ibidem*, pp. 154-155.

tradicional de las mujeres, de desafíos y de control social sobre las mismas; pero de todos modos esta participación también ha permitido a muchas mujeres romper ciertos esquemas y adentrarse en espacios anteriormente vedados para ellas. No realizaremos aquí un examen exhaustivo de todas las organizaciones que han existido en el país, eso sería tema para una tesis completa, sino que nos referiremos a las que han tenido un mayor impacto, tanto en cantidad de población como social y político, además de ser aquellas en las que alguna de las entrevistadas ha participado en el pasado o desea hacerlo en el futuro.

Además, veremos que nuestras entrevistadas presentan una variedad de situaciones frente a la participación social, comunitaria y política; desde las que no tuvieron ninguna opción de integrar alguna institución u organización que les permitiera escapar del control masculino, hasta aquellas a las que a pesar del control, lograron, al menos durante un tiempo, dedicar tiempo y esfuerzo en otras tareas diferentes a las cotidianas en beneficio propio y de otras personas.

El primer punto que analizaremos brevemente es el de la incorporación de las mujeres en política. Lo primero a destacar es lo que plantea Baldez respecto de la idea existente en el país de la relación entre política y mujeres:

“En Chile, las normas de género muestran a las mujeres principalmente como ajenas a la política. Ya sea que las mujeres sean vistas como madres, dueñas de casa, feministas o santas, se considera que lo apropiado es que todas ellas estén fuera de la arena política”.²⁹⁰

Como vimos en la introducción, durante un largo período de la nación las mujeres quedaron prácticamente excluidas de todo lo relacionado con la política. Sin embargo, Collier y Sater plantean que era lógico que a medida que las mujeres iban accediendo a mayores niveles de

²⁹⁰ BALDEZ, Lisa: *Why women protest. Women's movements in Chile*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002, p. 12.

instrucción, estas quisieran entrar en la vida política del país. Si bien habían quedado marginadas para votar en una Ley de 1884, eso no les impidió seguir en la senda trazada y comenzar a incorporarse a partidos tradicionales, como el Partido Radical, que en 1888 permitió el ingreso de mujeres a sus filas.²⁹¹

Dos partidos de mujeres nacidos a comienzos de los años veinte del siglo pasado buscaron expresamente el voto femenino. El Partido Femenino Progresista Nacional, fundado por Sofía de Ferrari Rojas en 1921 y el Partido Cívico Femenino, surgido en 1922, fueron los encargados de llevar el tema a la agenda pública. El logro que obtuvieron fue el primer paso, pues en 1934 se estableció “... *de que este se ejerciera solamente en las elecciones municipales, como ejercicio pedagógico necesario antes del sufragio pleno*”.²⁹²

Finalmente, el Partido Femenino de Chile, formado en 1946, fue el que vio concretada la ambición del voto pleno para las mujeres en el año 1949 con la Ley 9.292, que señala:

“Tienen derecho a inscribirse en el Registro Municipal: los extranjeros, varones y mujeres mayores de 21 años, que acrediten tener más de cinco años consecutivos de residencia en el país, que sepan leer y escribir y estén domiciliados en la comuna subdelegación o circunscripción del Registro Civil correspondientes a los Registros en que se inscriban”.²⁹³

Cabría destacar a algunas de las mujeres más relevantes de esta época como Adriana Olguín, primera mujer nombrada Ministra (de Justicia) en el gabinete del presidente González Videla,²⁹⁴ Inés

²⁹¹ COLLIER y SATER, *op. cit.*, p. 249.

²⁹² STUVEN, Ana María: “El asociacionismo femenino: la mujer chilena entre los derechos civiles y los derechos políticos”, en S. Montecino (comp.), *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia*, Santiago de Chile, Catalonia, 2009, p. 112.

²⁹³ Ley 9.292 que “Modifica la Ley General sobre Inscripciones Electorales en su texto refundido en la reforma que señala” [en línea], Diario Oficial de Chile, 14 de enero de 1949. Disponible en «<http://www.leychile.cl/N?i=249479&f=1949-01-14&p=>» [Consultada 04 abril 2012], s/n.

²⁹⁴ Nombrada Ministra el 29 de julio de 1952. GALLEGUILLOS, María: “Fuerza Femenina en el gobierno” [en línea], en *El Mercurio*, 27 de febrero de 2000. Disponible en «<http://diario.elmercurio.com/detalle/index.asp?>

Enríquez Frödden, del Partido Radical, primera mujer que entró en la Cámara de diputados en la elección complementaria de 1951 o María de la Cruz Toledo, líder del Partido Femenino de Chile que apoyó vehementemente la campaña del general Ibáñez a partir del año 1951 y que fue elegida como la primera senadora el año 1953.²⁹⁵

Respecto de la representación de mujeres en diferentes instancias, tenemos, por ejemplo, que en la Cámara de Diputados, entre 1951 y 1973, las mujeres aumentaron su presencia de 0,7% al 9,3%, proceso que quedó detenido en el tiempo con la dictadura militar, retomándose en 1990, cuando se eligieron sólo un 5,8% de diputadas.²⁹⁶ Posteriormente, en 1995 las elegidas subieron a un 6,7%, siendo prácticamente doblada esta cifra diez años después, con un 12,5% y el máximo se alcanzó el año 2009, con un 15% de mujeres diputadas.²⁹⁷ Los motivos que se han planteado para esta escasa representación tienen diversos orígenes, como el pensamiento patriarcal histórico de que las mujeres no entienden ni sirven para la política (como vimos, recién en 1949 conquistan finalmente el derecho a ser ciudadanas); la baja cantidad de mujeres que presentan los partidos para la competencia por los escaños, siguiendo estos partidos la misma lógica anterior; y en ocasiones el menor apoyo económico que tienen para solventar los gastos de campaña y las dificultades para contar con redes de apoyo económico y social para ello, entre otras. Respecto de Alcaldesas, el año 1995 un 7,4% estaban en el poder, cifra que se eleva a 12,2% el año 2005 y a un 13,5% en 2009.²⁹⁸ La participación como Concejales aparece como una de las más altas dentro de los cargos de elección popular. En 1995 las mujeres correspondían al 13,1%, subiendo considerablemente en

id={1c71be24-01df-4115-898e-8daaa5818a50}}» [Consultada 23 octubre 2013], s/n.

²⁹⁵ COLLIER y SATER, *op. cit.*, p. 249. / FERNÁNDEZ, Joaquín: *El Ibañismo (1937-1952). Un caso de populismo en la política chilena*, Santiago de Chile, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007, pp.174 y ss; OYARCE, Sebastián e INFANTA, Camila: “Voto mujer: a 60 años de la conquista” [en línea], en *El Mercurio*, 11 de enero 2009. Disponible en <<http://diario.elmercurio.com/detalle/index.asp?id={a50a8cad-af3e-4c43-afec-4cd68961db12}>>» [Consultada 23 octubre 2013], s/n.

²⁹⁶ TUÑÓN, Esperanza: “A veces el silencio grita. Movimiento amplio de mujeres en Chile y México 1982-1992”, en I. Bultmann, M. Hellmann, K. Meshkat y J. Rojas (eds.), *¿Democracia sin movimiento social? Sindicatos, organizaciones vecinales y movimientos de mujeres en Chile y México*, Venezuela, Ed. Nueva Sociedad, 1995, p. 224.

²⁹⁷ Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo: *Desarrollo Humano en Chile. Género: los desafíos de la igualdad.*, Santiago de Chile, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2010, p. 343.

²⁹⁸ *Ibidem*.

2005 al 21,1% y con leve aumento en 2009, con un 22,9% (ver gráfico).²⁹⁹ Finalmente, no podemos dejar de destacar que en toda la historia republicana de Chile una sola mujer ha accedido al cargo de Presidente de la República, hecho que ocurrió entre marzo de 2006 y marzo de 2010 con Michelle Bachelet Jeria, con una alta repercusión mediática, social y política.

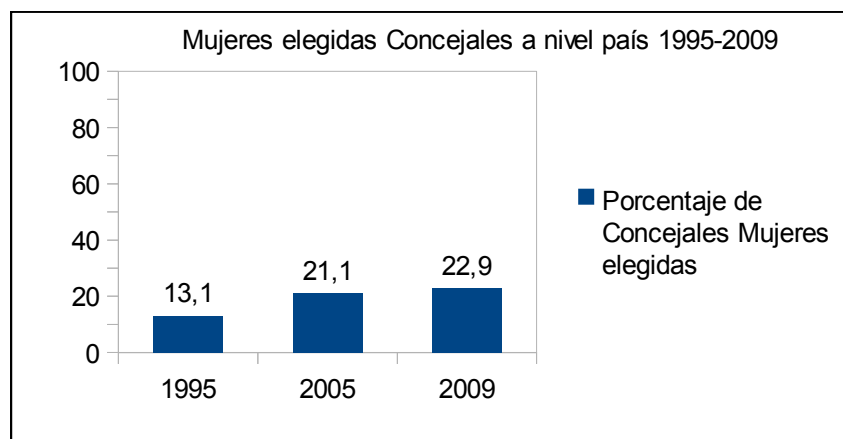


GRÁFICO 2.2.-3. Mujeres elegidas Concejales en Ayuntamientos a nivel país 1995-2009. Elaboración propia en base a información en: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo: *Desarrollo humano en Chile. Género: Los desafíos de la igualdad*, Santiago de Chile, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2010, p. 343.

En el lado opuesto de la papeleta de votación, en la elección presidencial de 1953, del total de votos, un 32,3% fue realizado por mujeres, aumentando a un 48,8% del total para la también elección presidencial de 1970.³⁰⁰ Para ese año, la conciencia de la importancia del voto femenino estaba creciendo en las mujeres, como lo testimonia la serie de artículos publicados por la revista *Eva*, previa a la elección:

“Hoy, a poco de más de 20 años de la promulgación de la ley por parte del ex Presidente Gabriel González Videla, los candidatos deben tener muy en cuenta este millón y medio (que este año con los nuevos inscritos debe subir mucho más) de sufragios femeninos. Ellos inclinan, decididamente, la balanza en favor de uno u otro postulante al sillón de O'Higgins. Porque, a pesar de que los hombres representan el mayor contingente electoral (1.732.661 sobre 1.512.221 de mujeres, de acuerdo a los

²⁹⁹ *Ibidem*.

³⁰⁰ DE RAMÓN, *op. cit.*, p. 119.

datos de la última elección de 1969), la menor abstención femenina las convierte en la fuerza electoral mayoritaria del país”.³⁰¹

Para los primeros años del siglo XXI, el padrón electoral indicaba un 52,4% de mujeres y un 47,5% de hombres³⁰² —esto dentro de un sistema en el cual la inscripción era voluntaria a partir de los 18 años, pero la votación obligatoria una vez inscrita la persona en el registro electoral que le correspondiera según su dirección—, por lo que apreciamos que el incremento de mujeres inscritas para votar se mantuvo a pesar del paréntesis que significó la dictadura militar (o quizá justamente a raíz de él, por el papel que jugaron muchas mujeres en la lucha contra el régimen dictatorial, como vimos en la introducción).

Por otra parte, en el campo de la vida política más cercana a las entrevistadas, luego del proceso de la Promoción Popular, en la cual se dio paso a la organización de diversas entidades comunitarias (entre ellas las juntas de vecinos³⁰³) y de la actividad que se generó en los barrios con la política de integración que se elevó a un punto culmine durante el gobierno de Allende, el golpe militar de 1973 vino a truncar ese proceso y procurar sepultar toda forma de organización e intentos de autoadministración. La sospecha se instaló en todos los niveles, por lo que cualquier actividad que se llevara a cabo colectivamente en las poblaciones, especialmente en las que vivía la clase baja de la sociedad, era potencialmente subversiva. El régimen militar se preocupó de que cualquier espacio de representación política en los barrios fuera ocupado por adherentes a su causa, y las juntas vecinales no fueron la excepción, pues a partir de 1973, todos los miembros eran nombrados por el gobierno.³⁰⁴

³⁰¹ Redacción: “La chilena frente a las elecciones”, en revista *Eva*, núm. 1.315, julio 1970, p. 60.

³⁰² RÍOS, Marcela y VILLAR, Andrés: *Cuotas de género, democracia y representación*, Santiago de Chile, IDEA; FLACSO-Chile, 2006, p. 13.

³⁰³ Lo que correspondería a las asociaciones vecinales en España.

³⁰⁴ BULTMANN, Ingo: “Movimientos populares vecinales y transformaciones del sistema político en México y Chile”, en I. Bultmann, M. Hellmann, K. Meshkat, y J. Rojas (eds.), *¿Democracia sin movimiento social? Sindicatos, organizaciones vecinales y movimientos de mujeres en Chile y México*, Venezuela, Ed. Nueva Sociedad, 1995, p. 142.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

En el tema que nos compete, esto no impidió que con el tiempo fueran apareciendo redes de organizaciones de mujeres en los ámbitos de los derechos humanos, el feminismo y la lucha por la supervivencia de la economía familiar.³⁰⁵ Sin embargo, pese a la repercusión que tuvieron a nivel local, aquellas organizaciones de mujeres que se crearon en los barrios no fueron un porcentaje significativo dentro del total de la población femenina que habitaba los sectores de bajos ingresos, ni tampoco era comparable a aquellas que organizó el régimen militar por medio de los centros de madres.

La mayor parte de estos grupos se centraron en la subsistencia, creando ollas comunes³⁰⁶, comprando juntos, huertos familiares o talleres productivos, entre otros. Pero también hubo espacio para agrupaciones que se preocupaban de temas como la salud o el mejoramiento del entorno donde habitaban, especialmente en lo referido a la vivienda y servicios.³⁰⁷ Muchas de estas organizaciones fueron apoyadas por la Iglesia Católica, que por medio de donantes internacionales ayudó a formar y mantener muchas de estas iniciativas.³⁰⁸



ILUSTRACIÓN 2.2.-18. Olla común en una población de Santiago de Chile, 1986. Fuente: HARDY, Clarisa: *Hambre + dignidad = ollas comunes*, Santiago de Chile, PET, 1986, p. 282.

³⁰⁵ BALDEZ, *op. cit.*, p. 126.

³⁰⁶ Las “ollas comunes” tienen una larga tradición en el país. Se forman mediante la organización de un grupo de habitantes de un mismo sector, quienes aportan dinero o alimentos y se cocina en grandes cantidades para toda la comunidad. Usualmente están a cargo de mujeres.

³⁰⁷ HEVIA y RODÓ, *op. cit.*, p. 137.

³⁰⁸ BULTMANN, *op. cit.*, p. 148.

Según Salazar y Pinto, las mujeres que participaron en las organizaciones de los barrios de clase baja lo hicieron bajo la identidad de “pobladoras”, y como tal:

“Las pobladoras aprendieron a asociarse entre sí para ir resolviendo, ellas mismas, sus problemas. Aprendieron a superarse, unas con otras. En un plano de igualdad, con transparencia, rotándose las tareas y los cargos. Y a esto lo llamaron 'participar'. 'Participar': una práctica que, de probarse una y otra vez como un quehacer colectivo eficiente y educador, llegó a ser un concepto. Pero no un concepto vacío o puramente teórico, sino un trozo de experiencia neta”.³⁰⁹

Entre nuestras entrevistadas, quienes nos hablan de sus experiencias en torno a la participación social y política, relatan por una parte, la forma en que durante la dictadura tomaron parte en las acciones realizadas por organizaciones solidarias; y por otra, cómo, luego del retorno a la democracia en el año 1990, comenzaron a involucrarse en las asociaciones vecinales de una manera activa, tomando responsabilidades dentro de las directivas, como secretaria, tesorera, directora o presidenta. Uno de los motivos para este actuar lo basaron en la convicción de que las mujeres, por estar más tiempo en el sector en el que viven, conocen de mejor manera los problemas y necesidades de las personas y el entorno. También destaca un pensamiento muy recurrente respecto de las mujeres y la política (especialmente desde el sector conservador), y es el que dice relación con la creencia que las mujeres tienen una mayor calidad moral, por lo que al asumir cargos los ejercen de mejor manera y con menos corrupción.³¹⁰ Y, finalmente, también se descubren motivaciones personales de búsqueda de beneficios para ellas o sus familias, o de búsqueda de reconocimiento, valoración y compañerismo, cosas que no encontraban en sus relaciones de pareja deterioradas por la violencia. Así lo vivió Lourdes:

[Lourdes] “En esta y participo en el (---), que es un, un taller de medicina... de

³⁰⁹ SALAZAR y PINTO, 2002a, *op. cit.*, p. 266.

³¹⁰ KIRKWOOD, Julieta: “La política del feminismo en Chile”, en *Documento de trabajo FLACSO*, núm. 183, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1983, p. 9.

yerbas medicinales... Hago de todo aquí, es que aquí hago todo lo que no hago en mi casa... yo la revuelvo, converso, hago chistes... por fuera yo lo paso súper bien... Y por fuera, fíjate que es increíble, la gente cómo me demuestra su cariño, a mí la gente me quiere de verdad y yo a veces digo «Putá, lo que no tengo en mi casa lo tengo aquí», la gente es súper atenta... pero bueno, es lo que hay, lo que te toca vivir, sea pa' bien o sea pa' mal ya lo viví, tengo sesenta y tres años ahora... y eso (...)”.

Según apreciamos, el involucrarse durante tantos años en estas actividades logró un efecto similar a quienes trabajaron remuneradamente fuera del hogar, esto es, conseguir paliar las consecuencias negativas de la violencia ejercida en su contra. Dedicando horas a estas tareas fuera del hogar y compartiendo con otras personas, las mujeres lograban rebajar la angustia y obtener recompensas emocionales. Esta participación activa también significó un crecimiento en términos de los conocimientos adquiridos, que se enmarcaban en un amplio rango de áreas, como por ejemplo las estrategias políticas a nivel municipal, formas de liderazgo, salud, vivienda, calidad de vida, o ecología, entre otras. En ocasiones estos aprendizajes les permitieron iniciar actividades laborales para conseguir ingresos, como le sucedió a Lidia:

[Lidia] “Mira, nosotros fuimos a gastronomía. ¡Ah! El otro curso que hice fue gastronomía, que hicieron aquí en la sede social, y ahí nosotros nos inscribimos, y ahí nosotros nos conocimos con estas niñas que estaban recién formando el tallerito, y ahí nos integramos nosotros, yo con mi otra vecina de más allá que también se integró y ahí hasta el día de hoy po' estamos. También sufría ella de depresión, y mire cómo nos conocimos, si fuimos vecinas tantos años y ni nos hablábamos, si yo vivo en mi mundo no más, como se dice. Y ahí nos conocimos, en el taller de yoga, cuando andábamos todas depresivas (ríe) y así llegamos acá po'. En gastronomía, hicimos un curso de gastronomía y ahí nos integramos al taller y aquí nos quedamos, ahí estamos”.

Por otra parte, al analizar algunas de las acciones que estas mujeres realizaron en el marco de su participación en actividades políticas a nivel local, vemos nuevamente que a pesar de la transmisión a nivel social de una idea de mujer única, pasiva y dedicada a las labores hogareñas, la realidad muestra los quiebres y trasgresiones a esta imagen. Debatir frente a grandes audiencias, enfrentarse a personajes con poder (alcaldes, concejales), o participar en tomas de terreno (para construir una vivienda en él) encarando a la policía, son algunos de los ejemplos de actuaciones llevadas a cabo por algunas entrevistadas:

[Lidia] “Yo estaba en un grupo de allegados, y una vecina me vino a avisar de que se estaban tomando un terreno por acá por (-----), así que con cuatro fraza's³¹¹ y unos palos nos vinimos a tomar nuestro terrenito. Ahí vino después el defenderlo... y organizarnos... tenía miedo, pero era la única forma pa' nosotros tener algo”.

El segundo tipo de participación que veremos es el que se dio en una de las organizaciones más extendidas, tanto en el tiempo como en la cantidad de participantes en el país, y que ha jugado un rol importante en la historia reciente del país, especialmente en la época en la que las mujeres entrevistadas crecieron y maduraron: los centros de madres. Sus orígenes se han relacionado con las acciones caritativas, que ya hemos comentado anteriormente, de las mujeres de clases altas, e incluso medias, que visitaban a mujeres pobres para instruir sobre religión al mismo tiempo que ofrecían productos que les sirvieran para la supervivencia de la familia.³¹² Según algunas fuentes, esto habría continuado con las organizaciones de asistencia y beneficencia promovidas desde la Iglesia Católica a partir de 1938, pues algunas de ellas funcionaban bajo la denominación de “centros de madres” y “centros de madres Techo”, las cuales eran un espacio para la convivencia y la capacitación en manualidades, así como para “elevar la moral” y enseñarles a las asistentes a ser “madre y esposa ejemplar”. Otro antecedente sería la creación en 1947 de la Asociación de Dueñas de Casa, encabezada por la Primera Dama Rosa Markmann, cuya función era crear centros de

³¹¹ Frazadas son mantas.

³¹² PIEPER, *op. cit.*, p. 77; LECHNER y LEVI, *op. cit.*, p. 35.

madres para que las mujeres de escasos recursos tuvieran, por un lado, preparación para desempeñar mejor su rol de dueñas de casa (incluyendo su papel como consumidoras listas para enfrentar cualquier carestía), y por otro, motivarlas e introducirlas en aspectos diferentes de la vida institucional del país, como por ejemplo la participación laboral o política.³¹³

Finalmente, tanto Lechner y Levi como Valdés *et al.*, ubican el último eslabón de la cadena en el año 1954, en el cual se crea una fundación privada llamada “Roperio del Pueblo”, la cual estuvo presidida por la entonces Primera Dama, Graciela Letelier de Ibáñez.³¹⁴ Pero es durante los años sesenta, con la llegada al poder de Eduardo Frei Montalva, de la Democracia Cristiana, que los centros de madres formalizarían su quehacer institucional tal y como se conocieron hasta su última modificación a finales de los años 90.

Dos años antes de la presidencia de Frei Montalva le fue encomendada a Carmen Gloria Aguayo, encargada del Departamento Femenino de la Democracia Cristiana, la tarea de diseñar los nuevos centros de madres.³¹⁵ De esta forma se inició la estrategia de formar y ampliar la cantidad de estas organizaciones para generar lazos importantes con los sectores más bajos (populares) de la sociedad. Quitando el carácter religioso de las organizaciones predecesoras, el enfoque que se aplicó buscaba reforzar el clientelismo político, aunque se mantuvo, al menos discursivamente, un intento de motivar la autoayuda y de que fueran espacios donde las mujeres pudieran encontrarse y desarrollar la conciencia y la solidaridad. En una época de fuerte migración interna en el país y de instalación de las zonas marginales alrededor de las grandes ciudades, estas organizaciones actuaron eficazmente como mecanismo de asimilación, aun cuando sus esfuerzos fueran insuficientes ante las grandes masas que se desplazaban.³¹⁶

³¹³ VALDÉS, Teresa; WEINSTEIN, Marisa; TOLEDO, M^a Isabel y LETELIER, Lilian: *Documento de Trabajo FLACSO, núm. 416: Centros de Madres 1973 – 1989 ¿Sólo disciplinamiento?*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, 1989, p. 11.

³¹⁴ LECHNER y LEVI, *op. cit.*, p. 36; VALDÉS *et al.*, 1989, p. 12.

³¹⁵ PIEPER, *op. cit.*, p. 78.

³¹⁶ LECHNER y LEVI, *op. cit.*, p. 36; VALDÉS *et al.*, 1989, pp. 14-15.

Con un aumento importante de número de centros y de socias durante el gobierno de Frei Montalva, su reconocimiento legal (al igual que el de otras organizaciones, dentro de la llamada Promoción Popular) vino a concretarse con la Ley 16.880 sobre Organizaciones Comunitarias, publicada el 7 de agosto de 1968. Esta ley exigía la inscripción de cada organización en un registro y el Ministerio del Interior pudo manejar la información de cuántos centros de madres se formalizaban y los nombre de las directivas. Uno de los atractivos de ese período para inscribirse en un centro de madre era la oportunidad de adquirir una máquina de coser, promesa de campaña del Presidente Frei Montalva, además de otros beneficios para las mujeres. Se estima que a finales de los años sesenta llegaron a ser ocho mil organizaciones con alrededor de cuatrocientas mil mujeres afiliadas.³¹⁷

Por otra parte, la Central Relacionadora de los Centros de Madres (CEMA), se creó en 1964 para relacionar los diferentes centros que existían a lo largo del país, con un discurso que era inclusivo, sin importar las opciones políticas ni religiosas. La presidencia de la entidad quedó en manos de la Primera Dama, en este caso la señora María Ruiz-Tagle de Frei, y sus objetivos eran entregar herramientas técnicas y organizacionales, por una parte, y por otra otorgar los medios para que, una vez ya estuvieran capacitadas, tuvieran la posibilidad de realizar en el propio hogar algún trabajo remunerado de auxilio al presupuesto familiar (por la confección de productos para la venta) o labores que permitieran el ahorro (al producir ropa y otros productos para la familia, evitando su compra).³¹⁸ Para esto último, la posibilidad de compra de la máquina de coser era fundamental. La directora de CEMA para Santiago expone su punto de vista respecto de las nuevas responsabilidades que debían tener las mujeres de la época:

“«Las condiciones económicas, las bajas remuneraciones del trabajador medio y el deseo de llegar a ser algo más en la vida, sólo pueden ser superados con el apoyo material de la esposa o madre», agregó. «La mujer chilena es vivaz, despierta y más

³¹⁷ LECHNER y LEVI, *op. cit.*, p. 36.

³¹⁸ VALDÉS *et al.*, 1989, p. 17.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

audaz y decidida, en muchas ocasiones que el hombre. ¿Por qué no participar entonces, activamente en toda la gama de actividades nacionales?»³¹⁹

Posteriormente, durante los años de la Unidad Popular en el poder, la estrategia de conquistar a las mujeres por medio del apoyo a los centros de madres para obtener dividendos políticos también fue utilizada. Hacia el final del gobierno de Allende, más de medio millón de mujeres participaban en más de diez mil de estas organizaciones a lo largo del país. El discurso utilizado apelaba a orientar los centros de madres hacia las tareas que el gobierno se había dispuesto en favor de la clase trabajadora, y otras más generales como la lucha contra la inflación o la especulación. Dentro del reordenamiento realizado para mejorar la organización de las mujeres a nivel de base, en 1971 los centros fueron puestos bajo un nuevo ente, la Coordinadora de Centros de Madre (COCEMA), nuevamente bajo la dirección de una Primera Dama, en este caso la señora Hortensia Bussi de Allende.³²⁰



ILUSTRACIÓN 2.2.-19. Exposición del Taller de Corte y Confección. Centro de Madres, Coyhaique, sur de Chile, 1970. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=3241&formato=JPG>» [Consultada 05 julio 2013].

Es durante el período de la dictadura de Augusto Pinochet, sin embargo, que los centros de madres adquirieron gran notoriedad por su estrecha vinculación con el régimen. Desde su inicio en

³¹⁹ GARCÍA, Ana María, entrevista incorporada en Redacción: “Función de Centros de Madres en la Comunidad”, en *El Mercurio*, 01 de junio de 1966, p. 21.

³²⁰ PIEPER, *op. cit.*, p. 115.

el poder, Pinochet supo comprender la importancia que estas organizaciones tenían en las bases de la comunidad y quiso aprovechar este recurso para instalar y transmitir las ideas que tenía respecto de la sociedad. En un discurso dirigido a las mujeres que apoyaron el golpe militar intentó diferenciar lo que serían los centros bajo su mandato de lo que él consideraba habían sido hasta el momento:

“Gran importancia desean dar las autoridades a los Centros de Madres (sic). Estos organismos de base, que deben constituir centros vitales de capacitación para la mujer y de progreso para la familia, sólo han sido hasta ahora campo de batalla de intereses políticos, en los cuales poco o nada se ha hecho por el efectivo bienestar de nuestro pueblo”.³²¹

Sin embargo, Valdés plantea que lo que estas organizaciones hicieron fue establecer procesos de disciplinamiento de las mujeres, de apoyo a su domesticación y adoctrinamiento a las ideas del régimen.³²² En 1974 se vuelven a reorganizar los centros, CEMA-Chile se privatiza y se convierte en una fundación presidida por Lucía Hiriart de Pinochet, contando con grandes recursos estatales.³²³ Por ejemplo, en la Memoria del 11 de septiembre de 1975 al 11 de septiembre de 1976 se consigna la coordinación y el apoyo a centros de madres en diversas ocasiones. En las relativas al Programa de Desarrollo Comunal, que persigue integrar las organizaciones vecinales al proceso de desarrollo comuna, se realizó la actividad “Fomento y consolidación de organizaciones comunitarias”, en la cual se atendió a 273 centros de madres en 35 comunas. En la actividad “Capacitación Social” se dictaron 348 charlas, con la participación de 14.578 personas de diversas organizaciones, entre ellas, centros de madres. También se dictaron 467 cursos o jornadas con una asistencia de 23,202 personas de los mismos organismos públicos y privados. En lo que respecta a

³²¹ “La Junta de Gobierno se dirige a las mujeres de Chile”, discurso pronunciado por Augusto Pinochet en el edificio Diego Portales, ante varios miles de dirigentes femeninas, el día 24 de abril de 1974. Tomado de “República de Chile. Primer año de la Reconstrucción Nacional”, Santiago, Editorial Gabriela Mistral, 1974. En VALDÉS, 1987, *op cit.*, p. 26.

³²² *Ibidem*, p. 11.

³²³ PIEPER, *op. cit.*, p. 139.

los programas especiales de la División de Desarrollo Social, se realizó una colaboración a CEMA-Chile, en la cual a nivel regional y provincial se apoyó la realización de actividades dentro de sus funciones en 112 comunas de 11 regiones del país.³²⁴

Finalmente, ya una vez en democracia, esta fundación siguió funcionando, pero a nivel particular, desvinculada de la administración de la Primera Dama, Leonor Oyarzún, esposa del presidente Patricio Aylwin, y de las que siguieron posteriormente. Así, el año 1997 se promulgó la última de las modificaciones a los estatutos de la Fundación CEMA Chile, que continuaba presidiendo Lucía Hiriart de Pinochet. Estos planteaban como objetivo: *“La ejecución de actividades tendientes a proporcionar bienestar espiritual y material a la mujer chilena, especialmente, a aquella afiliada a los centros de madres u otras organizaciones comunitarias o de bien social”*.³²⁵ Vemos de esta forma que el discurso siguió refiriéndose la “mujer chilena”, recordando la imagen de mujer vanagloriada durante la dictadura, e intentando mantener el vínculo con quienes habían sido sus partidarias y aliadas. Sin embargo, a medida que la figura de Pinochet y su esposa fueron teniendo menor presencia en los medios y en la vida pública, el peso social y político de la entidad decayó ostensiblemente.

Entre quienes han analizado la trayectoria de esta organización existen algunos puntos en común, pero también diferencias, a la hora de analizar los beneficios que ha tenido en el aumento de la autonomía, empoderamiento y participación de las mujeres en el país. Baldez, por ejemplo, plantea que durante el período de la Promoción Popular, el énfasis estuvo en el ámbito doméstico y en el rol específico de la mujer dentro de este, pero que si bien la participación en los centros de madres tendía a reforzar los roles tradicionales de género, al mismo tiempo *“... les permitió*

³²⁴ PINOCHET, 1976, *op. cit.*, pp. 29, 30-32.

³²⁵ CEMA-Chile: *Estatutos* [en línea], Santiago de Chile. Web institucional. Última actualización jueves 05 de enero de 2012 a las 16:59. Disponible en «http://www.cemachile.cl/index.php?option=com_content&view=article&id=25&Itemid=28» [Consultada 03 abril 2013].

desarrollar habilidades de liderazgo y aprender cómo organizarse a niveles de base".³²⁶ Como ejemplo expone aquellos centros de madres de un barrio de clase alta de la ciudad (junto a las organizaciones de vecinos) que se convirtieron tácitamente en los cuarteles en los que se planificaba el movimiento Anti-Allende a inicios de los 70 del siglo pasado.³²⁷ Opinión similar exponen Frohmann y Valdés, quienes también indican que los centros de madres fueron "...*muy efectivos en lograr que las mujeres se dedicaran a asuntos de la comunidad, pero que también actuaron como mecanismos de control social*".³²⁸

Referidos específicamente a la época de la dictadura, sobre el disciplinamiento, domesticación y adoctrinamiento, Valdés nos dice que la red de centros de madres:

"(...) refuerza la explotación de las mujeres quienes, en su necesidad de supervivencia, se incorporan a éstas y otras instancias que les ayuden a la mantención de su familia. El paternalismo, el autoritarismo, la subordinación de las mujeres, la visión jerarquizada de la sociedad, son la pauta de la relación entre 'voluntarias' y 'madrecitas'. Mediante charlas y cursos de la Secretaría Nacional de la Mujer ellas deben aprender no sólo a cocinar, tejer y coser, sino también las bondades de Pinochet y su Gobierno".³²⁹

Finalmente, Lechner y Levi consideran que el discurso de CEMA-Chile durante la dictadura consolidó el rol tradicional de la mujer en cuanto permitían reforzar los pensamientos culturales e ideológicos tradicionales entre sus miembros, tanto por medio de los discursos explícitos (recordemos por ejemplo el entregado por el diputado Maximiano Errázuriz, visto en el primer apartado de este capítulo) como por las actividades de capacitación y asistencia que entregaban.

Además:

³²⁶ BALDEZ, *op. cit.*, p. 40.

³²⁷ *Ibidem*, p. 40.

³²⁸ FROHMANN y VALDÉS, *op. cit.*, pp. 6-7.

³²⁹ VALDÉS, 1987, *op. cit.*, pp. 11-12.

“De un modo tácito, pero quizás más eficaz, también las actividades de CEMA buscan restringir la vida de la mujer a una función reproductiva (de la familia, la patria y, por ende, del orden existente). En este sentido, la pertenencia a CEMA tiende a reforzar las experiencias que las mujeres tienen en su relación de pareja, en el hogar, en el barrio y que además ven repetidas en los medios de comunicación de masas (telenovelas)”.³³⁰

Como veíamos, una vez retornada la democracia, los centros de madres ya no se vieron en la obligación de estar ligados a CEMA-Chile, y se comenzaron a regular como organizaciones funcionales ligadas al ayuntamiento en que se encuentren ubicadas; pero sus acciones han continuado generalmente en la misma línea que desde sus inicios: talleres de manualidades y lugar de encuentro de mujeres de la comunidad.

En el caso de nuestras entrevistadas, quienes participaron lo hicieron tanto a nivel de asistentes como de organizadora, estando a cargo de la presidencia de una de sus directivas. Aunque la mayoría lo hizo por voluntad propia, Marcela fue motivada por el esposo quien, en base a lo relatado, podemos establecer que deseaba estar en buen término con sus superiores durante la dictadura de Pinochet, pues pertenecía una rama militar. De esta forma, vemos cómo era aprovechada la participación en estos espacios, más allá de los objetivos que se plantearan estas organizaciones.

[Marcela] “En los ochenta, en esa época participé en un centro de madres, mi mari'o me dijo que fuera, yo me extrañé mucho que me dijera eso, pero como iban de voluntarias señoras de sus jefes, tenía que ir. Lo pasé bien en todo caso, aprendí unos puntos preciosos a crochet, hice hartas cosas, me llevaron a charlas para aprender de todo y por fin conocí un poco de gente. No me duró mucho en todo caso, unos seis

³³⁰ LECHNER y LEVI, *op. cit.*, p. 41.

años, después ya a mi mari'o no le gustó que siguiera, estaba más enojón por esa época, así que hasta ahí me duró la cosa...”.

Las mujeres que han estado participando parte de sus vidas en estos centros también expresan los beneficios que han obtenido de ello, siendo el más importante el tener la oportunidad de conocer y compartir con otras mujeres, salir fuera del hogar y realizar rutinas diferentes a las habituales. Estos beneficios también se aplican a un mejor bienestar, contrarrestando los efectos nocivos de la violencia ejercida por sus parejas. Sin embargo, también vemos cómo la vergüenza y el temor que sentían ante posibles represalias de parte de sus esposos no permitían que ocuparan estos espacios para hablar abiertamente sobre su problemática, ni buscar ayuda para superarla.

Los motivos para dejar de asistir a estos espacios se relacionaban, por una parte, con la calidad moral de algunas integrantes que habían conocido las entrevistadas, pues las irregularidades que estas cometían con los ingresos de la agrupación las defraudaban. Así, al igual que en el caso de la política, la idea de que las mujeres aportaban desde su naturaleza un tono moral, de caridad, de solidaridad, etc.,³³¹ se veía enfrentada a la realidad de que también entre las mujeres podía existir la prepotencia, la búsqueda del poder o la corrupción. Por otra parte, otro motivo que surgió con el paso del tiempo se relacionó a tener que volver a tomar responsabilidades de cuidado (por ejemplo, de nietos/as), dejando las actividades de esparcimiento o aprendizaje que realizaban en estos espacios.

Finalmente, el tercer tipo de participación que encontramos en los relatos es el voluntariado. Desde los inicios de la vida de la nación han existido personas y organizaciones que han donado parte de su tiempo a actividades dedicadas a mejorar de la vida de otras personas sin recibir una remuneración a cambio. Por este motivo, históricamente hablando, el trabajo voluntario no ha sido

³³¹ LABARCA, *op. cit.*, p. 152.

considerado dentro de lo que comúnmente se entiende como trabajo.³³²

Como ya hemos podido ver anteriormente, esta labor fue realizada en un principio por mujeres de la clase alta de la sociedad, ya fuera de forma individual o por medio de organizaciones que les permitieran ejercer tal actividad. La importancia de ello no fue menor, pues además de los aportes monetarios y de recursos que entregaron, el ser voluntarias les permitió acceder al espacio público de una forma legitimada socialmente y les otorgaba un reconocimiento social. Por otra parte, el trabajo de voluntaria era considerado apropiado y deseable por las mujeres de la élite, puesto que les daba la posibilidad de mostrar fuera de sus espacios más íntimos sus habilidades y conocimientos en aspectos relacionados con sus roles tradicionales (especialmente el de madre). Tanto fue así, que para muchas familias la labor de beneficencia que realizaban se transformó en una especie de “marca” familiar que daba prestigio.³³³

Con el paso del tiempo, ya entrados en el primer cuarto del siglo XX, los cambios que fue experimentando el país, los énfasis por la profesionalización de ciertos trabajos voluntarios que se realizaban mediante la creación de carreras como enfermería o trabajo social (por ejemplo, en 1925 se funda la primera escuela profesional de Trabajo Social en Chile)³³⁴ y la preocupación de los gobiernos de la época por crear entidades que se ocuparan de la seguridad social, la educación o la vivienda, entre otros, fueron copando espacios antes cubiertos por las entidades de beneficencia. Sin embargo, el actuar del Estado siempre resultó insuficiente, por lo que nuevos espacios de voluntariado fueron surgiendo. Posteriormente, ya entrada la mitad del siglo, las mujeres de la clase media también se hicieron parte de esta labor, muchas de ellas en su calidad de “mujeres o

³³² MAURO, Amalia: *Trabajo y empleo femenino en Chile 1880 – 2000. Su aporte al desarrollo del país desde la economía doméstica, el trabajo voluntario y el trabajo remunerado (Informe. Final)* [en línea], Santiago de Chile, Centro de Estudios de la Mujer, 2009. Disponible en «<http://www.cem.cl/publica/trabajo.pdf>» [Consultada 08 abril 2012], p. 180.

³³³ *Ibidem*, pp. 180 y 191.

³³⁴ MATUS, Teresa: “Las pioneras del trabajo social en Chile”, en S. Montecino (comp.), *Mujeres Chilenas. Fragmentos de una historia*, Santiago de Chile, Catalonia, 2009, p. 219.

familiares de”, esto es, esposas de militares, de funcionarios del Estado y de grupos de masones. Es durante esta época que surgieron algunas de las asociaciones más características de voluntariado femenino en el país, las Damas de Colores.³³⁵ Por ejemplo, las Damas de Rojo, nos indica en su página web que:

“La Institución Voluntarias de Hospital **Damas de Rojo**, es una corporación de derecho privado, fundada el 4 de octubre de 1962, con la finalidad de brindar ayuda material y espiritual a los enfermos hospitalizados, como también, servir de nexo entre estos y sus familiares.

Después de un tiempo de intenso trabajo, y habiendo sido llamadas a colaborar en otros hospitales, por su eficiente labor, la prensa, radio, y público en general, comenzaron a llamarla '**Damas de Rojo**' en atención al color de sus uniformes y a la cálida atención prestada a los enfermos.

Es una institución apolítica, sin fines de lucro, sin ningún tipo de discriminación religiosa, social, cultural o racial”.³³⁶

Al igual como lo era en el principio, estas organizaciones se basaban en las habilidades y comportamientos acordes a los roles tradicionales de las mujeres, especialmente aquellos relacionados con la maternidad y el cuidado de otros. A pesar de la evolución a una sociedad más “moderna”, en la cual el acceso de las mujeres al empleo estaba en aumento, el trabajo de voluntaria permitía una extensión de sus actividades hogareñas hacia otros espacios, de manera que no entraban en conflicto con sus deberes de esposa, madre y dueña de casa, pues no requerían una dedicación tan alta como un empleo. Veamos por ejemplo las tareas que se encomendaron a la Brigada Femenina Bomberil en la celebración de una Compañía de Bomberos en el año 1972:

“La Oficialidad de la Compañía, presidida por su Director don Héctor Orellana

³³⁵ MAURO, *op. cit.*, pp. 192, 194, 196-197.

³³⁶ Damas de Rojo [en línea]. Fecha de actualización 2013. Disponible en «<http://www.damasderojo.cl/home>» [Consultada 08 julio 2013]. Destacado en el original.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

Farfán y Capitán don Mario Ilabaca Quezada, ha determinado diversos actos, en los que participará, por primera vez, una Brigada Femenina Bomberil, formada por familiares de los miembros voluntarios.

Este grupo de señoras y jóvenes señoritas se reunieron en los salones de la institución, para acordar, entre otras determinaciones, la de visitar la sección Maternidad del Hospital San Juan de Dios y hacer entrega de ajuares a todas las guaguas que nazcan el próximo miércoles, fecha aniversario de la Compañía (...). También habrá campeonatos internos entre equipos formados por el personal casado y solteros, para finalizar con un vino de honor y otros festejos organizado por los miembros de la Brigada Femenina Bomberil”.³³⁷

Hacerse cargo de visitar a nuevas madres, entregarles ajuares para los bebés y preparar la comida y bebida de la celebración fueron las responsabilidades que debieron hacerse cargo estas mujeres, versus la participación en actividades deportivas que realizaban los hombres. En otros casos, la beneficencia actuaba de manera mucho más elegante, conservando el estilo de las primeras voluntarias de la élite chilena:

“Las damas de la colectividad belga tendrán un té de beneficencia que tendrá el próximo miércoles 9 de mayo, a las 16:30 horas, en la casa de la Señora (...)”.³³⁸

Posteriormente, muchas de estas asociaciones, debido a sus vínculos con las fuerzas armadas (recordemos que en muchas de ellas se habían incorporado esposas de oficiales), jugaron un papel fundamental durante el periodo de la dictadura. Tal como ya se ha mencionado, la visión de Pinochet hacia las mujeres se basaba en los ideales de “maternidad y patria”. Así, las participantes de CEMA-Chile, de la Secretaría Nacional de la Mujer y de las organizaciones de voluntarias y de caridad, se constituyeron en la red femenina que apoyó las acciones llevadas a cabo por el régimen

³³⁷ Redacción: “Se formó la Primera Brigada Femenina en la 12a. Compañía”, en *El Mercurio*, 01 junio 1972, p. 20.

³³⁸ Redacción: “A la colectividad Belga”, en *El Mercurio*, 6 de mayo de 1973, p. 7.

durante este período.³³⁹ El pensamiento en específico sobre las voluntarias queda patente en una entrevista dada por Amelia Allende, quien era directora de la Secretaría Nacional de la Mujer en 1981:

“«Creo que el gran mérito del Gobierno fue darse cuenta de que la mujer en Chile siempre tuvo alma de voluntaria. Ello lo demuestran las obras sociales y el interés por participar en cosas públicas. El Gobierno se percató de que podía existir una fuerza de voluntariado más grande si se lo organizaba y se le daba más participación. A la mujer se la valoró más oficialmente y ha respondido. Ya tenemos sedes en 21 comunas del país». Y agrega: «La mujer siempre le ha dado apoyo a aquello que ofrece orden, paz, respeto y seguridad... La lucha feminista es el arma que usan los enemigos de la civilización cristiano-occidental para destruirla. La mujer llega donde quiere si así lo desea, porque estudia y se prepara. Otras, en cambio prefieren dedicarse al hogar, si así lo estiman conveniente. La civilización lleva a tener un mayor número de necesidades. La situación económica ha hecho que la mujer trabaje. Y en general ha sabido arreglárselas muy bien: sin abandonar su casa puede satisfacer sus intereses»”.³⁴⁰

Así, la imagen de la “mujer chilena” que analizamos en el primer apartado de este capítulo también se ve reflejada en la forma en que se concebía la participación de las mujeres en el trabajo voluntario. Ellas, según la ideología imperante en la época, poseían una mística especial (el deseo de ser voluntaria estaría en el alma de las mujeres) y una decisión de ayudar a otros/as, las cuales se conjugaban con su rol en el hogar, todo lo cual era valorado por el Estado, por lo que se las organizaba (rol paterno, ellas no podían hacerlo solas) para aprovechar este deseo de participación. Este pensamiento, que puede parecer radical en tanto es planteado por una persona que adhiere a las ideas y acciones del régimen, también es posible encontrarlo en los medios de comunicación. En un

³³⁹ FROHMANN y VALDÉS, *op. cit.*, p. 8; BALDEZ, *op. cit.*, p. 116.

³⁴⁰ ALLENDE, Amelia, entrevista en revista *Análisis*, mayo 1981, citado en BRITO, 1997, *op. cit.*, p. 68.

artículo, que se refiere a las vivencias de las mujeres al llegar a cierta edad y que se han dedicado a cumplir roles tradicionales, se plantea, entre otras cosas, la idea del voluntariado como una forma de valorarse a sí misma:

“A menudo siente que su marido ha dejado de pensar en ella como persona, su relación de pareja ahora es distinta y tiene la vaga sensación de haber pasado a ser un instrumento de la vida familiar, lo que hasta el momento no le había molestado. Pero ahora le parece que sólo vive para cumplir los papeles que le exige su condición de madre y esposa, y como reacción decide volverse hacia el mundo en busca de una respuesta que la valore ante sí misma. Lo busca en el trabajo, en el estudio nuevamente, **cooperando en instituciones**, intentando expresarse a través del arte (...)”.³⁴¹

Finalmente, una vez retomada la democracia, las organizaciones de voluntariado crecieron enormemente, pero adquirieron características más diferenciadas, especialmente en lo referido a la vinculación con la política, en tanto se asumió que se había “despolitizado” la labor voluntaria y se había enfocado especialmente hacia la pobreza.³⁴² Esto no quiere decir que no siguieran operando grupos más antiguos (como las Damas de Colores) que hasta la actualidad continúan repitiendo los mismos esquemas y las mismas concepciones sobre las mujeres y el trabajo voluntario.

Entre las entrevistadas, quienes participaron como voluntarias en organizaciones transmitieron satisfacción por haber emprendido estas tareas, mostrando un resultado similar a lo que se expresaba anteriormente: una mejora en su autoestima a causa de sentir que su tiempo y esfuerzo rendía frutos y era valorado por las organizaciones y/o personas a las que ayudaban. Además, era un tiempo que les permitía olvidar (por un momento) los propios problemas, o ponerlos en perspectiva

³⁴¹ Redacción: “¿Qué ofrece la vida después de los 35?” [en línea], en revista *Carola*, núm. 98, mayo 1986. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=917>» [Consultado 20 mayo 2013], p. 25. El destacado es mío.

³⁴² MAURO, *op. cit.*, pp. 201-202.

respecto de otros tipos de necesidades que presentaban a quienes ayudaban, aunque esto mismo pudiera funcionar como una especie de trampa, al servir de justificación para no tomar la decisión de actuar frente a la violencia, asumiendo que sus consecuencias no eran tan graves como las que veían en otras personas por otras causas. Ese fue el caso de Vanesa:

[Vanesa] “Pero volviendo a lo otro que tú decías de qué hice yo, eso yo lo hice como algo mío, como una parte mía que me completaba, y si yo pudiera volver a hacerlo, si pudiera seguir, después de tener la oportunidad de ver tanto dolor, me encantaría”.

Sin embargo, llama la atención que quienes fueron voluntarias lo hicieron a pesar de la oposición de sus parejas (algo que no vimos, por ejemplo, en el tema laboral). Esto puede tener que ver con el hecho de que las mujeres que realizaron estas tareas consideraban que eran pocas horas a la semana (o al mes), por lo que no creían que sus trabajos domésticos y de cuidado pudieran verse afectados, y la balanza costo/sacrificio se inclinaba a su favor. Sin embargo, la participación voluntaria también fue la punta de lanza para comenzar una vida más independiente, para tomar conciencia de sus propios deseos y posibilidades, de comprender que la pareja no era quien debía decidir sobre sus actos; lo que con el tiempo y el apoyo de familiares permitió buscar ayuda para superar la relación de violencia, como descubrió Elena:

[Elena] “No, sí tenía, o sea, yo era dama de la Bomba de (nombre de ciudad), de la compañía de bomberos, la 2ª Compañía de Bomberos, que muchos años fui dama, pero empecé a salir, como le digo, cuando ya mis hijos crecieron, mi hija, la de aquí de Santiago me dijo un día que iba a entrar en la universidad y ahí me puse un día, porque yo le pedía permiso a mi mari'o para salir a todas partes, sin él no podía salir o sino con el hijo mayor, pero él tampoco salía conmigo, entonces ella me dice «¡Mami!», llega y se para y me dijo «Tú no tienes por qué pedirle permiso a mi papi pa' salir, tú no eres su esclava, eres su esposa. Tú le avisas dónde vas a ir y si no le gusta, él sabrá. No tenís' por qué estarle pidiendo permiso»”.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

Así, aunque el poder y control que ejercían las parejas de las entrevistadas fue un factor para retrasar la entrada a alguna de las organizaciones que hemos comentado a lo largo de este apartado, existió un momento en la vida de algunas mujeres en que se produjo un cambio en ellas, cambio que coincide con la etapa de madurez, momento en el que varios factores confluyeron para ello: menores responsabilidades domésticas o de cuidado (al menos hasta que tienen nietos/as); hijas e hijos mayores que tenían ideas menos tradicionales sobre los roles de género al interior de las parejas; mayor variedad y apertura de organizaciones presentes en los espacios comunitarios (coincidiendo con el fin de la dictadura de Pinochet), y/o que estas estaban relacionadas con los intereses de las mujeres (políticos, de aprendizaje y compañerismo, de solidaridad, etc.); entre otros:

[Lidia] “No, cuando joven no, porque mi marido era..., no me dejaba salir... Entonces yo tuve, ahora después que, ahora que soy una persona mayor, como a los cincuenta años se puede decir que yo vine a hacer cosas”.

Sin embargo, en otros casos la dominación y el control de las parejas perduró durante más tiempo, llegando incluso a la vejez, por lo que a pesar de la intención de formar parte de alguna de estas organizaciones o asociaciones, las mujeres no lo hicieron. La ausencia de los factores mencionados anteriormente, o de parte de ellos, y la existencia de otros, relacionados con mayores efectos y consecuencias de la violencia en los estados emocional y físico, de las entrevistadas, se entrecruzaban para impedir estas actuaciones. Así fue con Rosario y María:

[Rosario] “No, nunca... Si no, no me dejaba trabajar, ¡menos andar por ahí en la población!, ¿se imagina? No, si yo en la casa no más, a veces pasaban vecinas cuando era el mes de María o cuando las misiones, pero siempre en la casa...”.

[María] “Eso, [participar] ni soñarlo, me hubiera gustado, pero ni soñarlo... yo sacrifiqué mucho, mucho, esto es una de esas cosas, pero ya ve, no se pudo no más”.

CAPÍTULO 2: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ

Finalmente, no todas las mujeres manifestaron un deseo de formar parte en alguna organización o asociación de la sociedad civil, lo que es coincidente con lo que ocurre en el total de la población del país, en el cual, de acuerdo a lo planteado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, un 45% de los/as chilenos/as no participaban activamente en este tipo de organizaciones (considerando que se incluían las religiosas, tema que veremos a continuación).³⁴³

Inés, por ejemplo, no tuvo nunca interés en este tipo de iniciativas:

[Inés] “No, por eso le digo yo, le vuelvo a repetir y lo voy a decir mil veces, yo me siento conforme con lo que soy. Yo hace poco viajé y vi a una compañera, o sea, no había cambiado de cara y la vi de dama de rojo y yo me dije a mi no me gustaría eso, andar en visitando enfermos y andar... no, porque uno tiene que tener vocación para esas cosas... no me gustan, no me gustan”.

XXX

En la frontera entre los denominados espacio público y espacio privado, la vida comunitaria fue buscando diferentes formas de manifestarse en Chile a lo largo de los años que estudiamos. Ya fuera por medio de organizaciones que reproducían los roles tradicionales de las mujeres, por otras en las que se expresaba la vida social y política, o por aquellas en las que se entregaban tiempo y recursos para apoyar a personas más necesitadas, muchas mujeres fueron encontrando un lugar en el cual demostrar sus habilidades, aprender, conocer personas o ejercer liderazgo, entre otras.

Para las entrevistadas que quisieron y tuvieron la oportunidad de participar en alguna entidad, el trabajo y la dedicación que esto implicó habían sido recompensados con creces. No solo habían recibido los aprendizajes propios de cada tipo de organización, sino que también encontraron en ellas compañía, reconocimiento, y una valoración que no conocían al interior de su

³⁴³ Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo: *Desarrollo humano en Chile: El poder, ¿para qué y para quién?*, Santiago de Chile, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2004, p. 219.

relación de pareja. Esto es muy importante de destacar en cuanto una baja autoestima es una de las características que suele presentarse en las mujeres que permanecen en una relación de violencia, por tanto todo aquello que ayude a mejorarla permite reforzar también los factores protectores y posibilitar un cambio. Así, tanto lo visto en este apartado como en los anteriores y en el que viene a continuación, la relación entre las mujeres y la religión, nos ayudará a comprender las trayectorias que estas mujeres tuvieron tanto en sus vidas como en sus relaciones de pareja.

2.2.6. “Porque Dios me dio una oportunidad”. Creencias y expresión religiosa

[Sonia] “Yo siempre le pido a Dios que él me permita que cuando me llegue mi momento pueda perdonar”.

Perdón, resignación, soledad, oportunidades, sabiduría, intercesión... son algunas de las manifestaciones del pensamiento y la expresión religiosa que gran parte de las entrevistadas fueron compartiendo en los relatos que nos entregaron de sus vidas. Siempre se ha considerado como una relación estrecha la que tienen las mujeres con la religión, especialmente en un país como Chile, el cual se asume como profundamente religioso, y pareciera que los relatos reafirman esto. Pero lo que realmente apreciamos en ellos es una gran diversidad, tanto de la creencia o fe que plantean tener estas mujeres, como de su participación en los ritos y en las comunidades en las que se practica esta fe.

Para comenzar a adentrarnos en el tema hay que partir recordando que en Chile, hasta 1925, la Iglesia Católica era la religión oficial del Estado chileno y esta relación entre ambos poderes influyó de forma importante en los hechos acaecidos en gran parte del siglo XIX y principios del XX.³⁴⁴ A partir de ese momento, como plantean Collier y Sater, a pesar de la separación formal, la Iglesia Católica continuaba contando con gran influjo, aunque la concurrencia de los/as chilenos/as a los templos era menor (si es que alguna vez fue grande, consignan los autores).³⁴⁵ La religiosidad popular, por otra parte, marcada por fechas y ritos especiales, es la otra cara, esa del sincretismo religioso que se desarrolló con la llegada de los españoles que se mantiene hasta nuestros días.³⁴⁶

³⁴⁴ CHACÓN, Arturo: “Religión y modernidad. Protestantismo en Chile” [en línea], en *Revista de Ciencias Sociales*, núm. 12, 2002. Disponible en «<http://redalyc.uaemex.mx/pdf/708/70801205.pdf>» [Consultado 24 julio 2012], p. 68.

³⁴⁵ COLLIER y SATER, *op. cit.*, p. 254.

³⁴⁶ ARNOLD, Marcelo: “Perspectivas para la observación de la religiosidad popular chilena” [en línea], en *Revista Chilena de Antropología*, núm. 9, 1990. Disponible en «<http://www.revistas.uchile.cl/index.php/RCA/article/viewFile/17579/18344>» [Consultada 11 junio 2012], p. 29.



ILUSTRACIONES 2.2.-20 y 21. Izquierda: Voluntarias de la Iglesia de Angelmó (localidad al sur de Chile), 1950. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=2277&formato=JPG>» [Consultada 12 julio 2013]. Derecha: Fiesta de Cuasimodo, Pudahuel (municipio del Gran Santiago), 1954. Celebración tradicional de la zona central de Chile, el domingo posterior a la Pascua se lleva la comunión a los enfermos, el sacerdote es acompañado por feligreses ataviados con trajes típicos, usualmente a caballo o carretas, en la actualidad también en bicicletas. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=161&formato=JPG>» [Consultada 11 julio 2013].

En todo este período (siglos XIX y XX), la relación entre la Iglesia Católica y las mujeres fue muy importante. Para Salazar y Pinto, era claramente una relación desigual, pues ellas no contaban con derechos (canónicos), no tenían una carrera (eclesiástica) equiparable a la de los hombres (sacerdocio, jerarquía), y su participación tenía las características de ser pasiva (como feligresas) y/o mano de obra barata (como voluntarias para la caridad).³⁴⁷ Esta afirmación de los autores incluye una etapa importante dentro de la historia de la Iglesia Católica chilena, aquella que se dio entre los sesenta y los ochenta del siglo pasado y que estuvo relacionada tanto con un proceso interno de toma de contacto de sacerdotes y religiosas con la realidad del país, como con los impactos del Concilio Vaticano II. Esta época tuvo repercusiones importantes en la institución y sus seguidores, pero cambios limitados respecto de la situación de las mujeres, pues aunque pasaron a tener un protagonismo más activo en algunos ámbitos, este continuó restringido en lo que se refiere a la posibilidad de ejercer la toma de decisiones.

Un ejemplo de ello es lo sucedido durante la Misión General de Santiago llevada a cabo en 1963. Esta surge como respuesta de la jerarquía ante la llamada “descristianización” que, según sus

³⁴⁷ SALAZAR y PINTO, 2002a, pp. 55-56.

principales dignatarios, estaba sucediendo en el mundo moderno y que se reforzaba en el mundo urbano (especialmente en una ciudad como Santiago que, como hemos visto, se estaba convirtiendo en una gran metrópolis), por lo que hacía falta una evangelización a gran escala. En este proceso, David Fernández destaca que los roles asumidos por hombres y mujeres fueron muy diferentes, puesto que *“siguiendo el carácter patriarcal de la sociedad y del catolicismo, la estrategia seguida fue expresión del machismo chileno y eclesial: los hombres destinados a los roles más activos y protagónicos y las mujeres dedicadas a la catequesis”*.³⁴⁸

También podemos observar que el mismo año que en Medellín se celebraba la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (1968), proponiendo una activa participación del laicado y tomando opción por los “pobres” de la Iglesia (entre ellos las mujeres), la Conferencia Episcopal de Chile planteaba en sus Orientaciones Pastorales que:

“(…), no se puede concebir una auténtica catequesis que sólo prepare a la recepción de un sacramento y desconozca el carácter eclesial de todo sacramento que es acción de Cristo para integrar (Bautismo), reintegrar (Penitencia) o hacer crecer la vida de la comunidad cristiana con la variedad de dones, vocaciones y carismas del Espíritu Santo. La catequesis de iniciación para los niños ha de ser primordialmente de carácter familiar. A través de sus padres el niño integrará progresivamente en la comunidad cristiana **(a ello conduce, p. ej., la 'mamá-catequista')**”.³⁴⁹

De esta forma, vemos que mientras, por una parte, se plantea una apertura a una mayor presencia y acción femenina (por ejemplo en las comunidades cristianas de base³⁵⁰), por otra, las mujeres nuevamente son llamadas a participar en función de su rol materno, y se les confiere la

³⁴⁸ FERNÁNDEZ, David: *Historia oral de la Iglesia Católica en Santiago de Chile desde el Concilio Vaticano II hasta el golpe militar de 1973*, Cádiz, Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz, 1996, p. 164.

³⁴⁹ Obispos de Chile: *Orientaciones Pastorales 1968* [en línea], Chillán, Conferencia Episcopal de Chile, 1968. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=978» [Consultada 21 marzo 2013], p. 6. El destacado es mío.

³⁵⁰ FERNÁNDEZ, 1996, *op. cit.*, p. 202.

responsabilidad de formar a sus hijos/as para incorporarlos a la religión, aun cuando se hable de manera general de “los padres”.

Posteriormente, luego de que la Iglesia Católica ejerciera un rol importante en la defensa de los derechos humanos durante la dictadura militar y que se hubiera mantenido desde los años sesenta la opción por los pobres (y oprimidos), a mediados de los años ochenta se produce un cambio en las orientaciones, lo que implicó que se decidiera que “*lo más importante era lo 'espiritual', y que 'lo social' debía lucharse por otros medios distintos a lo religioso*”.³⁵¹ Esto coincidió con la política papal de Juan Pablo II de una defensa irrestricta de la familia, volviendo a poner en una alta estima el papel más tradicional de las mujeres.³⁵²

Entre nuestras entrevistadas, la adscripción a la religión católica se da de diferentes maneras, desde la creencia y la participación en los ritos regularmente, a manifestar la fe en las creencias y mandamientos, pero no en la institución. Usualmente, el primer acercamiento a esta religión era por medio de la familia, en especial por parte de las mujeres mayores (abuelas o madres), quienes las llevaban a la celebración de ritos como la misa dominical, a la participación en fiestas populares (vigilias, peregrinaciones, Semana Santa, etc.) y en el rezo del rosario, una actividad típicamente femenina. Jessica recuerda de esta forma sus primeras experiencias religiosas asociadas a actos familiares:

[Jessica] “La única diferencia era el día domingo, que mi papá no quería que hiciéramos nada, nada, solamente ir a misa (...). Si yo aquí la única salida que hago es la de ir a misa, yo paso puro haciendo las cosas de la casa, porque hay una huerta, donde hay árboles, hay tanto que hacer y mi única salida es el día domingo de ir a misa...”.

³⁵¹ SALAZAR y PINTO, 2002a, *op. cit.*, p. 56.

³⁵² GRAU, Olga: “Familia: un grito de fin de siglo”, en O. Grau, R. Delsing, E. Brito y A. Farías, *Discurso, género, poder. Discursos públicos: Chile 1978 – 1993*, Santiago de Chile, LOM – ARCIS, 1997, pp. 129-130.

Una vez ya fueron adultas, las mujeres encontraron distintas motivaciones para continuar ligadas a la religión, así como diferentes espacios dentro de esta para participar. Por ejemplo, la misa dominical no era solo un rito a cumplir, sino que también un tiempo dentro de la semana en la que cambiaban la rutina y un lugar en el cual realizar una actividad que era gratificante. En otros casos, era el rol materno el que primaba al momento de relacionarse con la iglesia, transmitiendo a sus hijas/os las creencias familiares, al igual que lo habían hecho con ellas. Finalmente, también se depositó en la iglesia las esperanzas para intentar continuar con un matrimonio que estaba presentando problemas (anterior a la relación de pareja en la cual se vivió violencia), expresando con ello la fe en la religión. Veamos, por ejemplo, los casos de Elena y Vanesa:

[Elena] “No. Siempre eso sí que he ido, he ido a iglesias, así, pero reuniones de iglesia cuando mis hijos eran chicos no más, porque después no, no iba”.

[Vanesa] “No, no, no, no. Quise... porque yo hice casi todo para anular el matrimonio, eh, a propósito de iglesia, y mis hijos hicieron la primera comunión, estaban en un colegio católico, y los tres, a ver, eran dos años de preparación seguidos, entonces estuve seis años metida en la iglesia, porque eran (nombre hijo mayor), (nombre segundo hijo) y (nombre hija menor), seis años y yo trataba de llevar a mi esposo conmigo, eh, que hiciéramos oración juntos, o sea, todo como para salvar la familia, porque... ¡no sé! Pero no me resultó tampoco, nunca quiso, «No, no» —«Ven a orar con nosotros», le decía a (nombre primer esposo), quizá nos tocaba, por ejemplo, hacer una tarea que nos daban en catecismo: hay que rezar en familia, tienen que tomarse de las manos, en fin, nos daban instrucciones... No, nunca quiso nada”.

Otro aspecto interesante de destacar es que ninguna de las entrevistadas que había tenido algún tipo de lazo con la Iglesia Católica menciona a sacerdotes o religiosos (hombres) dentro de las

personas a las que habían pedido apoyo o contado las experiencias de violencia en sus relaciones de pareja, lo cual sí fue hallado en algunas investigaciones llevadas a cabo en otros países.³⁵³ Por el contrario, dos de ellas relatan vínculos estrechos con religiosas, las cuales influyeron de manera importante en la decisión de mantener el matrimonio. Esto podría estar relacionado con el proceso de acercamiento de algunas órdenes religiosas a los barrios más pobres o marginales iniciado en los años cincuenta. En el caso de las religiosas, según las fuentes citadas por Fernández, éstas lograron una mejor inserción en la vida cotidiana de las comunidades por la posibilidad de compartir con las mujeres de las poblaciones tareas domésticas o de cuidado que les permitían tener una mejor llegada que los sacerdotes.³⁵⁴ En la historia de Ana, la vinculación con una religiosa fue estrecha:

[Ana] “En realidad yo lo perdóné porque fui a ver a la hermana (nombre de religiosa) y ella me preguntó, me dijo que mi opción había sido el matrimonio..., entonces yo lo pensé y claro, mi opción era el matrimonio..., entonces por eso yo lo perdóné y le permití que volviera a la casa”.

De esta situación vemos, por una parte, la importancia que estas mujeres asignaban al matrimonio, manifestando así su pensamiento religioso en tanto los problemas de violencia que experimentaban eran considerados como una carga que debían asumir con resignación; y por otra, que la búsqueda de ayuda para salir de la relación de violencia se encontró con los mandatos y creencias de la religión que consideran el vínculo matrimonial como sagrado y, por lo tanto, la violencia al interior de este no era considerada una causa suficiente para terminarlo.

Pero el pensamiento y las creencias religiosas no están presentes exclusivamente en aquellas mujeres que han participado en algún tipo de actividad religiosa católica o se han vinculado con

³⁵³ DUNLOP, Burton; BEAULAUER, Richard; SEFF, Laura, NEWMAN, Fred; MALIK, Neena y FUSTER, Melissa: *Domestic Violence against older women: final technical report* [en línea], Florida, The Center of Aging of Florida International University, 2005. Disponible en «<http://www.ncjrs.gov/pdffiles1/nij/grants/212349.pdf>» [Consultada 28 abril 2009], p. 11; NÄGELE, Barbara; BÖHM, Urte; GÖRGEN, Thomas y TÖTH, Olga: *Intimate partner violence against older women – Summary Report*, Göttingen, Daphne, 2010, p. 51.

³⁵⁴ FERNÁNDEZ, 1996, *op. cit.*, p. 182.

alguno/a de sus representantes. También en los relatos nos encontramos con quien manifiesta una frase muy común en el país: “soy católico/a a mi manera”. La diferencia entre el adscribir a una religión y el participar activamente en los diferentes canales de expresión que tiene la Iglesia Católica es patente en Chile. Según el Censo de 2002, por ejemplo, de un total de 11.226.309 personas mayores de 15 años, casi el 70% se declaraba católica (de las cuales un 47,4% correspondía a hombres y un 52,6% a mujeres),³⁵⁵ lo que significaría que tanto los servicios religiosos como las comunidades cristianas de base, los movimientos y cualquier otra opción de vida religiosa deberían haber contado en esa época con casi ocho millones de personas participando activamente, cosa que no sucedía. Lourdes, por ejemplo, tenía esa forma de pensar:

[Lourdes] “Yo soy católica a mi pinta³⁵⁶. Yo creo en Dios, en Jesucristo, la Virgen Santísima, todos los santos y las ánimas del purgatorio. Quien toca mi puerta, si yo puedo, lo voy a ayudar, yo no le cierro la puerta a nadie. Trato de no ofender a nadie, trato de no herir a nadie, pero no voy a la iglesia porque no creo en los curas. Pero sí, yo todos los días le doy gracias a Dios por amanecer, por amanecer bien, le doy gracias y le digo «Si usted me lo da, aunque sea malo yo lo acepto», porque él me está diciendo que sea así y yo lo acepto. Y siempre acepto lo que el Señor me dice, doy gracias por mi plato de comida, doy gracias por todo... Y pido por todos también. Si yo voy por la calle y veo una persona que está muy enferma o yo siento que está muy enferma yo después le rezo a Dios por esa persona. Yo siempre le pido por todos...”.

Así, incluso quienes manifiestan tener fe, toman distancia de la institución, aunque suelen participar en fiestas populares, pues en ellas lo que prima no es tanto el rito marcado por la iglesia sino las creencias compartidas por la población y su expresión en forma colectiva. Sin embargo, esta lejanía también puede verse superada ante una necesidad concreta, por ejemplo económica, pues

³⁵⁵ Instituto Nacional de Estadísticas, 2003, *op. cit.*, p. 253.

³⁵⁶ “A mi pinta” quiere decir “a mi manera”.

también existe el convencimiento que por medio de la intercesión de la iglesia se puede obtener una ayuda mucho más “terrenal”, confiando en la tradicional imagen de institución de caridad que esta ha transmitido a lo largo de los siglos.

Esta manifestación de fe en las creencias pero no en las instituciones tiene otra arista, y es que hallamos que varias mujeres pasaban de una religión a otra de forma natural sin mayores problemas o complicaciones. Estos cambios no se presentaban como algo que implicara una modificación importante de sus creencias, más bien parecían estar asociados a un sentimiento de soledad, por lo que aquella religión que contara con un templo o agrupación cercana y que tuviera personas dispuestas a motivar a otras, era la escogida por las entrevistadas. En la mayoría de los casos, como Orieta y Lidia, este traspaso era de la iglesia católica a las iglesias evangélicas y viceversa, exceptuando una que era hacia los Testigos de Jehová, lo que llama aún más la atención, pues la literatura revisada sobre las iglesias evangélicas y la participación de mujeres en ellas nos habla de una adscripción y permanencia mucho más fuerte que lo hallado por nosotros.

[Orieta] “(...), era una iglesia católica pero era un grupo, un grupo carismático, yo había estado antes, aquí, cuando estaba aquí pertenecía a la iglesia evangélica (...)”.

[Lidia] “No, no. Yo estoy como media alejá' de la iglesia, pero sí yo creo en Dios pero estoy alejá' de las religiones... Antes cuando más niña, cuando más jovencita iba a la iglesia, qué se yo, iba a misa, iba a los ave maría, los... en los que hacen, no clases si no que... el mes de María, el mes de María, a esas cosas iba. Pero ahora, después de mayor, no. He ido eso sí a los Testigos, pero nada muy seguido”.

Si bien las entrevistadas no especifican a qué iglesia evangélica estaban vinculadas (de la gran variedad presente en Chile), revisaremos brevemente la historia del movimiento metodismo/pentecostal y la situación de las mujeres en él. Según Chacón, el metodismo llega a

Chile en 1878 y tiene un rápido crecimiento tanto en la naciente clase media como en la clase baja. Su llegada coincide con la expansión y consolidación del Estado chileno, contribuyendo a esta tarea por medio de su trabajo tanto en el área educacional como congregacional a lo largo del país.³⁵⁷ Por su parte, Evgenia Fediakova sitúa el surgimiento del movimiento pentecostal en Valparaíso, en el año 1909, de la mano del metodista estadounidense W. Hoover.³⁵⁸

La expansión de estos movimientos se ve reflejada en las estadísticas que recoge el Censo de 1952, el cual hace una comparación de los datos de la religión que profesan de la población desde 1907 a 1952, en la cual los Protestantes (en los que incluye a metodistas y pentecostales, entre otros) cuadruplican su presencia en la población entre esos años, aun cuando quedan muy por debajo de la Católica (la que disminuye levemente).³⁵⁹

Con el paso de las décadas nos encontramos que para el año 2002, quienes se declaraban evangélicos (de forma separada de los protestantes) alcanzaba a 78 de cada 1.000 habitantes mayores de 15 años.³⁶⁰ Entre las explicaciones que se han entregado para el aumento del mundo evangélico es que las iglesias protestantes se convirtieron en un refugio para las personas que se vieron afectadas por la crisis económica de inicios de la década de los ochenta del siglo XX.³⁶¹ Esto coincide con lo planteado por Chacón en relación a que fue durante las crisis sociales ocurridas a lo largo de ese siglo cuando el movimiento experimentó mayor crecimiento.³⁶²

A pesar de ser numéricamente inferiores que quienes profesan el catolicismo, los/as evangélicos fueron llamando la atención en el país y se fue generando una imagen sobre ellos/as

³⁵⁷ CHACÓN, *op. cit.*, p. 69.

³⁵⁸ FEDIAKOVA, Evgenia: “Somos parte de esta sociedad”. Evangélicos y política en el Chile post autoritario” [en línea], en *Política*, núm. 43, primavera de 2004. Disponible en <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64504310>> [Consultada 10 noviembre 2011], pp. 255-256.

³⁵⁹ Servicio Nacional de Estadística y Censos, *op. cit.* p. 199.

³⁶⁰ Cálculos en base a datos del Instituto Nacional de Estadísticas, 2003, *op. cit.*, p. 253.

³⁶¹ COLLIER y SATER, *op. cit.*, p. 319.

³⁶² CHACÓN, *op. cit.*, p. 73.

basada en diferentes estereotipos. Usualmente fueron descritos como un “*segmento social marginal, mayoritariamente pobre, de bajo nivel educacional y de actitudes políticas más bien conservadoras*”.³⁶³ Sin embargo, el movimiento evangélico no habría quedado fuera de los cambios que se han experimentado en el país en lo político, cultural o social, entre otros, por lo que esta descripción no mostraría las complejidades y diversidades que actualmente se presentan al interior de este.

CENSOS	TOTAL	DE CADA 1.000 HABITANTES							
		Católicos	Protestantes	Judios	Ortodoxos	Teósofos	Ateos, agnósticos, libre-pensadores y sin religión	Evangélicos	Otros e ignorados
1907.....	1.000	961	10	—	—	—	1	—	8
1920.....	1.000	958	14	1	—	—	26	—	1
1930.....	1.000	977	8	1	—	1	6	7	—
1940.....	1.000	896	24	2	1	—	33	—	44
1952.....	1.000	896	41	12	1	—	31	—	29

ILUSTRACIÓN 2.2-22. Comparación de religión por cada 1.000 habitantes entre los años 1907 y 1952. Fuente: Servicio Nacional de Estadística y Censos, *op. cit.* p. 199.

En lo referido a la actuación política, por ejemplo, el golpe de Estado ocurrido en 1973 y el régimen militar que se instauró en el país tuvo repercusiones importantes al interior del movimiento, generando profundas divisiones al interior de este. La mayoría conservadora apoyó estos hechos y en especial la figura de Pinochet, mientras una minoría ecuménica se opuso a la dictadura, uniéndose a la Iglesia Católica en la defensa de los derechos humanos.³⁶⁴ Con el paso del tiempo, y una vez llegada la democracia, la preocupación por la actividad política se manifestó tanto en el intento de crear un partido propio como en el distribuir su presencia en todo el espectro político-partidario, al igual que el resto de la población no evangélica.³⁶⁵

³⁶³ FEDIAKOVA, *op. cit.*, p. 254.

³⁶⁴ *Ibidem*, p. 259. Sobre el rol de la Iglesia Católica durante la dictadura ver el apartado introductorio de este documento.

³⁶⁵ CHACÓN, *op. cit.*, p. 71.

Respecto de la participación de hombres y mujeres en el mundo evangélico, las cifras indican que más mujeres que hombres profesan esta religión,³⁶⁶ y al mismo tiempo diversos/as autores plantean que son ellas las que más participan activamente.³⁶⁷ Según María Palma, la proporción de mujeres entre quienes asisten regularmente asciende a siete de cada diez personas. Sin embargo, al igual como sucede en la Iglesia Católica, “(...), *debido a razones históricas, sociales y culturales, la enorme presencia y contribución de las mujeres en las iglesias evangélicas no se traduce en una participación reconocida y valorada en los procesos de toma de decisiones ni en visibilidad real de su aporte y su trabajo*”.³⁶⁸

Sonia Montecino, en base a un estudio realizado con iglesias evangélicas en un municipio del Gran Santiago, indica que el protagonismo de las mujeres a nivel público tiene algunos matices dependiendo del tipo de iglesia y de la forma de ser del pastor que la dirige. En su estudio detectó que es en las iglesias pentecostales donde existe mayor discriminación de género sobre las mujeres, quienes, por ejemplo, nunca pueden predicar desde el púlpito.³⁶⁹

A pesar de esta alta participación, Orellana plantea que las funciones que les competen a las mujeres siguen las normas de la división sexual del trabajo, siendo generalmente las que se entienden como una prolongación de las tareas domésticas y reproductivas, todo ello reforzado por un discurso hegemónico de la superioridad masculina, basado en relatos bíblicos que ubican al hombre bajo Dios y la mujer bajo el hombre. Un ejemplo de esto lo entrega el grupo denominado Dorcas (que es transversal a todas las iglesias), quienes tienen una amplia participación en diferentes aspectos de la vida de la iglesia, tales como asistir a los cultos vespertinos (que pueden coordinar), predicar, ser jefas de coro o de panderos; pero también son las encargadas de la limpieza

³⁶⁶ Instituto Nacional de Estadísticas, 2003, *op. cit.*, p. 253.

³⁶⁷ CHACÓN, *op. cit.*, p. 75; MONTECINO, Sonia: “Nuevas feminidades y masculinidades. Una mirada de género al mundo evangélico de La Pintana”, en *Estudios Públicos*, núm. 87, 2002, p. 98.

³⁶⁸ PALMA, María: “Mujeres evangélicas. El otro camino”, en S. Montecino (comp.), *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia* (2ª ed.), Santiago de Chile, Catalonia, 2009, p. 417.

³⁶⁹ MONTECINO, 2002, *op. cit.*, p. 98.

y ornato de los templos, de visitar a personas enfermas, o participar en los distintos sistemas de oración. Así los roles que asumen son de servicio, mantenidos y reforzados “... *cuando las mujeres se dedican a servir a Dios, a la Iglesia, a su familia y a su prójimo*”.³⁷⁰

En lo que se refiere a los motivos para participar en la iglesia, la misma autora señala que al ser consultadas, la mayor parte de las mujeres expresa que es un acto para dar gracias a Dios por el cambio producido en ellas (salvarlas del mundo) y para pedirle que interceda para solucionar alguna necesidad que ellas y/o personas de su entorno están viviendo. Además, el sentirse cerca de Dios les permitiría afrontar de mejor manera los problemas que viven, experimentando una confianza en que estos serán superados, lo que el autor considera que: “*De alguna manera se puede observar una actitud pasiva ante los problemas que enfrentan, una actitud de resignación y/o de tolerancia*”.³⁷¹ Para Montecino, las mujeres encuentran en la iglesia sentido y dignidad para sus vidas, vidas que antes enfrentaban todo un espectro de desvalorizaciones por el hecho de ser pobres.³⁷²

Sin embargo, como comentábamos anteriormente, lo que en un principio movió a nuestras entrevistadas a la participación fue la necesidad de no estar solas, de que alguien se preocupara por ellas, de salir de la casa. Ellas no manifestaron que haya sido un asunto de pedir por algo o una transformación de vida, más bien eran necesidades muy similares a las que tenían quienes participaban en organizaciones de la sociedad civil: tener un espacio donde sentirse acogidas, compartir con otras personas, salir de la rutina, olvidar los problemas por un momento, tener tiempo para sí mismas, entre otras. Así, por ejemplo, lo plantearon Jazmín y Elena:

[Jazmín] “Y ahora voy a la iglesia, hay una hermana que pasa pendiente de mí, en la tarde ya me viene a buscar, ya hace un tiempo que voy ya, y me ayuda mucho porque

³⁷⁰ ORELLANA, Zicri: “La Iglesia Pentecostal: Comunidad de Mujeres” [en línea], en *Revista Cultura y Religión*, vol. 3, núm. 2, 2009. Disponible en «<http://www.revistaculturayreligion.cl/index.php/culturayreligion/article/view/153>» [Consultada, 10 mayo 2012], pp. 113-115.

³⁷¹ *Ibidem*, pp. 121-122.

³⁷² MONTECINO, 2002, *op. cit.*, p. 96.

ya no me encuentro tan sola, no como estaba antes”.

[Elena] “(...), porque hace falta salir, no quedarse en la casa lloriqueando en la casa, como digo yo. Entonces no falta la vecina que viene y me dice «Vamos a la iglesia»... Así que así me han sacado, no he ido a muchas eso sí, qué le voy a decir, si no ha sido mucho, a veces los días sábado, los días domingo”.

Eso no significa que una vez dentro pudieran participar en las actividades que ofrecían, y que una vez se sintieran miembros de una comunidad pudieran permanecer por otros motivos más relacionados con la expresión de su fe, pero de igual forma continuaban teniendo las retribuciones antes mencionadas.

Otro aspecto diferente que encontramos en los relatos es la importancia de la figura de la Virgen María. Como hemos visto en apartados anteriores, en el país la imagen de la Virgen María tiene una trascendencia importante. Según Montecino, desde los inicios de la conquista, la cultura en Latinoamérica “*divinizó en la figura de la Virgen mestiza y colocó a la mujer-madre en una posición apical dentro de la familia*”.³⁷³ En Chile, los cultos a la Virgen son variados y muy importantes: La Virgen del Carmen, “Madre, Reina y Patrona de Chile”; la Virgen de Lourdes; Nuestra Señora del Rosario de Andacollo; la Inmaculada Concepción, entre otras. Las peregrinaciones a los lugares donde se les rinde culto y las manifestaciones de religiosidad popular suelen tener una alta participación, como son la Fiesta de la Tirana, en el norte de Chile, para celebrar a la Virgen del Carmen, o la peregrinación a Lo Vásquez, lugar dedicado a la Inmaculada Concepción.

³⁷³ MONTECINO, 1990, *op. cit.* p. 287.



ILUSTRACIONES 2.2.-23-24. Izquierda: Procesión de la Virgen del Tránsito, localidad El Palqui (norte de Chile), 1961. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=441&formato=JPG>» [Consultada 15 julio 2013]. Derecha: Fiesta Grande de Virgen del Rosario, Andacollo (norte de Chile), 1967. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=620&formato=JPG>» [Consultada 12 julio 2013].

La celebración del Mes de María en parroquias y colegios confesionales es otra manifestación de la importancia que se le otorga. Para tal evento, la Conferencia Episcopal de Chile ha entregado en diferentes ocasiones reflexiones y directrices para dicha celebración:

“El Mes de María ha llegado trayéndonos una vez más su llamado a renovar, en la devoción a la Madre del Cielo nuestra vida cristiana. No podemos ocultaros la grave y angustiosa preocupación que nos causa la crisis moral que vemos avanzar rápidamente. Un paganismo desenfrenado va invadiendo las costumbres públicas y privadas (...). ¿Qué mejor ocasión que el Mes de María para iniciar un hondo movimiento de renovación espiritual? ¿Quién mejor que la Madre de Cristo, íntimamente asociada al plan redentor, ha de alcanzarnos las gracias de salvación, que necesitamos? (...). ¡Que la Reina de la Paz y Auxilio de los cristianos nos alcancen esta gracia!”³⁷⁴

³⁷⁴ Obispos de la Conferencia Episcopal de Chile: *Exhortación que el Episcopado envía a los fieles al comenzar el Mes de María* [en línea], Chile, Conferencia Episcopal de Chile, 1952. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=841» [Consultada 16 julio 2012], pp. 1-2.

Pero la presencia de la Virgen María no solo se hace patente por medio de sus fieles y la jerarquía, también los medios sociales se encargan de transmitir el mensaje de servicio, resignación o sacrificio que la imagen conlleva. Por una parte reproducen ampliamente las festividades que se realizan en su nombre, dándoles alta cobertura y por otro, algunos medios escriben artículos en los que se la muestra como modelo a seguir:

“Sólo un sistema: servir. El servicio voluntario tiene también su voz engastada en lo antiguo; tiene su obrar humilde con efecto asombroso; tiene su gesto cálido que lo humaniza todo. (...). María, empujada por el viento del amor al prójimo, atraviesa comarcas, montes, valles, ríos... Le espera un doméstico trabajo, modesto, banal, silencioso. Ella, que será Reina del Cielo y de la Tierra, ni por un instante olvida que alguien, en un pueblo perdido de Judea, espera de sus manos, de su agilidad y de su corazón un poco de fuerza y apoyo. (...). Esta simplicidad evangélica tiene trasfondos para siempre. Antídoto para el terror de Caín; el canto de María. Remedio del mal que mata nuestra era; un diario y generoso servicio voluntario”.³⁷⁵

De esta forma, con el ejemplo siempre presente de la Virgen María, Montecino plantea que las mujeres quedan aisladas en el ser madre, y bajo esa identidad se encargarán de todo lo que haga falta para la proteger, entregar amor a sus hijos y procurar su subsistencia. Además, continúa la autora, en la búsqueda de perfección en este rol se ven envueltas en una vida que no tiene descanso, con dobles y triples jornadas, en las que la soledad de ser las que lo hacen todo les va pesando en sus vidas.³⁷⁶

Esta importancia de la Virgen María aparece en las historias de vida como la imagen que seguían; el culto a quien dedicaban las penas y sacrificios; la mujer que, al igual que ellas, las

³⁷⁵ Redacción: “Contra la 'Deshumanización Ambiental'. Sólo cabe la revolución de servir”, en *El Mercurio*, 6 de mayo de 1973, p. 8.

³⁷⁶ MONTECINO, 1990, *op. cit.*, pp. 288-289.

entendía y atendía sus súplicas; y el refugio donde se protegían de los temores que las invadían. Pero el tiempo que le dedicaban era también un momento personal, algo en lo que los hombres no podían interferir directamente, pues aun cuando ejercieran violencia (por ejemplo, violencia psicológica al reírse de la manifestación de fe), existía un límite que no podían traspasar, el cual estaba arraigado profundamente en el interior, en sus pensamientos y creencias, como les sucedía a Rosario y Regina:

[Rosario] “Él no sabía que yo iba a la virgencita eso sí, eso era mío... cuando volví eso sí, como a los tres años después del golpe, ya no estaba la monjita, se había ido, seguí un tiempo más, pero después estaba todo tan revuelto que no me atreví más, ahí le hice un altarcito en la casa, en el patio afuera,... le compré una imagen, no era muy grande pero muy bonita, él se reía, pero me dejó hacerlo, ahí le rezaba no más... a eso me dedicaba cuando ya tenía las cosas de la casa listas... arreglaba el jardincito, le ponía sus maceteros con plantitas, le rezaba, así me pasaba las tardes... por eso las vecinas se pasaban por el mes de María, porque comprando le conté a una lo que había hecho y le gustó tanto que me pasaban a ver, pa' callao eso sí...”.

[Regina] “Aquí la tengo (muestra imagen en un pequeño altar), en mi cuarto también tengo una Virgencita, es muy bonita, se ilumina por la noche..., brilla. Yo a ella le cuento todo, le pido que me dé fuerzas... ella sufrió mucho, perdió a su hijo, se lo mataron, entonces ella sabe los dolores que pasamos las mujeres... ella me ayuda a seguir, es mi camino”.

Así, para algunas, es la imagen de Virgen María la que pretendían emular, buscando para ello ser la madre protectora a cualquier costo, incluso con sus nietos/as o con otros parientes. Al igual que ella, confiaban en lo que consideraban los designios de Dios, y seguían el camino que les parecía más cercano a ellos, y cuando creían haberse desviado mostraban sentimientos de culpa,

especialmente cuando esto se refería a su rol materno. Por este motivo expresaban la intención de reparar los daños ocasionados, aunque ello fuera en detrimento de su propia seguridad, tranquilidad y/o felicidad. Veamos lo que dijo Vanesa al respecto:

[Vanesa] “Yo por eso tengo eso de proteger, me criticaban, me criticaban cuando mis cabros estaban chicos «¡Ay! No sea tan sobre protectora», pero es que cuando uno ha pasado tantas cosas y con mis nietos soy igual, con estos chicos que me está tocando cuidar, por ejemplo, yo trato de protegerlos. Para eso Dios nos trajo, (voz entrecortada) no para sufrir cosas que te marcan para el resto de tu vida, imagínate”.

Finalmente, la expresión de la fe en Dios también se manifestaba en los relatos de una manera libre y espontánea. Aparecía en diferentes tópicos, al hablar de cualquier situación que habían vivido, siendo, por ejemplo, la justificación para las decisiones que habían tomado. En sus historias, la mayoría de las mujeres expresaban una relación con Dios en términos de padre-hijas, algo que se relaciona directamente con las enseñanzas religiosas, y por ello consideraban que, a pesar de que algunas decisiones que realizaron iban en contra de estas enseñanzas, las oportunidades que aprovecharon eran fruto de intervenciones divinas enviadas directamente para su bienestar, como lo manifestó Amelia:

[Amelia] “Porque Dios me dio una oportunidad, lo que nunca me lo había dado en la vida, de los años que yo viví con él, nunca encontré una salida así (...). Entonces fue como que se me abrió una puerta después de tantos años esperando una salida así, porque a mí nunca me gustó salir a arrendar con las niñas...”.

Esta relación paternal también otorgaba compañía y refugio ante la violencia, pero creemos que si bien por una parte ayudaba a sobreponerse de las consecuencias negativas de la violencia recibida durante años, en ocasiones también se transformaba en una barrera para reconocer esta problemática y buscar ayuda, pues obstaculizaban una actitud más proactiva y de autocuidado:

[Cándida] “Mi único médico es Dios... si no fuera por él hace rato me habría ido y dejado mi casa”.

Así, la imagen de Dios/padre asociada a hombre/bondad podía significar para las mujeres una alternativa frente a la imagen de hombre/agresor que tenían en su propia pareja, y que también podía haber estado ligada al maltrato que otros hombre puedan haber ejercido contra ellas en el pasado (padres, padrastros, hermanos, etc.), confortándolas, pero al mismo tiempo orientándolas hacia la resignación.

XXX

Sonia, Lourdes, Lidia, Rosario..., son algunas de las entrevistadas que hemos ido conociendo a partir de los relatos que nos entregaron. Tienen en común el ser mujeres mayores, estar viviendo en Santiago y haber vivido o estar experimentando violencia basada en el género en sus relaciones de parejas. Pero esto no es lo único que compartían, a medida que nos fuimos encontrando con ellas y sus relatos vimos que habían otras experiencias y pensamientos que atravesaban sus vidas, como la idea que tenían y reflejaban sobre la “mujer chilena”; lo que pensaban que debía ser un buen esposo y padre; los amores adolescentes, las sanciones sociales sobre cómo vivirlo, los motivos para casarse y los desengaños amorosos; cómo cada una de ellas tuvo una vida dedicada al trabajo (remunerado o no), y que para muchas esta comenzó cuando eran unas niñas; los espacios de participación que encontraron en organizaciones e instituciones sociales, políticas o comunitarias; y finalmente las creencias que tenían y las formas de manifestarla.

Con este apartado finalizamos la primera parte de la investigación, y con esta visión general de lo que han sido sus vidas, entraremos de lleno en la violencia basada en el género que experimentaron o continúan viviendo en sus relaciones de pareja.

3. “Hay otros maridos peores”. La violencia en la relación de pareja

Esta segunda parte busca exponer y analizar las historias de violencia basada en el género que vivieron o vivían las mujeres mayores en sus relaciones de pareja. Una vez que ya hemos realizado un recorrido por su vida de niñas, jóvenes y adultas, con sus formas de pensar sobre las mujeres, hombres, el amor y el matrimonio; y con sus experiencias, aprendizajes, dificultades y oportunidades, en esta parte profundizaremos en cómo reaccionaron frente a los primeros episodios, los motivos para mantenerse en la relación, la normalización de la violencia en sus pensamientos, los efectos y consecuencias en su salud, las barreras para buscar ayuda, así como los motivos y personas que las ayudaron a superarlas, para finalizar con el momento que estaban atravesando cuando se realizaron las entrevistas, con sus cambios y permanencias en la problemática, y las nuevas formas de enfrentarla.

3.1. “Es difícil hablar estas cosas a veces”. Aspectos generales de la violencia basada en el género en la pareja. Las experiencias y miradas desde las mujeres mayores

Hablar de la violencia que se experimenta en una relación de pareja no es algo sencillo, muy por el contrario, es un proceso que evoca no solo las situaciones concretas que ocurrieron, sino que también las emociones y sentimientos asociados a ellas, los cuales casi en su totalidad son negativos. Por este motivo, la estructura de las entrevistas no fue rígida ni se consultó sobre aspectos específicos de la violencia, dejando a las mujeres que fueran relatando abiertamente lo que desearan, interviniendo brevemente para aclaraciones o solicitar alguna información concreta. Aun así, con el material recopilado fue posible armar sus historias en torno a la violencia vivida, pudiendo establecer la época en que esta se inició, los hitos que la marcaron, los tipos y manifestaciones más recurrentes, la normalización de esta problemática en sus pensamientos, así como los efectos y consecuencias que esta generó en ellas, lo cual veremos a continuación.

3.1.1. “De primera fue todo bonito”. Tiempo de convivencia e hitos que marcaron episodios de violencia

[Angélica] “Es algo que no se olvida tan fácilmente, aunque se quiera... Me gritoneo'... y me quedé helada, era una rabia la que tenía mi mari'o... y por nada, por nada...”.

“El tiempo todo lo cura”, es una frase que comúnmente se utiliza en Chile para indicar que todos los problemas o dificultades tienen un fin en algún momento, pero para las mujeres mayores el tiempo no ha sido precisamente el mejor aliado en lo que respecta a sus experiencias de violencia en las relaciones de pareja, al contrario, el paso de los años no solo no hizo que desaparecieran mágicamente, sino que estas se fueron acumulando, así como los efectos y consecuencias en sus vidas.

Algunos de los estudios sobre este problema en otros países han coincidido en señalar que la violencia hacia las mujeres mayores en relaciones de pareja puede tener su inicio en tres momentos de la vida: en los primeros años de noviazgo/convivencia, por lo que se constituiría en una violencia de larga duración; una vez entrada la vejez, en relaciones que se iniciaron tempranamente, pero en las cuales no había existido violencia anteriormente; o al comenzar con una nueva pareja en la vejez (usualmente tras un divorcio o una viudedad).¹ En nuestra investigación, todas las relaciones se enmarcaban en el primer caso, con historias de treinta, cuarenta o cincuenta años en las que la violencia de parte de sus parejas había estado presente casi desde el inicio. Así, por ejemplo, fue el caso de Amelia:

[Amelia] “Allá al frente vivimos 33 años, allí en (nombre ciudad) y... bueno,

¹ TWOMEY, Mary; QUINN, Mary y DAKIN, Emily: “From Behind Close Doors: Shedding Light on Elder Abuse and Domestic Violence in Late Life” [en línea], en *Journal of the Center for Families, Children & the Courts*, núm.6, 2005. Disponible en «http://www.courts.ca.gov/xbcx/cc/CFCC_Journal6_.pdf» [Consultado 23 marzo 2011], p. 76; HIGHTOWER, Jill: “Violence and Abuse in the Lives of Older Women: It is Elder Abuse or Violence Against Women? Does it Make Any Difference?” [en línea], Background paper for INSTRAW discussion forum *Gender Aspects of Violence and Abuse of Older Persons*, 15-26 April 2002. Disponible en «http://www.un-instraw.org/en/docs/ageing/Jill_Hightower_discussion_paper.pdf» [Consultado 28 noviembre 2008], p. 2.

empezaron los golpes, las agresiones, me dejaba sola el fin de semana, se iba donde su familia”.

Por otra parte, así como no existen perfiles exactos de mujeres que vivan violencia de pareja, ni de hombres que la ejerzan, tampoco existen de los detonantes ni de los momentos en que esta se hace presente por primera vez en la relación. Sin embargo, hay hitos que suelen coincidir con el inicio de los malos tratos, como por ejemplo un embarazo, que la mujer busque trabajo o no quiera dejar el que tiene, iniciar o querer continuar estudios, o trasladarse a otras ciudades del país, entre otros; y son estos los que quedan marcados en la memoria de quienes los experimentan. Además, cuando los hitos coinciden con situaciones de alto riesgo para las mujeres (como un embarazo), son indicadores de la peligrosidad de la relación y la posibilidad de que esta se extienda en el tiempo. En los relatos de las mujeres entrevistadas, como el de Sonia, los primeros episodios de violencia surgieron espontáneamente en el relato y en los recuerdos se mezclan tanto la sorpresa que esos hechos produjeron como la ausencia de reacción por su parte para detenerlos y/o terminar la vida en pareja:

[Sonia] Bueno, al principio uno todo lo encuentra bonito, cuando se enteró de mi problema [que había sido violada cuando joven] me dijo que no me preocupara, que no iba a obligarme a nada, (...) en cambio después me trató de lo peor”.

La sorpresa era usualmente fruto del aparente cambio en los comportamientos de la pareja, quien luego de haberse mostrado atento, cariñoso y/o preocupado por la mujer, era capaz de cometer actos que la lesionaban tanto física como psicológicamente. Según Grunfeld, Larsson, Mackay y Hotch, el acta de matrimonio se convertía en una licencia para maltratar,² una idea que podemos tomar prestada para expresar las reglas de convivencia no escritas que se encontraron una vez casadas: obedecer, aguantar, esperar, no tomar decisiones, aceptar, estar disponible

² GRUNFELD, Anton; LARSSON, Diane; MACKAY, Kathleen y HOTCH, Débora: “Domestic Violence Against Elderly Women” [en línea], en *Canadian Family Physician*, vol. 42, 1996. Disponible en «<http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC2146823/pdf/canfamphys00078-0055.pdf>» [Consultado 19 julio 2011], p. 1489.

sexualmente, y un largo etcétera que se manifestaba en cada relación. A medida que iba pasando el tiempo, cada vez que alguna mujer no actuaba de acuerdo a estos códigos patriarcales, tácitos y unidireccionales, la respuesta violenta que recibían a cambio nos indica el derecho que la pareja masculina consideraba tener para encausar el comportamiento de acuerdo a su criterio. Esto porque, como nos indica Miguel Lorente, bajo la construcción de los géneros masculino y femenino, se han establecido culturalmente una serie de preceptos que han dado derechos y privilegios a los hombres, tanto dentro como fuera de una relación de pareja, los cuales han permitido legitimar históricamente el poder que estos detentan para dominar a las mujeres, promoviendo, además, una dependencia económica hacia ellos. La violencia, de esta forma, se transforma en la herramienta que permite el control sobre las mujeres.³ Jessica y Orieta vivieron estas reacciones de parte de sus esposos cuando se enfrentaron a ellos:

[Jessica] “Pero desde que me casé no resultó el matrimonio, porque me casé y mi marido cambió del cielo a la tierra, porque en un principio era bueno, para que [lo] aceptaran...(…) Con la ayuda de una hermana, me compré otro pedazo [de tierra] en otro lado, lo puse a nombre de la hija..., y cuando él se dio cuenta de lo que yo había hecho se puso furia⁴, porque él lo único que quería era obtener la plata”.

[Orieta] “Entonces un día un día le dije que no se metiera más con ella [mi hija], que yo iba a ver lo que hacía con ella, y entonces fue cuando más empezó a molestar él, a molestarme a mí y a ella también... (se aclara la garganta) Pero él siempre, siempre vivió así, molestándome... hasta que después empezó a maltratarme [físicamente], como tres años antes que me viniera, me vine el 2010”.

Dado que esto era un proceso continuo, fue difícil para las mujeres identificar exactamente el primer hecho de violencia por parte de sus parejas, especialmente si hablamos de su

³ LORENTE, Miguel: *Mi marido me pega lo normal. Agresión a la mujer: realidades y mitos*, Barcelona, Ares y Mares Editorial Crítica, 2001, p. 67.

⁴ “Se puso furia” corresponde en España a “Hecho una furia” o “Se puso furioso”.

manifestación verbal (psicológica). Esta dificultad también fue identificada en los estudios con mujeres mayores realizados por el proyecto Daphne, y una de las posibles explicaciones que plantearon al respecto en su informe se relacionaba con el hecho de que “... *las mujeres mayores reconocieron sus experiencias como violencia retrospectivamente –y que algunas pocas mujeres se mantuvieron de alguna forma dubitativas respecto de que si lo que vivieron puede ser considerado violencia o no*”.⁵ La excepción la constituyeron los casos más extremos, en los que ya fuera por el tipo y grado de violencia ejercida, o por el momento en que se experimentó, quedaron más vívidamente grabados en la memoria. Lourdes, por ejemplo, tiene claro el primer momento en que fue agredida:

[Lourdes] “Mira me, la primera vez que me pegó fue... a ver, hace como treinta y tantos, casi cuarenta años atrás, llevábamos cuanto, unos tres años, cuatro años juntos cuando la primera vez que me pegó”.

Además de los hitos, las manifestaciones y el grado de violencia ejercida, otro aspecto que encontramos relevante en las historias es el relativo a los comportamientos o sucesos de la vida de sus parejas que las mujeres consideraron como la causa del inicio o agravamiento de la violencia. En algunos casos estos se relacionaron con el consumo o aumento del consumo de alcohol (ninguna indicó el uso de drogas), otros con situaciones de estrés que ellos experimentaron o la aparición de enfermedades graves, entre otras. Más adelante nos referiremos a cómo estos hechos se relacionan con la normalización de la violencia, pero es importante destacar que la justificación dada por las mujeres en el momento en que empezaron las primeras vivencias al respecto permiten comprender la aparente inacción que se sucedió, pues al poner las causas en hechos externos a los hombres, no los veían como los culpables y por lo tanto era algo que consideraban posible de superar una vez que las situaciones detonantes se arreglaran. Así lo manifestó Nancy:

[Nancy] “Y resulta que cuando me casé al mes me di cuenta que el hombre tomaba, que el hombre era fiestero y me empezó a maltratar”.

⁵ NÄGELE, Barbara; BÖHM, Urte; GÖRGEN, Thomas y TÓTH, Olga: *Intimate partner violence against older women – Summary Report*. Göttingen, Daphne, 2010, p. 58.

Un hecho importante a tener en cuenta es que no solo los factores personales, sociales y culturales que hemos visto en la primera parte de este estudio, así como los que abordaremos de aquí en adelante (los factores de riesgo, las barreras para buscar ayuda, etc.), juegan un papel relevante al momento de continuar en una relación de pareja en la que se viva violencia, sino que también interviene un proceso que suele presentarse en la mayor parte de los casos: el ciclo de la violencia.

Formulado a finales de la década de 1970 por Leonore Walker, sus postulados plantean que existen tres fases distintas y diferenciadas asociadas a un ciclo de violencia recurrente. En la primera fase observamos que la tensión crece en una relación de pareja, la cual va acompañada por un aumento en la sensación de peligro; la segunda se refiere al momento en que efectivamente se produce un hecho de violencia hacia la mujer (inicialmente estudiado solo a nivel de violencia física); y la tercera, llamada “luna de miel”, es una etapa en que usualmente el hombre que ejerce el maltrato pide perdón y realiza una serie de acciones para resarcirse.⁶

Muchas de las acciones que las mujeres relataron haber emprendido para evitar los incidentes de violencia se enmarcan en la primera fase, coincidiendo con lo expuesto por Walker respecto de que se busca aplacar a quien agrede haciendo lo que se cree que le puede agradar, calmar o al menos no agravar la tensión. Usualmente esto solo surte efecto durante cortos periodos de tiempo, pero lo suficiente para que puedan pensar que son capaces de controlar a la pareja.⁷ Así, dejar solo (“tranquilo”) al hombre, hacer comidas que le gusten, no contradecirlo, reaccionar rápidamente a sus requerimientos son, entre otras, algunas de las formas que hemos hallado en las historias recogidas, como la de Elena:

[Elena] “Y él no quería saber nada de mi ya po', si eran puras peleas no más, todos los días”.

⁶ WALKER, Leonore: *Battered woman syndrome* (3ª ed), New York, Springer Publishing Company, 2009, p. 91.

⁷ *Ibidem*.

En lo que respecta a los episodios de violencia, que vuelven a ocurrir a pesar de todas las acciones antes descritas, estos tienen diferentes niveles de intensidad y se manifiestan de distinta manera (según veremos a continuación). Esta etapa no solo es importante en cuanto que se produce la resolución violenta de la tensión acumulada, sino que usualmente es el detonante para la búsqueda de ayuda, la denuncia o el alejamiento de la pareja. En los casos analizados, el que esta búsqueda se iniciara en este momento dependió de la gravedad y, en algunos casos, del riesgo que las mujeres percibieron para sus vidas o las de sus seres queridos (generalmente hijos/as). Lourdes, por ejemplo, lo denunció luego de una agresión física grave:

[Lourdes] “Y de ahí, bueno, estuve separada cuatro meses, se lo llevó mi hija, mi hija todavía no me habla porque yo había llamado carabineros a su papá⁸ (llora). Después de cuatro meses él empezó a llamar «No, que quiero irme pa' la casa, que me voy a portar bien», que todo el cuento”.

Finalmente, luego de las agresiones, las mujeres relataron cómo algunos hombres actuaron con remordimiento, diciendo que había sido algo que no volvería a ocurrir y prometiendo cambiar, para luego pasar a realizar acciones demostrativas de cariño llevando regalos, invitando a un paseo o cena, realizando reparaciones largamente olvidadas en el hogar (las entrevistadas lo consideran una demostración de cariño), etc. Esto coincide con lo que se ha llamado la “luna de miel” o la tercera fase en el ciclo de la violencia, la cual dificulta la toma de decisiones y cuestiona a las mujeres respecto de sus sentimientos, reforzando el mantener la relación de pareja. Usualmente “... *las mujeres desean creer en los hombres y, al menos en los primeros años de relación, es posible que renueven su esperanza en la posibilidad de cambio prometido*”.⁹ Y, efectivamente, así puede verse en los casos estudiados:

[Inés] “«Ya, si voy a cambiar...» le decía a ella [mi hija], a mí también me decía, pero al final nunca... o sea, nunca hacía lo que él decía... siempre hacía lo que la situación en ese momento ameritaba, que si bueno, «así soy y así no más»... pero, pero yo al

⁸ “Había llamado carabineros a su papá” quiere decir que había llamado a la policía para que detuvieran al padre.

⁹ *Ibidem*, pp. 94-95.

final me fui conformando”.

Si bien este ciclo ha sido investigado y propuesto desde la psicología, no solo actúan en él las características de la personalidad y los estados emocionales de las mujeres (y hombres), sino que hay otros elementos que intervienen fruto de la socialización diferencial del género y las creencias, valores, ideologías, etc., transmitidas en cualquiera de los sistemas del modelo ecológico, como por ejemplo las ideas religiosas respecto del perdón, las imágenes sobre lo que debe ser una buena mujer (sumisa, paciente, entregada), los mitos sobre el amor romántico (el amor es más fuerte), la importancia de la familia, entre otras.

3.1.2. “Él era el hombre y mandaba”. Manifestaciones de la violencia experimentada

La violencia que hemos venido analizando, y que en el caso de las mujeres mayores ha sido de larga duración, es una sola. Es decir, que es un comportamiento reiterado que tiene como eje principal el que es ejercido por hombres en una relación de pareja, con el fin de controlar a las mujeres y por el solo hecho de considerar que tienen el poder para hacerlo. Sin embargo, con el objetivo de evidenciar más claramente las diferentes manifestaciones que la violencia ha tenido en las vidas de estas mujeres, hemos recurrido a las denominaciones más comunes utilizadas para ello: violencia física, psicológica, sexual y económica.

Al igual que en otras investigaciones, en las historias recopiladas nos encontramos con que estas manifestaciones suelen darse de forma combinada, pero la que se repite en mayor medida, tanto sola como junto a otras, es la psicológica. Esta, que podría parecer más llevadera que la física o sexual, con la repetición de hechos en el tiempo puede llegar a causar graves trastornos en la salud física y psicológica de quienes la viven. Por ejemplo, en el estudio llevado a cabo por Dunlop, Beaulaurier, Seff, Newman, *et al.* realizado en el año 2005, recogieron que “... tanto las participantes víctimas como las no-víctimas estuvieron de acuerdo en su mayoría de que no existe una clara demarcación entre la violencia física y las formas psicológicas, emocionales o verbales de abuso. Más allá, quienes respondieron tendieron a insistir que el componente emocional era, si acaso, peor que el físico”.¹⁰ De esta forma, las malas palabras, los gestos amenazadores, las descalificaciones, etc., podían calar mucho más profundamente y por más tiempo en las mentes de las mujeres.

¹⁰ DUNLOP, Burton; BEAULAUER, Richard; SEFF, Laura, NEWMAN, Fred; MALIK, Neena y FUSTER, Melissa: *Domestic Violence against older women: final technical report* [en línea], Florida, The Center of Aging of Florida International University, 2005. Disponible en «<http://www.ncjrs.gov/pdffiles1/nij/grants/212349.pdf>» [Consultada 28 abril 2009], p. 8.

3.1.2.1. Violencia psicológica

[Orieta] “Entonces siempre me decía «Que estay' gorda, hace un tratamiento para bajar de peso, que estay tan guatona¹¹» (...) Entonces él empezó a, la siquis empezó a molestarme, que yo no era nada, que no había terminado mis estudios, que yo era poca cosa y así siempre (...) terminé mi cuarto medio porque él siempre me, me decía que no tenía estudios, que no tenía nada, que era «pobre y triste», cosas así...”.

Esta manifestación fue la más recurrente en las historias de las entrevistadas, al mismo tiempo que se presentó en la totalidad de los casos analizados. Los actos que constituyeron violencia psicológica fueron variados en su forma, pero consistentes con los objetivos que tiene la utilización de esta: controlar, aislar, humillar y avergonzar a las mujeres de forma que establece y mantiene la dominación de su pareja, así como crear un estado de temor permanente que impida el saber cuándo dejarán de ser palabras o gestos los que agredan y la violencia pase a ser física, potencialmente mortal.¹²

La gama de actuaciones que recogimos de los testimonios es amplia, partiendo por las aparentemente sutiles e inofensivas como ignorar cuando la mujer quería exponer sus opiniones, necesidades o deseos; pasando por la humillación y burla, para lo cual los hombres que ejercieron la violencia se aprovecharon de las historias y experiencias de las mujeres, sacando a colación sus estudios (la falta de estos), situación socioeconómica en la infancia y juventud, problemas de salud, temores, entre otros; llegando a episodios en los que los insultos y amenazas se multiplicaban. Es el caso de Elena, que debía atender a su pareja por las exigencias que este hacía:

[Elena] “Entonces yo llegaba en la noche y me metía un rato en la cama y me decía «¡Levántate, me tenís' que hacer comida!», le daban comida los cabros, pero lo hacía

¹¹ Guatona es un término generalmente despectivo usado para indicar que una persona está gorda y/o tiene mucha barriga.

¹² HIRIGOYEN, Marie France: *Mujeres Maltratadas. Mecanismos de la violencia en la pareja*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2006, p. 36; Naciones Unidas: *Poner fin a la violencia contra la mujer. De las palabras a los hechos*, Nueva York, Naciones Unidas, 2006, p. 43;

para que yo me levantara de la cama, ni siquiera se tomaba el té, ni siquiera se lo tomaba, era puro por, era pura crueldad (...), y ahí me tenía que levantar mientras que él se quedaba acostado, aunque en la noche me hubiera quedado hasta tarde, porque él era el hombre, él era el hombre y mandaba y tenía que hacer las cosas... ah... si así siguió mi vida, siguió y siguió”.

A pesar de que usualmente esta manifestación es difícil de ser visualizada, ya que no deja marcas externas, los rastros e impactos que provoca a nivel emocional y psicológico pueden llegar a ser más dilatados en el tiempo por la destrucción de la personalidad de las afectadas.¹³ Esto es notorio en el caso de las mujeres que entrevistamos, quienes eran capaces de recordar claramente y relatar con detalle algunos de los momentos en que la vivieron a pesar de los años que las separaban de esos episodios, así como los sentimientos experimentaron a posteriori. Una de las manifestaciones más graves y que generó mayor temor es la referida a la amenaza de muerte, la que se produjo contra dos de las mujeres entrevistadas y en ambos casos cuando ellas ya eran mayores.

Una vez que las mujeres alcanzaron la vejez, la edad se transformó en una nueva arma para agredir. A los estereotipos sexistas que recurrían las parejas para humillar o burlarse (referidos, por ejemplo, a la belleza o a las habilidades “femeninas”) ahora sumaban los edadistas, creando insultos que estaban constituidos por atributos que eran imposibles de cambiar por las mujeres (el sexo y la edad). Es más, puesto que a medida que se envejeciera estos estereotipos negativos se iban a exacerbar, las mujeres se encontraban ante un panorama en el cual a los temores que tenían ante los cambios que experimentaban debían sumar los efectos de este tipo de violencia. Así, por ejemplo, la menopausia y la consiguiente imposibilidad de tener hijos/as era usada como argumento para indicar que supuestamente la mujer había perdido aquello para lo que “estaba hecha”, o que enfermedades propias de la edad la hacían inservible para los supuestos deberes femeninos (tareas

¹³ RICO, María Nieves: *Serie Mujer y Desarrollo, núm. 10: Violencia doméstica contra la mujer en América Latina y el Caribe: propuestas para la discusión*, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 1992, p. 15.

domésticas y de cuidado). Así lo menciona Eva:

[Eva] “«Estai' vieja... vieja y fea... nadie te va a querer», me decía...”.

Finalmente, en la vejez también encontramos que los hombres utilizaban el control económico y de recursos para humillar. Esto especialmente en aquellos casos en que las mujeres no trabajaban o no tenían ingresos por otros conceptos (por ejemplo, jubilaciones), ya fuera porque en el pasado les impidieron tener empleos o trabajos desde casa, o porque ellas tomaron la decisión para realizar las tareas domésticas y de cuidado en la familia. De esta forma, como en el caso de Vanesa, ellos se consideraban los únicos dueños de los medios económicos del hogar y no permitían una independencia de las mujeres:

[Vanesa] “Porque no puede ser que un hombre te humille tanto porque no tienes casa, porque te da comida... El año pasado, mi'ja, estuvimos todo el año sin hablar, nosotros no nos hablamos, (...) «No», le dije [a la jueza], «yo recibo, yo recibo maltrato sicológico: que yo no soy nadie, que vos te morís' de hambre sin mí, es que todo lo que hay aquí es mío, y que no hay na pa' vos, tal por cual». ¿Entonces qué es eso?...”.

3.1.2.2. Violencia física

[Amelia] Era muy aprensivo, si yo... si salía a trabajar y yo me demoraba cinco minutos en llegar a la casa y él me esperaba con un tremendo escándalo y golpes y que «me demoré»... y era así, siempre fue así”.

En segundo lugar encontramos la violencia física, presente en 8 de los 21 relatos analizados, y en 6 de ellos este tipo de agresiones se extendieron hasta la vejez. Usada generalmente cuando el hombre no ha logrado un control total de su pareja por medio de la violencia psicológica, es la que

consigue un reconocimiento más directo a causa de las marcas y lesiones que provoca,¹⁴ siendo usualmente el detonante para las denuncias e intentos de búsqueda de ayuda.

Los episodios de este tipo de violencia incluyeron acciones como lanzar objetos; dar empujones, golpes y pateaduras; agarrar firmemente a la mujer y cachetadas, entre otros. Siempre el uso de la fuerza fue intencional por parte de quien agredió y en la mayor parte de las ocasiones se mezclaba con el uso de la violencia psicológica. Además, una vez que las parejas comenzaron a utilizarla, recurrieron a ella nuevamente en el tiempo, aunque en los casos en que se utilizó la amenaza de muerte, ésta aparentemente reemplazaba la utilización de la fuerza, consiguiendo de igual manera infundir temor y causar daño en las mujeres (lo que no quitó que fuera utilizada la fuerza en alguna ocasión). Jessica, por ejemplo, vivió agresiones tanto dentro como fuera del hogar:

[Jessica] “Claro, si me pegaba tanto que ellos [vecinos] me recogían, si él me pateaba y me pateaba, estuve enferma, hinchá', no podía caminar sin dolor, imagínese, si me pateaba el hombre...”.

Puesto que estas manifestaciones son más notorias por su sintomatología y las marcas o lesiones que provoca, es la que más fácilmente se reconoce en la sociedad (obviamente si los hechos han sido en público esto es aún más claro) y provoca un mayor rechazo dadas sus características.¹⁵ Esto se evidenció en algunas de las historias analizadas, donde las mujeres recibieron ayuda de familiares, amistades, vecinos/as o desconocidos, y obtuvieron mejores resultados en denuncias y/o juicios, especialmente a partir de los años noventa del siglo pasado, luego del inicio de las campañas de sensibilización y la creación de las leyes sobre la materia.

Un elemento importante que entregan estos casos es que, como vimos en la introducción, usualmente no se visualiza que la violencia física también es ejercida sobre mujeres mayores por parte de sus parejas. La visión común de que las personas cuidadoras –dentro del hogar o en

¹⁴ HIRIGOYEN, *op. cit.*, p. 37.

¹⁵ RICO, *op. cit.*, p. 15.

instituciones– o familiares (usualmente hijas) son quienes cometen estos actos, oscurece esta realidad (en parte porque se asume erróneamente que por vivir más años, las mujeres mayores son viudas), así como el pensamiento generalizado de que son mujeres frágiles, discapacitadas o enfermas física o síquicamente, sin capacidad de reaccionar ante la violencia; o, finalmente, que los hombres ya no tienen la fuerza para ejercer la violencia.

3.1.2.3. Violencia sexual

[Sonia] “Y... yo sufrí maltrato de mi marido, porque él me pegaba, me obligaba a tener relaciones...”.

Una de las manifestaciones más difíciles de abordar por el carácter privado e íntimo del tema es la sexual, y al mismo tiempo es la menos mencionada y registrada por las mujeres.¹⁶ En el presente estudio, además, se debe considerar que con el fin de no realizar nuevas victimizaciones, no se les preguntó a las entrevistadas directamente por la violencia que experimentaban o habían experimentado, solamente se analizó lo que ellas fueron contando a partir de preguntas amplias. Aun así, tres de las mujeres relataron haber vivido violencia sexual.

Igual que el conjunto de la violencia, este tipo busca principalmente la dominación. El abuso sexual, la violación, la obligación a realizar prácticas que contravienen los valores de las mujeres, forzar a sus parejas a la prostitución o a tener relaciones no consentidas con otros hombres, entre otras, no buscan satisfacer un deseo particular de los hombres que ejercen estos actos, sino que son una forma de dejar en claro que son los dueños del cuerpo de sus parejas.¹⁷ En uno de los casos, por ejemplo, el marido no solo forzaba a tener relaciones sexuales contra los deseos de la entrevistada, sino que además la expuso a enfermedades de transmisión sexual por la continua práctica de ir él a

¹⁶ *Ibidem.*

¹⁷ HIRIGOYEN, *op. cit.*, p. 41.

prostíbulos y luego no utilizar protección con ella, decidiendo dónde y cuándo tendrían relaciones sexuales.

En dos de los relatos, la violencia sexual de parte de la pareja se sumó a experiencias de abusos sexuales en la infancia y/o adolescencia por parte de conocidos de las mujeres. Según lo expresado, las mujeres sintieron esto de forma muy intensa, con importantes efectos en su salud mental y física, por cuanto en los inicios de la relación, antes de que comenzaran a vivir violencia, ellas habían confiado a sus parejas lo sucedido y habían esperado respeto y apoyo de su parte, pero en cambio habían vuelto a vivir la impotencia de no poder negarse a tener relaciones o vivir agresiones vejatorias.

A pesar de que ninguna de las mujeres manifestó que la violencia sexual había continuado hasta la vejez, los efectos de esta se reconocen, entre otras cosas, en el sentimiento que manifestaron de no desear nuevas relaciones con hombres, especialmente involucrando las prácticas sexuales. El haber accedido a las demandas de las parejas sin desearlo –incluyendo actos que no les parecían adecuados según sus valores o normas–, ya fuera por temor, por el uso de la violencia o por un sentido de que es lo que le correspondía a una mujer (especialmente si se consideraba enamorada de la pareja), provocó en ellas el rechazo que, además, coincide con una etapa en la que usualmente se comparten en la sociedad estereotipos sobre la sexualidad de las mujeres mayores que indican una falta de deseo y el fin de las prácticas sexuales, como vemos en lo manifestado por Orieta:¹⁸

[Orieta] “El ahí me tomaba, él quería sexo, sexo, sexo y sexo, entonces por eso le digo yo que yo no quiero saber de ningún hombre, no quiero saber nada porque quedé hasta aquí (señala cabeza), sabe que me pedía cosas raras y yo, como en ese momento como que lo empecé a querer más, cuando me fui a la playa, porque yo no

¹⁸ GARCÍA, José Luis: *Informes Portal Mayores núm. 41: La sexualidad y la afectividad en la vejez* [en línea], Madrid, Portal Mayores, 2005. Disponible en «<http://www.imsersomayores.csic.es/documentos/documentos/garcia-sexualidad-01.pdf>» [Fecha Publicación 31/08/2005] [Consultado 09 julio 2009], p. 9.

tenía a nadie, le hacía todo lo que él me pedía”.

3.1.2.4. Violencia económica

[Raquel] “Siempre muy preocupado, él me dejaba dinero siempre para comprar lo que hiciera falta... claro que después le gustaba saber todo lo que había comprado, me costaba mucho sacar algo extra..., pero en eso no me quejo, la comida nunca nos faltó”.

Finalmente, ya sea como mecanismos para controlar, presionar o directamente agredir a las mujeres, la violencia económica se ha comenzado a reconocer con manifestaciones propias, tales como no entregar aportes económicos al hogar, expulsar a la mujer e hijos/as del hogar común, manejar todo el dinero del hogar (incluyendo aquellos casos en que la mujer aporta ingresos), usar bienes comunes en su beneficio, etc.¹⁹ De esa forma lo vivía Rosario:

[Rosario] “Por qué, si se suponía que estaba con un mejor puesto, la plata igual nos alcanzaba apenas, si siempre me dejaba lo justo, yo apenas me compraba nada pa' mí”.

Entre las manifestaciones que encontramos en el análisis de las entrevistas podemos mencionar el control sobre los medios económicos del hogar, impedir a la mujer tener un empleo o trabajar por cuenta propia; apropiarse de bienes muebles e inmuebles de propiedad común, de la mujer o de hijos/as; no entregar recursos necesarios para la subsistencia de la mujer y/o los/as hijos/as; o condicionar la entrega de recursos a acciones definidas por el hombre.

En la vejez, la forma más común de violencia económica hallada es la negación a entregar

¹⁹ Servicio Nacional de la Mujer: *Documento de Trabajo núm. 104: Detección y análisis de la prevalencia de la violencia intrafamiliar de la región de Antofagasta*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2003, p. 32.

una pensión de alimentos (incluso una vez decretada por la justicia), recurriendo para ello a diferentes estrategias para no dar a conocer los ingresos y recursos que poseen, y/o, como indicábamos anteriormente, utilizando el manejo de recursos económicos para humillar a la mujer.

XXX

Con historias de violencia al interior de la pareja de larga data, las mujeres entrevistadas relataron situaciones que coinciden con muchos de los resultados de investigaciones que hasta la fecha se han realizado en el país con mujeres más jóvenes respecto de este tema, como los tipos de violencia que vivieron o la presencia de las distintas etapas de ciclo de la violencia. Sin embargo, también presentan algunas características propias, fruto de la cantidad de años en que experimentaron (o continuaban experimentando) el maltrato y a la edad en que se encontraban, como por ejemplo, el uso de la vejez en la violencia psicológica para afectar la autoestima de las mujeres o la negación a recursos económicos en una edad en que las mujeres difícilmente pueden valerse por sí mismas (por falta de empleo y/o jubilaciones) con lo que vamos encontrando las particularidades que presentan estos casos.

3.1.3. “Llamé a mi hija acá en Santiago”. Factores protectores

Uno de los elementos que ha surgido después de años de investigación sobre la violencia contra las mujeres en relaciones de pareja tiene que ver con factores protectores que limitan o, al menos, mitigan la aparición, reiteración y gravedad de esta.²⁰

Puesto que nuestro foco está puesto en las mujeres mayores, utilizaremos para el análisis los factores hallados en el país por el Servicio Nacional de la Mujer en Chile,²¹ pero nos centraremos en aquellos que tienen relevancia en las historias de las mujeres una vez que habían alcanzado la vejez.

3.1.3.1. Red de apoyo e intervención de terceros – Hijos/as mayores de edad

[Elena] “(...), si a veces mi hermana me hacía unos, con pedazos, me hacía pantalones o faldas, la (-----) se preocupaba igual así de mi (...). Ella sabía que las cosas eran malas, ella fue una de las que me decía que debía haberlo pateado²² hace no cuánto tiempo”.

En este punto, el considerar la edad de las entrevistadas es fundamental, pues si bien en un caso el apoyo brindado por una vecina fue relevante para poder enfrentar la violencia (psicológica y especialmente la económica) que la mujer experimentaba en su vida adulta, en el resto de las historias en que se manifestaron el apoyo y la intervención de terceros estas se produjeron durante la etapa de vejez de las mujeres (en algunas ocasiones también un poco antes de que alcanzaran los 60 años) y correspondieron a hijos o hijas que ya eran adultos/as y tenían la posibilidad de actuar en

²⁰ GARCÍA-MORENO, Claudia: *Publicaciones ocasionales núm. 6: Violencia contra la mujer. Género y equidad en la salud*, Washington DC, Organización Panamericana de la Salud – Harvard Center for Population and Development Studies, 2000, p. 23.

²¹ Servicio Nacional de la Mujer, 2003, *op. cit.*, pp. 23 y sgtes.; Servicio Nacional de la Mujer: *Documento de trabajo, núm. 121: Detección y análisis de la violencia intrafamiliar en la Región Metropolitana y la Araucanía*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2009, pp. 5 y sgtes.

²² Haberlo pateado quiere decir haber terminado la relación.

la relación, ya fuera por medio de acoger temporalmente a la madre, escucharla y motivarla a realizar denuncias o buscar otro tipo de ayuda, y/u ofrecer su hogar para que la mujer pudiera trasladarse definitivamente, como le ocurrió a Amelia:

[Amelia] “Ella [mi hija] me dice «mamá, ya no le aguante tonteras a mi papá, porque mi papá le hizo tanto daño, le hizo tanto sufrir, venga a verme», y voy y me siento mejor”.

Puesto que, en general, al aislamiento de las mujeres se sumaba la dificultad para reconocer la violencia en la relación de pareja y las barreras para la búsqueda de ayuda (que veremos más adelante), la preocupación de parte de los hijos e hijas se tornó un elemento crucial de protección, pues habían vivido desde dentro el problema y conocían tanto a quien ejercía la violencia como a quien la recibía. Si bien no todos/as los/as hijos/as reaccionaron de igual forma, dada la diversidad de factores involucrados en sus vivencias de la relación de violencia de sus padres así como sus propias historias de vida, una parte importante de ellos/as fueron capaces de reconocer la necesidad de apoyo de la madre y actuar en consecuencia, como los hijos de Raquel:

[Raquel] “Hasta que crecieron [mis hijos] y ahora ellos son los que me sacan, con ellos ya no tengo miedo de andar por ahí”.

Así, podemos observar que para algunas mujeres el tener hijos/as no solo significó una oportunidad para disfrutar de logros y momentos de felicidad, tal como vimos en la primera parte de este estudio, sino que también significó una protección inesperada ante el grave problema que enfrentaban.

3.1.3.2. Autonomía económica

[Jazmín] “Después lo que hice fue poner, eh, tener un negocito, pegado a la casa, acá

en la población, todos los días lo abría, tenía un poquito de todo, lo que hiciera falta, así que hasta hace poco lo tuve, (...)”.

Otro de los factores identificados tiene relación con la autonomía económica, algo que muy pocas de las entrevistadas tenían, pero que cuando estaba presente implicaba una mayor seguridad para enfrentar una salida de la relación por medio de la separación, aunque eso no significara necesariamente que se optara por ello.

El haber tenido un empleo o haber trabajado por cuenta propia y haber cotizado permitió a algunas mujeres el que en el momento de la vejez pudieran optar por una jubilación,²³ y con ello asegurar ingresos que les permitieron cubrir sus necesidades y/o deseos personales. Inés, por ejemplo, trabajó y se pudo jubilar:

[Inés] “Pero por eso doy gracias a Dios..., por eso me siento satisfecha a pesar de todo las cosas que yo... pero yo siempre tuve ahorros. (...) Yo tengo la [jubilación]... y empecé a juntar, a juntar... y hartó que me ha servido, porque siempre uno... de una u otra manera, a pesar de que la he gastado casi toda, pero la he gastado en mí, porque me he comprado, me compré otras cosas, renové otras cosas... pero es mi plata, es lo que yo junté y que me siento orgullosa de haber tenido y haber sido lo que fui o lo que soy hasta ahora”.

La escasa cantidad de mujeres que eran económicamente autónomas en la vejez no se explica solo por las dificultades que tuvieron para tener empleos o haber pagado cuotas como autónomas previamente a la edad de jubilación, en buena medida debido a la situación de violencia que vivían, sino que también por las propias características del sistema de Seguridad Social que existe en Chile, que a partir de 1980 (año en que se realizó una reforma previsional en la dictadura militar de Pinochet) se transformó en un sistema de capitalización individual. A grandes rasgos, esto

²³ En Chile la edad de jubilación de las mujeres es a partir de los 60 años, no así los hombres, que se jubilan a partir de los 65 años.

significa que cada persona ahorra un porcentaje de su sueldo en una cuenta individual en una institución privada, y cuando se jubila, cada persona puede optar entre diversas alternativas. Una posibilidad, la más común, es que el total ahorrado se divida entre la cantidad de años que se calcula vivirá la persona, por lo que la jubilación suele ser bajísima. Otra opción es recibir una pensión con un monto algo mayor hasta que el dinero ahorrado se agote. En ambas opciones, en el momento en que sus ahorros se terminan, la persona queda sin cobertura en el caso de no poder optar a otros beneficios. Una de nuestras entrevistadas, por ejemplo, si bien tenía una pensión, esta iba decreciendo y se agotaría en el futuro.

Otros factores presentes en los estudios del Servicio Nacional de la Mujer, como la educación o la percepción de acceso a servicios de apoyo no fueron identificados como relevantes en las historias de vida.

3.1.4. “A este hombre no lo gustaban las visitas”. Factores de riesgo

Al igual que en el caso de los factores protectores, los factores de riesgo surgen de las numerosas investigaciones que se han realizado sobre la violencia contra las mujeres, especialmente en la relación de pareja. Estos factores se muestran en correlación positiva con esta violencia por medio de las estadísticas, pero no significa que sean la causa directa de ella.²⁴ Algunos de estos factores son la condición social y económica, historias de violencia en las familias de origen (tanto de las mujeres como de los hombres), el abuso de alcohol y drogas (por parte de uno o ambos), el control masculino sobre los recursos económicos, habitar en ciudades y amenazas de separación por parte de la mujer hacia el hombre, entre otros.²⁵

Para nuestro estudio, los factores que identificamos son aquellos que, aunque puedan haber estado presentes anteriormente, también aparecen como importantes una vez alcanzada la vejez.

3.1.4.1. Violencia, abusos y/o jerarquización patriarcal en la familia de origen

[María] “Ahí sí que mis hermanos se portaban bien, más les valía o un puro grito de mi papá los dejaba calladitos, a él le gustaba comer tranquilo y así tenía que ser... En la semana mi mamá siempre nos mandaba a acostar antes que llegara el papá, así no lo molestábamos... ¡y pobre del que se le ocurriera salir de la pieza!...”.

Las vivencias negativas en las familias de origen de las mujeres y sus parejas se muestran como uno de los factores más reiterados en las historias de las entrevistadas. Este factor se compone de varias situaciones que dejaron huella importante en los/as involucrados/as, usualmente

²⁴ Naciones Unidas: *Poner fin a la violencia contra la mujer. De las palabras a los hechos*, Nueva York, Naciones Unidas, 2006, p. 38.

²⁵ *Ibidem*; OSBORNE, Raquel: *Apuntes sobre violencia de género*, Barcelona, Bellaterra, 2009, p. 86.

normalizando el uso de la violencia (especialmente hacia las mujeres, pero también hacia menores) y socializando normas, valores, ideas, etc., que se refieren a la jerarquización patriarcal al interior de las familias y la posición de las mujeres en el mundo en general. La presencia de este coincide con lo hallado en otros estudios realizados con mujeres mayores en Europa y Estados Unidos,²⁶ en los cuales la violencia ejercida por diferentes miembros de la familia hacia ellas y/o sus madres, y la crianza tradicional en roles de género quedaban fuertemente impresas en la memoria de las participantes. En la historia de Nancy, ella presencié la violencia de su padrastro a su madre:

[Nancy] “Después mi mamá se casó cuando yo tenía siete años más o menos y se casó con un hombre... que en aquel tiempo ellos eran jóvenes, yo a esa edad ya me daba cuenta de todo y él era un hombre maltratador, maltratador porque yo recuerdo... eh, que con mi mamá salíamos arrancando cuando él llegaba cura'o...”.

Las situaciones que están consideradas como factores de riesgo son mencionadas por las entrevistadas en algunas ocasiones como la causa (o al menos una de las causas) de la violencia, y en otras sirven para justificarla, en especial cuando hacen alusión a las vivencias de los hombres en sus familias de origen. Dado el dolor que la violencia causa en las mujeres, el recurrir a explicaciones que ponen la responsabilidad en personas o hechos externos a la relación de pareja les permite lidiar con este, pero al mismo tiempo dificulta el reconocimiento del problema y la posibilidad de búsqueda de ayuda. Cándida, por ejemplo, recordaba lo que su pareja había vivido de niño:

[Cándida] “Yo no quería eso para mi hijo, que repitiera lo del padre, porque su papá vivió en una familia en la que habían (sic) muchos problemas, su papá era el papá proveedor, pero que en la semana trago, los fines de semana trago, siempre trago. También fue golpeado, muy golpeado”.

Por otra parte, estas situaciones también eran una fuente de preocupación para algunas

²⁶ NÄGELE, BÖHM, GÖRGEN *et al.*, *op. cit.*, pp. 62-63; GRUNFELD, LARSSON, MACKAY *et al.*, *op. cit.*, p. 1489.

entrevistadas por cuanto lograban visualizar, aunque fuera en parte, la repetición de conductas violentas de parte de los hombres y de sumisión de parte de las mujeres en las diferentes generaciones y no deseaban que esto se repitiera en sus hijos o hijas. Aun así, consideraban que tenían escaso poder de actuación frente a ello e incluso se tomaban con una actitud fatalista, de que eran algo inevitable y normal.

El que estos pensamientos y comportamientos siguieran presentándose en la vejez es lo que hace que sean considerados como factores de riesgo, con el agravante de que las creencias se habían confirmado a lo largo de la vida de las mujeres a modo de profecías autocumplidas y, por lo tanto, consideraban la salida de la relación como algo imposible o muy improbable.

3.1.4.2. Aislamiento y control

[Sonia] “No, nunca, a este hombre no le gustaban las visitas, siempre ponía mala cara y luego me decía que no quería volver a ver a quien fuera que hubiera ido... cada vez fui quedando más sola...”.

Presente en casi la totalidad de los casos estudiados desde muy temprano en la relación de pareja, este factor puede agravarse con el tiempo transcurrido y las mujeres se pueden encontrar en la vejez con escasos contactos por el quiebre del vínculo debido al aislamiento, pero también por la posibilidad de que familiares o amistades hayan fallecido, por lo que si no son capaces de generar nuevas relaciones, la soledad para enfrentar la violencia puede ser mayor.

Por otra parte, luego de muchos años en los que las decisiones fueron tomadas por parte de la pareja, algunas mujeres se mostraban habituadas a ello, con lo que el control se reforzaba y se dificultaba la autonomía para la decisión y la acción. El temor a romper el control del hombre, ya

fuera por las repercusiones violentas que esto podía generar de su parte o por no creer en sus propias capacidades, se fue reforzando continuamente y se transformó en una barrera para la búsqueda de ayuda, como veremos más adelante. En el caso de Ana, a pesar de trabajar, se veía controlada a la hora de realizar actividades sociales:

[Ana] “Era muy complicado, las compañeras nos invitaban a sus casas, pero él nunca quiso que yo lo hiciera, familiares venían... a veces, pero a él no le gustaba eso”.

Si bien en nuestro estudio no se dio el caso, el aislamiento y control del hombre que ejerce violencia obviamente puede significar un mayor peligro si la mujer, además de la vejez, presenta alguna discapacidad física o síquica que le impida pedir ayuda o denunciar los hechos.

3.1.4.3. Abuso de alcohol, drogas o fármacos

[Nancy] “Entonces como, por otro lado el hombre no, o sea, es generoso, el tipo es generoso, entonces se hizo de un millón de amigos, y ahí empezaron los problemas porque él empezó a tomar todos los días, desde entonces nunca ha parado: toma, va a tomar, va a tomar, va a tomar...”.

Si bien este factor de riesgo puede estar presente tanto en mujeres como en hombres, en nuestro estudio solo fueron mencionados comportamientos de abuso de alcohol por parte de los hombres, aunque algunas mujeres reconocieron el uso de medicamentos para la ansiedad o depresión, pero no el abuso de estos.

En los casos en que el abuso de alcohol apareció en los relatos, usualmente este se inició en los primeros años de relación, aunque en ocasiones esto ya ocurría desde antes de la convivencia de la pareja, pero el hombre lo había disimulado (aunque es posible que alguna mujer no haya querido

verlo, lo que no podemos discernir en base a los relatos). Además, esta situación fue utilizada comúnmente por las mujeres como justificación o explicación de la violencia ejercida por los hombres.

Puesto que el abuso de alcohol por parte de algunos hombres continuó en el tiempo hasta que tanto ellos como sus parejas entraron en la vejez, el riesgo se mantuvo, por cuanto el consumo actúa como un desinhibidor de los comportamientos y puede aumentar la frecuencia, duración o gravedad de los episodios de violencia hacia la pareja. Como ejemplos de ello, varias entrevistadas manifestaron haber percibido cambios en el estado físico y emocional de sus parejas cuando bebían, exacerbando los estados alterados y las agresiones hacia ellas.

3.1.4.4. Amenazas de muerte

[Lourdes] “«Te voy a matar, por las de tu madre», así me decía, «Te voy a matar», a media noche se levantaba y se ponía aquí en la mesa y no sé, casualidad había un cuchillo y empezó así con el cuchillo en la mesa (muestra como amenaza con cuchillo en el cuello), «¿Te vas a acostar?» parando la oreja²⁷ por si pasaba algo, golpeando la mesa se ponía”.

En dos de los relatos se presentaron amenazas de muerte hacia las mujeres, las cuales se llevaron a cabo durante la última parte de la vida adulta y una vez que ya eran mayores. Estas amenazas son en sí mismas una forma de violencia, por lo que el riesgo que generan es variado, como estados físicos y emocionales deteriorados, temor que dificulta la toma de decisiones y la capacidad de reacción, hasta llegar a poner en peligro la propia vida de las mujeres. A pesar de esto, no todas las que experimentaron amenazas de muerte eran conscientes de los riesgos que vivían, y a

²⁷ “Parando la oreja” quiere decir escuchar atentamente.

pesar de buscar algunos apoyos, no todas denunciaron estos hechos.

XXX

De los factores protectores que se han encontrado en los estudios y documentos que se han publicado sobre la violencia contra mujeres en relaciones de pareja (especialmente en Chile), solo dos de estos han sido identificados como relevantes en nuestra investigación (la red de apoyo e intervención de terceros, y la autonomía económica), y uno de ellos lo presentaron muy pocas de las entrevistadas. Además, por el contrario, sí detectamos la presencia de varios factores de riesgo a lo largo de las vidas de las mujeres, y en especial en la etapa de vejez, todo lo cual creemos que jugó un papel importante en las dificultades que ellas presentaron para evitar, minimizar y/o terminar con la violencia que experimentaban.

Por otra parte, vemos que tanto la edad como la gran cantidad de años en los que estos factores se fueron entrecruzando, jugaron un papel importante en el desarrollo de las historias de violencia, siendo la presencia de hijas e hijos mayores un elemento fundamental en el quiebre de la constante que se venía presentando. La diferencia entre las experiencias de las mujeres y de las/os hijas/os, tanto a nivel individual como social, pueden ser una de las explicaciones de esta situación, lo que nos lleva a considerar otro aspecto importante, la normalización de la violencia, la cual veremos a continuación.

3.1.5. “Bueno, no soy la única”. Normalización de la violencia

[Elena] “Porque yo llegaba, yo trabajaba de noche y llegaba en la mañana, pero él estaba sin hacer na' po'... La ociosidad es la madre de todos los vicios, que no hacía nada”.

“Quien te quiere, te aporrea” o “La ropa sucia se lava en casa” son dos dichos que todavía forman parte de la vida cotidiana de las personas en Chile, y son al mismo tiempo dos indicadores del grado de normalización que ha tenido y sigue teniendo la violencia hacia las mujeres, pues la primera reproduce la creencia de que esta es un acto que se comete en una relación de amor y que por ello se justifica cualquier tipo de maltrato (es una demostración del amor) y en la otra se mantiene vigente la necesidad del secretismo, de la vergüenza que significa dar a conocer hechos negativos como la violencia hacia personas ajenas al núcleo familiar. Estos y otros refranes, que conviven con las campañas masivas contra la violencia hacia las mujeres iniciadas a principios de la década de 1990 en Chile y con el trabajo que se realiza a nivel institucional y organizacional, dan muestra de las dificultades para modificar y erradicar pensamientos y costumbres fuertemente arraigadas en la cultura chilena. Si, además, hablamos de personas mayores, esta tarea se torna aún más difícil, pues no solo han sido socializadas bajo estas creencias, si no que sus experiencias a lo largo de la vida les fueron reforzando estos mensajes. Para Rosario, por ejemplo, lo importante era que él era su marido:

[Rosario] “No [le conté a mi hermana], es que no me parecía lo correcto, si él era mi mari'o po' señorita, y yo escuchaba que a todas les pasaba lo mismo, si a mí ni me tocaba, yo sabía que a otras les pegaban ¿cómo me iba a quejar yo?”.

Siguiendo lo expresado por Soledad Larraín, esta situación se contradice con un fenómeno que actualmente se está produciendo cada vez más en el país, como es la sensibilización y el temor frente a la violencia individual. Esto se refleja en viviendas más protegidas, con cercos y murallas

para dificultar que la violencia ingrese a los hogares, lo que se enfrenta al hecho de que es más probable para una mujer el ser agredida en el interior del hogar por una pareja que en la calle por un extraño. La investigadora considera que el porqué de esta situación se debe a la repetición de ciertas conductas de generación en generación, lo que ha llevado a perpetuarlas y normalizarlas, al punto de que no son consideradas problemáticas por la población.²⁸

Esta normalización se nutre de una diversidad de factores, uno de los cuales, y que tiene gran influencia, es el relativo al conocimiento de experiencias cercanas de violencia contra mujeres en relaciones de pareja, especialmente si estas no se enfrentaron y solucionaron en su momento. Así, por ejemplo, quienes durante su infancia presenciaron actos de violencia pueden haber llegado a interiorizarlos como normales, pues se encontraban en un periodo en el cual los aprendizajes estaban fuertemente influenciados por los modelos cercanos, en especial al interior de la familia. Es el caso de Amalia, quien recuerda que su madre perdió dos hijos durante el embarazo por el maltrato:

[Amelia] “[Mis hermanos] yo tengo un hombre y una mujer mayor, y otra hermana mayor que yo. Después vienen los menores. Pero había dos más que se perdieron, que mi mamá los perdió en el embarazo por lo mismo, por los golpes de mi papá...”.

Luego, a medida que las mujeres iban creciendo, el contacto con sus grupos de pares femeninos podía reforzar estos aprendizajes. A pesar de la vergüenza que muchas enfrentaban para dar a conocer su situación, a veces una amiga o compañera, alejada del núcleo familiar, podía servir de apoyo, compartiendo los sentimientos generados al respecto. Quienes escuchaban las historias podían, entonces, reforzar la idea de que la violencia hacia mujeres en una relación de pareja era algo que le podía pasar a cualquiera, que era “normal”; y que, incluso, en otros casos era mucho peor, por lo que más valía quedarse tranquilas con lo “menos malo”. Así lo manifestaban Inés y Nancy:

²⁸ LARRAÍN, Soledad: “Violencia de género: un debate pendiente”, en S. Montecino (comp.), *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia*, Santiago de Chile, Catalonia, 2009, p. 569.

[Inés] “No. A ver, en mi trabajo sí un poco, con mis compañeras, porque no era yo la única... Cuando yo me di cuenta que a todas mis compañeras, ¡todas!, sin excepción tenían un problema. Entonces eso fue lo otro, que yo empecé como a conformarme porque yo decía «bueno, no soy la única, mi problema...», porque a mis compañeras los maridos a veces les pegaban. (...) Pero como le digo mis compañeras, todas tenían un problema. Había una que era muy bonita y que el marido le pegaba porque... eh, claro, porque ella era muy bonita, tenía pechugas, tenía bonito cuerpo y bonita de cara, parecía una muñeca y el marido siempre le pegaba... Eh, otra compañera también el marido era celoso, también tenía problemas”.

[Nancy] “Sí, que ojalá otras mujeres puedan saber que existen estos lugares porque yo sé que hay otros maridos peores. Yo veía, yo escuchaba que a mi vecina le pegaban, que a otra la dejaban afuera de la casa, dormía ahí con frío y yo veía que tenía todo [lo necesario en mi casa], entonces pensaba que era normal, que a otras les tocaba peor, entonces yo no pensaba que lo que me pasaba era violencia, hasta que muy tarde supe lo que realmente pasaba, por eso es importante que se sepa y que se sigan haciendo cosas”.

Esta última entrevistada nos entrega, además, otro elemento importante en la normalización: la ausencia en la época que analizamos de una problematización de la violencia contra las mujeres en sus relaciones de pareja, de su cuestionamiento a través de los medios de comunicación, de una sensibilización y entrega de información de derechos. Muy por el contrario, esta era escasamente representada en los medios, y cuando lo hacía, era con los hechos más extremos (usualmente feminicidios), ubicándolos en las páginas policiales con un enfoque que privilegiaba el morbo y el sensacionalismo:

“VALPARAÍSO.- Debido a múltiples heridas propinadas con arma blanca y a un traumatismo encéfalo-craneano, dejó de existir Patricia Drolett Cordero, de 20 años,

con domicilio en 18 de septiembre 249, en Recreo Alto. La muerte de la muchacha se produjo en el domicilio de su novio, en Av. Alemania 4843, donde al parecer la joven tuvo una violenta disputa con su amado, quien habría procedido a ultimarla. La policía de Investigaciones no ha dado a conocer el nombre del novio para no entorpecer las diligencias. La denuncia oficial fue presentada en Investigaciones por la doliente madre de la extinta. De acuerdo a una versión policial, el descontrolado joven, después de haber golpeado brutalmente a la muchacha en el segundo piso de su casa, bajó a avisarle a su madre que Patricia estaba herida, por lo que iba a la Asistencia Pública. Empero el joven no volvió más. Familiares bajaron a la muchacha herida a la planta baja de la casa, lugar donde dejó de existir”.²⁹

Esta noticia, por ejemplo, es una clara muestra del pensamiento de la época al respecto: la muerte de la joven se debe a una disputa, no a un hecho de violencia basada en el género; el agresor es denominado como “el amado”, término que se utiliza para ligar el hecho a crímenes pasionales; además, a pesar de detallar los hechos (morbo), se deja entrever que se debe al “descontrol” del joven, recurriendo a los mitos que existen sobre la violencia de pareja para indicar que una persona “normal” no actuaría de esa manera.

Respecto de la existencia de ciertos mitos relacionados con la violencia de pareja que hemos mencionado, estos han servido para naturalizar la normalidad de esta problemática y usualmente parecen no dejar cabida a dudas, pues algunos aparentan tener bases fundadas en el saber científico (como en lo referido al uso de alcohol y drogas). Estos han sido contruídos y tras pasados culturalmente como conocimiento válido de una realidad, y las mujeres mayores los han escuchado y repetido constantemente. Los mitos son compartidos en la vida cotidiana con amistades, personas conocidas o completos extraños, con lo cual su presencia reiterada en las conversaciones da mayor validez a los argumentos. Lorente y Lorente exponen que:

²⁹ Redacción: “Homicidio”, en *El Mercurio*, 3 de septiembre de 1972, p. 33.

“La actitud social ha conducido a una serie de mitos sobre el maltrato a la mujer de forma específica que sirven para justificar bajo argumentos irreflexivos y superficiales el porqué de este problema y, fundamentalmente, para delimitarlo como hechos aislados, particulares y limitados solo a unas familias que dan a conocer su situación”.³⁰

Lo que se intenta con su uso es apartar la mirada, evitar reconocer un problema que supone que personas “normales” sean causantes y víctimas de dolor y muerte, quebrantando la aparente tranquilidad de la familia y el hogar. Por este motivo aparece más “lógico” limitarlo a grupos familiares de bajo nivel socioeconómico o inmigrantes; a cierto tipo de mujeres que provocan, que son masoquistas e irresponsables; a hombres enfermos, alcohólicos, drogadictos o estresados; a circunstancias particulares como crisis en la familia, crisis económicas, cesantía, soledad, etc. Cualquier justificación es válida, salvo la realidad.

El mito más recurrente en nuestras entrevistas es el que relaciona la violencia con el alcohol, siendo este indicado como el responsable de las agresiones. Chile es un país con un alto consumo de alcohol per cápita³¹, y el abuso de esta sustancia, especialmente por parte de los hombres, ha sido un problema que se ha intentado abordar a lo largo de casi la totalidad de la historia chilena. En los años cuarenta del siglo XX, por ejemplo, los gobiernos de la época buscaron frenar su uso por medio de agresivas campañas, y en los planteamientos de los agentes estatales al respecto ya encontramos referencias a su supuesta responsabilidad en la violencia: “... *los ebrios gritaban obscenidades en las calles, golpeaban a sus esposas, participaban en riñas, faltaban al trabajo y eran proclives a enfermedades debilitantes*”.³² Sin embargo, el alcoholismo en los hombres también

³⁰ LORENTE, Miguel y LORENTE, José: *Agresión a la mujer: Maltrato, violación y acoso. Entre la realidad social y el mito cultural* (2ª ed.), Granada, Comares, 1999, p. 81.

³¹ La Organización Mundial de la Salud indicó que Chile es el país con más alto consumo per cápita en América Latina. Ver: World Health Organization: *Global status report on alcohol and health 2014*, Luxemburgo, World Health Organization, 2014.

³² ROSEMBLATT, Karin: “Por un hogar bien constituido. El Estado y su política familiar en los Frentes Populares”, en L. Godoy, E. Hutchison, K. Rosemblatt y M. Zárate (eds.), *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago de Chile, Coedición SUR/CEDEM, 1995, p. 95.

ha sido justificado, entregando argumentos que se basan en los roles de género para explicar este comportamiento: *“El hombre que no puede atender a las necesidades de su familia se siente disminuido, pierde su identidad y su autoridad, a veces se refugia en el alcoholismo”*.³³ Con esto se traspasaban las responsabilidades de las personas a las situaciones que estas vivían, como la pobreza, la falta de empleo o enfermedades.

De esta forma, ya sea por medio de la actitud condescendiente hacia el abuso del alcohol o por atribuirle el origen de la violencia, se exime de responsabilidad a quienes la ejercen, pues la culpa no sería de los hombres que ejercen violencia sino del estado alterado que provoca, y se normaliza la situación. Las mujeres, entonces, ocuparon esta misma lógica cuando se enfrentaban a hechos de violencia de parte de sus parejas:

[Mónica] “Los problemas vinieron porque él empezó a beber, después de un tiempo de casados, le gustaba el alcohol”.

[Rosario] “Pero luego empezaron los problemas, cuando pololeábamos él no tomaba, pero claro, nosotros nos veíamos de puro día no más, nunca salí a una fiesta con él, y ahí estaba el problema..., cuando nos casamos me di cuenta que era bueno pa'l trago. (...) Así empezó todo, así, después él se volvía muy pesado, el trago lo ponía muy pesado, ni se parecía al joven que vi que me pareció tan buen cabro, no podía creer lo que me estaba pasando, me daban puras ganas de llorar...”.

Como decíamos, además de ser los mitos algo compartido por la sociedad, las experiencias cercanas que las mujeres habían tenido en el pasado refuerzan las creencias y las hacen más creíbles. Así, cuando la historia se repetía, aunque hubieran cambiado los/as protagonistas, las mujeres tendieron a otorgar las mismas excusas:

³³ Obispos de la Conferencia Episcopal Chilena: *La conducta humana. Orientaciones para 1978, 1979 y 1980* [en línea], Santiago de Chile, Conferencia Episcopal Chilena, 1978. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=208» [Consultada 21 marzo 2013], p. 6.

[Inés] “Yo iba de vacaciones a su casa, mi mamá me decía así «anda donde tu tía y te quedai' con ella» y yo me acuerdo que tenía un bolso y llegaba a la casa de la tía y la primera noche él [marido] le pegaba; llegué y él la primera noche le pegó y con mis primos nos fuimos fuera de la casa arrancando y... yo al otro día le dije «tía sabe, tía por qué, tía mejor yo me voy a ir en la primera micro» –«no, si no pasa nada mi'jita, si no, si esto, cuando llega así no más», decía «la tomatera»³⁴”.

Este mito está tan fuertemente arraigado que incluso Nancy, quien ya había pasado por un proceso de reparación y sabía racionalmente que el alcohol no era el culpable de la violencia que ejercía el esposo, continuaba aplicando esta creencia para referirse a los hechos que sucedían y justificar las acciones de su pareja, contradiciéndose a sí misma, mostrando gran confusión:

[Nancy] “(...) y entonces él me dice «Sabís' qué, déjate de huevear, sabís' porque o si no uno de estos días te voy a matar», yo le dije «Oye, tú no estás curado... no estás curado y tú me estás diciendo que me vas a matar, o sea yo, cuando tú estás curado yo puedo decir esta es la borrachera, o sea yo me acabo de dar cuenta de que tú realmente tú me quieres matar». (...), porque ha estado, después que lo demandé estuvo un tiempo sin tomar pero le digo, honestamente, sin trago es una persona muy noble, es el trago el que lo vuelve malo... porque él en el fondo, en el fondo él no es malo, es el trago el que lo pone violento y la enfermedad que tiene de la diabetes que le sube la glicemia y todo eso le, lo hace hacer todas esas cosas yo creo... No sé si, eh, sigo siendo tan estúpida que lo defiendo, pero cuando él no toma es el hombre más normal que pisa la tierra... es cariñoso, él, eh, sin trago él no, no comete actos de violencia, ni las más mínimas...”.

Otro mito que se repitió en las entrevistas fue el de la ociosidad como la causante de la violencia. En la cultura chilena, desde los inicios de la nación, la ociosidad ha sido considerada

³⁴ Tomatera es una forma coloquial de decir que alguien ha estado bebiendo alcohol.

como otro de los males que supuestamente aquejarían a las clases bajas. De este modo, María Soledad Zárate nos plantaba la importancia dada por la élite del siglo XIX al trabajo como un remedio a los problemas que esta generaba en la población de menores ingresos: “*Se trataba de moralizar a los pobres para calmar el horror que sentía la clase dominante ante la 'inmundicia de la ciudad', el desorden de los mercados, el aumento de la ilegalidad popular*”.³⁵ Trasmitida a lo largo de las generaciones, esta idea se ha mantenido y traspasado a gran parte de la sociedad por diferentes medios, siendo la novela romántica uno muy cercano a las entrevistadas: “*—No tanto; pero aunque se burlen ustedes de mí, me gusta estar ocupada. Como soy pobre creo que debo aprender a bastarme a mí misma, y he leído siempre que la ociosidad es la madre de todos los vicios*”.³⁶

Así, al igual que con el alcoholismo, este mito se arraiga en los pensamientos y sirve para explicar los comportamientos agresivos de los hombres, especialmente en aquellos casos en que las mujeres se enfrentaron a un aumento de la violencia o un cambio en el tipo de manifestación (pasando de psicológica a física, por ejemplo) cuando sus parejas quedaron sin trabajo o se jubilaron:

[Nancy] “(...) y se jubiló a los cincuenta años... Grave error... porque se jubiló en el año 2000... ahora ya van a ser doce años que hemos tenido un infierno porque la ociosidad le llevó con los malos amigos y sacó amigos, amigos buenos para tomar...”.

[Jessica] “Y yo lo había demandado antes por lo mismo, porque era tanto lo que me pegaba... Y es un hombre hecho y derecho, pero que no se controla... si yo he estado tantas veces a punto de morir, si tantas veces ha estado a punto de matarme (...) Las hermanas le meten cosas en la cabeza (...) las leseras³⁷ que hacía él, porque como no

³⁵ ZÁRATE, María Soledad: “Mujeres viciosas, mujeres virtuosas. La mujer delincuente y la Casa Correccional de Santiago. 1860-1900.”, en L. Godoy, E. Hutchison, K. Roseblatt y M. Zárate (eds.), *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago de Chile, Coedición SUR/CEDEM, 1995, p. 86.

³⁶ TELLADO, Corin: *La mentira*, Barcelona, Corinto-Bruguera, 1979, p. 5.

³⁷ “Leseras” quiere decir “tonterías”.

trabaja, está desocupado, entonces está puro urdiendo maldades no más...”.

En el primer caso vemos, incluso, cómo ambos mitos se relacionan, potenciando por lo tanto la convicción de que los hombres a los que se refieren no actuaron por iniciativa propia sino que simplemente se vieron afectados por el alcoholismo o la ociosidad, siendo por lo tanto víctimas de los efectos nocivos que estos provocan. Además, también se alude a la intervención de terceros, quienes ya sea por sus comportamientos (consumo de alcohol) o comentarios, habrían influido en el estado alterado que estas mujeres suponen que afecta a sus parejas, utilizando incluso el mismo concepto de “descontrol” que vimos en la noticia de periódico analizada anteriormente.

Por otra parte, el mito de que la violencia es causada por enfermedades mentales también está muy extendido. Esto puede parecer una paradoja, pues si se considera que la violencia contra las mujeres en la pareja es algo normal no debería creerse que quienes la cometen están enfermos, pero en realidad lo que expresa es que justamente porque se considera que estos hombres están enfermos es normal que agredan a sus parejas. Así lo pensaban, por ejemplo, Orieta y Vanesa:

[Orieta] “[Él] solo quería trabajar, entonces se fue sintiendo así, se fue poniendo medio loco”.

[Vanesa] “Era diferente en todo, era una persona, debe ser enfermo, yo a estas alturas pienso que debe ser enfermo (...) me atendió un abogado, lo mandó a llamar a él... y... y le dijo que, que tenía que hacerse ver porque no era una persona normal, (...) Mi marido usted no lo complace con nada, es una persona tan desagradable que a estas alturas de su vida, aunque vaya al médico, al siquiatra y se meta a terapia, no puede nadie arreglarle la vida porque está... pero... así están las cosas...”.

Como vemos en la segunda cita, estos mitos también forman parte de las creencias de muchos/as profesionales que estaban en contacto con las mujeres que vivían violencia,

especialmente antes de la puesta en marcha de iniciativas de sensibilización y prevención gubernamentales y sociales. En este caso, además, el lugar de saber privilegiado que se atribuye al profesional le concede una confianza mayor respecto de sus opiniones, reforzando por tanto las creencias que ya haya podido desarrollar la mujer respecto de la causa de la violencia en su situación.

Finalmente, ya hemos visto antes cómo afectan los mitos del amor romántico a la concepción que se tiene sobre las relaciones de pareja, pero también existe un mito específico que se construye para explicar la violencia hacia las mujeres: los celos. Amelia llega incluso en su relato a definir los celos:

[Amelia] “Él era... en el fondo era como celoso, pero celoso estúpido, (habla más bajo) y eso que yo nunca le di motivos, si yo le hubiese dado motivos (sube el volumen), pues porque si tiene motivos diría «si me golpea bien merecido lo tengo», pero yo tampoco era, o sea, para justificar un golpe de él, pero yo nunca le di motivos, él que hubiera sospechado de algo... si yo siempre andaba con mis hijas... si yo si iba a comprar y... nunca me visité con familia..., entonces siempre ahí, ahí, ahí (énfasis), sábado, domingo y así toda la semana”.

En la cita podemos observar cómo este mito se manifiesta en el pensamiento de la entrevistada: tener celos es “normal”, lo que está mal es tener “celos estúpidos”, es decir, aquellos que carecen de fundamentos, pues si ella hubiera dado razones, la violencia habría estado justificada. Las hijas son las garantes de su palabra y sus acciones, la muestra de que como “buena madre” no podría hacer algo “indebido” frente a ellas. Es más, ella siguió las reglas impuestas por su pareja pues cumplió cabalmente el aislamiento que este impuso, por lo que la agresión rompió con lo que ella suponía que debía ocurrir: una vida sin violencia.

Teniendo una parte importante de construcción sociocultural,³⁸ los celos han servido durante años para explicar la respuesta agresiva ante una supuesta falta a la fidelidad del vínculo amoroso. Por ejemplo, en un estudio realizado en Chile analizando denuncias por violencia de pareja entre 1958 y 1973 en una localidad rural, en la mayoría de las 159 denuncias fueron mencionados como causa de las agresiones ejercidas por los hombres.³⁹ Esto incluso se ha traspasado a la legislación, pues desde sus inicios el Código Penal considera como atenuante “... *obrar por estímulos tan poderosos que naturalmente hayan producido arrebatos y obcecación*”,⁴⁰ lo cual ha servido para que en numerosas ocasiones se utilizara esta figura legal para justificar la violencia e incluso el homicidio a la pareja por celos. Si bien se consigna en las discusiones parlamentarias de la tramitación de la ley 20.480 de 2010, que tipifica el Femicidio, que ese atenuante no debiera utilizarse cuando el autor de un delito ya hubiere sido condenado por un Tribunal por un caso de violencia intrafamiliar, el artículo que lo consigna no fue modificado, permaneciendo hasta la actualidad.⁴¹

Por otra parte, si bien no consideramos en nuestro estudio a los hombres que ejercieron la violencia, esta normalización también funcionaba en el sentido contrario, es decir, en el actuar masculino, pues según Miguel Lorente:

“La persona que convive con la violencia ejerciéndola, la va 'normalizando' por una reinterpretación de su vida bajo esos patrones de comportamiento. Ya no se trata de que la víctima la acepte, sino que es el propio agresor quien la llega a elevar hasta la normalidad, al mismo tiempo que justifica o minimiza el resultado de la misma, despreciando la integridad física y psíquica, e incluso la vida, de los otros”.⁴²

³⁸ LORENTE, *op. cit.*, p. 73.

³⁹ TINSMAN, Heidi. "Los patrones del hogar. Esposas golpeadas y control sexual en Chile rural, 1958-1988", en L. Godoy, E. Hutchison, K. Roseblatt y M. Zárate (eds.), *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago de Chile, Coedición SUR/CEDEM, 1995, p. 60.

⁴⁰ Código Penal de Chile [en línea], Imprenta de la República, 12 noviembre de 1874 (última modificación 8 marzo 2014), Artículo 11, núm. 5. Disponible en «<http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=1984>» [Consultado 06 junio 2014], s/n.

⁴¹ Biblioteca del Congreso Nacional de Chile: *Historia de la Ley N° 20.480. Modifica el Código Penal y la Ley N° 20.066 sobre Violencia Intrafamiliar, estableciendo el Femicidio, aumentando las penas aplicables a este delito y reforma las normas sobre Parricidio*, Santiago de Chile, Diario Oficial de Chile, 18 diciembre, 2010, pp. 5-6. En este caso hablamos en masculino pues es la forma en que se plantea en el documento.

⁴² LORENTE, *op. cit.*, p. 138.

Las mujeres dieron cuenta de ello en sus historias, relatando cómo los hombres consideraban natural que ellos pudieran exigir ciertos comportamientos de parte de sus parejas, y que frente a una negativa o a la disconformidad ante las actuaciones de estas, pudieran ejercer violencia para conseguir sus fines.

XXX

En resumen, el conocimiento de otros casos de violencia hacia mujeres en sus relaciones de pareja, los mitos que sobre ella se construyen y la propia experiencia se conjugaban para normalizar esta problemática y dificultar la búsqueda de ayuda. Además, los hombres, socializados en la misma cultura y algunos con experiencias similares en sus familias y entornos, actuaban acorde a estos parámetros, produciéndose una retroalimentación entre las creencias y acciones que debían realizar unas y otros, acordes a esos pensamientos.

Ante la falta de coherencia entre las acciones emprendidas por las mujeres para satisfacer los requerimientos masculinos y la respuesta agresiva que se repetía, estas recurrieron a distintas estrategias para poder lidiar en la vida diaria con este problema, algunas de las cuales veremos a continuación.

3.1.6. “Yo siempre evitaba hacerlo enojar”. Formas de lidiar con la violencia

[Jazmín] “Y si yo iba me tenía bien vigilada, siempre sabía lo que hacía, no tengo idea cómo lo hacía, me llegaba a dar miedo fíjese, que siempre que volvía ya sabía todo lo que había hecho, yo por eso me portaba muy bien, nunca me gustaba hacerlo enojar”.

Como veíamos anteriormente, en todos los casos analizados las mujeres se enfrentaron tempranamente a episodios de violencia por parte de sus parejas, manteniéndose estos a lo largo de la relación, incluyendo la época de la vejez. Para poder continuar con sus vidas de la mejor manera que les era posible, ellas debieron realizar diferentes acciones, muchas veces a modo de ensayo y error, probando comportamientos y actitudes que encajaran con lo que creían que sus parejas esperaban de ellas o que al menos no les incitara a ejercer violencia.

Esto es consistente con otros estudios, en los cuales también se encontraron formas de lidiar con la violencia, especialmente ante las barreras que existían para que pudieran abandonar la relación, como evitar las confrontaciones, aislarse de otras personas, etc.⁴³ Dunlop, Beaulaurier, Seff, Newman *et al.*, plantean, siguiendo a Grigsby y Hartman, que estas formas de acomodarse y sobrevivir al abuso podrían corresponder más a adaptaciones de las mujeres que a formas de “codependencia”.⁴⁴ Sin embargo, esto no quiere decir que las maneras de sobrellevar la violencia fueran siempre positivas, pues en ellas se aprecia una falta de asertividad y otras habilidades personales para enfrentarse a las situaciones que acontecían a lo largo de los años de relación, y son resultado tanto de la repetición de modelos aprendidos en los ambientes más cercanos (familia, amistades) como de las pautas de comportamiento “adecuado a las mujeres” que se socializan por distintos medios, tal como analizamos en la primera parte de este estudio.

⁴³ NÄGELE, BÖHM, GÖRGEN *et al.*, *op. cit.*, p. 66; GRUNFELD, LARSSON, MACKAY *et al.*, *op. cit.*, p. 1490.

⁴⁴ DUNLOP, BEAULAUER, SEFF *et al.*, *op. cit.*, p. 8

Una de las principales conductas que aparecen en las historias de las mujeres es la de la evitación. Esto no es de extrañar, pues desde niños/as una de las primeras cosas que nos enseñan es la de evitar los peligros: quemarnos con el fuego, ahogarnos en el agua o caernos de lugares elevados son presentados de forma reiterada como posibles causas de dolor e incluso muerte. Al analizar esta conducta vemos que las mujeres partían de la idea inconsciente de que la violencia que experimentaban era consecuencia de que estaban haciendo algo mal, ya fuera no cumpliendo con los roles asignados y esperados por sus parejas, por no satisfacer los requerimientos de estos, no dar el espacio de tranquilidad que se supone los hombres encuentran en su hogar tras un “esforzado día de trabajo”, u otros motivos. Así, una vez que aprendían que algo originaba episodios de violencia, lo evitaban en el futuro, incluyendo en ello a sus hijos e hijas, como lo hacía Inés:

[Inés] “Y ahora las cosas se han ido como mejorando, no del todo como yo hubiera querido... pero... por ejemplo hay cosas que a veces, que sé que a él no le gustan... trato de no, de no hacer...”.

El problema es que en la mayor parte de las ocasiones eso no significaba que habían encontrado la forma de evitar las agresiones, puesto que al ser multicausal, quienes las ejercían buscaban otros motivos que sirvieran de justificación, o simplemente cambiaban de parecer sobre la forma de actuar, de forma tal que las mujeres se enfrentaban a una situación siempre estresante e imprevista:

[Jazmín] “Antes, cuando estaba mi marido no se atrevían, es que él era muy simpático cuando quería, pero ¡ay de quien lo hiciera enojar! Yo siempre evitaba hacerlo enojar, me portaba bien, solo pa' que no me dijera nada, pero igual a veces no importaba lo que hiciera, igual se enojaba, no había quién lo entendiera”.

Esto podría parecer como una actitud pasiva de las mujeres, el aceptar lo que ocurre sin poner de manifiesto sus necesidades y derechos, refugiarse en un pequeño espacio lejos del peligro. Sin embargo, creemos que, por el contrario, denota una acción clara, un intento (aunque fallido) de

prevenir y detener la violencia con las herramientas que aprendieron tempranamente y que dependían de ellas (por ejemplo, con la preparación de comidas). Esto era especialmente importante si tenían hijos/as que podían verse involucrados, como en el caso de Jessica, pero también cuando no existían, como en el Rosario:

[Jessica] “Y nosotras [mi hija y yo] no le dijimos nada para evitar peleas... Y siempre lo dejamos que estuviera allá, que fuera para allá, bueno, que tuviera la casa él allá, para evitar peleas, lo cual de nada nos sirvió porque nos hacía la vida imposible... (baja la cabeza, y la voz)”.

[Rosario] “(...) me decía, y yo me iba calla' a la cocina, si parece que ese era mi destino, la cocina, ahí me refugiaba, le hacía las cosas que él quería, (...) yo tenía que correr a servirle, yo calculaba la hora que llegaba, porque si no le tenía lista la comida, mejor ni hablar”.

Otra estrategia para sobrellevar una vida en la que experimentaban maltrato era la de minimizar los hechos, hacerse responsables de la decisión de continuar con la pareja y continuar con la relación. No debemos olvidar que las mujeres aprendieron que debían ser buenas esposas, madres y dueñas de casa, lo que implicaba estar disponibles para el resto de los integrantes de la familia y cuidar del bienestar general, dejando sus propias necesidades postergadas, incluyendo la de darse permiso para sufrir y actuar para detener ese sufrimiento. Eso era lo que intentaba Nancy:

[Nancy] “Y yo ahí como que mi mente la acostumbé a que yo no tenía que sufrir y creo que eso también me ayudó... porque yo, fue como una costumbre, fue como una costumbre, yo dije «Ya, yo decidí aguantar y tengo que ver la forma de criar a mis hijos lo mejor posible y... no hacer sufrir a nadie, esto me lo busqué yo»... Bueno, y así pasaron los años y siempre fue lo mismo (...) «Tengo que olvidar el ayer y tengo que ver por hoy día y por mañana», entonces yo iba olvidando y siempre olvidando.

Por otra parte, las mujeres usualmente manifestaron sentir vergüenza ante lo que les sucedía. Por este motivo, muchas veces optaban por esconder la verdad a quienes les rodeaban, evitando de esta forma el tener que enfrentarse a las preguntas y comentarios de familiares, vecinos/as y amistades. Así, tanto el no hablar de los hechos de violencia que experimentaban como el minimizarlos, los volvía algo cotidiano a lo cual acostumbrarse y les ayudaba a enfrentar la convivencia. Así lo intentaba Jessica:

[Jessica] “Y yo la gente cuando me veía que no podía caminar les decía que yo tenía ciática, qué les iba a decirle (sic) que él me golpeaba...”.

Junto a esto, las religiones también se transformaron en una herramienta que permitía a algunas de las mujeres encontrar una forma de encausar sus emociones y seguir adelante en la relación de pareja. En esto influía de manera importante los modelos que tuvieron y las redes que pudieron formar en la vida adulta, pues, como ya vimos, las creencias religiosas se transmitían de manera especial a las mujeres, y con contenidos que privilegiaban la continuación de normas tradicionales de convivencia, como lo hacían los obispos en Chile:

“Les pedimos a todos volver a decir diariamente las transparentes y evangélicas palabras del Ave María; a rezar en familia el Santo Rosario; a tener en sus casas la imagen de María; a visitar con amor sus Santuarios; a confiar en su corazón maternal, a imitar sus virtudes; y a dejarse conducir por ella la plenitud del conocimiento y del amor de Cristo, que nos llevará a la plenitud del amor y del servicio de nuestros hermanos”.⁴⁵

De esta forma, las mujeres ocupaban para lidiar con la violencia las mismas herramientas que utilizaban para enfrentar otros problemas, las cuales ponían el énfasis en la espera de un futuro diferente como fruto de los buenos comportamientos en el presente. Raquel, por ejemplo, desde

⁴⁵ Obispos de la Conferencia Episcopal de Chile: *Mensaje para el año Mariano* [en línea], Conferencia Episcopal de Chile, Santiago, 1987. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=374» [Consultado 17 octubre 2012], s/n.

pequeña había estado fuertemente ligada a la religión católica, y continuaba recurriendo a ella:

[Raquel] “Yo, cuando estoy así, tristona, lo que hago es rezar el rosario..., de pequeñita lo rezaba con mi abuela y me quedó el gusto por rezarlo, es como si el ir dedicando una tras otra las oraciones a la Virgen, mis problemas ya no son tan grandes, el tiempo se me pasa y pido para que alguna vez todo pase... y pueda ser feliz”.

Una forma diferente, y que muy pocas mujeres utilizaron, fue el tomar distancia y protegerse en los períodos en que sentían que podía estar amenazada su vida; y quienes lo hicieron fue principalmente gracias a la intervención de terceros (hijos/as, amistades, etc.), lo que nos recuerda la importancia de las redes como un factor protector ante la violencia en las relaciones de pareja. No hablamos de aquellas ocasiones en las que en pleno episodio escapaban a casas de amistades o familiares, sino de la comprensión en un momento dado de la propia situación de riesgo y tomar una decisión, que si bien temporal, les permitía mejorar la salud física y mental para volver a enfrentar la convivencia. Es importante reconocer que en los casos que analizamos, esta conducta fue tomada siempre en la etapa adulta cercana a la vejez o en la propia vejez, lo que por una parte se puede deber a que los/as hijos/as ya eran mayores y podían apoyarlas, y/o que al quedarse solas con la pareja el temor a agresiones más violentas podía ser mayor. En el caso de Lidia, ella buscó apoyo en un hijo:

[Lidia] “Yo por ejemplo me fui al lago (nombre del lugar) que mi hijo estaba allá, porque él [mi esposo] estaba muy violento, y mi hijo me dijo que me fuera un tiempo que o si no, no me iba a mejorar nunca, mi vida era terrible, no podía hacer nada, nada, no tenía ánimos para nada, no quería nada, no me sentía capaz de nada, así que mi hijo me llevó no más pa'llá...”.

Finalmente, algo que hemos ido poniendo de relieve a lo largo de esta investigación es que frente a las diferentes dificultades que se cruzaban en sus caminos, las normas de género que se les

buscaba imponer y al intento por controlarlas, las mujeres siempre encontraron alguna forma de rebeldía, a veces con pequeños gestos, pero que demuestran esa capacidad de acción que ellas tenían. Así lo demostraba Rosario:

[Rosario] “Si no le digo que tenía que ratonear⁴⁶ para poder tener el dinero pa' la micro pa' ir a la Virgen. Y él no se podía enterar que yo salía, si lo hacía sin su permiso, pero es que era lo único mío, la única forma que yo me mantenía...”.

Este es uno de los motivos por los cuales hemos evitado llamar a las mujeres “víctimas”, pues si bien legalmente es un concepto que corresponde al ser ellas sobre quienes se ejercen los delitos, también tiene un componente de pasividad que no vemos en las historias que nos han relatado.

XXX

Si bien hemos planteado de forma separada las diferentes estrategias que se desprenden de los relatos, esto no significa que se presentaran así en la realidad, pues usualmente las mujeres utilizaban dos o más al mismo tiempo o varias a lo largo de sus vidas, probando y descartando las que no les servían, o las que dejaban de funcionar frente a nuevas manifestaciones de violencia. También encontramos, al igual que plantean Nägele *et al.*, que a medida que los años transcurridos desde el inicio de la violencia en la relación aumentaban, las formas de lidiar con ella podían mostrarse menos eficaces, debido a los efectos negativos de la acumulación de tensiones, estrés, etc.,⁴⁷ tal como veremos a continuación.

⁴⁶ “Ratonear” quiere decir ahorrar pequeñas cantidades de dinero, usualmente del disponible para las compras diarias.

⁴⁷ NÄGELE, BÖHM, GÖRGEN *et al.*, *op. cit.*, p. 66.

3.1.7. “Provoca un miedo... la violencia”. Efectos de la violencia en las mujeres

[Nancy] “Hay cosas que uno, cuando está sufriendo esa violencia, lo que a mi me pasaba, yo hablaba bajo, para que no se enterara la vecindad... porque en el fondo... la gente que no ha vivido la violencia no sabe, pero a uno le provoca, le provoca un miedo... la violencia (voz entrecortada) y ese miedo te paraliza... y no sabís' qué hacer (llora) y te avergüenza...”.

Cuando se estudia la violencia contra mujeres en relaciones de pareja, una posible dificultad es encontrar personas que estén dispuestas a contar su historia, pues pueden tener sentimientos de vergüenza por lo que han vivido, o que quienes sí deseen participar se encuentren en un estado emocional tan alterado que sea imposible llevar a cabo entrevistas u otros métodos de recogida de información. Esta situación se deriva de los efectos que la propia violencia genera en las mujeres sobre las cuales se ha ejercido, y que afecta muchas otras áreas de la vida, como el trabajo, los estudios, o las relaciones interpersonales, entre otras.⁴⁸ Según la Organización Panamericana de la Salud, las consecuencias del maltrato, además de afectar la salud y la felicidad de las personas, también tienen repercusiones en el bienestar de toda la comunidad,⁴⁹ dificultando o impidiendo el desarrollo integral de las mujeres y su participación activa en la sociedad. En el caso de Lidia, por ejemplo, fruto de las agresiones cayó en un estado depresivo, que le impidió seguir trabajando:

[Lidia] “(...) y ahí yo caí en una depresión, caí mal, mal, mal, yo era todo muy extraño, yo caminaba, pero caminaba lento, todo se me daba vueltas y ahí yo dejé de trabajar... Y no pude hacer nada, hasta ahí no más llegué”.

La forma en que la violencia que reciben afecta la salud de las mujeres ha sido uno de los

⁴⁸ Ya en 1994, por ejemplo, Lori Heise planteaba que la violencia basada en el género y violación, como factores de riesgo, se encontraban en la sexta causa de pérdida de años de vida ajustados por discapacidad (AVAD), y haciendo referencia a datos del Banco Mundial, indicaba que la victimización por este tipo de violencia era responsable de la pérdida de uno de cada cinco días saludables en las mujeres de edad reproductiva. HEISE, Lori: “Gender-based abuse: The global epidemic”, en *Caderno Saúde Pública*, Río de Janeiro, núm. 10 (supplement 1), 1994, p. 135.

⁴⁹ Organización Panamericana de la Salud: *Informe mundial sobre la violencia y la salud*, Washington D.C., Organización Panamericana de la Salud, 2003, p. 109.

puntos que, tras numerosos estudios, ha servido de aval para señalar la gravedad de la situación y motivar la actuación de gobiernos e instituciones a nivel mundial. Y es que quienes viven esta problemática se encuentran en un estado permanente de alerta y temor, los cuales se combinan, en el caso de la violencia física y sexual, con las posibles lesiones corporales que se produzcan, para generar una salud mental y física deteriorada. Miguel Lorente lo expone de la siguiente manera:

“La forma sistemática en la que se produce el maltrato, la falta de motivos para que se desencadene la agresión, la responsabilización de todo ello a la propia mujer,... hacen que la mujer se sienta incapaz e impotente para evitar los ataques. Esta situación la va deteriorando progresivamente, pero sobre todo el hecho de que el agresor sea o haya sido una persona con la que comparte o ha compartido proyectos, ilusiones, hijos y afectos, y de que el único sitio en el que las personas identifican la seguridad y se sienten a salvo, el hogar, sea el lugar donde se producen los ataques”.⁵⁰

Los ataques a los que hace referencia este autor no necesitan ser físicos o sexuales para producir efectos en quienes los reciben. Soledad Larraín recoge los hallazgos de diversos estudios que plantean que quienes han estado expuestas a situaciones crónicas de violencia por parte de sus parejas presentan “(...) *baja autoestima, temor permanente a ser agredidas, síntomas depresivos, alteraciones emocionales y un debilitamiento gradual de sus defensas físicas y psicológicas, traducidos en un incremento de los problemas de salud*”.⁵¹ Pero estos síntomas no siempre se reconocen como consecuencia de la violencia, tanto por quienes los experimentan como por los/as médicos/as a quienes recurren, pues usualmente se vinculan a otras problemáticas que puedan estar atravesando, como económicas, familiares, etc., y se asume que solo la violencia física o sexual, es decir, aquella que produce lesiones visibles, es la que puede ser la causa de una salud deteriorada. La historia de Inés es diferente, ella, ante los síntomas de depresión que manifestó haber tenido, supo reconocer que algo le sucedía, aun cuando le surgió la duda de si era válido planteárselo al no

⁵⁰ LORENTE, *op. cit.*, p. 97. Marie France Hirigoyen plantea algo similar al hablar de la imposibilidad de anticipar las acciones de un hombre que ejerce violencia, quien puede pasar de un registro a otro. Esto produce en las mujeres falta de motivación y sentimientos de incompetencia, vulnerabilidad o depresión que se vinculan al trauma emocional. HIRIGOYEN, *op. cit.*, p. 81.

⁵¹ LARRAÍN, 2009, *op. cit.*, p. 583.

haber experimentado violencia física:

[Inés] “Entonces yo decía «pegarme nunca me ha pegado», o sea, me decía tantas cosas, pero igual con los años me fue doliendo lo que él me decía... (...) Y un día dije yo «voy a ir a ver qué pasa», dije yo, para consultar si lo mío era maltrato psicológico o qué será, porque yo lloraba mucho.

Por otra parte, quienes sí vivieron manifestaciones de violencia física y/o sexual, conjunta o separadamente de la psicológica, además de los problemas de salud antes descritos se encontraron con diversas consecuencias a nivel de salud:

[Nancy] “Y ahí ya empezó una guerra, o sea ya una guerra y un temor y una violencia que él creaba cuando estaba mi hijo y se volvía loco, sabe que yo tengo... le quería pegar a mi hija y yo lo sujetaba, sabe que una vez se me salieron aquí las, la, no sé, los tendones, se me salieron haciendo fuerzas con él, se le rompía la ropa, yo lo sujetaba y no sé de dónde sacaba fuerzas (voz entrecortada)...”.

[Orieta] “(...) y cuando me atendió la niña que me hizo el electrocardiograma me notó que yo tiritaba mucho y yo en la playa tiritaba, ya tiritaba de los nervios y todas esas cosas y me mandaron a otra, porque pensaron que era Parkinson, pero no era Parkinson, era de los nervios, me tiritaba la cabeza así (muestra)... y cuando estaba más nerviosa...”.

Esto se condice con los efectos señalados en la literatura sobre la materia, entre los cuales destacan: dolores de cabeza, colon irritable, úlcera, trastornos del aparato digestivo, infecciones de transmisión sexual o fibromialgia, hipertensión, entre otros. Además de ello, presentan un alto consumo de tabaco y medicamentos, en especial aquellos destinados a combatir la ansiedad o tranquilizantes, y un alto riesgo de abuso de alcohol y/o drogas.⁵²

⁵² LARRAÍN, 2009, *op. cit.*, p. 583; Organización Panamericana de la Salud, *op. cit.*, pp. 110-111; HEISE, 1994, *op. cit.*, p. 139.

Debemos considerar, además, que si bien estas consecuencias se presentan en mujeres de todas las edades, en aquellas que ya han entrado en la vejez y que han vivido violencia en sus relaciones de pareja durante muchos más años (incluso más de 40 años, como veíamos anteriormente), las consecuencias se han acumulado en períodos más extensos, con un mayor riesgo de deterioro de la salud, y pueden presentarse en conjunto con otras enfermedades o discapacidades propias de la edad. La Organización Panamericana de la Salud, por ejemplo, plantea que la violencia no solo está relacionada directamente con las lesiones que se puedan experimentar, sino que también es un riesgo para la salud en el futuro.⁵³ Para las mujeres en la vejez, ese “futuro” es “ahora”. Eso es lo que vivían Orieta y Vanesa:

[Orieta] “Entonces en esos momentos, cuando ella se iba [mi hija], yo me ponía una toalla en la boca y lloraba, y gritaba «¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué me pasó esto?» (llora) Si yo nunca le hice nada, al contrario, yo todo lo que hacía era para darle en el gusto...”.

[Vanesa] “Y esa es más o menos, eh, la historia... que... vivo mal, vivo mal... síquicamente, emocionalmente, vivo mal, de repente me desespero, me siento como... que no tengo salida... de repente no quisiera seguir viviendo porque... bueno, no quiero ser carga para ningún hijo... Pero, aquí estoy...”

Quienes han realizado estudios específicos con mujeres mayores relatan que algunos de los efectos relacionados a la extensa cantidad de años en que han estado conviviendo en una relación violenta son que presentan “*menor autoconfianza y menor preparación para manejarse en sistemas de servicios sociales que ellas consideran complicados y abrumadores*”,⁵⁴ y que a nivel de emociones manifiestan “*sentimiento de malestar, preocupación, ansiedad, retraimiento, temor, shock, molestas, irritación, enojo y desconfianza*”.⁵⁵ En nuestro estudio hallamos, además, una

⁵³ Organización Panamericana de la Salud, *op. cit.*, p. 110.

⁵⁴ SCOTT, Marsha; McKIE, Linda; MORTON, Sarah; SEDDON, Elizabeth y WASOFF, Fran: *Older Women and Domestic Violence in Scotland, '... and for 39 years I got on With it*, Edinburgh, Health Scotland, 2004, p. 39.

⁵⁵ OCKLEFORD, Elizabeth; BARNES-HOLMES, Yvonne; MORICHELLI, Roberta; MORJARIA, Asesha; SCOCCHERA, Francesca; FURNISS, Frederick; SDOGATI, Claudio y BARNES-HOLMES, Dermot:

variación respecto de los sentimientos hacia la pareja por parte de algunas mujeres, quienes manifestaban no sentir el mismo amor o cariño que antes, así como desilusión al comprobar que a pesar de haber seguido las normas de género tradicionales, las parejas no lo agradecían y actuaban al contrario de lo que ellas esperaban, como Nancy:

[Nancy] “Y esa fue otra cosa por la que yo... se me murió el amor por él... porque eso fue terrible para mí, que él dijera, desconfiara, o sea viéndome una mujer, una mujer tonta que tenía en la casa, una mujer que le cuidó a los hijos”.

Sin embargo, también hay espacio para la recuperación. Quienes habían logrado reconocer la violencia en sus relaciones, buscado ayuda y seguido un proceso reparatorio, manifestaban una mejoría considerable en su estado de salud. Esto ha sido válido tanto para las que optaron por finalizar la relación como para las que habían enviudado, pero lo central para unas y otras ha sido el centrarse en sí mismas y cuidar de su bienestar personal, lo que marcaba una diferencia importante respecto de su situación anterior, y muestra la posibilidad de salidas exitosas a la violencia, incluso cuando las mujeres ya son mayores. Esos son los ejemplos de Jessica y Rosario:

[Jessica] “A mí me venían taquicardias así que tenía que hacer unos ejercicios... ¡arritmias! Así se llamaban, arritmias. (...) A mí tampoco me ha dado eso de llorar y llorar, que no podía controlar, también estaba enferma de eso y ahora desde que se fue se me pasó todo”.

[Rosario] “Si ahora ya estoy mejor de como estaba, siempre con pena, siempre con esos temblores, me daban puras cosas pa' calmarme, pero no se me quitaba con nada oiga, ¡con nada!... (...) Yo fui al consultorio y me mandaron unos calmantes, porque andaba muy nerviosa, si por cualquier cosa saltaba... me tranquilizaban un poco, pero igual me seguía la pena, era como una angustia,... ¡tan grande!”.

“Mistreatment of Older Women in Three European Countries: Estimated Prevalence and Service Responses” [en línea], en *Violence Against Women*, vol. 9, núm. 12, 2003. Disponible en «<http://vaw.sagepub.com/content/9/12/1453>» [Consultado 10 octubre 2011], p. 1457.

XXX

Aunque sería necesario un estudio específico sobre esta materia, los relatos nos entregan suficiente información para concluir que luego de las primeras reacciones ante la violencia experimentada de parte de sus parejas, en las que se relatan efectos similares a los producidos por choques emocionales, la repetición de esas vivencias en el tiempo, la dificultad para evitarlas o prevenirlas y un estado alerta ante la imposibilidad de preverlas en el futuro, se sumaron a las lesiones físicas que ocasionaron las agresiones para generar una serie de consecuencias en la salud física y emocional de las entrevistadas.

Al igual que en otros aspectos hasta ahora analizados, la extensa duración de esta situación en las vidas de las mujeres tiene un efecto negativo aún mayor, y se transforma a su vez tanto en un factor de riesgo ante la posibilidad de actuar en conjunto a otros factores y en una barrera para una búsqueda activa y eficiente de ayuda para superar la violencia en sus vidas, como veremos en el apartado siguiente. A pesar de ello, cuando esto último se logra, las mujeres relatan mejorías sustanciales, aunque sería importante poder medirlas en profundidad.

3.2. “Vine acá a hacer esto, que no quería hacer, porque yo igual lo quería mucho”. La búsqueda de ayuda para superar la violencia basada en el género en las relaciones de pareja

En las mujeres, un momento clave para la superación de la violencia en una relación de pareja es la concienciación de la problemática y de la necesidad de ayuda para enfrentarla. Pero llegar a ese momento no es sencillo, se requiere superar toda clase de barreras que se forman al cruzarse factores individuales, sociales, culturales, económicos, históricos, etc.

En este apartado veremos aquellas barreras que obstaculizaron la búsqueda de ayuda, los motivos y personas que fueron relevantes al momento de conseguir derribarlas, y los resultados negativos y positivos de esa búsqueda.

3.2.1. “Decía que me metían cosas en la cabeza”. Factores que dificultaron la búsqueda de ayuda

Una pregunta que se escucha en muchas conversaciones ante el conocimiento de algún hecho de violencia hacia mujeres en una relación de pareja, es “¿Y por qué no lo abandonó?”. Detrás de este cuestionamiento se encuentra la creencia de que terminar una relación en la que se vive violencia de parte de la pareja es algo sencillo, es tomar sus cosas e irse, o decirle al agresor que todo ha terminado y que se vaya del hogar común... Pero la realidad muestra que esto es mucho más difícil de lo que aparenta, pues están involucrados una multiplicidad de factores que se conjugan para ello. Ya hemos hablado, por ejemplo, del estado de choque emocional que causan los primeros episodios en las mujeres, que paralizan la toma de decisiones; o la alternancia de los malos tratos con períodos de “luna de miel”, con la consiguiente promesa de que todo va a cambiar para mejor y el deseo de las mujeres de creerlo que, por consiguiente, lleva a dar nuevas oportunidades. Sin embargo, también hay una serie de barreras que se interrelacionan para impedir o dificultar el reconocimiento de la propia situación de violencia en la pareja y la búsqueda de ayuda para enfrentarla.

Esto es aún más importante en el caso de las mujeres mayores. Por ejemplo, Scott *et al.* exponen que a estas les resulta mucho más difícil poder acceder a ayuda que a las mujeres más jóvenes que sufren violencia. Así, las mujeres mayores se caracterizan por tener actitudes tradicionales respecto de su rol en el matrimonio, reluctancia a identificar el abuso como tal, una vergüenza que enfrentan y una tendencia a priorizar las necesidades de otras personas sobre las propias. También se presentan barreras desde el sistema de apoyo, como opciones de ayuda no apropiadas en vivienda y refugio, personal de servicios mal informados (especialmente en el ámbito de la salud) y recursos inadecuados en los servicios tanto relacionados con el maltrato a mayores como de violencia doméstica.⁵⁶

⁵⁶ SCOTT, McKIE, MORTON *et al.*, *op. cit.*, p. 52.

Fruto del análisis de las entrevistas hemos localizado barreras, algunas de las cuales también se han presentado en los hallazgos de otras investigaciones y, aunque las hemos categorizado con el fin de presentarlas más claramente, hay que mencionar que estas no actúan de forma independiente, sino de forma interrelacionada, pudiendo por lo tanto encontrarse varias en un mismo momento vital y/o a lo largo de diferentes etapas de la vida de una mujer.

3.2.1.1. Aislamiento y falta de redes de apoyo

En parte consecuencia del control y la dominación que ejercen las parejas masculinas, en parte a causa de las ideas sobre los comportamientos que “deberían” asumir las mujeres en una sociedad patriarcal, el aislamiento y la falta de redes de apoyo se traducen en una gran barrera para darse cuenta de la relación violenta en la que están envueltas algunas mujeres, los derechos que están siendo vulnerados y las opciones a las cuales podrían recurrir para salir de dicha situación.

Respecto del control ejercido por los hombres, ya hemos revisado en la primera parte de este estudio algunos ejemplos relacionados con las restricciones para estudiar, trabajar o participar en organizaciones políticas, sociales, religiosas, etc. Además, quienes habían migrado a otras zonas del país, lejos de su familia y comunidad original, se encontraban en una posición de aun mayor desventaja, pues los medios para poder comunicarse y las opciones de transporte eran menores a las que existen hoy día, lo que se sumaba a la oposición del esposo o pareja para recibir visitas o viajar. De este modo, las mujeres se enfrentaban prácticamente solas a una relación en la que existía violencia, en especial mientras las/os hijas/os eran pequeños. Así lo vivieron Nancy y Orieta:

[Nancy] “[Viajé a Santiago] con mi marido. Sí, no tenía a nadie acá, yo estaba sola.

Yo creo que por eso también se aprovechó un poco, yo estaba sola, no tenía a quién recurrir, nada”.

[Orieta] “Así que me quedé sola allá en la playa, y era un bosque, vivía en un bosque, (...) él lo hizo para alejarme de mis hijas, después lo supe...”.

En relación al aislamiento producto de las ideas asociadas a los comportamientos esperados de las mujeres, vemos que este se produjo tanto por las actuaciones masculinas como por las restricciones que se autoimponían las propias mujeres. En el primer caso se mezclan los roles y lugares tradicionalmente asignados a ellas con los pensamientos sobre la masculinidad, es decir, aquellas acciones que las mujeres debían realizar para no “herir el orgullo” de los hombres y las que debían evitar para no cuestionar su autoridad ni poner en riesgo su hombría. Y para esto lo mejor era hacer parecer que lo que se ponía en juego era la virtud de las mujeres, su gran disposición y capacidad para saber cuál era su lugar en la familia, como lo vimos en el discurso de Maximiano Errázuriz que comentamos en el apartado 2.2.1 “La mujer chilena”.

Estas creencias se transmitían y permeaban a la sociedad en su conjunto y, por lo tanto, aportaban validez a los argumentos masculinos para ejercer el control y, aun cuando las mujeres no estuvieran de acuerdo con estos argumentos, se transformaban en una especie de reglamento o código de conducta para ellas. Así, por ejemplo, nos encontramos con la decisión masculina de que las mujeres debían permanecer en el hogar, lugar que supuestamente era el que les correspondía, donde, además, las posibilidades de infidelidad se restringían (incluyendo por lo tanto los celos en esta ecuación). En la otra cara de la moneda, los hombres evitaban con estas acciones el ser considerados por otros como incapaces de “dominar” a sus parejas y ser, por lo tanto, motivo de burlas.

Al mismo tiempo, las ideas sobre las formas correctas de comportamiento femenino daban las pautas para que muchas mujeres resistieran “estoicamente” las agresiones que se estaban ejerciendo contra ellas, sin acudir a otras personas para que las confortaran o ayudaran, pues eran ellas las que supuestamente debían ser la fuente de apoyo para los demás. De esta forma, debían

cargar con la responsabilidad de asumir los costos de haber escogido la pareja que tenían, especialmente cuando esta elección había sido contraria a los deseos familiares, como en el caso de Nancy:

[Nancy] “(...) yo cuando decidí casarme y todos me decían que no, mi mamá me dijo «Bueno ya, cásele, si le va bien, qué bueno y si le va mal se aguanta»... Entonces yo, bien desesperada, me fui donde mi mamá, pasaron los días y mi marido nunca me fue a buscar, mi mamá empezó a darse cuenta y me dijo «¿Hija qué te pasa?», me dijo «Tienes problemas, yo te lo dije» y empezó ese reto, entonces yo estaba... o sea sufría, porque yo dije «No era lo que yo quería» y me devolví, me vine a mi casa y me dije «Yo nunca le voy a decir a nadie mi pena, porque mi pena me la busqué yo» (quiebra la voz)... Y allí empecé a sufrir... allí empecé a sufrir... sola... (...) o sea yo no le contaba a nadie nada, a nadie, ni a mi mamá, ni a, a nadie, yo me lo guardaba todo”.

Una vez que estas mujeres llegaban a la vejez, el aislamiento se había ido extendiendo, pudiendo cubrir incluso décadas. Algunos/as investigadores plantean que a raíz de este aislamiento prolongado las mujeres desarrollan una dependencia mucho más profunda que las mujeres más jóvenes (debido por ejemplo a las escasas habilidades laborales, las redes de soporte social pequeñas o inexistentes, y la dependencia económica). Además, aislarlas sería mucho más sencillo que a las más jóvenes, pues existen factores de tipo físico (problemas de salud, discapacidades, etc.) y de tipo social que ya excluyen a las mujeres mayores en general.⁵⁷ Un ejemplo de ello es el utilizar los temores que presentan algunas por los posibles peligros que se puedan encontrar en los espacios públicos y/o su desconocimiento del entorno, ofreciendo de este modo un argumento que bajo una apariencia de preocupación esconde, en realidad, un intento de reforzar el aislamiento y el control por parte de las parejas.

⁵⁷ LAZENBATT, Anne; DEVANEY, John y GILDEA, Aideen: *Older Women's Lifelong Experience of Domestic Violence in Northern Ireland*, Belfast, Changing Aging Partnership, 2010, p. 52; SEAYER, Carol: “Muted Lives: Older Battered Women”, en *Journal of Elder Abuse & Neglect*, vol. 8, núm. 2, 1996, p. 7.

3.2.1.2. Dependencia económica/ vivienda

Como recién planteábamos, la dependencia económica y la falta de un espacio propio para habitar ha sido otra de las barreras que hemos identificado y, si bien es una situación que las mujeres mencionaban que había ocurrido en diferentes etapas de sus vidas, en el momento de la entrevista era doblemente problemático, por cuanto las barreras para superarla eran aún mayores.

Varios factores han concurrido para esta dependencia. Por una parte, el control ejercido por muchas de las parejas impedía que algunas mujeres pudieran tener un empleo remunerado, pero incluso aquellas que lo tenían, en la mayoría de los casos eran con un bajo ingreso, pues se concentraron en el sector de servicio doméstico o como obreras y autónomas de baja calificación (tejedoras, costureras, etc.). Esta situación entregaba argumentos a las mujeres para no independizarse, pues muchas temían no poder hacerse cargo de los gastos familiares, especialmente cuando las/os hijos/as eran menores y/o estaban estudiando. Por otra parte, las manifestaciones de la violencia económica que hemos detallado anteriormente también influían en esta dependencia, pues algunas de las mujeres, aun teniendo un ingreso propio, debían entregarlo para que la pareja lo controlara, dejando escaso margen para cubrir sus necesidades. Así, en varios relatos nos encontramos con que el hombre era quien compraba todo para el hogar, dejando solo pequeñas cantidades para la subsistencia diaria. Finalmente, quienes sí disponían de su ingreso, usualmente lo destinaron a satisfacer necesidades de sus hijas/os, tanto por la necesidad de complementar los gastos familiares como por enfrentar pagos que no eran cubiertos por la pareja (por ejemplo, porque no eran hijas/os de ellos o por desorganización de la economía familiar). En algunos casos más extremos, las entrevistadas relatan que problemas como el alcoholismo de las parejas o la adicción a juegos de azar hacían que los aportes del hombre fueran muy bajos, pero aun así necesarios para la manutención de la familia.

Respecto de la disponibilidad de un lugar para vivir de forma independiente, las dificultades

para encontrarlo eran bastante grandes. Era imposible encontrar un alquiler si no tenían trabajo, por lo que la opción era recurrir a familiares, pero aquí entraban a jugar los argumentos vistos anteriormente sobre la idea de no pedir ayuda y no ser carga para otros/as. A esto se suma el hecho de que muchas se encontraban viviendo lejos del núcleo familiar, y volver a él significaba cambiar las redes que tanto ellas (en menor medida) como las/os hijas/os habían construido; también existía la posibilidad de que hubieran escapado del propio núcleo familiar (como veíamos en el apartado sobre el amor en el primer capítulo: abusos, violaciones, maltrato eran algunos de los motivos por los cuales las mujeres habían buscado refugio en una relación de pareja), por lo que volver a este era algo impensable. Por otra parte, encontrar un lugar que habitar (que mantuviera el estándar de lo que tenían hasta el momento) tampoco era algo fácil. Como veíamos en la primera parte, las opciones de habitabilidad eran escasas, los alquileres eran altos o en lugares que se alejaban de los núcleos urbanos, y existía un alto grado de hacinamiento en los hogares de clases medias-bajas, especialmente en conventillos y cités.⁵⁸ Todo esto se conjugaba para desincentivar la búsqueda de un espacio propio para las mujeres y sus hijas/os, como le ocurrió a Amelia:

[Amelia] “Entonces a mi no me gustaba ir a arrendar porque yo veía a otras hermanas que andaban: en un lado dejaban un mueble, en otro lado... como que recorrían todo Santiago arrendando, entonces a mi me daba... me gustaba tener la seguridad de que yo estaba ahí, de que de ahí nadie me iba a mover, a pesar de que no era de nosotros, era cedida por el trabajo, porque nosotros cuidábamos”.

Enfocándonos ahora en la etapa de la vejez, nos encontramos que la mayoría de estas mujeres presentaban una vulnerabilidad socioeconómica muy alta,⁵⁹ en congruencia con lo que sucede a mujeres de su generación.⁶⁰ Esto no es solo una problemática de Chile, pues las Naciones Unidas corroboran que en el mundo industrializado las mujeres han sido muy perjudicadas por las

⁵⁸ ESPINOZA, Vicente: *Para una historia de los pobres de la ciudad*, Santiago de Chile, Ediciones Sur, 1988, p. 197.

⁵⁹ SCOTT, McKIE, MORTON *et al.*, plantean que en su estudio no se verificó la visión generalizada sobre las mujeres mayores vulnerables debido a su fragilidad y dependencia de cuidadores, sino que la vulnerabilidad estaba relacionada a la dependencia económica. SCOTT, McKIE, MORTON *et al.*, *op. cit.*, p. 50.

⁶⁰ Reconocemos, sin embargo, las diferencias que se dan entre las clases sociales, pues mujeres de clases altas pueden tener acceso a otros recursos, como herencias, gananciales compartidos, jubilaciones, seguros, etc.

políticas de seguridad social aplicadas desde el siglo pasado. Este organismo mantiene que las mujeres mayores tienen un menor acceso a las pensiones oficiales por la escasa, breve e irregular participación en la fuerza de trabajo remunerada durante la edad adulta, usualmente con empleos en el sector no estructurado. Así, tras haberse creado una seguridad social para los/as asalariados/as, que no reconoce económicamente el trabajo realizado en el hogar y de cuidado de hijas/os y personas mayores o dependientes, las mujeres hoy se enfrentan a jubilaciones mínimas o no contributivas.⁶¹ En el país, esta realidad se traduce en que para el año 2006 una de cada cuatro mujeres mayores no contaba con ningún tipo de ingreso (de la previsión social, de empleo, ni transferencias asistenciales desde el Estado), por lo que se encontraban en completa dependencia de otras personas o instituciones. Del resto, un 13,8% tenía recursos provenientes de una o más pensiones y un 8,5% recibía ingresos de un empleo remunerado, sin complementos de jubilación o subsidio estatal.⁶²

Esta falta de recursos económicos dificultó la independencia de las mujeres mayores entrevistadas, quienes dejaron ver que se les presentaron solo dos alternativas: seguir con la pareja o recurrir a familiares para vivir. De este modo, la opción de una vida en la que pudieran ser autónomas económicamente era visualizada como algo prácticamente imposible, generando sentimientos de impotencia y desesperanza ante el futuro. Entran aquí en juego, además, las ideas que ya hemos planteado sobre lo que consideran debe ser una buena mujer, pues muchas exponían que no deseaban ser una carga para sus familiares (usualmente hijas o hijos); y en aquellos casos en los que optaron por aceptar los ofrecimientos de ayuda, tampoco eran independientes y solían asumir roles de cuidado (por ejemplo de nietas/os) para retribuir de alguna manera el apoyo recibido. Sonia, por ejemplo, no quería incomodar al hermano:

[Sonia] “Lo que pasa es que yo no tengo dónde ir, a veces mi hermano me invita a su casa en la playa, yo no tengo plata ni pa'l pasaje, me dice «quédate unos días acá»,

⁶¹ Naciones Unidas: *La Mujer 2000: Dimensiones del envejecimiento relacionadas con el género*, marzo 2002, Nueva York, Naciones Unidas, pp.7-8.

⁶² CANNOBBIO, Liliana y JERI, Tamara: *Estadísticas sobre las personas adultas mayores: un análisis de género*, Santiago de Chile, Servicio Nacional del Adulto Mayor, 2008, p. 78.

que sea para distraerme, la cosa es estar lo menos posible acá, entonces él me paga el pasaje, pero no siempre puede y no puedo estar tampoco invadiendo su intimidad todo el tiempo”.

Otros tipos de ayuda a los que podrían recurrir no fueron nombrados como alternativas o eran considerados de acceso imposible. Entre estos se encuentran las pensiones otorgadas por el Estado en los casos en que no se tiene derecho a una jubilación por algún régimen previsional, los aportes del Estado para completar las jubilaciones mínimas o el dinero por manutención que se solicita luego de un divorcio. Según Nancy, sus opciones al respecto eran mínimas:

[Nancy] “La situación económica la mantiene también, porque yo digo «¿Dónde me voy?» (...) entonces yo digo ahora «¿Dónde me voy?», mi mamá está enferma, ya no trabaja... eh, y él me dice «Mira, yo plata no te voy a dar» y yo le digo «Bueno, eso tendríamos que verlo porque si tú no me das dinero yo te vuelvo a demandar no más»... pero ¿sabe qué?, que es tampoco lo que gana también, ¡es una miseria, una miseria!”.

Es importante señalar que, según nuestros hallazgos, esta problemática no solo se presenta como una barrera para la búsqueda de ayuda, sino también como un obstáculo para mantener la decisión de separación en aquellos casos en que las mujeres habían reconocido la violencia y realizado acciones para detenerla. Luego de intentar un período de autonomía, la necesidad económica apremió y, frente a ello, la alternativa de volver a convivir con quien había agredido se planteaba como un mal que se podía soportar.

3.2.1.3. Sentimientos de ligazón hacia el hogar

Esta barrera se presenta principalmente una vez llegada la vejez y refleja la importancia de

los ambientes en los que se desarrolla cotidianamente la vida de las mujeres. Al igual que en otras investigaciones,⁶³ encontramos en las historias una ligazón emocional hacia el hogar, así como a los lugares cercanos en los que se desenvuelven (vecindario, iglesias, colegios, etc.), además de las personas de esos entornos que han podido formar parte de sus redes.

En lo que respecta al hogar, las mujeres expresaban en sus historias diversos motivos que explican este sentimiento: era un lugar que habían construido, cuidado y convivido; y el cual les había costado recursos, tanto económicos como de tiempo y dedicación. Hay otras situaciones especiales que tienen relación, por ejemplo, con el haber sido ellas quienes procuraron el espacio para la construcción de la casa cuando se produjeron tomas de terreno y construcción de poblaciones, por lo cual se sentía como un logro personal que no consideraban justo abandonar. Además de ello, los relatos nos planteaban la existencia de ciertos espacios y elementos dentro del hogar que se convirtieron en una especie de refugios frente a la violencia que se ejercía contra ellas y que, a pesar de ser un recuerdo de ello, se tenían como un lugar propio especial. Así lo sentía Rosario:

[Rosario] “(...), me dio una pena cuando vendí la casa y tuve que dejar mi altarcito, me traje la virgen, pero allá quedó todo mi jardín, el que tanto cuidé... es lo único que me apena de perder esa casa, el resto me lo traje casi todo, lo que yo quería, las cosas de él las regalé, ¿para qué las iba a querer? Si puro me hacían recordar lo malo... pero mi jardincito, ah, eso sí que me dio pena...”.

La importancia de los otros lugares cercanos y, en especial, las personas que encontraban en ellos, se explica en términos de la compañía que entregaban, la posibilidad de cambiar de ambiente cuando se enfrentaban a situaciones críticas dentro del hogar, evitar la soledad y el aislamiento, o la costumbre. Un hecho especial se refiere a la preocupación por la delincuencia, en términos que el barrio en que vivían era conocido, así como quienes lo habitaban, en cambio sentían que el vivir

⁶³ NÄGELE, BÖHM, GÖRGEN, *et al.*, *op. cit.*, p. 62; HIGHTOWER, *op. cit.*, p. 6.

sola en un lugar desconocido podría ser un aliciente para ser víctima de algún ataque. Esto varía ostensiblemente respecto de los pensamientos acerca de los espacios que tenían en la juventud, donde lo que prevaleció, en muchos de los casos, fue el encontrar un lugar en el cual desenvolverse, especialmente en lo laboral, por lo cual dejaron la protección de la casa familiar y su comunidad para enfrentar la vida en una gran ciudad con escasos recursos personales y económicos, como lo apreciamos en el apartado sobre las migraciones en la primera parte del estudio.

3.2.1.4. Protección a la familia

Otro argumento hallado en las historias de vida para no buscar una ayuda a la situación de violencia que implicara una separación de la pareja es la protección a la familia (especialmente hijas/os). Esta idea sobre la protección se presenta de diferentes formas: permanecer en la relación para mantener el nivel socioeconómico a los hijos/os y para que crecieran en una familia “normal” en la que pudieran contar con una figura masculina; evitar que hijos/as tuvieran conocimiento de hechos de violencia, en especial cuando adultos/as y pudieran intervenir en contra del padre violentamente; o cuidar la reputación de la propia mujer para que hijos/as no se vieran envueltos/as en escándalos. Nancy, por ejemplo, temía la reacción de uno de sus hijos y Angélica pensaba en cómo asegurar el estudio de sus hijos:

[Nancy] “Y me fui quedando, me fui quedando, pero yo no les puedo contar a mis hijos porque si, el día que mis hijos sepan que él me amenaza de que me va a matar ahora que estamos solos, o sea, mi hijo menor yo creo que... le saca la, la mugre, o sea, mis hijos le pegarían...”.

[Angélica] “Es que con lo que yo podía juntar no le habría podido dar lo que mis hijos tienen... y ahora los veo, no es mucho, pero es suyo y yo no habría podido...”.

Un denominador común en estas expresiones de protección a la familia es que nuevamente se manifiestan las ideas sobre lo que implica ser una buena madre, en este caso en lo relativo al propio sacrificio a cambio del bienestar de los/as hijos/as. Además, se muestra la importancia dada a la idea de la existencia de un solo tipo de familia “normal”, aquella compuesta por la madre, el padre y los/as hijos/as, y que es más importante la presencia de un padre que el tipo de modelo que este esté entregando. Es importante destacar que esto último se diferencia de lo hallado en otra investigación, referido a que dentro de la protección a la familia también se encontraban las acciones para evitar que tanto los hijos como las hijas aprendieran de estos roles, los unos del modelo paterno de agresión, las otras del papel sumiso de la madre.⁶⁴

Respecto al cuidado de la reputación de la madre, este aspecto se repitió en varias de las entrevistas, mostrando la importancia de la creencia en la idea de una “buena mujer”, aquella que es capaz de evitar la tentación de buscar una nueva pareja o un amante a pesar de que el hombre con quien convive sea capaz de ejercer violencia contra ella. En esto encontramos tanto el peso de la tradición respecto de los roles de género (un hombre puede tener muchas mujeres, pero la mujer no, por ejemplo) como el de la religión (también cruzada por el género) en lo que se refiere a la constante transmisión de una idea de fidelidad extrema y a todo costa (lo veíamos, por ejemplo, en los consejos entregados a algunas de las mujeres entrevistadas para que consideraran lo que les sucedía como una “cruz” que cargar), generando sentimientos de culpa si no se cumplen los mandatos religiosos tal y como son dados.

3.2.1.5. Rol de cuidadora

La familia también aparece vinculada como barrera para la búsqueda de ayuda en otro contexto: en el que uno o más miembros puedan requerir de cuidados, los que son asumidos por las

⁶⁴ DUNLOP, BEAULAUER, SEFF *et al.*, *op. cit.*, p. 10.

mujeres como parte de su responsabilidad. No importa en esto ni el origen, la edad, ni quien sea el miembro en cuestión, las mujeres en su mayoría consideraban que debían realizar un esfuerzo y permanecer en la relación en la que vivían violencia mientras existiera la necesidad de sus atenciones.

Ya hemos planteado la importancia que las mujeres mayores otorgan a las ideas sobre lo que se supone debe ser una buena esposa, madre y dueña de casa, la imagen de “la mujer chilena”, aquella buena mujer que es capaz de los mayores sacrificios por los suyos. En esta barrera estas ideas son fundamentales y llegan al extremo de ser más fuertes que los riesgos y efectos que las mujeres puedan experimentar a causa de la violencia ejercida por sus parejas hacia ellas.

Durante los años en que las mujeres entraban en la edad adulta se les presentaban diversas situaciones que generaban este sacrificio, como tener hijos/as pequeños/as o en edad de estudiar, o enfermedades de familiares cercanos. Con el paso de los años, ya entrada la vejez, otros motivos se agregaban a la lista: cuidado de nietos/as, de personas mayores a su cargo (por ejemplo, madres o padres de las propias mujeres o de sus esposos), e incluso de la propia pareja. Así lo relataba Nancy:

[Nancy] “Yo tengo un nietecito que lo voy a buscar al jardín, que eso también ahora me ata porque mi hijo no tiene quien le cuide su guaguüto, entonces lo deja en el jardín y después lo cuido y me da no sé qué dejarlo, que va a tener que dejar de trabajar la señora, entonces me da pena eso. (...) me dio pena porque [mi esposo] andaba con un pie que se le estaba pudriendo porque es diabético y toma todos los días, y sabe que me dio tanta pena...”.

Estas obligaciones autoimpuestas (incluida la de cuidar al esposo) también han sido halladas en estudios realizados en otros países que hemos revisado, planteando que algunos elementos fundamentales para explicar estas situaciones son los altos niveles de responsabilidad de las mujeres (y en especial las mayores) hacia sus familias y parejas, así como las tradicionales actitudes hacia el

matrimonio y los roles de género.⁶⁵

3.2.1.6. El deterioro de la personalidad en la afectada

Anteriormente hemos visto el daño producido en las mujeres por los años de convivencia en una relación en que se ejercía violencia contra ellas. Uno de los efectos es el deterioro en la personalidad de las afectadas, que puede tener diferentes manifestaciones. Usualmente pueden presentarse en cada mujer varias de estas manifestaciones, ya sea al mismo tiempo o en diversos momentos de su vida. Este deterioro usualmente dificulta la evaluación de la situación de riesgo que se vive y la toma de decisiones al respecto, convirtiéndose en una barrera para el reconocimiento de la violencia y la búsqueda de ayuda.

Una de las manifestaciones antes señaladas es la sensación de impotencia en las mujeres. Coincidiendo con lo encontrado en otros estudios en mujeres mayores, este estado aparece asociado a una aparente falta de fuerzas para enfrentarse al control y las agresiones de la pareja, y a la creencia de que no se tienen recursos (económicos, personales, familiares) para actuar. Esta sensación las conducía a pensar que no tenían más opción que seguir en la relación y que el lograr un cambio era prácticamente imposible.⁶⁶ Luego de muchos años de promesas de que las cosas podían cambiar (la etapa de “luna de miel” en el ciclo de la violencia), muchas ya consideraban que eso no iba a suceder, que no estaba en sus manos lograr que la situación se modificara y que claramente no existía por parte de la pareja una intención real de que eso ocurriera.

Por otra parte, el temor a la soledad aparece como otra manifestación del deterioro de la

⁶⁵ NÄGELE, BÖHM, GÖRGEN, *et al.*, *op. cit.*, pp. 62-63; SCOTT, McKIE, MORTON *et al.*, *op. cit.*, p. 18; ZINK, Therese; REGAN, Sandra; JACOBSON, Jeffrey y PABST, Stephanie: “Cohort, Period and Aging Effects: a Qualitative Study of Older Women’s Reasons for Remaining in Abusive Relationships” [en línea], en *Violence Against Women*, vol. 9, núm. 12, 2003. Disponible en «<http://vaw.sagepub.com/cgi/reprint/9/12/1429>» [Consultado 20 abril 2009], p. 1437.

⁶⁶ GRUNFELD, LARSSON, MACKAY *et al.*, *op. cit.*, p. 1489; DUNLOP, BEAULAUER, SEFF *et al.*, *op. cit.*, pp. 10-11.

personalidad. En nuestro estudio encontramos este miedo asociado al aislamiento que experimentaron. En algunos casos, tras más de 40 años de convivencia, enfrentarse a un día a día sin la compañía de la pareja parecía algo imposible y/o producía gran angustia, y si a esto se sumaba que los/as hijos/as ya eran mayores y se habían independizado, la idea de separarse y vivir por su cuenta era prácticamente impensable.⁶⁷ Esto no solo actuó como una barrera en la búsqueda de ayuda, sino que en quienes por diferentes motivos ya no estaban con la pareja (por viudez o por separación), la soledad se expresaba como uno de los mayores causantes de tristeza y pesar. Elena manifestaba su temor a la soledad de esta manera:

[Elena] “Yo creí..., yo al principio yo llegaba a mi casa y lloraba a mares, me sentía sola, más que nada, sola, porque yo sabía que no me iba a morir de hambre, pero es pesado, cuando una ha vivido eso es triste...”.

Finalmente, una baja autoestima se presenta como una importante barrera, pues dificulta que las mujeres puedan tener confianza en sí mismas, sus pensamientos, creencias, planes y decisiones. Tras años de escuchar de parte de sus parejas que ellas no eran capaces de entender lo que sucedía, que si no podían andar solas en la calle menos podrían vivir solas, que no servían para nada, entre muchos otros ejemplos de violencia psicológica,⁶⁸ muchas mujeres interiorizaron estas palabras y las hicieron suyas, exigiéndose mucho a sí mismas y, al no poder cumplir tanto las propias exigencias como las puestas por sus parejas, consideraban que efectivamente no eran capaces de actuar adecuadamente.

“Tonta”, “enferma”, “poca cosa”, “huasita”⁶⁹, entre otros calificativos, sirven para ejemplificar la forma en que las mujeres se percibían a sí mismas. Algunas los utilizaban para el

⁶⁷ NÄGELE, BÖHM, GÖRGEN *et al.* hallaron este temor vinculado a diversos factores de inhibición, como la dependencia económica, la dependencia emocional ligada a los roles de género, y/o los sentimientos de responsabilidad hacia la pareja. NÄGELE, BÖHM, GÖRGEN *et al.*, *op. cit.*, pp. 65-66; ZINK, REGAN, JACOBSON *et al.* plantean que este se relacionaba con las ideas de la vejez presentes en las culturas. ZINK, REGAN, JACOBSON *et al.*, *op. cit.*, pp. 1437-1437.

⁶⁸ ZINK, REGAN, JACOBSON *et al.*, *op. cit.*, utilizan el término abuso emocional y plantean que los años recibiendo este abuso repercuten en una baja autoestima y autoconfianza. ZINK, REGAN, JACOBSON *et al.*, *op. cit.*, p.1438.

⁶⁹ En la primera parte del estudio nos referimos a este término, que en general es utilizado para denostar a una mujer.

momento actual que vivían y otras para exponer lo que opinaban sobre sus acciones en el pasado, pero en todos los casos reflejan los sentimientos negativos que cultivaban hacia ellas mismas y las dificultades que esto generaba para reconocer otros aspectos de valentía y valía en sus vidas, a pesar de que otras personas pudieran tratar de hacérselos ver. Lourdes, por ejemplo, no se sentía capaz de enfrentar sin su pareja la crianza:

[Lourdes] “[Volvía con él] de tonta, porque igual me sentía muy como poca cosa, ¿cómo te pudiera decirte? Que no me hallaba capaz de criar a los tres chiquillos sola...”.

Sobre la etapa de la vejez, los estereotipos negativos vinculados a las personas mayores que usualmente se transmiten en los diferentes medios de socialización refuerzan los autoconceptos que ya tienen las mujeres, sumándose a ellos para generar una menor valoración y plantear mayores retos a la hora de enfrentar desde simples tareas a acciones más demandantes.⁷⁰ Por ejemplo, las entrevistadas hablaban de que a las personas mayores les cuesta más aprender, que son más frágiles y expuestas a mayores dolencias por causa de la edad (a pesar de que la mayoría de ellas se encontraba en buen estado de salud física y mental), que estorban y/o que ellas no querían ser una molestia. Incluso, el propio término “vieja” era usado como algo con poco valor, que le queda poca vida y uso. En el caso de Rosario, ella sentía un rechazo en la sociedad:

[Rosario] “En la micro siempre me miran feo, si me dan el asiento siempre hay alguien que me mira como diciendo “si no fuera por esa vieja iría senta'o”, es muy triste... Y uno ve los programas en la tele, cuando muestran los viejitos abandonados, los que están en los asilos y les pegan... ¡qué terrible!”.

⁷⁰ En una tesis realizada en Chile sobre ancianidad y medios de comunicación se plantea que si bien la prensa escrita en el país no utiliza en su mayor parte atributos o calificativos directos para referirse a los/as ancianos/as, sí existe reiteradamente una vinculación hacia situaciones negativas, entregando una imagen negativa de las personas mayores y la vejez. ALCAÍNO, Paula: *Ancianismo y medios de comunicación. Los discursos sobre la vejez en la prensa escrita chilena*, Memoria para optar al título de Antropólogo social, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 2006, pp. 127-128.

3.2.1.7. El “hombre bueno”

Si consideramos la falta de confianza y de autoestima que presentan la mayoría de las mujeres en esta situación, no es difícil comprender el temor que muchas de ellas manifestaron respecto a su capacidad de convencimiento y la credibilidad que podían tener sobre otras personas ajenas al núcleo familiar, aquellas que no estaban en conocimiento directo de la violencia que experimentaban. Esto porque, tal y como lo definen Nägele *et al.*, algunas de las parejas son descritas por las mujeres como hombres de “dos caras”,⁷¹ que hacia el exterior se muestran como personas buenas, justas, preocupadas del bienestar de la familia, pero que en la intimidad del hogar son capaces de ejercer violencia hacia la mujer e incluso hacia los/as hijos/as.

Los relatos respecto de este tema expresan que los hombres mostraban una facilidad de palabra para encantar y llamar la atención positivamente; de preocuparse por la salud, ingresos económicos u otros problemas de familiares y personas conocidas; de hablar constantemente sobre los recursos económicos que habían gastado en la familia; de recibir a visitas como un dueño de casa interesado y amistoso; entre otras. De esta manera, se iban creando una imagen social positiva, de “hombre bueno”, de “padre ejemplar”, de “marido atento”, entre otros calificativos, por lo que para las mujeres era muy difícil, y en la mayor parte de las ocasiones impensable, intentar explicar que sus parejas podían tener esas actitudes y comportamientos hacia el “público”, pero que no eran las únicas y que en privado cambiaban para agredirlas, por ejemplo, por considerar que ellas no habían atendido bien a las visitas o que los malos comportamientos de hijos/as se debían a que ellas no eran “buenas madres”. Marcela contaba lo que pensaban sus conocidos:

[Marcela] “Sí, con ellos [mis hijos] se portaba bien, la cosa era conmigo..., con ellos los sacaba hasta a pasear, en el colegio se admiraban, decían que era un padre envidiable..., siempre me dijeron eso, que me envidiaban por tenerlo conmigo... no tenían idea de lo que eso significaba”.

⁷¹ NÄGELE, BÖHM, GÖRGEN *et al.*, *op. cit.*, p. 60.

Ya mayores, tras largo tiempo escuchando estas alabanzas a sus parejas, otro factor se sumaba a la falta de confianza en sí mismas y la baja autoestima: el temor a que creyeran que se estaban volviendo seniles y estaban inventando cosas contra sus parejas. Las enfermedades degenerativas que afectan los estados mentales son una de las posibles situaciones que afectan a las personas mayores, pero también son fuente de uno de los estereotipos negativos asociados a ellas, lo cual genera en este caso un efecto contraproducente, actuando conjuntamente a los otros factores como barrera para buscar ayuda.

3.2.1.8. Ideas sobre el amor/matrimonio

Tal como vimos en la primera parte del estudio, las mujeres mayores compartían, por lo general, una idea común sobre el amor, las relaciones de pareja y el matrimonio, que indicaba que a pesar de las dificultades que se puedan encontrar en la convivencia, el compromiso asumido con la otra persona debe respetarse y mantenerse. Incluso aquellas mujeres que manifestaban no haberse casado por amor expresaban su conformidad con las normas que aprendieron en los diferentes medios de socialización.

Esta barrera también fue hallada en otras investigaciones internacionales, las que plantean que las mujeres mayores presentan, en comparación a mujeres más jóvenes, un comportamiento de mayor sacrificio ante las dificultades que pueden aparecer en los matrimonios y percibir como “normales” las actuaciones negativas de las parejas. Además, tanto la religión como la familia de origen son mencionados como instituciones transmisoras de los mensajes en contra de la separación.⁷²

⁷² NÄGELE, BÖHM, GÖRGEN *et al.*, *op. cit.*, pp. 62-63; SCOTT, McKIE, MORTON *et al.*, *op. cit.*, p. 52; ZINK, REGAN, JACOBSON *et al.*, *op. cit.*, p. 1436; PHILLIPS, Linda: “Domestic violence and aging women”, en *Geriatric Nursing* [en línea], vol. 21, núm. 4, 2000 Disponible en «[http://www.gnjournal.com/article/S0197-4572\(00\)31727-X/abstract](http://www.gnjournal.com/article/S0197-4572(00)31727-X/abstract)» [Consultado 21 abril 2008], p. 191.

De esta forma, situaciones en las que el padre y la madre de las entrevistadas permanecieron juntos a pesar de los problemas que tuvieron en la relación (no solo en aquellos casos en los que existió violencia de parte del hombre), una madre que no se enfrentó a las dificultades (calificada como “cobarde” por la entrevistada) y que enseñó que “había que evitar”, las imágenes de familias “normales” (e ideales que expusiéramos anteriormente) en medios de comunicación o las enseñanzas religiosas eran algunas de las formas en las que las mujeres aprendían y reforzaban las ideas tradicionales sobre las relaciones de pareja. Estas últimas eran las que pesaban en la opinión de Raquel al respecto:

[Raquel] “Veamos, cómo se lo explico... Yo sé que no debe ser fácil de entender para una joven como usted..., pero es que a mí me criaron a la antigua... El mari'o era el mari'o y uno no está pa' andar poniendo pegas⁷³”.

3.2.1.9. Vergüenza

Otro elemento muy importante a la hora de decidirse a la búsqueda de ayuda es el sentimiento de vergüenza que cargan muchas de las mujeres que han sido agredidas por sus parejas.⁷⁴

En una sociedad en la que se insta a “lavar los trapos sucios en casa” y en la cual se considera que la mujer se queda en una relación en la que la maltratan es “porque le gusta”, entre otros mensajes y mitos sobre la violencia contra mujeres, el que una mujer sobre la que se ejerce violencia pueda y/o quiera reconocer lo que está viviendo implica que debe superar el temor a ser juzgada por familiares y conocidos. Si, además, tomamos en cuenta el deterioro de la personalidad antes mencionado, podemos comprender lo difícil que es para estas mujeres romper con la imagen

⁷³ “Poniendo pegas” significa “poniendo problemas”.

⁷⁴ NÄGELE, BÖHM, GÖRGEN *et al.*, *op. cit.*, pp. 65-66; SCOTT, McKIE, MORTON *et al.*, *op. cit.*, p. 38; ZINK, REGAN, JACOBSON *et al.*, *op. cit.*, p. 1434.

que tienen de sí mismas y con los estereotipos que se difunden⁷⁵. Para Nancy, la situación que vivía era vergonzante:

[Nancy] “Porque a uno le da mucha vergüenza contar, que uno se siente tan disminuida de contar que el marido la amenaza, por ejemplo a mí me da vergüenza decir que mi marido me dice que me va a matar... Entonces a lo mejor a las mujeres las matan porque a lo mejor tienen el mismo sentimiento que tengo yo, que es vergüenza, o sea, tan poca cosa soy que este hombre me quiere matar”.

Por otra parte, Dunlop *et al.* plantean que en el caso de aquellas mujeres criadas en familias que tendían hacia la ocultación de lo que sucedía en su interior, el hablar sobre la violencia no solo las habría avergonzado a ellas, sino también a sus familiares;⁷⁶ así hemos constatado en al menos uno de los casos analizados.

3.2.1.10. Desesperanza

Esta barrera difiere de las demás en tanto que implica un reconocimiento de la violencia e incluso experiencias previas de búsqueda de ayuda, pero los repetidos resultados negativos en estas búsquedas hicieron que las mujeres considerasen que esta vía no era efectiva y, por lo tanto, no valía la pena volver a intentarlo. En muchas ocasiones, para romper esta barrera fue necesario que las mujeres se enfrentaran a situaciones extremas de violencia y/o amenaza de muerte, o que fueran motivadas a ello por alguna persona cercana. Jessica relató lo que se encontraba en décadas anteriores al denunciar en la policía:

[Jessica] “Entonces no había quién me favoreciera a mí... no como ahora, que ahora

⁷⁵ Según Mercedes López, en la sociedad se difunde la idea de que determinados comportamientos solo son adecuados para mujeres y otros solo para hombres, basándose en las creencias de que unas y otros tienen características de personalidad innatas que son diferentes entre si. LÓPEZ, Mercedes: “Violencia machista: Un medio para el ejercicio del poder”, en E. López (coord.), *Violencia contra las mujeres: Descripción e intervención biopsicosocial*, Jaén, Universidad de Jaén, 2010, p. 52.

⁷⁶ DUNLOP, BEAULAUER, SEFF *et al.*, *op. cit.*, p. 12.

uno tiene a quién buscar, antes no... Si antes uno iba a carabineros porque le pegaban ¡y no la tomaban ni en cuenta!, si así era antes...”.

Las situaciones que daban pie a esta barrera, como el nulo reconocimiento de los hechos como constitutivos de delito, la burla y tratamiento sexista de parte de funcionarios policiales o de otro tipo (según las entrevistas, este tratamiento solo fue de parte de hombres) o el escaso conocimiento sobre centros de atención y apoyo, han disminuido gracias al trabajo gubernamental y de organizaciones privadas para la sensibilización, el reconocimiento, la prevención y erradicación de la violencia contra las mujeres, incluyendo las acciones que hemos expuesto en el primer capítulo. Sin embargo, en algunos de los casos analizados, las mujeres no se mostraron conformes con la ayuda que recibieron, unas veces debido a las altas expectativas que tenían al solicitar apoyo, otras debido a respuestas insatisfactorias de los/as profesionales, lo que analizaremos más adelante.

3.2.1.11. Religión

Tal como planteamos en la primera parte de este estudio, otro elemento relevante de la experiencia femenina es su relación con la religión y la espiritualidad. Esta relación no solo involucra las prácticas religiosas, sino que también afecta la autoimagen, las interacciones, la toma de decisiones y las actuaciones de quienes comparten creencias religiosas, orientándolas hacia la conformidad, pasividad y sumisión frente a la violencia que se ejerce contra ellas, pasando a ser de esta manera una importante barrera a superar para la búsqueda de ayuda (más allá de personas vinculadas a las iglesias). Regina es un ejemplo de ello:

[Regina] “Lo que Dios une no se puede separar, así es y así será mientras siga teniendo fe. Lo pasado pasó y hay que mirar al futuro, seguir pa'lante y confiar en su misericordia”.

Coincidimos en lo planteado por Carol Seaver respecto de que la aceptación del hombre como “cabeza” de la familia o la importancia de la disciplina al interior de esta son posiblemente más fáciles de aceptar por las mujeres mayores debido a que han estado expuestas durante mayor tiempo a la socialización en estas creencias que las mujeres más jóvenes.⁷⁷ Pero también consideramos que el acercamiento a la religión en algunos de los casos se vio motivado por los sentimientos de temor a la soledad experimentados por las mujeres mayores, siendo la vida comunitaria una alternativa para superarla. De esta forma, incluso si las mujeres no estaban de acuerdo con los mensajes sobre la familia y las relaciones de pareja que se difundían en estos espacios, podían actuar de acuerdo a ellos con tal de no perder la compañía que encontraban. Claramente este es un punto sobre el cual sería necesario profundizar en un estudio específico sobre la relación entre las creencias religiosas y la violencia contra las mujeres.

Por otra parte, otros hallazgos en investigaciones sobre violencia a mujeres mayores indican que, si bien estas concurren a solicitar ayuda a personas relacionadas con diversas iglesias, ellas consideraron que no habían recibido un apoyo útil, e incluso llegaron a expresar en ocasiones que no habían logrado ningún tipo de ayuda.⁷⁸ Este no es el caso de las entrevistadas, pues ninguna manifestó que hubiese buscado ayuda específicamente por su problema de violencia, sin embargo, quienes en el transcurso de sus encuentros (todos con religiosas, ninguno con sacerdote o pastor) lo dieron a conocer, recibieron un mensaje de conformidad y aceptación, y de esperar una mejora en el futuro, como le sucedió a Rosario:

[Rosario] “Cuando yo tenía mucha pena rezábamos juntas, me hacía tan bien... yo le conté una vez que él no era cariñoso y ella me dijo que seguramente era su forma de ser, pero que si seguía casado conmigo era porque me quería, y que los lazos del Señor no se rompen, pese a todas las dificultades..., que todos cargamos nuestra propia cruz, que esa era mi cruz y la tenía que cargar por amor a Dios. Yo así lo entendía, que era mi cruz...”.

⁷⁷ SEAVER, *op. cit.*, p. 9.

⁷⁸ DUNLOP, BEAULAUER, SEFF *et al.*, *op. cit.*, p. 11

3.2.1.12. Sentimientos negativos derivados de la edad

Finalmente, un aspecto que usualmente no ha sido considerado como una barrera para la búsqueda de ayuda, pero que nosotros hallamos al cruzar tanto el género como la edad, son los sentimientos negativos expresados por las entrevistadas respecto a las dificultades y discriminaciones que sienten por ser mujeres mayores.

Para entender esto debemos tener en cuenta que el género y el envejecimiento se relacionan directamente en la vida social. A medida que una persona crece y se desarrolla ocurren hechos a nivel social, cultural, político y económico que influyen en ella. Pero también ocurren cambios a nivel de las relaciones de género que tienen un impacto directo en la forma en que se estructuran nuestros comportamientos, oportunidades, roles, acceso a recursos, con los cuales se van determinando las elecciones que puedan o deseen realizarse en cada etapa.⁷⁹ Por ejemplo, hemos visto en la primera parte de este estudio cómo la educación, el empleo y trabajo, o la experiencia migratoria variaban tanto con los cambios históricos, sociales y culturales que ocurrían, como con las propias vivencias acordes a su edad y su género.⁸⁰

El problema es que las circunstancias antes descritas han supuesto que en su vejez las mujeres deban afrontar mayores dificultades para tener una buena calidad de vida (exceptuando, claramente, aquellas de clases acomodadas) y que deban además enfrentar mayores discriminaciones para superar esas dificultades.⁸¹ De esta forma, tanto las condiciones socioeconómicas como las percepciones e imágenes sobre sí mismas se combinaban para crear en

⁷⁹ ARBER, Sara y GINN, Jay: “Mera Conexión. Relación de Género y Envejecimiento”, en S. Arber y J. Ginn, *Relación entre Género y Envejecimiento*, Madrid, Nancea de Ediciones, 1996, p. 17; Naciones Unidas, 2002, *op. cit.*, p. 2.

⁸⁰ Según Anna Freixas, no es lo mismo envejecer siendo mujer que hacerlo siendo hombre, pues hay aspectos de la vida social, personal y profesional que han influido para hacer diferentes las vidas de unas y otros, incluyendo las trayectorias personales, emocionales y profesionales, así como la vinculación en tareas de cuidado. FREIXAS, Anna: “Las mujeres queremos ser mayores y poder parecerlo”, en V. Maquieira (compa.), *Mujeres Mayores en el Siglo XXI*. Madrid, Instituto de Migraciones y Servicios Sociales, 2002, p. 46.

⁸¹ Usualmente en la sociedad se las considera inferiores a los hombres en general y a las mujeres más jóvenes, al ser percibidas como menos atractivas y deseables que estas últimas, y aparentemente ya no son útiles como esposas, madres o cuidadoras. AITKEN, Lynda y GRIFFIN, Gabriele: *Gender issues in Elder Abuse*. London, California y New Delhi, SAGE, 1996, p. 62.

las mujeres la idea de que no existen alternativas para salir de la relación de pareja en la que se ejerce violencia hacia ellas. Así lo sentía Sonia:

[Sonia] “No tengo dónde ir, por eso sigo aguantando, porque llegando a cierta edad ya en todas partes molesta”.

Además de ello, en algunos casos la idea se forma luego de haber solicitado ayuda, pues manifestaban que esta no fue adecuada o suficiente para superar el problema, y ellas sentían que las justificaciones que se les entregaron para no dar otro tipo de ayuda estaban relacionadas con su edad y el hecho de ser mujeres:

[Vanesa] “Yo dependo de él, yo ahora, o sea, no, yo tengo sesenta y cuatro años, yo, yo creo que por eso no nos pescan⁸² a la tercera edad, nos mandan a vivir eternamente al lado de, de estos hombres que toda la vida nos hicieron sufrir (se le quiebra la voz), porque como muchas cosas nadie ve de por medio que esté sufriendo, (...) Entonces no encuentro justo que te manden, más encima a esta edad, a aguantar...”.

De esta forma, ante las discriminaciones que percibían por su edad, las mujeres experimentaban angustia y la sensación de ser incomprendidas, de que quienes las trataban de esta forma no eran capaces de ponerse en su lugar para ayudarlas a enfrentar el grave problema que vivían, generando nuevos resquemores y falta de confianza en las instituciones.

XXX

Para el análisis de las barreras que hemos hallado en las entrevistas, los aspectos que trabajamos en la primera parte de este estudio nos sirvieron para comprender el porqué de la presencia de algunas de ellas, cómo es posible que interactúen para dificultar la búsqueda de ayuda y qué elementos serían relevantes de trabajar en procesos reparatorios, especialmente aquellos que

⁸² “No nos pescan” significa “no nos toman en cuenta”.

pueden prevenir que las mujeres vuelvan a las relaciones en que experimentan violencia de parte de sus parejas cuando no desean hacerlo. Creemos que de esta forma no solo hemos realizado un análisis bajo algunos supuestos (como por ejemplo que las mujeres mayores se decantan más hacia el matrimonio para toda la vida), sino que los hemos ubicado en un contexto histórico, social y cultural que nos permite una mirada más certera sobre ellos.

3.2.2. “No te voy a permitir que le pegues a ella”. Reconocimiento de la relación de maltrato y personas motivadoras del cambio

[Amelia] “(...) Pero él les pegó, castigó mucho a mis hijas, lo que yo había pasado, él me lo hizo vivir con mis hijas,... ellas ya después crecieron, ellas me empezaron a defender, muchas veces les llegaron golpes a ellas y eso me dolía más, no me gustaba”.

Llegar a reconocer la violencia de parte de las parejas y los efectos que esta causa en las vidas de las mujeres y sus seres queridos toma un esfuerzo considerable y requiere voluntad y valor. Esto se debe a que las barreras que ya hemos visto, así como los efectos negativos en la salud física, mental y emocional de las que la experimentan, dificultan el tomar una conciencia real del problema y realizar actuaciones para detenerlo y superarlo. Sin embargo, en este proceso hay detonantes que sirven para cambiar la mirada sobre la situación que ellas viven, así como personas e instituciones que transmiten los mensajes correctos para motivar la toma de decisiones en beneficio de una vida diferente.

Todas las entrevistadas eran mayores de 60 años cuando habían realizado algún tipo de reconocimiento del problema y recibido diversos apoyos en un centro especializado, y algunas de ellas habían realizado denuncias a la justicia por la violencia. Como motivos del inicio de ese proceso hallamos dos razones principales en los relatos de las mujeres: La primera está relacionada con ellas mismas, pues manifestaban estar cansadas de los abusos y los hechos graves de violencia generaban cada vez más temor a tener consecuencias severas en su salud. La segunda se refiere a la seguridad de sus hijos/as y nietos/as, a quienes visualizaban como víctimas de una situación que no les correspondía.

Estas razones también se han encontrado en otras investigaciones con mujeres

jóvenes/adultas,⁸³ pero la diferencia radica en los aspectos relativos a la edad de las mujeres y sus hijos/as. En todos los casos analizados, la violencia era de larga duración, lo que significaba que se había ejercido violencia hacia las mujeres durante al menos 10 años, llegando incluso a más de 40 años en algunos casos, por lo que la repetición de los hechos había provocado un desgaste mayor en ellas. Por otra parte, algunas presentaban enfermedades y/o lesiones (algunas frutos de la violencia) que las hacían temer resultados más graves ante hechos de violencia física, si bien también encontramos un miedo basado en las ideas sobre las personas mayores: que son frágiles y por lo tanto más propensas a consecuencias en la salud difíciles de superar. Jessica, por ejemplo, actuó frente a la amenaza a su hija y nieto:

[Jessica] “Mire, cuando yo hice la demanda, porque ya le teníamos miedo (...) Y de ahí le dije yo «O te calmai' o llamo a carabineros, pero yo no te voy a permitir que le pegui's a ella. Está bien que te desahogaste conmigo», le dije, «Pero yo no voy a permitir que le pegui's a ella, yo voy a llamar a carabineros». (...) Eh, consideré que yo estaba arriesgando la vida de mi hija y de mi nieto, así que me vi en la obligación de ir a demandarlo”.

En lo relacionado a los/as hijos/as, la mayor preocupación manifestada se refería al momento actual de sus vidas, cuando ellos/as ya eran adultos/as y la relación con el padre (o padrastro) se había deteriorado ostensiblemente. En algunos casos, la violencia se extendía hacia ellos/as, principalmente por dos razones: por un lado, el agresor podía enfocarse en ellos/as como una forma indirecta de dañar a su pareja a través de sus seres queridos; por otra parte, cuando los/as hijos/as llegaban a la edad adulta, estaban en condiciones de enfrentarse al padre y proteger a la madre (o al menos, apoyarla y estar de su parte). Aparecen, además, otras personas en juego, los/as nietos/as, hacia quienes las mujeres muestran una especial preocupación y deseo de evitar que entren en la dinámica de la violencia (ya sea por presenciar la que se ejerce hacia ellas o hacia alguno de sus padres) o, si esta ya ha comenzado, que se pueda terminar prontamente para no

⁸³ LARRAÍN, *op. cit.*, p. 575; Servicio Nacional de la Mujer, *op. cit.*, 2003, p. 226; Servicio Nacional de la Mujer, *op. cit.*, 2009, pp. 33-34.

causarles un daño mayor. Por otra parte, el que los/as hijos/as (y otros familiares) sean adultos y puedan enfrentarse al padre (o padrastro) también provoca tensión en las víctimas de violencia, pues en ocasiones temían que estos enfrentamientos pudieran ser tan graves que los hombres terminaran con algún daño grave (incluso la muerte) y por ello sus hijos/as pudieran verse envueltos en problemas judiciales y quedar, además, con serios problemas psicológicos y emocionales a raíz de ello. En el caso de Elena, ella recibió el apoyo de una sobrina:

[Elena] “Y ahí ya, una sobrina, que según ella yo soy su mamá porque su mamá falleció, así que yo soy su madre, le dijo «Usted le pega a mi tía, tío», le dijo, «y yo soy capaz de pegarle un puñete, a la tía no se le pega», y le dijo «y me importa un rábano que me lleven presa»... Entonces ahí ya, ella me dijo «Tía vamos al abogado, a ver qué es lo que nos dice».

Una vez reconocido el problema, para dar los pasos siguientes fue fundamental para las mujeres el contar con personas que las comprendieron y apoyaron, haciendo una diferencia notoria entre quienes a la fecha de la entrevista habían conseguido terminar con la violencia o estaban en proceso de ello por medio de una separación, y las que todavía, a pesar de las denuncias, atenciones especializadas en centros y procesos de reparación, continuaban una relación en la cual se ejercía violencia hacia ellas.

Tal como se ha identificado en otras investigaciones sobre violencia hacia mujeres mayores,⁸⁴ las personas que prestaron una ayuda oportuna y mantenida en el tiempo pertenecían a los ámbitos más cercanos a la vida de las entrevistadas (micro y exosistema), pero según nuestro análisis la edad jugó un rol fundamental, pues en casi la totalidad de los casos estas personas eran jóvenes/adultas, principalmente hijas o hijos que ya se habían independizado y tenían recursos económicos suficientes para prestar ayuda, además de haber tomado conciencia de la problemática al haber crecido en una sociedad en la que tanto organismos públicos como privados habían

⁸⁴ GRUNFELD, LARSSON, MACKAY *et al.*, *op. cit.*, pp. 1490-1491; NÄGELE, BÖHM, GÖRGEN *et al.*, *op. cit.*, p. 57; SEAYER, *op. cit.*, p. 11.

comenzado un proceso de sensibilización sobre ella.

Además de factores individuales, como una mejor situación socioeconómica o una mayor educación (especialmente en los casos en que se hace referencia a estudios superiores en áreas que están más cercanas a la problemática), creemos que otro elemento que facilita a estas personas la decisión de ayudar a las mujeres mayores es el relativo a la mayor sensibilización existente en la sociedad chilena respecto de la violencia contra las mujeres, fruto de una apertura al tema desde la década de 1990 en adelante, una vez que se reinstauró la democracia en Chile y se comenzaron a realizar acciones a mayor escala desde el gobierno y otras instituciones privadas. Esto porque, a pesar de que no se entrevistó directamente a estas personas, en los relatos las mujeres recuerdan sus palabras de aliento y motivación (e incluso compañía) para buscar ayuda en centros especializados, consultar a abogados, realizar denuncias en la policía o tribunales, así como su rechazo a la violencia que se ejercía hacia ellas, lo que demuestra un conocimiento de lugares para acudir en estos casos y procedimientos adecuados a seguir.

3.2.3. “Me acerqué a Carabineros”. Identificación de personas y/o instituciones a las que se solicitó ayuda

[Mónica] “Llegó un punto en que me dije que no más... y partí, no sabe el miedo que tenía, pero me acerqué a Carabineros de Chile, ahí pedí que me dijeran qué podía hacer... lloraba y lloraba, me costaba hablar, pero por fin me atendió una paquita⁸⁵ que me ayudó”.

Al momento de dirigir la búsqueda de ayuda a personas o instituciones especializadas en el tema, las mujeres mayores y quienes las apoyaban optaron por una amplia gama de posibilidades, incluyendo personal sanitario, policías, juzgados, abogados/as particulares y centros de la mujer, entre otros. Para tomar la decisión de dónde acercarse incorporaron aspectos como la cercanía, el mayor reconocimiento social de la institución o la consideración de cuál sería la más apta para recibir su caso y ofrecer mayor protección, así como las experiencias positivas y negativas que habían tenido en el pasado al buscar apoyo.

En primer lugar encontramos que la opción más recurrida fue dirigirse a los cuerpos policiales (Carabineros y Policía Civil), donde las mujeres concurrieron tanto para consultar sobre la ayuda que estos podían brindar como para “dejar constancia” y/o denunciar. Puesto que el dejar constancia de los hechos en la policía no inicia trámites judiciales, algunas mujeres se dirigían con este fin para evitar otras repercusiones (por ejemplo, que detuvieran a sus parejas), pues manifestaban que lo que querían era “asustar” o “dar una lección” al hombre. El hecho de que estas instituciones fueran las más mencionadas puede estar relacionado tanto con la cercanía física como con la buena evaluación y el alto índice de confianza que tiene en la sociedad Carabineros de Chile.⁸⁶

⁸⁵ Paquita es una forma de referirse a las mujeres policías de una forma cariñosa o cercana.

⁸⁶ Siguiendo la tendencia de años anteriores, el Estudio Nacional de Opinión Pública de julio de 2014 señala que Carabineros era la institución que mayor confianza generaba en la población. Centro de Estudios Públicos: *Estudio Nacional de Opinión Pública N° 71* [en línea], Santiago de Chile, 2014. Disponible en http://www.cepchile.cl/1_5640/doc/estudio_nacional_de_opinion_publica_julio_2014.html#.VBcMH_1_t-c

En segundo lugar están los servicios de salud, donde las mujeres buscaron un tipo de ayuda diferente, pues por una parte pensaban que era un lugar donde les correspondía tratar a la pareja “por estar enferma” (uno de los mitos de la violencia, como hemos visto) y por otra porque buscaban ayuda para ellas mismas, pues reconocían los efectos negativos de los años en que estuvieron expuestas a la violencia y sentían que necesitaban ayuda para enfrentarlos. Así, por ejemplo, Lourdes concurre a un centro de salud:

[Lourdes] “¡Ah! Eso, que todos los médicos, a donde yo iba... Mira, estuvo hospitalizado cuando lo amputaron la segunda vez, en mayo pasado, y yo iba a verlo y lo vi «Ya, ándate» me dijo, «Yo no me voy a quedar aquí, yo te voy a matar» – «Mándenlo al siquiátrico, que lo vea un siquiater, porque él está mal»”.

En tres casos las mujeres manifestaron haber buscado ayuda directamente en centros especializados que funcionan gracias a un acuerdo del Servicio Nacional de la Mujer con diversos ayuntamientos del país o directamente en esta institución. Consideramos que esto es relevante pues, si bien las campañas de sensibilización han estado enfocadas desde el inicio en mujeres jóvenes/adultas, aun así se les reconocen como lugares para buscar ayuda ante este problema:

[Inés] “No, porque yo, a ver... es que fue tanto su maltrato psicológico que... en la televisión por ejemplo empezaron a hablar de la mujer, fue cuando estaba la presidenta Bachelet si mal no recuerdo, decían que la mujer tiene que ir si la golpean, daban las direcciones donde, del Sern.. Sename... no, SERNAM, que uno tenía que acudir a esos lugares”.

Finalmente, en uno de los casos se menciona a los juzgados especializados en el tema (Tribunales de Familia), los cuales se crearon el año 2004, siendo los encargados de otorgar las medidas cautelares y realizar los juicios por violencia intrafamiliar cuando no constituye delito (en ese caso pasan al Ministerio Público).⁸⁷ Es posible que esto se deba a que las mujeres aún no estén

[Consultado 10 septiembre 2014], s/n.

⁸⁷ Ley 19.968 que “Crea los Tribunales de Familia” [en línea], Diario Oficial de Chile, 30 de agosto de 2004.

habituadas a buscar ayuda en estas instituciones tanto por su lejanía geográfica,⁸⁸ por el temor que genera en algunas personas el saber profesional (especialmente el legal), o por desconocimiento de su funcionamiento.

Disponible en «<http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=229557>» [Consultada 15 septiembre 2014], s/n.

⁸⁸ En Santiago de Chile, una gran urbe, los Juzgados de Familia se encuentran solo en dos ayuntamientos, siendo uno de ellos el que cubre el centro de la ciudad. En el resto del país, especialmente en las zonas rurales, las dificultades para concurrir a ellos son mucho mayores.

3.2.4. “Yo iba a poner una constancia no más”. Respuestas profesionales a la búsqueda de ayuda

[Nancy] “Y después encontré esta red fantástica, que acá me abrieron los ojos, me hicieron darme cuenta de que él no era bueno... que yo tenía muchas cosas por delante en la vida que hacer... me enseñaron a quererme un poco”.

Según los relatos de las entrevistadas, las respuestas que encontraron a la hora de buscar ayuda en las instituciones a las que recurrieron fueron muy diferentes, mostrando una amplia gama de reacciones, las cuales iban desde una comprensión de la problemática de la violencia contra las mujeres y las formas de apoyar, a un desconocimiento absoluto del tema, repitiendo mitos, estereotipos y prestando nula ayuda a la afectada.

Si bien estas respuestas están condicionadas por factores presentes en todos los niveles (individual, de relaciones, de la comunidad y de la sociedad), así como por el momento histórico en el cual se realizaron (por ejemplo, antes de la década de 1990 no existían leyes sobre la violencia contra las mujeres), un elemento en común que encontramos tiene relación con la nula preparación para atender a las mujeres mayores que viven o han vivido violencia en sus parejas, que tiene el personal que trabaja en estos lugares, no comprendiendo las particularidades y necesidades específicas que presentan este tipo de casos. Incluso en aquellas ocasiones en que sí se prestó ayuda a las entrevistadas, esta fue la misma que se entrega a una mujer de cualquier edad, por lo que vemos una importante carencia al respecto.

En estudios realizados en otros países se presenta una situación similar, proponiendo algunas hipótesis para explicarla. Por ejemplo, Bonnie Brandl expone que puesto que la mayor parte de las mujeres mayores que experimentan violencia no buscan ayuda en los servicios dispuesto para ello, profesionales de esas áreas no han trabajado en conjunto con otros servicios especializados en

personas mayores.⁸⁹ En cambio, Mary Twomey, Mary Quinn y Emily Dakin hacen referencia a los valores individuales en juego y los conocimientos sobre el tema que tienen los/as profesionales, por ejemplo al plantear que agentes de la ley pueden tener dificultades para arrestar a quienes ejercen violencia cuando estos tienen una edad avanzada, o que haya jueces que no entiendan que la reluctancia a declarar por parte de algunas mujeres mayores pueda estar relacionada con el temor a iniciar una nueva vida en “los años dorados”.⁹⁰ Finalmente, tanto Diana Wilke y Linda Vinton como Zink *et al.* sugieren que ciertos prejuicios hacia las mujeres mayores o ignorancia hacia la problemática pueden ser el origen de una incorrecta identificación de las señales de violencia en ellas y/o no entregar el apoyo adecuado.⁹¹

Respecto de las respuestas negativas a la búsqueda de ayuda, podemos encontrar la inmediata medicalización de las mujeres. En vez de atender a las causas de la violencia, proponer salidas a ella, derivar a centros o programas especializados, o motivar la denuncia, algunos/as profesionales de la salud dirigieron sus indicaciones hacia los efectos de la violencia, usualmente recetando fármacos para la ansiedad y/o depresión. Con esto, no solo no ayudaron a las mujeres, sino que incluso las expusieron a un mayor riesgo en caso de generar dependencias o abusos a los medicamentos, como le ocurrió a Lourdes:

[Lourdes] “Me citó, voy a donde la doctora, la sicóloga de la PRAIS⁹² y me que qué me estaba pasando y le dije, le dije que el caballero me insultaba, que también que me iba a martarme (sic), que tal como me ha tratado delante de la enfermera, delante de la gente me trata de lo peor y necesito que a él lo, lo, le hagan algo... «¿Cómo duerme?» —«Con un ojo po' doctora, le dije yo porque él me amenaza que me va a matar» —«Ah, me dijo, usted tiene que tomar Alprazolam», y le digo «¡Claro po' doctora! Voy a tomarme el Alprazolam y voy a quedarme dormida y el caballero me

⁸⁹ BRANDL, Bonnie: “Power and Control: Understanding Domestic Abuse in Later Life” [en línea], en *Generations, the Quarterly Journal of the American Society on Aging, summer*, vol. XXIV, núm. 2, 2000, pp. 39-45. Disponible en «<http://www.ncall.us/sites/ncall.us/files/resources/Power%20and%20Control%20Understanding%20DA%20in%20Later%20Life.pdf>» [Consultado 25 febrero 2011], p. 41.

⁹⁰ TWOMEY, QUINN y DAKIN, *op. cit.*, p. 76.

⁹¹ WILKE y VINTON, *op. cit.*, p 326; ZINK, REGAN, JACOBSON *et al.*, *op. cit.*, p. 1435.

⁹² Organismo de salud.

va, realmente me va a cortar a cuadritos como me dice... si yo no duermo no porque no tenga sueño, no duermo porque estoy pendiente de lo que va a pasar» —«No, no, no», me dijo «Usted no tiene idea de lo que está haciendo, de lo que le pasa, quién más va a saber que yo, yo soy la doctora, ya, va a tomar Alprazolam, en la mañana va a tomar Sertralina porque está con una fuerte depresión y va a volver en quince días»”.

Otro problema relacionado con el anterior es el escaso tiempo que los/as profesionales de atención en servicios de salud pueden dedicar a quienes se dirigen a estos lugares. Así, al centrarse en los aspectos sintomáticos, algunos/as no indagan en sus orígenes y no se identifica correctamente una situación de violencia.

Por otra parte, la incredulidad, dar poca importancia a lo manifestado por las mujeres o minimizar la violencia psicológica frente a la violencia física, son otras formas negativas en que los/as profesionales de distintas instituciones (salud, policía, juzgados) reaccionaron. Estas actitudes eran mucho más comunes cuando las mujeres eran más jóvenes, pues no existía todavía una conciencia del problema en la sociedad, pero todavía se seguían produciendo en la época en que se realizaron las entrevistas. En lo que respecta a las consecuencias de estas actitudes en las mujeres, hay que considerar las dificultades y barreras que hemos visto deben atravesar para reconocer el problema y tomar la decisión de buscar ayuda, por lo que el no ser escuchadas, comprendidas y apoyadas se vuelve una barrera más, aprendiendo de este modo, entre otras cosas, que no importa lo que hagan pues la situación se mantendrá igual o incluso empeorará.

Respecto de las respuestas positivas, podemos mencionar las medidas cautelares y accesorias (luego de un juicio) que han sido otorgadas a algunas mujeres, como salida del agresor del hogar común, prohibición de acercamiento y/o contacto directo con Carabineros.⁹³ Si bien

⁹³ Existe un plan de la policía denominado “Plan cuadrante” que se ejecuta en un sector del territorio en el cual los efectivos pueden ser localizados más rápidamente por la comunidad.

algunas de estas medidas son temporales (y en un caso el hombre reincidió luego de cumplir el plazo), las mujeres se manifestaban conformes y agradecidas de los resultados obtenidos. En todo caso, la legislación chilena sobre la materia no establece grupos vulnerables, por lo que las medidas y sanciones son las mismas que se aplican a todos los casos de violencia.⁹⁴ Jessica, por ejemplo, recibió una orientación adecuada:

[Jessica] “Yo iba a poner una constancia no más, pero los carabineros me hicieron entender y me hicieron comprender de que, que si él cometía un crimen era casi culpa mía por no haber reclamado... entonces acepté y le puse una denuncia, y lo denuncié otra vez, así que llegaron los carabineros con orden del juez a sacarlo de la casa...”.

Otras experiencias positivas se refieren a una correcta orientación respecto de los derechos que las mujeres tenían y las opciones a seguir una vez que habían realizado una denuncia en alguno de los cuerpos policiales. La diferencia respecto de los relatos referidos a cuando eran más jóvenes es notoria, pues muchas manifestaron que anteriormente la policía no intervenía o si lo hacía era de una forma en que no prestaba una ayuda real, por lo que podemos observar que, si bien existen otros factores en juego, el trabajo de sensibilización hacia la violencia contra las mujeres y la preparación del personal policial para atenderlas ha mejorado la experiencia de muchas mujeres.

Finalmente, el Centro de la Mujer al que concurrieron todas las entrevistadas también fue nombrado en las historias.⁹⁵ Las experiencias positivas manifestadas por las mujeres se relacionan con haber encontrado un lugar donde las ayudaron a comprender el problema, a mejorar la autoestima, a conocer a otras mujeres que estaban en una situación similar, no sintiéndose por lo tanto solas y pudiendo sacar lo que “tenía dentro”, lo que condujo a una disminución de los niveles de angustia que tenían.

⁹⁴ Recordemos que, además, la ley chilena es sobre Violencia Intrafamiliar, incluyendo a todas las personas dentro del grupo familiar (sumando en el caso de las mujeres ex parejas o padre de hijos en común aun cuando no exista convivencia), por lo que no se realiza un trabajo específico sobre grupos vulnerables.

⁹⁵ Un centro ubicado en la zona norte de Santiago de Chile, que funciona por medio de un convenio entre el Servicio Nacional de la Mujer y un ayuntamiento de esa área.

Por otra parte, dos de las mujeres dijeron haber tenido respuestas negativas en este lugar y ambas se refirieron a una falta de apoyo legal. En estos casos, el proceso de reparación se consideró insuficiente o no satisfactorio por los resultados negativos que obtuvieron en las demandas judiciales, manifestando que no fueron bien asesoradas ni apoyadas. Así lo sentía Vanesa:

[Vanesa] “Entonces me vine acá al SERNAM de nuevo, le, le hablé a la abogada que me atendió en ese minuto y le dije que no pasaba nada con, con la abogada que tenía, y ella, no sé qué pasó, apuraron la, el juicio y me citaron ese día, y cuando tuvimos que ir al comparendo no apareció la abogada, apareció un ser desconocido, un hombre, un abogado debe haber sido, un estudiante... De partida me chocó, no sé, entre mujeres nos entendemos, pero qué hace un hombre ahí, que me dice tan compuesto «Yo estoy representando a la abogada que no pudo venir» y así no más... y «¿De qué se trata todo esto?» me dijo –«¡Pero cómo! Si ustedes tienen la historia, lo que estoy pidiendo», le dije. «Sí», me dijo, pero no estaba ni siquiera como enterado de qué es lo que estaba pidiendo, de cuál era mi problema”.

Este aspecto es relevante en lo que hemos indicado anteriormente respecto de las consecuencias en las vidas de las mujeres. En ambos casos, a pesar de haber asistido a terapia grupal, la sensación final fue de que no habían recibido ningún tipo de ayuda y se mostraban desconfiadas y recelosas de iniciar nuevas acciones. A pesar de que la resolución de las demandas es a nivel judicial, una experiencia negativa en ella por una falta de apoyo legal (o al menos percibirlo de esa manera) perjudicó la visión sobre todo el proceso reparatorio.

XXX

Según lo que hemos visto, para las mujeres el reconocer su problema y buscar ayuda es difícil, pero es posible de conseguir si cuentan con recursos adecuados (personales, sociales, familiares, etc.). Por otra parte, las respuestas que obtengan a esta búsqueda serán fundamentales a

la hora de mantenerse firmes en la decisión de terminar con la violencia (recurriendo o no para ello a la separación de la pareja), o para volver a buscar ayuda en el futuro ante nuevos hechos. Por este motivo, tanto la sensibilización a la población en general y la capacitación a todo el personal que puede verse envuelto en esta problemática se torna vital para un apoyo adecuado; y en el tema de las mujeres mayores, se hace también fundamental un conocimiento específico sobre las particularidades que presentan y un enfoque que rompa con estereotipos edadistas hacia ellas.

3.3. “Porque si yo le dejo... la puerta abierta para que él vuelva, no po’”. Las permanencias y cambios en las mujeres y sus parejas tras la búsqueda de ayuda: auto/percepción

En general, en la sociedad chilena y latinoamericana, se tiende a pensar en la vejez y el envejecimiento como una etapa en que las capacidades y potencialidades van quedando limitadas.⁹⁶ La posibilidad de aprendizajes y cambios, por lo tanto, son vistas como muy difíciles, especialmente en lo que se refiere a la manera de ser de las personas, la que se supone a esa edad ya está completamente formada, produciéndose una especie de estancamiento o incluso retroceso en las actitudes y comportamientos. Sin embargo, tal como hemos visto a lo largo de los diferentes apartados, las historias de vida nos muestran cómo estas ideas distan bastante de la realidad cotidiana de las personas, y aun cuando existen ciertas conductas y formas de pensar que se mantienen en el tiempo, las experiencias vividas generaron cambios tanto en las mentalidades como en las acciones de las mujeres y sus parejas.

⁹⁶ VIVEROS, Alberto: “Acerca del envejecimiento y la vejez: Notas para dimensionar la acción de la sociedad sobre el tema” [en línea], en *Revista de Ciencias Sociales (CI)*, invierno, núm. 18, 2007. Disponible en «<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=70801808>» [Consultado 6 abril 2012], p. 135.

3.3.1. “Yo he vivido cien años”. Cambios en estilo de vida y comportamientos

[Lourdes] “Yo ahora le digo «Voy a salir, voy a tal parte, voy a la reunión de la Junta de Vecinos, voy pa'ca, voy pa'llá»... y antes decía «¿Puedo ir?», ahora ya no, no pido permiso, ahora yo dispongo lo que voy a hacer y me mando cambiar⁹⁷ y distintas actividades, llego tarde a veces, a las diez de la noche y el caballero piola⁹⁸”.

Es común escuchar que frente a algunas actitudes y comportamientos considerados negativos y continuados en el tiempo se diga “las personas no cambian”, especialmente cuando se refiere a personas adultas o en la vejez. Pero las mujeres mayores que entrevistamos son una muestra de lo contrario, pues a pesar de los problemas que vivieron en sus familias de origen, en su adolescencia y vida adulta; a pesar de las ideas que aprendieron respecto de lo que significa ser una “buena mujer”, sobre lo que es una “familia normal” y lo que corresponde a un amor auténtico; a pesar de encontrarse en una etapa de la vida en la cual se supone que ya son sujetos pasivos; y a pesar de la violencia que experimentaron en sus relaciones de pareja, entre muchos otros factores, fueron capaces de detenerse, reconocer que algo no estaba bien y tomar la decisión de hacer algo al respecto.

Los resultados que tuvieron (al menos al momento de las entrevistas) después de haber realizado esta reflexión y emprendido las acciones para detener la violencia, fueron tan variados como las propias historias de cada una, pero de una u otra manera significaron un cambio en la vida de estas mujeres, incluyendo aquellos que manifestaron sus parejas como reacción a este proceso. En primer lugar podemos agrupar (con fines de organización de la información) a las mujeres que habían logrado que la violencia en la relación de pareja terminara o que por lo menos disminuyera considerablemente, independientemente de si se habían separado o no. Quienes lo hicieron comparten algunas características: reconocieron el problema ellas mismas, buscaron la ayuda,

⁹⁷ “Me mando cambiar” significa que sale de la casa.

⁹⁸ “Piola” quiere decir callado, en silencio.

estuvieron apoyadas por familiares, realizaron un proceso de reparación mediante el cual desarrollaron habilidades para defender sus planteamientos (por ejemplo, la asertividad) y mejoraron su autoestima y estado emocional en general. Otro elemento importante, aunque no se presentó en todos los casos, fue el haber recibido una reparación legal, es decir, que tras la denuncia les fueron otorgadas medidas cautelares de protección y/o medidas accesorias luego de ganar el juicio, como le ocurrió a Amelia:

[Amelia] “A mi ya no, como le digo, no se, pero volver a vivir con él, yo no vuelvo a vivir con él, eso lo tengo bien claro, porque yo estoy bien así sola. (...) Siempre habrán problemas con él, pero nos vemos poco, yo trato de evitarlo, de evitar discusiones y evitar que llegue y..., me insulte, me trate así... le he pedido que se retire del departamento, que se vaya a otro lado, él no tiene ningún derecho de agredirme allá”.

Las mujeres de este grupo mostraron una mejor elaboración de su propia historia, conocían mejor sus derechos, estaban ampliando su círculo de amistades, rompían el aislamiento, tomaban más decisiones sobre lo que querían hacer, dónde ir y con quién, realizaban nuevas rutinas o retomaban pasatiempos olvidados, y a pesar de que usualmente ejercían algún tipo de cuidado (especialmente de nietas/os), dedicaban tiempo para ellas mismas, un tiempo que antes nunca se habían dado para hacer cosas como visitar a una amiga, salir a tomar un café o algo tan simple como ver televisión. Así se sentía Inés:

[Inés] “[Hago las cosas diferente ahora] Claro, claro. O sea, yo, por ejemplo, si hay algo que a mí no me gusta yo le digo «mira, a mí no me gusta esto, o lo otro, por esto y por lo otro», y él con el tiempo me iba dando la razón”.

Entre quienes se habían separado, esta libertad de actuación era mayor y usualmente no deseaban ni volver con la pareja ni empezar con otra, pues manifestaban que de esa manera estaban mejor.

Por otra parte, este grupo de mujeres también hace referencia a los cambios producidos en sus parejas. Después de años en que habían recibido constantemente agresiones de parte de esposos o convivientes, la situación había mejorado y la violencia había detenido o al menos disminuido de forma importante. Algunas de las acciones de parte de los hombres que aparecen en los relatos tienen relación con haber aceptado la separación (en los casos en que se produjo), ejercer un bajo o menor control sobre las mujeres, aceptar visitas que antes negaban, dejar de recurrir a insultos o humillaciones, o enfrentar los conflictos con una mayor disposición al diálogo.

En el segundo grupo podemos incluir a quienes, a pesar de haber buscado apoyo, continuaban viviendo violencia de parte de sus parejas. Aquí se presenta una mayor variedad de situaciones, aunque algunos elementos comunes que se aprecian son una menor conciencia del problema, una mayor adherencia a creencias tradicionales respecto de la familia y el género (incluyendo aspectos religiosos), y un estado emocional que continuaba alterado. En aspectos ajenos a ellas podemos mencionar tanto las dificultades económicas que les impedían una independencia de la pareja como las malas experiencias judiciales, especialmente frente a violencia psicológica que no fue aceptada como tal. A pesar de ello, observamos en el análisis que igualmente presentaban algunos cambios en sus comportamientos, como continuar la búsqueda de ayuda por diferentes medios, establecer algunos límites a la pareja, romper poco a poco el aislamiento (especialmente por medio de la visita de hijos/as adultos/as) o continuar con la elaboración de sus historias, con la intención de realizar cambios más profundos. Por ejemplo, Nancy, estaba en un proceso de definición de su futuro:

[Nancy] “(...) Pero esto ya está totalmente decidido, si ahora yo no me voy a echar para atrás, pero le voy a hacer pasar un susto porque yo le dije «Hoy día en la tarde tenemos una conversación los dos»... y me dijo «De qué me queris' conversar», entonces yo primero quería saber de qué se trataba esto (la entrevista)... porque yo ahora sí que me voy a ir... porque tengo que volver en un mes más, tengo un compromiso de todos los años y ahí tengo que volver, yo ahora no le voy a decir que

me voy definitivo, pero le voy a poner mis condiciones, (...)”.

Finalmente, en el tercer grupo se encuentran dos mujeres que habían enviudado, por lo tanto la violencia de la pareja había terminado, pero en ambos casos el reconocimiento de lo que habían vivido era menor y tenían una menor elaboración sobre sus historias. Aun así, mostraban cambios como mayor toma de decisiones (sin delegar en otros miembros de la familia), un mejor estado emocional y deseos de realizar actividades nuevas.

3.3.2. “Yo hago mis cosas, el aseo, qué se yo”. Cambios y permanencias en los roles de género

[Inés] “Por ejemplo, yo, de un tiempo a esta parte..., empecé a ver que los otros hombres sus señoras... algunos les...eh, no les planchan la ropa, entonces me dije yo «él tampoco se merece que yo le haga tanta... eh», por ejemplo, hago el almuerzo sí..., y empecé a dejar de plancharle la ropa, a ver qué me decía, fui probando. Ya, los pantalones como son, uno los cuelga y bueno, una pasada de plancha no más, ya, empecé, lavé los pantalones, luego los dejé en otro la’o, no los dejé donde siempre, a ver qué me iba a decir, nunca me ha dicho nada”.

Así como hallamos cambios y permanencias en comportamientos y en estilo de vida, también vemos que esto sucede respecto de los roles que las mujeres han realizado durante gran parte de sus vidas. Como pudimos ver en la primera parte del estudio, las entrevistadas tenían fuertemente interiorizados los roles de género tradicionales, aquellos que decían relación con los comportamientos y actuaciones que se esperaban de las mujeres para estar de acuerdo con el ideal que se les había transmitido por distintos medios de socialización respecto de lo que debía ser “la mujer chilena”, es decir, una buena ama de casa, una buena esposa y, sobre todo, una buena madre, de acuerdo a los parámetros que se habían establecido socialmente para ello.

En los relatos de sus historias podemos apreciar que el haber realizado un proceso de revisión sobre sus vidas, además de participar en grupos de reparación, ayudó a muchas mujeres a realizar cambios en la forma en que llevaban a cabo las tareas asociadas a los roles que ejercían, pero no a cuestionar los roles en sí mismos. Esto lo vemos, por ejemplo, en que a pesar de que algunas mujeres habían tomado la decisión de separarse, lo que no estaba acorde a la idea de una buena esposa, no lo hacían porque estuvieran en contra de lo que exigía este rol, sino a causa de la violencia en la relación. Es más, muchas consideraban que habían seguido correctamente las directrices que se suponía debían llevarlas a ser evaluadas como buenas esposas, pero pese a ello las

parejas habían ejercido violencia hacia ellas, por lo que esto les daba una especie de justificación para tomar la decisión de alejarse de sus esposos.

Sin embargo, la decisión de dejar a la pareja no es el parámetro que indica si una mujer ha realizado cambios a nivel de los roles de género (al menos en las actuaciones asociadas a ellos). En las historias hay mujeres que se separaron pero continuaban ejerciendo al cien por ciento los roles de madre y ama de casa, cuidando de familiares en la casa a la que se habían trasladado (especialmente nietas/os) y sin deseos ni cuestionamientos de cambiar esto, por considerarlo su deber ya que sentían que habían pasado a ser “una carga” para quienes la habían recibido. Además, vemos que en estos casos, como el de Amelia, por causa de las responsabilidades asumidas, las mujeres continuaban en un estado de aislamiento bastante importante, lo que les impedía, por ejemplo, tener empleos para ser independientes:

[Amelia] “Me gusta, tengo un nieto de cinco añitos y una bebita, y ahí paso todo el día en la casa. Yo soy súper familiar. (...) Nada, a los nietos, sí. Me levanto, anoche dejé cocinado, como iba a salir hoy, le dejé a mi hija para la oficina. Ella se pasa puro trabajando, al niño le tiene poca paciencia,... la casa, soy yo la dueña de casa: la cocina, el lava’o, ni la lavadora sabe usar”.

En cambio, hay mujeres que, manteniendo la relación de pareja, iniciaron pequeños cambios en sus rutinas, dejando de realizar algunos trabajos domésticos; pusieron límites a las ayudas prestadas a sus hijos o hijas para cuidar a nietos/as, o dosificaron la ayuda económica que les prestaban, dedicándose de este modo más tiempo y recursos a sí mismas. Incluso en uno de los casos en los que la mujer aceptó seguir la convivencia para cuidar al esposo, quien estaba perdiendo la visión, esta igualmente puso límites, durmiendo en cuartos separados y dándose el tiempo para realizar las actividades que le gustaban.

En lo que respecta a las parejas, no fueron mencionados por las mujeres cambios relativos a

los roles de género masculino. Tanto en aquellos casos en los que la violencia se había terminado o disminuido, como en los que esto no había sucedido, los hombres continuaban con los roles que venían ejerciendo anteriormente, pues incluso cuando las mujeres habían comenzado a realizar un menor trabajo doméstico, este no era asumido por ellos, simplemente se dejaba de hacer. El único cambio que aparece no guarda relación con las actuaciones de las mujeres para superar la violencia, sino con un hecho asociado a la edad: la mayor parte de los hombres pasaron de ser productores a ser sujetos pasivos (jubilados), pero en la mayoría de los casos seguían siendo los que aportaban el ingreso económico en el hogar.

3.3.3. “Se me abrió una puerta después de tantos años esperando una salida”. Motivos explicativos del cambio

[Elena] “Eso ha sido hasta esta fecha mi vida... Pero ya no más, no más, porque todos me dicen que me rebajé mucho, y que ya lloré mucho, (...)”.

Enfrentarnos al juicio público por nuestras acciones puede ser complicado, especialmente cuando estas rompen con la imagen que las personas tenían de nosotros o se alejan de los papeles con los que tradicionalmente nos asociaban. Hacerlo requiere una dosis importante de autoconfianza y tener la seguridad de que estas actuaciones se basan en decisiones con fundamento. Pero, ¿qué pasa en el caso de las mujeres mayores, las que usualmente tienen una baja autoestima y escasa confianza en sí mismas? De acuerdo al análisis realizado, para ellas, enfrentarse a familiares y conocidos es difícil, pero lo es mucho más defender sus comportamientos ante a sí mismas “... cada una es su jueza más dura”.

Esta situación la podemos identificar en la gran cantidad de explicaciones que las mujeres entregaban para justificar sus comportamientos, las cuales usualmente hacían referencia a consejos, enseñanzas o comentarios de familiares y personal de los lugares en los que buscaron apoyo, pero solo unas pocas argumentaron que lo hicieron por estar convencidas de que estaban en su derecho. Para comprender esto, tenemos que recordar que en sus historias, la mayor cantidad de momentos en los cuales actuaron de acuerdo a sus propios deseos y motivaciones se remontan a la época de la juventud. Migrar, trabajar en vez de continuar los estudios e incluso casarse, fueron algunas de las decisiones que tomaron y que las marcaron de forma importante, pero que en los relatos aparecen como parte de un pasado lejano. Por otra parte, los estados emocionales alterados, así como los problemas de autoestima o falta de asertividad, entre otros que hemos visto, fruto de los años en que se mantuvieron en una relación de violencia, también se deben tener en cuenta como factores relevantes al momento de comprender la falta de seguridad para que ellas se considerasen capaces

de enfrentar los principios y valores que habían sostenido durante la mayor parte de sus vidas y que el hacerlo se basaba en los derechos que tenían. Mónica buscaba la justificación en lo dicho por la policía:

[Mónica] “Yo... yo no sabía qué hacer, no sabía si estaba bien lo que estaba haciendo... me daba vueltas una y otra vez en la cabeza..., tenía como embotá' la cabeza, pero ella [la policía] me lo dijo tan clarito, que después, cuando me entraban los remordimientos, pensaba en eso que me dijo y me sentía más tranquila”.

Por otra parte, también encontramos justificaciones que hacían referencia a factores que ellas identificaban como externos, a pesar de que tenían relación con su propia persona. Por ejemplo, la edad aparece como un elemento central al evaluar el momento actual que atravesaban, pues para algunas mujeres el haber llegado a la vejez les habría otorgado algún tipo de sabiduría, y para otras, el ser mayores significaba que podrían volverse (o se estaban volviendo) más frágiles, y por lo tanto debían actuar para protegerse. Lourdes pertenece al primer grupo, sintiéndose más confiada en su criterio:

[Lourdes] “Y yo que estoy... como más vivaracha (ríe suavemente), después de vieja”.

Esta dificultad para reconocer el derecho a actuar frente a la violencia que enfrentaban tenía otra consecuencia, el que la mayoría de las mujeres tampoco fueran capaces de reconocer que, en aquellos casos en los que los hombres habían dejado de ejercerla o la habían disminuido, esto se debía a la forma en que ellas habían actuado, mencionando otros factores como los causales de los cambios en los hombres. En este sentido, al igual que en las explicaciones sobre los propios cambios, se debe reconocer la importancia que las mujeres otorgaban a la edad, pues supuestamente era esta la que habría hecho que los hombres estuvieran “más tranquilos”, ya que mencionaban que ahora tenían menos estrés laboral, que estaban más cansados y menos dispuestos a seguir el ritmo de vida que llevaban (especialmente asociado al alcohol) y/o que ahora poseían enfermedades

discapacitantes. Inés plantaba el cansancio como explicación:

[Inés] “Yo creo que es la edad de él ahora, y que él ha carreteado mucho ya está cansado, ya que el próximo año jubila”.

Solamente en un caso se hace alusión explícita a una sanción judicial, resultado de la denuncia de la mujer, como la fuente del cambio en la pareja. Según lo manifestado por ella, el haber tomado la decisión de pedir que le otorgaran como medida accesorio que él saliera del hogar común fue algo totalmente inesperado para su pareja, pues él estaba convencido que ejercía un fuerte control sobre la entrevistada y creía que su estado de salud (muy deteriorado) evitaría una medida así. La satisfacción por este logro, sumada a que ella mostraba una mayor apertura a actuar frente a la violencia, le permitían tener una mayor confianza a que en el futuro no se repetirían hechos similares a los que originaron la denuncia y pensaba que, si sucedían, ella sería capaz de realizar las acciones necesarias para protegerse.

3.3.4. “Pero yo digo, bueno, ya asumí...”. Reinterpretación del pasado y el presente

[Sonia] “Mi vida, hay muchos momentos críticos que yo trato de olvidar porque si me sigo recordándolos siempre... no lo recuerdo como un martirio o algo parecido, lo recuerdo como algo que pasó en mi vida”.

Después de años de silencio y de enfrentarse de manera solitaria a la violencia que ejercían sus parejas hacia ellas, las mujeres mayores que entrevistamos habían llegado a un momento en la vida en que habían sido capaces de romper las barreras que les dificultaban el buscar ayuda y una parte de ellas había logrado hacer que la violencia se detuviera o que decreciera en ritmo e intensidad. Y cada una tenía su historia viva, con los recuerdos de las situaciones que las habían marcado, y las emociones y sentimientos que habían nacido en ellas.

A pesar de que en ninguna de las entrevistas realizadas se preguntó directamente por la violencia en la relación de pareja, esta siempre afloró de una u otra manera, algunas veces de forma explosiva y verborreica, en otras con pequeños momentos de reflexión o consulta. No podemos dejar de advertir que, además de la clara importancia de las experiencias de violencia en sus vidas, el hecho de que esto haya sucedido también puede haber estado condicionado por la forma en que se tomó contacto con ellas (por medio del Centro de Atención al cual habían asistido) y por la presentación que se hizo de los motivos de la investigación. Por otra parte, puesto que tomamos contacto con ellas tras la búsqueda de ayuda y la experiencia de un proceso reparatorio (individual o grupal), podemos asumir que esto también jugó un papel importante en la elaboración de sus historias y la reinterpretación que hicieron de sus vivencias pasadas y presentes, otorgándoles así un nuevo valor.⁹⁹

Sin embargo, las entrevistas también se transformaron en una oportunidad para analizar sus

⁹⁹ Generalmente, cada vez que una mujer busca ayuda por violencia de género, esta debe contar su historia al personal que la atiende en las distintas instituciones, por lo que ellas ya tienen más o menos elaborado su discurso.

historias dentro de un contexto mayor, integrando otras experiencias de sus vidas –su vida familiar y social desde la infancia, su trayectoria educacional y de trabajo (de cuidado y doméstico, así como de empleos); su hábitat, ritmos y dinámicas; entre otras– e incorporando la situación actual, con especial atención a las valoraciones, creencias y pensamientos relacionados con la edad. Además, otros resultados del análisis (coincidentes con algunas investigaciones sobre violencia de género y mujeres mayores, en las cuales también se utilizó la historia oral o las historias de vida)¹⁰⁰ tienen relación, por una parte, con que durante las entrevistas, las mujeres reflexionaban intentando comprender lo que la violencia en sus relaciones de pareja había significado en sus vidas; y por otra, que consideraron las entrevistas como una oportunidad para ser escuchadas, dentro de una sociedad que no suele prestar atención a las personas mayores, y que al contar sus historias sentían que ayudaban a que otras mujeres que estuvieran pasando por lo mismo pudieran reconocer su problema y actuar frente a él. De esa forma lo sentía Rosario:

[Rosario] “Que muchas gracias por prestar atención a esta vieja... y que ojalá le sirva para ayudar a otras como yo... eso no más”.

Respecto de las reinterpretaciones que hacían de sus experiencias pasadas, usualmente se referían de manera negativa a la forma en que habían manejado el problema y la gran cantidad de años que habían dejado pasar antes de enfrentarlo y pedir ayuda de forma activa y permanente en el tiempo. Como señalamos anteriormente, observamos que las mujeres tendieron a ser muy duras consigo mismas, culpándose de haber llegado a la vejez en esa situación. Algunos ejemplos de ello se refieren a que manifestaban no haber tenido valor para abandonar antes a la pareja, no hacer que el hombre las respetara, no haber tenido “autoridad” para decirle que estaba equivocado, haber soportado las humillaciones y agresiones sin reaccionar, o haber podido hacer daño a sus hijas/os permaneciendo en la relación; en muchas ocasiones se referían a sí mismas como “tonta”, “estúpida” u otras descalificaciones, como lo hizo Amelia:

¹⁰⁰ GRUNFELD, LARSSON, MACKAY *et al.*, *op. cit.*, p. 1491; MEARS, Jean.: “Violence against older women: From a personal problem to a public issue” [en línea], en *The Australian Sociological Association Conference 2001*, University of Sydney, 2001. Disponible en [«http://www.tasa.org.au/docs/conferences/2001_05/031201%20Mears.pdf»](http://www.tasa.org.au/docs/conferences/2001_05/031201%20Mears.pdf) [Consultado 19 julio 2011], p. 1.

[Amelia] “[Con situación actual] Sí gané. Así que... me costó mucho salir adelante, sí,... (...) Yo fui la estúpida (énfasis) porque yo no debí...permitir... pero él no lo... yo pienso que fue un error mío... de mi parte más que nada... porque ahora, ahora estoy, o sea, cuando yo salí de ahí fue como que, como que me habían sacado una mochila con... con tanta carga de mi espalda (ríe como de alivio)...”.

Quienes pensaban de esta manera habían asimilado que el que se ejerciera violencia hacia ellas en sus relaciones de pareja no era algo normal, pero no habían alcanzado a comprender todas las dimensiones y factores involucrados en el origen y perpetuación de este problema, ante lo cual dirigían la responsabilidad hacia quienes tradicionalmente habían recaído todas las culpas: ellas mismas. Esta autoculpabilización puede estar originada por una combinación de factores: la baja autoestima que la mayoría de las mujeres presentaba; la misma situación de violencia, en la cual durante años las parejas les recriminaron ante cualquier cosa que consideraran un fallo; o las ideas que existen en la sociedad sobre el rol que deben cumplir las mujeres en una relación de pareja, y las presiones sociales para que sean ellas las que se cuiden a sí mismas y no se expongan a situaciones de peligro. Pese a ello, en los casos en que la violencia había terminado o disminuido, la culpa pasaba a tener menor importancia, pues lo que más valoraban era el momento actual que estaban viviendo, mostrando alivio y deseos de que ese estado se mantuviera en el tiempo.

En algunos pocos casos, las mujeres no señalaban responsables por lo ocurrido, y habían sido capaces de asumir el pasado de una forma más constructiva, aprendiendo de los errores cometidos y tomando el buen momento actual como una oportunidad para realizar cambios en su forma de relacionarse con las personas (familiares, amistades, e incluso la pareja en caso de no estar separadas).

3.3.5. “Me siento hasta más joven”. Estado emocional, mental y físico de las mujeres mayores tras la búsqueda de ayuda

[Jessica] “Que ahora estoy tranquila y mi nieto también po', (...) así que estamos tranquilos y ojalá que jamás vuelva ¿se imagina si vuelve?”.

Para finalizar este estudio sobre las mujeres mayores y la violencia de género, hemos querido centrarnos en el estado emocional, físico y mental en que ellas se encontraban al momento de la entrevista, con el fin de rescatar los principales elementos que se entrecruzaban para conformar los sentimientos, opiniones y deseos sobre su presente y futuro. Dedicar este apartado a este tema se fundamenta en que en una sociedad como la chilena, en la cual “... *las personas mayores deben enfrentar la invisibilización de su rol social y la construcción de una imagen negativa de la vejez, asociando esta etapa a la inactividad, la enfermedad y la dependencia...*”,¹⁰¹ el haber accedido a las historias de las mujeres abrió una oportunidad para analizar y transmitir las ideas que estas relataron sobre su vida en la vejez, contrastarla con aquellos prejuicios y estereotipos que se difunden sobre las mujeres mayores y profundizar en las consecuencias de la violencia en esta etapa de la vida.

En este punto, es interesante acotar que del análisis de las entrevistas encontramos que las mujeres se referían a sí mismas de diferente manera en lo que respecta a la edad. A pesar de que la mayor parte estaba entre los 60 y 65 años, algunas hablaban de la vejez como algo que todavía estaba lejos en el tiempo, utilizando el concepto de tercera edad para la etapa en que se encontraban; otras (especialmente las que seguían en una relación de violencia), hablaban de la vejez en tiempo presente, y se referían a sí mismas como “viejas”, generalmente con una carga negativa.¹⁰²

¹⁰¹ Servicio Nacional del Adulto Mayor: *Las personas mayores en Chile. Situación, avances y desafíos del envejecimiento y la vejez*, Santiago de Chile, Servicio Nacional del Adulto Mayor, 2009, p. 124.

¹⁰² Esta división de conceptos también fue encontrado una investigación en el país, aunque no relacionada con la experiencia de violencia de género en la pareja. En este estudio los/as entrevistados/as consideraban que la vejez se refería a una etapa más avanzada, y era vista como un término que denotaba inutilidad o enfermedad; en cambio, “tercera edad” era un concepto más acorde con una etapa en la que se encontraban, donde seguían siendo personas activas, útiles y vitales. ARS Chile: *Estudio cualitativo. Trabajo doméstico y de cuidado que realizan las personas*

Por otra parte, se reconoce en los relatos que la continuidad o no de la violencia es un factor fundamental en el estado emocional de las mujeres, pues aquellas que seguían experimentando violencia de parte de sus parejas mencionaban muchos más síntomas de alteración que las que ya no estaban en esa dinámica. Así, las primeras tenían una visión más negativa sobre su presente y futuro, especialmente cuando a pesar de haber buscado ayuda para separarse (tanto por la denuncia a la pareja o por una demanda de alimentos) o haber solicitado apoyo económico estando separada, este no se había concretado, mostrando en algunos casos un pesimismo que las llevaba a expresar una actitud derrotista. Si, además de un estado emocional alterado, las mujeres presentaban enfermedades que pudieran estar relacionadas con el envejecimiento, esta actitud se orientaba mucho más hacia la fatalidad, a la espera de que pasase el tiempo y alguno de los dos miembros de la pareja falleciese. En este aspecto, consideramos que frente a la dificultad que percibían para detener la violencia, y/o la falta de un proceso reparatorio que incluyera un acuerdo económico para la vida independiente, estas mujeres tendieron a reproducir las actitudes de pasividad que se detecta en una parte de la población de mayores en Chile, la que presenta como característica un agotamiento progresivo de las capacidades funcionales y la pérdida de la capacidad de otorgar sentido a su vida, orientándose hacia el padecimiento.¹⁰³ Elena, por ejemplo, no mostraba entusiasmo en el futuro:

[Elena] “Después de todo lo que he pasado ya estoy para morirme. (...) Así ha sido mi vida... No sé si buena o mala, si se va a reír (ríe) de mis cosas... no, si ahora, o sea, ahora ya no hay nada que hacer, ahora lo único que digo que Diosito me de vida hasta que él quiera no más... Para más remate somos de generaciones largas, mi madre murió a los cien años, mi madre (sic, se refiere a su abuela) a los ciento nueve, entonces somos longevas dicen. Entonces eso me da miedo de repente, porque digo yo «Si ya estoy enferma, cómo voy a estar»”.

mayores, Santiago de Chile, Servicio Nacional del Adulto Mayor, 2009, p. 121.

¹⁰³ Criteria research: *Fuerza Mayor: Una radiografía del Adulto Mayor chileno* [en línea], Santiago de Chile, Superintendencia de Salud, Servicio Nacional del Adulto Mayor, Consejo Nacional de Televisión, Maccann Erikson, 2009. Disponible en [«http://www.senama.cl/filesapp/Estudio_Fuerza_Mayor_una_radiografia_del_AM_chileno.pdf»](http://www.senama.cl/filesapp/Estudio_Fuerza_Mayor_una_radiografia_del_AM_chileno.pdf) [Consultado 28 diciembre 2011], p. 21.

Por el contrario, las que estaban en el segundo caso manifestaban, por ejemplo, que ya no tenían episodios de llanto incontinido, dormían más relajadas, se sentían más tranquilas, con una menor carga emocional, más confiadas en sus decisiones, y/o se sentían mejor consigo mismas, incluso a nivel de la autopercepción física. Así lo vivía Amelia:

[Amelia] “Hay días en que me miro en el espejo y me veo la cara con otra expresión.

Yo le digo a mi hija «oye ¿sabes qué?, que me miro en el espejo y me encuentro que todavía estoy bien», y ella me dice «si poh mamita» (...), ahora estoy más tranquila.

Si antes no dormía por las noches”.

En un aspecto diferente, la imagen tradicional de las mujeres mayores como seres frágiles no fue corroborada en nuestro estudio. Por el contrario, la mayor parte de las entrevistadas manifestaba tener una buena salud o esto era posible de inferir tras los relatos de sus actividades cotidianas, que consistían en trabajos domésticos y de cuidado, además de otras actividades que requerían de un buen estado de salud física, lo que también es válido para su estado mental. A pesar de las consecuencias de la gran cantidad de años en que se ejerció violencia hacia ellas, quienes la habían superado relataban que habían alcanzado una recuperación bastante alta de sus problemas físicos, tales como dolores estomacales, dolores de cabeza, temblores, arritmias, entre otros.

Ya sea viviendo la salud como un problema que empeorará o como algo que había mejorado tras la superación de la violencia, lo cierto es que este tema aparece como uno de los centrales en los relatos sobre la vida actual de las entrevistadas, ubicándose inmediatamente detrás de la violencia dentro de sus preocupaciones. Este interés en la salud es compartido por la población de personas mayores en Chile,¹⁰⁴ por lo que vemos cómo se cruzan ideas presentes en la sociedad sobre la vejez y el envejecimiento con las propias experiencias de las mujeres (en este caso sobre la salud) para conformar opiniones y expectativas sobre su presente y futuro, como le ocurría a Inés:

¹⁰⁴ En la encuesta *Fuerza Mayor*, los problemas de salud se ubicaron en el primer lugar de los temas del futuro que causan preocupación en las/os encuestadas/os, con un 47%. Al sumar el temor a la dependencia, esta cifra alcanza el 70%. *Ibidem*, p. 46.

[Inés] “Me siento feliz de haber hecho todo lo que hice y ahora me siento tranquila y... (...) y me siento agradecida de tener salud, porque yo digo así hoy, así como estoy a mi edad con todos los problemas que tuve... eh, si no tuviera salud me sentiría infeliz, pero no, digo yo «no importa porque los demás verán, yo tengo salud, que es lo principal»”.

Finalmente, contar con buenas relaciones familiares y sociales se muestra como otro elemento importante en una positiva evaluación del estado emocional y físico de las participantes, así como en la proyección de su estabilidad en el tiempo. Por una parte, quienes contaban con al menos una persona cercana que les prestara apoyo se mostraban mucho más tranquilas, seguras y acogidas, confiando en que los años venideros serían mucho mejores (especialmente entre quienes ya no estaban en una relación de violencia). Por otra, el que ellas pudieran realizar actividades de esparcimiento (como cursos o deporte) y de reflexión (como por ejemplo asistir a reuniones de iglesias) les permitía romper con el aislamiento al que habían estado expuestas la mayor parte de sus vidas, creando vínculos positivos y sentido de pertenencia. Y, aun cuando la realización de trabajos domésticos y de cuidado en la familia podían ser un obstáculo para la independencia y disponibilidad de tiempo para si mismas,¹⁰⁵ igualmente les entregaba responsabilidades y un sentimiento de que todavía eran necesarias, dándoles de esta manera un propósito tanto para el día a día como para los años por venir. Ese era el caso, por ejemplo, de Mónica:

[Mónica] “Pero bueno... ¿sabe algo? Mis nietos me dan mucha vida..., ¡son tan ricos! Me hacen reír mucho... a veces es difícil también, cuando se ponen cargantes o peleadores, pero de todas maneras me siento feliz de cuidarlos”.

Es probable, además, que frente a la soledad y aislamiento que muchas experimentaron, la oportunidad de estar rodeadas de familiares y decidir cómo deseaban vivir su vida les entregaran

¹⁰⁵ Según el estudio *Trabajo doméstico y de cuidado que realizan las personas mayores*, las personas mayores estiman que la participación en actividades sociales les entregan una serie de beneficios y ventajas, por lo cual, dentro de sus posibilidades, las priorizan frente a actividades de cuidado. En todo caso, cuando familiares requerían apoyo para estas tareas, usualmente eran las mujeres las que respondían a ella. ARS Chile, *op. cit.*, p. 122.

beneficios emocionales.

XXX

Para finalizar, nos parece importante destacar es que es necesario desterrar la idea de inmovilismo y pasividad en las mujeres mayores que vivían o habían vivido violencia en sus relaciones de pareja una vez entrada la vejez, muy por el contrario, pese a los años acumulados de esta problemática, a las repercusiones que esta puede haber tenido en la salud física y mental, así como la serie de factores negativos que pudieran conjugarse para terminar o disminuir la violencia, estas mujeres mostraron que eran activas y que podían realizar acciones que mejoraran su calidad de vida, así como la de otros familiares involucrados. A pesar de las enseñanzas formales e informales, los modelos, los aprendizajes en la vida cotidiana y a través de diversos medios, ellas fueron capaces de enfrentarse a todo ello y comenzar a generar cambios positivos. En el caso de los roles de género, aun cuando no los cuestionaran en su base, sí lograron identificar comportamientos asociados a estos que podían ser modificados y actuaron en consecuencia.

4. Conclusiones

“Las mujeres mayores en Chile también experimentan violencia basada en el género en sus relaciones de pareja”. Esta afirmación, que habíamos establecido en base a la escasa información específica sobre el tema en el país y sobre los resultados de estudios de otros países al respecto, fue confirmada en nuestra investigación gracias a las historias de vida de las mujeres participantes. El análisis de estas nos permitió, además, comprender cómo la edad jugó un papel muy relevante en la forma como las propias mujeres entendían y enfrentaban esta problemática, fruto de las vivencias de violencia que habían ido acumulando a lo largo de décadas, así como de los aprendizajes y experiencias en otros ámbitos de la vida (los estudios, el trabajo y empleo, la religión, etc.) que aportaban conceptos, ideas, imágenes o mandatos, entre otros, que buscaban normativizar los comportamientos y conductas.

En vista de lo anterior, la elección de las historias de vida y su análisis desde el modelo ecológico y la perspectiva de género en la historia se demostraron apropiadas para tratar este tema, pues nos permitieron conocer aspectos de la vida de las mujeres que usualmente no se recogen en las investigaciones sobre violencia de pareja, y además ubicarlos dentro de los contextos histórico, social y cultural del país en los que estas historias se desarrollaron. Así, pudimos ver tanto las interrelaciones que se producían entre los diferentes niveles, como las aceptaciones, resistencias y rebeldías cotidianas que efectuaban las mujeres ante las normas e imposiciones de género que se transmitían socialmente.

Gracias a esto pudimos recoger y comprender elementos fundamentales de los orígenes de las entrevistadas y de sus primeros años de vida, que luego tendrían un impacto en la forma en que percibían y actuaban frente a la violencia que se ejercía en su contra en la relación de pareja. En su

infancia y juventud (acontecida entre las décadas de 1940 y 1960, aproximadamente, dependiendo de la edad de las entrevistadas) analizamos las contradicciones que se presentaban en el país entre una mayor apertura a ciertos ámbitos que antes eran de difícil acceso a las mujeres, especialmente aquellas de clases sociales más bajas, como podía ser la educación (con el impulso realizado durante el gobierno de Pedro Aguirre Cerda entre los años 1939 y 1944 o la reforma educativa realizada en 1965, siendo Presidente Eduardo Frei Montalva, entre otros), y la insistencia en definir las en función de su feminidad, entrega y dedicación a otros. Esto se reflejaba, por ejemplo, en el aprendizaje de los roles femeninos y masculinos que desde que eran muy pequeñas se les fueron presentando por medio de los modelos familiares y sociales cercanos, los juegos infantiles, las diversiones juveniles y los medios de comunicación a los que tuvieron acceso. Las experiencias de vida en el campo y en la ciudad, cada una con sus propias particularidades, coincidían en mostrar a las menores que las mujeres debían en primer lugar preocuparse del cuidado de la familia, y en segundo lugar cualquier otra tarea que tuvieran que realizar o interés que quisieran desarrollar.

En esa etapa también vimos las dificultades que encontraron en la consecución de los estudios formales durante su infancia y adolescencia, los que en su mayor parte fueron abandonados a causa de la confluencia de factores de género y de clase (y en algunos casos también de ruralidad), lo que *a posteriori* influyó en la obtención de empleos de menor cualificación (en aquellos casos en que tuvieron trabajos remunerados) y por consiguiente una menor independencia económica. En este caso entendemos que, si bien mujeres de todos los niveles socioeconómicos pueden enfrentar violencia basada en el género en sus relaciones de pareja, el factor educacional se transforma en una barrera añadida para su superación.

Otro ejemplo de esta tensión entre los cambios que operan en el macrosistema y la pervivencia de las ideas tradicionales de género lo hayamos en que muchas de las participantes

habían formado parte de la población del país que había migrado desde el campo y provincia a las grandes ciudades. Dejando atrás el mundo conocido, el hogar de origen y sus amistades, las mujeres que emprendieron esta aventura buscaban un nuevo horizonte motivadas por las promesas de trabajo y desarrollo, de ciudades modernas, abiertas y llenas de posibilidades. Sin embargo, con esto no escapaban a las normas de género, pues al llegar a las grandes urbes (en especial a la capital, Santiago de Chile) y comenzar su nueva vida lo hacían usualmente en trabajos feminizados (principalmente como empleadas domésticas), vigiladas de cerca en su nuevo entorno (a veces a cargo de otros familiares) y cambiando la sumisión al padre por la obediencia a los/as empleadores/as, y posteriormente a sus esposos o convivientes. Esto también afectaría sus relaciones sociales y familiares, y al iniciarse la violencia en sus relaciones de pareja fue favoreciendo el aislamiento, un obstáculo más a superar para terminar con el maltrato en sus vidas.

Respecto de los años de madurez (acontecidos entre las décadas de 1960 y 2000, aproximadamente), los roles de género que habían ido aprendiendo desde que eran niñas se fueron interiorizando profundamente, pues los discursos sobre “la mujer chilena” se repetían en todas las esferas, ya fuera la política, la religiosa o la económica, entre otras; y se transmitían por diversos medios culturales que entraban directamente en los hogares chilenos, como la radio, las revistas o, más tardíamente, la televisión. De esta forma, nadie quedó ajeno a lo que desde el patriarcado se definía como una “buena mujer”, esto es, que fuera una buena madre preocupada siempre de sus hijos/as, una esposa atenta y sumisa, y una ama de casa infatigable. Intentar cumplir estas expectativas exigía un esfuerzo considerable de parte de las mujeres, por lo que la mayoría no dudó en sacrificar sus propios deseos y necesidades, incluyendo su propia seguridad y protección, siendo fuertemente sancionadas, familiar y socialmente, cuando no lo hicieron. Pero por mucho empeño que pusieran una vez que sus parejas habían comenzado a ejercer violencia contra ellas, estar a la altura de los requerimientos masculinos sobre estos temas era prácticamente imposible, pues estas

normas les servían a los esposos y convivientes para evaluar, según sus propios estándares, lo bien o mal que ellas se comportaban.

De igual forma, las mujeres también nos transmitieron sus pensamientos respecto a lo que era ser un “buen hombre”, aquel que por encima de todo se preocupaba de dar el sustento económico a la familia, quedando en segundo término el que tuvieran una paternidad activa en lo afectivo hacia sus hijas/os. Tal era la importancia asignada al rol de proveedor que, a pesar de la violencia que sus parejas ejercieron, si estos habían procurado cubrir las necesidades económicas de la mujer y los/as hijos/as, ellas consideraban que estos hombres habían cumplido su papel de forma positiva, y por lo tanto valía la pena seguir al lado de ellos.

Por otra parte, si bien en el tema de la violencia basada en el género se ha comenzado a analizar la importancia de los mitos del amor romántico como factores que aumentan la dependencia emocional de las mujeres hacia quienes las agreden, y aunque en nuestra investigación vimos que esto es parte del problema, se hizo patente que también debemos conocer las raíces de la relación; cuando en estas no se han involucrado sentimientos amorosos (como por ejemplo cuando se inicia una relación para escapar de una situación de abuso o maltrato en el hogar) lo que puede estar en juego a la hora de continuar con la pareja no es tanto el ideal romántico sino la concepción que tienen las mujeres sobre las relaciones de pareja y el matrimonio, especialmente cuando nos enfrentamos a mujeres mayores que han aprendido e interiorizado una idea de pareja para toda la vida. Además, en esta dependencia también pueden estar otros componentes, como el temor a la soledad o la falta de experiencia para desenvolverse en ambientes sociales y/o comunitarios (muchas veces propiciada por el aislamiento en que han vivido).

Estas ideas y concepciones se retroalimentaron con otras vivencias que marcaron de forma

importante la manera que tenían las mujeres de enfrentarse a la vida y la relación de pareja cuando se ejercía violencia hacia ellas. En este sentido, la experiencia de trabajo fue algo en que todas las entrevistadas coincidieron, pues cada una fue, y continuaba siendo, una mujer activa. De todos los ámbitos en que este puede llevarse a cabo, el relativo al hogar se demostró como el central, y para entender su importancia es necesario incorporar los factores tanto de género como de clase. Así, la casa de la familia de origen fue el primer espacio en el cual comenzaron a desempeñar tareas, siendo incluso muy pequeñas, pues la norma patriarcal indicaba que dado que en el futuro deberían hacerse cargo de sus propios hogares, debían aprender y realizar labores domésticas y de cuidado. Y efectivamente estas se extendieron por el resto de sus vidas, incluida la vejez, y el único cambio que se produjo al respecto fue, en aquellos casos en que las mujeres tomaron la opción de separarse, que pasaron a realizarlas en la casa de el/la familiar que las hubiera acogido (principalmente hijas e hijos). Ante las necesidades económicas que vivieron, algunas optaron por el hogar como el espacio para emprender trabajos remunerados, tanto porque ellas consideraran que no debían dejar este lugar para poder atender a sus hijos/as y parejas (cumpliendo así su rol de buena mujer), porque no tuvieran recursos para encargar esta tarea a otras personas o porque fuera algo impuesto por los esposos para mantener el aislamiento. Finalmente, otros hogares también fueron un escenario importante en este ámbito, pues dada la falta de estudios y el apremio económico, muchas trabajaron en el sector servicios como empleadas domésticas, una tarea eminentemente feminizada.

En sus años de vida adulta también pudimos reconocer la importancia de la participación, ya fuera esta en la arena de la política, en organizaciones sociales o como voluntarias en diferentes organismos privados. En lo referido a la primera de ellas, a pesar de que su acción era principalmente a nivel comunitario –en organizaciones como las juntas de vecinos–, donde se supone que las mujeres tienen un mayor conocimiento de lo que ocurre en su entorno (al considerarse una extensión del ámbito hogareño), descubrimos que las mujeres utilizaban

estrategias, conocimientos y habilidades que habían ido desarrollando en la misma práctica de la participación, demostrando sus capacidades en diferentes situaciones, incluyendo aquellas en que se enfrentaban al poder, tanto el que emanaba de la autoridad política y/o institucional como del patriarcado. Esto lo vimos, por ejemplo, en el relato de una de las mujeres que defendía los intereses de la comunidad frente a un alcalde, quien no solo representaba el mayor cargo administrativo en la zona, sino que también era un hombre de larga trayectoria política; o en la defensa que realizó otra de las mujeres de un terreno para poder construir su hogar, encarando a la policía solo con sus argumentos y deseos de un lugar para vivir. El que estas mujeres, que mostraban estos niveles de compromiso y habían vencido temores y prejuicios para actuar de acuerdo a lo que pensaban, se hubieran mantenido al mismo tiempo en una relación en la que se ejercía violencia hacia ellas nos muestra la complejidad de este tema y la necesidad de abandonar planteamientos simplistas o meramente victimistas, para en su lugar enfocar su estudio e intervención desde diferentes disciplinas que permitan una visión más completa de la realidad.

Las otras manifestaciones de participación que analizamos – los centros de madres o las damas de colores–, si bien más cercanas a las ideas tradicionales del rol femenino, también significaron oportunidades de desarrollo y gratificación personal, permitiendo a las mujeres tanto aprender oficios que les sirvieron para su propia economía como dedicar parte de su tiempo a actividades benéficas para otras personas. El común denominador de todos estos tipos de participación, sin embargo, fue que durante el tiempo en que esta se llevó a cabo las mujeres rompieron el aislamiento impuesto por la pareja (o autoimpuesto por temor, vergüenza u otros motivos) y encontraron un espacio en el cual disfrutaron de compañía y recibieron reconocimiento por las acciones que emprendieron, con lo que es posible que se haya producido un aumento de la autoestima y un mejoramiento de los estados emocionales, actuando de esta forma como factores protectores ante la violencia.

Finalmente, otro aspecto de esta etapa de vida que surgió de manera importante en las historias es el relativo a las creencias y expresiones religiosas. En lo que respecta a las creencias, pudimos observar cómo las enseñanzas familiares habían influido de manera fundamental en su aprendizaje, siendo las madres y abuelas las figuras centrales en la transmisión de estas. Sin embargo, dichas convicciones no se traducían necesariamente en una práctica religiosa cotidiana e institucional (ligada a alguna iglesia), sino que muchas veces se mostraba como un vínculo particular y acomodado a las propias ideas sobre la fe. Por otra parte, un elemento destacable en la participación religiosa se refiere a los motivos que algunas mujeres tenían para acercarse a una agrupación o comunidad, pasando en ocasiones de una iglesia a otra (de la Católica a la Protestante, por ejemplo) en busca del apoyo y compañía que brindaban, y no realmente por la manifestación de una fe en las doctrinas de cada una. En lo relativo a su relación con la violencia observamos que, si bien por una parte tanto la creencia como la participación religiosa entregaban elementos que les permitían lidiar con el maltrato y mantenerse emocionalmente más estables, al mismo tiempo se transformaban en barreras para reconocer la problemática en que estaban inmersas y para iniciar un proceso de búsqueda de ayuda para superarla.

Respecto a la segunda parte de este estudio, también en este caso se mostró el valor de las historias de vida planteadas desde un enfoque de género y de acuerdo con el modelo ecológico. En esta parte concluimos que la violencia que habían experimentado las mujeres entrevistadas tenía un lugar central en sus recuerdos, de forma tal que no solo aparecían en sus relatos los episodios de alguna de las manifestaciones de esta violencia, sino que también muchos de los acontecimientos vividos en una variedad de ámbitos se veían permeados por la búsqueda de control y dominación por parte de sus parejas. Estos recuerdos eran tan potentes que, a pesar de que no se les preguntó directamente por las experiencias de maltrato (solo se consultó por aspectos puntuales relativos a esta problemática una vez que ellas ya habían hablado del tema con el fin de aclarar algún

elemento), estos surgieron espontáneamente en todas las conversaciones, ya fuera de forma directa nombrando la violencia como tal o de manera indirecta, contando los hechos acaecidos en tanto situaciones que provocaron sorpresa, incredulidad, dolor, etc. En los casos en que las mujeres se expresaban con una locuacidad excesiva, los relatos de agresiones vividas aparecían al inicio de la entrevista, y se iban encadenando con la historia de la pareja y la propia historia personal; en otros casos era al revés, y al ir consultando sobre la familia, el trabajo o los estudios, por ejemplo, iban apareciendo los momentos en que las parejas habían ejercido maltrato.

Esta presencia constante de la violencia en sus memorias puede explicarse por una mezcla de factores, entre los que se encuentra el choque emocional que genera la primera agresión (cualquiera que fuese su tipo de manifestación), así como su repetición en el tiempo de estos hechos. Según lo vimos en la introducción, la permanencia de una experiencia vivida en la memoria y el lugar que ocupa en ella están influidos por las emociones; por este motivo, al tener la violencia grandes repercusiones en el estado emocional de las mujeres, quedaba fuertemente grabada en los recuerdos. Así, el temor constante que muchas manifestaron por no haber podido predecir las conductas agresivas de la pareja, la vergüenza que sentían ante estos sucesos o la angustia que tenían, eran algunas de las emociones que fuimos identificando en sus historias, no solo por medio de lo relatado sino también por la forma en que lo contaron, es decir, a través de las expresiones verbales y no verbales que las mujeres utilizaron en las entrevistas.

Otro factor en juego puede ser que todas las mujeres habían vivido violencia en sus relaciones de pareja desde un comienzo, usualmente muy jóvenes, y esta se había extendido hasta la vejez, por lo que esta atravesaba gran parte de su vida adulta, siendo experiencias que se habían repetido en el tiempo y, además, habían causado diversos efectos en sus estados físico y emocional. Esto lo vemos, por ejemplo, en la desesperanza que habían ido aprendiendo ante las experiencias

negativas en las búsquedas de apoyo que habían iniciado en algún momento de sus vidas.

En el constante relato de situaciones relativas a esta problemática también pueden haberse conjugado, por una parte, el hecho de que las mujeres ya habían pasado por un proceso reparatorio (individual y/o grupal), por lo que es posible que ya hubieran reflexionado sobre la violencia de pareja y sus alcances en la propia vida, siendo algunas capaces de reconocer incluso las manifestaciones de esta (por ejemplo, la violencia psicológica); y por otra, que al momento de contactarlas y al inicio de cada entrevista se les indicó el propósito de esta, motivo por el cual las que estuvieron dispuestas a dar a conocer sus historias se concentraban en este tema.

Finalmente, si bien la violencia vivida al interior de la pareja fue la que apareció de forma más preponderante en los relatos, también encontramos en ellos otros tipos que se inscriben dentro de lo que se reconoce como violencia contra las mujeres, como los abusos y agresiones sexuales en la infancia y adolescencia por parte de familiares (padrastrós, tíos, etc.), empleadores u otros hombres; o los abusos respecto de la autodeterminación del cuerpo femenino cometidos en centros de salud en temas relacionados con la salud sexual y reproductiva, entre otros. Sin embargo, estos recuerdos no se presentaron con la misma intensidad que aquellos referidos a la pareja, por lo que aunque sin duda forman parte importante de sus historias, en este caso nos sirven para comprender el contexto general de sus vidas y todos los elementos que pueden haber influido tanto en la normalización de la violencia como en dificultar el reconocimiento del problema y la búsqueda de ayuda para resolverlo.

Por otra parte, el haber realizado el análisis de la información teniendo en cuenta tanto el género como la edad nos permitió identificar algunos aspectos que marcan una diferencia en la experiencia de la violencia de pareja en las mujeres mayores. Si bien pudimos observar muchas

similitudes con hallazgos de otros estudios realizados con mujeres jóvenes/adultas (por ejemplo los estudios de prevalencia llevados a cabo en Chile), las historias de las entrevistadas nos mostraban, por ejemplo, cómo en algunas manifestaciones de violencia se utilizaba la edad, los estereotipos y prejuicios sociales asociados a esta para humillarlas; cómo algunas parejas usaban las necesidades económicas de las mujeres para ejercer control a sabiendas que era difícil para ellas tener recursos de forma autónoma (muchas no contaban con jubilaciones o estas eran muy bajas y tampoco tenían empleo); cómo la presencia de hijas/os jóvenes/adultos se transformaba en un factor protector y de apoyo en la búsqueda de ayuda; o la forma en que las mujeres mayores percibían ciertas discriminaciones asociadas a la edad, transformándose esto en una barrera para la búsqueda de ayuda. Pero no todo era negativo, pues en sus relatos también se descubre que a pesar de las creencias y prejuicios asociados a la vejez, las mujeres eran capaces de soñar, de tener esperanza, de realizar cambios en sus rutinas y en los comportamientos asociados a los roles de género (si bien sin cuestionar los roles en sí mismos), así como de rebelarse y enfrentarse a las normas y a sus propias convicciones para salir de la relación en que vivían violencia.

A raíz de este análisis, y volviendo a la propuesta metodológica que hemos utilizado, podemos ver la trascendencia de esta, y en particular de la disciplina histórica, al permitirnos ampliar el marco con el cual usualmente se intentan dilucidar el origen y las causas de la violencia, preferentemente con el fin de encontrar un camino para su erradicación. Así, no podemos pretender acabar con esta problemática sin entender que hay factores que han actuado a lo largo de generaciones en la historia del país y en todos los niveles de la sociedad, así como elementos a nivel personal que se han conjugado con ellos en una constante definición y redefinición de la identidad y las actuaciones de las personas (en especial aquellas relacionadas al género, la edad, la clase, la etnia, entre otros), aceptando algunos mandatos, normas o costumbres, y rebelándose contra otros.

En este sentido, la historia oral nos ha permitido comprender y dar sentido a experiencias individuales, a las emociones que estas les generaban y a los pensamientos que compartían, todo lo cual estaba en una tensión y retroalimentación permanente con las vivencias de otras mujeres, de otros hombres y de otras familias, así como con los hechos que se iban sucediendo en el país y los valores e ideas que se transmitían. Y en este proceso de construir las historias de vida a partir de sus relatos y del estudio de la sociedad, concluimos que estas historias de mujeres mayores son mucho más que la violencia que se ejerció sobre ellas. Si bien la primera parte del estudio nutre la comprensión del problema de la violencia, también es historia en sí misma pues cada una tiene un pasado que, si bien está marcado por la violencia (en muchos casos desde la infancia), también tiene recuerdos de vivencias alegres, divertidas, de desafíos, de rebeldías, de momentos compartidos en paz, de descubrimientos, de resistencias y un largo etcétera.

Por este motivo, sin desconocer la relevancia de las estadísticas para sensibilizar a la sociedad sobre este tema o la realización de otro tipo de investigaciones desde diferentes disciplinas (psicología, sociología, antropología, etc.), creemos que las mujeres que han vivido la problemática no son solo números que se suman para obtener grandes datos, ni son solo relevantes sus comportamientos, por poner algunos ejemplos; por el contrario, consideramos que es imprescindible ampliar y/o combinar estos enfoques con otros que nos permitan conocer quiénes son estas mujeres, cómo piensan, cómo fueron criadas, cómo les impactaban los cambios que ocurrían en la sociedad, qué las emocionaba y qué continúa haciéndolo, a qué temían y qué miedos han vencido, qué las motivaba en el pasado y qué las inspira ahora, entre otros aspectos que hemos analizado en esta investigación, descubriendo también un presente y un futuro abiertos a los cambios, aun en la vejez.

Al mismo tiempo, consideramos que la tarea de un/a investigador/a, en este caso desde la

historia, no puede ser solo constatar que la violencia contra las mujeres en relaciones de pareja es un problema que se ha presentado y repetido a lo largo de los años de la vida del país, sino que debe adentrarse en descubrir las relaciones de estos comportamientos con los valores, las ideas, los conceptos, los prejuicios y estereotipos presentes en la sociedad, en las instituciones relevantes y en los medios de comunicación, así como en las propias personas; intentando identificar aquellos aspectos que han favorecido la aparición y perpetuación de la violencia. De otra forma se puede caer en la denuncia que, si bien puede ser importante en otros ámbitos, no ofrece una explicación de los hechos ni utiliza el pensamiento crítico sobre el tema.

Y aquí también nos cabe hacer una reflexión desde el rol de investigadora sobre aquellos aspectos que surgieron durante el proceso de la construcción de las historias de vida al trabajar un tema como la violencia contra las mujeres, enfocándolos como desafíos para nuevos estudios en la materia. En primer lugar, surge el aparente conflicto entre la objetividad que toda investigación científica requiere y las emociones que generaban las entrevistas, pues es imposible dejar de reconocer el impacto de escuchar de primera fuente aquellas situaciones extremas y dolorosas que habían vivido las mujeres. A pesar de saberse en un papel de investigadora y, por lo tanto, intentar mantener una posición de racionalidad y neutralidad frente a lo que se escucha, es innegable que la repetición de hechos, en muchos casos de violencia extrema, genera efectos en las emociones. Pero frente a ello, quien realiza este tipo de investigaciones no puede negar los impactos de estos relatos ni aparentar una neutralidad que no existe, ¿no sería eso manipular las fuentes, silenciando así la voz de quienes vivieron los hechos en primera persona? Por lo tanto, es necesario reconocer que estos relatos tienen un efecto en la persona que investiga y asumirlos como parte del proceso, pues de lo contrario igualmente la afectaría, pero se filtrarían de manera inconsciente en el estudio, y ese sería el momento en el que se perdería la objetividad, al llevar a quien investiga a tratar a las mujeres de forma paternalista, condescendiente o asistencialista.

Como investigadores/as, nuestro objetivo debe ser analizar los hechos de la forma más completa posible. En este caso concreto, para no caer en estereotipos, es importante huir de la imagen de víctimas desvalidas y considerar a las mujeres como individuos complejos, con sus propias contradicciones, pero también capaces de tomar decisiones, dar giros a sus vidas y afrontar incluso la violencia que se ejercía contra ellas. Aplicando esto en la historia oral, es necesario durante todo el proceso no proyectar nuestras propias ideas sino ir aprendiendo a construir las historias de vida a partir de lo que ellas mismas vivieron, sintieron y pensaron, respetando y escuchando lo que relatan de una manera activa y alerta, pues nadie mejor que ellas conoce sus propias vidas. Ahora bien, el papel del/a investigador/a no es meramente el de transcriptor/a, pues posee unos conocimientos sobre la evolución histórica, las dinámicas de la cultura patriarcal, las legislaciones y las políticas, entre otras, lo cual permite enmarcar estos relatos en un contexto concreto. Sumado a esto, el/la investigador/a también debe buscar los patrones comunes, seleccionar las partes del relato que se introducen en la investigación y hacer una crítica a esas fuentes orales, de tal forma que lo que originalmente eran historias personales se conviertan en un tapiz donde cada una de esas vidas nos ayuda a entender una realidad histórica específica: la de la violencia de pareja a mujeres mayores en el Chile de 1940 a 2010.

En un aspecto diferente, según la información que hemos recogido y analizado en este estudio, queda patente la necesidad de abrir el debate sobre la forma en que se atiende a las necesidades y demandas de las mujeres mayores en el país. En todos los niveles y tanto en organismos públicos como privados, el personal que hoy está a cargo de atender a mujeres que viven violencia basada en el género debería conocer las particularidades que presentan aquellas que han entrado en la etapa de la vejez, y cuestionar las visiones y los estereotipos edadistas que comúnmente se utilizan sobre las personas mayores, evitando las discriminaciones, infantilización, minimizar los problemas que presentan, etc.; y, al mismo tiempo, se deberían incorporar elementos

sobre los derechos de las personas mayores a una vida libre de violencia, a la autodeterminación, a la independencia, al desarrollo de capacidades, y al aprendizaje de nuevos conocimientos y habilidades para su protección y crecimiento. Este trabajo (que en parte viene desarrollando el Servicio Nacional del Adulto Mayor) debería ampliarse a la sociedad en general, velando, por ejemplo, por una mayor y mejor representación de las personas mayores, especialmente las mujeres, en los medios de comunicación.

Lo anterior incluye desterrar ideas como que todas las personas mayores son frágiles física y/o psicológicamente, que no poseen iniciativa o que sus pautas de comportamiento son imposibles de cambiar. Por ejemplo, todas las mujeres que participaron en esta investigación eran mayores de 60 años, y sin embargo todas eran autosuficientes (incluso algunas todavía estaban trabajando remuneradamente o en labores domésticas y de cuidado). Esto no quiere decir que no sea necesario tener en cuenta las posibles enfermedades o discapacidades que algunas pueden presentar (incluidas aquellas generadas por la propia violencia), pues estas se transforman tanto en un factor de riesgo para que se continúe la relación de violencia o que esta sea más grave, como en barreras para solicitar ayuda para salir de ella, al no poder, por ejemplo, ser autónomas para relatar su problema sin la presencia de quien ejerce el maltrato. Otro problema podría surgir si no se dispone de recursos físicos adecuados o personal específico para la atención de este tipo de mujeres en los centros donde se entrega apoyo, pero todo esto también es válido para mujeres jóvenes o adultas que tengan enfermedades o discapacidades.

Una posición similar se debe plantear desde quienes trabajen o se enfrenten con la contraparte, los hombres mayores, pues estos, al igual que hombres jóvenes o adultos, también son capaces de ejercer la violencia. En los relatos de algunas de las participantes pudimos encontrar que estas se enfrentaron a expresiones de profesionales pidiendo comprensión hacia quienes ejercían

violencia, justificando a los hombres en tanto supuestamente sus acciones eran fruto de enfermedades asociadas a su edad; o sanciones de jueces que se basaban en la incredulidad de la ocurrencia del maltrato hacia la mujer en la pareja al suponer que los hombres mayores no tenían fuerza suficiente u otras capacidades para agredir. Este tipo de prejuicios y aplicación de estereotipos pueden disuadir a las mujeres mayores de emprender nuevas búsquedas de ayuda en el futuro y, lo que es más preocupante, ponen en peligro las vidas y la integridad física y psicológica de estas al no apoyarlas en salidas exitosas a la violencia, e incluso exponerlas a posibles represalias de sus parejas ante los intentos por terminar con el maltrato.

El que este tipo de discursos se siga reproduciendo más de veinte años después de que se iniciaran acciones para el reconocimiento de la violencia contra las mujeres como un problema público y objeto de políticas nos indica que aún queda un largo camino por recorrer para su completa comprensión y erradicación. Además de tener contenidos sexistas y edadistas, vemos que aún se recurre a los mitos de la violencia para explicarla (en un caso antes señalado, por ejemplo, a que es causada por una enfermedad) y se olvida que en la pervivencia de esta se entremezclan diversos factores de orden individual, social y cultural, y que por lo tanto es imposible abordarla desde un único enfoque.

De esta forma, el trabajo de sensibilización y preparación sobre la violencia basada en el género en una relación de pareja contra mujeres mayores debería ser prioritario en algunas instituciones por la cercanía que tienen con la comunidad, en especial con las mujeres que ya están en la vejez. En ese sentido, una institución que se mostró muy relevante al momento de recurrir en busca de ayuda fue la policía, especialmente Carabineros de Chile, y si bien en nuestro estudio las entrevistadas relataron por lo general buenas experiencias cuando denunciaron siendo mayores (no así en el pasado), es muy relevante que esas vivencias no sean hechos aislados, sino que sean parte

de una política institucional. Por el contrario, en centros de salud y hospitales (públicos y privados), encontramos gran variedad de respuestas, muchas de ellas enfocadas solo a la solución de los síntomas por medio de la medicalización, sin profundizar en las causas de los problemas de salud que las mujeres referían, poniendo en riesgo la vida de las mujeres.

No queremos finalizar estas conclusiones sin antes plantear algunas de las preguntas que surgieron tras la investigación, así como algunas áreas de interés para profundizar en futuros estudios. En primer lugar, puesto que la presente investigación fue realizada con carácter exploratorio, consideramos que para complementar los conocimientos sobre este tema se hace necesario el poder entender la dimensión de la violencia contra mujeres mayores en relaciones de pareja en Chile, para lo cual se deberían realizar otro tipo de acciones para ello, como estudios de prevalencia, recogida de datos específicos por edad y sexo en lugares de recepción de denuncia, etc. De esta forma, se podrá ir superando la situación de invisibilidad que ha predominado en la discusión y tratamiento de este problema en el país. Para las mujeres participantes en nuestra investigación el cumplir 60 años no significó que la violencia terminara abruptamente ni que esta se modificara sustancialmente, por lo que no correspondería hacer estudios sobre violencia basada en el género en relación de pareja exclusivos para mujeres jóvenes/adultas, ni que a las mujeres mayores solo se las considere dentro de las investigaciones sobre personas mayores en general (abarcando otros tipos de maltrato y personas que lo ejercen). Lo que debería primar es una visión integradora de esta problemática, tal cual se evidencia en los casos reales.

Por otra parte, fruto de la localización del estudio en la capital del país y en una zona de clase media-baja, nos planteamos qué otros hallazgos podríamos encontrar en otros contextos geográfico y socioeconómico que puedan ayudarnos a comprender esta problemática en su cabalidad, pues algunos aspectos como la ruralidad o la pertenencia a una clase social alta nos

podrían entregar algunos otros factores protectores y/o de riesgo, así como otras barreras para la búsqueda de ayuda, entre otros. Por ejemplo, el aislamiento de una mujer mayor que viva en una zona rural puede ser diferente, pues es posible que además de vivir lejos de amistades y familiares, también pueda estarlo de instituciones de apoyo, más aún si tiene problemas de salud o de movilidad asociadas a la edad.

Otro aspecto a considerar es que, puesto que en la presente investigación solo se estimaron los niveles individual y macrosocial del modelo ecológico, creemos que es fundamental estudiar la forma en que los otros niveles se conjugan en el mantenimiento de la violencia contra mujeres mayores en una relación de pareja. Esto porque desde los relatos de las mujeres pudimos identificar la importancia de las relaciones familiares (presentes en el microsistema) tanto de las propias entrevistadas como de sus parejas, en ocasiones como un factor de riesgo y un modelo de normalización de la violencia contra las mujeres en sus vidas, y en otras como factores protectores. De igual forma, el personal de distintas instituciones (presentes en el exosistema) podía influir negativa o positivamente en la búsqueda de ayuda y la salida exitosa a la relación de violencia. Por lo tanto, se hace necesario recoger, entre otras cosas, cuáles son los pensamientos e ideas asociadas a las mujeres mayores y la violencia en la pareja que comparten las personas y las instituciones relacionadas con este problema.

En este sentido encontramos la importancia dada por las mujeres entrevistadas a sus hijas/os en edad adulta como factores protectores y como personas motivadoras de la búsqueda de ayuda. Si bien otros miembros de la familia también fueron nombrados, las/os hijas/os fueron quienes se destacaron en este sentido, por lo que consideramos que en un futuro estudio se deberían incluir como participantes para identificar los motivos de esto. Una hipótesis al respecto puede ser que al

haber crecido en una época en la que esta problemática se estaba dando a conocer públicamente y se había iniciado un proceso de sensibilización al respecto, puedan tener mayores herramientas para apoyar un proceso de reconocimiento y actuación frente al problema.

Finalmente, puesto que vemos que la violencia contra las mujeres en relaciones de pareja es una problemática que se encuentra lejos de su erradicación, debemos suponer que mujeres que hoy son adultas e incluso jóvenes y viven este problema pueden en el futuro llegar a la vejez y continuar experimentándolo en sus vidas, tal cual les ocurrió a nuestras entrevistadas. En este sentido, los hallazgos de este estudio pueden servir para identificar situaciones de riesgo que se están dando actualmente y que pueden dificultar la salida exitosa a la relación de violencia, evitando así que se extienda en el tiempo y lleguen a vivirla en la tercera edad. Esto porque, si bien el contexto histórico, social, cultural y/o político no será el mismo en el país, muchos pensamientos e ideas asociados a los roles de género se siguen reproduciendo, así como los conceptos sobre el amor u otros condicionantes que vimos tenían algún grado de influencia en la violencia de género. Por ejemplo, aunque hoy en el país la migración interna sea menor que en la época estudiada, sí existe una inmigración extranjera, especialmente de países latinoamericanos, y en lo que respecta a nuestro tema, mucha de esta inmigración responde a patrones similares a los ocurridos en el siglo pasado, es decir, mujeres que dejan sus familias (incluso hijas/os) para buscar un horizonte laboral mejor que en su lugar de origen, y que ante situaciones de violencia en sus relaciones de pareja podrían experimentar un aislamiento importante o pueden tener necesidades económicas que dificulten su autonomía.

De esta forma, las historias de las mujeres mayores nos ayudan a comprender un pasado pocas veces explorado y analizado, y al mismo tiempo que nos presentan oportunidades para

profundizar en diferentes aspectos que se encuentran en la base de la perpetuación de la violencia en relaciones de pareja, también nos ayudan a abrir la mirada sobre esta etapa de vida y sobre la forma en que el presente de las mujeres mayores y el de otras mujeres más jóvenes que viven violencia se puede ir transformando en el futuro.

5. Bibliografía y fuentes

5.1 Bibliografía

ACEVEDO, José Luis: *El futuro ha llegado: (una mirada humanista)*, Santiago de Chile, Ediciones Chile América, 1991.

AGOSÍN, Marjorie: *Tapestries of hope, threads of love. The Arpillera movement in Chile*, Maryland, Rowman & Littlefield publishers, 2008.

AITKEN, Linda y GRIFFIN, Gabriele: *Gender Issues in Elder Abuse*, Londres, California y Nueva Delhi, SAGE, 1996.

ALCAÍNO, Paula: *Ancianismo y medios de comunicación. Los discursos sobre la vejez en la prensa escrita chilena*, Memoria para optar al título de Antropólogo social, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 2006.

ALENCAR-RODRIGUES, Roberta y CANTERA, Leonor: “Violencia de género en la pareja: Una revisión teórica”, en *Psico*, vol. 43, núm. 1, enero/marzo 2012, pp. 116-126.

AMAR, Mauricio: *Cuerpos ideales. La producción de la dueña de casa en las revistas de mujeres entre 1910 y 1950*. Tesis para optar al grado de magíster en Estudios de Género y Cultura. Universidad de Chile, 2009.

ANDERSON, Kathryn; ARMITAGE, Susan; JACK, Dana y WITTNER, Judith: “Beginning where

we are. Feminist methodology in Oral History”, en J. Nielsen (ed.). *Feminist research methods: Exemplary readings in the Social Sciences*, San Francisco y Londres, University of Colorado-Boulder Westview Press Boulder, 1990, pp. 94-112.

ARANCIBIA, Patricia: “La elección presidencial de 1958. Jorge Alessandri y la derecha a La Moneda”, en A. San Francisco y A. Soto (eds.), *Camino a La Moneda: las elecciones presidenciales en la Historia de Chile 1920-2000*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, pp. 279-299.

ARAUJO, Kathia; GUZMÁN, Virginia y MAURO, Amalia: “El surgimiento de la violencia doméstica como problema público y objeto de políticas”, en *Revista de la CEPAL*, núm. 70, 2000, pp. 133-145.

ARBER, Sara y GINN, Jay: “‘Mera conexión’. Relaciones de género y envejecimiento”, en S. Arber y J. Ginn, *Relación entre Género y Envejecimiento*, Madrid, Nancea S. A. de Ediciones, 1996, pp. 17-34.

ARESTI, Nerea: “La categoría de género en la obra de Joan Scott”, en C. Borderías (ed.), *Joan Scott y las políticas de la historia*, Barcelona, Icaria, 2006, pp. 223-232.

ARNOLD, Marcelo: “Perspectivas para la observación de la religiosidad popular chilena” [en línea], en *Revista Chilena de Antropología*, núm. 9, 1990, pp. 15-35. Disponible en [«http://www.revistas.uchile.cl/index.php/RCA/article/viewFile/17579/18344»](http://www.revistas.uchile.cl/index.php/RCA/article/viewFile/17579/18344) [Consultada 11 junio 2012].

ARS Chile: *Estudio cualitativo. Trabajo doméstico y de cuidado que realizan las personas mayores*, Santiago de Chile, Servicio Nacional del Adulto Mayor, 2009.

AYLWIN, Mariana; BASCUÑÁN Carlos; CORREA, Sofia, GAZMURI, Cristián; SERRANO, Sol y TAGLE, Matías: *Chile en el siglo XX*, Santiago de Chile, Ed. Planeta Chilena S.A., 1999.

BALDEZ, Lisa: *Why women protest. Women's movements in Chile*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002.

BERGER, Sherna y PATAI, Daphne (eds.): *Women's Words. The feminist practice of Oral History*, Nueva York y Londres, Routledge, 1991.

BERNETE, Francisco: “Culturas Juveniles como aperturas de espacios, tiempos y expresividades”, en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 78, septiembre 2007, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 45-61.

Biblioteca del Congreso Nacional de Chile: *Historia de la Ley N° 20.480. Modifica el Código Penal y la Ley N° 20.066 sobre Violencia Intrafamiliar, estableciendo el Femicidio, aumentando las penas aplicables a este delito y reforma las normas sobre Parricidio*, Santiago de Chile, Diario Oficial de Chile, 18 diciembre, 2010.

BRANDL, Bonnie: “Power and Control: Understanding Domestic Abuse in Later Life” [en línea], en *Generations, the Quarterly Journal of the American Society on Aging*, summer, vol. XXIV, núm. 2, 2000, pp. 39-45. Disponible en «<http://www.ncall.us/sites/ncall.us/files/resources/Power%20and%20Control%20Understanding%20DA%20in%20Later%20Life.pdf>» [Consultado 25 febrero

2011].

BRITO, Eugenia: “Roles sexuales: Diversas escenas”, en O. Grau, R. Delsing, E. Brito y A. Farías, *Discurso, género, poder. Discursos públicos: Chile 1978 – 1993*, Santiago de Chile, LOM – ARCIS, 1997, pp. 65-91.

Bronfenbrenner, Urie: *La ecología del desarrollo humano*, Barelona, Paidós Ibérica, 1987.

BULTMANN, Ingo: “Movimientos populares vecinales y transformaciones del sistema político en México y Chile”, en I. Bultmann, M. Hellmann, K. Meshkat, y J. Rojas (eds.), *¿Democracia sin movimiento social? Sindicatos, organizaciones vecinales y movimientos de mujeres en Chile y México*, Venezuela, Ed. Nueva Sociedad, 1995, pp. 131-209.

CANCINO, Hugo: Chile. *La problemática del poder popular en el proceso de la Vía Chilena al Socialismo. 1970-1973*, Aarhus, Aarhus University Press, 1988.

CANNOBBIO, Liliana y JERI, Tamara: *Estadísticas sobre las personas adultas mayores: un análisis de género*, Santiago de Chile, Servicio Nacional del Adulto Mayor, 2008.

CARLSON, Bonnie: “Causes and maintenance of domestic violence: An ecological analysis”, en *Social Service Review*, vol. 58, núm. 4, diciembre 1984, pp. 569-587. Disponible en «<http://www.jstor.org/stable/30011762>» [Consultado 06 mayo 2011].

CARRASCO, Ana María: “Espacios conquistados. Un panorama de las organizaciones de las mujeres chilenas”, en S. Montecino (comp.), *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia*,

Santiago de Chile, Catalonia, 2009, pp. 139-152.

CHACÓN, Arturo: “Religión y modernidad. Protestantismo en Chile” [en línea], en *Revista de Ciencias Sociales*, núm. 12, 2002, pp. 67-76. Disponible en [«http://redalyc.uaemex.mx/pdf/708/70801205.pdf»](http://redalyc.uaemex.mx/pdf/708/70801205.pdf) [Consultado 24 julio 2012].

CHANFRAULT-DUCHET, Marie-Françoise: “Narrative structure, social models and symbolic representation in the life story”, en S. Berger y D. Patai (eds.): *Women's Words. The feminist practice of Oral History*, Nueva York y Londres, Routledge, 1991, pp. 77-92.

COLLIER, Simon y SATER, William: *Historia de Chile: 1808 – 1994*, Madrid, Cambridge University Press, 1998.

Comisión interministerial de prevención de la violencia intrafamiliar: *Política y Plan Nacional de Intervención en Violencia Intrafamiliar 2000-2006*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2001.

CORSI, Jorge: “Una mirada abarcativa sobre el problema de la violencia familiar”, en J. Corsi (comp.), *Violencia familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social*, Buenos Aires y México, Paidós, 1994, pp. 48-49.

COTTET, Pablo: “Los cambiantes discursos sobre la juventud”, en *Proposiciones*, vol. 24, agosto 1994, Santiago de Chile, Ed. Sur, pp. 306-309.

CRUZ, Alma: “Chile: Crecimiento económico con desigualdad social” [en línea], en *Comercio*

Exterior, vol. 59, núm. 11, noviembre 2009, pp. 886-897. Disponible en [«http://revistas.bancomext.gob.mx/rce/magazines/132/3/886_crecimiento_Chile.pdf»](http://revistas.bancomext.gob.mx/rce/magazines/132/3/886_crecimiento_Chile.pdf) [Consultado 27 mayo 2013].

DABÈNE, Olivier: *América Latina en el siglo XX*, Madrid, Ed. Síntesis, 1999.

DELSING, Riet: “La familia: el poder del discurso”, en O. Grau, R. Deltsin, E. Brito y A. Farías, *Discurso, género, poder. Discursos públicos: Chile 1978 – 1993*. Santiago de Chile, LOM – ARCIS, 1997a, pp. 105-126.

_____: “Sobre mitos y relatos: el discurso chileno sobre la familia”, O. Grau, R. Deltsin, E. Brito y A. Farías, *Discurso, género, poder. Discursos públicos: Chile 1978 – 1993*, Santiago de Chile, LOM – ARCIS, 1997b, pp. 149-164.

DE RAMÓN, Fernando: *Breve Historia de Chile. Desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500 – 2000)*, Buenos Aires, Biblos, 2001.

DUNLOP, Burton; BEAULAURIER, Richard; SEFF, Laura, NEWMAN, Fred; MALIK, Neena y FUSTER, Melissa: *Domestic Violence against older women: final technical report* [en línea], Florida, The Center of Aging of Florida International University, 2005. Disponible en [«http://www.ncjrs.gov/pdffiles1/nij/grants/212349.pdf»](http://www.ncjrs.gov/pdffiles1/nij/grants/212349.pdf) [Consultado 28 abril 2009].

DUSSAILLANT, Patricio: “La elección presidencial de 1999-2000. El siglo terminó en empate”, en A. San Francisco y A. Soto (eds.), *Camino a La Moneda: las elecciones presidenciales en la Historia de Chile 1920-2000*. Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, pp. 463-

490.

ECHEBURÚA, Enrique; DE CORRAL, Paz; AMOR, Pedro; SARASUA, Belén y ZUBIZARRETA, Irene: “Repercusiones psicopatológicas de la violencia doméstica en la mujer: Un estudio descriptivo”, en *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, vol. 2, núm. 1, 1997, pp. 7-19.

EDLESON, Jeffrey y TOLMAN, Richard: *Intervention for men who batter: An ecological approach*, Newbury Park, Sage, 1992.

ELDER, Glen: “Historia y trayectoria vital”, en J. Marinas y C. Santamaría (eds.), *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Ed. Debate, 1993 pp. 199-230.

ESCUDERO, Antonio; POLO, Cristina; LÓPEZ, Marisa y AGUILAR, Lola: “La persuasión coercitiva, modelo explicativo del mantenimiento de las mujeres en una situación de violencia de género. II: Las emociones y las estrategias de la violencia”, en *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, vol. XXV, núm. 96, 2005, pp. 59-91.

ESPAÑA, Sergio: “Una evaluación a las evaluaciones del Gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle”, en O. Muñoz y C. Stefoni (coords.), *El período del Presidente Frei Ruiz-Tagle*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria – FLACSO – Chile, 2003, pp. 17-41.

ESPINOZA, Vicente: *Para una historia de los pobres de la ciudad*, Santiago de Chile, Ediciones Sur, 1988.

ETCHEPARE, Jaime: *Surgimiento y evolución de los partidos políticos en Chile, 1857-2003*, Concepción, Editorial Universidad Católica de la Santísima Concepción, 2006.

FEDIAKOVA, Evgenia: “Somos parte de esta sociedad'. Evangélicos y política en el Chile post autoritario” [en línea], en *Política*, núm. 43, primavera de 2004, pp. 253-284. Disponible en <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64504310>> [Consultada 10 noviembre 2011].

FEIXA, Carles y PORCIO, Laura: “Los estudios sobre culturas juveniles en España (1960-2003)”, en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 64, marzo 2004, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 9-28.

FERNÁNDEZ, David: *Historia oral de la Iglesia Católica en Santiago de Chile desde el Concilio Vaticano II hasta el golpe militar de 1973*, Cádiz, Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz, 1996.

FERNÁNDEZ, Joaquín: *El Ibañismo (1937-1952). Un caso de populismo en la política chilena*, Santiago de Chile, Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007.

FERNÁNDEZ, María Paz: *Amor a palos. La violencia en la pareja en Santiago (1900-1920)*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2011.

FOLGUERA, Pilar: *Cómo se hace historia oral*, Madrid, Edeuma, 1994.

FRANCESCHET, Susan: “El triunfo de Bachelet y el ascenso político de las mujeres”, en *Nueva Sociedad*, núm. 202, 2006, pp. 13-22.

FREIXAS, Anna: “Las mujeres queremos ser mayores y poder parecerlo”, en V. Maquieira (compa.), *Mujeres Mayores en el Siglo XXI*. Madrid, Instituto de Migraciones y Servicios Sociales, 2002, pp. 253-273.

FRIEDMANN, Reinhard: *La Política Chilena de la A a la Z*. Santiago de Chile, Melquíades Servicio Editorial, 1988.

FROHMANN, Alicia y VALDÉS, Teresa: *Serie Estudios Sociales núm. 55: Democracy in the country and in the home. The women's movement in Chile*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, 1993.

FUENTES, Jordi; CASTILLO, Fernando y CORTÉS, Lía: *Diccionario histórico y biográfico de Chile*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1996.

GAMBOA, Ricardo y SEGOVIA, Carolina: “Las elecciones presidenciales y parlamentarias en Chile. Diciembre 2005 – Enero 2006” [en línea], en *Revista de Ciencia Política*, vol. 26, núm. 1, 2006, pp. 84-113. Disponible en «http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-090X2006000100005&script=sci_arttext» [Consultada 11 enero 2012].

GARAY, Cristian: “La elección presidencial de 1952. La candidatura de Carlos Ibáñez del Campo y su retorno a La Moneda”, en A. San Francisco y A. Soto (eds.), *Camino a La Moneda: las elecciones presidenciales en la Historia de Chile 1920-2000*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, pp. 243-478.

GARCÍA, José Luis: *Informes Portal Mayores núm. 41: La sexualidad y la afectividad en la vejez*

[en línea], Madrid, Portal Mayores, 2005. Disponible en
 «<http://www.imsersomayores.csic.es/documentos/documentos/garcia-sexualidad-01.pdf>» [Fecha
 Publicación 31/08/2005] [Consultado 09 julio 2009].

GARCÍA-MORENO, Claudia: *Publicaciones ocasionales núm. 6: Violencia contra la mujer. Género y equidad en la salud*, Washington DC, Organización Panamericana de la Salud – Harvard Center for Population and Development Studies, 2000.

GARRETÓN, Manuel y MARTÍNEZ, Javier: *Universidades chilenas: Historia, reforma e intervención*, Tomo I, Santiago de Chile, Ediciones Sur, 1985.

GOICOVIC, Igor: “Del control social a la política social. La conflictiva relación entre los jóvenes populares y el Estado en la historia de Chile”, en *Última Década*, núm. 12, marzo 2000, Valparaíso, Centro de Estudios Sociales, pp. 103-123.

_____: “Relaciones afectivas y violencia intrafamiliar en el Chile tradicional”, en *Ibero Forum*, vol. 1, núm. 1, 2006, pp. 1-20. Disponible en «<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=211015574009>» [Consultada 05 enero 2013].

GÓNGORA, Álvaro y GAZMURI, Cristián: “La elección presidencial de 1964. El triunfo de la Revolución en Libertad”, en A. San Francisco y A. Soto (eds.), *Camino a La Moneda: las elecciones presidenciales en la Historia de Chile 1920-2000*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, pp. 301-331.

GONZÁLEZ, Yanko: *Óxidos de identidad: Memoria y juventud rural en el sur de Chile (1935-*

2003) [en línea], Tesis de Doctorado en Antropología Social y Cultural, Universidad Autónoma de Barcelona, 2004. Disponible en «<http://hdl.handle.net/10803/5508>» [Consultado 30 octubre 2012].

_____: “Primeras culturas juveniles en Chile: Pánico, malones, pololeo y matiné” [en línea], en *Atenea*, núm. 503, 2011, pp. 11-38. Disponible en «http://www.scielo.cl/pdf/atenea/n503/art_02.pdf» [Consultada 27 febrero 2013].

GRAU, Olga: “Familia: un grito de fin de siglo”, en O. Grau, R. Delsing, E. Brito y A. Farías, *Discurso, género, poder. Discursos públicos: Chile 1978 – 1993*, Santiago de Chile, LOM – ARCIS, 1997, pp. 127-147.

GRUNFELD, Anton; LARSSON, Diane; MACKAY, Kathleen y HOTCH, Débora: “Domestic Violence Against Elderly Women” [en línea], en *Canadian Family Physician*, vol. 42, 1996, pp. 1485-1493. Disponible en «<http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC2146823/pdf/canfamphys00078-0055.pdf>» [Consultada 19 julio 2011].

HALBWACHS, Maurice: *La Memoria Colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.

HEISE, Lori: “Violence Against Women: an integrated, ecological framework”, en *Violence Against Women*, vol. 4, núm. 3, 1998, pp. 262-290.

_____: “Gender-based abuse: The global epidemic”, en *Caderno Saúde Pública*, Río de Janeiro, núm. 10 (supplement 1), 1994, pp. 135-145.

HEISE, Lori; ELLSBERG, Mary y GOTTMOELLER, M.: “A global overview of gender-based violence”, en *International Journal of Gynecology and Obstetrics*, vol. 1, núm. 78, 2002, pp. 5-14 (No se dispone el nombre del/a último/a autor/a).

HELLMANN, Michaela: “‘Sin nosotras no hay democracia’. Perspectivas y limitaciones de los movimientos de mujeres en Chile y México”, en I. Bultmann, M. Hellmann, K. Meshkat y J. Rojas (eds.), *¿Democracia sin movimiento social? Sindicatos, organizaciones vecinales y movimientos de mujeres en Chile y México*, Venezuela, Ed. Nueva Sociedad, 1995, pp. 229-295.

HEVIA, Solange y RODÓ, Andrea: “Consideraciones en torno a la participación de la mujer popular en los espacios locales: ¿Protagonismo o una nueva forma de subordinación?” [en línea], en *Cuaderno de Desarrollo Social*, II época, núm. 9, 1991, pp. 133-142. Disponible en [«http://pdf.usaid.gov/pdf_docs/PNABM194.pdf»](http://pdf.usaid.gov/pdf_docs/PNABM194.pdf) [Consultada 22 junio 2011].

HIGHTOWER, Jill: *Violence and Abuse in the Lives of Older Women: It is Elder Abuse or Violence Against Women? Does it Make Any Difference?* [en línea], Background paper for INSTRAW discussion forum Gender Aspects of Violence and Abuse of Older Persons, 15-26 April 2002. Disponible en [«http://www.un-instraw.org/en/docs/ageing/Jill_Hightower_discussion_paper.pdf»](http://www.un-instraw.org/en/docs/ageing/Jill_Hightower_discussion_paper.pdf) [Consultado 28 noviembre 2008].

HIRIGOYEN, Marie-France: *Mujeres Maltratadas. Mecanismos de la violencia en la pareja*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2006.

ILLANES, María Angélica: *'Ausente, Señorita'. El niño chileno, la escuela para pobres y el auxilio. 1890-1990*, Santiago de Chile, Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas, 1991.

KANE, Michael; GREEN, Diane y JACOBS, Robin: "Perceptions of Intimate Partner Violence, Age, and Self-Enhancement Bias" [en línea], en *Journal of Elder Abuse & Neglect*, vol. 23, núm. 1, 2010, pp. 89-114. Disponible en: «<http://dx.doi.org/10.1080/08946566.2011.534710>» [Consultado 22 julio 2011].

KIRKWOOD, Julieta: *Documento de trabajo, núm. 159: Feminismo y participación política en Chile*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, 1982.

LARRAÍN, Soledad: *Violencia familiar: La situación de la mujer en Chile*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1994.

_____ "Violencia de género: un debate pendiente", en S. Montecino (comp.), *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia*, Santiago de Chile, Catalonia, 2009, pp. 569-586.

LAVRIN, Asunción: *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, Santiago de Chile, Dirección de bibliotecas, archivos y museos, 2005.

LAZENBATT, Anne; DEVANEY, John y GILDEA, Aileen: *Older Women's Lifelong Experience of Domestic Violence in Northern Ireland*, Belfast, Changing Aging Partnership, 2010.

LECHNER, Norbert y LEVY, Susana: *Material de Discusión FLACSO núm. 57: Notas sobre la vida cotidiana III: El disciplinamiento de la mujer*, Santiago de Chile, FLACSO, 1984.

LEGINA, Joaquín: *El Chile de la Unidad Popular (1970-1973)*, Córdoba, Ateneo de Córdoba, 1999.

LEMUS, Soledad y EXPÓSITO, Francisca: “Nuevos retos para la Psicología Social: Edadismo y perspectiva de género”, en *Pensamiento psicológico* [en línea], núm. 5, 2005, pp. 34-51. Disponible en «<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2792929>» [Consultado 7 septiembre 2011].

LLONA, Miren: “Memoria e identidades. Balance y perspectivas de un nuevo enfoque historiográfico”, en C. Borderías, *La historia de las mujeres: Perspectivas actuales*, Barcelona, Icaria Editorial, 2009, pp. 355-390.

LÓPEZ, Mercedes: “Violencia machista: Un medio para el ejercicio del poder”, en E. López Zafra (coorda.), *Violencia contra las mujeres: Descripción e intervención biopsicosocial*, Jaén, Universidad de Jaén, 2010, pp. 41-60.

LORENTE, Miguel: *Mi marido me pega lo normal. Agresión a la mujer: realidades y mitos*, Barcelona, Ares y Mares Editorial Crítica, 2001.

LORENTE, Miguel y LORENTE, José: *Agresión a la mujer: Maltrato, violación y acoso. Entre la realidad social y el mito cultural* (2ª ed.), Granada, Comares, 1999.

MARSHALL, Teresa: “La demanda de las mujeres”, en *Proposiciones*, vol. 11, 1984, pp. 67-88.

MATUS, Teresa: “Las pioneras del trabajo social en Chile”, en S. Montecino (comp.), *Mujeres Chilenas. Fragmentos de una historia*, Santiago de Chile, Catalonia, 2009, pp. 219-234.

MAURO, Amalia: *Trabajo y empleo femenino en Chile 1880 – 2000. Su aporte al desarrollo del país desde la economía doméstica, el trabajo voluntario y el trabajo remunerado* (Informe. Final)

[en línea], Santiago de Chile, Centro de Estudios de la Mujer, 2009. Disponible en <<http://www.cem.cl/publica/trabajo.pdf>> [Consultada 08 abril 2012].

MEARS, Jean: "Violence against older women: From a personal problem to a public issue" [en línea], en *The Australian Sociological Association Conference 2001*, University of Sydney, 2001, pp. 1-7. Disponible en <http://www.tasa.org.au/docs/conferences/2001_05/031201%20Mears.pdf> [Consultado 19 julio 2011].

MEARS, Jane y SARGENT, Margaret: *Older Women Speak Up. Survival it's not enough! Project Two: For Professionals*, Bundeena, Australian Domestic & Family Violence Clearinghouse, 2002.

Ministerio de Justicia: *Anuario estadístico justicia de familia 2009*, Santiago de Chile, Ministerio de Justicia, 2009.

MONTECINO, Sonia: "Símbolo Mariano y constitución de la identidad femenina en Chile", en *Estudios Públicos*, núm. 39, 1990, pp. 283-290.

_____: "Nuevas feminidades y masculinidades. Una mirada de género al mundo evangélico de La Pintana", en *Estudios Públicos*, núm. 87, 2002, pp. 73-103.

MORALES, Mauricio: "La primera mujer presidenta de Chile: ¿Qué explicó el triunfo de Michelle Bachelet en las elecciones de 2005-2006?" [en línea], en *Latin American Research Review*, vol. 43, núm. 1, 2008, pp. 7-32. Disponible en <http://muse.jhu.edu/journals/latin_american_research_review/v043/43.1quirola.pdf> [Consultado 03 abril 2014].

MORLACHETTI, Alejandro: *Obligaciones de Latinoamérica y el Caribe ante el derecho internacional de adolescentes y jóvenes*, Washington D.C., Organización Panamericana de la Salud, 1999.

MOULIÁN, Tomás: *Material Docente sobre Historia de Chile núm. 2: El gobierno de Ibáñez. 1952-1958*, Santiago de Chile, FLACSO, 1986.

Naciones Unidas: *Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer* [en línea], Nueva York, Naciones Unidas, 1993. Disponible en [«http://www2.ohchr.org/spanish/law/pdf/mujer_violencia.pdf»](http://www2.ohchr.org/spanish/law/pdf/mujer_violencia.pdf) [Consultado 11 noviembre 2011].

_____: *La Mujer 2000: Dimensiones del envejecimiento relacionadas con el género*, marzo 2002, Nueva York, Naciones Unidas.

_____: *Poner fin a la violencia contra la mujer. De las palabras a los hechos*, Nueva York, Naciones Unidas, 2006.

NÄGELE, Barbara; BÖHM, Urte; GÖRGEN, Thomas y TÓTH, Olga: *Intimate partner violence against older women – Summary Report*. Göttingen, Daphne, 2010.

NAVIA, Patricio: “La elección presidencial de 1993. Una elección sin incertidumbre”, en A. San Franciso y A. Soto (eds.), *Camino a La Moneda: las elecciones presidenciales en la Historia de Chile 1920-2000*. Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, pp. 435-461.

OCKLEFORD, Elizabeth; BARNES-HOLMES, Yvonne; MORICHELLI, Roberta; MORJARIA,

Asha; SCOCCHERA, Francesca; FURNISS, Frederick; SDOGATI, Claudio y BARNES-HOLMES, Dermot: “Mistreatment of older women in three european countries: Estimated prevalence and service responses” [en línea], en *Violence Against Women*, vol. 9, núm. 12, 2003, pp. 1453-1464. Disponible en «<http://vaw.sagepub.com/content/9/12/1453>» [Consultado 10 octubre 2011].

OLAVARRÍA, José: “De la identidad a la política: Masculinidades y políticas públicas. Auge y ocaso de la familia nuclear patriarcal en el siglo XX”, en J. Olavarría y R. Parrini, *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile/Universidad Academia de Humanismo Cristiano/ Red de Masculinidad, 2000, pp. 11-28.

ORELLANA, Zicri: “La Iglesia Pentecostal: Comunidad de Mujeres” [en línea], en *Revista Cultura y Religión*, vol. 3, núm. 2, 2009, pp. 112-126. Disponible en «<http://www.revistaculturayreligion.cl/index.php/culturayreligion/article/view/153>» [Consultada, 10 mayo 2012].

Organización de Estados Americanos: *Convención interamericana para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra la mujer* [en línea], Belén do Pará, Organización de Estados Americanos, 1994. Disponible en «<http://www.oas.org/juridico/spanish/tratados/a-61.html>» [Consultado 11 noviembre 2011].

Organización Mundial de la Salud: *La salud de los jóvenes: Un desafío para la sociedad*, Ginebra, Organización Mundial de la Salud, 1986.

_____: *Estudio multipaís de la OMS sobre la salud de la mujer y violencia doméstica*, Ginebra,

Organización Mundial de la Salud, 2005.

Organización Panamericana de la Salud: *Informe mundial sobre la violencia y la salud*, Washington D.C., Organización Panamericana de la Salud, 2003.

OSBORNE, Raquel: *Apuntes sobre violencia de género*, Barcelona, Bellaterra, 2009.

PALMA, María: “Mujeres evangélicas. El otro camino”, en S. Montecino (comp.), *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia*, Santiago de Chile, Catalonia, 2009, pp. 415-421.

PHILLIPS, Linda: “Domestic violence and aging women” [en línea], en *Geriatric Nursing*, vol. 21, núm. 4, 2000, pp. 188-193. Disponible en «[http://www.gnjournal.com/article/S0197-4572\(00\)31727-X/abstract](http://www.gnjournal.com/article/S0197-4572(00)31727-X/abstract)» [Consultado 21 abril 2008].

PIEPER, Jadwiga: *The politic of motherhood: maternity and women's rights in twentieth-century Chile*, Pittsburg, University of Pittsburg Press, 2009.

POURTOIS, Jean Pierre y DESMET, Huguette: *Epistemología e instrumentación en ciencias humanas*, Barcelona, Herder, 1992.

POWER, Margaret: *Right-wing women in Chile. Feminine power and the struggle against Allende. 1964-1973*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, 2002.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo: *Desarrollo Humano en Chile: El poder, ¿para qué y para quién?*, Santiago de Chile, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2004.

_____: *Desarrollo humano en Chile. Género: Los desafíos de la igualdad*, Santiago de Chile, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2010.

RECTOR, John: *History of Chile*, Gordonsville, Palgrave Macmillan, 2005.

RICO, María Nieves: *Serie Mujer y Desarrollo núm. 10: Violencia doméstica contra la mujer en América Latina y el Caribe: propuestas para la discusión*, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 1992.

RÍOS, Marcela: “¡Más político que cultural! O ¿Cómo llegó en Chile una mujer a la Presidencia?” [en línea], en *Latin American Studies Association. FORUM*, vol. XXXVII, núm. 2, primavera 2006, pp. 31-33. Disponible en «<https://lasa.international.pitt.edu/forum/files/vol37/LASAForum-Vol37-Issue2.pdf>» [Consultado 03 abril 2014].

RÍOS, Marcela y VILLAR, Andrés: *Cuotas de género, democracia y representación*, Santiago de Chile, IDEA; FLACSO-Chile, 2006.

RODRÍGUEZ, Alfredo: “Veinte años de las poblaciones de Santiago”, en *Proposiciones, Marginalidad, Movimientos Sociales y Democracia*, vol. 14, agosto 1987. Santiago de Chile, Ediciones SUR, pp. 23-42.

RODRÍGUEZ, Aniceto: *Entre el miedo y la esperanza. Historia social de Chile*, Venezuela, Universidad Central de Venezuela. 1995.

ROJAS, Jorge: *Historia de la infancia en el Chile republicano. 1810-2010*, Santiago de Chile, Junta

Nacional de Jardines Infantiles, 2010.

ROJAS, Jorge y ROJAS, Gonzalo: "Auditores, lectores, televidentes y espectadores. Chile mediatizado. 1973-1990, en R. Sagredo y C. Gazmuri (dirs.), *Historia de la vida privada en Chile. El Chile contemporáneo, de 1925 a nuestros días*, Santiago de Chile, Aguilar Chilena de Eds., 2005, pp. 381-423.

ROMERO, María Inés; BEDREGAL, Paula y BASTÍAS, Gabriel: "Situación de la salud materno infantil en Chile" [en línea], en *Boletín de la Escuela de Medicina Pontificia Universidad Católica de Chile*, vol. 23 núm. 1, 1994, s/n. Disponible en [«http://escuela.med.puc.cl/publ/Boletin/SaludPublica/SituacionSalud.html»](http://escuela.med.puc.cl/publ/Boletin/SaludPublica/SituacionSalud.html) [Consultada 07 junio 2013]

ROSEMBLATT, Karin: "Por un hogar bien constituido. El Estado y su política familiar en los Frentes Populares", en L. Godoy, E. Hutchison, K. Rosemblatt y M. Zárate (eds.), *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, Santiago de Chile, Coedición SUR/CEDEM, 1995, pp. 90-108.

SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio: *Historia contemporánea de Chile I*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 1999a.

_____: *Historia contemporánea de Chile II*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 1999b.

_____: *Historia contemporánea de Chile IV. Hombres y feminidad*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2002a.

____: *Historia Contemporánea de Chile V. Niñez y Juventud*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2002b.

SALINAS, René: “Violencias sexuales e interpersonales en Chile tradicional”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, núm. 4, invierno 2000, pp. 13-49. Disponible en [«http://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/historiasocial/article/view/290»](http://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/historiasocial/article/view/290) [Consultada 05 enero 2013].

____: “La historia de la infancia, una historia por hacer” [en línea], en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, núm. 5, invierno 2001, pp. 11-30. Disponible en [«http://rhistoria.usach.cl/articulo_b.php?artid=94»](http://rhistoria.usach.cl/articulo_b.php?artid=94) [Consultada 05 enero 2013].

SAN FRANCISO, Alejandro: “La elección presidencial de 1970. Sesenta días que conmovieron a Chile (y al mundo)”, en A. San Franciso y A. Soto (eds.), *Camino a La Moneda: las elecciones presidenciales en la Historia de Chile 1920-2000*. Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, pp. 333-370.

SCOTT, Joan: “El género: Una categoría útil para el análisis histórico”, en J. S. Amelang y M. Nash (eds.), *Historia y género*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990, pp. 23-56.

SCOTT, Marsha; McKIE, Linda; MORTON, Sarah; SEDDON, Elizabeth y WASOFF, Fran.: *Older Women and Domestic Violence in Scotland, '... and for 39 years I got on With it*, Edinburgh, Health Scotland, 2004.

SEAYER, Carol: “Muted Lives: Older Battered Women”, en *Journal of Elder Abuse & Neglect*, vol.

8, núm. 2, 1996, pp. 3-21.

Servicio Nacional del Adulto Mayor: *Las personas mayores en Chile. Situación, avances y desafíos del envejecimiento y la vejez*, Santiago de Chile, Servicio Nacional del Adulto Mayor, 2009.

Servicio Nacional de la Mujer: *Documento de Trabajo núm. 104: Detección y análisis de la prevalencia de la violencia intrafamiliar de la región de Antofagasta*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2003.

_____: *Detección y análisis de la prevalencia de la violencia intrafamiliar en la región de Coquimbo*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2004.

_____: *La carta magna de los derechos humanos de las mujeres. Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2004.

_____: *Documento de Trabajo núm. 106: Detección y análisis de la prevalencia de la violencia intrafamiliar de la región de Los Lagos*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2008.

_____: *Documento de Trabajo núm. 121: Detección y análisis de la prevalencia de la violencia intrafamiliar en la Región Metropolitana y la Araucanía*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2009.

_____: *Igualdad. La profundidad de un proceso*, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer, 2010.

SILVA, Osvaldo: *Breve Historia Contemporánea de Chile*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1999.

STUVEN, Ana María: “El asociacionismo femenino: la mujer chilena entre los derechos civiles y los derechos políticos”, en S. Montecino (comp.), *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia*, Santiago de Chile, Catalonia, 2009, pp. 105-117.

SUBERCASEAUX, Javiera: *Eva. Modelos exclusivos. Rescate patrimonial de la fotografía de moda de la revista femenina Eva entre 1967 y 1969*. Proyecto para optar al título de Diseñadora Gráfica. Universidad de Chile, 2006.

THOMPSON, Paul: *La voz del pasado. La historia oral*, Valencia, IVEI, 1988.

_____: “Historia oral y contemporaneidad”, en *Anuario N° 20 Historia, Memoria y pasado reciente (2003-2004)*, Rosario (Argentina), Universidad Nacional de Rosario, 2005, pp. 14-33.

TINSMAN, Heidi. "Los patrones del hogar. Esposas golpeadas y control sexual en Chile rural, 1958-1988", en L. Godoy, E. Hutchison, K. Roseblatt y M. Zárate (eds.), *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, Santiago de Chile, Coedición SUR/CEDEM, 1995, pp. 57-73.

TUÑÓN, Esperanza: “A veces el silencio grita. Movimiento amplio de mujeres en Chile y México 1982-1992”, en I. Bultmann, M. Hellmann, K. Meshkat y J. Rojas (eds.), *¿Democracia sin movimiento social? Sindicatos, organizaciones vecinales y movimientos de mujeres en Chile y México*, Venezuela, Ed. Nueva Sociedad, 1995, pp. 211-228.

TWOMEY, Mary; QUINN, Mary y DAKIN, Emily: “From Behind Close Doors: Shedding Light on Elder Abuse and Domestic Violence in Late Life” [en línea], en *Journal of the Center for Families, Children & the Courts*, núm.6, 2005, pp. 73-80. Disponible en [«http://www.courts.ca.gov/xbc/cc/CFCC_Journal6_.pdf»](http://www.courts.ca.gov/xbc/cc/CFCC_Journal6_.pdf) [Consultado 23 marzo 2011].

URIBE, Hernán: *Prensa y periodismo político en los años 1960/70* [en línea], Centro de Estudios Miguel Enríquez – Archivo Chile, s/a. Disponible en [«http://www.archivochile.com/Medios_de_Comunicacion/html/text_gen/comutextgen0003.pdf»](http://www.archivochile.com/Medios_de_Comunicacion/html/text_gen/comutextgen0003.pdf) [Consultado 06 junio 2012].

VALDÉS, Teresa: *Documento de Trabajo FLACSO núm. 269: Ser mujer en sectores populares urbanos*, Santiago de Chile, FLACSO, 1985.

_____: *Material de Discusión núm. 94: Las mujeres y la dictadura militar en Chile*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, 1987.

VALDÉS, Teresa y OLAVARRÍA, José: “Ser hombre en Santiago de Chile: A pesar de todo un mismo modelo”, en T. Valdés. y J. Olavarría. (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO- Chile, 1998, pp. 12-35.

VALDÉS, Teresa; WEINSTEIN, Marisa; TOLEDO, M^a Isabel y LETELIER, Lilian: *Documento de Trabajo FLACSO núm. 416: Centros de Madres 1973 – 1989 ¿Sólo disciplinamiento?*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, 1989.

VALDÉS, Ximena: “Al son de la modernidad. Cambios en los bordes del campo y la ciudad: las

temporeras”, en *Proposiciones*, vol. 21, 1992, pp. 169-176.

_____: “Construyendo un lugar, traspasando fronteras. Trayectoria social de las mujeres rurales durante un siglo”, en S. Montecino (comp.): *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia*, Santiago de Chile, Catalonia, 2009, pp. 431-442.

VEIT STRASSNER, M.: “La Iglesia chilena desde 1973 a 1993: De buenos samaritanos, antiguos contrahentes y nuevos aliados. Un análisis politológico” [en línea], en *Teología y Vida*, vol. XLVII, 2006, pp. 76-94. Disponible en «<http://www.scielo.cl/pdf/tv/v47n1/art04.pdf>» [Consultada 17 octubre 2013].

VILLABLANCA, Hernán: “Chile y Estados Unidos: Tres décadas decisivas en sus relaciones comerciales y políticas, 1900-1930”, en *Revista de Sociología*, núm. 14, 2000, pp. 121-139.

VIVEROS, Alberto: “Acerca del envejecimiento y la vejez: Notas para dimensionar la acción de la sociedad sobre el tema” [en línea], en *Revista de Ciencias Sociales (CI)*, invierno, núm. 18, 2007, pp. 125-141. Disponible en «<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=70801808>» [Consultado 6 abril 2012].

WALKER, Leonore: *Battered woman syndrome*, New York, Springer Publishing Company, 2009.

WHITTAKER, Terry: “Violence, Gender and Elder Abuse: Towards a Feminist Analysis and Practice”, en *Journal of Gender Studies*, vol. 4, núm. 1, 1995, pp. 35-45.

WILKE, Dina y VINTON, Linda: “The Nature and Impact of Domestic Violence Across Age

Cohorts” [en línea], en *Affilia. Journal of Women and Social Work*, vol. 20, núm. 3. 2005, pp. 316-328. Disponible en «<http://aff.sagepub.com/content/20/3/316.full.pdf+html>» [Consultado 21 marzo 2008].

WITKER, Alejandro: *Historia documental del PSCH, 1933-1993. Forjadores – Signos de renovación*, Concepción, IELCO-Chile, 1993.

World Health Organization: *Global status report on alcohol and health 2014*, Luxemburgo, World Health Organization, 2014.

ZÁRATE, María Soledad: “Mujeres viciosas, mujeres virtuosas. La mujer delincuente y la Casa Correccional de Santiago. 1860-1900.”, en L. Godoy, E. Hutchison, K. Roseblatt y M. Zárate (eds.), *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, Santiago de Chile, Coedición SUR/CEDEM, 1995, pp. 75-89.

_____: “Parto, crianza y pobreza en Chile”, en R. Sagredo y C. Gazmuri (dirs.), *Historia de la vida privada en Chile. El Chile contemporáneo, de 1925 a nuestros días*, Santiago de Chile, Aguilar Chilena de Eds., 2005, pp. 13-47.

ZINK, Therese; REGAN, Sandra; JACOBSON, Jeffrey y PABST, Stephanie: “Cohort, Period and Aging Effects: a Qualitative Study of Older Women’s Reasons for Remaining in Abusive Relationships” [en línea], en *Violence Against Women*, vol. 9, núm. 12, 2003, pp. 1429 – 1441. Disponible en «<http://vaw.sagepub.com/cgi/reprint/9/12/1429>» [Consultado 20 abril 2009].

5.2. Fuentes orales

Entrevistas realizadas (nombres han sido cambiados para protección de las mujeres):

Nancy, 60 años al momento de la entrevista, originaria del norte de Chile. Su madre la tuvo estando soltera, pero el padre apoyó económicamente, por lo que ambas tenían una situación económica estable. Como el novio con el que se casó era de una clase más baja, la familia rechazó la unión, por lo que no recurrió a ella cuando se inició la violencia. La relación de pareja duraba más de cuarenta años, aún vivía con esposo y continuaba experimentando violencia. Entrevista realizada el 14 de mayo de 2012, en oficina privada de una asociación, en ambiente protegido y relajado.

Elena, 64 años al momento de la entrevista, originaria del sur de Chile, donde vivía con su familia en extrema pobreza, motivo por el cual deja los estudios en la primaria y comienza a trabajar como empleada doméstica. En la adolescencia emigra a Santiago de Chile para trabajar y luego a otra ciudad de la zona central del país. En ese lugar conoce a su esposo, quien ejerció violencia sexual, psicológica y económica, hasta pocos meses antes de la entrevista, cuando se separa de él. Vive con una hija que le ofreció apoyo para que se separara, al igual que otros hijos y nietos. Entrevista realizada el 16 de mayo de 2012, en casa de su hija, estaba sola por lo que hubo un ambiente protegido y relajado.

Raquel, 66 años al momento de la entrevista, originaria del sur de Chile. Siendo ella una adolescente su familia se traslada a Santiago en busca de oportunidades laborales, ella se casa muy joven y experimentó violencia psicológica y económica prácticamente desde el inicio de la vida en común. Manifiesta creencias y prácticas religiosas. Por iniciativa de una hija decide separarse, pero no denunció por no querer hacerle daño a su pareja. La entrevista se realiza en su casa, por la mañana, momento en que está sola, por lo que hay un ambiente tranquilo.

Vanesa, 64 años al momento de la entrevista, originaria de Santiago. Siendo muy pequeña la internaron temporalmente en un orfanato porque el padre ejercía violencia a la madre y estos se separaron. Posteriormente vuelve a vivir con la madre y un padrastro, quien abusó sexualmente de ella. Una vez casada tiene una relación con el hermano de su esposo, con quien se va a vivir y quien la maltrata psicológicamente hasta el momento de la entrevista. La entrevista se realizó el 10 de mayo de 2012, en oficina privada de asociación, en ambiente protegido y tranquilo.

María, 64 años al momento de la entrevista, originaria de Santiago. Cuando niña su familia vivía en situación de pobreza, por lo que muy joven se embarazó y se casó pensando en tener una vida económica mejor, pero esposo ejerció violencia durante 45 años, hasta que hijos la motivaron a separarse y denunciar. La entrevista se realizó el 07 de mayo de 2012, en la casa de uno de sus hijos, donde ella vive, en un horario en que está sola, por lo que resulta un ambiente protegido y relajado.

Lidia, 65 años al momento de la entrevista, originaria de Santiago. Su familia era de escasos recursos, por lo que debió dejar los estudios en la primaria. Se casó en la juventud y al poco tiempo el esposo comenzó a ejercer violencia física y psicológica, hasta que ella lo demandó, y a pesar de que continuaba viviendo con él para cuidarlo, ella había iniciado cambios en su vida. La entrevista se realizó en su casa, cuando ella estaba sola, por lo que se llevó a cabo en un ambiente protegido y tranquilo.

Amelia, 60 años al momento de la entrevista, originaria del sur de Chile. Su padre creció en una familia en la que se ejercía violencia hacia él. Cuando era una adolescente el padre la obligó a dejar los estudios para trabajar, tras lo cual se traslada a Santiago de Chile. Fue madre soltera a los 25 años, y posteriormente conoce a quien era su pareja. Una vez que se casa este comienza a ejercer

violencia, y continúa hasta que lo denunció y abandonó pocos meses antes de la entrevista, y se trasladó a vivir con una hija. A pesar de eso, cuando se encuentran él continúa ejerciendo violencia psicológica. La entrevista se realiza en una oficina privada de asociación, en ambiente protegido y relajado.

Jazmín, 76 años al momento de la entrevista, originaria del sur de Chile. Emigró en la juventud a Santiago de Chile para poder trabajar, pues su familia era de escasos recursos. Luego de casarse adoptó a una niña, hija de una adolescente que había escapado de su familia. A pesar de ello, como no pudo tener hijos propios, el esposo siempre aprovechó ese problema para agredirla psicológicamente. Esta violencia la vivió hasta la muerte de su pareja, dos años antes de la entrevista. La entrevista se realiza en su casa, la sobrina la acompaña los primeros minutos, mientras se hacían las presentaciones, luego queda sola, tranquila y relajada.

Regina, 63 años al momento de la entrevista, originaria del sur de Chile. Se casó con su primer novio, siguiendo todas las normas sociales tradicionales. Tuvo dos hijos en el matrimonio. Manifiesta una profunda fe religiosa, todo su dolor lo asume como una carga que debe llevar, y a pesar de haber denunciado y estado en un proceso de reparación continuaba culpándose constantemente por la violencia que ejercía su pareja, en términos de que no creía haber hecho lo que correspondía. En la época de la entrevista continuaba en la relación y vivía violencia, a pesar de las denuncias que hizo motivada por sus hijos. La entrevista se realiza el 15 de mayo de 2012, en su casa, cuando estaba sola, en ambiente protegido y relajado.

Orieta, 62 años al momento de la entrevista, originaria de Santiago. Fue hija de madre soltera y criada con abuela y tíos, quienes la violaron siendo niña. Su madre la sacó de la escuela para que trabajara con ella en una fábrica, lugar en el que observa acoso sexual a su madre. Su primer

esposo, con quien tiene dos hijas, muere en un accidente y tras abusos económicos de la madre y tíos, se volvió a casar. Esta pareja es quien ejerció violencia sobre ella hasta que se separaron un año antes de la entrevista. La entrevista se realiza en la oficina privada de una asociación, en ambiente protegido y relajado.

Rosario, 65 años al momento de la entrevista, originaria del sur de Chile. Su familia era de escasos recursos, por lo que comienza a trabajar cuando adolescente y emigra a Santiago con 19 años. A los pocos años se casa y el esposo ejerció violencia psicológica hasta la muerte de este, dos años antes de la entrevista. La conversación se lleva a cabo el 02 de mayo de 2012, en casa de su hermana, donde vive, en su pieza, por lo que es un ambiente protegido y relajado.

Jessica, 75 años al momento de la entrevista, originaria del sur de Chile, en zona rural. Vivió violencia en la infancia y adolescencia por parte de hermanos, quienes la obligaron a casarse. El esposo había ejercido violencia física y psicológica hasta unos meses antes de la entrevista, pues este debió abandonar el hogar por una medida cautelar ante una denuncia que ella realizó en tribunales. La entrevista se realiza el 16 de mayo de 2012, en su hogar, cuando ella estaba sola, por lo que existió un ambiente protegido y relajado.

Inés, 64 años al momento de la entrevista, originaria del sur de Chile. Era la mayor de 7 hermanos, pero pese a ello, a los 19 años emigra a Santiago donde tiene diversos empleos y a los 24 años termina los estudios secundarios que había dejado inconclusos. En esa época conoce a esposo, quien ejerce violencia psicológica desde el inicio de la relación, hasta que ella acude a un Centro de la Mujer y realiza acciones para detener la violencia, manteniendo la convivencia. La entrevista se realiza el 08 de mayo de 2012, en la oficina privada de una asociación, en ambiente protegido y relajado.

Marcela, 62 años al momento de la entrevista, originaria del norte de Chile. Su familia era de clase media, por lo que terminó el instituto, pero se casó al poco tiempo con un suboficial de fuerzas armadas. Tuvo cuatro hijos, y además de cuidarlos se encargaba de las tareas domésticas del hogar. Su pareja quien ejerció violencia física y psicológica desde el primer embarazo y continuaba hasta la época de la entrevista. A pesar de no haber denunciado se había acercado a un centro de atención para que la orientaran. La entrevista se realizó el 17 de mayo de 2012, en oficina privada de asociación, el ambiente es protegido y tranquilo.

Mónica, 61 años al momento de la entrevista, originaria de Santiago de Chile. Su familia era de clase baja, y fue criada por su abuela, aunque hasta la adolescencia creyó que esta era su madre, pues la verdadera madre, al estar soltera cuando se embarazó, la entregó para su cuidado. No terminó los estudios básicos pues comenzó a trabajar muy joven. Se casó con su primer novio, quien al poco tiempo de convivencia comenzó a ejercer violencia contra ella, especialmente tras beber alcohol, y tuvo dos hijos con él, permaneciendo en la relación hasta poco tiempo antes de la entrevista, época en la que denunció a su pareja, se separó de él y fue a vivir con un hijo. La entrevista se realizó en una oficina privada de asociación, por lo que el ambiente fue protegido y tranquilo.

Sonia, 62 años al momento de la entrevista, originaria del sur de Chile. Su familia habitaba en el campo y vivían en situación de pobreza; además, la madre estuvo postrada, gravemente enferma, gran parte de la infancia y juventud de la entrevistada. Debido a esto, y a la lejanía de la escuela, dejó los estudios en la primaria. Cuando era adolescente sufrió abusos sexuales de empleadores. Emigró a Santiago de Chile en su juventud, para trabajar como empleada doméstica. Su pareja ejerció violencia desde muy temprano en la relación. A pesar de que lo denunció (meses antes de la entrevista) continuaba el maltrato psicológico, aunque su pareja ya no ejercía violencia física y

sexual. La entrevista se realizó en una oficina privada de asociación, por lo que el ambiente fue protegido y tranquilo.

Lourdes, 63 años al momento de la entrevista. Originaria de Santiago de Chile, de familia de clase baja urbana. Su padre falleció cuando entraba en la adolescencia, lo que la marcó profundamente, pues la madre se deprimió y a partir de entonces comenzó a ejercer violencia contra ella. Quedó embarazada de su primer novio y la madre la obligó a casarse luego de tener el hijo. Al poco tiempo ella se separó y un par de años después comenzó una convivencia con actual pareja, quien ejerció violencia psicológica la mayor parte del tiempo, hasta un hecho ocurrido el año anterior a la entrevista, en la que la agredió físicamente. Tras ello lo denunció, le dieron medida accesorio de abandono del hogar común, pero por dependencia económica permitió que él volviera, aunque bajo los términos de la entrevistada, quien relata que a partir de entonces no ha habido nuevas agresiones. La entrevista se realizó el 09 de mayo de 2012, en una oficina de una asociación de vecinos, por lo que se desarrolló de forma protegida y tranquila.

Cándida, 68 años al momento de la entrevista. Era originaria de Santiago de Chile, de la zona urbana. En la juventud abandona los estudios y su hogar en busca de trabajo. Poco tiempo después se casa y su pareja comienza a ejercer violencia tempranamente. Este hombre, que era dependiente del alcohol, también era originario de Santiago y había vivido violencia en su familia. La violencia psicológica se mantenía en la época de la entrevista. Esta se realizó en una oficina privada de asociación, por lo que el ambiente fue protegido y tranquilo.

Ana, 64 años al momento de la entrevista. Originaria de Santiago de Chile, de familia de clase media, es la única entrevistada que tiene estudios superiores y un trabajo profesional. Se casó luego de terminar los estudios, iniciando la veintena, y su esposo también es profesional. La violencia, de

tipo psicológico, se inició tempranamente en la relación, y se mantuvo hasta seis meses antes de la entrevista, época en la que ella solicitó apoyo emocional a sus hijos y se separó de la pareja. La entrevista se realizó en una oficina privada de asociación, por lo que el ambiente fue protegido y tranquilo.

Angélica, 62 años, originaria del norte de Chile. Su familia vivía en una pequeña ciudad, donde se habían trasladado luego de perder sus tierras por deudas. Se trasladó a Santiago cuando joven en busca de oportunidades, trabajando como empleada doméstica. Conoció a su pareja en un parque y luego de un breve noviazgo se casaron, pero tras pocos meses comenzó a ser agredida verbalmente. La entrevista se realizó en una oficina privada de asociación, por lo que el ambiente fue protegido y tranquilo.

Eva, 65 años, originaria del sur de Chile. Proveniente de una familia numerosa de escasos recursos, en la cual vivió abusos siendo menor por parte de un tío. Emigra a Santiago en su juventud para vivir con una prima y trabajar. Dos años después conoce a su pareja, quien se muestra educado y cariñoso al iniciar la relación, pero que al vivir juntos se torna irritable y la agrede constantemente. La entrevista se realizó en una oficina privada de asociación, por lo que el ambiente fue protegido y tranquilo.

5.3. Fuentes editadas

AGUIRRE CERDA, Pedro: *Mensaje de S. E. el Presidente de la República en la apertura de las sesiones ordinarias del Congreso Nacional. 21 de mayo de 1940*, Santiago de Chile, Congreso de Chile, 1940.

ALLENDE, Salvador: *Un año de gobierno popular* [en línea]. Santiago de Chile, 4 de noviembre de 1971. Disponible en «<http://www.abacq.net/imaginaria/discur4.htm>» [Consultada 21 abril 2013].

AMUNÁTEGUI, Miguel Luis: *La alborada poética en Chile después del 18 de septiembre de 1810*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1892.

Asamblea Plenaria Conferencia Episcopal de Chile: *Orientaciones pastorales V. 1973-1974* [en línea], Santiago, Asamblea Plenaria Conferencia Episcopal de Chile, 1973. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=141» [Consultada 16 diciembre 2012]

_____: *No separe el hombre lo que Dios ha unido* [en línea], Santiago de Chile, Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Chile, 1990. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=108» [Consultada 16 diciembre 2012].

_____: *Familia, camino de amor* [en línea], Punta de Tralca, Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Chile, 1994. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=107» [Consultada 16 diciembre 2012].

AYLWIN, Patricio: “Discurso de s.e. el Presidente de la República, don Patricio Aylwin Azócar, en Estadio Nacional. 12 de marzo de 1990”, en E. Ortega y C. Moreno (comps.) *¿La Concertación desconcertada? Reflexiones sobre su historia y su futuro*, Santiago de Chile, Ediciones LOM, 2002, pp. 226-231.

BRUNET, Marta: *Raíz del sueño*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1948.

Centro de Estudios Públicos: *Estudio Nacional de Opinión Pública N° 71* [en línea], Santiago de Chile, 2014. Disponible en [«http://www.cepchile.cl/1_5640/doc/estudio_nacional_de_opinion_publica_julio_2014.html#.VBcMH_1_t-c»](http://www.cepchile.cl/1_5640/doc/estudio_nacional_de_opinion_publica_julio_2014.html#.VBcMH_1_t-c) [Consultado 10 septiembre 2014].

Centro Latinoamericano de Demografía: *Chile, XI Censo de población (1940)*, Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía, 1969.

Código Penal de Chile [en línea], Imprenta de la República, 12 noviembre de 1874 (última modificación 8 marzo 2014), Artículo 11, núm. 5. Disponible en [«http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=1984»](http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=1984) [Consultado 06 junio 2014].

Comité Permanente del Episcopado de Chile: *La paz de Chile tiene un precio* [en línea], Santiago de Chile, Comité Permanente del Episcopado de Chile, 1973. Disponible en [«http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=145»](http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=145) [Consultada 16 diciembre 2012].

_____: *Declaración y petitorio adjunto a S.E. El Jefe de Estado* [en línea], Santiago de Chile, Comité

Permanente del Episcopado de Chile, 1974. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=155» [Consultada 16 diciembre 2012].

_____: *Acerca de la educación sexual* [en línea], Santiago de Chile, Comité Permanente del Episcopado de Chile, 1996. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=541» [Consultada 16 diciembre 2012].

_____: *En defensa de la vida humana* [en línea], Santiago de Chile, Comité Permanente del Episcopado de Chile, 2001. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=2033» [Consultada 16 diciembre 2012].

Conferencia Episcopal de Chile: *Exhortación que el Episcopado envía a los fieles al comenzar el Mes de María* [en línea], Chile, Conferencia Episcopal de Chile, 1952. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=841» [Consultada 18 octubre 2012].

_____: *La Iglesia y el problema del campesinado chileno* [en línea], Santiago de Chile, Conferencia Episcopal de Chile, 1962. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=968» [Consultada 16 diciembre 2012].

_____: *El deber social y político en la hora presente* [en línea], Santiago de Chile, Conferencia Episcopal de Chile, 1962. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=970» [Consultada 16 de diciembre 2012].

____: *Oraciones Marianas* [en línea], Conferencia Episcopal de Chile. Disponible en «<http://iglesia.cl/especiales/mesmaria2012/oraciones/oraciones1.php>» [Consultada 16 octubre 2013].

Criteria research: *Fuerza Mayor. Una radiografía del Adulto Mayor chileno* [en línea], Santiago de Chile, Superintendencia de Salud, Servicio Nacional del Adulto Mayor, Consejo Nacional de Televisión, Maccann Erikson, 2009. Disponible en «http://www.senama.cl/filesapp/Estudio_Fuerza_Mayor_una_radiografia_del_AM_chileno.pdf» [Consultado 28 diciembre 2011].

DECRETO S/N (AMUNÁTEGUI), sin título (que declara que las mujeres deben ser admitidas a rendir exámenes válidos para obtener títulos profesionales) [en línea], Diario Oficial de Chile, 04 de marzo de 1877. Disponible en «<http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=1022876&buscar=1877+amun%C3%A1tegui>» [Consultado 24 noviembre 2013].

DE PIZÁN, Cristina: *La ciudad de las Damas*, Madrid, Eds. Siruela, 2000 (Traducción de María José Lemarchand, de versión inglesa del original del año 1405).

DFL 191 que “Organiza servicios de auxilio escolar” [en línea], Diario Oficial de Chile, 05 de agosto de 1953. Disponible en «<http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=4989>» [Consultada 24 noviembre 2013].

Dirección de Estadística y Censos: *Censo Población 1960. Resumen país* [en línea], Santiago de Chile, Dirección de Estadística y Censos, s/a. Disponible en «http://www.ine.cl/canales/usuarios/cedoc_online/censos/pdf/1960_corregido.pdf» [Consultada 11

febrero 2013].

ESTRADA, Claudio (compositor): “Contigo”, en *Época de Oro*, Columbia, Estados Unidos, 1962.

FREI MONTALVA, Eduardo: *Discurso pronunciado por el presidente Eduardo Frei Montalva el 3 de noviembre 1964* [en línea], Secretaría de Prensa Presidencia de la República. s/a. Disponible en «http://www.archivochile.com/Gobiernos/gob_edo_freim/de/GOBdefreim0004.pdf» [Consultada 21 abril 2013].

_____: “Discurso de S. E. el Presidente de la República, Don Eduardo Frei Montalva”, en Subsecretaría de Educación, *Reforma Educacional en Chile*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1966.

_____: “Último Mensaje Presidencial ante el Congreso Pleno, 21 de mayo de 1970”, en O. Pinochet de la Barra, *Eduardo Frei M. 1911 – 1982. Obras escogidas 1931 – 1982*, Santiago de Chile, Ediciones del Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1993, pp. 383-402.

FRIEDAN, Betty: *La mística de la feminidad*, Madrid, Cátedra, 2009 [1963].

IBÁÑEZ DEL CAMPO, Carlos: *Carta Programa de don Carlos Ibáñez del Campo* [en línea]. Congreso Nacional de Chile. Disponible en «http://historiapolitica.bcn.cl/obtienearchivo?id=documentos/10221.1/23819/1/carta_programa_de_don_Carlos_Iba%C3%B1ez_del_campo.pdf» [Consultada 02 diciembre 2012].

Instituto Nacional de Estadísticas: *Censo de población y vivienda Chile 1992. Resultados generales*,

Santiago de Chile, Instituto Nacional de Estadísticas, 1995.

_____: *Censo 2002. Resultados. Volumen I. Población. País, Región*, Santiago de Chile, Instituto Nacional de Estadísticas, 2003.

_____: *Situación laboral de las mujeres ocupadas y las brechas salariales que inciden en la estructura ocupacional chilena. Análisis de género y mercado de trabajo*, Santiago de Chile, Instituto Nacional de Estadísticas, 2011.

KIRKWOOD, Julieta: *Feminarios*, Santiago de Chile, Documentas, 1987.

LABARCA, Amanda: *Feminismo contemporáneo*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1950.

LAGOS, Ricardo: “Discurso del Presidente de la República Ricardo Lagos en el Parque Forestal. 12 de marzo de 2000”, en E. Ortega y C. Moreno (comps.), *¿La Concertación desconcertada? Reflexiones sobre su historia y su futuro*, Santiago de Chile, Ediciones LOM, 2002.

LENNON, John y McCARTNEY, Paul (compositores): “All you need is love”, en *All you need is love*, Inglaterra, Parlophone, 1967.

Ley 4.447 “Ley de Menores” [en línea], Diario Oficial de Chile, 23 de octubre de 1928. Disponible en «<http://www.leychile.cl/N?i=24742&f=1929-01-01&p=>» [Consultada 24 noviembre 2013].

Ley 8.987 “Ley Permanente de Defensa de la Democracia” [en línea], Diario Oficial de Chile, 3 de septiembre de 1948. Disponible en «<http://www.leychile.cl/Navegar?>

idNorma=1036719&buscar=defensa+permanente+de+la+democracia» [Consultada 29 septiembre 2013].

Ley 9.292 que “Modifica la Ley General sobre Inscripciones Electorales en su texto refundido en la reforma que señala” [en línea], Diario Oficial de Chile, 14 de enero de 1949. Disponible en «<http://www.leychile.cl/N?i=249479&f=1949-01-14&p=>» [Consultada 04 abril 2012].

Ley 19.023 que “Crea el Servicio Nacional de la Mujer”. Diario Oficial de Chile, 3 de enero de 1991.

Ley 19.968 que “Crea los Tribunales de Familia” [en línea], Diario Oficial de Chile, 30 de agosto de 2004. Disponible en «<http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=229557>» [Consultada 15 septiembre 2014].

Ley 20.066 que “Establece ley de violencia intrafamiliar”, Diario Oficial de Chile, 7 de octubre de 2005.

Ley 20.480 que “Modifica el Código Penal y la Ley N° 20.066 sobre Violencia Intrafamiliar, estableciendo el “Femicidio”, aumentando las penas aplicables a este delito y reforma las normas sobre parricidio”. Diario Oficial de Chile, 18 diciembre 2010.

Ministerio del Interior: *Encuesta nacional de victimización por violencia intrafamiliar y delitos sexuales 2008*, Santiago de Chile, Ministerio del Interior, 2008.

MISTRAL, Gabriela: *Ternura*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2004 [1924].

NERUDA, Pablo: *Confieso que he vivido. Memorias*, Barcelona, Seix Barral, 1984.

Obispos de Chile: *Orientaciones Pastorales 1968* [en línea], Chillán, Conferencia Episcopal de Chile, 1968. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=978» [Consultada 21 marzo 2013].

Obispos de la Conferencia Episcopal de Chile: *Declaración del Episcopado sobre las buenas costumbres* [en línea], Santiago de Chile, Conferencia Episcopal de Chile, 1952. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=842» [Consultado 24 noviembre 2013].

_____: *Exhortación que el Episcopado envía a los fieles al comenzar el Mes de María* [en línea], Chile, Conferencia Episcopal de Chile, 1952. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=841» [Consultada 16 julio 2012]

_____: *La conducta humana. Orientaciones para 1978, 1979 y 1980* [en línea], Santiago de Chile, Conferencia Episcopal Chilena, 1978. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=208» [Consultada 21 marzo 2013].

_____: *Mensaje para el año Mariano* [en línea], Conferencia Episcopal de Chile, Santiago, 1987. Disponible en «http://documentos.iglesia.cl/conf/doc_pdf.php?mod=documentos_sini&id=374» [Consultado 17 octubre 2012]

Partido Nacional: *Partido Nacional. Fundamentos doctrinarios y programáticos*, Santiago de Chile, El Imparcial, 1966.

PINOCHET, Augusto: *A un mes de la constitución de la Junta de Gobierno* [en línea]. Santiago de Chile, octubre de 1973. Disponible en «<http://beersandpolitics.com/discursos/augusto-pinochet/a-un-mes-de-la-constitucion-de-la-junta-de-gobierno/1000>» [Consultada 21 abril 2013].

_____: *Mensaje presidencial. 11 de septiembre 1975 – 11 de septiembre 1976*, Santiago de Chile, Presidencia de la República, 1976.

SEPÚLVEDA, Carlos: *Hijuna...*, Linares, Editorial Ciencias y Artes, 1934.

Servicio Nacional de Estadística y Censos: *XII Censo general de población y I de vivienda. 1952. Tomo I, Resumen país* [en línea], Santiago de Chile, Servicio Nacional de Estadística y Censos, s/a. Disponible en «http://www.ine.cl/canales/usuarios/cedoc_online/censos/pdf/censo_1952.pdf» [Consultado 13 febrero 2013].

TELLADO, Corin: *La mentira*, Barcelona, Corinto-Bruguera, 1979.

UNESCO: *Statistics on radio and television 1950-1960*, Paris, UNESCO, 1963.

VÁSQUEZ, Luis: *Ibáñez. Candidato Nacional. 1952-1958*, Santiago de Chile, Imp. Casa Nacional del Niño, 1952.

5.4. Fuentes de hemeroteca

BUNSTER, Cesar: “La Abuelita” [en línea], en revista *El Cabrito*, año 1, núm. 1, 1941, Santiago de Chile, ed. Zig-Zag. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=1593>» [Consultada 05 julio 2013]. Redacción: “A la colectividad Belga”, en *El Mercurio*, 6 de mayo de 1973.

C.R.I.: “Hablemos un poco de amor” [en línea], en revista *Margarita*, núm. 792, junio 1949. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=744>» [Consultada 31 febrero 2013].

Editor: “Discomanía”, en revista *Ecrán*, núm. 1076, noviembre 1951.

ELUCHANS, Andrea: “Editorial”, en revista *Paula*, núm. 480, junio 1986.

GALLEGUILLOS, María: “Fuerza Femenina en el gobierno” [en línea], en *El Mercurio*, 27 de febrero de 2000. Disponible en «<http://diario.elmercurio.com/detalle/index.asp?id={1c71be24-01df-4115-898e-8daaa5818a50}>» [Consultada 23 octubre 2013].

G. V. (Doctora): “Prepárele el camino a la criatura que nace a la vida” [en línea], en revista *Cenicienta*, núm. 1, enero 1950. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=701>» [Consultada 10 febrero 2012].

LUPIN, Arsene: “Doña Mitty”, en revista *Eva*, núm. 269, mayo 1950.

NORVIND, Eva: “¿Qué le aconsejaría usted a una muchacha que está empezando a vivir?”, en revista

Vanidades, año XVI, núm. 1, enero 1976. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=927>» [Consultado 21 mayo 2013].

OYARCE, Sebastián e INFANTA, Camila: “Voto mujer: a 60 años de la conquista” [en línea], en *El Mercurio*, 11 de enero 2009. Disponible en «<http://diario.elmercurio.com/detalle/index.asp?id={a50a8cad-af3e-4c43-afec-4cd68961db12}>» [Consultada 23 octubre 2013].

Redacción: “A tus espaldas... ¿Te conoces a ti misma como los demás te conocen?”, en revista *Eva*, núm. 259, 3 de marzo de 1950.

Redacción: “Charla con las niñas” [en línea], en *Topazín*, año I, núm. 19, septiembre de 1935, Santiago de Chile. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=757>» [Consultada 05 julio 2013].

Redacción: “Contra la 'Deshumanización Ambiental'. Sólo cabe la revolución de servir”, en *El Mercurio*, 6 de mayo de 1973.

Redacción: “Cuídame, mamá” [en línea], en revista *Margarita*, núm. 792, junio 1949. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=744>» [Consultada 10 febrero 2012].

Redacción: “Cuídame, mamá”, en revista *Margarita*, núm. 936, abril de 1952. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=746>» [Consultada 26 enero 2013].

Redacción: “Cuídame, mamá”, en revista *Margarita*, núm. 939, abril de 1952. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=747>» [Consultada 26 enero 2013].

Redacción: “Donde hay una fila de zapatitos”, en revista *Margarita*, núm. 811, noviembre de 1949. . Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=745>» [Consultada 26 enero 2013].

Redacción: “Editorial”, en revista *Eva*, núm. 797, 8 julio 1960.

Redacción: “Editorial”, en revista *Eva*, núm. 802, agosto 1960.

Redacción: “Editorial. Rol de la Mujer”, en *La Tercera*, 5 de enero de 1991.

Redacción: “El bolsón de compras” [en línea], en revista *Cenicienta*, año I, núm. 1, 1950. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=701>» [Consultada 16 diciembre 2012].

Redacción: “El programa de la integración nacional”, en revista *Eva*, núm. 1316, julio 1970.

Redacción: “Enseñe a su niño”, en revista *Margarita*, núm. 811, noviembre de 1949. . Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=745>» [Consultada 26 enero 2013].

Redacción: “Entre nosotras. Ocupémonos de las adolescentes”, en revista *Eva*, núm. 261, marzo 1950.

Redacción: “Función de Centros de Madres en la Comunidad”, en *El Mercurio*, 01 de junio de 1966.

Redacción: “Homicidio”, en *El Mercurio*, 3 de septiembre de 1972.

Redacción: “La chilena frente a las elecciones”, en revista *Eva*, núm. 1.315, julio 1970.

Redacción: “La importancia de la higiene del niño”, en revista *Margarita*, núm. 268, junio de 1939.

Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=743>» [Consultada 26 enero 2013].

Redacción: “La mujer que trabaja”, en Revista del Domingo, *El Mercurio*, 4 de junio de 1972.

Redacción: “La 'Semana del niño'” [en línea], en revista *Margarita*, año V, núm. 232, octubre de 1938. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=742>» [Consultada 26 enero 2013].

Redacción: “Lo que no les gusta a ellos de ellas”, en revista *Vanidades*, núm. 17, septiembre 1968.

Redacción: “Madres adolescentes. Pañales en el bolsón”, en revista *Paula*, núm. 482, julio 1986.

Redacción: *Mampato* [en línea], núm. 1, octubre 1968. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/edicion.php?cid=1454>» [Consultada 20 mayo 2013].

Redacción: “Matrimonios modernos”, en revista *Eva*, núm. 801, agosto 1960.

Redacción: “Menos severidad” [en línea], en revista *Margarita*, año V, núm. 232, octubre de 1938. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=742>» [Consultada 26 enero 2013].

Redacción: “Mujeres jóvenes para hombres de larga vida”, en revista *Paula*, núm. 476, mayo 1986.

Redacción: “Para ti, jovencita recién casada”, en revista *Eva*, núm. 267, abril 1950.

Redacción: “Primera Ministra juró en el Gabinete de Aylwin”, en *La Tercera*, 4 enero 1991.

Redacción: “¿Qué ofrece la vida después de los 35?” [en línea], en revista *Carola*, núm. 98, mayo 1986. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=917>» [Consultado 20 mayo 2013].

Redacción: “Se formó la Primera Brigada Femenina en la 12a. Compañía”, en *El Mercurio*, 01 junio 1972.

Redacción: “Sexo sentido. Sexo o sexualidad, la gran confusión”, en revista *Miss 17*, año 1, núm. 3, agosto 1989. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=1446>» [Consultado 20 mayo 2013].

Redacción: “Su programa: Chile, tarea del pueblo”, en revista *Eva*, núm. 1317, julio 1970.

Redacción: “Su programa: el pacto de la Unidad Popular”, en revista *Eva*, núm. 1318, julio 1970.

Redacción: “Una estadista: Doña Rosa Markmann de González Videla, Madre N°1 del mundo”, en revista *Margarita*, núm. 939, abril de 1952. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=747>» [Consultada 26 enero 2013].

Redacción: “¿Un 'sí' sólo para casados?”, en revista *Eva*, julio de 1970.

S/A: “Na' que ver” [en línea], en revista *Viejo Verde*, núm. 1, enero 1970. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/edicion.php?cid=1430>» [Consultada 21 mayo 2013].

SOREL, Julián: “Latidos del corazón”, en revista *Eva*, núm. 259, marzo 1950.

VARGAS, Jaime: “La difícil fauna de la Avenida Perú” [en línea], en revista *Onda*, núm. 37, febrero de 1973. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=1123>» [Consultada 28 junio 2013].

VILLALOBOS, Arturo: “El roto y la rota”, en revista *Cauce*, núm. 24-25, marzo-abril 1966.

ZAJER, Mary: “La familia: ¿Crisis o nuevo estilo?”, en revista *Eva*, núm. 88, julio 1970.

(Sin apellido), Bárbara: “Mi página” [en línea], en revista *Margarita*, núm. 792, junio de 1949. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=744>» [Consultada 27 enero 2013].

(Sin apellido), Lucy: “En el Liceo N° 1” [en línea], en revista *La novela rosa*, año I, núm. 1, noviembre 1934. Disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=1415>» [Consultada 26 enero 2013].

5.5. Páginas webs y contenidos

Biblioteca Nacional de Chile: “El impacto de la Guerra Fría en Chile” [en línea], en *Memoria Chilena*. Disponible en «<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3460.html>» [Consultada 02 junio 2013].

_____: “Jorge Alessandri Rodríguez (1896-1986)” [en línea], en *Memoria Chilena*. Disponible en «<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3470.html>» [Consultada 02 junio 2013].

_____: “Periodismo de oposición (1976-1989)” [en línea], en *Memoria Chilena*. Disponible en «<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-773.html#presentacion>» [Consultada 02 junio 2013].

CEMA-Chile: *Estatutos* [en línea], Santiago de Chile. Web institucional. Última actualización jueves 05 de enero de 2012 a las 16:59. Disponible en «http://www.cemachile.cl/index.php?option=com_content&view=article&id=25&Itemid=28» [Consultada 03 abril 2013].

Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía: *Estimaciones y proyecciones de población a largo plazo 1950-2100* [en línea], Santiago de Chile, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía, disponible en «http://www.eclac.cl/celade/proyecciones/basedatos_BD.htm» [Consultado 11 febrero 2013].

Comisión Económica para América Latina y el Caribe [en línea]. Disponible en «<http://www.eclac.org/cgi-bin/getProd.asp?xml=/mujer/noticias/paginas/3/29273/P29273.xml&xsl=/mujer/tpl/p18f-st.xsl&base=/mujer/tpl/top->

bottom-estadistica.xml» [Consultado 20 marzo 2011].

Damas de Rojo [en línea]. Fecha de actualización 2013. Disponible en «<http://www.damasderojo.cl/home>» [Consultada 08 julio 2013].

LASTRA, Alfredo: *Esbozo histórico del Partido Radical Socialdemócrata* [en línea]. Disponible en «<http://www.partidoradical.cl/v1/wp-content/uploads/2011/06/Esbozo-historico.pdf>» [Consultado 19 febrero 2014].

Ministerio del Interior: “Elección de Presidente 1989” [en línea], en *Información histórica electoral*. Disponible en «http://historico.servel.cl/SitioHistorico/index1989_pres.htm» [Consultada 10 noviembre 2012].

_____: “Elección de Presidente 1993” [en línea], en *Información histórica electoral*. Disponible en «http://historico.servel.cl/SitioHistorico/index1993_pres.htm» [Consultada 10 noviembre 2012].

_____: “Elección de Presidente 1999” [en línea], en *Información histórica electoral*. Disponible en «http://historico.servel.cl/SitioHistorico/index1999_pres.htm» [Consultada 10 noviembre 2012].

_____: “Elección de Presidente 2005” [en línea], en *Información histórica electoral*. Disponible en «http://historico.servel.cl/SitioHistorico/index2005_pres.htm» [Consultada 10 noviembre 2012].

Servicio Nacional de la Mujer: *Femicidios 2009* [en línea]. Disponible en «<http://portal.sernam.cl/?m=programa&i=18>» [Consultado 22 marzo 2013].

____ *Femicidios 2010* [en línea]. Disponible en «<http://portal.sernam.cl/?m=programa&i=20>»
[Consultado 22 marzo 2013].

5.6. Otros medios

AGUIRRE, Isidora (letras): “Yo vengo de San Rosendo”, en *La pérgola de las flores*, estrenada en Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, 1960.

AVEDON, Barbara (guionista): "Be It Ever So Mortgaged" en *Bewitched*, primera temporada, Estados Unidos, Screen Gems y Ashmont Productions, 1964.

DE CALIXTO, Eduardo: *Hogar dulce hogar*, Santiago de Chile, radio Pacífico, 1938.

HANALIS, Blanche (creadora): *Little house on the prairie*, Ed. Friendly Productions & NBC Productions, Estados Unidos, septiembre 1974 – marzo 1983.

HANNA, William y BARBERA, Joseph (dirs.): *The Flintstones*, Hanna-Barbera Productions, Estados Unidos, septiembre 1960 – abril 1966.

_____: *The Jetsons*, Hanna-Barbera Productions, Estados Unidos, septiembre 1962 – marzo 1963.

HERRERA, Mónica: “Datos mujeres VIF” [en línea], 28 de noviembre de 2012, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer. Mensaje electrónico enviado a interesada en respuesta a petición formal de información sobre la materia.

MONTENEGRO, Ricardo: *Radiotanda*, Santiago de Chile, radio Cooperativa Vitalicia, 1939.

MOYA, Arturo (guionista): *La madrastra*, Santiago de Chile, Canal 13, 1981.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

SAKS, Sol (creadora): *Bewitched*, Screen Gems & Ashmont Productions, Estados Unidos, septiembre 1964 – marzo 1972.

WISE, Robert y ROBBINS, Jerome: *West side story*, Estados Unidos, United Artists, 1961.

6. Anexos

6.1. Glosario

1. Predios: Forma habitual de referirse a posesiones agrícolas en Chile.
2. Calcetineras: Nombre dado a las jóvenes que eran fans de algún artista, principalmente usado en la década de 1960.
3. Motoqueros: Jóvenes amantes de las motos, usualmente se vestían con indumentarias similares a las de James Dean en la película *Rebelde sin Causa* (1955).
4. Viviendas de construcción ligera: Término que se utiliza normalmente para referirse a construcciones poco resistentes y de materiales variopintos, como los empleados en las chabolas.
5. Malón: fiesta en la casa de algún/a amigo/a o sede social en la cual todos los participantes aportaban algo para comer, beber, música, etc. En España sería similar al término guateque.
6. Boites: Lugares públicos para compartir y bailar, que progresivamente fueron siendo copados por la juventud.
7. Penca: expresión que se asocia a algo negativo o aburrido, según el contexto.
8. 'Puro embarrando': expresión que similar a 'la liaba' en España.
9. Mesada: Dinero entregado por los padres semanal o mensualmente a hijos/as, especialmente en clase media y alta.
10. Coléricos: como se nombró en Chile, hacia mediados de la década de 1950, a jóvenes 'rebeldes' que buscaban asemejarse a la estética y comportamientos de modelos como James Dean en *Rebelde sin causa* (1955).
11. Huasita: diminutivo de 'Huasa', el que se utiliza para referirse a las mujeres provenientes de zonas rurales, usualmente con connotación negativa por la inocencia, escasos conocimientos, etc. (también el masculino Huaso es usado de forma similar).
12. Conventillos y cités: una serie de habitaciones en las que vive una familia, compartiendo

- con otras un patio central, baños, lavaderos y/o cocina.
13. Callampas (casas o poblaciones): equivale a chabolas en España.
 14. Cuadra: se utiliza para describir el segmento de una calle comprendido entre dos esquinas (un lado de una manzana de casas o edificios).
 15. Lolerío, lolo/a: forma de referirse a un grupo de jóvenes, chaval/a.
 16. Cabro/cabra: se utiliza para referirse a un joven/una joven.
 17. Dueña de casa: equivale a ama de casa.
 18. Rancho: equivale a chabolas en España.
 19. Cachai: expresión que busca saber si quien escucha ha entendido una situación narrada por su interlocutor/a.
 20. Talla: en un contexto determinado se utiliza como sinónimo de “broma”.
 21. Feria: un mercado al aire libre, donde se venden frutas, verduras, artículos de aseo, alimentos no perecibles, etc.
 22. “Ponerse a tomar”: Expresión que significa beber alcohol de forma indiscriminada.
 23. Pololo/a: novio/a.
 24. Encachado: guapo.
 25. “No me las llevé pelá”: expresión que significa que se debió pagar un precio por una acción, generalmente un castigo o una mala experiencia.
 26. Artesa: lavadero, antiguamente era hecho de madera.
 27. “Gatito/a de chalet”: expresión que significa que alguien es muy mimado/a y no trabaja ni dentro ni fuera del hogar.
 28. Quinta: espacio dentro de los límites de una propiedad (en el campo o en la ciudad) en la cual se solían cultivar árboles de todo tipo (frutales y ornamentales) y/o huertas.
 29. Durazno: melocotón.
 30. Un/a gallo/a: expresión que se utiliza para decir un hombre o una mujer.
 31. “Patatas para arriba”: expresión que significa que algún lugar esté desordenado (una casa, un

- cuarto, una oficina, etc.).
32. Micro: palabra que usualmente se utiliza para referirse a los autobuses urbanos.
33. Nana: en contexto determinado equivale a chacha.
34. “Empinar la nariz”: en contexto determinado es una expresión que se refiere a enfrentar una situación con orgullo.
35. Curado: en contexto determinado significa borracho.
36. Pulperas: Época colonial y posterior, mujeres encargadas o trabajadoras de pulperías (establecimientos comerciales y de ocio, especialmente de las clases bajas de la sociedad).
37. Chinganeras: Época colonial y posterior, mujeres encargadas o trabajadoras de las chinganas (establecimientos para comer, bailar, jugar entretenimiento, especialmente de las clases bajas de la sociedad).
38. Juntas de vecinos: correspondería a las asociaciones vecinales en España.
39. Frazadas: mantas.
40. “A mi pinta”: expresión que quiere decir “a mi manera”.
41. “Se puso furia”: expresión que corresponde en España a “Hecho una furia” o “Se puso furioso”.
42. Guatona: término generalmente despectivo usado para indicar que una persona está gorda y/o tiene mucha barriga.
43. “Parar la oreja”: expresión que quiere decir escuchar atentamente.
44. Tomatera: forma coloquial de decir que alguien ha estado bebiendo alcohol.
45. Lesera: tontería.
46. Ratonear: quiere decir ahorrar pequeñas cantidades de dinero, usualmente del disponible para las compras diarias.
47. “Poner pegas”: expresión que significa “poner problemas”.
48. “No nos pescan”: expresión que significa “no nos toman en cuenta”.
49. Paquita: forma de referirse a las mujeres policías de una forma cariñosa o cercana.

50. “Mandar(se) a cambiar”: expresión que significa que irse de la casa.

51. Piola: expresión que quiere decir callado, en silencio.

6.2. Listado de gráficos e imágenes utilizados

GRÁFICO 1.1.-1. Atención a mujeres en centros del Servicio Nacional de la Mujer, a nivel nacional, por violencia basada en el género, 2011. Elaboración propia en base a información en HERRERA, Mónica: “Datos mujeres VIF” [en línea], 28 de noviembre de 2012, Santiago de Chile, Servicio Nacional de la Mujer. Mensaje electrónico enviado a interesada en respuesta a petición formal de información sobre la materia.

GRÁFICO 2.1.-1. Ocupaciones de hombres en el Gran Santiago, 1940. Elaboración propia en base a información en: Centro Latinoamericano de Demografía: *Chile, XI Censo de población (1940)*, Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía, 1969, pp. 232-234.

GRÁFICO 2.1.-2. Mujeres con hijos según estado civil por grupo de edad, 1960. Elaboración propia en base a información en: Dirección de Estadística y Censos: *Censo Población 1960. Resumen país* [en línea], Santiago de Chile, Dirección de Estadística y Censos, s/a. Disponible en «http://www.ine.cl/canales/usuarios/cedoc_online/censos/pdf/1960_corregido.pdf» [Consultada 11 febrero 2013], pp. 187 y sgtes.

GRÁFICO 2.2.-1. Población económicamente activa e inactiva por grupos de edad y sexo, 1952. Fuente: Servicio Nacional de Estadística y Censos: *XII Censo general de población y I de vivienda. 1952. Tomo I, Resumen país* [en línea], Santiago de Chile, Servicio Nacional de Estadística y Censos, s/a. Disponible en «http://www.ine.cl/canales/usuarios/cedoc_online/censos/pdf/censo_1952.pdf» [Consultado 13 febrero 2013], p. 206.

GRÁFICO 2.2.-2. Empleo iniciado por mujeres de poblaciones marginales del Gran Santiago, 1985.

Elaboración propia en base a información en: RODRÍGUEZ, Alfredo: “Veinte años de las poblaciones de Santiago”, en *Proposiciones, Marginalidad, Movimientos Sociales y Democracia*, vol. 14, agosto 1987, Santiago de Chile, Ediciones SUR, p. 29.

GRÁFICO 2.2.-3. Mujeres elegidas Concejales en Ayuntamientos a nivel país 1995-2009. Elaboración propia en base a información en: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo: *Desarrollo humano en Chile. Género: Los desafíos de la igualdad*, Santiago de Chile, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2010, p. 343.

ILUSTRACIÓN 1.2.-1. Modelo Ecológico. Fuente: Organización Mundial de la Salud: *Informe mundial sobre la violencia y la salud: Resumen*, Washington D.C., Organización Panamericana de la Salud, 2002, p. 11.

ILUSTRACIÓN 1.4.-1. ¡NO! Voto de mujer, 1988. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memoria Chilena. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-77901.html>» [Consultada 21 noviembre 2013].

ILUSTRACIÓN 2.1.-1 Fuente: Redacción: “Charla con las niñas” [en línea], en *Topazín*, año I, núm. 19, septiembre de 1935, Santiago de Chile. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=757>» [Consultada 05 julio 2013], p. 4.

ILUSTRACIÓN 2.1.-2. Fuente: BUNSTER, Cesar: “La Abuelita” [en línea], en *El Cabrito*, año 1, núm. 1, 1941, Santiago de Chile, ed. Zig-Zag. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=1593>» [Consultada 05 julio 2013], p. 20.

ILUSTRACIÓN 2.1.-3. Alumnos de la Escuela de Hombres N° 10 de Andacollo, 1945. Fuente:

Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en [«http://www.memoriasdelsigloxx.cl/601/w3-article-1428.html»](http://www.memoriasdelsigloxx.cl/601/w3-article-1428.html) [Consultada 12 noviembre 2014].

ILUSTRACIÓN 2.1.-4. Alumnas y alumnos Escuela Superior N° 39 del Barrio Yungay, 1951. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en [«http://www.memoriasdelsigloxx.cl/601/w3-article-586.html»](http://www.memoriasdelsigloxx.cl/601/w3-article-586.html) [Consultada 12 noviembre 2014].

ILUSTRACIÓN 2.1.-5. Clases de cocina, Liceo N° 1 de Niñas 'Javiera Carrera', Santiago de Chile, 1940. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en [«http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0023813»](http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0023813) [Consultada 12 mayo 2014].

ILUSTRACIÓN 2.1.-6. Redacción: “Los Beatles le dan color a una nueva película” [en línea], en *Ritmo*, año I núm. 1, septiembre 1965. Imagen escaneada del original, disponible en [«http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=759»](http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=759) [Consultada 23 junio 2013].

ILUSTRACIÓN 2.1.-7. FIORI, Alex: “Un día con el Pollo Fuentes” [en línea], en *Ritmo de la Juventud*, año I núm. 53, septiembre 1966. Imagen escaneada del original, disponible en [«http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=760»](http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=760) [Consultada 23 junio 2013].

ILUSTRACIÓN 2.1.-8. Jóvenes en malón, 1962. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en [«http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=2782&formato=JPG»](http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=2782&formato=JPG)

[Consultada 26 junio 2013].

ILUSTRACIÓN 2.1.-9. Redacción: “Portada” [en línea], en *Clan Juvenil* , año 1, núm. 2, noviembre 1971. Imagen escaneada del original, disponible en [«http://www.revisteros.cl/edicion.php?cid=795»](http://www.revisteros.cl/edicion.php?cid=795) [Consultada 08 agosto 2012].

ILUSTRACIÓN 2.1.-10. Mujeres saliendo del Hospital San José, 1964. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memoria Chilena. Imagen escaneada del original, disponible en [«http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle2.asp?id=MC0023795»](http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle2.asp?id=MC0023795) [Consultada 03 julio 2013].

ILUSTRACIÓN 2.1.-11. Redacción: “La enfermera sanitaria”, en *Eva*, núm. 174, diciembre 1948.

ILUSTRACIÓN 2.1.-12. Gerencia Corporativa de Comunicación Enersis S.A.: *Luces de modernidad: archivo fotográfico CHILECTRA* [en línea], Santiago de Chile, Gerencia Corporativa de Comunicación Enersis S.A., 2001, p. 79. Disponible en [«http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-74973.html»](http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-74973.html) [Consultada 05 junio 2013].

ILUSTRACIÓN 2.1.-13. Anuncio de Cocina a gas licuado o cañería, 1965, Fuente: *Eva*, núm. 1054, junio 1965.

ILUSTRACIÓN 2.1.-14. Anuncio de refrigerador PHILCO, 1963, Fuente: *Eva*, núm. 931, febrero 1963.

ILUSTRACIÓN 2.1.-15. Río Bueno, 1948. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en

«<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=2205&formato=JPG>»

[Consultada 26 junio 2013].

ILUSTRACIÓN 2.1.-16. Familia en el centro de Santiago, 1960. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=2123&formato=JPG>»

[Consultada 26 junio 2013].

ILUSTRACIÓN 2.1.-17. M.I.S: “El 'new look' de Luz Eliana”, en *Teleguía*, núm. 9, junio 1967. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=714>» [Consultada 22 de junio de 2013].

ILUSTRACIÓN 2.1.-18. Redacción: “Festival de música progresiva”, en *Clan Juvenil*, año I, núm. 2, noviembre 1971. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=796>» [Consultada 22 junio 2013].

ILUSTRACIÓN 2.1.-19. ELTIT, Diamela: *Crónica del sufragio femenino en Chile*, Santiago de Chile, SERNAM, 1994.

ILUSTRACIÓN 2.1.-20. Participantes del Seminario de la Mujer en la ciudad de Coquimbo, 1969. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=371&formato=JPG>» [Consultada 30 junio 2013].

ILUSTRACIÓN 2.1.-21. Redacción: “El peñón de las ánimas”, en *Radiomanía*, año I, núm. 11, enero 1944. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?>

nid=1264» [Consultada 15 noviembre 2013].

ILUSTRACIÓN 2.1.-22. *West side story*, 1961, cartel original de la película para público hispanoparlante. Fuente: Alamo drafthouse Cinema. Disponible en «http://drafhhouse.com/movies/broadway_brunch_west_side_story/austin» [Consultada 02 noviembre 2013].

ILUSTRACIÓN 2.2.-1. Anuncio Glucena, 1950. Fuente: *Eva*, núm. 259, 3 marzo 1950.

ILUSTRACIÓN 2.2.-2. Anuncio Sapolio, 1950. Fuente: *Eva*, núm. 276, 30 junio 1950.

ILUSTRACIÓN 2.2.-3. Inserto Chile en la Encrucijada, 1964. Fuente: *El Mercurio*, 05 agosto 1964.

ILUSTRACIÓN 2.2.-4. Inserto Campaña Frei Montalva, 1964. Fuente: *El Mercurio*, 02 agosto 1964.

ILUSTRACIÓN 2.2.-5. Inserto ¿Qué le espera a su hijo?, 1973. Fuente: *El Mercurio*, 11 mayo 1973.

ILUSTRACIÓN 2.2.-6. Redacción: “Índice”, en *Paula*, núm. 480, junio 1986.

ILUSTRACIÓN 2.2.-7. CAREY, Marianne y EYZAGUIRRE, Cecilia: “¡Sáquele partido a su edad!”, en *Paula*, núm. 484, julio 1986.

ILUSTRACIÓN 2.2.-8. Anuncio Clínica plumas fuente, 1954. Fuente: *Séptimo Arte*, núm. 1, 1954. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=826>»

[Consultada 19 marzo 2013].

ILUSTRACIÓN 2.2.-9. Chiste, 1950. Fuente: *Eva*, núm. 260, marzo 1950.

ILUSTRACIÓN 2.2.-10. S/A: “Tippy. Fiebre de estrella” [en línea], en *Mampato*, núm. 1, octubre 1968. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/edicion.php?cid=1454>» [Consultada 20 mayo 2013].

ILUSTRACIÓN 2.2.-11. YOUNG, Chic: *Lorenzo y Pepita* [en línea], núm. 305, septiembre 1969, México D.F. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=1554>» [Consultada 20 mayo 2013].

ILUSTRACIÓN 2.2.-12. Redacción: “Portada” [en línea], en *Darling, Corín Tellado*, núm. 44, 1971. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=940>» [Consultada 28 marzo 2013].

ILUSTRACIÓN 2.2.-13. TELLADO, Corín: “No podía casarme con él” [en línea], en *Darling, Corín Tellado*, núm. 44, 1971. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.revisteros.cl/numero.php?nid=940>» [Consultada 28 marzo 2013].

ILUSTRACIÓN 2.2.-14. Anuncio Jabón Dermal, 1960. Fuente: *Eva*, núm. 802, agosto 1960.

ILUSTRACIÓN 2.2.-15. Población económicamente activa por sexo, 1952. Fuente: Servicio Nacional de Estadística y Censos: *XII Censo general de población y I de vivienda. 1952. Tomo I, Resumen país* [en línea], Santiago de Chile, Servicio Nacional de Estadística y Censos, s/a. Disponible en «http://www.ine.cl/canales/usuarios/cedoc_online/censos/pdf/censo_1952.pdf»

[Consultado 13 febrero 2013], p. 230.

ILUSTRACIÓN 2.2.-16. Anuncio Selecta, 1970. Fuente: *Eva*, núm. 1315, julio 1970.

ILUSTRACIÓN 2.2.-17. ROMERO, Graciela: “La primera enfermera pascuense”, en *Eva*, núm. 931, marzo 1963.

ILUSTRACIÓN 2.2.-18. Olla común en una población de Santiago de Chile, 1986. Fuente: HARDY, Clarisa: *Hambre + dignidad = ollas comunes*, Santiago de Chile, PET, 1986, p. 282.

ILUSTRACIÓN 2.2.-19. Exposición del Taller de Corte y Confección, 1970. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en [«http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=3241&formato=JPG»](http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=3241&formato=JPG) [Consultada 05 julio 2013].

ILUSTRACIÓN 2.2.-20. Voluntarias de la Iglesia de Angelmó, 1950. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en [«http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=2277&formato=JPG»](http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=2277&formato=JPG) [Consultada 12 julio 2013].

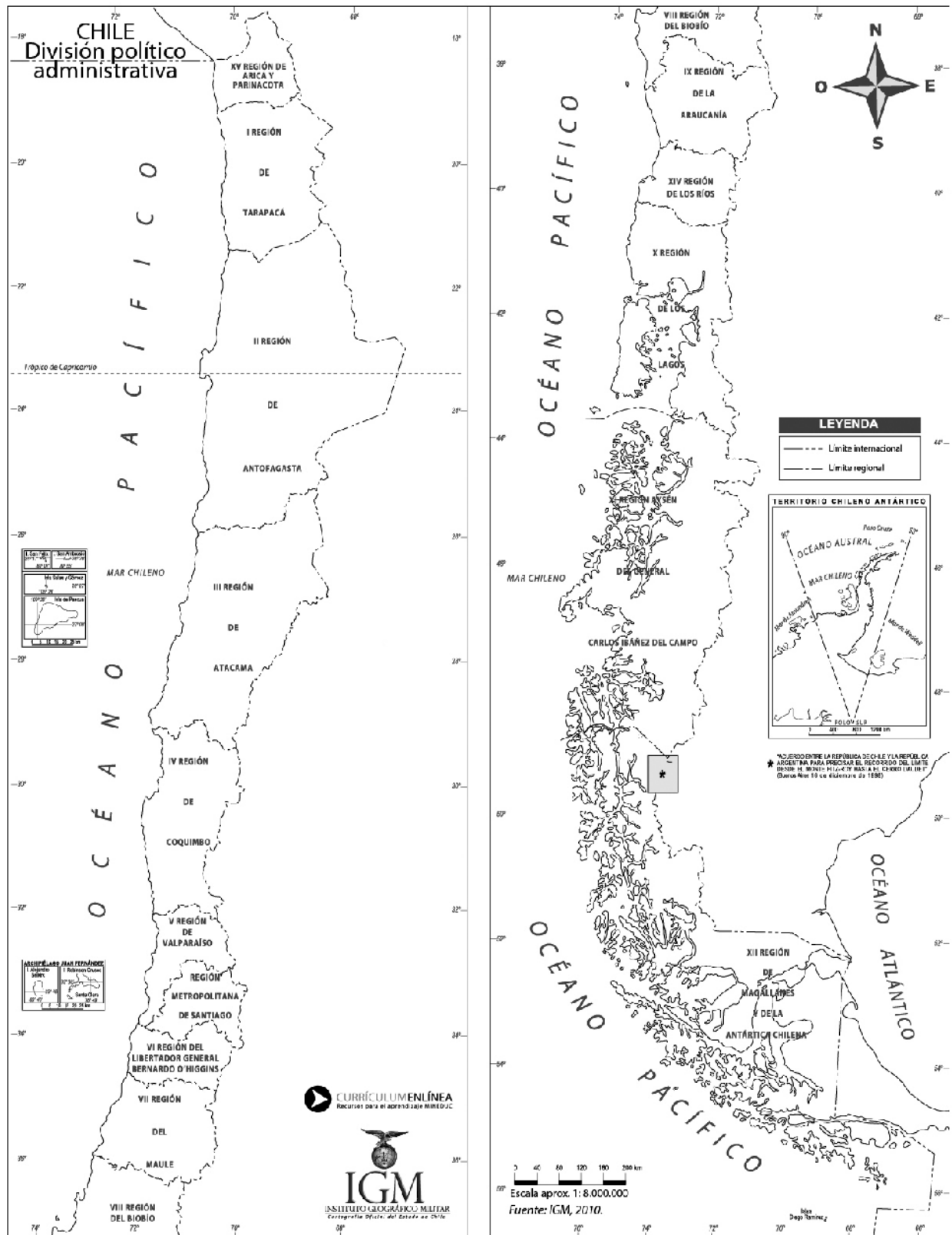
ILUSTRACIÓN 2.2.-21. Fiesta de Cuasimodo, 1954. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en [«http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=161&formato=JPG»](http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=161&formato=JPG) [Consultada 11 julio 2013].

ILUSTRACIÓN 2.2.-22. Servicio Nacional de Estadística y Censos: *XII Censo general de población y I de vivienda. 1952. Tomo I, Resumen país* [en línea], Santiago de Chile, Servicio Nacional de Estadística y Censos, s/a. Disponible en «http://www.ine.cl/canales/usuarios/cedoc_online/censos/pdf/censo_1952.pdf» [Consultado 13 febrero 2013], p. 199.

ILUSTRACIÓN 2.2.-23. Procesión de la Virgen del Tránsito, 1961. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=441&formato=JPG>» [Consultada 15 julio 2013].

ILUSTRACIÓN 2.2.-24. Fiesta Grande, 1967. Fuente: Dirección de Archivos y Museos, programa Memorias del siglo XX. Imagen escaneada del original, disponible en «<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/publicTemaDetalle.php?idmulti=620&formato=JPG>» [Consultada 12 julio 2013].

6.3. Mapa político de Chile



7. Agradecimientos

Ha sido muy difícil comenzar estas palabras de agradecimiento, pues es tanta la gente a la que debo su apoyo en esta tarea de emprender un estudio y llegar a concretarlo en este trabajo que es más que probable que deje a muchas personas fuera, desde ya mis disculpas.

En primer lugar quiero agradecer a las mujeres que me permitieron acercarme a sus historias. No es fácil enfrentar la vergüenza y las emociones de recordar nuevamente hechos dolorosos, por lo que el valor que tuvieron para enfrentar las entrevistas y las ganas que mostraron de que sus vivencias pudieran ayudar a otras mujeres que pasaban por lo mismo me hacen admirarlas y respetarlas. Junto a ellas debo dar las gracias a quienes me facilitaron el acceder a estas mujeres, el equipo del Centro de la Mujer de Conchalí, en especial a Claudina y Magdalena, así como al Servicio Nacional de la Mujer por dar su autorización para ello.

En segundo lugar debo agradecer a Gloria Espigado y Alberto Gullón, mis directores, quienes me entregaron mucho más que orientaciones y directrices, su apoyo y enseñanzas forman una parte importante de este estudio y espero haber estado a la altura de ellas.

También dedico unas palabras a Jose, quien se dio tiempo para leer cada capítulo y darme recomendaciones, y con quien en incontables veladas reflexionamos sobre las dificultades de enfrentar una investigación y su posterior escritura... gracias por los paseos creativos y porque de otra forma esta habría sido una tarea muy solitaria.

Y, finalmente, gracias a todas esas personas que en la vida me han motivado a ser mejor y que me han dado palabras de aliento en tantos momentos de incertidumbre para continuar adelante con mis sueños. En la cercanía y en la distancia siempre están junto a mí.

